ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

Milton A Buchanan
University of Toronto

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

REVISTA DE ESPAÑA

REVISTA

DE ESPAÑA

VIGÉSIMO QUINTO AÑO

TOMO CXLI.—JULIO Y AGOSTO

MADRID

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Santa Catalina, núm. 5.

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Olmo, núm. 4.—Teléfono 1.114.

1892

AP
60
R4
t.141

NICOLÁS COPÉRNICO Y LOS ASTRÓNOMOS ESPAÑOLES

(Continuación.) [1]

Para reforzar mi aserto en el artículo anterior de que en España han florecido eminentes astrónomos é insignes matemáticos, me parece oportuno transcribir aquí unos párrafos del discurso leído el año 1866, ante la Real Academia de Ciencias Físicas y Naturales en la recepción pública del ilustre é inolvidable geólogo español D. Casiano de Prado, por el no menos ilustre físico y académico de número D. Manuel Rico y Sinobas.

«Nuestro suelo y el ámbito de la península Ibérica—dice el sabio Catedrático de la Universidad Central—no han sufrido sensibles modificaciones en su extensión geográfica, tampoco en su topografía ni constitución geológica; apenas serían perceptibles, si pudieran medirse la diferencias físicas de sus climas y producciones orgánicas en el transcurso de veinte siglos, sirviendo á la vez de patria á grandes pueblos, de plantel de atrevidos guerreros y que si en ocasiones fué el último asilo de las ciencias, de las artes y de la ilustración del mundo, en otras épocas las devolvió para enriquecer á todos como depositaria generosa.

(1) Véanse los núms. 550 y 553 de esta REVISTA.

»Las tibias auras de las costas de Valencia, según Libri, sostuvieron durante algún tiempo la vida de Arquímides, de esa gran figura é inteligencia matemática de la antigüedad, que es posible escribiese alguno de sus renombrados libros sobre la esfera, el cilindro y el círculo, sobre los equiponderantes espirales conocidos y el arenario, en España, cuando viajó estudiando la mecánica y la hidráulica por las orillas del Turia, del Júcar, del Segura, y en las obras colosales de arquitectura subterránea, sostenidas en aquel tiempo por los cartagineses para explotar y beneficiarse de los metales en algunos lugares de aquellas regiones.

»Siglos después, en el bellísimo clima de las orillas del Guadalquivir, y cerca de los sitios donde sus ondas dejan de ser torrenciales, se formó el ciclo de las ciencias de la filosofía, de los gramáticos y de los oradores, que pudiéramos llamar el ciclo cordobés, en cuyo centro se hallaron los Sénecas, los Pomponios Melas y otros cien que no es del momento nombrar.

»Cuatro ó cinco siglos más tarde se nos presenta casi en los mismos lugares el ciclo de las ciencias hispalenses, constituído por los trabajos enciclopédicos de San Isidoro, sobre las matemáticas, las ciencias físicas, las naturales y sus aplicaciones á las Artes, que sorprenden hoy tanto como ayer aterraban ó asombraban los rayos vivísimos de las auroras boreales al romper en las apariencia al través de la obscuridad de la noche.

»Tres centurias después, es decir, en el siglo XI, nos hallamos con el ciclo toledano ó toleitalense, en cuyo centro se levantó el émulo de todos los saberes orientales en las ciencias exactas, con especialidad en la astronomía considerada como una serie de estudios de mecánica transcendente. Nos referimos á Azarquiel, aquel sabio que fué la síntesis de la ilustración de su tiempo, y que en estos mismos momentos se intenta en Alemania juzgarle con justicia para rendirle los honores del respeto que merecen las grandes inteligencias.

»En el siglo XIII poseyó la España el renombrado ciclo de

las ciencias físicas, matemáticas y naturales toledano-burgalés-mayorquín, á cuya cabeza se halló colocado uno de los grandes Alfonsos de Castilla. El siglo XVI tuvo su ciclo científico, que pudiéramos llamar matritense ó del marqués de Villena, que no está tan bien conocido actualmente por el empeño de algunas personas de preciada ilustración, en sostener que el humo del fuego es siempre negro é imposible de leer á su través, pero que fué respetado por el pueblo, que todavía en 1580 recordaba aquel centro de donde procedía, según la común creencia, el verdadero saber de su país.

»En el siglo XV, las ciencias matemáticas, físicas, naturales y sus aplicaciones tuvieron centro y formaron el ciclo sagrés-salmaticense, donde el mallorquín Jaime y algunos judíos portugueses, como Zaent, seguidos de sabios como Librixa ó Nebrija, Córdova y otros ciento, prepararon las inteligencias en todos los saberes en términos tan felices, que á fines de esta centuria, bajo el cielo templado de España y Portugal, existían en Europa los únicos hombres suficientemente ilustrados para comprender á un genovés y con bastante experiencia en artes muy difíciles por ser científicos, para conseguir el que la ilustración de la vieja Europa aunque Colón hubiera muerto en el camino, no perdiese el derecho á transformar profundamente la superficie completa de la tierra.

»De este ciclo sagrés-salmaticense, salieron aquellos ilustrados matemáticos, físicos, naturalistas, marinos, arquitectos hábiles, diestrísimos ingenieros militares y civiles, sin contar los más profundos filósofos, políticos, oradores del siglo XVI, que recorrieron, dejando por todas las partes de las Indias de Oriente y de Occidente estampadas las huellas de su saber. De allí también salieron aquellos otros que reformaron los estudios matemáticos ó contribuyeron á la reforma dicha en una de las principales universidades de Francia. De aquellas escuelas partieron otros llevando su civilización y estudios á Flandes, al norte de Alemania, y simultáneamente estimularon con el ejemplo, y por otros me-

dios de todos conocidos, el cultivo de las ciencias en Italia.

»El ciclo filipino de las ciencias exactas, físicas y naturales de España durante una parte del siglo XVI y todo el XVII, podrá parecer á muchos poco brillante; pero me sería fácil demostrar con los nombres y juicio crítico de las 600 ú 800 obras que entonces se escribieron en nuestro país sobre aquellas ciencias, que no fué tan desastroso el tiempo para la inteligencia patria como muchos creen, aunque aquellos libros no se conmemoren en las bibliotecas redactadas por literatos, cuyos conocimientos en la historia de las ciencias matemáticas, físicas y naturales no fueron especiales. A este ciclo perteneció un profundo geómetra mecánico ilustrado, tracista de cien obras públicas, militares, civiles y sagradas, fundador de la primera academia *laica* de ciencias exactas, físicas y naturales en Europa para que en ella se estudiasen, bajo el punto de vista abstracto puro, y que dejó en el país en que vivimos á su hijo el Tercer Felipe, una pléyade de sabios, cuyo mérito como centro de la ilustración, si tuviéramos ahora tiempo á vagar le podríamos buscar en los profundos pliegues de la inteligencia de Galileo cuando dudaba y casi se resolvió á llamar *filipicos* á los satélites de Júpiter, y venir á España, donde aquel grande hombre creía existían entonces sabios, y quién sabe si los únicos, capaces de comprenderle, seguirle y respetarle en sus ideas y trabajos, y cuenta Señón, que esta opinión fué la de uno de los primeros genios de la humanidad contemporánea del ciclo científico español á que nos hemos referido.

»Al siglo XVIII de nuestras ciencias, ni á los años que van transcurridos del actual, se les puede dar nombre propio español, pues aquellas se cultivaron previa la lectura, estudio y consulta del mayor número de las obras publicadas en Europa sobre las matemáticas, la física y la historia natural y todas sus aplicaciones en el transcurso de los años referidos. Pero no se crea por ello que el clima y la inteligencia en España se habían modificado profundamente, ó la tierra se había enfriado; amenazando los hielos y la nieve extenderse cu-

briendo toda nuestra vieja tierra, siendo ya imposible que en ella naciese otro Medina, probablemente castellano y natural de Río-Seco de los campos de Castilla, que inventase en Méjico un procedimiento de beneficio de los metales nobles, de tales y tan asombrosas utilidades, que si se pudiesen acumular hoy las barras de plata que ha proporcionado aquél, y que circularon y que circulan como valores en Europa, Asia, Africa y en América con todas las islas de la tierra, resultaría que el descubrimiento de un genio español equivaldría, si no sobrepasaba en el orden natural de las utilidades y transcurso de tres siglos á todos los conseguidos hasta hoy de la noble invención de Wat; siendo además muy comparables las ventajas en el orden social que una y otra invención han proporcionado al hombre, á los pueblos y á las naciones, tanto á las más como á las menos ilustradas.

»¿No recordamos todos los trabajos originales de geodesia, de náutica y de mecánica transcendente, que cada uno de ellos supone el conocimiento previo y profundo de las ciencias puras y abstractas de D. Jorge Juan, de Mendoza, de Luyando, de Churruca, de Quevedo, de Chaix, de Rodríguez, de Arquero y de Montojo, todos hijos del siglo XVIII? Al primero, respetado y altamente considerado por los sabios pasados y presentes en Europa y América; al segundo contemplado en Inglaterra como inteligencia matemática y física de primer orden; al tercero, discípulo de la escuela de D. Jorge Juan, que continuó los trabajos de uno de nuestros primeros observatorios y escribió obras marítimas importantes; al cuarto y quinto, de quienes habló Humboldt con el mayor elogio; al sexto, que en medio de los sabios de la primitiva escuela de Laplace, les llama la atención en el terreno de la ciencia, y expresan en público, quilatado el saber de Chaix, las esperanzas más halagüeñas relativas á los estudios matemáticos de España; el séptimo, conocido en Inglaterra con el nombre del ilustre algebrista español, y los dos últimos miembros de esta Academia, que lloran su pérdida acaecida hace pocos años, y la del Sr. Montojo casi al concluir su úl-

tima expedición científica, cuyos resultados los espera el país tranquilo y confiadamente.

»¿No recordaremos del siglo XVIII, los trabajos físicos y químicos de los monjes célebres que se llamaron Feijóo, Sarmiento y Almeida, de Navarrete, de Solano, de Guilleman, de Salanova, de Lauz, de Bethancourt, de Proust, y la escuela de Segovia, de Bueno, Lamas, Mieg y Gutiérrez, todos ellos profesores de la escuela Newtoniana? ¿Sería fácil dar al olvido de aquellas familias de ilustrados botánicos, mineralogistas, zoólogos, y delineantes naturalistas que por tres veces, la primera el 4 de Noviembre de 1777, la segunda el 14 de Septiembre de 1783, y la tercera el 30 de Julio de 1787, salieron de los puertos de España para estudiar la naturaleza en las pampas americanas, en las ecuatoriales, y siguiendo todos los ríos de la América Central y del Sur?

»Semejantes olvidos serían incomprensibles, y por esta razón, Libri, uno de los primeros historiadores de las ciencias matemáticas que ha florecido en los tiempos modernos, increpó duramente refiriéndose á las ciencias matemáticas de España, á los que en su tiempo intentaban rebajar los méritos de los hijos de nuestro país, diciendo: «Guay de aquellos que pretenden mutilar á la península Ibérico-Lusitana del concierto de las ciencias europeas en las edades conocidas hasta aquí por la verdadera historia, pues sus dichos ó escritos para conseguir aquel fin, serán rechazados por la última como injustos y desatentados.

»Guiados por tan ilustre sabio y parafraseando á Pallas en su Memoria geológica, sin tocar á la historia de la tecnología española, que sólo la del hierro nos ha producido al bosquejárnosla verdadero asombro, hemos llegado en lo que llevamos expuesto á otra consecuencia bien simple que se refiere al objeto del presente discurso, y es que si los climas de España fueron casi invariables, durante las 22 centurias últimas, también lo fueron sus producciones orgánicas, la inteligencia y la destreza de sus hijos, ó de los hombres que en ella se dedicaron al cultivo del saber.»

En cumplimiento de la tarea que me he impuesto de dar á conocer aquí los más insignes matemáticos y astrónomos españoles con dos objetos, el primero demostrar que los estudios y observaciones de aquéllos y éstos, influyeron de una manera decisiva en el sistema del mundo que concibió el gran Copérnico, y el segundo hacer ver que en esta generosa y nobilísima tierra han nacido brillantes ingenios que han hecho adelantar sobremanera las ciencias, y por lo tanto tienen un incontestable derecho á que se esculpan sus nombres, no únicamente se escriban en la historia de los conocimientos humanos, voy á hablar de los astrónomos latinos y de los visigodos que nacieron en España. En los últimos siglos de la dominación romana florecieron en España cuatro astrónomos reformadores y regeneradores, por decirlo así, de la astronomía en las tierras del Lacio. Higinio, Rufo Festo Avieno, Lucano y Séneca son sus nombres.

De Cayo Julio Higinio, uno de los escritores españoles más antiguos, dice Suetonio Tranquilo, en su libro *De Ilustribus gramaticis:*

«Liberto de Augusto, fué natural de España; sin embargo de que algunos le tienen por alejandrino, y discurren que pasó á Roma de orden de César después de conquistada la ciudad de Alejandría. Oyó con aplicación é imitó á Cornelio Alejandro, gramático griego, á quien por su instrucción en las materias pertenecientes al estudio de la antigüedad, apellidaban unos *Polyhistor* y otros *Historia.* Fué Higinio, Prefecto de la Biblioteca Palatina, y en ella tuvo crecido número de discípulos. Profesó grande amistad con el cónsul C. Licinio, historiador; quien refiere, que Higinio murió en suma pobreza, y que mientras vivió cuidó él de darle lo necesario para su manutención. El Liberto de Higinio fué Julio Modesto, que siguió las huellas de su patrono.»

De este astrónomo ilustre, que según dice Bailly en su *Historia de la astronomía moderna,* tomo I, pág. 499, describió las constelaciones á la manera de los antiguos, pero con menos extensión y exactitud que Hipparco, hacen mención

también Juan Vasco en la obra *Hispaniae Chronicon*, año 745, que fué el 35 del imperio de Augusto César; Alfonso García Matamoros en el libro de *Academiis litteratisque viris Hispaniae;* el P. Juan de Mariana en el capítulo último del libro III de la *Historia general de España;* Ambrosio de Morales en el capítulo LX del libro VIII de la *Crónica general de España;* el P. Francisco Ruano, núm. 3 del cap. XXXII del libro I de la *Historia general de Córdoba,* y el erudito Juan Luis Vives, que no sólo le tuvo por español, sino por valenciano, y así lo da á entender en el prefacio á la *Geórgica* de Virgilio, página 680 del tomo I de la edición de sus obras, hecha en Basilea en 1555.

Higinio escribió sobre Filosofía, Gramática, Historia y Agricultura; pero su obra magna es el *Astronomicum poeticum* ó *Astronomía poética,* llamada así porque al describir las constelaciones Higinio, habla de las fábulas de que aquéllas han tomado sus nombres, fábulas la mayor parte de ellas imaginadas ó al menos embellecidas por los poetas.

«La obra entera—dice Bailly en la pág. 500 del tomo I de su *Histoire de l'astronomie moderne*—indica á un hombre que no está muy adelantado en la astronomía; se extiende mucho sobre las posiciones relativas de las constelaciones, pero en cambio dice bien poco acerca de los planetas.»

Delambre, en la pág. 270 del tomo I de su *Histoire de l'astronomie ancienne,* afirma que Higinio tenía sólo conocimientos astronómicos muy superficiales.

De todas maneras Cayo Julio Higinio, adelantó en su *Poeticum astronomicum,* muchas ideas que después han pasado á ser realidades perfectamente demostradas por la ciencia.

Sostuvo que no eran las estrellas las que se movían por su propia virtualidad, sino atraídas por el mundo, que es el que se mueve por sí mismo, afirmando que hay estrellas fijas y errantes.

Creía que las estrellas no se ven durante el día porque la luz del sol impide el verlas.

Negaba que la luna tuviese luz propia, fundándose en

que sólo nos alumbra cuando el sol desaparece de nuestra vista.

Es por lo tanto incontestable, que en este punto, tanto Bailly como Delambre, lo mismo que Hoefer, no citándolo en su *Histoire de l'astronomie* pecan algo de injustos.

Higinio no era una eminencia astronómica, pero su libro demuestra que es digno de que su nombre figure entre los astrónomos más distinguidos de la antigüedad.

El *Poeticum astronomicum* divídese en cuatro libros.

Trata el primero de las partes del mundo y de la esfera; en el segundo se ocupa de las constelaciones y del origen de sus nombres; el tercero, del sitio que ocupan estas constelaciones y del número de estrellas que encierran, y el cuarto trata de la posición de los círculos de la esfera.

Es todo cuanto se sabe del valenciano Cayo Julio Higinio como astrónomo.

Otro astrónomo nacido en España durante la dominación romana es Rufo Festo Avieno, según confirman Pedro Crinito, Lilio Gregorio, Damián Goes, Juan Vesco, Alfonso García Matamoros, Ambrosio de Morales y el P. Juan de Mariana.

Rodríguez de Castro en el tomo II de su *Biblioteca Española*, pág. 208, cree que vivió en tiempos del emperador Theodosio y de sus hijos. Escribió Rufo Festo Avieno *La descripción del orbe*, en que copió á Dionisio Africano ó Alejandrino, traduciéndolo en latín, no literal y brevemente, como lo llevó á cabo después de él, Prisciano el Gramático en tiempos de los emperadores Zenón y Anastasio, sino parafrásticamente, haciendo las más de las veces, como asegura Barthio, el oficio de autor original.

Pero donde demuestra Avieno profundos conocimientos astronómicos es en el *Arati Phoenomena*, en que describe elegantemente las constelaciones y las evoluciones de los astros y habla del modo de hacer los pronósticos de los tiempos.

Rufo Festo Avieno no será un astrónomo eminentísimo, pero no hay que olvidar que en materia de ciencias y sobre todo de ciencias exactas, ninguna observación, ningún estu-

dio es despreciable, todos contribuyen al adelanto y progreso de estos conocimientos.

El poeta cordobés Lucano, también demuestra conocimientos astronómicos en sus inmortales poemas. En aquellas estrofas sublimes palpitan ideas extremadamente nuevas, algo así como el anuncio del ancho porvenir que para las ciencias de los astros se abría al expirar la Edad antigua y comenzar la Edad media.

Pero sobre todos los astrónomos latinos-hispanos, el que más se distingue, el que más sobresale, es Lucio Anneo Séneca, filósofo ilustre, poeta insigne y naturalista, pero sobre todo astrónomo eminente.

Nacido en Córdoba el año 2 de la era cristiana, su padre Marco Anneo Séneca, gran literato, llevóle muy niño á Roma, donde se inició en los principios de la Retórica y de la oratoria.

En su libro *El movimiento de la tierra*, obra que se ha extraviado, demostraba hasta la evidencia que la tierra no es el centro alrededor del cual giran los demás astros, como sostenía Ptolomeo, sino que gira en torno del sol juntamente con los demás planetas.

Esta opinión también se halla consignada en sus *Cuestiones naturales*, donde se indican ideas atrevidísimas para aquel tiempo y que después la ciencia ha venido más tarde ó más temprano á confirmar cumplidamente.

Antes que Halley y Clairant colocasen irrevocablemente á los cometas en el rango de los astros durables y demostrasen sus apariciones periódicas, Séneca en sus *Cuestiones naturales*, nos dejó opiniones muy sanas acerca de la naturaleza y del movimiento de los cometas, comparándolos con los planetas.

«Los cometas—dice—forman una obra eterna de la naturaleza; tienen su camino señalado y que recorren con exactitud; se alejan pero no cesan de existir. Si no hay punto alguno de zodiaco para ellos, es porque el cielo es libre por todas partes y que allí donde haya espacio puede haber mo-

vimiento. No se sabe si sus vueltas se hallan reglamentadas, pues sus apariciones son raras; los hombres no han podido observar todavía más que el curso de cinco planetas. Día vendrá en que el estudio de varios siglos descubra cosas aún ocultas. Se demostrará á qué regiones van los cometas, por qué se alejan tanto de los demás astros, cuál es su número, su tamaño, etc.»

Como filósofo, Séneca, brilló á grande altura. Era materialista, y conceptuaba al alma como una substancia material pero sutil é inaccesible á las experiencias empíricas.

El ilustre cordobés protestó enérgicamente contra la ley de castas y la esclavitud, afirmando que la servidumbre del esclavo no llega al alma y que todos somos iguales porque tenemos idéntico origen.

En su tragedia *Medea* vislumbra la existencia en nuestro globo de territorios desconocidos, que algunos siglos más tarde confirmó otro español, Raimundo Lulio, y que en 1492 descubrió el inmortal génio de Colón ayudado por valerosos marinos españoles.

Séneca, es pues, el iniciador de todas las ideas que en el orden de la filosofía ó de la ciencia honran y glorifican á la humanidad.

¡Y sin embargo era español, individuo de esa raza meritísima tan rebajada por unos y vilipendiada por otros!

En tiempo de los godos, en los primeros años de la Edad media, también sirvió de cuna la península ibérica á dos astrónomos insignes, digan lo que quieran Bailly, Delambre y Hoefer, dos astronómos que aun dieron días de gloria á la sublime ciencia de los astros: Boecio y San Isidoro.

Boecio español-romano y hombre consular, hizo una traducción del *Almagesto* de Ptolomeo, que se ha perdido.

Su habilidad en la Mecánica y en la Gnomónica, es conocida por una carta de Theodorico rey de los ostrogodos, en que le pedía dos relojes para el rey de Borgoña, uno solar y otro hidráulico. «Quiero—decía Theodorico—que seáis conocido en los pueblos á donde no podáis ir, para que sepan que

tenemos hombres de distinguido nacimiento que valen más que los escritores antiguos, cuyas obras se admiran».

Sin embargo, Theodorico mandó matar á este astrónomo insigne, tanto por sus opiniones republicanas como por su odio al arrianismo.

La ciencia había demostrado á Boecio que en materia de formas de gobierno, la República democrática es la más ajustada á la razón y á la lógica y que el arrianismo como todas las revelaciones y dogmatismos, son obra de los hombres y por lo tanto deficiente á los ojos de las prescripciones de la justicia y de las leyes eternas de la naturaleza.

Una de las mayores lumbreras que en tiempo de los godos florecieron en España, fué, á no dudarlo, San Isidoro, arzobispo de Sevilla.

Amador de los Ríos en la pág. 343 del tomo I de su *Historia crítica de la literatura española*, dice del sabio metropolitano hispalense:

«Nunca había brillado en España desde la aparición del cristianismo varón de más alta doctrina, ni que recogiese de boca de sus contemporáneos más señaladas alabanzas. Braulio, obispo de Zaragoza, le apellidaba *Doctor de las Españas;* Ildefonso, metropolitano de Toledo, *Espejo de obispos y de sacerdotes;* y al llegar la fama de su nombre á la ciudad de los pontífices, honrábale Gregorio, con el envidiable título de *Segundo Daniel*, merecido galardón de sus felices tareas y prueba inequívoca de singular aprecio con que el sabio y venerable anciano que se sentaba en la silla de San Pedro recibía los servicios hechos á la Iglesia por el nuevo metropolitano de Sevilla.»

A estos justos títulos, y según dice Rodríguez de Castro en la pág. 253 del tomo II de su *Biblioteca Española*, pueden añadirse los de *Prelado de los Obispos, Príncipe de los sacerdotes* y *Apóstol de Cristo* con que le designan diversos escritores notables por su ciencia.

Hijo menor de Severino, duque de Cartagena y de Turtura,

Isidoro nació en esta ciudad y crióse bajo la tutela de sus hermanos Leandro, Fulgencio y Florentino.

Emparentado con la casa real por el casamiento de una hermana suya con Leovigildo, rey de los visigodos españoles, ni esta circunstancia ni su alta alcurnia y riquezas fueron bastante á mermar en el prodigioso cerebro de Isidoro, su amor al estudio y su ansia por el saber.

Muy joven aún escribió un breve poema titulado *De Fábrica Mundi*, cuyos versos están animados ya de ese espíritu didáctico que brilla en todas sus producciones é inspirados sólo en el amor á la ciencia.

En ninguna de sus obras brilla tanto el respeto con que Isidoro miraba á la ciencia de griegos y romanos como en el libro *De Natura Rerum,* escrito por el expreso mandato del rey Sisebuto, quien aspiraba generoso á enriquecer su entendimiento con el tesoro de las letras y de las ciencias recogidas por el prelado de Sevilla. Proponíase en él instruir á su rey de los fenómenos que en maravillosa armonía ofrece la naturaleza. Cita allí la doctrina sustentada por los escritores más notables de la antigüedad y hace alternar los nombres de Job, Isaías, David, Amos, Salomón, San Pablo, San Ambrosio, San Agustín, Clemente Romano y Prudencio, con los de Cicerón, Arato, Salustio, Justino, Higinio y Nigridio y con los de Varron, Lucrecio Virgilio, Horacio y Lucano.

La doctrina que en *Natura Rerum*, se sigue respecto de la astronomía no es otra que la abrazada por los filósofos griegos, reconociéndose por su exposición la senda que habían recorrido para llegar á la España del siglo VII, desfigurada ya algún tanto en la decadente corte de los emperadores bizantinos.

Pero donde se puede apreciar la variedad de los conocimientos de Isidoro es, la grande obra de los *Orígenes* ó *Etimologías*, monumento inestimable de aquella civilización que se amasaba con los despojos de las viejas sociedades.

La filosofía y la teología, las matemáticas y las ciencias naturales, la agricultura y la astronomía, la filología y la li-

teratura, la historia y la arqueología, cuantos estudios tienen relación con las ciencias, las letras y las artes se hallan iniciados y definidos en las *Etimologías*, que, como dice Amador de los Ríos, fué ópimo fruto de los últimos años de aquel insigne varón, en quien se veía personificada la civilización hispano-latina, ya vencedora de la barbarie visigoda.

En el libro III de los *Orígenes* ocupóse San Isidoro de la aritmética y de la geometría como asimismo de la astronomía.

El ya citado Amador de los Ríos, dice que puede considerarse cuanto San Isidoro expone sobre la aritmética como una teoría preparatoria al estudio más profundo de la cantidad, como una especulación curiosa hoy si se quiere, pero que la doctrina se halla purgada al mismo tiempo de las extraviadas creencias de la antigua filosofía y de las supersticiones cabalísticas, que engendradas por aquellos errores, son lastimosamente conservadas y transportadas por árabes y hebreos, fomentándose en sus laboratorios á expensas de la *curiosidad* que no discierne lo que media entre la *posibilidad* y el *portento*.

Recomienda San Isidoro no tanto el respeto como la atención á los números para el mejor estudio de la Biblia; pero prescinde por completo de sus pretendidas propiedades *climatéricas*, sin mencionar siquiera la influencia benéfica ó adversa, que más tarde trasciende á las civilizaciones orientales, imprimiendo siempre en la ciencia el sello del misterio, que monopoliza á la inteligencia. No considera, cual Pitágoras el número *dos* como el mal principio y origen de la confusión y del desorden, ni como Platón lo compara á Diana, conceptuándolo como el símbolo de la esterilidad; ni menciona por último, las infinitas y misteriosas cualidades del climatérico *siete*, que desde los caldeos pasa á transtornar las cabezas de algunos filósofos de la Grecia, y pulula de Nuevo en el Oriente, hermanando éstas y aquellas tradiciones y conservando aún su omnímoda influencia en la Medicina. Sólo ve en los números el sabio prelado, las relaciones de la cantidad, no

entrando en su propósito *didáctico* ni aun la noticia de aquellos extravíos, que pudieran desfigurar ú oscurecer la noción: mas no por esto se desentiende de la parte histórica, porque en otros lugares de los mismos *Orígenes*, aprovecha toda la noticia del valor de los números representados en los caracteres de las lenguas semíticas, valor comunicado después con ciertas variaciones al alfabeto griego.

Investiga después los orígenes de la Geometría, cuyos inventores encuentra en las orillas del Nilo y apunta brevemente sus fundamentos y aplicaciones.

Pero á lo que concede mayor importancia es á la Astronomía, porque dada su definición y rendido el tributo de su respeto á sus instituidores, señala la diferencia que la aparta de la Astrología, manifestando que su generoso espíritu se hallaba libre de las preocupaciones que amenazaban ya envolver á la ciencia astronómica en obscuras tinieblas.

Ampliando después la doctrina antes trasmitida en el libro *De Natura Rerum*, San Isidoro, apela á la mitología gentílica para denotar los nombres de los signos del Zodiaco, alegando de paso las razones en que se fundamentaron los antiguos para presentar envuelta la idea de la ciencia en los misterios de la fábula.

El sabio y venerable metropolitano, por último, demuestra en los *Orígenes*, que él también vislumbró la base del sistema del mundo que diez siglos después, habían de definir cumplidamente Copérnico, Galileo y Newtón, ¿pues qué significa si no aquel hermoso pasaje del libro III, en que manifiesta que todos los astros se mueven sobre su eje, porque de lo contrario no podríase templar la celeridad del movimiento y se destrozarían, chocando unos con otros? ¿Qué denota aquella preeminencia que concede al sol sobre los demás astros, sino que se hallaba conforme con la doctrina sustentada por Pitágoras y confirmada por Séneca, de que la tierra como los demás planetas gira en torno de un centro, que no es otro si no el sol? ¿No demuestra en fin, todo lo expuesto,

que las *Etimologías* echaron la semilla que había de germinar más tarde en Castilla y que salvando las tinieblas de los siglos, debía por último fructificar bajo los auspicios del rey sabio?

RAFAEL DELORME SALTO.

(Continuará.)

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA COMO HISTORIADOR [1]

Contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Moguel [2].

SEÑORES ACADÉMICOS:

La última vez que os congregásteis en acto público y solemne, fué para dar asiento entre vosotros á un anciano benemérito, Maestro, iba á decir fundador, de los estudios prehistóricos en España, que hasta entonces habían carecido de representación especial y propia en vuestro docto Instituto.

Por singular circunstancia, es hoy otro anciano, igualmente laborioso, cultivador infatigable y fecundo de conocimientos, cabalmente, los más diversos y distantes de los anteriores, el popular historiador de las postreras guerras civiles, quien se adelanta á recibir el merecido galardón de sus vigilias y esfuerzos: demostración evidente de que en la Real Acadia de la Historia no existen arbitrarias limitaciones científicas, ni menguados exclusivismos personales; que uno es fin de su labor, y uno también el móvil que impulsa á todos sus miembros: ilustrar la historia patria, en todas las épocas de su vida y en todos los órdenes de las ciencias históricas.

(1) Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Pirala, el día 19 de Junio de 1892.
(2) Véase el número 558 de esta REVISTA.

Al llevar por primera vez la voz de la Academia, el sentimiento de la gratitud es el que más altamente debía hablar en mí, y el que, seguramente, habla en estos instantes: que á todos vosotros pertenecía sin duda con más justos títulos, el honor que vuestra indulgencia ha querido dispensarme.

No correspondería ciertamente, á vuestras bondades, si os fatigase ahora con prolija é innecesaria reseña de los merecimientos del Académico entrante, y con no menos innecesaria y prolija enumeración de las excelencias del ilustre compañero á quien sucede. Son tan conocidos aquellos merecimientos y estas excelencias, que nadie ignora que el docto crítico D. Manuel Cañete, el primero de los ilustradores modernos de la historia del teatro español anterior á Lope de Vega, mereció, con legítimo derecho la elección que le acordásteis, y que el diligente investigador de noticias y documentos peregrinos, el más asiduo y erudito cultivador de la historia política de nuestros días, cualesquiera que sean las diferencias críticas que puedan existir en la valoración de sus obras, era acreedor en justicia al honroso llamamiento de la Real Academia de la Historia.

Ha elegido el nuevo Académico por tema de su discurso, uno de los asuntos más pertinentes y más simpáticos que cabe escoger en el vasto repertorio de la historiografía de nuestro siglo. Mi enhorabuena por la elección y el desempeño. Ya que el glorioso autor de las *Vidas de españoles célebres*, no llegó á ingresar en nuestra Academia, con merecerlo tanto, sin duda, porque en su tiempo eran más vivos é inevitables que en el nuestro los enconos políticos, el hecho sólo de habernos legado generosamente su Corona, requería por nuestra parte públicas y solemnes demostraciones de reparación y gratitud, de admiración y justicia.

Poeta eminente, el mayor, á no dudarlo, de los nuestros en su época, y uno de los más grandes de la historia; crítico de ilustración y rectitud no superadas por sus contemporáneos; repúblico integérrimo, que vivió en exclusivo para el bien y la grandeza de la patria, según, honradamente,

los entendía su intachable conciencia; caudillo insigne de aquella legión de honor de nuestra España promovedora de la libertad y el progreso, que á su heroísmo debemos, prosista animado y brillante, majestuoso cantor de la independencia española, biógrafo incomparable de nuestros mayores héroes nacionales, Quintana, fué á un tiempo, el Píndaro y el Plutarco español de nuestro siglo.

La ceguedad de las pasiones políticas y el rencor de los partidos, pudieron desconocer, no pocas veces, la alteza del escritor y del patricio. Algunos de sus versos y de sus críticas levantaron enérgicas contradicciones. Sus ideas políticas y filosóficas, fragmentariamente analizadas ó aisladamente entendidas, motivaron apasionadas sentencias; pero, considerada en conjunto la personalidad admirable del poeta, del crítico, del historiador y del político en todas las manifestaciones de su actividad y de su vida, nadie, que ejerza rectamente los talentos de la crítica, nadie también, que aspire á ennoblecer su corazón con levantados sentimientos, dejará de reconocer, en modo alguno, que no ha existido jamás en nuestro suelo quien haya sentido con mayor intensidad y energía que el cantor de Guzmán el Bueno y el biógrafo de Gonzalo de Córdoba, el odio á todas las opresiones y despotismos, el amor de la humanidad y el amor de la patria, ya, afortunadamente, en armonioso concierto, ya, por desgracia, en arbitrario combate de antagonismo infundados, en los que los sentimientos patrióticos de su alma son ahogados y vencidos por el avasallador imperio de las doctrinas filosóficas de su época.

Ni el historiador ni el poeta emplearon nunca las soberanas facultades de su espíritu en trillados asuntos, ni en subalternas y artificiosas composiciones. Bardo y tribuno de su tiempo, cantor de los grandes héroes, apóstol de las nuevas doctrinas, sus cantos, sus tragedias, sus *Vidas de españoles célebres*, sus artículos políticos y literarios, las creaciones todas de su poderosa inteligencia, hijas son de un solo impulso y se encaminan á un solo fin: adoctrinar los entendi-

mientos y encender los corazones en el culto de la justicia y en el enaltecimiento de la patria.

Los hechos capitales de la Historia, narrados en sus prosas ó cantados en sus versos, le sirven para propagar mejor sus enseñanzas y entusiasmos. *Pelayo* es el héroe de su mejor tragedia; *Guzmán y Padilla* de sus odas; el *Cid*, *Cervantes*, *Pizarro* y tantos otros, de sus obras históricas; los grandes inventos de la humanidad, como la Imprenta y la Vacuna, arrancan á su inspiración vigorosos acentos: los Reyes de la casa de Austria, sobre todo el fundador del Escorial, á quienes atribuye la ruina de España, exaltan su indignación y sus odios en fulgurantes estrofas; llora con la patria su rota en Trafalgar, y la voz de su arrebatado patriotismo es nuestro clarín guerrero en las inmortales batallas de la Independencia española.

Fué, pues, la Historia para Quintana, como para tantos otros, en sus días, ante todo, materia de sus sentimientos más bien que de sus reflexiones, instrumento de propaganda de sus ideas, espada y escudo para el combate. En sus mismos trabajos propiamente históricos, las *Vidas de españoles célebres*, lo que más le importa no es, ciertamente, la investigación y crítica de los hechos, esto es la verdadera labor científica de la Historia, sino la parte literaria y el fin docente, el encanto de la narración y las enseñanza morales. Honradamente, nos confiesa que, al emprender este trabajo, no se había propuesto componer una obra de «*indagaciones y controversias propias solamente de un erudito ó de un anticuario*», sino un libro, «*de agradable lectura y de utilidad moral*». Y había preferido el género biográfico, precisamente «*por ser de todos los géneros el más agradable de leerse*». «*La curiosidad*, añade, *excitada por el ruido que aquellos personajes han hecho, quiere ver de cerca y contemplar más despacio á los que con sus talentos, virtudes y vicios extraordinarios han contribuído á la formación, progresos y atraso de las naciones*».

Sin embargo, en las últimas *Vidas* que escribió, la de Vasco Núñez de Balboa, principalmente, nos da bastante más

de lo ofrecido, pues en ellas no hallamos solamente la prosa histórica más animada y robusta y elocuente de la época, y las anheladas enseñanzas morales, sino también mayor diligencia en el estudio de las fuentes, erudición más abundante y escogida, y sentido crítico menos abstracto y por consiguiente, más en armonía con la naturaleza propia de la Historia.

Se engañan los que atribuyen á Quintana una inflexibilidad de criterio, una uniformidad absoluta de ideas, en sus versos y en sus prosas, en los diferentes períodos de su vida. Semejante juicio, ya venga de sus admiradores, ya de sus adversarios, carece de fundamento. Creo que me será fácil restablecer la verdad en este punto, mejor dicho, que el mismo Quintana sea quien nos la patentice en sus propios escritos.

Y lo primero que en ellos observamos, es el divorcio completo que en la mente de nuestro autor existía entre la Edad media y la moderna, como si no fuese la una continuación y heredera legítima de la otra: viendo en la primera días hermosos de heroísmo y de gloria, y en la segunda de decadencia y de ruina. El poeta, en su oda *A Guzmán el Bueno*, y el historiador en su *Introducción histórica á una colección de poesías castellanas* y en sus *Vidas* del *Cid*, *Guzmán*, *Roger de Lauria*, *D. Alvaro de Luna*, el *Príncipe de Viana* y el *Gran Capitán*, nos ofrece repetidos testimonios de la indulgencia, mejor dicho del afecto, á veces entusiasmo, que el período de nuestra Historia que comienza en D. Pelayo, y termina en los Reyes Católicos le inspira siempre. Sus doctrinas filosófico políticas, duermen entonces, en el fondo de su alma, ó enmudecen si rara vez despiertan, ahogadas y vencidas por sus enérgicos sentimientos, genuinamente españoles. Las mismas creencias y los propios hechos tan duramente combatidos por él en tiempos posteriores, son aquí juzgados, generalmente, sin pasión y aun con respeto y cariño. ¿Qué retrato más exacto y elocuente que el que nos ha dejado de un santo, el glorioso conquistador de Sevilla?

«La lucha, incierta y nunca interrumpida por cinco siglos

con los bárbaros usurpadores, escribe, tomó en los días de aquel heróico Príncipe el aspecto majestuoso de un triunfo continuado»; «la balanza del destino se inclinó decididamente á favor nuestro, y señaló á los enemigos su último desenlace en Granada». «Viéronse entonces reunidas sobre el trono de Castilla, y en la persona de su rey, todas las virtudes de un hombre, todas las cualidades brillantes de un héroe, y todos los talentos de un monarca. Prudencia, rectitud, firmeza, inocencia de costumbres, piedad sin igual, amor al orden, celo incesante por la perfección civil y moral de su pueblo: todo inspiraba á los suyos amor y reverencia, todo llenaba á los extraños de respeto y admiración. Los castellanos perdieron en él un legislador y un padre; los enemigos mismos, debelados por su valor, hicieron demostraciones de sentimiento en su muerte; la Historia le ha puesto en el templo de la gloria; la Iglesia, para la veneración de los fieles, le ha colocado en los altares».

Asimismo, cantando al héroe de Tarifa, da rienda suelta á su admiración sin límites no sólo por el gran patricio, sino por todos los héroes y hazañas de la reconquista, llegando, en su entusiasmo, hasta á sentir amargamente no haber nacido en aquellos tiempos. Comparando la España moderna con la antigua, la dice:

.....tú, en otros días,
Con victoriosos patriotismos, bellos,
De gloria ornada y de esplendor te vías.
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?
Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Gimena, y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados,
Desolación del bárbaro enemigo
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo;
Los sitios mismos que el baldón miraron,

Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

¡Lástima grande que inteligencia tan recta para juzgar, y corazón tan noble para sentir las grandezas de la vieja España, pudiese abrigar las injusticias que fulmina contra la España de los siglos XVI y XVII en los admirables versos de sus cantos políticos: «*A Juan de Padilla*», «*El Panteón del Escorial*» y «*La Propagación de la Vacuna en América*». Continuadora en lo bueno y en lo malo de la España del siglo XV, como por ley histórica no podía menos de ser inevitablemente, fué, sin embargo, para nuestro poeta una España completamente nueva, y, lo que más sorprende, obra personal de los Monarcas austriacos, en la cual, con ser el período de mayor florecimiento nacional, todo es sombrío, todo corrupción, intolerancia, despotismo, vergüenza, ruina; porque el poeta, consecuente con las doctrinas históricas de sus días, ha querido encarnar en aquellos tiempos sus odios y rencores, para despertar más vivamente el amor á la libertad, la tolerancia, el progreso y la filantropía, amores de su corazón, númenes de su inteligencia.

Así Quintana, así todos los apóstoles de las nuevas ideas, leyendo nuestra historia en los libelos franceses, se hacían eco de la malquerencia transpirenáica á los vencedores de Pavía y San Quintín, siendo, de este modo, sin quererlo y sin saberlo, extranjeros en su misma patria.

Del Quintana poeta bien puede decirse, con entera justicia, lo que él escribía de su amigo y camarada el poeta Cienfuegos, que fué «escritor entregado todo á la ilusión de la filantropía más exaltada», «defensor valiente de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevación humana». Y que, «el fondo de ideas sobre que su imaginación se ejercita puede decirse tomado de la filosofía francesa, aunque no ciertamente el tono y el carácter». Sólo resta añadir para completar el retrato, que Quintana aventajó seguramente á su idolatrado amigo, no sólo en mejor gusto, y mayor propiedad de estilo y de lenguaje, sino en grandeza de inspiración, cuali-

dades todas á las que debió ser, sin duda, el poeta más grande de su tiempo. La supremacía del cantor de la Imprenta era tan evidente, que los primeros en reconocerla fueron los mayores ingenios de la escuela de Meléndez, á la que nuestro poeta pertenecía. Gallego lo canta por su oda *Al combate de Trafalgar*, apellidándole *Pindaro nuevo*; cántalo también Lista, á su vuelta á Madrid en 1828, y Martínez de la Rosa, con ser tan grande, se presta gustoso y modesto á conducirlo, á recibir de manos de la Reina de España la merecida Corona, confiada después á nuestra guarda. Grandes poetas posteriores, Tassara, Núñez de Arce, Ruiz de Aguilera, tienen á gloria enaltecer su nombre: críticos tan acerbos como Gallardo, ó tan descontentadizos como Alcalá Galiano, tuvieron para él entusiastas alabanzas; y los historiadores que con mayor erudición y competencia han trabajado luego en la rectificación de los errores de Quintana y de su tiempo, relativos á la Casa de Austria, como el historiador de *Las Alteraciones de Aragón*, ó el autor de los *Estudios del Reinado de Felipe IV*, no han tenido rivales en la admiración y el entusiasmo por las grandes virtudes del patricio y las altísimas prendas del laureado poeta.

En esta meritoria empresa de rectificaciones históricas hay que contar, por dicha, al mismo Quintana. El espectáculo sangriento de la Revolución francesa, si no ejerció en él el propio efecto que en Alfieri, modificó no poco la exaltación de sus ideas filosóficas y políticas, llevándole á reconocer, como más tarde escribía, «*que en todas las cosas... vale más mejorar que destruir*». La invasión francesa avivó el patriotismo del Cantor de Guzmán *el Bueno*, que se desbordó bien pronto en cantos, tan sublimes como la oda *Al Armamento de las provincias españolas*.

El poeta que, en la oda *Al Mar*, había dicho:

> Guerra: ¡bárbaro nombre!.....

cantaba entonces

> ¡Guerra! nombre tremendo, ahora sublime.

Y ¿por qué? Porque veía en esa guerra el

Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!

En aquellos días, viendo, con espanto, que el imperio de libertad, igualdad y fraternidad, con que Francia había brindado á las naciones, se habia convertido en la fraternidad del patíbulo, la libertad de la muerte y la igualdad de las tumbas; que no la filantropía, ni la paz, sino la tiranía y la fuerza dominaban dentro y fuera de Francia, gritaba lleno de indignación:

Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.

Entonces, también, pudo convencerse de que el pueblo que en sus cantos anteriores nos había pintado envilecido y aherrojado por todas las tiranías, fué el primero que osó hacer frente á ese *Atila* y á esos *vándalos;* probando así al mundo entero la vitalidad y grandeza de su alma; y que ardían en ella, como en los días más gloriosos de nuestra historia, el culto del honor y el amor de la patria.

Entonces, por último, al volver sus ojos á la España de los siglo XVI y XVII, ya no vió en ella la España que nos había pintado con galos colores en su oda *A Juan de Padilla*, sino

..... la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino.
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España; en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía

Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus veneros le rendía,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Como el poeta, el historiador, á su vez, rectificó, igualmente, si no todos, los mayores errores en que como tal historiador había incurrido. Así, por ejemplo, tratando de la decadencia y atraso de los estudios en España, escribía: «Esta enfermedad no fué particular de España, fué general en toda Euroropa. Al mismo tiempo, que nuestros inquisidores asestaban sus tiros contra Arias Montano y hacían gemir en sus calabozos á Luis de León y al Brocense, los puñales fanáticos de París se afilaban para asesinar á Ramus, los inquisidores de Roma forzaban á Galileo á adjurar una verdad evidente para él, y hasta en un país de libertad, en Holanda, el miserable Voet, tenía crédito bastante para inquietar á Descartes, hacer condenar su doctrina, y proyectar una grande hoguera en que fueran devorados sus escritos».

Lo propio acontece por lo que toca á los descubrimientos y conquistas de España en América. El poeta que en su oda *Al Mar*, tiene elogios para Vasco de Gama y Cook, y olvido para Vasco Núñez de Balboa: el que en su oda *A Juan de Padilla*, y por boca de este héroe, dice á los españoles:

..... de horror cubierto
Vuestro genio feroz hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto;

el mismo que en su oda á la *Propagación de la Vacuna*, nos hace decir á América que ya no somos

Aquellos que al silencio en que yacías.
Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

es, mas tarde, el biógrafo de Vasco Núñez de Balboa, de Pizarro y las Casas, que si tiene graves censuras para las cruel-

dades, tiene también frases de alabanza para las acciones levantadas y generosas. Y si peca de exagerado é impertinente ponderando la codicia de los españoles, no deja de reconocer, tampoco, los sufrimientos que pasaban para satisfacerla.

«Tenían los conquistadores, escribe, que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro, podían arrostrar y vencer. Aquí tenían que penetrar por bosques espesos y enmarañados; allá atravesar pantanos fatigosos, donde cargas y hombres miserablemente se hundían; ahora se les presentaba una agria cuesta que subir, luego un precipio profundo y tajado que bajar, y á cada paso ríos rápidos y profundos, sólo practicables en balsas mezquinas ó en puentes trémulos y endebles; de cuándo en cuándo la oposición y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles; y sobre todo la falta de provisiones que, agregadas al cansancio y al cuidado, abatía y enfermaba los cuerpos y desalentaba los ánimos».

De los tres célebres españoles citados, es Vasco Núñez de Balboa quien está tratado con más bondad y Pizarro con más dureza. Había leído nuestro autor, en su juventud el novelesco y denigrante poema de Marmontel *Los Incas*, y su lectura le había impresionado tan hondamente, que en su primer obra poética, su ensayo «*Las Reglas del drama*», *mera tentativa de un principiante, el cual no había cumplido á la sazón* (1791) *veinte años de edad*», como más tarde escribía, pintaba de este modo la muerte de Atahualpa:

A pesar de sus míseras cadenas,
Del español á vista el peruano
Renueva y pinta sus antiguas penas;
Y al ver el espectáculo inhumano
En que el inca feliz gimiendo expira,
Grita y maldice á su opresor tirano.

El tiempo y las maduras reflexiones que otros hechos merecieron á nuestro autor, influyeron bien poco en sus primeras impresiones relativas á la conquista del Perú.

En cuanto al P. Las Casas, hay que reconocer igualmente

los esfuerzos que hace, en ocasiones, para mantenerse dentro de los límites que estima justos y prudentes, que el abandono con que, en otras, se entrega á los sentimientos y doctrinas del protector de los Indios. Esto último es bien comprensible, teniendo en cuenta que, á pesar de la diferencia de tiempos y de ideas, el teólogo del siglo XVI y el filósofo del XVIII habían de coincidir naturalmente en el sentimiento de protección á los débiles, de compasión á los vencidos y de hostilidad y aversión á los vencedores. Lo que en Las Casas es caridad, en Quintana es filantropía, y en su filantropía Quintana y en su caridad Las Casas, son igualmente dos exaltados, dos fanáticos, dos apóstoles, á quienes no bastan á refrenar en la predicación de sus doctrinas ni el sentimiento de la patria ni la realidad de la vida y de la Historia.

En uno y otro hay que distinguir de igual manera el pensador y el historiador: en el primer concepto, ambos se adelantaron á su época y merecen admiración del mismo modo, por la elevación de sus ideas, y la generosidad de su apostolado: en el segundo, hay que desconfiar de ellos en las cuestiones que se rozan con las causas que defienden. Una diferencia, sin embargo, y de no escasa importancia, existe, seguramente, entre el *Historiador de las Indias* y el biógrafo de *los españoles célebres:* en Quintana hubo arrepentimientos, enmiendas, rectificaciones nobilísimas: en Las Casas jamás. Ni la catástrofe de sus originales ensayos de colonización, ni el fracaso de su gobierno episcopal, ni el peso de los años, le hicieron cambiar un ápice en sus teorías.

Quintana fué coronado, en justicia, por su patría, no obstante sus errores. El Obispo de Chiapa murió olvidado, y hasta no han podido ser halladas, luego, sus cenizas. Un monumento que eternice la memoria de su generoso apostolado sería abra digna y noble en estos días preparatorios de la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América.—He dicho.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.

HISTORIA DE LA PRENSA EN GRANADA

(Continuación.) [1]

Por cierto que en el XVII se modifica el plan de esta publicación periódica: teniendo en cuenta que la *Gazetilla Curiosa* se venía ocupando con anterioridad y de un modo expreso, de dar noticia de las parroquias, conventos, hospitales y ermitas, dejósela la continuación exclusiva de tal trabajo. De este acuerdo, excepcionóse el Sacro-Monte, su vía crucis, reliquias, láminas plúmbeas y libros, á lo que dedicase desde el *Paseo XXIX* al *XXXIX*. En el XL y XLI adiciónanse nuevas particularidades de la Alhambra y Generalife. El P. Piquiñote, primer ajusticiado en Granada después de la reconquista; la cueva de las *Mumias*, ó momias egipcias, halladas en el lugar ocupado hoy por los Basilios, y una inscripción árabe reseñando el incendio de la Alhambra en tiempo del rey Nazar y la erección de la ermita de San Antón, por entonces, son las materias del XLII. El origen árabe de San Cecilio, el llamado Mirador del Mundo, la sierra de Alfacar que desde él se ve y su maravillosa fuente, sónlo del XLIII. De la torre Turpiana tratan el XLIV y XLV; el siguiente de la Catedral; el XLVII del Cuarto Real y su huerta. De las inscripciones árabes granadinas que el municipio mandó

(1) Véase el núm. 557 de esta REVISTA.

traducir á sus intérpretes en 1556 ó 57; de la Casa Capitular primero en los Miradores y más tarde en lo que fué *Madraza*, ó Universidad árabe y de sus inscripciones, ocúpanse el XLVIII, XLIX, y parte del L, en el que se estudia otra inscripción de la placeta de San Nicolás, y la etimología del nombre de la calle de María la Miel. La casa que hay en ella de *Daralbayda*, el castillo fenicio de *Herna Román*, la ermita del Santo Cristo de las Azucenas y su tradición, la Puerta *Monayca*, el Arco de las Monjas con sus apariciones espantosas, las inscripciones de la huerta y puerta de Santa Isabel la Real y la Puerta del Pescado, son el asunto del LI. Inserta el LII la versión castellana de un manuscrito árabe, y tras de negar que la torre de San José date de los fenicios, estúdianse brevemente las casas de Jorge de Baeza y del Carbón. Del Albaicín y sus inscripciones tratan el LIII y LIV. Ocúpase el LV de otras inscripciones, de la casa del Chapiz, ó del Arte de la Seda, de la hermosa perspectiva de la Alhambra desde el paredón de la cuesta de la Victoria y de la expugnación de su fortaleza, y de los caminos subterráneos que la ponían en comunicación con varios castillos. Trata el LVI de un patrañoso encantamiento por entonces propalado, y de una inscripción, el LVII del campo de los Mártires, y el LVIII, y último, es un índice de las cosas más notables tratadas en los *Paseos*.

Tal es en general el contenido de esta publicación periódica, desaliñada, curiosa, sembrada de digresiones, y en la que predomina el estudio de las inscripciones árabes granadinas y de la literatura é historia de nuestro pueblo agareno. No le fué propicia la crítica local de sus contemporáneos. Contreras y Narváez, en la *Semana II de la Gazetilla de Granada*, juzgolos así:

«De *los Paseos*, se dice
fue toda la caminata
sueños del Albaizin,
y acertajos de la Alhambra.»

Satirizándolos circuló manuscrita una *Carta del Cirujano*

de Caramanchél, dirigida al Autor de los Paseos por Granada (1), y de la poca estima local que al publicarse tuvieron, en ellos mismos (2), dase cuenta en estos términos: «V. publica sus memorias: bien sé que no faltan sugetos que las estimen, pero estos son los menos. Apenas es creible. En un Pueblo donde se jactan todos los que saben leer, de aficionados á las bellas letras, son poquíssimos los que no fundan su jactancia, solo en el decirlo. Pero ay más. Los patricios son generalmente los que se entretienen en motejar, aquello mismo que dicen, estiman. Los que de otras partes vinieron á establecerse en el Pueblo, son los depositos, de lo que los Patricios se vanaglorian posseer. Hablo aora por sus memorias de V. Los Forasteros las leen; las critican; las aprecian; si hallan dificultades, la proponen; si se convencen, lo confiessan; si no hallan el fulcro de la razón, mantienen su dictamen; la variedad, les ha sido gustosa; y si se mezcla el discurso, les alaga, y lexos de fastidiarse dél lo reciben con deleyte. No por esto quiero decir, que miran sus papeles de V. como cosa digna de una Biblioteca selecta... ya saben hasta que punto puede llegar su estimacion. Pero tienen ciertamente la urbanidad, de no desalentar, con un injusto desprecio. Tienen la bondad de fomentar su prosecución, con una alabanza moderada; y muchos con una exageración hyperbolica. Este es el modo, con que por la mayor parte, reciben sus memorias de V. los Forasteros. Al contrario el torrente de los Patricios; tienen desde luego preparada la satyra, motejan á diestro, y á siniestro; miran esta coleccion de Antigüedades como inutil; si se corta el hilo tosco de una narracion insulsa, y esteril con alguna digresion amena, levantan la voz con que no es del assunto la digression; si se mezcla algún discurso phisico, que indujo á él el objeto de que se habla, se mira como una cosa, que nada interesa. Y finalmente ponen todo su conato, en desalentar, en auyen-

(1) Paseo LV.
(2) Paseo XLVII.

tar el deseo de escribir; y lo que es mas insoportable, en disfamar los Escritos, sin dar más razon, ni más motivo, que el haver salido de las prensas de la Patría».

Si hemos de dar crédito al mismo autor de los *Paseos*, al poco tiempo la opinión pública reaccionóse en sentido favorable, pues si en 1765 escribía como hemos copiado, en 1767, lo hace de este otro modo: «oy no es tan formidable el partido que declaman contra ellas, [las memorias ó *Paseos*]. No se debe hacer caudal del dicho del vulgo. Hai un buen numero de Sabios que las estiman, y aun desean se continuen hasta el fin. El Autor, por mas que padezca la nota de visionario, puede consolarse con que la padece para con algunos, cuyos proyectos todos son visiones. Ay quien juzgue mal, es verdad. Pero no se ha de tener por juicio irrevocable el de Censores, á quienes apartaría de este cargo una crítica poco severa. Unos juzgan inutil el trabajo, pero estos son los que solo tienen por util lo insulso del porfiado *ergo* de las Escuelas. Otros lo juzgan texido de patrañas; pero estos son los que solo creen lo que oyeron las noches de Invierno en el *Flos Sancturum*. Otros se páran en ciertos passages, que los juzgan raros, porque no los han oído otra vez; pero estos son los que gustan tener una bella biblioteca, compuesta de muchos libros empastados, pero que son tan curiosos, que no los mueven de los estantes, porque no pierdan ni un minuto la bella simetría de su colocación. Otros se páran en las versiones; pero estos regularmente son los que viendo tassadamente con discernimiento los caracteres mayusculos Romanos, quieren passar por exactíssimos lectores de los menudos apices Orientales. Qué, pues, inferirán estos dictamenes? Nada, Amigo, V. creame, y tenga por bien passado su tiempo. En Marruecos estan oy copias Arabes de todas las Inscripciones, y tambien la version Española de las memorias de V. Aquellas tenidas por monumentos apreciables, y esta alabada por interpretacion legítima. En Amburgo, en Londres, en varias Ciudades de Olanda, y en algunas de la Francia, se ha dado estima á los Paseos, y algunos han ido por

mi mano. En Sevilla, Cadiz, Barcelona, Valencia, Malaga, y aun en Granada, se hallan muchos Exemplares con aprecio; y sobre todo en la Corte, donde oy florece el buen gusto, y la erudicion, han tenido una aceptacion no vulgar (1)».

El aprecio general con que eran tenidos, el anhelo con que se buscaban, la rareza de sus ejemplares y el excesivo precio que éstos alcanzaron, en los mismos comienzos de este siglo, determinaron su reimpresión (2). Verdad que nunca se han eximido de algunas de las notas con las que sus contemporáneos los caracterizaron: mas si Argote motiva la publicación de sus *Nuevos Paseos* en las inexactitudes de que adolecen los antiguos, en su desorden é inapropiado género literario (3), y cual Argote, Lafuente Alcántara (4), Jiménez-Serrano (5) y otros las suyas acerca de monumentos y antigüedades granadinas, verdad es también que ninguno de ellos ha desechado por completo los *Paseos*, sino que todos los han tenido muy en cuenta.

VI

GACETA HISTÓRICA

En el *Papel LXII* de la *Gacetilla de Granada*, penúltimo suplemento de la misma, decíase lo siguiente: «Con la muerte del P. Lect. Jubilado Fr. Antonio de la Chica, de que se dió noticia en el Papel último, acavó el Autor de la Gacetilla, pero no el buen desseo de continuar con ella, para que el Publico, que hasta aquí ha mostrado contentarse de sus avisos, y noticias, no carezca de algunas que lo instruyan en muchos puntos, que no son obvios, ni comunes. No son pocos,

(1) Paseo I. Segunda época.
(2) Obra citada. Prólogo.
(3) Obra citada. Prólogo de los editores y plan de la obra.
(4) «El libro del viajero en Granada». Parte tercera, cap. III.
(5) «Manual del artista y del viajero en Granada». Advertencia del editor.

y bastantes utiles, los que se traen en consulta, para elegir entre ellos el que deba ser preferido entre los demás, y ser empleo de la atención de los Curiosos, que desean instruirse, y cebar su aplicación en los ratos, que las ocupaciones, ó el buen conato lo permitan, y huir de la ociosidad tan enemiga del Alma. Ni dudariamos en principiar desde luego ó manifestar en el hecho el punto, que ha de ser materia de éste Papel periódico en los siguientes Lunes, pero nos fuerza suspender en éste, y en el inmediato después, no para callar en ellos, sino para completar lo que falta á los antecedentes Papeles.»

Publicóse el *Papel* que así decía el *Lunes 10 de Junio de 1765;* publicóse con posteriodad un *suplemento á el Papel* del dicho día: llegó y pasó el siguiente lunes, y tras él otros, sin que apareciera la anunciada continuación de la *Gacetilla de Granada.* A poco más de un mes, de haberse dado este aviso, apareció el ✠ | **PAPEL I.** | *Lunes 5 de Agosto de 1765.* | **GACETA HISTÓRICA,** | Y SEMANERO GRANADINO, periódico en cuarto, de ocho páginas, impresas en planas sus seis primeras, y las dos últimas á dos columnas.

«Llegó en fin, curiosos, y sabios Lectores,—dícese en el *Prologo* que al título sigue,—el dia en que principiassemos á cumplir el deseo, que os ha tenido suspensos desde la muerte del primer Author de estos Papeles Periodicos. Dimos palabra seria, y formal de proseguirlos á beneficio de la utilidad publica, buscando assunto, que fuesse digno de vuestra atención. Nos ha parecido acertado elegir uno que no sea particular de esta ni otra Ciudad, ni menos sea obvio en qualquiera, ó en muchos Chronicones, y Mamotretos, que facilmente puedan averse á las manos.—El exemplo de nuestra Corte nos ha movido á escoger por materia de estas Gazetas una Historia seguida, assi como ella lo hizo para sus Diarios. Y como fuessen muchas las propuestas, de entre todas fue mas apreciada para el caso, por mas singular, y rara, la que hoy principiamos, y damos concebida en estos terminos: *Historia de los Estados Berberiscos Piratas, que contiene el origen, y Re-*

voluciones, y estado presente de los Reynos de Argel, Tunez, Tripoli, y Marruecos, con una exacta relacion de las fuerzas, rentas, politica, y comercio de cada uno de ellos.» Háblase á seguida del orden en que la publicación ha de hacerse, consistiendo en el aparte y separación de los diversos puntos que han de tratarse valiéndose de números romanos, y en numerar todos los párrafos mediante guarismos ordinarios. Dicho esto, termina el *Prólogo* de este modo: «Salen al Publico estos Papeles con el mismo título de *Semaneros Granadinos*, y con el de *Gazetas Historicas*, porque juzgamos que merecen mas serio, y respetable nombre, que el de *Gazetillas curiosas*. Y aunque en la verdad este primero es el LXIV. de los que han salido en esta Imprenta, y Ciudad con nombre de Gazetas, con todo lo llamamos I. atendiendo á la novedad del assunto, etc.»

Al prólogo sigue una *Introducción, y razón de la Historia, que es materiá de estas Gazetas.* En sentir del anónimo periodista, imponíase la publicación de una historia exacta de los «Estados Piratas de Berbería», como necesario medio de destruir la errónea creencia que se tenía de la civilización de esos pueblos, indebidamente considerados como salvajes: «La mayor parte de los Christianos, dice, están tan preocupados contra los Turcos, y demás Mahometanos, que les faltan terminos para expresar su aversion, y animosidad contra ellos. Muchos, ó los más se engañan por los cuentos de algunos, que esparcen, y publican mil falsedades, para realzar el merito de sus redenciones, quando las obras santas no necessitan de mentiras para su debida estimacion. Este odio se aumenta algunas veces por las falsas relaciones, y clamores de algunos pretendidos esclavos, que mendigan de acá para allá, cargados de cadenas, que ellos jamas padecieron en Africa, y á caso ni en parte alguna. Estos para mejor colorir su fraude, y dissimular su ficcion, manifiestan alguna Certificacion de los Padres de la SSma. Trinidad, ó de la Merced, que ellos ó han hurtado, ó han comprado, ó han adquirido de algún Cautivo, que en realidad ha sido rescatado». El autor, si bien

afirma haber «trabajado con el mayor desvelo sobre la antigüedad, y revoluciones del Reyno de Argel, para poder describir con mas particularidad su estado presente», no se atribuye la paternidad de la historia berberisca: valíose para su publicación, de unas memorias «formadas para el uso particular, y serio gusto de un Sugeto, que residió en Africa mucho tiempo con distinguido caracter, al qual, despues de haver vuelto de su comission, ordenaron sus Superiores, que las publicasse». Conclúyese la introducción exponiéndose el orden de las materias que han de ser tratadas en cada capítulo. Éstos que aquí denomínanse números, habrían de ser XLVI; la Historia del Reino de Argel comprendería hasta el XXXIII, desde el siguiente hasta el dicho último, la de los demás estados berbéricos.

La hoja final, la cual si se la estimara extraña ó independiente al semanario tiene una numeración distinta de la que en éste se guarda, está consagrada á *Noticias de Comercio.* Contiene varias secciones: *ventas, amos y criados pérdidas*, la *noticia* de la publicación con las solemnidades acostumbradas de una real cédula por la que se abolió la tasa de granos y demás semillas, un *aviso al público* de haber unos «nuevos Artifices de Romanas de nueva construccion, y estraña fabrica; otro *aviso espiritual* señalando las iglesias en las que estaría el jubileo durante los días de la semana, y termina con el epígrafe de *precios del sabado 3*, noticiando los que tuvieron algunos artículos en nuestro mercado en dicho día, ó sea el 3 de Agosto.

Desde el *Papel II* al *IX*, correspondientes el primero al lunes 12 de Agosto de 1765, y el segundo y último que conocemos, al lunes 30 de Septiembre del mismo año, hallamos que el título de *Gaceta Historica, y Semanero Granadino*, es adicionado con el de *Historia de los Estados Berberiscos Piratas.* Salva esta particularidad, en nada difieren estos números del primero. *De el Reyno de Argel* titúlase el fondo del *Papel II*, y así mismo en los siguientes, el que está dedicado al estudio etimológico de la palabra Berbería. En el mismo

papel dáse principio al capítulo ó *Número I* que trata *De las Revoluciones del Reyno de Argel,* de las cuales prosigue ocupándose en todos los papeles sucesivos hasta el VIII en que acaba, y en el que empieza el *Numero II* que *De los habitantes del Reino de Argel* se ocupa, y que es la materia del *Papel IX.* Hacemos gracia á nuestros lectores de las revoluciones acaecidas en el argelino territorio y de las costumbres de sus habitantes. La historia que este semanario dejó en sus comienzos, el lector curioso puede leerla acabada. Las memorias de que el periodista se valió para escribir sus papeles, por la identidad de los enunciados de sus títulos, por la de las materias en cada capítulo tratadas, entendemos que no fueron otras, que la Historia del Reino de Argel, escrita en francés por Mr. Laugier de Tasi, Comisario de la Marina Real de Francia, de la que algunos años después de haber visto la luz pública en la *Gazeta Historica,* publicó en Madrid una traducción castellana D. Antonio de Clariana (1). La historia de nuestro *Semanero Granadino,* no fué, en nuestro sentir, más que una traducción de la escrita por Laugier de Tasi, y anterior á la de Clariana.

Las *Noticias de Comercio,* son de una traza igual á las que tenemos dadas á conocer. Hay algunas curiosas, pero entre todas, sobresale esta *noticia* del *Papel VI.* «Oy Lunes 9. de Septiembre se publican en esta Ciudad las quatro Corridas de Toros, que esta Excma. Ciudad votó, y comienzan el Lunes 16. del corriente, y seguirán en los Lunes sucesivos. Estas quatro Corridas ha cedido este Devotisimo Cabildo á la V. y Real Hermandad de MARIA SSMA. DE LAS ANGUSTIAS, para que empleen su producto en el Culto de esta su adorada

(1) Historia del Reyno de Argel, su Gobierno, Fuerzas de Mar y Tierra, sus Rentas, Policia, Justicia, Politica y Comercio: Escrita en Francés Por Mr. Laugier de Tasi, Comisario de la Marina Real de Francia; y traducida é ilustrada por Don Antonio de Clariana, Caballero del Abito de San Juan. Con licencia. En Madrid, en la Oficina de Pantaleon Aznar, Carrera de San Geronimo. No se expresa el año en que fué impresa esta obra, pero debió serlo después de 1779, pues no se explica de otra suerte, que entre las obras anunciadas al fin del tomo, se mencione una publicada en el año citado.

Patrona. Despues seguirá la que dicha Rl. Hermandad tiene de privilegio, siempre que se corren Toros: y últimamente otra, que N. Catholico Monarca D. Carlos III. (que Dios guarde) ha concedido al Monasterio de Sr. S. Basilio, para ayuda de la Fabrica de su Iglesia. Estas Fiestas serán las mas lucidas, que se havrán visto en este Pueblo, tanto por el especial arte, con que se ha formado la Plaza, como por las famosas castas de Toros, y demás circunstancias, que aumentaran los Regocijos, y llenarán la expectacion de los aficionados. Dicha Plaza está erigida en el mismo sitio de la Carrera de Genil, con la singularidad de ocupar menos ambito, que los demás años, y estar mucho mas grande su centro. Su figura es esferica, en forma de Anphiteatro, con dos ordenes de Ventanas, sobre algunas Gradas de Barrera, que entre ambas órdenes componen el num. de 87. Ventanas. Estas se dividen con otras tantas Columnas blancas, y doradas, con Varandage del mismo color, y sobre sus mazizos se ven unas Estatuas de medio relieve. La cubierta de las Ventanas superiores forma una Armadura de Lienzos pintados, que figuran unas vistosas Pizarras. Las demás singularidades de los Paises de los Toros, y sus Dueños, Picadores de Vara larga, Toreros de á pie, y diferentes invenciones graciosas, que compondrán cada una de las Corridas, se publicarán semanariamente en Carteles particulares, en los quales se dará aviso el dia que toque salir el Toro nombrado *el Duende*, el Toro llamado *Fierabrás*, y otros que han destruido, y hecho gravissimos daños en los parages donde han estado.»

Mal, muy mal fué recibida la *Gazeta Histórica* por los granadinos. El periodista de aquel tiempo, Don Luis de Contreras y Narváez, dice de ella:

«Y de la recomendable
Erudicion Africana,
diciendo que no ha gustado,
dicen clarito, que enfada (1).»

---

(1) *Semana II. de la Gazetilla de Granada.* Proemio.

No es más benévolo el P. Echeverría; hablando de las detractaciones de que fué objeto el *Santoral Español*, refiere (1) que en especial lo fué de «uno que después emprendió obra, y sin ser de mas trabajo, que el de no ganar dineros, la dexó aun mas á los principios, que el Santoral Español.—Esta fué una historia del Reyno de Argel, que empezó á dar á luz por semanas, un grave, y docto Religioso de este Pueblo; los Granadinos compraron algunos papeles al principio, y como les interesaba poco la historia de los Argelinos, fué también poco el consumo de la Impression, y se vió el Autor destituído de los quartos que havia pensado recoger. Dexó la obra tan á los principios, que creo iban de ella solo quatro semanas. Expuesto assi á oir de su obra mas dicterios de los que havia soltado contra el Santoral. Debo advertir á V. que no se perdió nada en que esta obra cesasse, que en buena conciencia tenia todas las qualidades apetecibles para su cessacion». Como se ve, el periódico así criticado, fué escrito por un grave y docto religioso de Granada, cuyo nombre calla el Padre Echeverría. La *Gazeta Histórica* tampoco dice quién fuera. ¿Sería el anónimo periodista aquel P. Predicador, Fr. Francisco José de los Ríos, del Orden de la SSma. Trinidad Calzados de Granada, Administrador de la Imprenta de su convento, y el que según reza en la portada de ellas, dió á luz las *Gazetillas* del P. Antonio de la Chica? Es muy probable que así sea.

VII

LLANTOS DE GRANADA

«Aun estaba mojada la prensa del referido Papel,—la *Gazeta Historica*, dice el P. Echeverría (2),—quando se presentó otro capaz de mojar todas las prensas, todas las ropas,

(1) *Paseos por Granada, en que sigue*, etc. Paseo XLV.
(2) Idem íd. íd.

y todas las calles. Era un papel llorón, que se havia escrito con lagrimas, se habia impresso con gemidos, se havia publicado con lloros, se havia leído con suspiros, y ultimamente acabó haciendo pucheritos. Hizo tanto ruido como la mayor novedad, todos hablaban del papel, y todos lloraban á su Autor. No lo estrañe V. provocaba á llanto. Todo su assumpto era *las Lagrimas de Granada.* Para si le faltaban lagrimas á su pluma, se introduxo formando una respetable assambléa en el Rio de Darro. Allí juntó de por fuerza á los principales personages, y á las Comunidades mas visibles del Pueblo. Estas, y estos se vieron disfrazados en unas figuras alegóricas, que aunque tales le parecían al Autor, en la verdad eran figuras de mascara. Luego que los tuvo allí á todos, les determinó á entonar á coros el mas lastimoso miserere, ó la más sentida lamentacion que es imaginable. Empezó su verso el personage entre todos mas visible por mas sagrado. Puso en sus ojos las lagrimas á montones, puso en su boca las quexas á puñados, y puso en su entendimiento los discursos á manojos.

Pero qué lagrimas! Qué palabras! y qué discursos! No tengo mas que decir á V. sino que por via de buen gobierno se mandó por el Señor Juez suspender este funesto papel, que llevaba traza de acabar con todos los Granadinos, Era Medico su Autor, y le gustaba mucho tan universal duelo. Yo diria á V su contenido de un escrito, que se tuvo por conveniente atajarlo en los principios.»

Aunque hiperbólica y burlona, no deja de haber verdad y razón en la historia y crítica copiada. El papel así juzgado é historiado, publicóse en cuarto, en números de ocho páginas, y sin tener portadas. La cabeza del primero dice así: ✠ | *Lunes 4. de Noviembre de 1765.* | PAPEL PRIMERO. | **LLANTOS DE** | GRANADA, | POR SEMANAS. | THEATRO LACRIMOSO, Y | ORDEN DE LOS LLANTOS. A este encabezamiento, á modo de lema, sigue la siguiente lamentosa cuarteta:

«¿Sin intermission mi llanto,
Ni aun ay de mis deudos quien
Me conceda el leve bien
De consolarme algun tanto?»

Sigue luego una *Introduccion* que ocupa por completo el periódico, el cual tiene este pié: *Con Licencia: En Granada en la Imprenta Real.* Como muestra de lo conceptuoso del estilo, y del rebuscamiento de palabras, hecho por el autor para escribir su obra, ved como la comienza: «Caminando á el occidente iba ya el Gran Padre de las luces, quando de accidentes subyugada mi instable fabrica viviente, salió de su alvergue melancolico, y caduco, á experimentar unos consejos, al parecer saludables de un hijo de Apolo; quien por los Dogmas admirables de su Progenitor sábio me intimó el moderado exercicio, para que por éste medio (con el que me desesperanzaba de todo alivio en la aplicación de otro temporal remedio), me acogiesse á las obras sapientissimas de la sábia, inexcrutable, y curatriz naturaleza: Era mi inconsolable, principal, y ya desahuciada dolencia, una opression en el espiritu, que me reducia lentamente á el estado de consumpto: Llegué con passo lento á el venerado sitio, Sagrado Templo de Dolor, y Angustias, á donde admiré un Occeano de las mas bien lloradas lagrimas, tan copiosas, que me parecieron lluvias saludables del incontaminado Paraiso». Allí, continúa diciendo el escritor hipocondriaco, oyó en sus místicos arrobamientos que se le aconsejaba llorar con lágrimas verdaderas si quería remediar sus males; siguió el consejo, y su dolencia hizo «crysi perfecta y repentina». Así curado, y conversando alegremente con un su amigo, caminóse hacia el Sacro-Monte, siendo sorprendido por «un repentino estruendo de numerosos acentos, como *de un Pueblo atormentado y destruido.*» Exacervado con esto su mal, y guiado por tan plañideros acentos, dirigióse á las angosturas del río Darro desde donde partían, encontrando allí «un concurso innumerable de toda classe de Personas, estados, sexos, y edades, que con concertados clamores, pocos (que se hacian percep-

tibles, y la mayor turba con desconcertados, se quejaban de infinitos males, cuya vehemencia los compelia quasi necessariamente á prorrumpir sin intermission, en lagrimas.» Tenía ese concurso «la figura Mathematica Poligona, como la de una Ciudad, que tiene por continente una *grande Granada,*» y extrañaeo el escritor del contraste que resultaba entre las grandezas y excelencias que esa ciudad tenía y la tristeza de sus habitantes allí congregados, preguntóles si era cierto el pesar que manifestaban. Uno, á quien todos reconocían como el primero, y que decían ser «un Angel,» le contestó afirmativamente. Admirado de la gravedad de este sugeto, pregunta quien era á uno de los reunidos, el que por modo alegórico é indirecto, muéstrale por el orden de prelación que guardaban quienes era los del lagrimoso concurso, reseñando así al Arzobispo, Cabildo Catedral, Tribunal de la Inquisición Chancillería, Claustro universitario, Universidad de Beneficiados, Sacro Monte, y ya directamente, «la sábia Jurisprudencia en su Colegio; los Professores de la Apolinea Medicina; ciertos Titulos de Castilla, Hijosdalgos, y Nobles; Labradores, Hortelanos, Hornaleros, el Hornorable Arte de la Seda, y cada uno de los demás Artes mecánicos; Viejos, Mozos, Viudos, Casados, Celibatos, Doncellas, Niños, Ricos, Pobres, Pisaverdes, Petit-Metras, muchas Infelices en fortuna». Enterado de esta suerte del orden guardado por los circunstantes, quiso luego nuestro jeremiaco y anónimo periodista, preguntar á cada uno el motivo de su llanto, y llevan á cabo su propósito, dice, «pregunté al primer Personage, y Pastor Principe la causa de su afliccion, á que con serio aspecto, y al parecer gustoso, me ofrecio lo haria para el siguiente Lunes, pues para entonces ya havria evacuado cierto assunto, y que para hacerlo ahora lo impedia, y que daria el primero, el principio al primer llanto,.., para que despues lo comunicasse al Publico».

Al declinar la tarde del señalado día, acudió nuestro escritor al lugar donde estaba la triste asamblea, á la que «saludó con urbana cortesanía, muy á lo político, *á estilo de*

Granada á que correspondieron con atencion reciproca, muy á lo discreto». Recordó su promesa al «Principe Magnanimo, de que manifestaria la impelente causa de su primer llanto,» y éste, que hacía algún tiempo deseaba «comunicar con algun sabio, el grande occeano de (sus) justos, é inexcusables sentimientos, para siquiera promover por algun tanto, alguna parte del apetecible consuelo,» lamentóse quejumbrosamente de todas las pesadumbres que le imponía y acarreaba su cargo. Esta lamentación, llena por completo las ocho páginas del ✠ | *Lunes 11 de Noviembre de 1765.* | PAPEL SEGUNDO. | **LLANTO I. DE** | GRANADA, | SEGUNDA SEMANA. Hacemos gracia á nuestros lectores de esta pesada elegia, escrita con tan detestable estilo, que según dice el mismo autor, uno de los asistentes al concurso, interesole «que con *estilo mas llano* se hiciessen los *llantos*». Ofreciólo hacerlo así «en passando los Sagrados, que piden santa expresion,» cosa que no llegó á efectuarse, por impedirlo el muy discupable acuerdo del Juez de Imprenta de prohibir la continuación de éste semanario.

VIII

GAZETILLA Y SEMANERO GRANADINO

Antes de acabarse el año de 1765, publicóse otro nuevo periódico. Anunció su aparición mediante el público reparto de un prospecto, de tamaño en cuarto, adornado con una orla, encabezado con una granada en el centro de dos jarrones con flores, y en el que leíase:

AL Publico se previene,
Que á salir se determina
La Gaceta Granadina
El dia dos del que viene:
Y si quenta á todos tiene
Dár á los Moros descarte,

Valgamonos, pues, del Arte
De mudar rumbo, y destino;
Y si se erró aquel camino,
Echémos por otra parte.

»Se hallará—añadíase bajo un guión:—todos los Lunes en la Imprenta de la | Ssma. Trinidad. Y assimismo en la Tienda, | que hai de surtimiento de Comedias, | Relaciones, y Estampas en la | esquina de la Pescadería.»

A la repartición de este prospecto, siguió la publicación del periódico anunciado. A su *Semana I*, precedía la portada siguiente: ✠ | **GAZETILLA | Y SEMANERO | GRANADINO.** | SU AUTOR | DON LUIS DE CONTRERAS Y NARVAEZ. | DADA A LUZ | POR GERONIMO MORALES, ANTONIO MORARES, | *y Manuel Benito Hernandez, Oficiales, que son,* | *del* **DIVINO ARTE DE IMPRIMIR,** | *en esta Imprenta del Conv. de la Ssma.* | *Trinidad, donde se hallará todos los* | *Lunes, desde el dia 2. de* | *Diciembre de 1765.* | *Assimismo se hallará en la Tienda de surtimiento* | *de Comedias, &c. en la esquina de la Pescadería de esta* | *Ciudad. en Sevilla, en la de D. Manuel Nicolás* | *Vazquez, en Calle Genova: en Cadiz, en* | *la de D. Julian de Mutis, Calle del* | *Hondillo: y en Cordova, en la* | *de D. Pedro Rodriguez,* | *en la Librería.* | *—Impresso* | CON LICENCIA: *En Granada, en la Imprenta* | *de la Ssma. Trinidad.* A la vuelta de la portada, en la licencia para la impresión léese: «No se venda la Gazetilla á mas precio que á... quartos cada medio pliego».

De este periódico en cuarto, de doce páginas, impresas las más á dos columnas, y escrito casi todo él en verso, sólo conocemos dos números. *Semana I.* | *Lunes 2. de Diciembre de 1765*, léese en la cabeza del primero, la que cambiase en el segundo por *Semana II.* | *de la Gazetilla de Granada*, omitiendo el día y fecha en que se publica. Aquella, á modo de programa, tiene un *Prólogo* que dice así:

AL muy Ilustre Señor,
gran Publico Granadino,

en cuyo conjunto brillan
tantos blasones lucidos.
Besa la mano obsequioso
quien mas desea servirlo,
en quanta ocurrencia ocurra,
arbitraria en sus arbitrios.
Y esperando de su agrado,
que le estimará propicio,
de divertirle el deseo,
dandose por divertido.
Al vér de la Gazetilla
semanal, suspenso el gyro,
y roto el cabo á la hebra,
del devano de su ovillo;
Atar el cabo resuelve,
de su Seda, ó de su Hilo,
de su Lana, ó de su Hilaza,
de su Estambre, ó su Hiladillo.
Y pues estamos en tiempo,
en que por el precio mismo,
que se venden discreciones,
se compran los desatinos;
No pensemos en contar,
ni cuentos de Calainos,
ni Españolas Historietas,
ni embelecos Berberiscos,
Pensaremos lo primero,
por basa del edificio,
en el general provecho,
y en el comun beneficio.
Esto es, en la referencia
de lo hallado, y lo perdido,
y acomodos de los pobres,
en las casas de los ricos.
Aquel cierto itinerario,
y no dudable camino,
que en la Gazetilla es siempre,
por su practica seguido.
Y luego se adornará
de esta casa el frontispicio,
con el interior adorno
que el Señor fuere servido.
Para que los que pagaren
la costa del domicilio,
tengan el gusto algun rato
en su vista complacido.

Un Theatral sainete,
de los del moderno estilo,
llevará cada Gazeta,
de los vistos, y no vistos.
Pues si vistos han gustado,
y celebrados han sido,
los que vistos no disgustan,
no disgustaran leidos.
Ademas, que siendo todos
aqui de Madrid traidos,
y no hechos, en las propias
formas que fueron escritos,
Se verán en la Gazeta,
tan varios, y tan distintos
de lo que se hán visto hechos,
que otros parezcan los mismos.
Y en lugar de saynete,
tal vez saldrá un Papelito
en verso de assunto alegre,
regozijado, y festivo.
Y por fin, si el parche pega,
y el Publico no es mezquino
en comprar lo que saliere,
no havrá falta en lo salido.
Y la Imprenta su provecho
logrará, exaquible, y fixo,
y su diversion el Pueblo,
y el Director su designio.»

Continúa el prólogo exponiendo el asunto del sainete que publica en aquella semana, y luego comienza la parte del periódico destinada á *Noticias de Comercio*. Es lo único que hay escrito en prosa, y está dividido en tres secciones; ventas, amos y criados, y precios de granos, las cuales en nada difieren de las que hemos dado á conocer de otros semanarios. Después, ocupando la mayor parte del número, sigue un sainete intitulado *El hospital de la Moda*. Cállase el nombre del autor de este entremés, no representado en el teatro de Granada. Los interlocutores eran *El buen Gusto Español*, *El Desengaño*, y *Los demás ellos irán saliendo*. El asunto es sencillo: el buen Gusto ha fundado un hospital para curar á los muchos apestados de la moda; para ello pide y obtiene el

concurso del Desengaño, médico especialista para la cura de

«Cierta aplopegia, males de moda, petrimetrería,
lo histérico, y lo crítico importuno.»

Puestos de acuerdo, van deteniendo y enviando al hospital á cuantos pasan y en su lenguaje usan de galicismos, visten ropas importadas del extranjero, ó con menosprecio de las patrias, se jactan de usar las costumbres y producciones industriales de otras naciones. Los detenidos, prontamente curados, vuelven á la escena ofreciendo su enmienda, y termina el sainete con una tonadilla cantada por todos.

La *Semana II*, empieza por un *Proemio*, en el que se habla del periodismo de este modo:

«Estos Escritos de moda,
Semanales, se disparan
á fin de lograr sus ventas,
y recoger la garrama.
Pero en los mas Escritores
Semaneros, no se igualan
los provechos con los daños,
que del Comercio dimanan.
Y por el corto estipendio,
que adquieren, los pobres gastan,
por cada quarto, un oprobio,
por cada real, una infamia.
Pues los Criticos de moda,
espulgandoles las mantas,
no les dexan huesso sano,
quemandoles las estatuas.»

Enuncia luego lo pasado con algunos periódicos matritenses, el publicado en Cádiz por doña Beatriz Cienfuegos, y los locales que hemos estudiado, y continúa:

«Conque quien ha de tener
valor, para viendo tanta
operacion apreciable,
comunmente despreciada;

Pensar que puede lograr
la empressa nunca lograda
de ser famoso entre gentes
que á todo famoso infaman?
Bien pudiera yo, al exemplo
de mis Sabios Camaradas
Semanarios, hablar oy
como ayer ellos hablaban.
Y dar puntual noticia
á la incivil ignorancia
del principio del Pandero,
y origen de las Zonajas.
De la ereccion de Albolóte,
y fundacion de Pulianas,
los blasones de Alhendin,
y antiguedades de Gabia.
Los monumentos del Tronco,
y Analisis de la Estaca,
y las Ethimologías
de la Silla, y de la Albarda.
O echarme á escribir Tragedias
que es cosa muy celebrada
oy de algunos Nacionales,
y á nuestra Nación mui grata.»

Prosigue el romancista diciendo que él no se propone escribir cosas «de estas layas», tanto por no ser de alto ingenio como por su miedo á la crítica, ni tampoco corregir las malas costumbres por ser inútil tarea y dañosa para el que la emprende.

«La Gazetilla, ha de ser
qual Gazetilla exornada:
de la altura, y la baxeza
los digtongos no me agradan.
Vaya como Gazetilla
justamente trajeada;
toda fruslería en ella,
no le será á nadie estraña.»

Termina el proemio con el anuncio de la publicación de un nuevo sainete, y como en la semana anterior, siguen las *Noticias de Comercio*, aumentadas en este número con una

sección de pérdidas. Entre las noticias dadas, encontramos la de que en la tienda donde se vendía «esta Gazetilla Semanera», vendíanse «los Libros de las Gazetas antecedentes, por el precio cada uno de 16 Reales». Publícase después un soneto laudatorio á la Maestranza por las fiestas con que solemnizó el día de su patrona, y en último término, el *sainete divesible, Noche de San Juan en Cádiz, por otro nombre, La señora doña Ana*, cuyo asunto consiste en el chasco llevado por ésta esperando sin oirla la serenata que su galán le había ofrecido.

Tal fué, por los números que de él conocemos, este otro periódico qne el P. Echeverría, juzga de este modo: «se presentó en el Circo otro Papel Semanario con mil sales, mil saynetes, y mil utilidades. Este contenia los Títulos de las Comedias que representarian cada semana, daba una noticia muy puntual de sus autores, y lo que mejor tenia era el saynete, ó saynetes nuevos en cuerpo, y en alma, y quando no lo havia nuevo, lo havia viejo. El assumpto ya vé V. que era edificante, y la utilidad conocida: que á lo menos lo que por oído de prisa, ó por el canto, ó por el descuydo en recitarlo, no lo oía para entenderlo la gente joven, en el Papel semanario se lo hallaban con todo espacio, para poderse instruir bien en ello, y con lugar para leerlo, de suerte que no se passasse ni una letra. ¿Ya querrá V. saber quien es el Autor, ó quien era? Pues Amigo yo no miento partes quando no son laudables los hechos que refiero. En el Theatro de Granada brilla oy un Ingenio, que merece muy particular elogio, por sus costumbres christianas, por su no vulgar erudicion, y por su estudiosidad incansable, y por el gusto con que cultiva la Poesía, que ha pocos dias que en un Ms. ha hecho la mas ajustada critica del Autor del papel de que hablamos. Lea V. esta piezecita, y en ella hallará quanto pueda desear para conocer el caracter de este Papel, por el de su Autor. Bien entendido, de que no digo por esto, que se debe dar por indubitablemente cierto cada uno de los particulares que allí se tocan; todos saben lo que levanta de punto qualquiera

especie el gracejo del verso; solo sí hablo de la critica en general, que sin especificar acciones manifiesta el caracter del Sugeto, y esto precisamente en quanto á la literatura, que es el assumpto de nuestra conversacion, que en lo demás no tengo qué, ni para qué tocar (1)».

MIGUEL GARRIDO ATIENZA.

(Continuará.)

---

(1) *Paseos por Granada, en que sigue* etc. Paseo XLV.

D. MANUEL REINA Y MONTILLA

NOTICIA BIOGRÁFICA [1]

(Conclusión.)

No niega estos juicios el Sr. Fernández Bremón, antes los tiene por ciertos y hechos á conciencia; pero emite, á vuelta de esculturales giros retóricos, otros suyos donde resplandece acertado y exquisito análisis de las obras poéticas á que nos venimos refiriendo. Fernández Bremón, hace trece años, encontraba al joven poeta en un período de vacilación que no permitía calcular el rumbo cierto que en el porvenir seguiría su talento; le veía fluctuando entre la poesía oriental de imágenes brillantes y el sentimentalismo poético moderno; notaba en él flexibilidad de númen para cambiar de tono y falta de fijeza para adoptar una dirección predominante, y se explicaba esa vacilación, esa fluctuación y esa inestabilidad de rumbo por el frecuente fenómeno de que los noveles poetas no se inspiren en su propio organismo artístico sino, más bien, en las obras de los escritores que admiran. Bremón no encuentra, y si lo encuentra no lo ha dicho, el abolengo poético de Reina en nuestros antiguos clásicos escritores, ni entre los modernos más celebrados, sino que percibe el reflejo de Hugo,

---

(1) Véase el número 558 de esta REVISTA.

Heine, Schiller y Becquer, en las poesías que examina, y ve como resultado de ese reflejo, una nueva individualidad aun indeterminada, en la que fulguran revelaciones luminosas. De *Cromos* y *Acuarelas* dice ser un libro á la vez árabe y alemán, mezcla de luz y sombra, sin unidad de tono, y simpático por su misma vaguedad. Insinúa que Reina siente con más verdad el entusiasmo que el dolor, concede á ciertas composiciones originalidad, delicadeza y gusto exquisito, y declara que su autor es un poeta, con sus vuelos y caidas, momentos de inspiración y de amaneramiento. «En unas partes, dice, robustez y sonoridad en el estilo, á veces la rima se resiste y se hace trabajosa, alguna frase pueril se atraviesa en períodos de gran nervio, constituyendo grandes bellezas y defectos que no oscurecen nunca las buenas cualidades del poeta».

«Nótase en su estilo elegancia y distinción espontáneas y una ligereza que no da lugar nunca al cansancio. Como si temiese molestar á sus lectores, apenas se detiene en los asuntos que desarrolla en rápidas y animadas impresiones, á manera de relámpagos: si las ideas no sorprenden, hay en su paleta colores vivos que combina con gran arte; en sus armonías gran variedad de tonos, y en sus versos la seducción irresistible de la música. Y hay sobre todo en los *Cromos* y *Acuarelas*, título que nos parece propio y poético, gérmenes y revelaciones de nuevas formas de bellezas y el presentimiento de una evolución que ha de venir á dar nueva sávia á la agotada poesía».

A virtud de los años transcurridos desde el 78 acá, los juicios que anteceden admiten alguna modificación importante.

Manuel Reina, después de publicados los dos tomos de sus composiciones, *Andantes* y *Alegros* y *Cromos* y *Acuarelas*, ha dado á luz gran número de bellísimas poesías, bastantes en número para fijar de una vez para siempre, su personalidad poética. Su figura se destaca brillante á la cabeza de los más exímios escritores de nuestro tiempo. Estos dos nuevos tomos que llevarán en su día los nombres de *Adios á la juventud* y *Noches doradas*, pondrán de relieve la verdad de nuestro aser-

to; Manuel Reina se manifiesta en todas estas composiciones como poeta de estilo original, tanto, que no puede confundirse con ningún otro, brillante, salpicado de imágenes, recogiendo las más espléndidas notas de la naturaleza en sus manifestaciones de luz, de colores y de armonía, y en el fondo de todas ellas palpitando una profunda nota de sentimiento, arrancada á la realidad por un alma grande capaz de sorprenderla. Esta amargura que reboza en las composiciones de nuestro poeta y á la que sirve de marco la forma cincelada y escultórica que caracteriza todos sus trabajos, constituye hoy el sello personal de Reina que ha sabido joven aún, conquistarse un puesto envidiable y legítimo á la cabeza de nuestros poetas contemporáneos.

De propósito hemos dejado para último lugar el juicio que acerca de nuestro paisano emite el Padre Blanco en su obra *La literatura española en el siglo XIX* (1). Coloca á Reina, no sabemos por qué, entre los imitadores de Núñez de Arce, y le dedica las siguientes líneas:

«A seguir las huellas del autor de *El vértigo*, no ha abdicado de su propia y errática personalidad Manuel Reina, cuyas primeras poesías andan coleccionadas en dos volúmenes de agradable lectura por la ingeniosidad del fondo y los atrevimientos de la forma, y que obtuvieron regular acogida. La musa de Reina, que posteriormente se buscó un cuasi domicilio en *La Ilustración Española y Americana*, imprime cierto sello de ligereza á todo lo que toca, sin excluir el género social, que con predilección aunque no exclusivamente, cultiva. Es amigo de los objetos múltiples ó agrupados, de las antítesis y las comparaciones, que constituyen en él verdadera manía; ha catalogado *las musas españolas*, *la música* de las naciones modernas, las maravillas de la Alhambra, y sería capaz de hacer lo mismo con las estrellas del firmamento. Sin que pueda considerarse como un prodigio su versificación,

(1) El Padre Francisco Blanco García.—*La literatura española en el siglo XIX*.—Parte segunda, pág. 354.

tira á resolver una dificultad rítmica que algunos consideran insuperable: la de dar flexibilidad y harmonía al romance endecasílabo, lenguaje propio de la tragedia clásica, y que apenas ha manejado nadie con destreza, fuera del Duque de Rivas en *El moro expósito*».

El caso del Padre Blanco juzgando á Reina, da por completo la razón á los críticos de *La literatura española en el siglo XIX* y muy singularmente al discretísimo Mariano Cávia. Descontadas de las líneas que preceden las reminiscencias de ideas emitidas con más galanura y más imparcialidad por Fernández Bremón en el prólogo de *Cromos* y *Acuarelas*; sólo queda un chiste de mal gusto: que Reina sería capaz de catalogar las estrellas; chiste impropio de una obra de crítica seria y pretenciosa.

Repitiendo nuestra advertencia de que el presente trabajo ni es ni puede ser crítico, vamos á permitirnos por nuestra parte, alguna ampliación al profano juicio que emitimos acerca de nuestro biografiado en nuestros *Apuntes históricos de Puente Genil*; ampliación que, careciendo como carecemos de los necesarios conocimientos de estética, habrá de apoyarse más que en la técnica de esa rama del saber humano, en puras impresiones de nuestro espíritu, hondamente sentidas y con toda lealtad expresadas.

Hemos buscado y no hemos hallado modelo á la poesía de Reina en el riquísimo arsenal de nuestra literatura patria. Sin detenernos en las primeras é informes manifestaciones anteriores al siglo XV, ha sido baldía nuestra investigación lo mismo en la poesía popular de los buenos tiempos que en la erudita; así en las producciones genuinamente españolas como en las influídas por el arte provenzal, italiano ó francés; de igual modo tratándose de las obras clásicas y de gusto irreprochable, que de las influídas por el culteranismo; con idéntico resultado en las anteriores que en las posteriores al renacimiento; sin más resultado en las pseudo-clásicas que las vaciadas en más amplios y humanos moldes, sin poder anotar un precedente siquiera ni aun en la febril eflorescen-

cia que produjo el romanticismo. La *manera* de Reina, como se diría si se tratara de un pintor, tiene, pues, algo de propio y original, algo de puramente personal y suyo, algo que no se encuentra, por no citar otros, ni en Jorge Manrique, ni en Garcilaso, ni en Fray Luis de León, ni en Herrera, ni en los Argensolas, ni en Lope, ni en Góngora, ni en Quevedo, ni en ninguno de los grandes poetas de tiempos más modernos, algo cuyo carácter de novedad y de novedad aceptable y bella se demuestra en el hecho, que con facilidad podríamos demostrar, de haber tenido y tener imitadores: un poco más y habría formado escuela (1).

Esta falta de precedente en la literatura española ¿quiere decir que la *manera* de la lírica de Reina sea una creación ó revelación en un todo ignorada ó desconocida en otras literaturas? De ningún modo. Lo que en nuestro poeta constituye su genialidad propia es por un curiosísimo fenómeno del espíritu, lo que en la generación humana, cuando se cruzan las razas se llama *salto atrás*; es la resurrección de la lírica arábigo-hispana, en la misma fecunda tierra andaluza que imprimió carácter propio á la literatura oriental; es una especie de renacimiento, espontáneo en su causa, instintivo en su manifestación de aquellas brillantes y esplendentes producciones de los poetas que embellecieron las ilustradas cortes de Sevilla y Córdoba, Murcia y Granada, Almería y Málaga; es la encarnación castiza, genuinamente española, de las deleitosas *kasidas* y *gacelas* que como hermosas flores indígenas brotaron en nuestro suelo desde los siglos XII al XV, con la ventaja que debemos apuntar en pró de Reina, de ser las composiciones de éste menos artificiosas que las arábigas, más ricas en la variedad métrica, más seductoras en sus ritmos, más humanas, más inspiradas y de más interesantes asuntos.

Para convencerse de la verdad de cuanto decimos, basta la lectura comparada de unas y otras cemposiciones, y el

(1) Para no citar mnchos ejemplos, léase la definición de la Poesía, hecha por Gonzalo de Castro.

examen del carácter especial de ambos. Sin necesidad de ahondar en los orígenes de la poesía de los árabes ni de buscar su abolengo, en la hebráica, en la índica ni en la pérsica (que para nuestro propósito esos estudios fundamentales huelgan de todo punto), hay que reconocer que su carácter más general y comprensivo, en cuanto al fondo, está en lo personal y subjetivo, y en cuanto á la forma (siguiendo en estas superficiales indicaciones á Shack) en el rapto lírico, en las atrevidas imágenes, en los giros pasmosos, en la brillantez de las descripciones, en la dicción rica y sonora, en la pompa de las palabras, en el movimiento deslumbrador de las metáforas, en los rasgos atrevidos, en la rápida y viva presentación de los sucesos; en una palabra, en cubrir los asuntos con una rica vesta de seda bordada con estrellas rutilantes para cegar la vista con un espectáculo deslumbrador y encantar el oído con música regaladísima y sorprendente. Ahora bien; ¿no son esos caracteres los propios y peculiares de la lírica de Reina? ¿No estriban en ellos precisamente su originalidad y sus cualidades más estimables? ¿No constituyen la idiosincracia artística de nuestro poeta? Pues si esto es así, claro es que su genealogía literaria entroncará por sucesión legítima con los poetas arábigo-hispanos y no con otros ni españoles ni extranjeros.

Sería pedir mucho que nuestros lectores nos creyeran sin pruebas, y para darlas vamos á tomar al azar algunos trozos de poesías arábigas y otros de las publicadas por Reina para que pueda hacerse el juicio con las piezas de convicción á la vista.

He aquí una definición, género tan propio de Reina, hecha por un poeta árabe:

Cual astro en las tinieblas aparece
Como tea inflamada;
Entre nubes de polvo resplandece,
como el sol, esta espada.
Tiembla y huye el contrario si la mira,
Que se acerque temiendo;

Sólo su imagen el terror inspira
A quien la ve durmiendo (1).

Abu-Amr dijo de este modo describiendo una mujer:

«Sus mejillas al alba roban luz y frescura,
Cual arbusto sabeo es su esbelta figura,
Las joyas no merecen su frente circundar.
De la gacela tiene la gallarda soltura
Y el ardiente mirar.
Sean, cual perlas bellas,
Engarzadas estrellas
De su hermosa garganta magnífico collar.»

El enojo de su padre inspiró á Al-Motamid una linda composición que principia con estos versos:

«No ya de los vasos el son argentino,
Ni el arpa, ni el canto me inspiran placer,
Ni en frescas mejillas rubor purpurino,
Ni ardientes miradas de hermosa muger.»
. . . . . .
. . . . . .

De Al-Motamid es la poesía que sigue dedicada á Ibu-Labbana, que le ofrecía vino en un vaso de cristal:

«Es de noche, mas el vino
Esparce el fulgor del día,
Puro brillando en el seno
De su cárcel cristalina:
Torrente de oro fundido
Dentro del vaso se agita,
Y en el haz se cuaja en perlas
Resplandecientes y limpias;
Centellea como el cielo
Que los astros iluminan
Y alza espuma como arroyo
Al quebrarse entre las guijas.»

---

(1) Esta y cuantas composiciones citamos, están tomadas de la traducción de Shack por D. Juan Valera.

Copiaremos, como última, porque de no hacerlo así nuestra tarea no tendría término, la siguiente composición tomada de la Antología de Humbert:

«Tejí la primavera
Con seda de colores
La túnica de flores,
Adorno del vergel;
Y la fuente sonora
Al áura mansa atrae,
Que en un desmayo cae,
Enamorado de él.
Perlas prende el rocío,
De la rosa en el seno,
Y en el jardin ameno
Al ir á penetrar,
Que extiende el claro arroyo
Los brazos me parece,
Y que un ramo me ofrece
De anémonas y azahar.
Los pajarillos cantan
En la fresca espesura,
Que forma de verdura
Un ricc pabellón;
Y lirios y violetas
Saludan mi llegada,
Dando al áura templada
Fragante emanación.»

Toca ahora su turno á las poesías de Reina de las cuales copiaremos algunas sin fijarnos tampoco, por no ser de nuestro propósito, en quilates de valor relativo entre ellas.

Para no cansar demasiado á los que nos hagan el honor de seguirnos, limitaremos nuestro trabajo á las siguientes:

CANCIÓN ÁRABE

Lejos está la hermosa de la gentil garganta
y de ojos centellantes.
Corcel, vuela conmigo; condúceme á su planta;
por *ella* te he comprado la peregrina manta
de raso y de brillantes.

—

Por *ella* de preciosos regalos te he colmado
que valen un tesoro;
tus bridas son de plata; tu silla, de brocado,
y en tus ijares nunca tu dueño te ha clavado
el espolín de oro.

—

Por *ella* están tus crines rizadas y sedosas,
y brilla tu herradura,
y está por manos hábiles, en sedas muy lujosas,
bordada de guirnaldas, de pájaros y rosas,
tu espléndida montura.

—

Por *ella* todo el mundo te admira y te decanta;
por *ella* soy tu amigo;
corcel, corcel ligero, condúceme á su planta;
por *ella* te he comprado tu peregrina manta.
¡Corcel, vuela conmigo!

LA MÚSICA

—

ALEMANA

Es el rumor de hirviente catarata
Que en los abismos sus cristales quiebra;
Del lúgubre cañón el estampido;
El sublime fragor de la tormenta;
El colérico grito de los mares
«Cansados de luchar con sus cadenas;»
El acerado choque de las armas;
Del bélico clarín la voz guerrera;
El gigante concierto de los mundos;
El son valiente de la trompa épica,
Y el ritmo eterno, armónico y grandioso
De la máquina inmensa de la tierra.

ITALIANA

Es el rumor del beso apasionado;
Del áura los dulcísimos poemas;
Las notas que del lago se levantan
En las noches azules y serenas;

La canción de los silfos á las flores;
De las arpas de oro las cadencias;
El ¡ay! desgarrador del moribundo;
El canto seductor de las sirenas;
El suspiro amoso de las vírgenes;
De las aves canoras las endechas,
Y las mil armonías de los bosques
Que los espacios infinitos pueblan.

FRANCESA

Es el rumor ardiente de la orgía;
La barcarola rítmica y ligera
Que las náyades cantan recostadas
En sus esquifes de coral y perlas:
El canto del amor y los placeres;
El crujido del raso y de la seda;
El *allegro* monótono que entona
La bola de marfil en la ruleta;
Las sonoras y alegres carcajadas
De Paul de Kock; la voz de las grisetas;
De Beranger los cantos populares
Y el choque de las copas de Bohemia.

LA ESTATUA

En medio del jardín yérguese altiva
En riquísimo mármol cincelada,
La figura de un dios de ojos serenos,
Cabeza varonil y formas clásicas.
En el invierno la punzante nieve
Y el viento azotan la soberbia estatua;
Pero ésta, en su actitud noble y severa,
Sigue en el pedestal, augusta, impávida.
En primavera cláureo sol le ofrece
Un manto de brocado; las arpadas
Aves con sus endechas la saludan;
Los árboles le tejen con sus ramas
Verde dosel; el cristalino estanque
La refleja en sus ondas azuladas,
Y los astros colocan en su frente
Una diadema de bruñida plata.
Mas la estatua impasible está en su puesto
Sin cambiar la actitud ni la mirada.

¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
Siempre blanco de envidias ó alabanzas,
Impávido, sereno y arrogante,
Sobre las muchedumbres se levanta!

BYRON EN VENECIA

Sobre la frágil onda iluminada
Por el radiante sol, surca ligera
Del bardo inglés la góndola dorada
Desplegando á los aires su bandera.

De pie en la popa: la apolina frente
Bañada en rayos, la mirada inquieta
Tendida por el mar resplandeciente,
Boga triunfante el inmortal poeta.

Desde los cincelados miradores
Las venecianas vírgenes hermosas
Fijan en él sus ojos seductores
Y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,
Con la canción del bandolín sonoro,
El recio combatir de dos espadas
Y el choque alegre de las copas de oro.

Después de leídas las composiciones que preceden y cuantas más se quisieran de Reina, se adquiere la convicción profunda de que sus grandes méritos y sus defectos, como su indisputable originalidad, se deben á ese carácter oriental de sus obras, á una exuberancia de formas, á un exceso en su tendencia é inspiración artísticas, á sobra de entusiasmo, condición que para manifestarse necesita mucha luz y mucho color, viveza de impresión y sonoridad de ritmo.

Según en otra ocasión dijimos no estamos por las poesías en que el fondo científico mata ú oscurece el molde poético; pero tampoco nos parece bien que ese molde se colme de palabras y flores hasta el punto de oscurecer ó matar la idea madre de la composición. Para nuestros adentros pedimos un pensamiento á toda poesía, si bien con tal arte lo expon-

ga, que las galas de la imaginación lo adornen, cubran y abriguen de tal suerte, que nuestro espíritu tenga que apartar las flores para llegar á él. Pedimos á toda obra poética que sea la resultante de todas nuestras fuerzas intelectuales y afectivas: que en su esencia contenga la intención de una idea racional, determinada por el entendimiento, y en su exterior la revista la fantasía de armónica y adecuada forma. El equilibrio de esas cualidades constituyen la ansiada perfección, y esa dificilísima armonía que nos complacemos en señalar en muchas de las poesías de Reina.

Nuestro ideal en obras de arte nos hace ver á nuestro modo la posible evolución de Reina, y predecir por lo que es lo que puede llegar á ser. Su temperamento poético, su inspiración estética, su entusiasmo de elegido, se manifiestan por modo maravilloso y sorprendente en la forma de sus creaciones; esa forma constituye su virtud literaria, si no más estimable, más predominante y su carácter genial más pronunciado. Abandonar Reina esa altísima cualidad, sería renunciar á su legítimo porvenir en las letras; exagerarla, sería desequilibrar sus producciones incurriendo en capital defecto para toda creación bella; cultivarla cariñosamente, encauzarla dentro de justos límites, proporcionarla en sus manifestaciones con la importancia de cada asunto, creemos que debe ser su labor predilecta.

Manuel Reina será siempre un poeta árabe que habla hermosamente nuestro castizo idioma, y puesto que ese ha sido su espléndido lote en la divina distribución de los talentos, ni puede, ni debe, sin negar su personalidad, abandonar

Todo cuanto fulgura y centellea,
Cuanto brilla y reluce,

que es en él lo natural y lo espontáneo. Ahora bien; para la época de su madurez artística, que ya se acerca, y de la que se columbran algunos rasgos en la magnífica epístola que publicó en el *Almanaque de La Ilustración* del año 91, nos permitimos, á título de amigos y con el derecho que nos dan los

años, ya bastantes para hacernos sentir so pesadumbre, aconsejarle que lejos de aflojar en el estudio de la moderna ciencia, redoble en él sus esfuerzos, que serán pagados con usura por los mil asuntos que ha de ofrecer á su rica vena poética; que siempre que elija un asunto haga de él otro estudio especial y detenido, para sorprender los aspectos más humanos y de razón, que con facilidad ha de señalarle su claro entendimiento, y que cuando su inteligencia se encuentre ahita del conocimiento especial y determinado de un tema cualquiera, deje correr sin miedo por las exclusas de su fantasía el inagotable raudal de sus imágenes espléndidas y la canción mágica de sus métricas y sonoras combinaciones. Lograr eso será poner vino añejo en la cristalina copa de la celeste Kália y escribir con diamantes en el templo de la fama el nombre de un gran poeta andaluz. ¡Maldita por siempre la pereza si nos priva de tan halagadora esperanza!

IV

EL POLÍTICO

Como no era posible que Manuel Reina respirase fuera del medio ambiente en que vive, ha tenido que rendir tributo á la política, como lo han hecho Núñez de Arce y Campoamor, y Palacio y tantos otros. El 19 de Mayo de 1886 fué proclamado diputado por el distrito de Montilla, jurando el cargo el 11 de Julio del mismo año.

Corta aún su carrera, nos contentamos con hacer nuestras las siguientes palabras de *El Resumen:*

«El Parlamento le ha dado un lugar distinguido entre los políticos, que abandonando rencillas personales y disensiones tan inútiles como largas, han utilizado su posición para tratar de asuntos verdaderamente prácticos y de interés general.

»Reina no ha prodigado su elocuencia, pero ha sabido ponerla á disposición de buenas causas.

»No hace mucho presentó en el Congreso una proposición en favor de los niños pobres.

»La opinión se puso al lado del poeta y premió sus caritativos esfuerzos con un aplauso general; se puso al lado del político y reconoció que todos los representantes del país debían imitarle.»

V

RESUMEN

Manuel Reina es un poeta lírico original; un astro con luz propia.

Ofrece un pasado y un presente llenos de brillantez.

Tiene fuerzas virtuales sobradísimas para en lo futuro hacer que su nombre dure tanto como viva la memoria de la Poesía española.

ANTONIO AGUILAR Y CANO.

HECHOS MÉDICOS

RELACIONADOS CON EL

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(Conclusión.) [1]

He aquí los términos en que se expresa el historiador primitivo de Indias (2):

«Pues que tanta parte del oro destas Indias ha pasado á Italia é Francia, y aun á poder assí mesmo de los moros y enemigos de España, y todas las otras partes del mundo, bien es que como han goçado de nuestros sudores, los alcançe parte de nuestros dolores é fatigas, porque de todo á lo menos por la una ó por la otra manera, del oro ó del trabajo, se acuerden de dar muchas gracias á Dios, y en lo que les diere placer ó pesar se abrasen con la paciencia del bienaventurado Job, que ni estando rico fué soberbio, ni seyendo pobre é llagado impaçiente; siempre dio gracias á aquel soberano Dios nuestro. Muchas veces en Italia me reía, oyendo á los italianos decir el *mal francés*, y á los franceses llamarlo el *mal de Nápoles*, y á la verdad los unos y los otros acertaran el nombre, si le dixeran el mal de las Indias, y que esto

(1) Véanse los núms. 555, 556 y 557 de esta REVISTA.

(2) *Historia general*, lib. II, cap. XIV: «De dos plagas ó pasiones notables y peligrosas que los christianos é nuevos pobladores destas Indias padescieron é hoy padescen algunos. Las cuales pasiones son naturales destas Indias, é la una dellas fué transferida é llevada á España y desde alli á las otras partes del mundo».

sea así la verdad, entenderse ha por este capítulo y por la experiencia grande que ya se tiene del palo sancto, y del guayacan, con que especialmente esta terrible enfermedad de las buas mejor que con ninguna otra medicina se cura é guaresçe; porque es tanta la elocuencia divina que adonde quiere que permite por nuestras culpas nuestros trabajos, allí á par dellos quiere que esten los remedios con su misericordia. Destos dos arboles se dirá en el libro X, cap. II: ahora sepase como estas buas fueron con las muestras del oro destas Indias, desde aquesta isla de Hayti ó Española.

En el precedente capitulo dixe que volvió Colon á España el año de mil quatrocientos é noventa é seis, é assi es la verdad despues de lo qual ví é hablé á algunos de los que con él tornaron á Castilla, assi como el comendador Mossen Pedro Margarite é á los comendadores Arroyo é Gallego, é á Gabriel de Leon é Juan de la Vega, é Pedro Navarro, repostero de camas del principe Don Juan, mi señor, é á los mas de los que se nombraron, donde, se dixo de algunos criados de la casa Real que vinieron en el segundo viage é descubrimientos destas partes á los cuales, y á otros oy muchas cosas de las destas islas, é de lo que vieron é padescieron y entendieron del segundo viaje, allende de lo que fué informado dellos, é otros del primero camino, assí como de Vicente Yañez Piçon, que fué uno de los primeros pilotos de aquellos tres hermanos Piçones de quien queda hecha mención; porque con este yo tuve amistad hasta el año de mill é quinientos é catorce que él murió. E tambien me informé del piloto Hernan Perez Matheos, que al presente vive en esta cibdad, que se halló en el primero é tercero viages, que el almirante primero, Don *Chripstobal Colón* hizo á estas Indias. Y tambien he avido noticias de muchas cosas desta isla de dos hidalgos que vinieron en el segundo viage del Almirante, que hoy día están aquí y viven en esta cibdad, que son Juan de Rojas é Alonso de Valencia, y de otros muchos, que como testigos de vista en lo que es dicho, tocante á esta isla y á sus trabajos, me dieron particular relación.

Y más que ninguno de todos los que he dicho, el comendador Mossen Pedro Margarithe, hombre principal de la casa Real, y el Rey cathólico le tenía en buena estimación. Y este caballero fué el que el Rey y la Reina tomaron por principal testigo, é á quien dieron más crédito en las cosas que acá avían pasado, en el segundo viage de que hasta aquí se ha tratado. Este caballero Mossen Pedro andava tan doliente é se quexava tanto, que también creo yo que tenía los dolores que suelen tener los que son tocados desta passion, pero no le ví buas algunos. E dende á pocos meses, el año susodicho de mill é cuatrocientos é noventa é seis, se començó á sentir esta dolencia entre algunos cortesanos; pero en aquellos principios era este mal entre personas baxas é de poca auctoridad, é assí se creía que le cobraban allegandose á mujeres públicas é de aquel mal tracto libidinoso; pero despues estendiose entre algunos de los mayores e mas principales.

Fué grande la admiracion que causaba en cuantos lo veían, así por ser el mal contagioso y terrible, como porque se morían muchos desta enfermedad. E como la dolencia era cosa nueva, no lo entendian ni lo sabian curar los medicos, ni otros por esperiencia consejar en tal trabajo.

Siguiose que fué enviado el Gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoba á Italia con una hermosa y gruesa armada por mandado de los Catholicos Reyes, é como su Capitan jeneral en favor del Rey Fernando, segundo de tal nombre en Nápoles, contra el Rey Carlos de Francia, que llamaron de la cabeça gruesa; y entre aquellos españoles fueron tocados desta enfermedad, y por medio de las mujeres de mal trato é vivir, se comunico entre los italianos é franceses. Pues como nueva tal enfermedad allá se avía visto por los unos ni por los otros, los franceses començaronla á llamar *mal de Nápoles,* creyendo que era propio de aquel reyno; é los napolitanos, pensando que con los franceses avía ydo aquella passión, llamaronla *mal francés,* é asi se llama despues acá en toda Italia; porque hasta que el Rey Charles passó á ella, no se avía visto tal plaga en aquellas tierras. Pero la verdad es

que de aquella isla de Hayti ó Española passó este trabajo á Europa segund es dicho; y es acá muy ordinario á los indios, é sábense curar é tienen muy excelentes hierbas, é arboles é plantas apropiadas á esta é otras enfermedades, así como el guayacan, (que algunos quieren decir que es hebeno) y el palo sancto, como se dirá quando de árboles se tratare. Assi que de las dos plagas peligrosas que los chrispstianos é nuevos pobladores destas Indias padescieron é hoy algunos padescen, que son naturales passiones desta tierra, esta de las buas es la una, é la que fué transferida é llevada á España, é de allí á las otras partes del mundo, sin que acá faltase la misma. Así que, continuando el propósito de los trabajos de Indias, digase la otra passión que se propuso de las niguas (1)».

Vamos á dejar en silencio las opiniones sustentadas por Chinchilla y Hernández Morejón en sus respectivas obras de *Historia de la Medicina*, y como antes manifestamos, sólo nos ocuparemos de las razones del Sr. Gutiérrez de la Vega por creer nosotros que en su trabajo comprende las de muchos autores, que en obsequio á la brevedad dejamos de citar; refiriéndose al Sr. Hernández Morejón, dice así:

«Por de pronto, notemos que este escritor reconoce el silencio de los médicos griegos, romanos y árabes sobre dicha enfermedad, ó lo que es lo mismo, el ningún valor que tienen los documentos que de ellos se han tomado; y advirtamos en seguida que no solamente en ese silencio se fundan los partidarios del venéreo americano, puesto que cuentan, no tan sólo con la autoridad respetable de Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Indias, y testigo ocular de la llegada del venéreo á España en 1493, por padecerlo algunos de los de la tripulación de Cristóbal Colón, sino también con la del sabio médico sevillano (fué natural de Baeza, pero se le llama

(1) En el lugar correspondiente daremos algunas noticias acerca de las *niguas*, una de las muchas molestias que en tan lejanos países sufrieron Colón y sus compañeros de viaje, y que continúan siendo objeto de temor y sobresalto para los que en nuestros días tienen precisión de trasladarse á las Antillas.

así por haberse establecido en Sevilla, y haber publicado aquí su libro) Rodrigo Ruiz Díaz de la Isla, autor de una grande obra de altísima importancia en la historia de la enfermedad de que tratamos, y en la cual como profesor eminente y como testigo irrecusable, se expresa de esta manera:

Del origen y nascimiento de este morbo serpentino de la Isla Española, y de como fué hallado y aparescido y de su propio nombre.—Prugo á la divina justicia de nos dar y enviar dolencias ignotas, nunca vistas ni conoscidas, ni en libros de medicina halladas, así como fué esta enfermedad serpentina. La cual fué aparescida y vista en España en el año del Señor de mil cuatrocientos y noventa y tres años en la ciudad de Barcelona; la cual ciudad fué inficionada, y por consiguiente toda la Europa y el Universo, de todas las partes sabidas y comunicables; el cual mal tuvo su orijen y nascimiento de siempre en la isla que agora es nombrada Española, según que por muy larga y cierta experiencia se ha fallado. Y como esta isla fué descubierta y hallada por el almirante Don Cristobal Colón, al presente teniendo plática y comunicación con la gente de ella, é como él de su propia calidad sea contagioso, facilmente se les apegó, y luego fué visto en la propia armada; y como fuese dolencia nunca por los españoles vista ni conoscida, aunque sentian dolores, y otros efectos de la dicha enfermedad, imponiendo á los trabajos de la mar y otras causas, según que á cada uno le parescía. Y a tiempo que el Almirante Don Cristobal Colón llegó á España estaban los Reyes Católicos en la ciudad de Barcelona; y como les fuese á dar cuenta de sus viajes y de lo que había descubierto, luego se empezó á inficionar la ciudad y á se extender la dicha enfermedad, según que adelante se vido por larga experiencia; y como fuese dolencia no conoscida y tan espantosa, los que la veían acojíanse á hacer mucho ayuno, devociones y limosnas, que nuestro Señor los quisiese guardar en tal enfermedad. E luego al año siguiente de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro años, el cristianísimo Rey Carlos de Francia, que al presente reinaba, ayuntó grandes

gentes y pasó á Italia; y al tiempo que porella entró con su hueste iban muchos españoles en ella inficionados de esta enfermedad, y luego se empezó á inficionar el real de la dicha dolencia; y los franceses, como no sabían lo que era, pensaron que de los aires de la tierra se les apegaba, los cuales pusieronle *mal de Nápoles*. E los italianos y napolitanos, como nunca de tal mal tuviesen noticia, pusiéronle *mal francés;* y de allí adelante según fué cundiendo, así le fueron imponiendo el nombre cada uno, según parescía que la enfermedad traía su orijen.

En Castilla le llamaban *bubas*, y en Portugal le impusieron *mal de Castilla*, y en la India de Portugal le llamaron los indios *mal de los portugueses;* los indios de la isla Española antiguamente, así como acá decimos bubas, dolores y apostemas y úlceras, así llaman ellos esta enfermedad *guaynaras* y *hipas*, y *taynastizal;* yo le pongo *morbo serpentino* de la isla Española, por no salir del camino por donde el universo le imponía cada uno el nombre que le parecía que la enfermedad traía su principio y por esto le pusieron los franceses *mal de Nápoles*, los italianos *mal francés*, los portugueses *mal de Castilla*, los castellanos *mal gálico*, y los indios de Arabia, Persia é India *mal de Portugal. (Tractado llamado fructo de Todos los Santos, contra el mal serpentino venido de la isla Española, fecho y ordenado en el grande y famoso Hospital de Todos los Santos de la insigne y muy nombrada ciudad de Lisboa.* Dirigido al muy alto y poderoso Sr. D. Juan el tercer de este nombre, por Ruiz Díaz de la Isla, vecino de Sevilla.—Sevilla, 1542, cap. I.) La primera edición de esta obra se hizo también en Sevilla, en casa de Dominico Relartés, 1539, en folio, letra gótica.»

Dicen algunos partidarios de la antigüedad de la sífilis, que ya el 5 de Abril de 1489, en una carta que Pedro Mártir de Angleria escribió desde Roma á Pedro Arias Barbosa, catedrático de lengua griega en Salamanca, le hablaba del mal de las *bubas;* aunque la fuerza y la autoridad de la carta está muy bien combatida por el Sr. Chinchilla en su obra

citada, tomo I, pág. 394 y siguientes, el mismo Rodrigo, ó Ruiz Díaz de Isla, se anticipa á dar noticia de la existencia del nombre de *bubas* diez años antes de aquel en que se aplicó á la sífilis, es decir, desde 1483, puesto que escribe lo siguiente al folio 76:

«Asimismo en Castilla la impusieron á esta enfermedad *bubas;* la causa fué de esta manera; que obra diez años antes que esta enfermedad fuese aparescida, no sabian las mujeres echar otra maldicion á sus hijos y criados sino *de malas bubas mueras; tollido te veas de bubas; malas bubas te coman los ojos*, y otras maldiciones semejantes; y al cabo de obra de diez años que traian este vocablo en la boca, vino esta enfermedad; y como fascia estos efectos de morirse y tollirse los hombres y comerse las caras, hubo lugar de quedar esta enfermedad con aqueste nombre.»

Partiendo del testimonio fehaciente de Rodrigo Ruiz Díaz de Isla, concluye el Sr. Gutiérrez de la Vega de esta manera:

«¿Cómo aventurar la creencia de que un médico tan sabio, tan juicioso, cuya obra es de tanta importancia, hubo de mentir á sabiendas cuando pudieran haberle impugnado en sus días, destruyendo su reputación con un odioso mentís, que tanto ha lastimado siempre á los españoles, y mucho más á los de aquella época?

»Muy distantes nosotros de tan injustificable suposición, damos entera fe á lo que dice el médico sevillano, acorde con lo que también escribe Gonzalo Fernández de Oviedo, otro de los testigos oculares.

»Así, pues, nuestra opinión, es como ya hemos manifestado, que el venéreo fué traído de América por los que en compañía de Cristóbal Colón, en el mes de Marzo de 1493, regresaron de su primera expedición, verificada en Agosto de 1492.

»Aquel miserable bajel, que llegó por fin á la desembocadura del Tajo después de haber estado expuesto á sufrir el más doloroso naufragio, en medio de una deshecha tempestad á su vuelta de la isla Española; aquel miserable bajel en

que tornaba de su gloriosa expedición el célebre Almirante genovés, perdido en alta mar entre las furiosas olas, fué el que trajo á España las dos cosas más grandes que conoció aquel siglo: la fausta noticia de que Dios había escondido un mundo al otro lado de los mares, para premiar las altas hazañas de los Reyes Católicos Fernando V é Isabel I, y la terrible nueva de que también había guardado el más cruel azote para las gentes disolutas. Cristóbal Colón, el hombre más grande de aquella época, fué el enviado por el Altísimo para traer al antiguo mundo el magnífico premio para los buenos y el terrible castigo para los malos.»

No terminaremos este bosquejo, acerca del origen de la sífilis, sin dar cuenta—en prueba de imparcialidad—de los concienzudos trabajos del Dr. Montejo Robledo, acerca de este asunto, de los cuales se deduce que antes de la llegada de los españoles á América, se conocía ya la sífilis en todo el continente: trata de probar esta existencia de dos maneras, histórica y filológicamente, pues de sus investigaciones, en las diversas lenguas americanas especialmente, *la auracana, caribe, guarani, aimara, quichua* y *azteca*, que están comprendidas entre las *once*, que reconoció en América el notable Hervás y Panduro; deduce, el Dr. Montejo, que en las citadas lenguas, existen nombres y verbos, destinados á designar la sífilis, principales síntomas, y su contagio.

Una duda nos asalta, que no queremos dejar de exponer. ¿Cómo no se dice nada relativo á la sífilis, en la erudita carta del Dr. Chanca, que hemos dado á conocer en otro lugar de este trabajo? ¿Cómo un médico tan ilustrado, que por su ciencia reconocida, es elegido por los Reyes, para que les asista en sus dolencias, no hace alusión, una vez siquiera á la existencia del mal venéreo? ¿Es verosímil que un escritor de las condiciones de Chanca, autor de apreciabilísimas obras, práctico consumado, de extensa clientela, no hubiese hecho—de haberla observado—siquiera una pequeña referencia á una nueva enfermedad, existente y reinante en América?

¿Puede creerse que un médico dotado de sus condiciones de

laboriosidad y amor á la ciencia, que describe usos, costumbres, etnografía, tatuage, viviendas, fauna y flora, de un país desconocido hasta entonces, se hubiera olvidado de lo más esencial para un hombre de su profesión, cual era describir minuciosamente una dolencia no vista hasta entonces, y que ofrece síntomas, caracteres, lesiones, y deformidades tan típicas como la sífilis?

¿No habló Chanca de la sífilis porque ya la conociera, y no vió mérito para hacer referencia de un padecimiento, ya curado por él en España, ó su silencio puede interpretarse como hijo, de que allí no observó manifestación alguna sifilítica, efecto de que aislados los americanos hasta aquellos momentos del viejo mundo, no tuvieron ocasión de contagiarse? ¿Finalmente, fueron los españoles los que trajeron la sífilis de América, ó fueron ellos, los que la llevaron á las Indias?

Cuestión es esta, que como dijimos al principio, nos parece sumamente obscura y de dificilísima resolución, cuanto más datos se aportan en pro ó en contra de tan debatido asunto, tanto más crece la confusión; y recientemente, el famoso médico austriaco Joseph Hermann, en su última publicación, que lleva por título, *la sífilis no es constitucional ni hereditaria*, dice que no existe más que *un solo virus infeccioso, que ha acompañado á la humanidad desde su cuna*, afirma que la sífilis ha sido idéntica á sí misma desde que apareció, y corrobora sus opiniones con el examen de huesos del hombre *prehistórico*, contemporáneo, del *ursus espelens* y del *Elephas primigenius*; en estos huesos, los hombres de ciencia han encontrado ciertos abultamientos ó *exostosis*, iguales á los que en nuestros días se consideran como característicos de los períodos terciarios de la sífilis.

Nuestros lectores formarán de todos estos juicios el que mejor les parezca, y de tantas opiniones optarán por la que esté más en consonancia con su manera de pensar; nuestra única aspiración se reduce á haber procurado llevar unos y otras con la imparcialidad y falta de confusión, tan apeteci-

bles, en asuntos que, como el que nos ha ocupado, provocan siempre apasionada y larga controversia.

Después de haber ofrecido un resumen de todo lo que á la sífilis hace referencia, nos parece han de despertar no poco interés bajo el punto de vista médico algunas noticias acerca de los medios empleados por los indios en la curación de la enfermeded, ocupándonos tan sólo del árbol llamado *guayacan*, que pasaba entre aquellos indígenas como verdadero específico contra tan mortífero mal.

Describiendo el historiador Oviedo, tantas veces citado, infinitos árboles, variedad de arbustos, y no pocas yerbas á quienes se atribuían prodigiosas virtudes curativas, dice hablando del *guagacan* lo que sigue:

«E hay tantos arboles guayacanos en estas Indias, que pienso yo que son menos los pinos de tierra de Cuenca, é aun todos los otros de España en numero. Es arbol aqueste muy excelente, é innumerables veces experimentado, assi en estas partes como en Europa, é donde de creer se ha llevado para esta temerosa enfermedad de las *buas:* (la qual en Italia como en otra parte he dicho, llaman el mal frances, y en Francia el mal de Napoles); y en España y en otras partes del mundo se han visto muy grandes curas que ha echo este arbol en hombres que de mucho tiempo estaban tollidos é echos pedazos de muy crudas llagas, y con extremados dolores. Y es esta una enfermedad de las mas desesperadas é notables é trabajosas del mundo, segun el es notorio á los que desta plaga son tocados, ó mejor pueden, por su experiencia los tales testificar della; é á los que Dios por su clemencia ha librado de semejante dolor, es espantable tal passión. Entre los indios no es tan recien dolencia ni tan peligrosa, como en España y en las tierras frias: antes estos indios facilmente se curan con este arbol. La qual cura es subjecta á mucha dieta é á beber del agua que hacen, cociendo este palo en ella, sin la cual dieta el no aprovecha, antes daña (1).

---

(1) A propósito del guayacan, se refiere que un día que Colón de-

»Poca nescesidad hay que aqui se expresse la manera de como este remedio se exercita, porque es ya muy notoria é comun cosa saber usar deste palo, é tambien porque donde se dixere del palo sancto de la isla de San Johan, se dira mas largo, pues lo uno é lo otro se cuece de una manera é lo toman de la misma forma. Y estan tan diestros ya en España, como aca, para aprovecharse deste remedio (1), pero es de tener aviso en que se procure que el palo sea fresco, cuanto más pudiere serlo. Digo fuera de las Indias, porque en ellas cada día se puede cocer é cortar del campo; mas en España é fuera destas partes han de buscar el mas grueso, porque se seca mas tarde, é aca se ha de procurar el mas delgado, porque esté mas tierno é purgativo.

»Curanse deste mal tan facilmente los indios como en España de una sarna, y en menos le tienen, y esles muy comun. En aquesta isla es famoso el guayacan que se trae de una isleta que llaman la *Beata*, que esta en la costa desta isla é cerca de ella, é otros quieren otro é como les place, lo escogen. Tiene este arbol la corteza toda manchada de verde, é mas verde é pardillo color, como suele estar ó parescer un caballo hovero ó rodado. La hoja del es semejante á la del madroño; pero esta es menor é mas verde, y echa unas cosas amarillas por fructo, que parescen como si dos altramuces juntos el uno al otro estuviesen asidos por los cantos (2).

---

partía con los Reyes Católicos acerca de lo que se observaba con este y otros árboles del suelo americano; cuyas raíces no se encontraban enterradas en el terreno, sino por el contrario muy superficiales, creciendo más en extensión que en profundidad, efecto de ir buscando el agua de la superficie, dícese que le replicó la Reina Isabel: «En esa tierra, donde los arboles no se arraigan, poca verdad, y menos constançia avrá en los hombres.»

(1) El *guayaco* pertenece á la familia botánica de las *Zigofiléas*, que comprende dos grupos, denominados *Zygophyllum* y *Guayacum*: de este último se estudian tres variedades, á saber: *G. oficinale*, *G. arboreum* y *G. santum* (ó sea el guayacam, de quien hace referencia el historiador, como específico de las buas). En la terapéutica moderna se usa poco el *guayaco*, unido á la raíz de china, al sasafrus y á la zarzaparrilla, constituye el llamado *cocimiento de lu lenco*, reconocido como ayudante del tratamiento mercurial, eficaz en la sífilis, herpetismo, reumatismo y gota; es un buen sudorífico.

(2) Tanto estrago causaron las buas en España, que en 1492, el obis-

Es madero muy fortissimo é pesado mucho, é tiene el corazón quasi negro sobre pardo, é demas de sus virtudes sirvense del en muchas cosas, assi como en los dentellones de las ruedas de los ingenios é trapiches del azucar, y en otras cosas.

Mas por que la principal virtud deste madero es curar el mal de las buas, e dixe que la forma de como se toma lo diria donde se hable del palo santo, dire aqui otra recepta, segund lo he visto aca usar puesto que de suso me pense escusar de hablar en la cura; y es assi.

Toman astillas delgadas de este palo, é algunos le hacen picar menudo, y en cantidad de dos azumbres de agua echan media libra del palo ó algo mas, é cuece hasta que mengua las dos partes, e quitando del fuego é reposase; é despues bebe el paciente una escudilla de aquella agua por la mañana en ayunas veynte ó treynta dias; pero de veynte abaxo no ha de dexar de beber esta agua (el que quiera quedar bien curado). Y en aquel tiempo guarda mucha dieta é no come carne; ni pescado, sino passas é cosas secas e poca cantidad, salvo solamente, lo que baste á sustentar, y algun rosquete de vizcocho, y entre dia han de beber de otra agua cocida con el mismo guayacan. E desta manera he visto yo sanar á algunos enfermos, pero sin llagas; é han de estar en lugar muy guardado de todo ayre en tanto que se toma esta agua, y aun algunos dias despues, no se ha de alargar en salir mucho a partes desabrigadas; ni tampoco lo que para esto conviene no lo digo tan particularmente como tomen este palo, ó agua del algunos, sino como yo lo he visto aca hacer donde es mas fresco el arbol.

El que tuviere necesidad no se cure por lo que yo aqui digo; por que esta tierra es muy diferente de la de Europa, é aca es menester grandisima diligencia para se guardar del ayre el enfermo de tal passion; e mucho mayor cuidado debe

---

po de Sigüenza dió una pragmática dispensando asistir al cabildo á los canónigos que se hallasen afectos de esta enfermedad, que á creer lo que se refiere no eran pocos.

de auer en se esconder de los ayres, donde son mas delgados é sotiles é la tierra fria.

Y no debe el enfermo salir por ningun caso de una camara muy guardada de todas partes é abrigada; é á mi parescer el que en España se oviere de curar con este palo, ha de guardarse y estar mucho sobre aviso, assi en lo que digo que no le de ayre como en la dieta. Pero ya es tan usado este trabaxo en tantas partes, que estan los hombres diestros en la manera que se ha de tener para usar este remedio.

Y no es aqueste solo con el que los indios sanan é se curan; porque son muy grandes herbolarios é conoscen muchas hiervas, é tienen las experimentadas para esto é para otras muchas dolencias. Esta averiguado que este mal (las buas) es contagioso, é que se pega de muchas maneras, assi en usar el sano de las ropas del que esta enfermo de aquesta passión como en el comer é beber en su compañia ó en los platos é tazas con que el doliente come ó bebe; y mucho mas de dormir en una cama é participar de su aliento é sudor; é mucho mas habiendo exceso carnal con alguna muger enferma de este mal, ó la muger sana con el hombre que estuviere tocado de tal sospecha; tornanse las personas de Sanct Lazaro, é gaphos, é comenze de cancer. Y en estas partes é Indias pocos chripstianos, é muy pocos digo, son los que han escapado deste trabajoso mal que hayan tenido participacion carnal con las mugeres naturales desta generacion de indias; porque á la verdad es propia plaga desta tierra, e tan usada á los indios é indias como en otras partes otras comunes enfermedades.

Pero yo he visto algunas veces á indios en especial en la Tierra-Firme, que en sintiendose mal de aquesta enfermedad, con poca sospecha della, luego continuan á beber del agua cocida con este palo, é á guardarse del uso de las mugeres por muchos dias; por que dicen ellos que ellas, son las que tienen cargo de repartir é comunicar este dolor y enfermedad, y en especial en la provincia de Nicaragua donde

hay muy escelente guayacan assi en la provincia de Nagrand, como en otras partes de aquella tierra.»

No deja de ofrecer algún interés, la descripción, que en la misma historia, se hace del insecto llamado *nigua* que tantas molestias ocasiona, y cuya presencia en los tejidos del hombre, puede ser punto de partida de graves trastornos acompañados la mayor parte de las veces, de serias complicaciones.

Como prometimos en otro lugar, vamos á dar traslado, de la relación, que nos ha parecido más completa, entre las varias que pueden hallarse, en los historiadores que se ocuparon con preferente extensión de todo lo que hace referencia á la fauna y flora del Continente americano (1).

«Hay en esta isla (se refiere á la Española) y en todas estas Indias, islas é Tierra-Firme el mal que he dicho de las buas, y otro que llaman de las niguas. Esto de las niguas no es enfermedad pero es un mal acaso; por que la *nigua* es una cosa viva é pequeñisima, mucho menor que la menor pulga que se puede ver. Pero en fin es genero de pulga por que assi como ella salta, salvo que es mas pequeña. Este animal anda por el polvo, é donde quiera que quisieren que no le haya, hase de barrer amenudo la casa. Entrase en los pies, y en otras partes de la persona, y en especial las mas veces, en las cabezas de los dedos, sin que se sienta hasta que esta aposentada entre el cuero é la carne, é comienza á comer de la forma que un arador é harto mas; y despues cuanto mas allí esta, mas come. De manera que como acuden las manos rascando, este animal se da tanta priessa á multiplicar allí otros sus semejantes, que en brebe tiempo hace muchos; por que luego que entra el primero, se anida é hace una bolsilla, entre cuero é carne, tamaña como una lenteja, é algunas como garbanzo, llena de liendres, las cuales todas se tornan niguas. E, si con tiempo no se sacan con un alfiler ó aguja, de la forma que se sacan los aradores, son malas; y

(1) Oviedo, *Historia general de Indias.*

en especial que despues que estan criadas (que es cuando comienzan mucho á comer), de rascarlas se rompe la carne y despareenze de manera que si no las saben agotar, siempre hay en que entender. En fin, como en esto tampoco eran diestros los chripstianos, como en el curarse de las buas, muchos perdian los pies por causa de estas niguas, ó á lo menos algunos dedos dellos, por que despues se enconaban é hacian materia, y era nescesario curarse con hierro ó con fuego.

Pero aquesto es facil de ser remedíar presto, sacandolas al principio; pero en algunos negros bozales son peligrosas, porque ó por su mala carnadura, ó ser bestiales é no se saber limpiar, ni decirlo con tiempo, vienen á se mancar de los pies, é assi otros muchos que se quexan. E yo las he tenido en mis pies en estas islas, y en la Tierra Firme, y no me paresce que en hombres de razon es cosa para se temer, aunque es enojo en tanto que tura, ó esta la nigua dentro; mas fácil cosa es sacarla al principio. Yo tengo averiguado, é assi lo diran las personas que tienen experiencia en sacar estas niguas, que es menester tener aviso, cuando las sacan, para las matar; porque alguna vez, assi como con el alfiler ó aguja la descubren, rompiendo el cuero del pie, assí salta y se va la nigua como una pulga. Esto acaesce si ha poco que allí entró, y por esto se cree que la que entra en el pie, despues que ha hecho su mala simiente, se va assi como vino a otra parte á hacer mas mal, ó por ventura por si se despide del pie despues de haber dexado en el una mala enxambre de innumerable simiente y generacion.

*
* *

Hemos llegado al final de nuestro ligero bosquejo sobre algunos hechos médicos más ó menos relacionados con el descubrimiento de América, como decíamos en una carta di-

rigida al director de un periódico médico (1), nuestro sentimiento mayor al emprender este trabajo, fué considerarnos con escasas energías para empresa tan grandiosa como era demostrar la participación que tuvieron algunos colegas en acontecimiento tan memorable.

Hemos visto cómo el inmortal navegante encontró su mejor apoyo y leal amigo en la persona de Garci-Fernández; cómo le acompañaron en su expedición primera, maestre Alonso, médico, y maestre Juan, cirujano; cómo en su segundo viaje llevó en calidad de médico al sabio Dr. Chanca, célebre médico andaluz, el cual escribió desde América al cabildo de Sevilla una extensa y preciosa monografía acerca del Nuevo Mundo, tan detallada, conteniendo datos tan curiosos acerca de la fauna y flora americanas, razas que poblaban el país, costumbres de las mismas, industria, etcétera, que puede conservarse como modelo, y que leí con verdadera deleitación cuando tuve la suerte de que llegara á mis manos.

Puede decirse, que este es el *primer trabajo serio* escrito acerca de los países descubiertos por Colón, y desde sus principios puede notarse que el autor es un observador de primera calidad, verídico, nada exagerado, y demostrando en la exposición los vastos y diversos conocimientos que había adquirido en su laboriosa existencia, de práctico acreditadísimo y de escritor eximio.

Véase, pues, cómo un médico fué el apoyo firme para las pretensiones de Colón; nótese que dos le acompañaron en su primer salida, y que un cuarto fué en el segundo viaje, para en los ratos que le dejaba libre su profesión escribir el primer trabajo que acerca de América conocemos; laboriosidad digna de encomio, conducta excepcional, que mereció por parte de Colón elogios grandes, y recomendaciones del médico á los Reyes Católicos, como hemos demostrado con documentos oficiales.

---

(1) Carta inserta en *La Correspondencia Médica* el 20 de Julio del año 1891.

Es, pues preciso que los médicos de partido, agrupación la más numerosa de la clase, y en cuyo seno brillan y se destacan cada día nuevas y valiosas personalidades, hagan alguna manifestación con motivo del próximo centenario del descubrimiento de América, tratando de honrar la memoria de un *modesto médico rural*, que supo como nadie comprender á Colón, é influir poderosamente para que España pudiera llamarse señora de dos mundos.

No nos toca á nosotros decir qué habrá de hacerse; no intentamos imponer ningún programa; quede esto al arbitrio de los médicos de partido; pero sí pediremos que los nombres de los cuatro médicos que hemos citado se graben en las lápidas colocadas en el salón de actos públicos de la Real Academia de Medicina, al lado de los demás bienhechores de la humanidad y lumbreras de la ciencia que en la misma están inscritos; y además procuraremos que en las manifestaciones de gratitud que dentro de pocos meses han de hacerse al célebre genovés, vaya comprendido el recuerdo de estos médicos, dignos de toda veneracion por su ciencia, valor y patriotismo.

Ahora bien; no somos de aquéllos que con mezquina ruindad, tratan de buscar faltas, rebajar méritos, y deprimir famas sólidamente basadas; ni los escritos de Avicena, ni las gestiones del Prior de la Rábida, y el médico Garci, ni las cartas de Toscanelli, ni la compañía de los Pinzones, hubieran sido bastantes para hallar las Indias; bueno es que se aquilaten y estudien todos los sucesos relacionados con tal epopeya, conveniente es que salgan de la oscuridad muchas figuras que sin motivo, y con notoria injusticia permanecían en la misma, necesario es precisar la ayuda que cada cual prestó, la influencia que su personalidad y modo de ser en aquellos tiempos pudo recabar para obtener el éxito que deseaba el intrépido genovés; pero hay que rendirse á la evidencia y confesar paladinamente, que sólo á la fé viva, á la constancia inquebrantable, á la mucha ciencia y á la perseverancia sin límites de Colón, se debe el descubrimiento de

América; podrán las demás figuras haber sido asteroides que hayan iluminado de modo más ó menos vivo, el campo de la historia del descubrimiento, pero Colón es el astro-rey, que brilla de manera esplendorosa, é inestinguible, y sabido es que cuando aparece el sol en el firmamento, se ocultan todos los demás astros.

DR. CALATRAVEÑO.

ESTADO DE LA MÚSICA EN FILIPINAS

Ardua es la empresa que me propongo al ocuparme en el estado en que se halla la música en Filipinas, siquiera sea de manera compendiosa, no tanto por la impresión mía, que es mucha, como por los escollos con que siempre se tropieza cuando se pretende decir las cosas claras y sin ambajes de ningún género, y sólo le mueve á uno el deseo de poner los particulares que trata, á la vista de todos, tales cuales son, ó al menos tales como se creen, sin obedecer á sugestión alguna.

Acerca de las disposiciones del indio filipino para la música se ha escrito bastante en Manila por estimables escritores; pero, por lo común, han empleado el dictado *apto* como sinónimo de *músico*, y no se ha dicho si éste era el *profesor* ó el *compositor*.

La aptitud para aprender música no es circunstancia que baste por sí sola para que á la raza que la posea se le llame poseedora del arte de los sonidos, y menos de *artistas*. No es la música un arte de imitación; es un arte libre, y cada nota de una composición *dice* cosa diferente á sus varios intérpretes, según las condiciones especiales de éstos ó el estado de ánimo que al ejecutarla posee su espíritu.

¿Tiene el indio filipino (y no hablamos de casos particu-

lares y aislados, sino en el concepto generalísimo del pueblo, de la raza) predisposición á emocionarse? Más claro: ¿es el indio *todo lo sensible* que requiere el arte que llamamos música? Nada difícil es la contestación. La Providencia ha distribuído sabiamente las afecciones del alma, y ha graduado éstas con arreglo al clima y condiciones de vida del individuo. Los países tropicales perjudican en extremo á los europeos; ¿por qué? Por la *fogosidad* de la naturaleza, que, al estar en aquellas latitudes, es, á la manera que la yesca junto al fuego: se consume ardiendo.

Y sin embargo, adormécense sus sentidos algún tanto, pierde vigor el organismo y las pasiones se enervan. Pues bien; si los naturales de esas regiones fueran en su constitución como los europeos, no podrían vivir; esto está claro. Por manera que el indio es un sér perfectísimo y conforme al medio en que vive, y la falta de una sensibilidad exquisita no puede decirse que es en él defecto como hombre; pero desde el momento en que le estudiamos en sus relaciones artísticas con la música, sí que lo es, y grandísimo.

No sé cómo expresarme para poner de manera clara cuanto pienso acerca del indio filipino como músico, de una manera que no pueda traducirse en desprecio al indio ó menosprecio de Filipinas; sería cosa que jamás me perdonaría á mí mismo, por ser país al que tengo un verdadero afecto. Pero me asalta este pensamiento, porque de cierto tiempo á esta fecha hánse publicado por escritores estimables libros y folletos acerca de Filipinas, en los que en un fondo grande de verdad prevalece una forma acre y poco atemperada, en la que no desearía caer, ni en cuyo número ser contado. Deseo sólo ser claro y sacar los defectos de escuela en bien del arte y de los que á él se dedican.

Se dice por algunos, al oir en certámenes recitar poesías ó pronunciar discursos á jóvenes filipinos, que *no dan el justo sentido* á la frase, porque desconocen el idioma; esto es falso. Quien hace un discurso correcto ó un bien medido verso, no puede decirse que desconoce el idioma; y si quiere probarse

el tal aserto por la alguna incorrección en la manera de pronunciar el castellano, hablistas muy de mérito nos ha dado Andalucía y á ver si no *cecean* de cuando en cuando. Y menos hemos de conceder esto si se trata de la Música, pues es un idioma universal. Así tenemos que hay quienes leen con *facilidad* una composición literaria, y sin embargo no la dicen porque no les es posible; pues del mismo modo no debe llamarse músico al que *lee* con *facilidad* un número musical y no le da *sentido*. ¿De qué depende esto? Del *sentimiento*, nada más que del sentimiento.

Mi afición á la Música me ha llevado al teatro en todas partes donde he estado, de tránsito ó permanente. He hecho, en cierto modo, vida común con los artistas, y he podido estudiar el *tipo* en sus más pequeños detalles. Para mí más que las funciones, me agradan los ensayos de las obras, pues es donde se estudia y se aprecia el mérito de los intérpretes. Ver como se presentan las dificultades y cómo poco á poco van cediendo al talento de los artistas, es cosa que encanta al que tiene verdadero temperamento.

En Filipinas, especificando más, en Manila, me he pasado meses enteros de temporada de ópera, puede decirse que en el teatro, y allí he podido observar á mi gusto el temperamento artístico del indígena con relación á la música. Allí he tratado á maestros directores, buenos y malos, medianos y pésimos, europeos todos, por lo general italianos; á todos, sin excepción, en algunos pasajes de las obras maestras del repertorio antiguo y moderno los he visto electrizarse y cambiar de faz al paso que la cadencia resolvía, ó el *crescendo* llegaba á su mayor amplitud, ó el arpegio tranquilo de ligadas corcheas se convertía en furioso hémolo ó en lluvia finísima y cuasi imperceptible de millares de fusas. Sin embargo, ¡qué distinta emoción se notaba en los indígenas que componían la orquesta! En su semblante no se manifestaba la más ligera impresión; sólo si el ensayo se prolongaba algo más de lo de costumbre, era cuando su semblante daba á conocer.... algún aburrimiento.

Ahora bien; conforme digo una cosa digo otra: jamás he notado que les fatigara el ensayo, y de sus labios no he oído nunca una queja ó displicente ademán contra las exigencias (no siempre justificadas) de los directores de orquesta.

De mis observaciones he deducido que el concepto musical en Filipinas debe entenderse como puro *mecanismo*, no en el científico ni en el de la fantasía. Mas en aquél podía sacarse gran partido, pues es elemento indispensable para el *profesor*. Usamos la palabra profesor como sinónima de *individuo de orquesta*.

M. WALLS Y MERINO.

(Concluirá).

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid, 15 de Julio de 1892.

Fin de la huelga de los telegrafistas y de los estampadores de Barcelona.—Política de obstrucción.—Pesimismos y desmayos morales.—Las campañas del general Polavieja.

Como esperábamos, realizáronse los pronósticos que hacíamos en nuestra *Crónica* última. Terminó la huelga de los telegrafistas, mediante la sumisión de los rebeldes á los principios de autoridad y disciplina que habían momentáneamente puesto en entredicho, y acabó también la huelga de estampadores de Barcelona, gracias, más que á otra cosa, á la falta de recursos para resistir y al abandono en que les dejaron las *Tres clases de vapor*. Los oficiales trasmisores de telégrafos que iban á interinar, volvieron á su antiguo estado. Más felices los *esquirols*, han seguido en las fábricas, venciendo á sus rivales, que esperan cualquier coyuntura para sublevarse contra los patronos.

Es de esperar que el Cuerpo de Telégrafos olvide para siempre el camino que eligió con objeto de hacer oir sus quejas, ya que tanto el señor Ministro de la Gobernación como el Director interino del ramo, han hecho quizás más que debían, dado el precedente establecido, para satisfacer agravios, reparar olvidos y borrar corruptelas. Entendemos nosotros que la conducta del Sr. Villaverde y del Sr. Dato, obliga á los telegrafistas á tener una gran subordinación y una

gran prudencia. Si queda entre ellos algún descontento, debe acudir á donde corresponda con el respeto que siempre deben guardar los inferiores y más cuando son depositarios de la más alta confianza. Seguir otra línea de acción, merecería el más severo y el más justo de los castigos.

***

También la huelga de los estampadores de Barcelona ofrece singularidades extrañas. Ha habido allí, como siempre que estos *paros* se realizan, disconformidad de pareceres para apreciar la conducta de las autoridades. Las dos, la civil y la militar, han cumplido con su deber, y es injusto que se regatee el aplauso al digno, al celoso, al integérrimo Gobernador Sr. Ojesto, para distanciarlo del prudente y afortunado Capitán general Sr. Marqués de Peñaplata. La esfera de acción en que uno y otro se mueven, no puede ser más distinta: los medios de que uno y otro disponen para contener una huelga en su período de preparación y de explosión, no pueden ser tampoco más diversos. Juzgar á ambos representantes del Gobierno de S. M. con un mismo criterio, es desconocer las funciones que esas autoridades deben desempeñar.

Conviene ante todo recordar la campaña, coronada por el éxito más grande, que hizo el Sr. Ojesto, para evitar en Barcelona la huelga de 1.° de Mayo, y evitándola allí conseguir que hubiera tranquilidad perfecta ese día y los siguientes en toda España, porque todo estaba pendiente de la actitud de los anarquistas y socialistas de la ciudad de los Condes. Aplastada en su origen esa huelga, estalló inopinadamente la de los estampadores, y el Sr Ojesto, que no disponía más que de 70 ú 80 guardias civiles y de 130 ó 140 guardias de orden público, mantuvo el principio de autoridad durante tres días de sedición, en una ciudad de 400.000 almas, que encierra

en su recinto, en los suburbios y en las poblaciones próximas, éstas de gran importancia también, más de 500 fábricas, con cerca de 70.000 obreros.

Quien de esta suerte impide que el populacho domine, logra que el capital sea respetado, que la vida esté garantizada, no merece ciertamente reproches, sino aplausos sinceros. Mientras los huelguistas no acudieron á la fuerza para repeler la de los agentes de la autoridad, y mientras éstos pudieron humanamente, advertidos por el ejemplo que los daba el Gobernador, combatir á los sediciosos, el Sr. Ojesto se mantuvo lleno de serenidad y energía en el puesto de honor que el Gobierno le confiara. Sólo cuando fueron arrollados los guardias entregó el mando al Capitán general: había llegado el caso previsto en la Ley, y no había más remedio que acogerse á ella.

La situación del marqués de Peñaplata era difícil. La huelga se había esparcido por Cataluña, y enseñoreádose de Barcelona y los pueblos del Llano. Había que contestar á la fuerza con la fuerza, y la proclamación de la ley marcial y la constitución de los consejos de guerra asusta y estremece. Pero aunque las guarniciones de aquel distrito son numerosas, y los jefes que las mandan aguerridos, y los medios de represión eficaces, aun así el marqués de Peñaplata vió pasar cerca de un mes, sin que los fabricantes se entendiesen, los *esquirols* se vieran respetados y los huelguistas sometidos. Y no será por que aquel general dignísimo no agotase á la vez que los términos de persuasión las medidas rigurosas que reclamaban los sucesos. Mas hay que tener en cuenta tantos factores en estos movimientos populares y hay que atar tantos cabos, para que la madeja ya hecha, no se deshaga, que mientras se pudo resistir, se resistió sin llegar á vías materiales. Claro es que el General Blanco aceleró este extremo con su prudencia y su energía, y claro es que no erró su cálculo, porque al aislar á los revoltosos les privaba de toda ayuda.

Reconózcase pues, que el Sr. Ojesto estuvo á grande al-

tura al cumplir sus difíciles deberes, y el marqués de Peñaplata también al reasumir el mando dentro ya del estado de guerra.

***

Las minorías del Congreso han inaugurado una política de obstrucción que puede ser muy funesta para el régimen parlamentario. Ya lograron, con astucia que ahora se ve, que el Gobierno separara de la ley de Presupuestos la autorización que en ella había para contratar un empréstito con que convertir el anticipo de la Tabacalera, enjugar los últimos *déficits* acumulados, y descargar la cartera del Banco de España. Cedió el Gabinete, ansioso de no provocar resistencias ni hostilidades de las oposiciones, y presentó el proyecto aislado. Ahora éstas se niegan resueltamente á discutirlo diciendo que no corre prisa que se apruebe. Como si de las necesidades del Gobierno y de la conveniencia de llenarlas, fueran ellas juez.

Tenía también el ministerio la resolución de que fuera ley el proyecto de reforma de las Tarifas de ferrocarriles, aprobado ya por la alta Cámara, que piden á un tiempo nuestra riqueza metalúrgica y siderúrgica, tan extendida en Cataluña, en el Norte y en Andalucía, y las grandes empresas ferroviarias, que podrían compensar con la elevación en las tarifas de viajeros la rebaja que harían en los transportes. Pero se le ocurrió á la minoría republicana no dejar discutir el proyecto, contagióse el fusionismo de ese espíritu mal sano de obstrucción, y van pasados quince días sin que los debates se normalicen y sin que el Congreso haga cosa provechosa.

No nos parece este proceder ajustado á las buenas prácticas parlamentarias ni á las relaciones que deben existir entre todos los partidos. El Sr. Pidal consultando á los jefes de las minorías, para buscar una fórmula que á todos satisficiese, y poner á la orden del día aquel proyecto, llenó un

deber y cumplió su misión de paz, aunque no tuvo éxito. El Sr. Silvela proponiendo que se celebrasen dos sesiones, una, la matinal, para dedicarla á los proyectos del Gobierno, y otra, la de la tarde, para consagrarla á las preguntas, interpelaciones y proposiciones incidentales de la iniciativa de los diputados, daba un medio decoroso, que debió admitirse.

Pero fracasadas estas tentativas, abierta la impugnación por los Sres. Canalejas y Gamazo, conocido el término medio propuesto por el Sr. Sagasta y admitido por el Sr. Cánovas, si se le garantizaba en forma, de consagrar una sola sesión á todo, idea que no rechazó el Sr. Silvela, y alternar con los proyectos ministeriales los debates que iniciaran las minorías, parecía lógico que el acuerdo se estableciese, y que todos, salvando su responsabilidad, se aquietasen. No ha sucedido así: y la admirable lucha que sostuvieron el Sr. Silvela y el Sr. Canalejas, el ministro de Ultramar y el Sr. Gamazo, el Sr. Cánovas y el Sr. Sagasta, para establecer un acomodamiento honroso, cayó por su base ante la intransigencia del Sr. Pí. Este hombre de hielo declaró que los republicanos no cederían en su actitud, que obstruirían todo proyecto ministerial que se presentase, y que solo darían el tiempo que les sobrara de las discusiones que ellos iniciasen.

Tal declaración volvió las cosas á su antiguo estado. Y en él seguimos, sin que logren vencer esos reprensibles instintos perturbadores, ni el clamor de tantos intereses heridos, ni la amenaza de que se queden sin pan muchos millares de obreros.

El Gobierno no debe ceder sin embargo. Se pasa de prudente y comedido ante esa actitud que no tiene ejemplo. Es forzoso entrar en la orden del día, discutir ó abandonar la proposición del Sr. Silvela, y sacar á flote la reforma de las Tarifas. O vivimos en un régimen de mayorías, ó aquí no hay más imperio que el de las oposiciones. Pasar por las horcas caudinas de éstas es poner el Parlamento á los pies de unos pocos. Resistir su empuje, será elevar y dignificar los prestigios de las Cortes. No cabe duda. Es cuestión de

honor para el Gobierno no dejarse imponer. La debilidad de hoy sería una vergüenza para lo porvenir.

***

Todo eso que sucede en el Parlamento y que alienta en la opinión culta y se extiende en las masas, marca cierto pesimismo moral que no puede menos de entristecer. Jamás atravesó nuestro país una época más tranquila que ahora. No hay problemas políticos que discutir ni hay grandes reformas sociales que elaborar. Sólo las cuestiones económicas y financieras atraen la atención de las gentes, y esas, planteadas por el Gobierno conservador, están en camino de resolverse. ¿A qué obedece, pues, esa artificial más que efectiva agitación que reina en algunos espíritus, y ese desmayo que se advierte en otros?

Hay algo que flota en la atmósfera y que parece desprendido de nuestro carácter meridional. Obsérvase que durante estos períodos pacíficos en que nada turba la normalidad de la vida pública, surjen de improviso violentas explosiones populares, como si se hubieran ido elaborando en el silencio, y rápidas sacudidas en los elementos más ilustrados, como si la naturaleza se opusiera á disfrutar el sosiego más reparador. Esas huelgas sediciosas que no se justifican, esas resistencias pasivas que no tienen génesis conocido, ese abandono de los principios de orden y autoridad que se repite con lastimosa frecuencia, denuncian una enfermedad grave en los pueblos ó un gran descuído en las clases directoras. Porque, una de dos: ó es que la disciplina social se quebranta, ó es que enmohecen los resortes del poder. O es que arriba se agotan las energías saludables, ó es que abajo se corrompen los sentimientos más puros.

De todas suertes, el fenómeno que se observa es digno de estudio: los menos se quieren imponer á los más. A la queja razonada ha sustituído el furor de las turbas; al razona-

miento sereno de los hombres ilustrados, la agresión mal disimulada, cuando no el grito amenazador. Síntoma de decadencia ó reflejo de un estado morboso grave, bien será que estas manifestaciones de la existencia social no pasen inadvertidas á los que pueden corregirlas con el ejemplo ó enfrenarlas con la energía.

***

El último Gobernador general de la isla de Cuba ha llegado á Madrid. Los que conocen su inteligente, pacificadora y honrada gestión, no pueden olvidar lo que el país debe al general Polavieja. Recordemos sólo dos aspectos de su mando.

Cuando en Agosto de 1890 entró en la Habana, halló al bandolerismo en auge; ya no se conformaban los malhechores con exigir dinero á los particulares, robarles y secuestrarles, sino que considerando que aquéllos, aunque accedieran á sus exigencias, no podían entregar sumas tan fabulosas como las pretendidas, habían acudido á las empresas ferrocarrileras, á las cuales, por no transigir, causaron enormes pérdidas, aterrorizando al público, que se retrajo, como es consiguiente, al presenciar hechos verdaderamente inauditos.

Estas partidas de bandoleros tenían el carácter de separatistas; con esta careta encontraban apoyo en la gente bonachona del campo, que es desafecta á nuestro dominio, y con el de bandoleros saqueaban á peninsulares é insulares del modo más brutal.

El cabecilla Antonio Maceo conoció la bandera que querían levantar los que formaban partidas latro-facciosas, y tuvo con ellos una entrevista en Vieja Bermeja: de allí salió la idea de unir al secuestro, que hasta entonces había sido el medio de recoger fondos para la causa separatista, el ataque á las grandes empresas ferroviarias para iniciar la campaña, esperando el movimiento que en Oriente debía dirigir

aquel cabecilla, uniéndose á los bandidos declarados (más de *trescientos*) que Manuel García tenía á sus órdenes, y que en instantes dados llevaban á efecto empresas arriesgadísimas, regresando después tranquilamente á sus hogares.

Conociendo la gravedad de las circunstancias, lo apremiante de la situación y lo urgentísimo de aprovechar los momentos, sobre todo en Oriente, donde ya se encontraba Antonio Maceo pronto á emprender la lucha, puesto de acuerdo con Crombel en el cobre y Castillo en Holguín, dispuso el general Polavieja, evitando de ese modó que se encendiese la guerra separatista, que se aprehendiese á los citados cabecillas, y sin ruido ni ostentación fuesen embarcados para el extranjero.

Con esto abortó el movimiento que hubiera dado días de luto á la nación, quedando sólo de él los 50 hombres de Velázquez en Oriente y los bandoleros de las demás provincias. Gracias á las medidas de previsión tomadas en Holguín, donde se prendió y embarcó á Angel Guerra, y las precauciones impuestas acordadas en Remedios, donde se trataba de levantar una partida, quedaron ahogados en germen los intentos separatistas.

Más de cien secuestros se habían sucedido en épocas anteriores al mando del general Polavieja, llegando en algunas de ellas al asesinato por hallar resistencia ó imposibilidad en la víctima de acceder á los deseos de los bandidos, en tanto que otros criminales adoptaban con preferencia el incendio, que producía la total ruína, por el menor trabajo y exposición que esto les ocasionaba.

La prueba mejor del éxito de la campaña de nuestro ilustre amigo, está en que durante breve lapso de tiempo fueron capturados 164 individuos, acusados de delitos comunes, y muertos 43 por la Guardia civil y demás fuerzas dedicadas á la persecución. Además sufrieron la pena de muerte otros 20 secuestradores.

Este fué el resultado de la campaña militar, digámoslo así, del general Polavieja, que deja asegurada la paz en Cuba.

Pero no debe olvidarse su campaña administrativa. El moralizó las oficinas, que un tiempo fueron, con honradas excepciones, nido de concusionarios; él elevó las rentas, á pesar de las bajas que produjo y produce el convenio con los Estados Unidos; él inició prudentes reformas, que el Gobierno de la Metrópoli aceptó; él, en fin, fué en todas ocasiones soldado leal, gobernante celoso y organizador peritísimo.

Saludemos, pues, con respeto al general Polavieja, que en medio de las pasiones y de las luchas de los partidos, tan alto ha sabido colocar su nombre en Cuba.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

15 Julio 1892.

El protagonista de la pasada semana fué el príncipe Bismarck, fundador del imperio alemán; el héroe de la presente ha sido el ex-primero Gladstone, apóstol convencido del *home rule*. La diferencia entre los dos hombres de estado guarda analogía con la de los pueblos que tan á maravilla representan. La política al hablar de ellos se cambia en historia; pero la misma pasión con que por algunos se les juzga, deja presentir de la posteridad un veredicto más equitativo, en que si la desilusión no podrá menos de entrar por algo, aquilatará la crítica imparcial mucha parte de sus respectivas obras, sin acertar á negar nadie su capital trascendencia en la vida de este siglo.

***

El éxito del ex-canciller parece á primera vista más brillante, sus victorias más ruidosas, sus medios de acción más rápidos, la empresa misma de la unidad alemana más personal; empero, si la fábrica de tan gigantesco edificio nos sorprende, acaso no es tan sólida como se supone y resulta muy

complicada, aun cuando sus cualidades y defectos acusen en el arquitecto cualidades no vulgares. Ministro omnipotente de tres soberanos, árbitro de la política europea durante largo tiempo, ha logrado fijar en su persona y en sus planes la atención del mundo entero, contrarrestados únicamente por dos hombres en Europa; el Papa León XIII y el jefe ilustre de los liberales ingleses. Bismarck, con todo, no ha sido vencido por sus rivales de otros pueblos, sino por su propio soberano que se envanece de ser su discípulo.

Caído como caen los grandes ministros en las monarquías despóticas ó semi-absolutas, esto es, por la ingratitud del soberano, eclipsado ante el genio prestigioso de uno de sus súbditos, el ex-canciller alemán no se ha resignado con su suerte. Atacado de la nostalgia del poder, instrumento necesario á su temperamento y á sus hábitos, pasión que como todas y más acaso que ninguna hace presa con sus garras en el alma de los viejos, se ha colocado frente á frente del joven emperador y de su política, parapetado tras de sus grandes servicios y de su popularidad extraordinaria.

A la guerra de palabras, de reticencias, de más ó menos veladas recriminaciones y censuras, sucedió una especie de tregua, prólogo para algunos optimistas de pronta reconciliación. El viaje á Viena del ex-canciller hizo mecerse en esta esperanza al mismo emperador; mas ha sido por el contrario ocasión de ruidoso rompimiento. A las declaraciones poco meditadas del príncipe Bismarck, no menos herido en su amor propio por el desvío del emperador Guillermo, que ofendido en su orgullo por la fría acogida del emperador Francisco José, á sus triunfales recepciones en Viena, Munich y otras ciudades germánicas, ha respondido el impetuoso descendiente de los Hohenzollern con la siguiente comunicación dirigida á los ministros de Alemania y Prusia, en los países extranjeros.

«Señor ministro:

»No habrá seguramente escapado á vuestro conocimiento que el príncipe Bismarck, duque de Lauenbourg, ha hecho

públicas en fecha muy reciente algunas de sus opiniones políticas. El gobierno de S. M., cree de su deber guardar silencio en cuanto toca á la publicidad de los mencionados juicios sobre personas y cuestiones relacionados con la política interior del país, en recuerdo de los inmortales servicios prestados al mismo por el eminente hombre de Estado. Pero en la publicidad de que se trata agítanse asuntos de interés relacionados con la política exterior, y considera este gobierno que sería su reserva interpretada con error, ó de un modo poco exacto, si continuara por más tiempo guardando silencio.

»S. M. está, por otra parte, convencido, de que el tiempo restablecerá la calma en los espíritus, como también de que los gobiernos extranjeros juzgarán semejantes declaraciones de acuerdo con el valor real de las mismas. No teme, pues, que de ellas surjan daños permanentes, en vista de ofrecer tan solo cierta conformidad relativa con los hechos, conformidad cuyo valor depende de la mayor ó menor exactitud con que los han referido algunas personas notoriamente hostiles á Alemania.

»Establece, igualmente S. M., una distinción entre el pasado y el presente del príncipe Bismarck, motivo porque desea, de acuerdo con su gobierno, que no venga á deslustrar suceso alguno la imagen ideal que el pueblo alemán se ha formado del grande hombre.

»Al autorizaros por esta carta para proclamar en tal sentido mis resoluciones, alimento la esperanza de que el gobierno junto al cual os halláis acreditado, no concederá verdadera importancia á las publicaciones de la prensa relacionadas con las opiniones del príncipe Bismarck.»

La comunicación firmada por el canciller Caprivi, es la guerra contestando á la guerra entre el emperador y su *maestro;* pero ¿quién pronunciará en definitiva *la mot de la fin?*

***

Del fiero pugilato entre dos personalidades eminentes, convirtamos los ojos á la noble lucha entre los ciudadanos de un pueblo libre. La agitación promovida por la contienda electoral en Inglaterra ha revestido en la actualidad desusada importancia. Gladstone, á pesar de sus ochenta y tres años, de que lleva cincuenta de vida parlamentaria, ha desplegado una actividad física y oratoria que sorprenden en tan avanzada edad. Esta actividad prodigiosa desmiente prácticamente su propia opinión de que al tocar en los sesenta, debe todo hombre público retirarse á la vida privada. No sin razón ha dicho de él uno de sus mejores biógrafos, que «su palabra es semejante á un río siempre lleno que jamás se desborda». Ha pronunciado discursos en todos los distritos, en todas las poblaciones, en todos los lugares que ha recorrido sin descanso de un extremo al otro del Reino Unido. El accidente que hizo por un instante temer por su vida, no ha tenido felizmente malas consecuencias; fué debido al indiscreto entusiasmo de una mujer algo extravagante en la forma de manifestar sus simpatías, no un acto de brutal hostilidad como se creyó al principio.

Con mayor delicadeza le ha demostrado su admiración otro de sus compatriotas que ha tenido la paciencia verdaderamente inglesa de coleccionar los *doscientos veintinueve folletos* escritos por el ilustre *leader* de los liberales durante su vida. Esta súma inmensa de trabajo forma solo una pequeña parte del realizado por Gladstone, á que hay necesidad de agregar gran número de discursos, multitud de artículos escogidos y obras de pasmosa erudición y excelente crítica acerca de materias religiosas, literarias y de enseñanza.

***

Pasada la hora de los discursos, Inglaterra se ha lanzado con ardor en plena lucha electoral. Las exageraciones de la prensa y de los partidos no han podido ser mayores. Conser-

vadores y unionistas-liberales de una parte, liberales y nacionalistas, de la otra, han cantado las acostumbradas alabanzas en provecho propio, mezcladas con los ataques violentos en perjuicio ajeno. Todos han combatido con singular encarnizamiento, todos han confiado en la victoria, la han disputado con empeño al respectivo adversario y han acabado por proclamarse vencedores; los conservadores por el número hasta ahora de candidatos triunfantes, los liberales por el de electores que han tomado parte en favor de los suyos, cifra muy superior á la de aquéllos. Es una prueba evidente de que el *home rule*, sobre el cual hacen tan tristes vaticinios los amigos del gobierno, mirando su aprobación como una desdicha nacional, presagio de la ruina total del país, alcanza á pesar de la prudente vaguedad con que ha sido expuesto, cada vez mayor favor en el espíritu del pueblo inglés y acabará por vencer definitivamente antes de que pase mucho tiempo, sean los que fueren los fieros y amenazas de la asamblea protestante de Limerick, cristalizada en el reaccionario sistema de Cromwel y Guillermo de Orange.

Esta especie de equilibrio entre las fuerzas electorales combatientes, pone de manifiesto entre otras cosas que las abstenciones han sido escasas, que mientras la fuerza principal del partido conservador reside en las poblaciones de alguna importancia, en los llamados *bourgs*, la fuerza de los liberales reside ahora de igual modo que en 1885, en las circunscripciones ó *condados*, esto es, en la población rural y agrícola.

Los que de la lucha han salido peor librados han sido unionistas-liberales y parnellistas, fracciones de carácter más personal que político en Inglaterra y en Irlanda. José Chamberlain, jefe de los primeros, amigo de Gladstone en otro tiempo, poderoso auxiliar hoy de los conservadores, ha sido elegido por West-Birminghan, después de reñidísima contienda. Es uno de los hombres más impopulares, acaso el más impopular de todos los hombres públicos de su país. Odiado por los liberales que le acusan de apóstata, les co-

rresponde cordialmente con un odio tan profundo, que no lo disimula en sus palabras y en sus actos. Su hermano, en cambio, ha sufrido tremenda derrota, con gran regocijo de la prensa liberal, especialmente del *Pall Mall Gazzette*, que se bañó al saberlo en agua de rosas.

Otro de los hombres más combatidos por los liberales, no obstante su abolengo y sus servicios á las ideas democráticas, ha sido también el brillante orador Dilke, retirado años há de la vida pública á causa del escandaloso proceso Crawford, en que figuró como protagonista, y á consecuencia del cual salió mal parado ante la ley y ante la opinión.

En verdad, no falta motivo á los liberales para censurar la actitud de Dilke.

El elocuente orador rehusó en 1886 y en 1888 los ofrecimientos de los electores de Clelsea, mientras no consiguiera rehabilitarse y obtener de los tribunales de justicia un veredicto de inocencia en la revisión de aquel célebre proceso, tarea honrosa á que prometió solemnemente consagrarse. Ahora bien; en su reciente manifiesto á los electores de Forest-Dean, ha puesto en absoluto olvido su promesa, sin haber conseguido la rehabilitación de que con tanta seguridad hablaba y que ni siquiera ha intentado. Lejos de eso ha creído suficiente la publicación de un folleto en que cita por testimonio de su inculpabilidad algunas personas ya fallecidas.

Dada la moralidad pública de las costumbres inglesas, el acto de Dilke ha merecido universales censuras, tanto más justificadas cuanto ha empleado con sus electores la superchería de que Gladstone le había invitado á ello y protegía su candidatura; sabedor de lo cual el *leader* de los liberales ha publicado una lacónica y desdeñosa carta negando la citada afirmación. Menos escrupulosos los electores le proclamaron candidato en cuarenta y cuatro asambleas electorales. Con tacha ó sin ella se sentará en el parlamento, pues á pesar de sus defectos es un orador elocuentísimo y puede prestar grandes servicios á la causa de sus amigos,

si el desdén de estos últimos no le arroja, como ha sucedido con Chamberlain, al campo de sus adversarios.

***

Singularidad no menos notable, ya que de singularidades hablamos, es la casi completa ausencia en las actuales elecciones de candidatos obreros, cuando éstos han acudido en gran número á escuchar los discursos de Gladstone, reducidos á darles buenos consejos. ¿Es que las corporaciones obreras tan bien organizadas en Inglaterra, no se consideran con verdadera fuerza para presentar candidatos en frente de los grandes partidos políticos, ó entienden que su causa está ligada con la de los liberales, defensores de la autonomía política y administrativa en Escocia y en Irlanda? Sea lo que quiera, no deja de ser curioso el hecho ocurrido en Dundee, ciudad manufacturera de Escocia, en que sólo 354 electores han dado su voto al candidato obrero Macdonald. A excepción, por tanto, de Jhon Burns, conocido *leader* obrero, no tendrá la llamada clase trabajadora representantes propios en el Parlamento.

Con ligera diferencia de números podemos apreciar ya el resultado de estas elecciones sobre las que tantas conjeturas se han hecho en Inglaterra y en Europa. Los conservadores y unionistas-liberales elegidos son hoy (15 de Julio) 287; los gladstonianos y demás oposiciones reunidas 293. El Gobierno lleva, pues, la peor parte, con lo cual dicho se está que su existencia corre peligro. Los liberales, aunque pocos, han ganado. El éxito ha sido brillante para los últimos, y á menos de engañarnos mucho, los conservadores no podrán gobernar por largo tiempo ó habrá necesidad dentro de poco de consultar otra vez la voluntad del país, porque la cámara popular se compone de 670 diputados, y ni ministeriales ni gladstonianos han conseguido abrumar bajo el número á sus adversarios.

***

La cuestión entre los monárquicos franceses y León XIII se halla todavía en pie. Proclaman aquéllos ser fieles á las enseñanzas de la Iglesia, y se muestran reacios á admitir los consejos del Santo Padre. Considera de otro lado, el Sumo Pontífice, accidentales, las llamadas formas de Gobierno, y pretende que los católicos franceses defiendan las instituciones republicanas, absteniéndose de resistencias colectivas é individuales. Políticos antes que católicos, no obstante sus declaraciones en contrario, resisten abiertamente los monárquicos franceses la sana doctrina del Pontífice con una obcecación lamentable á prueba de advertencias y de consejos.

En vista de semejante actitud llena de peligros, ha creído Su Santidad conveniente reiterar sus declaraciones en carta dirigida al obispo de Grenable, Monseñor Fava, con motivo del telegrama enviado al Vaticano por el Congreso de la asociación católica de la juventud francesa, celebrado en dicha ciudad. Después de aplaudir su completa sumisión á los actos de la Santa Sede, lamenta que ciertos católicos se muestren refractarios á la dirección del Jefe de la Iglesia, bajo pretexto de que se trata de una dirección política.

«No, indudablemente no tratamos de hacer política; mas cuando la política está ligada de modo tan íntimo á los intereses religiosos, como por el presente ocurre en Francia, incumbe ante todo al Pontífice romano la misión de determinar el régimen de conducta que con mayor eficacia puede poner á salvo los intereses de la religión.»

Cuestión también de alcance extraordinario es la relativa á los partidos político-religiosos, que tantas y tan hondas perturbaciones han ocasionado en muchos pueblos, por la confusión reinante entre lo espiritual y temporal en el gobierno de las sociedades, sobre todo en Francia. León XIII se expresa así, acerca de estos partidos:

«Con una observación importante terminaremos lo que nos proponíamos decir: ciertamente el progreso de la vida religiosa es obra en los pueblos eminentemente social, dada la estrecha conexión entre las verdades que son alma de la

vida religiosa y las que rigen la vida civil. Resulta de aquí una regla práctica que no debe perderse de vista, la cual da á los católicos una amplitud de espíritu característica. Queremos decir con esto, que si bien debe sostenerse á toda costa la afirmación de los dogmas y mantenerlos puros de cualquier compromiso con el error, es propio de la prudencia cristiana, no rechazar, diremos más bien, saber conciliar en la prosecución del bien, ora individual, ora social, el concurso de todos los hombres probos.

»La gran mayoría de los franceses es católica; pero entre los mismos que no gozan esa dicha, conservan muchos, á pesar de todo, un fondo de buen sentido, cierta rectitud que puede llamarse sentimiento de un alma naturalmente cristiana. Ahora bien; ese elevado sentimiento unido con el atractivo del bien, comunica á los espíritus aptitud para realizar este último, y en más de una ocasión tales íntimas disposiciones y ese concurso generoso les sirve de preparación para apreciar y profesar la verdad cristiana. No hemos olvidado, por lo mismo, en nuestros últimos actos, pedir á tales hombres su cooperación para triunfar de la persecución sectaria. desenmascarada y sin freno, que ha estado fraguando la ruina religiosa y moral de Francia.

»Cuando elevándose todos sobre los partidos, concierten en tal propósito sus esfuerzos, las gentes honradas con su buen sentido y su recto corazón, los creyentes con los recursos de su fe, los hombres experimentados con su prudencia, los jóvenes con su espíritu de iniciativa, las familias de elevada alcurnia con sus generosidades y santos ejemplos, acabará de seguro el pueblo por comprender donde están sus verdaderos amigos y las bases duraderas sobre las cuales debe descansar la dicha de que está sediento. Entonces se inclinará hacia el bien y se verá en cuanto arroje en la balanza de las cosas su voluntad poderosa, que la sociedad transformada tendrá también á mucho honor prosternarse ante Dios, con el fin de contribuir á resultado tan hermoso como patriótico.»

¿No es cierto que estas sublimes palabras pueden igualmente aplicarse á España, donde algunos partidos políticos han pretendido y pretenden establecer absurdas compenetraciones entre la religión y la política, maridaje monstruoso sin duda, pero vivo testimonio de que las pasiones religiosas preocupan más de lo que algunos suponen á la generalidad de las gentes?

De todas maneras y volviendo á los disgustos religiosos en Francia, no deben olvidar los partidos estas previsoras palabras de Thiers, pronunciadas en 1867 y repetidas en 1872: «Los Gobiernos pueden cometer insignes locuras: pero, lo declaro con sincera convicción, no hay cosa más arriesgada que empeñarse en una querella religiosa y hacerse cómplice voluntariamente ó sin quererlo de una inmensa perturbación moral.»

***

Las relaciones entre Inglaterra y Marruecos, según las últimas noticias, revisten grave importancia. A la difícil situación creada por los atentados de que dimos cuenta en nuestra precedente *Crónica*, hay que agregar otros nuevos. Los ingleses enarbolaron contra viento y marea del fanatismo musulmán la bandera británica en el consulado de Fez, y este hecho realizado el mismo día en que celebraban los mahometanos el año nuevo, esto es, el 1.° de Julio, dió motivo á un tumulto popular fomentado por el bajá de la corte, Barham, que al ver ondear el pabellón de la Gran Bretaña en el sagrado recinto de la ciudad imperial, incitó á los vagabundos que rodeaban el edificio á castigar tamaño ultraje. La turba apedreó la morada del vicecónsul Mr. Mecleod y le obligó á refugiarse en la Legación inglesa. El primer dragomán de la misma que acudió en queja del agravio ante el ministro el Gharnit, sin conseguir verle, fué también apedreado y herido á la vuelta. La muchedumbre atacó después

el edificio de la Legación, resultando gravemente heridos algunos soldados que le custodiaban. Informado el Sultán de lo ocurrido y deseoso de reparar el atropello, reunió el Diván presidido por el astuto el Gharnit, á quien mandó visitar en su nombre al embajador inglés, acompañado de treinta altos funcionarios de la corte, escoltados por un fuerte destacamento de la guardia negra, homenaje jamás rendido en Marruecos á ningún enviado extranjero.

En reciprocidad de este acto solemne de cortesía, tras del cual no puede ocultarse á nadie el temor del Sultán, el enviado inglés visitó también al soberano, con quien conferenció reservadamente durante tres horas.

La verdad de lo acontecido en Fez, préstase en realidad á muchas conjeturas. De acuerdo con ciertas versiones no bien depuradas todavía, la reparación hecha por el Gobierno marroquí á la Legación británica ha sido completa. La primera medida del Sultán fué imponer al bajá Barham multa de 50.000 pesetas por su abandono en la custodia del embajador inglés, cantidad que aquel funcionario ha depositado con sus manos á los pies de Ewan Smit, que la ha distribuído entre los pobres. Según dicen los mantenedores de esta versión, las negociaciones entabladas para el tratado anglo-marroquí, llenas con anterioridad á estos sucesos de insuperables obstáculos, han tenido gracias á los mismos solución satisfactoria, en términos de haber accedido el Sultán á las exigencias todas del enviado británico, tanto en los asuntos mercantiles como en los más transcendentales del orden político.

Con arreglo á otras noticias, menos favorables para los ingleses, no puede darse mayor fracaso que el de Ewan Smit en Marruecos. El Sultán no ha accedido á ninguna de sus exigencias, salvo algunas de carácter comercial.

***

¿Cuál debe ser de todos modos nuestra línea de conducta enfrente de la nueva situación creada en Marruecos por los hechos? No estamos en los secretos de la diplomacia española en Africa, si es que hay plan alguno en esa política. Con el sistema del *statu quo*, que únicamente á nosotros ata las manos, como bajo el sistema contrario, puede verse comprometida España al otro lado del Estrecho. Inglaterra ha modificado en su interés los convenios existentes y aprovechará sin duda alguna todas las ocasiones de apoderarse de Tánger ó de otros puntos del litoral, si la oportunidad para ello se presenta, por ser bien sabido que nadie como aquel país las busca y provoca, siempre que á su conveniencia cuadre. Los numerosos tratados hispano-marroquís celebrados desde 1860 hasta el presente, son hace mucho tiempo letra muerta. Ni uno sólo está en vigor, porque ninguno de ellos se respeta. Desprovistos de influjo en Marruecos, faltos de relaciones mercantiles, por lo menos comparadas con las de otros pueblos, desarmados por nuestra culpable pasividad ante el porvenir, ¿qué nos queda en Africa? Unas cuantas plazas fuertes, dentro de cuyo recinto estamos condenados á quedar prisioneros, si Dios y una vigorosa iniciativa de nuestros Gobiernos no lo remedian.

***

La República Argentina tiene ya Presidente. Reunidos el domingo 12 del pasado Junio en la capital de su respectiva provincia, los electores designaron casi unánimemente al Dr. Luis Sáenz Peña, para el período constitucional que empieza el 12 de Octubre de este año y terminará en igual día del año 1898.

Doscientos votos tuvo el anciano doctor, contra cinco que al general Mitre dió la provincia de Tucuman, y cinco que en la de Mendoza tuvo el doctor Irigoyen, candidato de los radicales. El general Roca, á quien la víspera de la elección

telegrafiaban los electores por si había contraorden, ha tenido un voto aquí en la capital.

El doctor Uriburu, actual ministro en Chile, ha tenido la casi unanimidad para vicepresidente.

Las elecciones se han hecho pacíficamente y bajo el estado de sitio, que subsiste á pesar de funcionar las Cámaras hace más de un mes.

Ya es sabido que para mayor pacificación de los ánimos, el doctor Alem y demás caudillos del partido radical fueron encerrados en un buque de guerra el día 2 de Abril, y aunque han sido puestos en libertad la víspera de las elecciones, el partido habla de hacerle dura la presidencia al electo. Lo más probable es que se aproximen los radicales al Dr. Luis Sáenz Peña, que un día fué su candidato y que acaba de declarar que no cree deber la elección á ningún partido, sino á todos los hombres de buena voluntad...

La reelección del Presidente de Méjico Porfirio Díez, ha sido como también predecíamos tranquila. Han votado en su favor veintitrés Estados, esto es una inmensa mayoría.

ANGEL STOR.

TRIQUITRAQUES

CRÍTICAS POR FRAY CANDIL (EMILIO BOBADILLA)

Con el título que encabeza estos renglones, acaba de publicar Emilio Bobadilla un nuevo libro de críticas cuya edición está ya agotada. Algún periódico descontentadizo ha empezado por censurar el nombre que *Fray Candil* ha puesto á esta colección, cosa que nos hace el mismo efecto que nos hacía aquél que pretendiendo estudiar la significación política de un personaje, comenzase por discutir si hubiera sido mejor llamándose Juan que llamándose Diego. Crea el periódico aludido que para juzgar de este modo no hace falta sacar las obras del escaparate de la librería. Vamos pues al libro y dejemos la portada para aquellos á quienes gusta divertirse con estas cosas.

En la reciente publicación de Bobadilla hay de todo; críticas de novelistas, (E. Pardo Bazán, Picón, L. Alas, etcétera), de poetas, (Núñez de Arce, Campoamor, Vital Aza), de filósofos, (González Serrano), de autores dramáticos, (Guimerá, Echegaray, Pérez Galdós), de periodistas, (Cavia, M. Moya, Muro, etc.), de críticos (Balart, Cañete, Ménendez y Pelayo, *Clarín*, P. Blanco), y en fin hasta hay algo de *literatura subjetiva*, si vale hablar así, como son los artículos titulados *Montañesas*, *Pinturas instantáneas* y *Mi Carnaval*.

Decir que *Fray Candil* ha adelantado mucho desde que dió á la estampa sus *Capirotazos,* sería repetir lo que la prensa de Madrid y París ha reconocido con completa unanimidad.

Emilio Bobadilla es ante todo y sobre todo, un escritor cuya complexión intelectual es eminentemente analítica, circunstancia que no puede por menos de haber dejado un sedimento de tristeza en su carácter; pues del mismo modo que aquellos que pasan su vida estudiando anatomía sobre el cadáver, concluyen por ser incurables materialistas, se ve también que aquellos otros que, como Emilio Bobadilla tienen la costumbre de hacer una continua disección intelectual de todo cuanto observan, acaban por tornarse *incurablemente melancólicos:* los primeros después de mucho disecar, llegan á convencerse de que el alma es una abstracción del pensamiento que, cuando más puede servir de consuelo á los que no se resignan con la idea de acabar su vida con la muerte, y los segundos al cabo de mucho analizar el fondo de las cosas, adquieren la íntima persuasión de que eso que llama Lubbock *la dicha de vivir* es algo semejante á una reacción del propio dolor, mediante la cual pretende el hombre desentenderse ú olvidarse de sus penalidades y miserias. Este fenómeno se comprueba en el libro de que nos ocupamos, especialmente en los artículos *Pinturas instantáneas* y *Mi Carnaval,* donde el autor se retrata de cuerpo entero, y en las páginas que dedica á la novela de Picón *Dulce y sabrosa* en cuya crítica él mismo confiesa que siente predilección por el dolor, porque causa impresión más intensa y duradera.

Sin duda por esto mismo Bobadilla no es retórico; su decir es correcto como pocos, pero muy sencillo; expresa sus ideas tan fácilmente como las concibe y en su estilo flúido y natural resplandecen la gracia y la espontaneidad que constituyen aquella *facilidad dificultosa,* de que habla el clásico, que no admite copias, porque las imitaciones que de ella se hagan quedan tan por bajo del modelo, como quedaban á juicio de Sócrates las afectadas lucubraciones del poeta de oficio al compararse con los acentos que respira *una divina locura.*

Las críticas de *Fray Candil* no acusan pizca de malevolencia en su autor, digan lo que quieran aquellos á quienes censura. Sucede con estas cosas, lo que con el mal estudiante que se encuentra *suspenso* á fin de curso: el catedrático *le tenía tirria*, y el catedrático, si á mano viene, ignoraba antes de examinarle que tal persona existiese en el mundo: y es que el hombre podía renunciar todos los derechos, pero al *de pataleo* no renuncia tan fácilmente; después de todo, es este un derecho que no exige de los demás un grande sacrificio; sentir un poco de compasión por el que lo ejerce y asunto concluído. Con decir que Bobadilla no aspira á distinguirse por sus excentricidades, ni por tener *desde luego* un modo de pensar opuesto al de la generalidad, (al revés de lo que han hecho algunas personas que creyeron conquistar un nombre saliendo con la pata de gallo de que Colón era un tal y un cual), está dicho todo. Véase, si no, como trata en su último libro á Núñez de Arce, á Echegaray, á Menéndez Pelayo, á González Serrano, á Picón, etc., etc., y dígase luego si el escritor que habla de esta manera de personas que representan tendencias tan distintas, es de aquellos que elevan á sus críticas un *parti pri.*

Tampoco hay ironía en los artículos de Emilio Bobadilla, pues no creemos que se prentenda hacer pasar por tal el *gracejo* que se observa en sus frases cuando habla en broma. La ironía casi siempre acusa un mal fondo y *Fray Candil* tiene el corazón de un niño: la ironía es peculiar de aquellos que no saben atacar de frente, pues obsérvese bien que el hombre irónico es casi siempre una especie de gato que va á buscar la presa dando mil rodeos y procurando tener libre la retirada por *si acaso.*

Aquel que es *franco* rara vez es irónico, porque la ironía es algo así como un disfraz de la franqueza, es querer decir y no decir al mismo tiempo; Bobadilla no puede ser irónico por la sencilla razón de que es muy franco; lo que tiene que decir lo dice *en seco* y no se detiene á pensar la forma; examina antes si ha de decirlo ó nó, pero una vez decidido á

sacar á luz la idea, procura que ésta en su expresión sea un reflejo todo lo fiel posible de como era antes de salir del pensamiento. Esta franqueza, según confesión propia, le ha valido graves disgustos y le ha cerrado muchas puertas, pero como él mismo sigue diciendo, y tiene razón, *el carácter no se improvisa.*

Bobadilla, en ésta como en todas sus obras, demuestra poseer un caudal de lectura abundantísimo y estar al corriente del movimiento científico y artístico de Europa, pero sería tarea muy difícil determinar la escuela á que se halla afiliado, pues creemos que, como buen observador no lo está á ninguna.

Rara vez se le coje en *flagrante delito de afirmación rotunda*; bien es verdad que un libro de críticas no es el terreno más abonado para *poner cátedra* ni *Fray Candil* lo pretende. Sin embargo, no creemos andar muy descaminados si decimos que en el fondo de las ideas de Bobadilla ha dejado el positivismo una huella indeleble, por más que algunas veces sienta la nostalgia de todo lo contrario. Es un acérrimo partidario de la evolución y está enamorado de la ciencia moderna, como lo demuestran los libros que cita. Es poco aficionado á lo tradicional, no obstante lo cual gusta de respetarlo cuando no hay algo que lo sustituya, siguiendo en esto la idea de A. Comte.

En cuanto á creencias artísticas, puede asegurarse que Bobadilla opina que debe desaparecer el antiguo antagonismo entre *arte* y *ciencia*, mediante una conjunción de ambos términos; así proclama la conveniencia de que el arte sea científico, acaso porque éste sea el mejor medio para evitar el romanticismo, tendencia que creemos significa para Bobadilla algo así como un *histerismo* del arte.

En resumen, el libro es de los que se leen con singular agrado porque no solamente hace *mucho oxígeno* á la literatura, como dijo no se quién de la poesía gallega, sino porque no sucede con él lo que con tantos otros que no dejan en quien los lee más que la impresión de cansancio que producen

en la retina las letras de molde. Se ve que *Fray Candil* al escribir sus *Triquitraques* no se olvidó del conocido consejo de Horacio

lectoren delectando pasiterque neonendo.

Y no decimos más por miedo á que los elogios que el autor se merece y pudieramos tributarle, sean interpretados de mala manera, cuando no ha sido otra nuestra intención que la de hacer justicia.

JULIO PUYOL.

Junio, 1892.

BIBLIOGRAFÍA[1]

Agridulces, políticos y literarios, por D. Antonio de Valbuena. (Miguel Escalada.)—Un tomo en 8.º—Madrid, 1892.

La aparición de un libro del Sr. Valbuena, sea cual fuere la materia que en él se trate, ya esté escudado con este nombre de indudable notoriedad literaria, ya con el de Miguel Escalada, harto conocido en la República de las letras, es en todas ocasiones un acontecimiento literario que despierta vivísimo interés, que atrae la atención general, y significa siempre un señalado y legítimo triunfo para su autor.

El último que recientemente ha publicado, es una nueva y elocuente prueba de cuanto decimos. Titúlase *Agridulces*, políticos y literarios, y desde que se lee en su primera hoja este epigramático título, que por cierto está en perfecta consonancia con el contexto del libro, hasta que se termina la lectura de su última página, se observan como principales méritos en la producción del Sr. Valbuena, la inimitable gracia que le caracteriza como escritor y que derrama á granel en toda su obra; su estilo incomparable, la corrección exquisita de la forma y lo que es más aún, el espíritu de rectitud y de verdad, llamémoslo así, que palpita en casi todas las pro-

(1) De toda obra que se nos remitan dos ejemplares haremos un juicio crítico en esta *Sección* de la REVISTA.

ducciones de su fecundo ingenio: pues si bien es cierto que la mayor parte de los artículos que constituyen el libro de que nos ocupamos, envuelven agrias censuras á determinadas personalidades, y sátiras más ó menos picantes y humorísticas, no podemos prescindir de confesar que su tendencia es disculpable en alto grado y hasta cierto punto plausible, puesto que se limita á censurar los defectos allí donde cree encontrarlos, y á señalar las deficiencias que en su sentir encierra nuestra organización política, y la marcha, en su opinión poco provechosa para el país, que siguen la mayor parte de nuestros políticos.

La última producción de Miguel Escalada la constituye como antes indicamos, una colección de recreativos é ingeniosos artículos, escritos en distintas épocas y bajo distintas impresiones que ha coleccionado ahora su autor para ofrecer á sus numerosos admiradores una *primera toma* (como llama á éste su primer tomo de *Agridulce)* que le dará provechosos resultados y que indudablemente apurarán sin oponer la menor resistencia los amantes de la buena literatura. Y decimos esto, porque su autor tiene el buen gusto de proporcionarla en una forma que no puede ser nociva ni aun para aquellos á quienes hiere con su crítica, no menos aguda que razonada, puesto que Antonio de Valbuena, ahora como siempre, ofrece el amargor de su sátira mezclado con las dulzuras de su habitual lenguaje y especialísimo gracejo, cosas ambas suficientes á contrarrestar cualquier mal efecto que pudieran ocasionar sus agudezas.

El libro, pues, de que nos ocupamos con gran complacencia, aunque no con el detenimiento que el mismo requiere y que nosotros deseáramos, se recomienda con el sólo nombre de su autor, ventajosamente conocido por anteriores producciones y justamente apreciado; serían por lo tanto innecesarios cuantos elogios pudiera aun inspirarnos más que la simpatía y predilección que sentimos por este escritor, la justicia é imparcialidad que deben imperar é imperan seguramente en estos pequeños estudios críticos que venimos dedicando en

nuestra REVISTA á las obras que con tal objeto se nos remiten. El mejor elogio de los *Agridulces* políticos y literarios de Miguel Escalada, lo hará seguramente el público apresurándose con la adquisición de este libro á suministrarse voluntariamente la dosis de amena y variada literatura que el mismo contiene y que no vacilamos en afirmar ha de ser saboreada con delicia, ya que hoy por desgracia muchos de nuestros escritores siguen extraviados derroteros de los que se aleja este docto y culto literato.

***

Waterloo político. Examen crítico de las principales teorías sobre que descansa el edificio político moderno, por don Ignacio Díaz Caneja.—Puerto Rico, 1891.—Un tomo.

El título mismo de la obra nos dice que su autor se ha propuesto investigar los arcanos de la opinión pública.

Es de advertir que pocas ilustraciones aciertan á sustraerse al pesimismo que allende el Océano le acomete á todo buen patriota en cuanto tiene la bondad de acordarse de la Metrópoli, para llenar su corazón de abrojos literarios, su grandeza de pensamientos mezquinos, y su conciencia de todos los errores propios de la época.

Siguiendo el pernicioso concierto que engendra la distancia y las inextinguibles preocupaciones allí dominantes, necesita desencadenarse la fiebre en los cerebros para que nuestros escritores antillanos den sus mejores frutos.

Pero con todo, nuestras codiciadas posesiones Ultramarinas han visto desfilar todas las coaliciones de la Europa y la América, y resistiendo los empujes combinados que surgieron en el golfo de la ambición, en las lizas de la discusión y en la arena de los combates, han demostrado que guardan, como las antiguas Vestales, puro y santo en su alma el amor de la patria. Si alguna vez las sombras de la ingratitud ó las máscaras del desengaño lograron sembrar su alma de tristezas, impeliéndoles á buscar la salvación en los *grandes principios*

sociales, pronto los Cruzados de la destrucción aspiraron al veneno disuelto en su propia propaganda, y como Sócrates, al enseñar la moral pagana, fueron condenados á *beber la cicuta*, sin que viniera siquiera el oráculo de Delfos á proclamarles los más sabios y los mejores de todos los hombres.

He aquí por qué más que enumerar los grandes méritos literarios que la presente obra encierra, nos hemos propuesto hacer notar algunos de los errores que dominan en ella.

Para el autor de *Waterloo político*, la sociedad es un mónstruo de cien mil serpientes que segrega implacables y exterminadoras envidias, para llorar después sobre las ruinas de su conciencia, como Mario lloraba sobre las ruinas de Cartago. Hoy no hay Alejandros vencedores, Leónidas que mueren por la patria, Sénecas en las ciencias, Sócrates por la virtud, Confucios de la legislación, Maquiavelos en el arte de engañar, Pitts para hacer coaliciones, Napoleones para domar voluntades y ganar imperios. Hoy en cambio, se descubren algunos Voltaires que se mofan de lo más grande y ridiculizan todo lo pequeño; para quienes la autoridad, la hidalguía, el civismo, lealtad, abnegación, generosidad, etc., no son más que soplos y brumas de la conciencia, lastre agitado por mil pasiones enfurecidas que empujan la nave social al caos; y de estos Voltaires es el Sr. Díaz Caneja, distinguido literato que ha conseguido muchos lauros y que no dudamos, á pesar de no poder estar conformes con el género de ideas vertidas en su libro, de que los alcanzará también con *Waterloo*.

Deploraríamos únicamente que la fuerza de su dialéctica hiciera muchos prosélitos. Sin fe, sin lógica y sin entusiasmo no se logran triunfos, no se puede derribar al coloso engendrador de los males que amagan á la sociedad, y en vez de vencer seriamos arrollados por él, en el gran *Waterloo* político imaginado por este autor.

La obra está escrita con gran galanura de estilo, y en ella demuestra el Sr. Díaz Caneja las envidiables dotes que atesora como escritor público é ilustrado.

***

De la Democracia, la Libertad y la República en Francia, por D. Damián Isern.—Un tomo en 8.°—Madrid, 1892.

La justa reputación de que goza el nombre del Sr. Isern, reputación tanto más notoria por haberse consagrado preferentemente á la defensa de las buenas doctrinas, excusaría todo comentario acerca de su última producción *La Democracia, la Libertad y la República en Francia* si la importancia de este libro que se manifiesta con la sóla enunciación de su título no nos obligara en cierto modo á fijar en él con preferencia nuestra atención, ya que no para hacer la extensa y meditada crítica que merecen obras de tal naturaleza, para examinarla al menos en su conjunto y poder dar una idea general de ella á nuestros lectores.

Constituye el libro de que nos ocupamos, una serie de brillantes artículos, publicados ya algunos de ellos, según su autor nos dice en el prólogo, y escritos todos con motivo de la aparición de *La Republique et la Politique de l'Eglise,* obra publicada en París por el P. Maumus y acogida con extraordinario entusiasmo en la capital de la vecina República.

Trata el Sr. Isern de demostrar en su obra, en contra de la autorizada opinión del P. Maumus, la poca base que en su sentir encierra las tres máximas fundamentales que aquél conceptúa deben ser la norma y guía de la república. Partiendo de este principio hace notar con notable acierto los errores ó equivocaciones en que incurre el distinguido publicista francés en su obra ya citada *La Republique en la Politique de l'Eglise:* y hay que confesar que el Sr. Isern consigue cumplidamente su objeto, puesto que con la facilidad propia de quien se halla acostumbrado á esta clase de discusiones y con el lujo de argumentos que sólo pueden utilizar los que tienen un profundo y exacto conocimiento de las materias de que tratan, destruye en absoluto los que aduce el P. Maumus en favor de su tesis, interpretando en su verdadero sentido

los textos de Santo Tomás de Aquino y de Suárez que sirvieron á aquél para sacar sus deducciones.

En tres partes se divide la obra que estamos analizando: trata su autor en primer lugar del poder de la democracia; determina después el concepto fundamental de la libertad, haciendo un detenido estudio de la materia que da idea exacta de su erudición, viniendo á sacar las verdaderas y lógicas deducciones que de los hechos se desprenden y que resultan en oposición abierta, con las conclusiones que sienta el P. Maumus en su obra. En la tercera parte de su libro, donde como dice acertadamente el autor, establece la conclusión lógica y definitiva de su trabajo, se ocupa sólo en demostrar lo que es la República en Francia, haciendo su verdadero retrato y describiendo la situación lamentable en que se encuentra en aquella nación, merced á la marcha que sigue su gobierno, el sistema religioso social y político: señala la decadencia de Francia y fundándose en poderosas razones, anuncia su disolución, que únicamente puede evitarse según manifiesta al final de su obra, restableciendo «la comunidad de creencias fundamentales entre los franceses».

Con este ligero examen que acabamos de hacer, bastará seguramente para que los lectores de esta REVISTA se formen una idea, sino cabal aproximada al menos, del alcance de este libro y de su importancia, aumentada por la correcta forma en que se halla escrito.

El libro del Sr. Isern contiene provechosa enseñanza para nosotros que juzgamos equivocadamente los sistemas de gobierno, sin fijarnos que lo que desnaturaliza las constituciones políticas son muchas veces los mismos hombres que á la gobernación del Estado son llamados, por no comprender su misión y las responsabilidades que les imponen los dedicados cargos que ejercen.

Obras como ésta, se leen con mucho gusto y no dudamos que nos han de agradecer nuestros favorecedores que les recomendemos la nueva producción de este fecundo escritor.

***

Recuerdo de un soldado inválido, dedicado á la guarnición del campamento de los Alijares, por D. Luis de Figuerola Ferretti.—Madrid, 1892.—Folleto.

El autor de este opúsculo siente, como buen soldado viejo, vivo y ardiente fervor á la fuerza y exuberancia que suele brotar al exterior en aquellos sentimientos de amor á la patria que palpitan por lo común en la juventud.

El vigor corporal, los hábitos de fatigas, la actividad, el desarrollo intelectual y el conocimiento de lo preciso en los variadísimos ramos y extensa aplicación de la carrera militar, desplegados recientemente por nuestra briosa juventud en el campamento de los Alijares, como prueba práctica de fin del curso de la Academia General Militar, son objeto del folleto presente, que es un curiosísimo y entusiasta estudio de aquellas maniobras.

La juventud ha sido siempre objeto de culto para todo sentimiento cabal y sano: para el Sr. Figuerola lo es también de estudio, y en el presente caso el autor encuentra en ella no sólo una educación militar excelente, si que también sobresalientes facultades que sorprende hallarlas reunidas.

La producción del Sr. Figuerola es un recuerdo que dedica este veterano que hoy milita en otro cuerpo bien distinto á sus antiguos compañeros de armas, y que seguramente éstos le agradecerán lo que vale.

***

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Antonio Pirala.—Un folleto.—Madrid, 1892.

El nuevo Académico que ha venido por sus merecimientos á suceder al docto crítico D. Manuel Cañete, ha elegido

por tema de su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, uno de los asuntos más pertinentes del repertorio historiográfico de nuestro siglo.

Historiar al glorioso autor de las «Vidas de Españoles Célebres», al insigne Quintana á quien los extranjeros no han escaseado sus aplausos, y aun los mismos franceses le presentan como el escritor que ejerció en su época mayor influencia y adquirió más brillante aureola, es ya de por sí un gran mérito, que merece cautivar la atención.

El Sr. Pirala que se ha dedicado á historiar nuestras guerras civiles del presente siglo, ha dado un paso atrás en el campo de la historia y con no menor conocimiento, desplegando toda su inagotable erudición, nos presenta á Quintana como un hombre austero, intachable, integérrimo, patriota y dechado de virtudes cívicas.

Ilustrado con multitud de notas y curiosas aclaraciones el retrato del insigne Quintana, sale vigorosamente trazado de la fecunda pluma del Sr. Pirala.

Preséntanosle también como biógrafo correcto de aquellos personajes que más sobresalieron en nuestra historia, tales como Guzmán el Bueno, el Cid, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana, el Gran Capitán, Núñez de Balboa, Pizarro, Fr. Bartolomé de las Casas y otros.

También de la pluma del distinguido historiador y nuevo Académico, sale limpio Quintana de toda mancha ó lunar que la crítica excesivamente investigadora imputara acaso en su tiempo al eximio poeta, quien si no obtuvo en la Academia el puesto á que llega hoy el Sr. Pirala, aquélla sin embargo, guarda como un tesoro la corona que el mismo Quintana le legó como el don más preciado que poseía ó como la representación del tributo rendido por toda una generación ilustrada al poeta y al historiador de las glorias de la patria.

Y si España se ha olvidado alguna vez de honrar como es debido á sus hijos esclarecidos, lauros merece quien como el nuevo Académico sabe realzar el mérito de nuestros olvidados literatos.

El Sr. Sánchez Moguel fué el encargado de contestar al discurso del Sr. Pirala, y lo hizo abundando en las ideas expuestas por el nuevo Académico á las que añadió nuevos é interesantes datos de la vida y obras de Quintana.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

DIRECTOR:
M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIOS:
ANTONIO LEIVA Y CLEMENTE D. MAMBRILLA.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS

Se encarga de su gestión el activo agente del Banco Hipotecario de España,

D. PABLO DE GOROSTIZA

Paseo de Recoletos, 12

Y

Calle de Mendizábal, 56

MADRID

El Banco Hipotecario hace en la actualidad sus préstamos al interés de 5,50 0[0 y 0,60 0[0 de comisión.

También hace el Banco Hipotecario de España préstamos á Diputaciones provinciales, Ayuntamientos y Corporaciones, en condiciones especiales.

ACADEMIA CASA-PENSIÓN

DEL

CARDENAL CISNEROS

Para alumnos

de Facultades y Escuelas superiores exclusivamente.

Asegurar á los jóvenes, por razón de estudios alejados de sus familias, un segundo hogar, y por tanto, un mayor bienestar que el que disfrutar pueden en hoteles ó casas de huéspedes, atentas no más que á su lucro é interés; facilitarles el estudio y aprovechamiento del mismo por medio de lecciones supletorias, y aclaración y vencimiento de cuantas dudas y dificultades entorpezcan su trabajo; y afianzarles el cumplimiento de sus deberes todos por los procedimientos que la razón y la experiencia de consuno señalan, aplicados inteligente y reflexivamente sin anular la libertad racional que disfrutar deben ni menoscabar la propia dignidad que como su más firme sostén ha de enaltecerse siempre, es, con la de suplir la acción tutelar del padre, y á la vez proporcionar á las familias, (con los medios de dirigirles y encauzarles en todo momento, y en todo momento también conocer su estado y situación); la tranquilidad y el sosiego que necesariamente ha de darlas, la seguridad racional que se las otorga de que sus hijos utilizarán convenientemente el tiempo y desembolsos que imponen, y librarán los múltiples y graves riesgos que Madrid, abandonados á sus propias fuerzas, les ofrece de continuo, es repetimos la misión que se ha propuesto D. Antonio Mora al crear la Casa-pensión de referencia, que confundirse no debe con colegio alguno, por diferir esencialmente, tanto en su régimen interior, como en manifestaciones externas, de los establecimientos de esta índole.

Recomendamos á las familias antes de colocar sus hijos á su libre albedrío en casas ú hoteles más ó menos recomendables, ó confiarlos á personas seguramente respetables, pero cuyas preocupaciones y trabajos no las permiten de ordinario consagrar á aquéllos la atención debida, pidan al Director, Daoíz 3, el reglamento y bases porque se rige.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA

I

Aquí, donde se dedican sendos artículos y encomios á cualquier insulso libraco ó á cualquier *juguete* ó *capricho* dramático más ó menos original ó ingenioso, ¿podrá censurarse que se hable de un libro que salió apenas hace tres meses de los tórculos de Pérez Dubrull?

No; y con menor razón cuando se trata de un libro que proviene de tan esclarecido linaje como este quinto tomo de la *Historia de las ideas estéticas en España*. Más viejos son el Parthenon y el Coliseo y jamás les faltaron la admiración y las alabanzas de las gentes; y tened en cuenta que la obra de nuestro ilustre compatriota D. Marcelino Menéndez Pelayo no es, dentro de nuestra literatura, monumento menor ni menos digno de admiración y de aplausos.

Grandísimo disparate sería decir que la obra de Menéndez Pelayo ha caído en el vacío. La tirada se agota, y en la segunda edición se aumenta la labor con nuevas notas y estudios nuevos que duplican la materia—¡mirad si vamos ganando con que la obra se lea, ó al menos se compre!—No, una obra semejante no puede caer en el vacío, porque lo llena todo.

Un notable artículo del reputado crítico D. Leopoldo Alas; otro, no menos brillante, del ingenioso cronista Mariano de Cávia; algunas líneas de la señora Pardo Bazán en su *Nuevo Teatro Crítico*, y... nada más, son todos los frutos que hasta la fecha, y en cuanto á labor de crítica, ha producido el último volumen del insigne académico. Cierto que Alas y Cávia, con juicio tan bueno como el suyo, se le reservan para después que la obra de Menéndez Pelayo esté terminada y hayan hecho de ella detenido y minucioso análisis. Muy largo lo fían; pero al cabo prenda es que les tenemos recogida. Los grandes maestros de la crítica, Valera, Balart, etc., los sabios profesores que derrochan en las cátedras de Literatura caudales de ciencia, los admiradores eruditos de la Academia, etc., etc., *mutis;* en cuanto al resto—esos *críticos* que tan sólo se detendrían á requebrar á Minerva, cuando Minerva vistiera mantón y pañuelo ó sombrerillo francés y sobrefalda—tiene para ellos la obra cara demasiado adusta, y han obrado con gran cordura al respetarla, que no se puede tratar á las diosas del Olimpo como á las mozas del barrio ó á las *vengadoras* del *boulevard*.

Esto en cuanto á la crítica y sus órganos, que son los que nos pudieran dar las pulsaciones de la opinión general, la sensación que obra semejante ha debido producir en el público. El público se ha limitado por su parte á hacer cuanto puede: á comprar la edición, y supongo que á leerla.

¡Con cuánta razón dice el joven académico en la Introducción de este último tomo, con ese candor de sabio, que tiene tanto de la ingenuidad de la infancia: «El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que sí no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba...» ¡Perturbarle á él, torcer aquel juicio excelso y sereno!... ¡Bastante pueden importarle al Himalaya las tormentas y los vendabales que rujen á sus faldas!

Pero no es esta la única razón de la crítica; no tiene por única y exclusiva misión la de encauzar las ideas y los arrebatos de quien piensa y escribe; al lado de ella tiene otra no

menos grande y trascendental, que consiste en acercar al público á quien escribe y piensa, enseñarle la obra, hacérsela comprender, explicarle su razón, sus tendencias, hacer un análisis y mostrar sus partes, su estructura, sus condiciones buenas y malas, endebles y robustas, perniciosas y sanas; la crítica, cuando es recta y es sabia, es cátedra para todos abierta que enseña é ilustra, que alienta al estudio y al trabajo, que no hace estéril la obra del artista; es la voz de la experiencia del maestro que guía la inteligencia vacilante del discípulo para que no le preocupen los detalles nimios ó los figurones relumbrantes, y se fije, observe y se penetre de lo que es digno de su atención y su trabajo; es la que despierta la afición al estudio y el amor á cuanto es bello y es bueno; es la que desembota las energías productoras, la que nos inspira cariño y respeto para los grandes artistas y sabios pensadores, y entendida así, es la que reparte con equidad el galardón y las censuras. No es la obra irracional de un rudo obrero que encierra entre altos é impenetrables muros el cauce de un río para que vierta estérilmente su caudal en la inmensidad del Océano; es la mano experta de un sabio ingeniero que encauza el agua desbordada para que no anegue y destroce, pero que abre á la corriente paso por canales, acequias y acueductos para que fertilice las tierras resecas, desentumezca los gérmenes yertos y esparza por todas partes vida, frescura y lozanía.

Aquí, en nuestra patria, donde todavía es de actualidad aquella frase de Fígaro: «que se piensa, se escribe y se lee por cien jóvenes que se creen españoles porque han nacido en España,» es donde esta labor de la crítica es más delicada quizá, pero más necesaria también.

Entre diecisiete millones de españoles hay cuatro mil que leen, y ellos solos tienen que tragarse cuanto de ciencias, arte, política, administración, etc., se publica, que si no es mucho, es bastante. Para ellos solos se publica, hay que desengañarse; son los bordes del río, los predios ribereños, los únicos que disfrutan del beneficio de tal vecindad; el resto

queda yermo. ¡Y cuán equivocado irá el autor que pretenda por sí solo ensanchar el cauce, por mucha agua que traiga! Ni Pereda, ni Galdós, ni Valera con la novela han conseguido llegar más lejos. No hay que hablar de las obras serias, de los estudios profundos, ni siquiera de los versos...

Es una sociedad pequeña encerrada dentro de otra sociedad grande, y separadas ambas por un muro de granito. Este muro espeso de indiferencia, de ignorancia, de enervación, no puede romperle el escritor; es menester que le ayude la crítica.

Aquí venía como de molde hablar de la enseñanza; pero ¿á qué gastar palabras inútilmente? De ese lado hay muy poco ó nada que esperar hoy.

Aplicad todas estas reflexiones á la obra de Menéndez Pelayo. Muchos sólo saben que se publicó; algunos la leyeron; ¿cuántos la habrán entendido? ¿A cuántos les aprovechará?

Con esa modestia peculiar y que tanto le enaltece, dice el docto catedrático en la *Advertencia preliminar* de este último tomo: «Mi libro nada pretende enseñar á los franceses, que han ilustrado admirablemente todos los períodos de su historia literaria... Nada enseñará tampoco á los demás extranjeros, que tienen sobre la revolución romántica libros tan excelentes como el del danés Brandes....» Aparte de otras cosas, enseñará á los extranjeros que hay un español en este siglo XIX que mereció nacer en el siglo de Cervantes, de Lope y de Quevedo; y á los españoles, para bochorno nuestro, que los extranjeros pueden admirar mejor lo que tenemos nosotros tan vecino, porque nosotros miramos y no vemos.

Hubiera nacido, para desdicha nuestra, Menéndez Pelayo en París ó en Berlín, y de su obra hubiéranse agotado ediciones sin cuento; hubieran las revistas serias hecho de ella grave y concienzudo estudio, los periódicos diarios críticas inteligentes y amenas, hubiera corrido con su libro hasta el último rincón su nombre preclaro y no hubiera alumno de Retórica de mediano aprovechamiento que no recogiera de ella sazonado fruto.

Yo sé de un país donde se sigue diciendo que Marcelino Menéndez es un *muchacho que sabe mucho;* pero sin saber lo que sabe ni de qué sabe tanto.

Después de este largo preámbulo, que no sin amargura se ha ido deslizando de la pluma, pudiera creérseme comprometido á hacer el estudio del autor y de la obra. Nada más erróneo: ni á tanto llegan mi audacia, ni mis bríos. Contentárame yo que él sirviera de reproche á quien tiene fuerzas, alientos y sabiduría para rematar empresa tan soberana.

Menéndez Pelayo es un coloso, y los pigmeos como yo no le juzgan, le admiran y entonan en su loor cantos de alabanza. Mis pretensiones se limitan á esto y á recorrer las últimas páginas de esa obra jigantesca para que sirvan de estímulo á quien no las leyó y de deleitoso recuerdo á quien ya las conoce.

II

¿Qué es la obra del Sr. Menéndez Pelayo? La *Historia de las ideas estéticas en España,* reza la portada, y así la titula el autor; pero no hagáis caso alguno, los sabios no saben lo que dicen; es, sin hipérbole, la *Historia de las ideas estéticas en el mundo.* Una idea patriótica, una modestia exagerada han obligado quizá al autor á encubrir con nombre pequeño su obra de titán; ofrece uno y nos da ciento. Habrá algún crítico que encuentre en ello motivo de censura en razón al plan —he visto censurar por análogo motivo á nuestra ley hipotecaria, aunque allí abogan otras razones muy distintas—pero estoy segurísimo que no hay comprador que vaya á Murillo ó á Fé llamándose á engaño y reclamando que le devuelvan su dinero, si no prefiere que lo califiquen con justa acritud.

¿Cuál ha sido el propósito del Sr. Menéndez Pelayo al escribir su obra? Indudablemente escribir la gestación, el crecimiento, el desarrollo, el progreso de la estética, ó de las ideas de estéticas en España, y cumple fielmente este propó-

sito estampado en la Introducción del primer volumen de su obra. Por cierto que me hace muchísima gracia que en ella se adelante—y lo repite en el Preliminar del quinto tomo—á defender su plan, que llama monstruoso, de las probables censuras que puedan dirigírsele por la razón de prodigalidad, ya he dicho que no sufrirá proceso ó conseguirá fácil sobreseimiento; en cuanto á la razón de plan él mismo la deja plenamente justificada y satisfecha.

«Así como en siglos pasados el pensamiento español fué dominador é influyente, y sirve de clave para explicar fenómenos de la historia intelectual de otras naciones, así en el presente ha recibido constantes influencias del pensamiento de aquéllas...» etc.

Ciencia de ayer es la Estética y sin embargo es vieja como los siglos. A la mitad del siglo XVIII, recibió de manos de *Baumgarten* las aguas del bautismo, pero ni creaba él la ciencia, ni los estudios de la Metafísica de lo bello eran nuevos, ni las teorías estéticas habían nacido con el nombre.

«En el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y á veces una teoría ó una doctrina completa...», dice el autor; nada más exacto, cualquier producción artística, en el arte más culto ó en el más rudimentario, obedece á una serie eslabonada de ideas y razonamientos que componen toda una teoría, errónea ó cierta, pero al cabo una doctrina estética. Es probable, es casi seguro en la mayoría de los casos, que el artista no piensa ni reflexiona antes de producir á la manera que reflexionan y meditan el crítico ó el preceptista; no razona su obra, no es filósofo antes de ser artista, es probable que de hacerlo así la perjudicara por exceso de análisis y preocupaciones que la quitarían lo que hay á menudo de más agradable en ella, la espontaneidad y la sinceridad; es más, puede el artista desconocer á la tendencia que le lleva á producir en determinado sentido, puede llegar á menospreciarla, en apariencia tan solo, pero es fuerza secreta que le impele, que le arrastra; la intuición del artista tiene poder tan grande que suple lo demás.

Ninguna doctrina estética, salvo casos aislados, ha nacido de un cerebro para aplicarse después á la realidad, para remover el mundo del arte y crear un arte nuevo. Un hombre no es un Dios que hace surgir un mundo de un *fiat* creador; un hombre estudia, investiga, piensa, medita, reflexiona, se apropia ideas que flotan y vagan dispersas en el continuo oleaje de la vida social, las une, las relaciona, las condensa, las da una forma, las anima con soplo vivificante y anuncia una doctina; esa es su creación. Así los vapores impalpables que flotan errantes por los aires, se condensan en las altas regiones en gotas de lluvia que cae para fecundizar las campiñas.

Quien procede de otra suerte, sólo crea un arte estéril. Véanse si no las doctrinas prerrafaelistas de Mr. Ruskin enterradas con él.

No han nacido nuestras ideas estéticas por espontánea generación sobre el suelo de la patria. Mucho, muchísimo ha puesto de su parte en esa común labor que ha levantado el suntuoso edificio de la ciencia universal, á él ha aportado su piedra, quizá no la peor labrada, siquiera hay muchos que se aprovecharon de ella nos regateen nuestra obra, pero para ayudarse en su trabajo se apropió á su vez materiales extraídos de extraños yacimientos y en ellos puso el cuño de su personalidad.

Y, si esto puede decirse de nuestro gran período de elaboción en los siglos XVI y XVII, cuando florece nuestro genio y brilla con toda la majestad de su grandeza, ¿qué no podremos decir, de los tiempos que corren, en los que bebemos casi con exclusión de lo que fluye el Pirineo?

Ni ha sido una raza autóctona la que ha formado nuestra gran nación; sino el cruce y la mezcla de razas y pueblos distintos, que tejen y enlazan nuestra historia á la historia de la humanidad; ni se ha formado nuestro arte nacional sino del cruce y enlace de ideas, tendencias y extrañas influencias, á las que siempre estuvieran abiertas nuestras fronteras y nuestros espíritus: influencias griegas y latinas

que trajo el comercio y la conquista; influencias semíticas que hebreos y árabes aportaron al fondo común de la patria; influencias germánicas que importaron los visigodos y nuestros guerreros de las luchas religiosas; influencias italianas que vinieron al retorno de los vencedores de Cerignola y Javia, de los estudiantes de Bolonia, de los artistas que visitaron Roma y Florencia, de los pintores, escultores y músicos que vinieron llamados por nuestros príncipes; influencias sajonas, orientales, escandinavas, etc., etc. ¿Quién puede seguir la marcha cautelosa de las ideas, que entran calladamente en el libro, en el periódico, en la carta, en la obra de arte, pegadas al correaje del soldado, á la ropilla del artista, á la hopalanda del estudiante? ¿Quién puede seguir su vuelo sigiloso, que vaga y aletea de espíritu en espíritu, como el polen que en alas del viento vuéla á fecundar la solitaria palmera?

Determinar estos elementos extraños, hetereogéneos y contrapuestos que se ha apropiado nuestro espíritu nacional para elaborar su arte, como la abeja los jugos de las flores para fabricar la miel; investigar y fijar en el mismo manantial, en el estudio del crítico, en la lucubración del filósofo, en la obra del artista, las tendencias que han impulsado al arte en determinado sentido y los cánones que han presidido su desenvolvimiento; estudiar después cómo esos conceptos del arte y de la belleza, esas ideas estéticas han influído en el espíritu de nuestros pensadores, y de nuestros artistas, la honda huella que en él dejaron impresa, las alteraciones ó perturbaciones que determinaron en su pensamiento y en sus obras, aquilatar cuanto hay de original y de extraño en su labor, tal es el primer propósito de Menéndez Pelayo al escribir la *Historia de las ideas estéticas en España.*

Materia que aún estaba por desflorar, que dormía virgen en el fondo de su misterioso retiro, esperando, como aquellas princesas encantadas del siglo de Amadís, que viniera al mundo y á libertarla el caballero á quien estaba reservado realizar tamaña empresa.

Tal es el primer propósito del egregio crítico, escribir el nacimiento, el desarrollo, el desenvolvimiento de las ideas estéticas en nuestra patria, la historia en suma de la ciencia de la belleza en general, que está enlazada íntimamente—como que es solo parte de ella—con la Historia de la filosofía en nuestra península,—segunda aventura que se propone rematar,—y ambas le servirán á su vez para trazar más tarde el Curso de la Historia de la literatura española; historia del arte que marcha paralela con la historia de la estética; «influyéndose recíprocamente, modelos y preceptos, ensanchando la ciencia sus moldes para dar entrada á las formas que incesantemente el arte crea, y ampliándolas éste para albergar concepciones más vastas y sintéticas,» que dice el mismo autor.

La aventura, como la de la *Insula firme*, se ve que tiene más de una parte.

Primero la historia de nuestro pensamiento en la concepción más elevada de la belleza y de la verdad; siguiéndole en todas sus tendencias, en todas sus fluctuaciones, en sus vuelos más errátiles y vagarosos, en los preceptos que ha enunciado, en los cánones y reglas que dictó, en las teorías y doctrinas en que ha fundido sus moldes. Después, la historia accidentada y pintoresca de la obra, á través de la cual vemos ese concepto puro encarnarse en la forma, imprimirla su huella indeleble, moldearla, modificarla variadísimamente, prestándola los diversos matices de una riquísima fama; el verbo, la idea vivificando lo inerte, creando incesantemente formas nuevas donde verter su caudal inagotable, y para henchirlas de su espíritu inmortal.

Primero el análisis de las distintas manifestaciones del pensamiento humano en orden á los conceptos de lo bello; investigando en la obra del preceptista ó extrayendo de la producción del artista mismo, la manera de comprender y juzgar la belleza en cada época, lo mudable y transitorio, lo relativo y finito, lo que es del dominio, del espacio y del tiempo, su Historia, en suma. Después la producción del arte

en toda su rica variedad, en cada una de sus manifestaciones, en las que se contrastan y confirman aquellas reglas y aquellos conceptos de la pura especulación.

Tal es el vastísimo plan de esta obra gigantesca, que causará mañana asombro y admiración á propios y extraños; tal es la concepción amplia y colosal del ilustre y joven profesor; tal la empresa gigantesca que ha emprendido, y para la cual se encuentra en nuestra patria y en medio de nuestro siglo, solo, completamente solo, sin más ayuda que la de su inteligencia excelsa, su erudición pasmosa, su vigorosa imaginación y sus alientos de titán.

Nada menos que esto ha tenido que remover:

Las disquisiciones metafísicas de los filósofos acerca de la belleza y su idea: la especulación de los místicos acerca de la belleza en Dios, considerándola principalmente como objeto amable: las indicaciones acerca del arte en general, esparcidas en los libros de los filósofos, críticos, etc.; lo que contienen de propiamente estético los tratados de artes; las ideas de los artistas mismos acerca de su arte expuestas en prólogos, libros, etc.

Estas son las fuentes de las ideas estéticas, los orígenes de ellas, según el autor nos confiesa, haciendo antes una advertencia que le sirve para precisar claramente el objeto de la investigación y exposición: de las tres partes que abarca la Estética en los modernos estudios, después de Hegel y de Vischer, trata de ceñir su estudio á la *Metafísica de lo bello*, á lo bello ontológico; la *Física estética*, lo bello en la naturaleza, y la *Filosofía del arte* ó *técnica*, lo descarta de él, por rudimentario y en embrión el primero y por embarazoso y de poca utilidad á su propósito el segundo.

Trazado el plan y precisado el objeto del estudio, quedaba por resolver la cuestión del método. Se trata de una obra de exposición y de crítica á la vez; no es suficiente buscar en los orígenes la génesis de las ideas y seguir su desarrollo á través del humano pensamiento, ni basta extraer de los hechos las teorías para hacerlas desfilar en larga procesión;

ni esto es muy hacedero en la investigación, porque la obra artística, no se produce aislada en la realidad, sino determinada por necesidades históricas y sociales en las que tiene á veces profundas raíces; ni, por otra parte, sin una labor crítica que depure esas causas ocultas que dan rumbo distinto á las ideas y al mismo tiempo muestra el enlace y conexión interna que unas con otras mantienen, se conseguiría el propósito de la obra, sino una labor árida y estéril.

El trabajo tiene dos aspectos: uno personal, de investigación, de análisis y de reflexión, en el cual el autor lo pone todo de su parte, otro externo y de exposición; y si en éste tiene el método histórico por orden cronológico cumplido objeto, es insuficiente á los fines de aquél.

Solicitado por tan opuestos motivos, el autor ha adoptado un método mixto, á mi juicio, el único práctico y adecuado á su objeto.

Según él mismo declara honradamente, en el curso de la exposición y en la parte primera de su obra, adopta el método histórico, «*único que por su sabia serenidad conviene á cosas ya tan lejanas*» dejando la palabra, siempre que fuese posible, á los autores mismos, para que las preocupaciones individuales no ofusquen la doctrina ajena. Después toma carácter más animado y más crítico, resolviéndose, al fin, en ideas propias.

Impertinente y perfectamente inútil sería en efecto, una crítica de las doctrinas estéticas expresadas por Platón, Aristóteles ú Horacio, pues si la ciencia que cultivaron es sustancialmente la misma que hoy se cultiva, no lo son los problemas científicos y sociales, ni las condiciones históricas, que han cambiado radicalmente, ni se plantean, y discuten esas cuestiones en la forma que ellos lo hicieron, ni alcanzan algunas de ellas la importancia que entonces revestían, como entonces eran de escaso interés, otros que hoy día le tienen vital.

Lo que nos interesa es conocer aquellas doctrinas tal cual ellos las expusieron, pues son teorías é ideas que constante-

mente han influído en la historia de nuestra Estética, que han germinado y reverdecido á través de los siglos, impulsando en determinadas direcciones las tendencias científicas y revistiendo múltiples formas á medida que obraban en unas ú otras condiciones históricas y se combinaban con otros elementos extraños y variadísimos.

Pero al llegar á un período más próximo á nosotros, especialmente después de Baumgarten y Lessing, de Kant, de Goethe, de Hegel, de los Schlegel y Vischer—sin que esto sea decir que la Estética sea ciencia exclusivamente alemana, como dicen... los alemanes,—la mera exposición tendría un valor escaso si no fuera acompañada del análisis y de la crítica, porque no hay que desconocer que en Alemania han recibido las ideas estéticas un nombre y una organización científica, y que tal estudio es necesario para encontrar la clave de muchos fenómenos del mundo intelectual moderno y para apreciar debidamente, cuando se llegue á nuestra patria, lo que es nuestro y castizo y lo que es nada más que un eco ó un vago reflejo de ajenas ideas.

Esto en cuanto á la unidad é interna trabazón que tienen entre sí todas las partes de esta obra maravillosa.

Veamos ahora, aunque muy á la ligera también, lo que en ella es más externo y tangible, el procedimiento, para darla después rapidísima ojeada.

Creo, sin agravio para nadie, que si estaba reservado para alguien en nuestra patria dar cima á una empresa tan grande, era para Marcelino Menéndez Pelayo. Se complació Dios en adornarle de todas las prendas necesarias para llevarla á cabo y en derramar con largueza sobre él cuantas condiciones podían serle precisas para tentar esta suerte de aventuras: un cuerpo vigoroso y robusto, donde no hace mella el trabajo, ni se rinde jamás á la fatiga; una inteligencia clara, poderosa, que abarca cuanto cabe en el humano conocimiento; una viveza de penetración que profundiza é investiga lo más recóndito y obscuro; un poder extraordinario de asimilación de lo más vago y abstruso; la sensibilidad exquisita y

la imaginación ardorosa de un poeta, y una voluntad que no desmaya jamás, ni la altera, ni tuerce el humano desvarío.

Considerad que un hombre que hubiera tenido que labrarse una educación, ilustrarse después, dedicar horas y horas á un trabajo penoso é ingrato, reunir los materiales necesarios para una obra monumental, estudiarlos, clasificarlos, ordenarlos..., cuando hubiera puesto las manos á la obra es más que probable que hubiera flaqueado su voluntad cien veces, que la indiferencia le hubiera retraído, que la ignorancia general hubiera entibiado su entusiasmo; es seguro, por lo menos, que el estudio y la vigilia hubieran quebrantado sus fuerzas y debilitado su inteligencia, la nieve de los años enfriado el fuego de la imaginación, embotado su sensibilidad y su gusto, y las amarguras de la vida, filtrando su ponzoña, perturbado aquel juicio sosegado y sereno que requiere la crítica.

Pues bien; Marcelino Menéndez Pelayo ha podido estudiar, rebuscar, clasificar y ponerse á la tarea cuando todavía no había entrado en la edad viril; es decir, cuando brillan todas sus portentosas facultades en todo su esplendor, cuando el amor al trabajo, á la gloria y al ideal dan á un hombre las fuerzas de un titán.

Y cuenta que mientras trabaja en esta obra le queda tiempo todavía para explicar una cátedra, para ingresar en cuatro Academias y despachar ponencias, pronunciar discursos, escribir artículos y prólogos, dirigir varias bibliotecas, concurrir á tertulias, banquetes y teatros, viajar, picar en la política y hasta dicen si anda enamorado.

Aplicadas estas brillantes facultades á una materia tan vasta, no sólo la ha agotado completamente, sino que la ha expuesto con tal relieve y vigor, que ha conseguido—misterioso poder del genio que embellece cuanto toca—hacer de un terreno árido y escueto, un verjel lindo, fragante y ameno.

En manos vulgares, este inmenso estudio de crítica y erudición hubiera resultado una labor fatigosa é interminable,

preñada de citas enojosas y notas impertinentes, de críticas pulverizadoras, meticulosas y pedantescas, disquisiciones mortales y enfadosas; un centón digno de todo respeto, al que pocos se hubieran atrevido á meterle el diente.

La pluma de oro de Menéndez Pelayo hace ligera, animada y agradable la exposición de extrañas teorías; pocos y felísimos rasgos le sirven para poner de relieve al escritor, al artista, para darle á conocer en lo más íntimo de él, en su manera de sentir y de pensar, en la manera de desenvolver su genio artístico y comprender la vida y el arte en medio del ambiente intelectual que le rodea, de la época en que vive, de las preocupaciones que le asedian, de las ideas extrañas que le influyen, y después, cuando ya nos es conocido, les deja hablar su propio lenguaje para no desvirtuar sus ideas propias, escogiendo sabiamente y con precisión las palabras precisas para que su doctrina resulte completa y comprensible.

Su juicio no se detiene á investigar prolijamente las obras y las palabras una á una; vuela majestuoso y sereno como el águila, y desde la altura le basta una ojeada para conocer los relieves y los accidentes de importancia, y un solo rasgo para describirlos.

Y no es que haya despreciado el estudio minucioso y el detenido examen, no; ha tenido que buscar, que leer, comparar, extractar y meditar muchísimo; pero todo esto queda oculto en el fondo, y el lector que recorre aquellas páginas jugosas y brillantes, donde rebullen y hierven las ideas y palpita el genio, no siente la fatiga del trabajo, ni el esfuerzo de la composición, ni la lucha con la idea, ni comprende que hay líneas que costaron al autor la lectura de volúmenes enteros, ni se da cuenta de que para escribir su obra tuvo que estudiar y meditar sobre millares y millares de libros.

El juicio elevado exige el análisis profundo, como el gigantesco roble las raíces muy hondas.

Unid á esto aquella dialéctica avasalladora y respetable, sólo comparable á la de lord Macaulay; aquella intuición,

especie de doble vista, que le permite analizar las cosas en su misma esencia y escudriñar lo que hay de más íntimo en los caracteres; aquella serenidad majestuosa de su juicio que jamás se conturba ni apasiona; aquella sencillez con que cabe expresar lo difícil y hacer asequible lo abstruso; aquella viva imaginación que irradia como una templada luz que esclarece las ajenas ideas; aquella cordura de sus afirmaciones más originales, y aquel lenguaje nervioso, conciso y elegantísimo que las cubre, como una rica vestidura de pliegues severos y majestuosos sobre una diosa de Atenas, y se comprenderá de una vez cuanto hay de admirable en la *Historia de las ideas estéticas en España.*

III

Comienza en Grecia, y no de otra suerte podía ser. Si algo antes de ella se especuló acerca de la belleza, poco debió influir en nosotros, y eso poco como un vago reflejo que atravesó antes el limpio y sereno cielo de la Grecia, donde involuntariamente volvemos los ojos cuando de belleza y de arte se trata.

¿Dónde comenzar si no en Platón, fuente inagotable de todo idealismo; Aristóteles, que ha ejercido el despotismo en lo preceptivo hasta la reciente revolución romántica; Plutino, sin el que no comprenderíamos á nuestros místicos, y Longino, su discípulo, que investigó sobre lo sublime y lo elevado?

Ningún adelanto positivo debe la ciencia de lo bello, ni la filosofía en general, á los romanos. Pero sin conocer á Cicerón y Horacio, ¿cómo comprender la rica cultura literaria y política de Roma, que amamantó á sus pechos á la naciente Iberia?

Por eso precede su estudio y el de los filósofos cristianos San Agustín, San Dionisio y Santo Tomás, que aportan á la Estética la savia nueva del Cristianismo; al de las ideas lite-

rarias de los escritores hispano-romanos, los Sénecas, Quintiliano y Marcial; al de las ideas estéticas de los Padres de la Iglesia española, como San Isidoro de Sevilla, y de las de los árabes y judíos españoles, como los neoplatónicos Avempace, Tafail y Bengabizol, y los peripatéticos, como Averroes; al *lulismo*—filosofía del amor, la teodicea popular, la escolástica en la lengua del vulgo,—de Ramón Lull y Raimundo Sabunde, y al platonismo erótico de Ausias March, sobre quien tanto influjo tuvieron Dante y Petrarca.

Hace después un estudio de las ideas artísticas en aquel gran período de elaboración de la Edad Media, tanto en los poetas clérigos y letrados como en las escuelas cortesanas y trovadorescas, que directamente influyeron en Cataluña y en Castilla; en cuanto á las demás artes, dice con gran sentido, sólo la música había ordenado científicamente su procedimiento en el poema del monje Oliva; la historia de la arquitectura está escrita en las piedras, no en los libros; la escultura carece de vida propia y se considera como un accesorio de la arquitectura, y la pintura vive obscuramente todavía, influída por exóticos ejemplos de Italia y de Flandes.

Estudio es este y antecedente necesario para penetrar con firme planta en el siglo de oro de nuestra literatura y del anchuroso y excelso pensamiento español, que abarcó el mundo y voló al cielo, donde escribió con trozos de fuego su nombre de gloria.

Alborea el Renacimiento, y en España, á la par que en Italia, acentúase más y más la reacción contra el escolasticismo peripatético de la Edad Media. Difúndese el conocimiento de las lenguas antiguas, se admiran directamente los modelos griegos, se estudia la filosofía platónica y aristotélica, conocida solamente á través de los escritores y padres de la Iglesia, depúrase el gusto, el arte difunde su luz y fecundiza cuanto toca, la observación ofrece al pensamiento un *nuevo órgano* que centuplica su poder, y rompe éste los grillos de la lógica escolástica para volar por espacios infinitos inundados de luz y de armonías. Surje entonces del

cáos y de las nieblas un mundo nuevo, radiante, esplendoroso que esclarece el pensamiento y embellecen las artes; aurora sonrosada que tiñe con su albor el cielo de Oriente y arranca de su letargo á la tierra dormida.

Comienza este período con la reacción neoplatónica, primero de fanática cruzada contra Aristóteles, luego de armonismo platónico-aristotélico, cuya fórmula de paz formuló nuestro F. Morcillo, quien con León Hebreo, Aldana, Calvi y Rebolledo dilatan y difunden la fórmula en la especulación, y Herrera, Camoens, Cervantes y Fray Luis de León en la poesía. Como á su vez la ensancharon al especular acerca de la hermosura nuestros místicos Fray Luis de Granada, Fray Juan de los Angeles, Fray Diego de Estella, Malón de Chaides, Orozco, Fonseca, etc., etc.

Sigue después el muy interesante y curioso de las ideas estéticas en los escolásticos como Domingo Báñez, Bartolomé de Medina, los salmanticenses padres carmelitas Vázquez, Valencia, Arriaga, etc., y la Estética de filósofos independientes como Huarte y Cardoso. Y despliégase por último el cuadro animado y pintoresco, vivo de color, henchido de vida y desbordando ideas de las teorías acerca del arte literario en el fecundo y largo período de los siglos XVI y XVII, en los preceptistas clásicos nutridos en las Poéticas de Aristóteles y Horacio y en los que iniciaron aquel hondo movimiento de renovación literaria en el siglo XVII, Góngora en la lírica y Lope en el Teatro.

Empieza el estudio en los retóricos clásicos Nebrija, Vives, Antonio Llulls, Morcillo, Matamoros, Arias Montano, el Brocense, Perpiñá, Salinas, Guzmán, Patón, etc., etc., y preceptistas del arte histórico, Vives, Morcillo, Costa, Cabrera...

Continúa con los traductores y comentadores de Aristóteles y Horacio, y otros preceptistas más originales como Carvallo, el Pinciano, Canales y González de Salas, y con los estudios de literatos como Ferreira, Herrera, los Argensolas, Saavedra Fajardo, etc.

Los adversarios y apologistas del Teatro español, entre

aquéllos Cervantes, Villegas, Cascales, Rey de Atienda, Suárez de Figueroa y Lope, y entre los últimos Juan de la Cueva, Tirso de Molina, el mismo Lope, Barreda, Alcázar, etcétera, etc.

Y por último, los impugnadores del culteranismo, Pedro de Valencia, Jáuregui, Quevedo y Faria de Sausa, y sus defensores Angulo y Pulgar, Espinosa y Medrano.

Termina y complementa el estudio de este período el de los tratadistas de la arquitectura, Sagredo, Serlio, Alberti y Juan de Arphe; los críticos y tratadistas de pintura Guevara, Céspedes, Butrón, Carducho, Pacheco, Velázquez, Sigüenza, etcétera, y los de la música, Pareja, Bizcayni, Salinas, Montano, Cerone, etc., etc.

Nada más completo, nada más nutrido de doctrinas é ideas que este juicio crítico, profundo y extenso, que este cuadro maravilloso encerrado en marco de oro y pedrería, donde se narra el período de glorias del pensamiento y del arte español.

Tan sólo una cosa echo en él de menos: que no le preceda un estudio más prolijo de las ideas estéticas y teorías artísticas en Italia, que tanto influjo tuvieron en este período sobre nuestra patria, sin que por eso la quiten un ápice de su originalidad ni empañen su gloria. Acaso el temor de intercalar un volumen entero retrajo al autor de ahondar ese estudio, y lo deploro si fué tal la causa, que acaso sea otra que no se me alcance.

Despunta el siglo XVIII y el sistema castesiano que ha minado los cimientos de la Metafísica con el cambio radical de su procedimiento y punto de vista de investigación, produce gran conflagración en todo el orden de los humanos conocimientos. Arranca de él un período nuevo de elaboración honda, de sorda lucha subterránea que remueve lo más íntimo de todos los espíritus y prepara, para no lejano plazo, una revolución en todas las ideas, cuyos sacudimientos y clamores han de repercutir sus ecos hasta nuestros días.

Hecho universal cuyo fermento no ha de buscarse en una

sola conciencia ni en un solo pueblo, sino en la humanidad entera, que vemos como aletargada y abstraída antes de ese amanecer calenturiento y furioso, como se repliega y absorbe el espíritu para la meditación, como se contraen los músculos antes de lanzarse á la lucha.

Laborioso y dilatado es el estudio que ha menester este período y desarrolla en seis volúmenes el autor. Lo describiré en cuatro rasgos para no hacer interminable este ya larguísimo artículo.

Un vistazo á Francia, donde despues de Rousard y la *pléyade* aparece Malherbe á los chispazos de insurrección romántica de Perrault, Fontenelle y La Motte, sucede la tendencia conservadora de Voltaire, La Harpe y Boileau; al calor del combate el frío de la Academia, que mata toda tentativa de originalidad, salvo la tendencia aislada del neoclasicismo de Chenier y las imitaciones shakesperianas de Ducis, primeros relámpagos que cruzan el cielo tempestuoso; una ojeada á Inglaterra y otra á Alemania, donde Baunsgarten, Winckelman y Lessing echan los cimientos de la nueva Estética, le sirven al autor para volver los ojos á España, donde á los esplendores de ayer ha seguido el abatimiento y laxitud que siguen á todo penoso esfuerzo intelectual. El padre Feijóo, Luzan y la fundación de la Academia Española preceden al triunfo de la escuela clásica, á Moratín, Cadalso, Iriarte, Sánchez Barbero, Quintana, á las escuelas salmantina y sevillana, á los grupos literarios de Moratín hijo, al granadino, zaragozano y valenciano y á las traducciones de las poéticas de Aristóteles, Horacio y Boileau. No por eso deja de estar hecho el estudio de un período tan interesante con profundidad y con esmero, sin olvidar á los tratadistas de pintura, escultura, arquitectura y música, como Palomino, Azara, Jovellanos, Campany, Cea Bermúdez, Nasarre é Iriarte.

A partir de aquí emprende el autor ese viaje maravilloso por Europa entera, necesario para conocer la España de nuestros días—desarrollado en cuatro volúmenes, tres publi-

cados y uno próximo á entrar en las prensas—y que constituye uno de los prodigios más grandes de esta obra inmortal.

Primero Alemania, madre de la ciencia moderna, donde se inicia la revolución romántica en la misma Metafísica y en la Filosofía; después de Kant desfilan los artistas Schiller, Gœthe, Herder, Richter; los estéticos Guillermo y Alejandro Humboldt; la escuela romántica de los laboriosos Schlegel; la de Hegel, que dió á la Estética nuevo ser y nueva vida, que acrecentaron sus discípulos Rosenkrauz, Vischer, Ruge, etcétera; la estética idealista de Krause y Junguian; las escuelas idealista, filosófica, positivista y pesimista representadas por Herbert y Zimmerman, Wundt, Von Kirchman y Schopenhauer respectivamente, y las teorías musicales de Helmholtz, Kanslick y Wagner.

Luego Inglaterra, el país de las ideas críticas del romanticismo político y de las tendencias positivas modernas. A Burus, Couper y los *lakistas* suceden Walter Scott, Byron y Shellez; á la estética de Dugald-Stewart, la prerrafaelista de Ruskin y la positivista de Bain, Spencer y Grant Allen; á la crítica de Jeffrey, la de Macaulay y Arnold.

Del Támesis á las orillas del Sena, á la Francia revolucionaria, en la cual, como en Inglaterra, comienza la insurrección por los poetas mismos, no por los críticos y filósofos, un verdadero levantamiento popular de protesta contra la férrea disciplina clásica, un puñado de aventureros que se lanzan á la lucha sin plan y sin jefe, que en la misma lucha se ordenan y fundan una escuela.

Por esta razón divide en dos secciones el estudio de este período tan importante: en el primero trata de la especulación filosófica acerca de la belleza; en el segundo de la revolución llevada á cabo por los artistas.

Encabezan la primera Cousin y Jouffroy con su escuela ecléctica y la Estética ó estudio sobre el arte y lo bello de Lamennais; siguen á éste los de Töpffer y Pictet y los trabajos de vulgarización de la estética alemana de Barni, de Reguier, Grimblot y Dumont; la de Levêque, Voituron y Chai-

net; los ensayos de Tonnellé, Laprade y Martha; las especulaciones más originales de Ravaisson, Fouilleé y Guyan; la estética de Proudhon y la de Thaine; la estética positivista de Veron y otros varios trabajos parciales.

La segunda parte, la revolución de los poetas, que ocupa todo este quinto tomo recién publicado, se divide á su vez en cuatro partes: los precursores, los iniciadores, la batalla y el triunfo del romanticismo.

El grupo de los *españolizantes* aventureros literarios, formado por Saint-Arnaud, Cyrano de Bergerac, Sendery, Vian y Scarrón, contestando con su desenfado característico á la pléyade formada por Romardy, hablando con alto desprecio de la antigüedad clásica, son como chispazos del futuro levantamiento, muy pronto sofocado por la mano de hierro de los Malherbe y los Boileau. Organizada la literatura oficial sobre esa férrea preceptiva, que correspondía al cuchillo de Richelieu y al endiosamiento de la monarquía de los Luises, ya era inútil toda tentativa de sedición.

Bajo aquel dogmatismo tiránico se sacudió en vano el genio del viejo Corneille—*aquel español nacido por casualidad en Ruan*—al que venía muy estrecho y sofocaba hasta asfixiarle el raquítico molde que le habían impuesto; á él se pliega Racine con más sinceridad, y contra él se sacude valientemente el genio cómico y muy humano de Molière, el temperamento vigoroso y realista de Saint-Simon y el misticismo escéptico del sublime Pascal, y La Fontaine y Perrault y La Motte.

Todo ese fuego contenido, es como el fermento del volcán que acaba por romper la corteza que le aprisiona.

El ensueño de Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre, el realismo dramático de Diderot, y Beaumarchais aliado del romanticismo y más tarde su enemigo, el neo-clasicismo de Andrés Chenier, las influencias inglesas, alemanas y pseudo-ossiánicas que débilmente se dejaban sentir... todo esto fué acumulando electricidad en la atmósfera artística hasta los agitados períodos de la Revolución y

del Imperio; y tales son los precursores del próximo levantamiento.

Los primeros relámpagos que rasgan aquel cielo tormentoso se llaman Mad. Staël y Chateaubriand. Son los iniciadores.

La primera, que dió á conocer á los franceses la Italia y Alemania, contribuyó poderosamente á la restauración del sentimiento cristiano, que Chateaubriand llevó á cabo, despertando con su poderoso genio poético la imaginación aletargada de la Francia y escribiendo la primera poética romántica.

En el período de la Restauración, que es el de invasión y de lucha, el romanticismo se presenta como arte cristiano y caballeresco, simpático á los partidarios del antiguo régimen, mientras que los volterianos bonapartistas, salvo Sthendal, continúan apegados á la vieja fe literaria.

Pero la tendencia innovadora gana terreno y penetra por todas partes, en Casimiro Delasigne, poeta de transición, lanza los últimos suspiros la escuela clásica; y la misma crítica literaria que comienza con Guirat á comprender á Shakespeare, fluctúa y vacila con Villemain.

El triunfo del romanticismo era inmediato. Flotaban en el aire idealismos y vagas aspiraciones, y tiernas melancolías que esperaban la voz de un verdadero poeta que supiera expresarlas, y entonces aparece Alfonso de Lamartine, el tierno cantor de *El lago;* la *poesía misma*, que decía Teófilo Gautier. La victoria se inclinó del lado del romanticismo.

A Lamartine, siguen Alfredo de Vigny el ingenio culto y profundo, autor de *Elva* y traductor de Shakespeare; el gigantesco Hugo, que renueva la lengua francesa y asienta la retórica romántica, extendiendo las alas del genio romántico para volar al ideal poético nuevo; el delicado, humano y apasionado Alfredo de Musset, el cantor de *Rolla* y de las *Noches*, cuya gloria crece con la distancia; y Barbier, y Brizeux, y Sainte Beuve, tan ilustre crítico, como apreciable poeta, y el pintoresco Gautier, y Merimée y Jorge Sand en

la novela; y Gericault, Delacroix y Schefer en la pintura y Violet le Duc el restaurador del arte ojival, y otros muchos cuya enumeración fatigaría.

La sacudida ha sido inmensa, lo ha removido todo, y la ola romántica triunfante, gigantesca, todo lo ha barrido, rebasando las fronteras de la Francia.

Aquí termina el viaje del ilustre crítico; mejor dicho, aquí hace un alto para tomar aliento y continuar. Larga ha sido la jornada, pero interesante, fecunda, maravillosa. En tan grata compañía ¿quién puede sentir las fatigas de la marcha?

Alemania con sus nieblas, ha desfilado como la vaporosa visión de un sueño, después el melancólico país de los lagos, ahora el cielo tempestuoso de la Francia. Estamos al pie del Pirineo.

Antes de trasponerle, hemos de ver en la misma Francia crecer una generación nueva que, nacida en pleno período romántico, crea la novela naturalista de Balzac, Flaubert, Zola, Daudet y los Goncourt, la escuela decadentista que inició Sainte Beuve, la nueva lírica de Laprade, Baudelaire, Leconte de Lisle, Sully, Proudhomme, Copée, Bauville y Heredia y el teatro moderno de Dumas y de Augier.

Hemos de recorrer también las tierras encantadas de la Lombardía, las riberas del Arno, las campiñas de Roma, el país clásico del arte, para evocar las sombras de Manzoni y Alfieri, de Leopardi, de Metastasio y de Carducci hasta los modernos Juan Marradi y Arturo Graf.

Estamos ya en el alto Pirineo. El corazón palpita y los ojos se nublan al acercarse á la patria, que duerme con sueño profundo tendida sobre sus laureles y envuelta en las sombras de la noche.

Pero el genio alado del romanticismo ha cruzado este cielo y sellado con ósculo de fuego la frente de la España, y muy pronto la veremos despertar y sacudir su letargo.

Una guerra gloriosa y sangrienta contra el capitán del siglo ha removido el suelo de la patria y el ardimiento de la

lucha ha desentumecido los yertos gérmenes de la tradición literaria y encendido el corazón y la fantasía de una juventud entusiasta y ardorosa.

¡Espronceda, Zorrilla, Larra, Hartzembusch, Saavedra, García Gutiérrez, Enrique Gil... para ellos se atavía y sonríe otra vez la musa de Lope y Calderón, de Herrera y Garcilaso!

Los últimos suspiros de la musa académica, la revolución romántica, el período de transición á las modernísimas tendencias en la novela, en la poesía lírica, en la dramática y en las artes del diseño en nuestra patria; analizar los elementos todos de nuestra producción artística... esta será la última etapa de este viaje.

«Con esto queda abierto el camino para discurrir en nuestra producción filosófica y artística de este siglo, los numerosos elementos de importación extranjera, y la parte de originalidad, que, sin embargo, contiene.»

¿No se comprende ahora en toda su magnitud la obra ciclópea que ha emprendido el eminente escritor crítico?

¿Parecerá ahora *monstruoso* su plan y su concepción caprichosa?

¿Sonarán á lisonja los elogios y aplausos que se le tributan? No, estoy seguro, que por apasionados é hiperbólicos que parezcan nunca serán todos los que justamente ha conquistado el ilustre autor de la *Historia de las ideas estéticas en España.*

ALFONSO ORTIZ DE LA TORRE.

ESTADO DE LA MÚSICA EN FILIPINAS

(Conclusión.) [1]

El indígena, pues, tiene una gran disposición musical imitativa, pero no creadora. El siguiente sucedido da cuenta exacta y justifica mi aserto. Allá por el año de 1883 estuvo en Manila, como director de orquesta de una compañía de ópera, un distinguido artista italiano, que de algunos años á esta parte se ha dedicado á dar conciertos en el extranjero con buen éxito, llamado Alfredo Goré. La compañía que dirigía se disolvió, y él quedóse en Manila por algunos meses dando lecciones de canto y piano. En cierta ocasión, entrando en casa de cierta familia del país, conocida mía, un distinguido profesor de música mi amigo, oyó tocar el piano de manera tan maestra, que preguntó:

—¿Está arriba el Sr. Goré?

La respuesta fué negativa, y pronto se convenció de ello cuando subió á la sala y vió sentada al piano una de las niñas de la casa, ejecutando de manera magistral una de las obras que mejor interpretaba Goré. Su alegría fué grande, y para sus adentros exclamó: «¡Ya tenemos una pianista de

(1) Véase el número 559 de esta REVISTA.

veras!»... Entraron á poco en conversación, y la señorita dijo hacía solo un par de quincenas que tenía de profesor á D. Alfredo. La joven había tomado de tal modo el estilo del maestro, que puede decirse se identificaba con él.

Después de un rato de agradable palique, volvió la artista al piano, y *ejecutó*, pero así como suena, *ejecutó* un número de Bachmann. Y extrañándose mi amigo del desencanto, la preguntó si había estudiado poco aquella pieza, á lo cual repuso:—«No señor, ésta la tengo estudiada hace más de cinco años; desde que empecé con el maestro Capozzi» (un maestro de coros que fué allí en una compañía y se estableció en el país como profesor de piano y canto). Estos son los maestros que tiene en aquel estado el arte. Cierto que el sucedido pone de manifiesto que hay en aquellos cerebros poca intuición musical, pues se puede imitar bien en dos quincenas y no crear en cinco años, pero si hubiera buenos maestros á quienes imitar, quizá se despertase la cualidad que parece dormida.

Luego la música clásica es allí casi completamente desconocida, sin embargo de haber quienes poseen volúmenes enteros y bastante completos de los más reputados maestros clásicos. Sus melodías de negras con corcheas, tan típicas en el género antiguo, son allí despreciadas por *demasiado fáciles*, no comprendiendo la *dificultad* que encierran en sus *fáciles* temas. Eso sí, son aficionados á la música melódica, mucho más que á la harmónica complicada.

Esto tiene para mí origen en la conformación cerebral del indígena, entre la que debe haber cierta relación acústica con la del pueblo greco-latino, pues aprecia con bastante discreción é interpreta medianamente la música rítmica; no como el anglo-sajón que no tiene ritmo propiamente dicho. Prueba de esto es el género de música de los compositores de este último pueblo, que no han estudiado en Italia como Wagner, Goldmare, el ruso Glinka y otros; y lo contrario, en los que han bebido en fuentes latinas como Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schubert, Weber, Meyerbeer y Flotow.

Con esto y con todo, en trabajos de Weber y Beethoven, se encuentra más de una vez equivocado el ritmo, ritmo que naturalmente y sin educación previa musical, el indio de Filipinas no equivoca.

El ministro Sr. Becerra quiso llevar á Manila una *Escuela de música*, con objeto de perfeccionar la educación musical del hijo del país, y en verdad que si tal proyecto se hubiese realizado, habría sido una de las obras de resultado beneficioso, de las que el Sr. Becerra intentó para aquel Archipiélago.

No he de decir yo que la Música hace milagros, como nos cuenta la mitología, ni que con ella *todo se consigue*, según expresión de un emperador chino; pero un pueblo de pocas necesidades como lo es Filipinas, y por tanto de pocos trabajadores (comparado con los pueblos de Europa), bueno es llevarle hacia las bellas artes y hacerle imitar bien y con conciencia, ínterin va pensando en realizar ideales más dignos...

En Filipinas, por aquello de que en el país de los ciegos el tuerto es rey, la educación musical está en manos de aficionados más ó menos estimables que porque sí se llaman profesores de música, sin título alguno académico que ostentar, y que son más bien *industriales* de música. En Manila, donde hay una porción de individuos que se dedican á la enseñanza de la música, sólo habrá dos ó tres que posean título competente, y aun éstos por llevar muchos años en el país, están hechos á cánones viejos y no pueden llevar los adelantos del Arte á sus discípulos.

Así se comprende que haya niños que llevan seis años aprendiendo el piano y no sepan *sentarse* al piano, ni mucho menos, poner las manos como se debe.

En Filipinas á más de las deficiencias propias del natural, falta una Escuela de Música, que habría de dar benéficos resultados, pues que si no hay que esperar que salieran, al menos por hoy, Rosinis, ni Verdis, podría haber orquestas que, para los servicios religiosos (cada convento de Ma-

nila tiene orquesta propia, numerosa) ó para los espectáculos líricos (óperas, conciertos, zarzuelas, etc.), cumplieran como es debido y como las aptitudes del indígena permite, bajo una dirección experta.

Examinemos las deficiencias de escuela por partes, y á manera de pequeñas notas.

Solfeo.—Se adolece de la falta de conocimiento perfecto del solfeo. Por eso el indígena no sabe apenas, si no es lo concebido y aprendido por sí naturalmente. El natural de Filipinas tiene un gran oído; de ahí que haya en orquestas quienes desempeñen papeles de tercer violín y no saben apenas solfear. Consecuencia de esto es que cuando llega á Manila una compañía de ópera, cuyo director desea cumplir como bueno, tiene que convertir los ensayos en escuela de Conservatorio y tomarse mil desazones. El solfeo no depende del talento; es cuestión de trabajo. De algunos años á esta parte viene enseñándose el solfeo, dividiendo su estudio en dos partes: *hablado* y *cantado*. La primera enseña al alumno la medida y valor de las notas, juntamente con su nombre y accidentes, sin fatigarle; la segunda, una vez adquiridos estos conocimientos, enseña la entonación. Pero en Manila, para acabar pronto, para que parezca á la familia del alumno que adelanta mucho, es costumbre *general*, cantar el *Método* desde el principio, y lo que es más gordo, que para mayor abundamiento, el maestro toca al piano la lección tal como la ha de cantar el discípulo. Consecuencia: que el infeliz alumno aprende de *oído* las lecciones, y cuando le presentan un papel escrito, tiene, para solfearlo, que ir contando los intervalos con los dedos, y á las veces no saberlo solfear. Y como el solfeo es la base de todo músico, saquen ustedes la consecuencia.

No se me diga que iguales defectos tiene la enseñanza particular en Europa, porque al menos hay escuelas oficiales donde se aprenden las cosas tal como se debe y á mayor abundamiento gratis. A ver si personalidades distinguidas en el arte toman con empeño la creación en Manila de

una Escuela de Música, que es el objetivo de este trabajo.

Piano.—Lo primero que se nota en los pianistas filipinos es que no saben sentarse al instrumento. La mano la ponen inclinada hacia el dedo meñique, en vez de hacer una curvatura hacia el dedo pulgar, y curvan los dedos tan poco elegantemente, que á las veces dejan el dedo corazón hacia adelante y los demás engarabatados y rascando las teclas, por manera que hacen, sin pensarlo, ademanes no muy cultos. De las tres falanjes de los dedos, la tercera, la que los une á la mano, que debe estar más elevada que las demás, allí ocurre lo contrario, y la mano, parece todo menos lo que es. La muñeca, que debe estar al nivel de la tercera falanje de los dedos, allí, como tienen el defecto de bajar ésta, resulta aquélla debajo del teclado, y cuando alguna vez la levantan, lo hacen al mismo tiempo con la mano, de manera que queda casi perpendicular al teclado. Por punto general (y me refiero aquí más bien á la escuela que á los individuos) no saben tener independiente un dedo de otro y todos de la mano, y cada vez que mueven un dedo, participa del movimiento todo el brazo hasta el codo.

El estudio de la sonoridad es completamente desconocido: los pedales son más bien un adorno dorado del piano... ó lo tocan tan fuerte que parece pretenden hacer saltar todas las cuerdas, ó lo hacen tan pianísimo, que no lo oye el mismo ejecutante. Con estos defectos de escuela, ó mejor dicho, de falta de escuela, no se pueden obtener ligaduras, ni colorido, ni un *stacatto* ligero, ni nada.

Violín.—El principal defecto de los violinistas que han estudiado en el país, es el de no saber tener el instrumento en la posición debida: así, el codo, que una vez tomado el violín debe tenerse hacia el centro del pecho, lo ponen generalmente hacia fuera, lo que hace les resulte difícil la ejecución de las notas agudas; otro defecto es el de tocar casi siempre en primera posición, no haciendo uso, por consecuencia de la segunda, tercera y cuarta, por lo que tropiezan con gran dificultad al tener que ejecutar un pasaje en que

hay notas agudas, y la abundancia de desafinaciones al pasar del *la natural* fuera del pentágrama. En cuanto á la ejecución, es verdaderamente imposible, no ligan casi nunca, no *stacan* con limpieza ni elegancia, los reguladores no tienen intérpretes, cuando en su ligado entran dos notas no observa el buen gusto de dar más fuerza á la primera que á la segunda, los *demónicos* no los conocen, el *trémolo* no lo hacen jamás *stutto* sino *largo*, pues hacen demasiado uso de arco, las notas dobles ó acordes tenidos les son imposible de hacerlas, y cuando dan una *strappate* parece que rechinan los dientes.

Viola.—Los violas tienen los mismos defectos que los anteriores, más otro mayor que todos ellos juntos, cual es, que los que encuentran difícil el violín se dedican á la viola.

Violoncello.—Los que se dedican al *violoncello* tócanlo exactamente como el contrabajo. Primeramente no saben abarcar el instrumento con las piernas, ni se cuidan la mayor parte de las veces de poner el puntón, por lo que el instrumento cambia de posición, á impulsos del arco. También sus intérpretes apenas si usan más que la primera y segunda posición, y *arrastran* de una manera tal, que puede decirse que lo que es el *violoncello* se desconoce en Filipinas, y sólo hay un natural que lo toca discretamente.

Contrabajo.—¡Cosa rarísima! y que no comprendemos de donde han sacado tal idea. Templan el contrabajo *la, re, sol*, el de tres cuerdas, y *mi, la, re, sol* el de cuatro. De este instrumento con el que tantos efectos se sacan en los teatros de acá, en Filipinas no puede decirse otro tanto: no tiene vibración ni extensión, y casi casi puede decirse es inútil en las orquestas, pues por la afinación se confunden sus efectos con los del violoncello. No comprendemos cómo no han adoptado la afinación europea, y pues que allí son más usados los de tres cuerdas debían adoptar la afinación *sol, re, sol*, empleada por Bottesini y adoptada por Verdi y Ponchielli.

Flauta.—Las flautas son los instrumentos más pobres que se venden en Filipinas y á no ser los de alguna banda mili-

tar, son todas de la peor clase. Mientras que aquí se obtienen bellísimas notas graves y agudas hasta el *do*, en las de aquel país apenas si se logra obtener un *fa*. La embocadura es defectuosa por demás, pues es el indio de labios gruesos á veces en demasía para cerrar bien la boca en lo que sobra de la justa embocadura, por lo que los flautas del país pueden tocar con instrumentos rotos. Los *mordentes*, el *trino* y los *grupetos*, que son los recursos más bellos y de efecto del instrumento, se desconocen casi por completo.

Flautín.—El flautín tiene los mismos defectos que la flauta respecto del que lo toca, y luego los instrumentos son de un diapasón tan alto, que ahora no existen orquestas con arreglo á las cuales pueden ser afinados.

Oboe.—El óboe no sería tan dificultoso si los que se dedican á él, supieran hacerse una boquilla. En Italia, y especialmente en Alemania, cada *oboista* se fabrica la de su instrumento, y esto les da muy buenos resultados, y mucho más los daría en Filipinas, donde por el calor las boquillas que llevan de Europa se resecan y desquebrajan, lo que hace que el sonido no sea todo lo lleno que podía producirse.

Clarinete.—En todas partes el clarinete tiene cierta tendencia á *crecer*, pero en Filipinas, es cosa verdaderamente horrible, y sobre todo, su sonido es muy áspero: no sé si será cuestión de embocadura ó defecto de construcción, ambas cosas pueden ser, y de la primera no hay que extrañarse, porque los indios sirven para todo, y tan pronto tiene usted á un muchacho de cocinero como desaparece para verlo al otro día sentado en una orquesta tocando cualquier instrumento. Nada de particular tiene que toque como lo hace la generalidad. De ahí que los avíos de cocina y los instrumentos de música, sean de la peor clase y muy baratos y muy malos, casi tanto como sus intérpretes...

Fagot.—Dar un juicio acerca de los fagotistas me es imposible, pues no puede juzgarse imparcialmente, toda vez que los instrumentos son de tan mala calidad, tan antiguos y maltrechos, cada uno de distinta fábrica y época, por lo

que el diapasón es único y el sonido que produce semejante á una nube de moscardones roncos.

Trompa.—Los tocadores de trompa no hacen uso del famoso *corno á machina* (en *fa*), con el cual se obtienen todos los sonidos de la trompa en *do*, en *mi*, en *mi b*, en *sol*, en *re b*, etc.; con el obviarían los inconvenientes que lleva consigo el uso de la trompa antigua y los transportes que hacen los músicos filipinos tocando por esta causa en una octava muy alta, así como el no uso de las roscas, y tocar siempre en *do*. Con tal procedimiento destruyen los efectos del autor.

Cornetín.—El cornetín es instrumento más propio de banda que de orquesta; de ahí que se use más en éstas la *tromba*, que tiene el sonido menos nasal y un carácter más guerrero y claro. Mas la costumbre lo va introduciendo en las orquestas, porque es más fácil de tocar. En Filipinas lo tocan muy mal, porque lo hacen siempre como se tocaría á campo raso, y sin colorido; pero con todo y con esto, es preferible como lo hacen á como tocan otros instrumentos más delicados.

Trombón.—En cuanto á los trombones, no existe para ellos el menor asomo de escuela en el país, y además falta á los naturales facultades para tocarlos como se debe, por la fuerza y constitución física que requiere, y al indígena la caja pulmonar no le permite sostener los alientos cuanto es preciso para el éxito de ciertos pasajes orquestales. Si dicho esto se agrega que los instrumentos son de la ínfima clase, se comprenderá claramente que en los teatros de Filipinas, difícil, ¡qué difícil! imposible, será percibir esos notables efectos que este instrumento deja oir en los teatros de acá.

Oficleide.—El *oficleide* (serpentón) es casi desconocido en Filipinas á pesar de ser uno de los instrumentos que producen más hermosas notas graves.

Timbal.—El timbal no es instrumento que requiere mucho estudio, sino conocer música y saber dar carácter á las situaciones en que se aplica aquel instrumento. El indígena lo toca bastante discretamente.

Corno-inglés.—Tanto este instrumento, como el *clarone* ó

clarinete bajo, el contrafagot, el trombón bajo, el sistro, y la *viola d'amore*, son apenas conocidos de nombre.

Arpa.—En cuanto al arpa, muy conocida y en uso en Filipinas, no se conoce otra que la viatónica, y la tocan generalmente de oído. Se ve gran afición y disposición á ella; pero mientras no haya arpas de pedales no se les puede juzgar como tales arpistas.

No terminaré estos desaliñados apuntes sin hacer una observación acerca del diapasón que se usa en Filipinas, que es el de capilla; los pianos, los instrumentos todos y la voz principalmente, padecen sobremanera por diapasón tan agudo, y de esperar es que se destierre adoptando el reformado italiano.

De esperar también es que el Gobierno, y muy especialmente el señor Ministro de Ultramar, que atiende con sumo interés al progreso de nuestro lejano Archipiélago, vea, una vez atendidas las necesidades de carácter general, de implantar en aquel país la *Escuela de Música* que pensó establecer el ex ministro Sr. Becerra, aunque modificando bastante sus bases, que adolecían de muchos defectos artísticos.

M. WALLS Y MERINO.

HISTORIA DE LA PRENSA EN GRANADA

(Continuación.) [1]

IX

PAPEL PERIÓDICO

Termina el año de 1765, y con él, el más señalado del periodismo granadino en el pasado siglo. El de 1766 también tiene sus periódicos, pero en menor número y con otras tendencias. Fué el primero uno mensual, de 42 páginas su primer número, sin contar dos hojas faltas de paginación, una dedicada al prólogo y otra á la portada, la que decía así: ✠ | ENERO DE 1766. | **PAPEL PERIODICO,** | HISTORICO, Y POLITICO, | EN QUE SE DA NOTICIA MENSUALMENTE | DEL ORIGEN, E INVENTORES DE | *todas las Ciencias, y Artes, afsi Liberales* | *como Mecanicas.* | CON UN RESUMEN | DE LOS VARONES ILUSTRES, Y SANTOS, | que en ellas há avido. | SALDRAN EN CADA MES QUATRO | *Facultades en un quaderno,* | Y LO SACA A LUZ | *DON ISIDORO PASTOR, PRESBYTERO.* | *Theologo de Profefion, y vecino* | *de la Ciudad de* | GRANADA | CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS | En Granada: *En la Imprenta de la SSma. Trinidad.*

(1) Véanse los números 557 y 559 de esta REVISTA.

D. Isidoro Pastor, del que sólo sabemos lo que él mismo dice y copiado queda, tras un pesado exordio, expresábase en el *Prólogo al Lector* de esta suerte: «Siendo, pues, el origen primitivo de las Ciencias, y sus Inventores, lo que no menos se ignora, y de cuya noticia por lo común se carece, yo (aunque el más ignorante de todos) me apliqué con bastante estudio, y diligencia á examinar, é inquirir en el theatro literario el origen, y primera institución de todas Facultades; siendo el fin, motivo de mi laboriosa taréa el servirte, y agradarte, si aplicandose tu curiosidad á leer esta Obra, quisiesses informarte de las noticias, que en ella se contienen.» Estima á la Teología como á la «mas noble, y principal entre las demás Ciencias», y, en virtud de esta opinión, comienza el fondo del *Papel Periódico*, tratando *Del primitivo origen de la noble, y exclarecida ciencia la Sagrada Theologia, y de sus primeros Professores.* Además de este estudío, hácense en este primer número el de los primitivos orígenes de la *Facultad, y Sagrada Ciencia del Derecho Canónico,* del y *primeros inventores de las Leyes: de los Varones Ilustres, y Santos, que professaron la noble facultad de la Jurisprudencia,* y el de la *Medicina, util, y excelente Ciencia, y de sus Professores.*

En el número segundo del *Papel Periódico*, correspondiente al mes de *Febrero de 1766,* modifícase la portada, diciendo: *En que se dá noticia* | *del primitivo Origen, Inventores,* | *Varones Ilustres, y Santos, que há avido* | *en las Facultades, y Ciencias* | *de la* | *Philosophia, Grammatica, Rheto-* | *rica, y Poesía,* las cuales cuatro materias son estudiadas en otros tantos artículos, que constituyen todo su texto, el que empieza en la página 43 y acaba en la 74. Desde la 75 á la 122 comprende el número tercero, publicado en el mes de *Marzo de 1766,* y en el que, como en su portada se anuncia, trátase *de la* | *Musica, Aritmetica, Astrologia,* | *y Arte de Primeras Letras.* | *Con un curioso, y breve resumen* | *de las Zifras, y Geroglificos, que usaban los* | *Antiguos.* Tal fué el *Papel Periodico,* del que el P. Echeverría habla de esta suerte: «Luego salió otro Incognito, con su papel periodico de mes á mes.

Este era una copia de la *plaza universal de todas las Ciencias, y Artes*; pero tan copia, que ni siquiera se resolvió á ponerle la mascara de un lenguage nuevo; seria por que creyó, que mudarle el lenguage era mudarselo todo, porque la ciencia de la voz, ó de la lengua todo lo comprehende este papel árido por su mal metodo, desapacible por su estilo, no halló abrigo en los marchantes, ni tuvo la gracia de ablandar las durezas que trae consigo una compreda. Y vea V. aquí á nuestro nuevo Escritor parado, á las tres pruebas que hizo de su fortuna.» Por lo que hemos visto, cierto estuvo el P. Echeverría al decir esto último, mas no habló con la misma exactitud al afirmar con su «luego salió» que el *Papel Periódico* fuese el publicado después de la *Gazeta Historica*, pues entre ésta y aquél publicáronse los *Llantos de Granada* y la *Gazetilla ó Semanero Granadino*, que el mismo padre cita y juzga como posteriores. En cuanto á la crítica que hace, sin ser desacertada no es de todo punto exacta. El *Papel Periódico* no es una copia fidelísima de la obra que, en parte traducida de la que escribió el toscano Tomás Garzón, y parte compuesta por él, publicó en 1615 el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, bajo el título de *Plaza universal de todas las ciencias, y artes*; copió mucho de ella, pero no todo, tomóla por modelo y fuente, sin subordinarse ni inspirarse completamente en ella. Siguió un método que no es el seguido en la *Plaza*; las materias no las trata de idéntico modo que ésta, no obstante lo que no debe liberarse al *Papel Periodico* de la falta de originalidad, de que lo tachó el P. Echeverría.

X

SEMANERO HISTÓRICO

Pocos meses después de haberse dejado de publicar el *Papel Periodico*, apareció otro nuevo semanario, titulado así: AVE MARIA. | **SEMANERO HISTORICO**, | UTIL, Y

PROVECHOSO PARA EL BIEN COMUN. | PAPEL I. | SEMANA 18 DE AGOSTO DE 1766. | —Al final.—CON LICENCIA: *En Granada, por* NICOLAS MORENO. | *Se hallará en la Tienda de Marcos Guadix y en la de Eugenio* | *Navarro, en la Calle de Elvira.* | *Y tambien se hallará en el Zacatin, frente de la Silleria.* Este periódico en cuarto, impreso á dos columnas, de cuatro páginas cada número, publicábase los lunes, según se ve desde el *Papel VII* hasta el XXI, último que conocemos, en los cuales, en vez de *Semana,* dícese, como por ejemplo en el indicado *Papel XXI, Lunes 5 de Enero de 1767.* Antes de que se verificara esta pequeña variante en la cabeza del periódico, encontramos hecha una adición en el final del mismo; á partir desde el *Papel VI* en adelante, luego de expresarse los lugares de venta, se dice por bajo: *Y en dichas Tiendas se hallarán las que han salido hasta aqui.*

No carece el *Semanero Historico* de su correspondiente prólogo. Pero con diferencia de lo que en los demás periódicos acontece, es precedido de los anuncios. De *Ventas, y Compras* empieza tratando el *Papel I,* anunciando la venta de una casa grande en la calle del Cañuelo, que sale al Zacatin, con patio y tinaja y un censo perpetuo de 21 reales y 17 maravedis, la que ganaba un alquiler de 33 reales mensuales. *Arrendamientos, Pérdidas ó hallazgoz, Amos y Criados,* enúncianse después á modo de títulos de otras tantas secciones de noticias; pero ninguna se da en ellas, porque «No ay noticia de cosa alguna». Sigue luego la de *Precios de Granos &c. del Sabado 16 de Agosto,* y se termina con la del *Circulo del Santo Jubileo de 40 horas.* Entonces dáse principio al *Prologo,* diciendo: «La falta grande que hacen en un Pueblo tan basto como éste las noticias de ventas, y compras de todo genero de especies, de arrendamientos de Caserías, Cortijos, &c. de alhajas perdidas, su hallazgo ignorando sus dueños: hombres, y mugeres en qualidad de sirvientes, para buscar conveniencia: Maestros de Oficios, ó Exercicios, que busquen Oficiales, ó á la contra: los precios de granos, &c. ha dado motivo á tomar trabajo de algun tamaño, y el más im-

pulsivo ha sido en este mes antecedente, haverse hallado varios sugetos alhajas de algun valor, y despues de algunas diligencias, ignorar sus dueños; por lo que siendo éste el principal assumpto, se coloca en primer lugar en el Semanero: y haviendole de acompañar algun otro assumpto para completar las paginas del medio pliego, ha parecido no solo conveniente, sino es util para los sugetos, que gustan de historia, tanto de la Eclesiastica, ó Sagrada, como Profána, ponerles presente la vida de uno de los 252 Papas, que hasta de presente han reynado desde S. Pedro; esto es, el que fue exaltado al Trono, ó falleció en uno de los siete dias, que ocupa el Semanero, sus decretos, y acaecimientos en su tiempo en la Europa, años que reynaron, quien dominaba la España en dicho tiempo, yá fuesse de los 52 Emperados, desde Julio Cesar hasta Arcadio y Honorio, ultimos dominantes: yá de los 32 Reyes Godos desde Ataulpho hasta Rodrigo, que perdió la España: yá de los 54 Reyes Naturales descendientes de los Godos, desde D. Pelayo, hasta nuestro Catholico Monarca D. Carlos III. (que Dios guarde). Quien dominaba el Imperio, ya fuesse el Romano, desde dicho Julio Cesar, hasta Augustulo (que lo perdió), que fueron 63. Yá los Emperadores de Occidente, ó Alemania, desde Carlo Magno, hasta Francisco I. que se cuentan 53: yá de los de Oriente, ó Constantinopla, desde Valente, hermano de Valentiniano el de Roma, hasta Constantino q. que se cuentan 74. cuyas vidas á el que le perteneciesse en aquel Papa, muy en breve se delineará, junto con la explicacion de las dicciones, ó nombres particulares, que consten en aquella vida, como en las de los Monarcas, ó en el tratado de otros assumptos.—Se dará al mismo tiempo la descripcion de alguna de las Provincias del mundo, en que se registre especialidad que notar, en particular las de la América, ó Nuevo Mundo: es á saber, su situacion, clima, costumbres de sus moradores, trages, Religion, comercio, abundancia, ó escaseces de viveres. Como assimismo propiedades de algunos animales, ó aves, que nos denotan los célebres Aristoteles, Avicena, Marmol, Solino,

Plinio, Juan Botero, &c. No omitiendo alguna otra curiosidad, que se nombre en dichas vidas: esto es, hacer presente su principio, y existencia, como v. g. Armas, Arquitectura, &c.»

Tal fué el programa del *Semanero Histórico*, y ora fuese porque, como se dice en los papeles VII, VIII y IX, al pie de los títulos de algunas secciones de anuncios, «No ay noticia de cosa alguna», bien por variación del primitivo intento, el caso es que desde el *Papel X* suprímense los títulos y secciones de *Ventas y compras, Amos y Criados, Pérdidas ó hallazgos,* dando ya sólo alguna que otra noticia de esta clase, de la que no contienen ninguna los papeles XIV, XV, XVII, XIX, XX y XXI. Lo que al decir del prólogo era el principal asunto del *Semanero*, y por ende ocupaba el primer lugar, va menguando, desapareciendo poco á poco, y aquello otro estimado al comienzo como secundario, tanto que lo era «para completar las páginas del medio pliego», va, por el contrario, ganando la consideración de principal y exclusiva materia del periódico. Sólo dos secciones de anuncios publícanse sin intermitencia alguna, sin perder nada de la importancia que en un principio les fué otorgada, y que constituyen las noticias locales únicas de varios papeles. Ocupa el segundo lugar la del *Circulo del Santo Jubileo de 40 horas,* limitada á señalar las iglesias en donde estaría cada uno de los días de la semana; tiene el primero el de los *Precios de Granos &c.* Los precios mínimo y máximo que desde el sábado 18 de Agosto de 1766 hasta el viernes 2 de Enero de 1767 alcanzaron en nuestro mercado los artículos que en esta sección se anuncian, son: trigo, de 25 á 31 y 1[2 reales la fanega; cebada, de 13 á 18; habas, de 18 á 26; maíz, de 14 á 20; carnero, de 12 cuartos y dos maravedís á 16 cuartos y medio la libra; vaca, de la que dice el *Papel VI* «no ay», de 9 á 10 cuartos y medio; cabra, anunciada un solo día, 10 cuartos; tocino, según un anuncio, 20 cuartos la libra, conforme á los demás, de 9 á 9 y medio reales el arrelde; aceite, de 19 á 29 reales arroba; manteca de Flandes en barril, á 28 reales la

arroba; almendra larga, á 48; valenciana, de 40 á 42; ordinaria, de 29 á 32; pasa de sol, de 11 á 12; azúcar blanca, de 64 á 66, y la terciada, de 58 á 60; cacao de Caracas, de 25 á 26, y el de Guayaquil, de 19 á 22; canela, de 66 á 70 reales libra; seda fina, de 62 á 72; azache, de 30 á 40, y, por último, lino, de 24 á 54, y el cáñamo, de 25 á 34 reales la arroba.

Respecto á la segunda parte del periódico, la que más propiamente respondía á su título de *Semanero Histórico,* decíase también en el prólogo: «En el dia 24 de Agosto (uno de los de esta Semana) se trata de la vida del sumo Pontifice Innocencio 8. y por contenerse en ella (pues reynaron en su tiempo) Federico 4. Emperador de Alemania, y los Catholicos D. Fernando, y Doña Isabél, se dá un disseño de sus vidas, y assimismo de las Conquistas tan célebres, con la muy especial de esta Ciudad de Granada, con algunas otras curiosidades que se verán. Advirtiendo, que no pudiendo ser, estampar todos estos tratados en el corto Papel que se resta despues de las noticias utiles, se seguirá esta poca de historia en el siguiente, ó siguientes, hasta que esté finalizado, y allí mismo se describirá la vida del Papa que ocurriesse en uno de aquellos siete dias: methodo, que se seguirá por algun dilatado tiempo, por haver suficientes documentos para ello.» Muchos tendría á su disposición el autor ó autores del *Semanero;* pero es lo cierto que la anunciada historia pontifical no se hace, y es bien pronto relegada al olvido para sustituirla por la del pueblo hebreo. La vida de Inocencio VIII, la de algunos Monarcas de su tiempo y los hechos más culminantes que durante su pontificado sucedieron, ocupan los tres papeles primeros. La biografía; mejor dicho, el apunte biográfico de Inocencio VIII, es un pretexto para dar á conocer muy á la ligera á Colón y sus descubrimientos; para decir que Federico IV, Emperador de Alemania, durante los cincuenta y tres años de su Imperio, no hizo ninguna cosa mala ni buena, y que murió de resultas de haberse comido una excesiva cantidad de melón; para historiar brevemente, y sin señalar nada digno de ser mencionado, la vida de los Reyes

Católicos, sus conquistas y muerte. Empieza en el *Papel III* ocupándose del Papa Gregorio X y con motivo del Concilio segundo lugdonense celebrado en su pontificado, en el *Papel IIII* trátase del cónclave, pasando luego á describir é historiar la ciudad de Jerusalén. Ocúpase el V de los Patriarcas de la ciudad dicha, y volviendo á insistir en el VI en el «tratado del Conclave», termina hablando de Moisés. Prosiguen los papeles siguientes ocupándose de Moisés, con cuyo motivo los papeles XI, XII, XIII son un «tratado de Egipto». Nabuconodosor, Saul, y muy principalmente David, constituyen la materia tratada y no acabada en el *Papel XXI*.

Ignoramos si se publicaron ó no más papeles de este *Semanero*, y, por lo mismo, el asunto en ellos tratado. No sabemos tampoco por qué el P. Echeverría lo pasó en silencio en la segunda época de sus *Paseos;* entendemos sí que si su publicación hubiese precedido á la de la *Gazetilla Granadina*, D. Luis de Contreras y Narváez de más enfadosa que á la africana habría calificado á esta otra de *erudición* hebrea, así como de inconsecuente con el propósito enunciado en el programa del *Semanero Histórico*.

XI

CRITERIO DE LA VERDAD

El *Papel XVIII* del *Semanero Historico*, correspondiente al lunes 15 de Diciembre de 1766, publicó este anuncio: «Se dá noticia, como á 18 del mes de Enero sale una Obra, en Papeles Periodicos, su Titulo: *Criterio de la verdad....* Se hallará en las Librerias de Luis de Lara, y Eugenio Navarro.» Cumplieron los anunciantes su promesa publicando el papel anunciado: mas no podemos asegurar si fué en el mismo indicado día 18 de Enero de 1767, cuando vió la luz pública el ✠ | **CRITERIO** | **DE LA VERDAD,** | EN DIVERTIMIENTOS | **HISTORICO-PHYSICOS:** | COM-

PUESTO | *POR LOS BACHILLERES DON JUAN* | *Navarro Lopez, y Don Juan Ariza* | *y Anduxar.* | DEDICADO | AL DOCTOR D. LUIS AGUSTIN DE | *Bocanegra, Prebendado de la Santa Iglefia* | *Cathedral de Almería, y á* DON DIEGO | MIGUEL GARCIA Y REYNOSO, | *Vicario del Partido de Vera* | *en dicho Obifpado.* | DIVERTIMIENTO I. | *CON LICENCIA:* | EN GRANADA, EN LA IMPRENTA | *de Don Jofeph Brabo, Calle* | *de Lucena.* Este periódico, impreso en cuarto, plana, consta de doce páginas numeradas, según resulta de su primer número ó *divertimiento*, único que conocemos.

Divídese su texto en dos partes: contiene la primera un extenso *Prologo* que comprende desde la página 2 hasta la 7, consistiendo la segunda, que ocupa por completo desde la 8 á la 12, en el fondo ó materia exclusiva de que el periódico trata, la cual encabézase con el epígrafe de *Criterio de la verdad en divertimientos Historico-Physicos, sostenido entre un Aristotelico, Sectario, y Electivo.* Comienza el prólogo por tratar del estilo de toda obra como «el mas claro nombre del Author, que la escribe,» y en esta afirmación y en sus corroboraciones, fundan los autores de este papel la obligación que tienen de escribir el prólogo, principiando por dar una breve noticia de su vida. Extraños entre sí, y ambos estudiantes, vinieron á conocerse por su común asistencia á una misma aula. «Juntos, pues, en una clase mutuamente nos correspondiamos de tal modo, que se llegó á echar un lazo tan fuerte en nuestras voluntades,—dicen—que, si no passa, á lo menos se equilibra nuestro amor con el de Jonatás, y David. Nos juntabamos en nuestras conferencias, y eramos emulos de nosotros mismos, buscabamos por todas partes nuestro adelantamiento, deseabamos encontrar libros, que nos instruyesen en las materias, que ignorabamos; y nunca se llegaba á saciar nuestro deseo; se nos presentaban grandes empressas, y en todas encontrabamos mil dificultades, y ultimamente resolvimos dár algo al Publico; y aunque nos objetabamos, la poca edad, y lugar limitado, que teniamos; todo lo dabamos por sutil por quanto impedia nuestros as-

censos: conferiamos en la obra, y por ultimo resolvimos escribir una Physica nueva, moderna, y muy util en nuestro Idioma, en forma de Dialogos, no por otra razon, sino por parecernos este modo mas facil, y ligero.» Prosiguen diciendo que no se proponen escribir una obra de alto empeño sino «una nueva natural Philosophia, arte prodigioso de la naturaleza, ó experimental Physica, con que puedan sus Professores demostrar con arreglo los marabillosos Phenomenos, que segun el adulterado Peripato no pueden explicarse.» Partiendo de su propósito de ocupar las páginas del periódico sólo con la anunciada materia, y entendiendo que á su trabajo no habrían de dejarlo pasar los críticos sin hacerlo objeto de sus censuras, sátiras y contradicciones, enuncian las que suponen que puedan hacerles, y se anticipan á contestarlas, «para que satisfechas no tengan lugar alguno en *su* Obra.» Pónenla bajo la corrección de la Iglesia, y concluyen exponiendo que la dividirán «en divertimientos, sostenidos entre un Aristotélico, Sectario, y Electivo, entre los quales no quedará razon fundamental, que no se diga, aunque sin fastidiosas digresiones, y será con este metodo: El Aristotelico referirá sus peculiares Sentencias, el Sectario (llamado así, no porque siga á una determinada Secta, sino porque de todas hablará alternativamente) propondrá las Sentencias por su orden; y el Electivo será el que (mensuradas unas, y otras razones) diga qual tiene mas fundamento á favor suyo, y expondrá las experiencias, que á esto conduzcan. Para este fin, nos servirian mucho Boyle, Kircher, Fabri, y Galileo Galilei, que juntos con los que tenemos á las manos, fueran el complemento de nuestros apetitos á las Letras; esperamos, que algunos sacien nuestro deseo, y den noticia de quanto de Physica experimental sepan, de modo, que sean el unico objeto de nuestras tareas. Siguiendose de esto, el que seamos perpetuas victimas de nuestra Nacion, y agradecidos contribuyamos con nuestro interminable trabajo, que nos parece conveniente se divida en Semanas, para que todos puedan con facilidad leerlo.»

Si todo lo que llegó á publicarse redújose tan sólo á este *Divertimiento I*, la Física experimental anunciada como un trabajo interminable, apenas si llegó á su comienzo. El diálogo entre el aristotélico, el *sectario* y el *electivo*, que al prólogo del periódico sigue, no pasa de ser otro prólogo de la materia á que el semanario iba á dedicarse. Empieza el aristotélico con una digresión acerca del gusto de los antiguos filósofos á tener un determinado lugar para sus conferencias, y estimulado por el *sectario* y el *electivo*, pasa luego á hacer el panegírico de Aristóteles. Excitado el sectario á hablar del origen, edad y escritores de la física, afirma que ésta es tan noble en su objeto, cuanto antigua en su origen. Reserva para la *segunda tertulia*, el ocuparse del objeto, y circunscribiéndose al origen, dice lo trae «del mismo D. O. M. este la comunicó á nro. primer Padre Adan, quien valiendose de ella puso adequado nombre á todo Animal; cosa que sin verdadero Physico conocimiento de la essencia peculiar de cada uno, no podia hacerse. Este verdadero conocimiento de las essencias de las cosas lo tuvo Adan como verdadero Physico, y lo tubieramos todos, sino fuera porque (en pena de su pecado) quedó expulso del Paraiso, y embuelto en las tinieblas de la ignorancia. Esta, pues, heredada, no sin gran trabajo, y prolixo estudio, pueden encontrarse algunas riquezas de esta perdida Physica, ya disputando, dudando, é inquiriendo, como por razon de varios generos de diligentes experimentos.» De cómo los conocimientos físicos, después de la caída de Adán, habían llegado hasta su tiempo, es cosa que el sectario no podía demostrar. Entendía que habiendo escrito Diógenes Laercio, que toda filosofía había nacido en Grecia, allí también se había operado la «reproducción maravillosa» de su más noble parte: la física. «Todas las Naciones—prosigue diciendo—han tenido sus sabios en la natural Philosophia, como los Rabbinos entre los Hebreos, los Asirios entre los Babilonios, y entre estos los Caldeos, entre los Persas los Magos, entre los Indios los Himnolosistas, entre los Celtas los Druidas, y los Labeos entre los Arabes. Los Nietos de

Seth observaron el orden de los Cielos, y curso de las Estrellas, é insculpieron estos inventos en dos columnas. Segun la Sagrada Escritura, Abrahan y Moyses fueron instruidos en el natural conocimiento de las cosas, y la Aritmetica fué trasladada de Abrahan á los Egipcios, la Geometria á los Phenices. Despues del Dilubio, segun Justino Martyr, passó este conocimiento de Noé á los Caldeos, de éstos á los Egipcios, de los Egipcios á los Griegos, y de éstos á los Latinos.»

«A espacio Sr. Sectario,—exclama el *electico* interrumpiéndole,—que aborrezco toda digresion, que ó es superflua, ó de suyo cansada. Nro. fin es tratar methodicamente de la Physica, y (aunq contra mi profession he permitido se dé alguna noticia de lo que hemos de tratar para que se conozca, que es muy util nuestra conferencia. Con que no me queda otra cosa, que decir, que es, que al fin del primer Siglo Christiano, ó al principio del segundo, se estableció en el Oriente una nueva Philosophia llamada Ecclesiastica, ó Electica, cuyo fin era tomar de toda Secta lo util, y dexar lo superfluo, para alcanzar de este modo como dice Laercio, la verdad en una Secta, que en otra sola no podia encontrarse. De esta Secta fué Author Potamo Alexandrino, á quien siguieron muchos ilustres Varones como Galeno, Gerennio, Juliano Mammonio, Plotino, Lamblico, y muchos antiguos Padres de la Iglesia, como Clemente Alexandrino, y su Discipulo Origenes, y el Discipulo de éste San Geronymo Thaumaturgo. Esta es mi Escuela, y arreglado á ella hablaré en todas nuestras Tertulias.»

«Las doce y quarto son, dice el aristotélico interrumpiendo el diálogo,—por lo que si á ustedes parece, nos podemos retirar hasta mañana.» Así lo acuerdan, y de este modo termina el primer *divertimiento* del *Criterio de la verdad*. Tal fué en su fondo y forma, la que nosotros entendemos ser la primera manifestación del periodismo científico granadino. El número examinado, no basta ciertamente para formar un juicio acabado del periódico en cuestión; no cabrá, sin duda, citarlo como avanzada del movimiento científico de su épo-

ca; mas á atenuar sus errores y defectos, viene la consideración del intento de sus autores de instruir é instruirse, la mocedad de los mismos, y las preocupaciones y obstáculos que en aquel entonces, obstaculizaban y obstruían el avance y desarrollo de la civilización patria.

MIGUEL GARRIDO ATIENZA.

ESTUDIOS PRECOLUMBINOS

ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN PERUANA ANTES DEL IMPERIO DE LOS INCAS

No están aún acordes los zoólogos en el hecho de que el hombre apareciera en un sitio determinado de la superficie de nuestro globo, ó si debido á perfecciones sucesivas del organismo de los cuadrumanos, originóse el hominal en distintas partes de la Tierra, allí donde las condiciones climatológicas ó las peregrinaciones de aquellos viejos y semi-inteligentes habitantes de los bosques, cuya transformación física é intelectual ha sufrido con el tiempo cambio tan notable y prodigioso, les llevaba.

Yo entiendo que los descubrimientos científicos hechos hasta el presente, autorizan á sustentar la tesis segunda, esto es, que el hombre ha ido apareciendo en distintas regiones de nuestro planeta, á medida que la raza cuadrumana ha experimentado modificaciones de tal índole en su organización que ha ascendido en la escala zoológica, formando lo que se llama el orden de los bimanos ú hombres.

En efecto, sabido es que el color negro de los monos, pasó á ser el distintivo de los primeros hombres, negros también.

Ahora bien; ¿cómo se ha verificado el tránsito del color negro al blanco? Pues en mi concepto sólo mediante la acción del tiempo.

Luego entonces podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que los pueblos negros que al presente existen son de formación reciente, es decir, hace poco tiempo en relación con la raza blanca, que pasaron del estado de cuadrumanos al de bimanos, del de seres menos inteligentes á animales más perfectos en su parte intelectual.

¿Cómo explicarse sinó que estas razas negras habitan y son originarias de países de formación geológica más reciente que la de las regiones asiática, europea y africana? ¿Cuáles son las islas comprendidas á todo lo largo del Océano Pacífico?

¿Cómo comprender que los isleños negros de la Australia por ejemplo, los escasos ejemplares que de esta raza aún subsisten, tienen el ángulo facial más agudo que los negros africanos, su organización sobre todo en lo que al cerebro atañe, no es tan perfecta como la de éstos?

¿Cómo entender satisfactoriamente, por último, el hecho de que los mismos negros que habitan en las selvas africanas, son muy inferiores á los individuos de la raza caucásica, sino que aquéllos tienen un origen más reciente que éstos?

Los hombres de raza blanca son, pues, más antiguos que los de color más ó menos negro.

Los habitantes del antiguo Perú, los primitivos pobladores de estas regiones, tuvieron por necesidad que ser negros, pues los restos humanos que se han encontrado en el Perú y en el Brasil revelan que en estas regiones hubo criaturas de nuestra especie sobre terrenos que en el antiguo continente se ha creído hasta ahora habían precedido largos períodos geológicos á la existencia del hombre.

¿Qué quiere decir esto? Pues que en América tal vez aparecería el hombre, primero que en el viejo continente, y que la raza negra—á quien mi querido amigo D. Bernardino Martín Mínguez atribuye haber poblado en lo antiguo las comarcas americanas, y que otros creen procedente de las islas oceánicas, tanto por el parecido que se descubre entre

los peruanos y algunos isleños de la Occeanía, cuanto por la memoria que de antiguos viajes por mar conservaban los antiguos habitantes de Tumbes, Ica, Arica y otros pueblos —formóse en América misma, y lo que es más particular, en el territorio peruano.

¿Por qué no podían ser esas memorias que de expediciones marítimas conservaban los pueblos enunciados referentes á emigraciones de la raza casuítica y de la aria? Por las razones que expondré.

Poco ó nada puede deducirse de la fábula por medio de la cual explicaban su origen los antiguos peruanos. Héla aquí:

«Viracocha (espuma de la laguna) crió al principio el cielo y la tierra, y antes de crear la luz y el día hizo á los primeros hombres.

»Los primeros hombres fueron convertidos en piedras porque agraviaron á su criador.

»Para que desapareciesen las tinieblas y se poblase el Perú, salió Viracocha por segunda vez de la laguna sacando consigo alguna gente; crió el sol y las estrellas y formó modelos de los futuros peruanos. Estas imágenes, que representaban personas de ambos sexos en el vigor de la edad, mujeres en cinta y madres con sus niños en las cunas, fueron colocadas en las diferentes provincias del Perú.

»Obedeciendo á las órdenes de Viracocha, se dirigieron sus compañeros á diferentes regiones, y al llegar cada uno á la suya gritaron:

—Salud, y poblad esta tierra que está desierta y solitaria; así lo manda Viracocha, que es el autor del mundo.

»A estos gritos se animaron los modelos de los peruanos, y fueron saliendo hombres de las fuentes, ríos, cerros y cuevas.

»Viracocha quiso animar por sí mismo algunos de los modelos, y fué llamando á la vida á cuantas naciones hay en el camino de la sierra desde Titicaca hasta Puerto Viejo. Cuando veinte leguas al Sur del Cuzco pronunció la palabra animadora, se alzaron los canos armados y le acometieron por-

que no le conocían. Por este desacato hizo llover fuego; las llamas iban devorando los valles y las cordilleras, y todo pereciera en el incendio si no le apagara instantáneamente el dios dando con una varita dos ó tres golpes en el fuego; Viracocha se había apiadado porque los canos, amedrentados, arrojaron las armas al suelo y pidieron humildemente misericordia. Con estas señales descubrieron los indios á su criador y le erigieron un templo, que fué el más antiguo del Perú.

»Los del Cuzco, animados también por el mismo Viracocha, recibieron de sus manos á Alcavilca para que fuese señor de todos ellos.

»En Puerto Viejo se reunió Viracocha con la gente que había sacado de la laguna, y juntos allí todos se entraron por el mar y desaparecieron marchando por las olas como si éstas fueran tierra firme.

»El dios *Cou*—dicen otras traducciones—vino por la parte del Norte. *Cou* no tenía huesos, nervios ni extremidades, y marchaba con la celeridad de los espíritus. *Cou* hablaba y se aplanaban las sierras, se alzaban los quebrados, la tierra se cubría de frutos y de cuanto es necesario para el sostenimiento de la vida, y nacían hombres y mujeres para gozar de la abundancia.

»Los habitantes de la costa se entregaron á toda clase de desórdenes y se olvidaron de su criador. Indignado *Cou* de tanta corrupción, transformó á los costeños en gatos negros y en otros animales horribles; negó las lluvias á la costa, y la mansión antes alegre y amena se convirtió en triste y árido desierto.

»Pachamac (el que anima el mundo), dios más poderoso que *Cou*, vino por la parte del Sur, ahuyentó al perseguidor de los hombres y crió la nueva generación, de la que proceden los indios. El templo que después veneró todo el Perú sobre el valle de Lurin y cerca de la playa fué erigido á Pachacamoc, porque en aquel sitio solía sentarse el dios para dar sus benéficas instrucciones.»

De todo esto se deduce, de tales fábulas se colige que las

inmediaciones de Titicaca, algunos valles del Norte y los inmediatos á Linia fueron los tres principales centros de población y de cultura.

Ahora bien; ¿es que estos puntos, primitivamente habitados por una raza culta, relativamente lo eran por esos negros, moradores antiquísimos de las regiones peruanas, ó aquella raza culta descendía de alguna emigración verificada por pueblos que no debieron ser otros sino algunos de procedencia camítica, que indudablemente eran los más cultos en aquellas lejanas edades?

Mi opinión, confirmada por razones de peso, es que habitaron en el Perú, no se puede decir cuándo, unos pueblos, sino egipcios, muy parecidos y relacionados con éstos y moradores del Norte de Africa.

Las balsas que se usaron en el lago de Titicaca, enteramente iguales á las que se ven pintadas en el sepulcro del faraon Ramsis, hacen pensar en un origen egipcio.

Las ruinas de Tiahuanaco, algo semejantes á las de América central, y con cierto aire de las obras fenicias, ¿no parece indicar que este pueblo camítico conoció desde muy antiguo el Perú? ¿No parece corroborarse esta sospecha por la semejanza que existe entre los guanchos antiguos habitantes de Canarias y de origen fenicio y los ainiaraes de Titicaca, tanto en la forma de los cráneos como en la manera de conservar los cadáveres?

De esta opinión se manifiestan D. Juan de Solorzano en su *Política*, lib. I, cap. V, folio 20, y el P. Fr. Gregorio García en el lib. IV de *El origen de los indios*, cap. XXII.

Sean, pues, fenicios, egipcios ó un pueblo más ó menos relacionado con los antiguos bereberes, pobladores primitivos del Norte de Africa, lo cierto y seguro es que la emigración más antigua que la historia conoce hoy fué verificada por una nación de raza camítica. De esta misma opinión es el Sr. Martín Mínguez, á quien considero como una autoridad en la materia.

Esta emigración, ¿llevóse á cabo por mar ó por tierra?

En mi concepto debió ser por mar, porque sabido es que los fenicios fueron los inventores de la navegación, demarcando las estrellas, por medio de las cuales se engolfaban en largas navegaciones, y que los arios, cuya entrada en las tierras americanas fué mucho después, por su cuna, la India, situada casi en el centro del Asia, debieron arribar al Perú y á otros países de América, atravesando la parte más oriental del Norte asiático y penetrando en ellos por el estrecho de Behering.

He aquí lo que en apoyo de esto y de que la raza aria, verdadera fundadora y progenitora de las razas europeas, pobló las comarcas americanas dice el ilustre astrónomo francés Builly en la página 288 del tomo I de su *Histoire de l'Astronomie moderne:*

«América no posee, pues, sino pocos conocimientos astronómicos, ó, para hablar con más claridad, sólo tiene instituciones civiles que de ellos son derivadas. Si es permitido el hacer algunas conjeturas bien fundadas, puédese sacar una conclusión importante para la población del Nuevo Mundo.

»Las supersticiones de los eclipses, parecidas en ambos hemisferios, las doce torres ú observatorios de los peruanos, análogos á los doce palacios de los chinos, consagrados á los lunes del año; el uso de orientar las construcciones, que se encuentran lo mismo en América que en Asia; la división del mes en cuatro partes; los vestigios del período de sesenta días, encontrados en los meses de veinte días de los mejicanos; los cinco días epagómenos añadidos al fin del año; la serpiente establecida como emblema de las revoluciones celestes; en fin, esta superstición que considera el fin del cielo como la renovación de todas las cosas, superstición absolutamente la misma que la que inventó en Asia tantos períodos llamados *grandes años*. ¿Estas semejanzas y estos hechos no indican que los pueblos de ambos mundos tienen idéntico origen?

»Y en esta suposición, como América no ha podido ser poblada sino por el Norte, parece natural en convenir que

este origen común arranca del Norte de la tierra, donde ambos continentes se unen mediante una comunicación aún ignorada. Una cosa muy importante es el nombre de gran Osa dado á la misma constelación por una nación de América y por los más antiguos pueblos del Asia, de donde este nombre ha pasado hasta nosotros.

»Esta constelación, lo mismo es parecida á un oso que á otra cosa; sólo la fantasía y la imaginación dan esos nombres. Hay aquí una cosa digna de ser tenida en cuenta, y es que el oso es un animal que sólo vive en el Norte de la tierra, de donde surge la sospecha si es en el Norte donde pusieron á las estrellas sus primeros nombres. Estos nombres se han conservado en las naciones en que la Astronomía se ha perfeccionado, nombrando á todas las estrellas y cubriendo la bóveda celeste de constelaciones.

»Aunque haya una enorme diferencia entre el Asia, otras veces civilizada, hoy interesante por los restos de sus mayores conocimientos, y la América, inculta y salvaje, y donde casi siempre los animales y los hombres disputábanse su imperio cuando se la descubrió, parece, sin embargo, que tengan un primer origen que ha establecido conformidad.

»Los hijos de un mismo padre se separan, y la casualidad, que hace las fortunas, ha llevado al uno á la abundancia y sumido al otro en la miseria. Diríase que el género humano, nacido en un clima que no le ha permitido perfeccionarse, dispersándose por diversas colonias, se ha colocado en Asia, bajo un cielo más favorable, donde ha desarrollado sus progresos, mientras que haciendo un esfuerzo inmenso para llegar á América por el Norte, ha vivido durante el trayecto bajo un cielo duro, sobre una tierra fría que ha paralizado su imaginación; lejos de ganar ha perdido sin duda, y todo ha sido suspendido para esta raza de hombres, hasta el fin de su viaje, en esos sitios amados del sol y en cuyos hijos se convirtieron.»

La raza aria, pues, entró en el Perú mucho después que la camítica.

La voz *Tuti*, que significa sol, principal objeto del culto peruano, y que parece venir del sánscrito *Indrih* (resplandecer), y gran parte del dogma del antiguo culto del sol, inducen á creer que la religión incásica tuvo su nacimiento en el Indostán.

Los peruanos observaban los solsticios y los equinoccios por medio de columnas erigidas delante del templo del sol, al pie de las cuales habíase trazado un círculo, según dice Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias,* lib. VII, cap. III. Aquí se reconoce el método que los indios empleaban para orientar sus pagodas.

Los bramas, según dice Bailly en su *Histoire de l'Astronomie ancienne,* servíanse de los gnomons para orientar sus pagodas. Describían un círculo al pie del instrumento, y habiendo marcado dos puntos de la sombra, tomados en este círculo antes y después del medio día, dividían el intervalo de estos dos puntos y tiraban la meridiana. De esta manera ignoraban la igualdad de la longitud de las sombras á iguales distancias del meridiano.

Los peruanos tan supersticiosos como los orientales concedían suma atención á los eclipses de sol y de luna, aunque ignoraban sus causas y como los antiguos persas, habían anunciado el fin del mundo, en el momento en que un astro cayese sobre la tierra, como lo hace constar la página 38 de la parte 2.ª del tomo I de Zeud Acosta.

¿No es todo esto suficiente á demostrar, que los arios invadieron no sólo el Perú, sino los países americanos limítrofes?

Producto de la amalgama de estos diversos pueblos entre sí y entre los negros habitantes primitivos del Perú, eran á no dudarlo las distintas nacionalidades, que antes del siglo XIII, antes de Maneo Capae, fundador del imperio de los Incas, habitaban en aquel rico y privilegiado país.

La más numerosa de todos ellos era la de los Collas, que poblaba la mesa de Titicaca, extendiéndose á los valles inmediatos del Cuzco y de Bolivia. Los collas se alimentaban con la pesca que hacían en el Titicaca, con la caza de los

patos que se multiplican en las orillas del lago, la de perdices, viscachos, huanacos y vienñas, que vagan en las punas, con la cría de llamas y alpacas y con el cultivo de algunas plantas, entre ellas la patata ó papa que conservaban reducida á *chuño*, después de haberla expuesto al hielo y secado por muchos días.

Los ganados les daban lanas para vestirse, y llevar las cabezas cubiertas, los hombres con *chucos*, especie de gorro que descendía hasta por debajo de las orejas y las mujeres con una capucha parecida á la de los frailes.

Vivían en chozas de piedra de forma cónica, cubiertas con la paja de la puna, y se agrupaban en pueblecillos que colocaban junto á los collados ya para buscar algún abrigo, ya para mejor defenderse de sus enemigos.

Los collas adoraban la laguna, las fuentes, ríos y cerros de que se creían descendientes; las llamas blancas por respeto á la que consideraban origen de sus rebaños; algunas estrellas que conceptuaban como llamas celestes y como tales por protectoras de las de la tierra y muchos personajes que se habían distinguido en la paz ó en la guerra.

Este pueblo, de la misma manera que los antiguos egipcios, cuidaba mucho de sus sepulcros, cuya forma era la de cierta especie de torrecillas de cuatro esquinas, suntuosamente labradas y cubiertas con paja ó con lozas.

Los collas, según dice Lorente, de quien he tomado las noticias que preceden en el capítulo II de su *Historia antigua del Perú*, hablaban el aimará que parece haber tomado su origen de la misma raíz que el quechua y entre sus costumbres, sobresalían, las de quebrantar la cabeza de los recién nacidos, para alargarlas hacia arriba, de una manera monstruosa y la de no contraer matrimonio más que con las mujeres que hubiesen observado una vida licenciosa.

Otra tribu importante era la de los huancas que moraban desde los confines de Huanta en que el río de Junja, vuelve sobre su curso para formar la provincia de Tayacaja, hasta el nudo de Pasca.

Su régimen político era eminentemente republicano, aunque algo aristocrático, pues divididos en comunidades, no obedecían á ningún jefe y sólo se gobernaban por el consejo de los más principales ciudadanos.

Sus edificios eran casi cilíndricos, de gran diámetro y de considerable altura, dispuestos en hilera y separados por estrechísimos pasadizos.

Los huancas desollaban á sus prisioneros de guerra, sirviéndose de sus cueros, unos henchidos de ceniza como trofeos de victoria, para ostentarlos en sus templos, y otros, á guisa de tambores, creyendo que con esto aterraban á sus enemigos. Con este mismo fin formaban sus trompetas guerreras con el cráneo de sus perros.

Eran idólatras, pero adoraban en primer término á un sér supremo llamado Ticiviracocha, á los perros, que denominaban *aleos* y á los cadáveres de sus antepasados, denominados, *malquis*, y á los que solían tener en sus casas envueltos en pieles que dejaban percibir las facciones, y previamente embalsamados.

El matrimonio, finalmente, se consagraba mediante un ósculo que los esposos se daban en la mejilla, y las viudas de los nobles, ó se enterraban con su consorte ó llevaban por él un año de luto, trayendo cortado el cabello, vestidos negros y ennegrecido el rostro con cierta y determinada untura.

Los indios Huaras eran muy valerosos y amantes de su libertad, rigiéndose por instituciones en que su democracia no tenía que envidiar á la más republicana nación contemporánea.

Los de Huamachuco eran en extremo religiosos, adorando como su superior al llamado por ellos Catequil.

Los indios de Cujumarca se distinguieron por sus sepulcros. Lorente dice que muchos de ellos, colocados en las alturas y fabricados con grandes peñascos, se habrían tomado por cerros, y que otros se alzaban en las laderas como altas pirámides, formando una serie de pisos y con sus casas llenas de cadáveres.

Los indios de Huancabamba yacían en la más espantosa barbarie, dispersos por los campos sin orden ni concierto, y no predominando entre ellos otra ley que la del fuerte ni otro estímulo que continuas guerras para comerse los prisioneros.

Los indios de Ayabaca formaban una nación cuyos preceptos de libertad y de democracia encontrarían hoy el más entusiasta adorador de tan hermosas instituciones. No formando cuerpo de nación alguna, estaban confederados en pueblos, unos independientes de otros, y si por alguien era atacada la libertad de aquellos indios, concentraban todas las poblaciones autónomas sus fuerzas y sometíanse á capitanes libres, libérrimamente elegidos entre sus más prudentes conciudadanos y valerosos guerreros.

Los Huacrachucos, aunque menos civilizados que los anteriores, también tenían por base de sus instituciones políticas la libertad y el sistema federativo.

Los Huacrachucos se distinguían por el tocado de su cabeza, en el que resaltaba un cuerno de venado.

Los Chachapoyas era la nación india que más hermosas y esbeltas mujeres encerraba; adoraban el condor y las culebras; eran grandes arquitectos, y sus fuertes y sólidas obras, aumentando las defensas naturales, les servían mucho para cerrar el paso á las hordas feroces y temibles de la montaña.

Los Panos, tribu situada en las orillas del río Ucayalí, conservaban los hechos relativos á su historia escritos en hojas de plátanos, ya con jeroglíficos unidos, ya con caracteres sueltos. Dedicábanse mucho los Panos al estudio de la naturaleza y sostenían firmemente que de las fieras de los bosques había salido el hombre. ¿Qué significa esto sino que los Panos vislumbraron, cientos de años antes que viviese el ilustrado Darwin, la racional doctrina que éste con tantos y tan fuertes argumentos científicos sustenta?

¿No vemos en las instituciones políticas de algunos de estos pueblos progresos, muchos de los cuales aún merecen dis-

cusión y son puestos en duda por la ciencia que trata de la gobernación de los pueblos?

Y si al comercio nos referimos, no hay que olvidar que los peruanos de la costa llevaban bastimentos á las montañas á cambio de oro y plata, y otros no temían arrojarse en los mares en sus frágiles barcas para cambiar sus tejidos de algodón y otros productos por el oro del Chocó.

La arquitectura progresó muchísimo; los vestidos componíanse de telas de algodón y de lana; la agricultura llegó á alcanzar un grado de esplendor no sobrepujado en tiempo de la dominación de los Incas, y fueron aquellos indios buenos y atrevidos navegantes.

Respecto de las artes, los primitivos peruanos practicaron hasta la perfección las del alfarero, platero y tejedor, distinguiéndose entre sus manifestaciones artísticas los *guaqueros* ó vasijas para beber, tanto por sus materiales y esculturas como por sus artificios.

Esta es, pues, la prueba de que si los Incas durante su imperio hicieron adelantar algo la industria y el comercio, en cambio privaron á los peruanos de sus liberales y democráticas instituciones, pues como dice un historiador del Perú, los primitivos habitantes de este país estaban regidos antes de ser sometidos por Maneo Copae por una confederación de pequeñas pero florecientes repúblicas.

Las clases elevadas del Perú civilizáronse algo con los Incas, pero en cambio el pueblo perdió su independencia, sumergióse en la barbarie y en la más opresora esclavitud.

RADESAL.

GUSTAVO A. BECQUER [1]

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO

VI

(CONTINUACIÓN)

Muchos censuran la métrica del poeta hispalense; otros, en cambio, están enamorados de ella. Buena prueba de esto son los numerosos imitadores que ha tenido bajo este concepto. Es una especie de métrica libre, pero dulce, lánguida, sentida; una métrica llena de voluptuosidad y de ternura, de luces y penumbras, de arrullos y cadencias, de vagas melodías y de melancólicos y purísimos amores. Con ella expresa Gustavo de una manera admirable las poéticas tristezas de su mente, los intensos dolores de su espíritu ansioso de una felicidad imposible, y los amargos pesares que encerraba en los senos recónditos del pecho. Soy, en la parte relativa á la forma, partidario de los clásicos; mas no por eso dejo de admirar la métrica del poeta sevillano, que bien empleada, resulta á veces mucho más hermosa que ese constante apego á la forma, rutinarismo que se impone, aprisionando al genio dentro de un círculo de hierro é impidiéndole que desplegue sus alas y se remonte al infinito. Bajo este respecto, nada hay reprensible en Becquer, como tampoco lo hay en el ilustre au-

---

(1) Véanse los núms. 549 y 554 de esta REVISTA.

tor del *Intermezzo*. Eran dos almas melancólicas, dos corazones solitarios, dos bardos tristes que necesitaban expresar sus dolores, y prestándose á ello este metro, se sirvieron de él.

Entre los versos de Gustavo, menos conocidos de lo que merecen serlo, figuran dos composiciones que han logrado popularizarse en extremo. Yo recuerdo haberlas escuchado en mi niñez muchas veces de los labios de una pobre campesina, que no llegó á sospechar nunca lo mucho que valían y el preciado tesoro de ternura que encerraban. Ya entonces, sin poder darme cuenta del por qué, se verificaba en mi inrior algo extraño al escucharlas. Estas composiciones son, sin duda, las mejores de la colección, y por eso probablemente el pueblo, que, aunque rudo é ignorante, es un gran poeta, las conserva y retiene en la memoria como se conserva y retiene el nombre de una persona querida, como se conserva y retiene el recuerdo de los primeros amores ó como se conserva y retiene el último adiós de un moribundo. Una de estas composiciones es un canto lúgubre, un eco plañidero y gemebundo, un suspiro que brota del corazón del poeta al pensar en la paz solitaria de los muertos. Todos los versos de esta composición respiran un profundo sentimiento; todos son como el asunto lo requiere; todos llevan el sello de un dolor infinito, y logran conmovernos hondamente. Pero hay dos ó tres más fúnebres aún que todos los demás; dos ó tres que pintan con colores más fatídicos la inmensa amargura del poeta en aquella hora suprema, cuando se encuentra en presencia de un cadáver, envuelto en la penumbra densa, rígido, mudo, inmóvil, silencioso, escuchando el doblar de las campanas, el doliente y acompasado tic-tac del péndulo de un reloj y el ruidoso chisporroteo de los moribundos cirios.

La otra composición no versa sobre un asunto tan lúgubre como ésta; pero es casi tan sentida como ella porque toca al poeta más de cerca. La primera parece una de esas noches de invierno sin luna y sin estrellas, y la segunda es como una de esas noches de otoño, plácidas, melancólicas y vagas, cuando la hostia sagrada de los mares, paseando solitaria

por el azul firmamento, semeja una hermosa virgen que sufre las tristezas de algún amor desgraciado. La primera, á pesar de estar escrita en versos de pocas sílabas, es lúgubre, solemne y majestuosa, como el terrible *memento* que pronuncia el sacerdote el miércoles santo, cuando al imponer sobre nuestras cabezas la ceniza nos recuerda que somos polvo y que en polvo hemos de convertirnos. La primera parece inspirada bajo las sombrías bóvedas de un templo, escuchando los últimos ecos del *De profundis*, que flotan y se pierden en una atmósfera enrarecida de incienso; pero la segunda, sin ser tan majestuosa y severa, también nos logra impresionar muy vivamente, porque expresa una pasión y una languidez infinitas. Es el último adiós del poeta á sus amores. He aquí cómo empieza:

«Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y otra vez con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha á contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres,
Esas... no volverán.»

Habla después de la vuelta de las madreselvas tupidas que habían de escalar las tapias del jardín de su adorada, y termina con este dulcísimo arranque de ternura:

«Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará.
Pero mudo y absorto, y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido..., desengáñate,
Así no te querrán.»

¡Ah! Al llegar á este último verso mi alma se ha identificado con la del poeta, y he buscado la soledad y el silencio para llorar en secreto, sin avergonzarme, lejos del mundo,

que juzga pusilanimidad y cobardía la verdadera grandeza del corazón. ¡Ay del que no puede llorar! ¡Ay del que tiene ya secas las fuentes del sentimiento! Ese, aunque pase á nuestro lado sonriendo, aunque parezca feliz, lleva dentro de su pecho un infierno y en la frente el sello de la desgracia. Los dolores físicos se curan muchas veces radicalmente; pero los dolores morales no se curan nunca; por eso hay un proverbio tan popular como profundamente filosófico, que dice: «Tarde se olvida lo que bien se quiere.»

Gustavo era uno de esos seres que vienen al mundo para vivir en lucha eterna con el deseo; un corazón hambriento de cariño; un alma cándida y buena, llena de ternura, que soñaba con una felicidad que no pudo alcanzar nunca; un bardo forjador de maravillas, que todo lo inundaba de tristeza con sus cantos y lamentaciones, y un desheredado de la fortuna, que, acostumbrado á vivir en esos risueños limbos de color de rosa que creara su fantasía, se sintió hondamente lastimado al contemplar la triste perspectiva de este mundo miserable en que vivimos, de este hervidero de pasiones brutales y mezquinas, de este océano sin fondo de prosa y egoísmo.

*
* *

Si podemos juzgar de las personas por sus obras, es indudable que tenemos que reconocer en el vate sevillano un corazón generoso dispuesto siempre al perdón y un alma noble y levantada. Cualquiera que lea sus escritos con algún detenimiento sacará estas deducciones, pues en ellos se reflejan sus aspiraciones y sentimientos, sus alegrías y sus dolores. Yo creo al poeta cuando dice:

«Si de nuestros agravios en un libro
Se escribiese la historia,
Y se borrase en nuestras almas cuanto
Se borrase en sus hojas;

¡Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho
Tu amor huellas tan hondas,
Que sólo con que tú borrases una
Las borraba yo todas!»

***

La idea de la muerte fué una de las cosas que más preocuparon al vate hispalense. Huellas de esta preocupación se descubren en sus escritos á cada paso: en la última de sus composiciones, en aquella tan sentida y tan lúgubre que empieza:

«Cerraron sus ojos,
Que aún tenía abiertos,
Taparon su cara
Con un blanco lienzo,
Y unos sollozando,
Otros en silencio,
De la triste alcoba
Todos se salieron.»

en el prólogo de sus *Obras*, en la más hermosa de las cartas que escribió durante su enfermedad, desde el monasterio de Beruela á sus compañeros de redacción en *El Contemporáneo*, y en los siguientes versos, que son tan bellos como tristes:

«Cuando la trémula mano
Tienda, próximo á espirar,
Buscando una mano amiga,
¿Quién la estrechará?
Cuando mis pálidos restos
Oprima la tierra ya,
Sobre la olvidada fosa,
¿Quién vendrá á llorar?»
. . . . . .
. . . . . .

***

Becquer ha oficiado también algunas veces de crítico. Entre sus mejores cosas en este género merece citarse el prólogo que escribió para un libro de cantares, compuesto por su amigo Augusto Ferrán y Forniés. Agrádame, sin embargo, más como poeta que como crítico. Limitándome á este prólogo, debo decir que, aunque la mayoría de los cantares que hay en el libro de Ferrán son bastante populares y sentidos, no los creo, á pesar de esto, merecedores de los encomios que el poeta les tributa. Tratándose de este asunto, no debemos olvidar nunca que eran íntimos amigos el autor y el prologuista, razón por la cual no es extraño que éste se dejara arrastrar por el apasionamiento, como sucede casi siempre en casos semejantes. En el poeta sevillano estaban aunadas la modestia y la benevolencia, distintivos esenciales del verdadero mérito, y, teniendo en cuenta la última de estas cualidades morales subjetivas, el menos avisado comprende, sin necesidad de torturar su inteligencia, que el prólogo de Becquer, lleno de primores y gallardía, no puede servir de norma para que nos lleguemos á formar un juicio exacto de los talentos que éste tuviera como crítico. Yo creo que no debió ser un crítico de los adocenados, pues considero en extremo difícil que un hombre que siente y expresa la belleza de una manera tan hermosa, no tenga el talento suficiente para conocer lo que avalora ó deprime las producciones literarias de los demás. No sería un crítico erudito; serían sus juicios puramente subjetivos; no miraría las cosas por el prisma de la razón fría y severa, como hace el preceptista; veríalas como las ve el poeta: por el prisma de la estética; pero es seguro que encontraría en esas obras que juzgaba algo que sólo encuentra el poeta, y que ni siquiera adivina el retórico, mal que les pese á los tratadistas de literatura preceptiva, empeñados en reducirlo todo á reglas que para nada sirven la mayor parte de las veces. La Retórica, con todo ese fárrago de figuras, producirá buenos preceptistas, y tal vez algunos eruditos á la violeta; pero nunca podrá producir buenos críticos ni buenos poetas. Gómez Hermosilla, distinguido humanista,

justifica la doctrina que estoy sustentando, con la supremacía que concede á Moratín sobre todos los poetas de su tiempo. Pasaron, sin duda, inadvertidas para el docto humanista las poesías del presbítero Sr. Reinoso, los grandiosos y sublimes arranques de los épicos Quintana y Nicasio Gallego y las tiernísimas églogas del dulcísimo vate extremeño D. Juan Meléndez Valdés, conocido en el mundo literario con el seudónimo de Batilo.

Si los juicios de Gustavo no son todo lo exactos que debían, estas inexactitudes no están motivadas por su falta de gusto, sino por la bondad de su alma enemiga de censurar, por su ingénita y proverbial benevolencia que le llevaba siempre á engrandecer lo pequeño y no á empequeñecer lo grande como algunos otros críticos capaces de encontrar manchas hasta en el disco del sol. En esto se parece Becquer al continuador de *El diablo mundo,* de Espronceda, al honrado escritor Miguel de los Santos Alvarez, alma sin hiel, corazón noble y generoso lleno siempre de benignidad y de clemencia. Sin embargo de lo dicho, la autoridad del poeta sevillano como crítico no me inspira tanto respeto como la autoridad de Heine, pues éste, además de ser un gran poeta como Gustavo, es también un crítico eminente y muy conocedor de la literatura española.

***

Becquer era un alma solitaria y melancólica, acostumbrada á vivir en las hermosas regiones del idealismo, y no es extraño por tanto que el prosaísmo de la vida real engendrara en su espíritu esa espantosa misantropía de la cual están impregnados sus escritos. El mismo nos demuestra sus tendencias idealistas cuando asegura en el prólogo de sus *Obras* que por su imaginación cruzaban mujeres que habían pasado ya y otras que solo habían existido en su mente. Y en una de sus composiciones dice:

«Yo no sé si ese mundo de visiones
Vive fuera ó va dentro de nosotros
Pero sé que conozco á muchas gentes
A quienes no conozco.»

Aunque cuando el poeta hispalense apareció en el mundo literario había pasado ya el período álgido de la lucha entre románticos y clásicos, él, que hubiera podido ser ecléctico, se adhirió á la primera escuela, donde militaba Zorrilla y donde había figurado el malogrado autor de *El diablo mundo;* pero no fué romántico como Espronceda, pues éste profesó el romanticismo solo en el fondo, siendo por su forma irreprochable un vate eminentemente clásico. La voz severa de su egregio maestro el docto D. Alberto Lista, impidió á Espronceda caer en esas incorrecciones de forma que vemos en los partidarios del romanticismo, escuela duramente censurada por Hermosilla y otros preceptistas, y que sin embargo, ha producido obras de indiscutible mérito. No quiero decir con esto que todos los buenos poetas hayan sido románticos, pues podrían contradecirme con las obras de Lista, Moratín, Quintana y Nicasio Gallego, obras que servirán de modelos eternos á la juventud estudiosa; deseaba manifestar solamente que en medio del desaliño de los románticos se descubren rasgos bellísimos como podemos observar en Byron, Shakespeare, Goethe, Dante y otros muchos. Así vemos que en Becquer no hay la pureza de dicción, la admirable estructura métrica ni el atildamiento que caracteriza á los clasicistas; pero hay en cambio en el fondo de sus *Rimas* primores que compensan estas deficiencias puramente externas. Al romanticismo debemos el inapreciable tesoro de nuestra poesía popular. El desenterró del polvo las sencillas y poéticas tradiciones de la vieja España. El inspiró el *Don Alvaro*, del duque de Rivas; *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y *El trovador,* de García Gutiérrez. El cooperó con Zorrilla á la resurrección de *El D. Juan,* de Tirso de Molina, y creó obras mil imperecederas.

De la misma manera que en España, el romanticismo ha

dejado de sentir su influjo en todas las naciones de Europa y particularmente en la culta Alemania, donde la poesía subjetiva ha adquirido un desarrollo extraordinario, como acaso sucederá más tarde en nuestra península, donde ya ha empezado á revivir con los escritos de Espronceda, Arolas, Becquer, y con las tradiciones de nuestro inmortal Zorrilla, padre del romanticismo español y poeta inspiradísimo que al son de su lira de oro arrobó, cautivó y adormeció á la juventud en éxtasis y deliquios inefables, divinizando el amor, poetizando á la mujer, cantando las bellezas de la religión y trazando cuadros donde su mágico pincel ha copiado los reflejos del iris y los brillantes colores del oriente. La poesía subjetiva que hace ya mucho tiempo permanecía muda en España, merced á la coacción ejercida sobre los espíritus por autoridades reaccionarias, ha empezado á levantar su voz en nuestra patria, teniendo, como dice el Sr. Rodríguez Correa, por sacerdotes de su culto hombres libres.

VII

Todas las poesías de Becquer son cortas, en lo cual tiene mucha analogía y semejanza con los alemanes. Se comprende bien que sean tan poco extensas, porque el sentimiento que en ellas palpita no puede sostenerse mucho tiempo; pero es verdaderamente admirable que en estas composiciones microscópicas esté condensado un pensamiento capaz de llenar grandes poemas. Parecen los tristes gemidos de un violín cuando suena acompañando al Oficio de Difuntos; acordes lastimeros que llegan al alma como la última sonrisa que nos envía nuestra madre moribunda ó como el recuerdo del beso postrero que imprimimos en la frente de una persona querida. Hay en las *Rimas* amor y dolor, caridad y sacrificio, abnegación y martirio. Son bellas como el *Génesis*, dulces como el *Cantar de los cantares*, y fatídicas y tristes como el *Apocalipsis de San Juan*. En las *Rimas* flotan y revolotean junto á

las ilusiones esas azules mariposillas del alma, las mariposas negras del desengaño. Purísimos amores de adolescente, sueños de poeta, ansia de goces, fiebre de cariño y deseo de una perfección imposible, todo esto respiran esas composiciones tan dulces y tan tiernas, tan tristes y tan hondas, tan vagas y melancólicas. Tienen la belleza de la primera sonrisa de la creación, la brillantez del primer rayo de sol que iluminó el paraíso, la tristeza del arpa santa de Jeremías y la poética languidez de una tarde de otoño brumosa y obscura.

tom CXLI 1892

***

No es Gustavo un poeta místico; no es un vate abrasado de amor divino como Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, pero es un verdadero creyente á pesar de sus alardes de escéptico. Siente atormentada su alma por horribles torturas, mas tiene un corazón bastante grande para sufrirlas; y, si se queja, lo hace de una manera dulce, blanda y delicada, arrancando lágrimas de nuestros ojos, conmoviéndonos y llenándonos de compasión; pero nunca inspirándonos desprecio.

Dije antes que entre Becquer y Heine existe mucha analogía, que tienen muchos puntos de contacto estos dos grandes poetas; mas no señalé las diferencias, que á mi entender les separan, y esto es lo que voy á hacer ahora aunque sea de una manera superficial y ligera.

En el *Intermezzo*, que es donde algunos dicen que Becquer se ha inspirado, está de relieve la diferencia que hay entre los dos poetas. En este maravilloso poema, Heine es unas veces tierno y sentimental, alegre y dicharachero otras, y muchas estravagante, excéntrico, irónico é incisivo. No es tan consecuente en sus sentimientos como Becquer. Éste siempre diviniza á la mujer y la tributa una especie de adoración, y Heine tan pronto la lleva al cielo como la arrastra por el fango. Unas veces la adorna con las perfecciones del

ángel y otras abomina de ella y la escarnece como si fuera el más execrable de los demonios. En el *Intermezzo* hay composiciones que superan en belleza á todas las que Becquer trae en sus *Rimas;* mas tiene algunas sobrado frías y prosáicas. En las poesías de Gustavo se refleja la bondad de su alma, su ternura incomparable semejante á la de Tíbulo, el más tierno de los líricos latinos, su exquisita sensibilidad parecida á la de Schiller, su amor platónico como el de Dante y el Petrarca, y sobre todo su resignación y su modestia, su fe y su esperanza. En el *Intermezzo* palpita la presunción vana y el loco orgullo de Heine, su desesperación y escepticismo, y la amarga ironía que vertió en su alma la filosofía volteriana. Tal vez de este contraste que hay entre los dos grandes poetas nace la estimación distinta que se les profesa. Nosotros, los españoles, siempre tenemos para Becquer un recuerdo ó una lágrima, mientras que los alemanes, aunque admiran al autor del *Intermezzo,* maldicen y execran la memoria de este poeta, que según el sentir de un distinguido crítico, es, después de Goethe, la figura más grandiosa de Alemania. El mismo Heine hace su retrato cuando dice, «que es un ruiseñor que ha fabricado su nido en la peluca de Voltaire».

Como ejemplo del sentimentalismo de Heine copio este verso suyo, vertido al castellano por D. Manuel María Fernández y González:

«Entierran al suicida comunmente
En una encrucijada,
Una flor azulada
Nace allí, que la gente
Llama la flor del alma condenada.»

Describiendo una tempestad á bordo, termina de esta manera:

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
«Del camarote salen infinitos
Rezos, clamores, maldiciones, gritos
En espantosa y ruda algarabía.
Yo, al mástil con mis fuerzas agarrado
Me digo enajenado
¡Mejor por cierto en casa me estaría!»

Terminar una composición tan bella como ésta con un rasgo bufo, cosa es, que solo puede ocurrírsele á un poeta tan extravagante como Heine.

Así como la composición que acabo de copiar tiene muchas, las cuales indican sobradamente la diferencia que hay entre el vate prusiano y el poeta andaluz. Y si alguno quiere enterarse de esto, con más detención, puede consultar la obra titulada *Joyas prusianas*, donde el distinguido escritor D. Manuel María Fernández y González, ha vertido al castellano tres poemas de Heine: el *Intermezzo, Regreso* y *Nueva primavera.*

***

Hay en los escritos de Becquer cierto pesimismo lánguido y desconsolador, engendrado tal vez por la triste impresión que producía en su alma naturalmente melancólica el prosaismo de la vida real que despoetizaba los sueños hermosos de su fantasía, cubriendo de negras nubes aquel cielo tan alegre como azul por donde paseaban antes los brillantes fantasmas de su imaginación, y llenándolo todo de lobreguez y penumbra. No entraña este sombrío pesimismo falta de fe en la otra vida; signo es de abatimiento profundo, de malestar general, de cansancio indefinible; indica dolores secretos, luchas sordas, fiebre de goces imposibles, ansia de algo que sabe que no ha de poseer nunca; de algo que había soñado y

que al querer estrecharlo se aleja lentamente, como si sintiera abandonar el espíritu del poeta donde había vivido tanto tiempo; mandándole el beso de despedida, y dejando en su lugar el reflejo de su belleza inmaculada y la plácida calma del dolor producido por su ausencia. El poeta presiente la muerte cercana de sus ilusiones, y al darlas el último adiós solloza, suspira y arranca de las cuerdas de su arpa las vibraciones más dulces y armoniosas, más tristes y sentidas, más blandas y lastimeras, á la manera del cisne que al ver próximo su fin, entona un canto armonioso y delicado, lamentando su muerte y conmoviéndonos con sus tristísimas y melancólicas congojas. Huelga por tanto que sobre este tiernísimo poeta se aventuren juicios y se emitan opiniones que convendrían mejor á Espronceda y á Quintana, á Lord Byron y Leopardi, á Heine, á Núñez de Arce y á otros muchos. Gustavo es un vate dulcísimo como Lamartine, apasionado como Arolas, tierno y sentimental como Musset, Querol y Rosalía de Castro, y delicado como Grilo, pero no el Grilo de ahora, no el poeta palaciego y adulador que sólo escribe insustanciales vulgaridades sin inspiración ni gramática, sino el Grilo de *Las verbenas* y *Las ermitas de Córdoba;* el Grilo que ha escrito composiciones tan bellas como las intituladas *El invierno*, *Las golondrinas*, *A mi madre*, *La hermana de la caridad* y otras muchas que son hermosísimas; el Grilo que tiene un alma parecida á una sensitiva, un alma de mujer; el Grilo á quien yo amo mucho, á pesar de que hace bastante tiempo dijera de él un vate maleante y repentista:

«Es el señor de Grilo,
Un poeta de algodón con vistas de hilo.»

***

La composición que Gustavo señala en sus *Rimas* con el número LIII, es una de las que han tenido más imitadores. Yo recuerdo haber visto cerca de sesenta poesías imitándola;

mas no he tenido paciencia para acabar de leer ninguna de estas composiciones llenas de vulgaridades y prosaismo. La forma de Becquer reviste suma sencillez y en este concepto puede imitarse fácilmente; pero el sentimiento que sus versos respiran, ese, no puede imitarse nunca, á no ser que el imitador esté adornado de las altas dotes poéticas del malogrado autor de *Rimas*.

Otra de las poesías de Becquer, que también se ha imitado mucho, es la que figura en sus rimas con el número LXXIII. El poeta se propuso al escribir esta hermosa y melancólica composición, pintar el profundo desconsuelo que sentía al pensar en la triste soledad de los muertos. Todos los versos de esta composición respiran un sentimentalismo que llega al alma; pero sus imitadores cansados sin duda del tono elegíaco y llorón del poeta, se han servido del mismo metro, de igual número de sílabas y hasta casi de las mismas terminaciones que él para expresar afectos enteramente opuestos á los suyos.

En este mismo sentido han sido imitadas muchas de sus composiciones poéticas. Siendo Gobernador de Madrid el señor Aguilera, recuerdo haber visto en un periódico satírico la caricatura de este señor, y debajo este verso:

«Hoy el cielo y la tierra me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy he visto á Aguilera de uniforme
Y estaba atroz.»

Las dos primeras líneas son de las *Rimas* de Becquer: en lugar de las otras dos que el periodista emplea, el poeta sevillano dice:

«Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado,
Hoy creo en Dios.»

¡Qué diferencia tan grande entre lo que dijo Becquer, lleno de fe, de dulce ternura y poético consuelo y lo que escribió en su lugar el periodista! Notable contraste ofrece por cierto, esta mezcla de romanticismo y bufo, este extraño ma-

ridaje de risas y de lágrimas, esta amalgama de sentimentalismo, ternura y chocarrería.

***

El poeta sevillano, como la mayoría de los escritores que viven alejados de la atmósfera caldeada y deletérea de la política, era pobre. Para ganar el sustento tuvo que trabajar mucho. A este fin redactó infinidad de artículos, políticos unos y literarios la mayor parte. Tradujo novelas francesas y escribió zarzuelas; pero ninguno de estos trabajos puede ponerse en paralelo con sus *Rimas;* porque en las *Rimas* habla el hombre que se siente artista, habla el poeta que siente arder en su cerebro mares de luz, y habla el genio que se remonta al cielo y desde allí canta fascinándonos, enloqueciéndonos y poetizándolo todo con la magia irresistible de su arpa de oro, donde duerme un mundo de ilusión y de tristeza, de amores y armonías, de fuego y entusiasmo, de sueños y arrebatos, de noches y de auroras. En las *Rimas* ha quedado algo del alma y el corazón del poeta, lo cual no sucede en la mayoría de los demás trabajos que indudablemente han sido hechos con mucha precipitación y acaso sin que el vate sintiera nada de lo que allí dejó expresado.

Aunque le gusta más producir en nosotros impresiones tristes que arrebatos y trasportes de alegría, no por esto es aficionado á describir espectáculos terroríficos que contristan y llenan de pavor el alma. No hay por consiguiente en sus versos patíbulos ni venenos, puñales ni tempestades, procedimientos espeluznantes de que se abusa en la moderna dramaturgia y que están más en armonía que con el carácter é inclinaciones del poeta sevillano con Espronceda, Byron, Milton, Echegaray, García Tassara y otros muchos.

La impresión que la lectura de sus versos nos produce es triste, pero su tristeza es de otro género; más sentimental y apenadora aunque menos fatídica y pavorosa. Padece una

melancolía incurable y en todas sus *Rimas* hay algo de esta melancolía que sabe herir las fibras del hombre menos impresionable y delicado, dejando en el fondo de su espíritu un reflejo de lo que sentía el poeta, á la manera del sol que al sepultarse en los mares de Occidente deja en el ocaso el vivo reflejo de su lumbre: un torbellino de chispas microscópicas impalpables y luminosas que al desprenderse de su rubia y encendida cabellera semeja ese brillante y menudo polvo de oro que esmalta las alas de las mariposas; el nimbo dorado que ciñe la frente inmaculada del querube.

Presenta sus poesías tan despojadas de adornos que parecen esqueletos; pero esqueletos que viven y pasean, que sienten hondamente. Hay sin embargo en estas composiciones, que tienen algo de la concisión bíblica, algunas cuyo colorido nos recuerda los brillantes paisajes de Villaamil; otras cuya indefinible tristeza trae á nuestra memoria los dolorosos y conmovedores cuadros de Van-Dyck y las melancólicas endechas del bachiller Francisco de la Torre, y muchas cuya ternura y apasionamiento nos habla de las baladas de Uhland, de las églogas de Garcilaso de la Vega, de los versos de Musset y el Petrarca y de las composiciones de Schubert y Lamartine.

***

Jamás el vate sevillano impetra el favor de las musas ni menciona el Parnaso, el Pindo, el Taigeto ó el Helicón. Carecen por tanto de invocación todas sus poesías. ¿Mas qué falta le hace pedir auxilio de nadie á quien como él siente tanto y tan hondo? Bástale mostrarnos su alma; bástale hablar algo de lo que lleva en el fondo de su pecho para cautivar nuestra atención y hacer que le escuchemos como si fuera un oráculo: con cariño mezclado de respeto y admiración; como se escucha la relación que hace de sus desgracias é infortunios una persona á quien queremos mucho, llorando

cuando el poeta llora; gozando cuando el poeta goza; amando cuando el poeta ama y soñando cuando él sueña.

Leyendo las *Rimas* nos identificamos con él. Éstas llegan hasta el fondo de nuestra alma cargadas de voluptuosidad y languidez, de recuerdos y ternura, y al escuchar el blando aleteo de sus melancólicas caricias, nos admiramos al sorprender en el vate sentimientos que creíamos pura y exclusivamente nuestros. Así vemos que aunque el poeta sevillano no emplea la invocación, consigue interesarnos desde la primera línea que escribe; este interés no decae en el transcurso de la composición y al terminar su lectura sentimos que sea tan breve.

No hay en las *Rimas* ese mar de palabras sonoras que otros poetas emplean para cubrir con los brillantes resplandores de tan lujoso atavío la falta absoluta de fondo, la carencia total de pensamiento; á la manera de torpe y gastada meretriz que pretende ocultar las arrugas que el vicio ha impreso en su rostro con enjuagues, afeites y cosméticos. De esta especie de churriguerismo poético no se notan en los escritos de Gustavo ni aun los más ligeros síntomas de contagio, pues él sabía muy bien que semejante lenguaje que seduce y fascina á los indoctos trae consigo el desprecio de las personas cultas que distinguen perfectamente el oro purísimo del vano y simple oropel, y los colores del iris de esos coloretes chillones y abigarrados que dan á las obras literarias alguna semejanza con esas imágenes que encontramos en muchas iglesias con la cara embadurnada de rabioso carmín, los dedos llenos de sortijas, y cargadas de flores de trapo y cintas de colorines. Una elegante sencillez que presta cierto encanto; un laconismo que expresa y revela mucho, y un sentimentalismo lánguido y lleno de pasión y de ternura, todo esto se respira leyendo las *Rimas*.

VIII

En el fondo de los versos de Gustavo vibra el eco de un deseo acariciado en secreto, el eco de los gemidos que lanzó un corazón lleno de espinas; el eco de las horribles amarguras de un alma delicada y soñadora que se remontó al cielo de las ilusiones para caer después como Icaro, despeñada en el mar sin fondo del infortunio, en el piélago insondable de una misantropía espantosa que le hizo prorrumpir en torrentes de tristísima armonía.

Libó la copa del amargo desengaño con la invencible fortaleza de los mártires, y en sus *Rimas* se refleja algo muy parecido á esa enfermedad moral que un publicista ilustre, jurisconsulto eximio y celebérrimo orador de las Constituyentes, muy conocido por sus ideas integristas llamó *inapetencia de espíritu*.

Las *Rimas* nos sirven de consuelo en nuestras solitarias tristezas haciendo que olvidemos por un instante las miserias que nos rodean. Yo siempre que las leo experimento un bienestar indefinible, y desprendiéndose mi espíritu de la cárcel de la materia donde yace aprisionado, se remonta á regiones más puras y serenas en compañía del espíritu del poeta.

***

El Sr. Martínez Medina, joven poeta con ribetes de escéptico, ha publicado varias composiciones en las cuales imita á Becquer con alguna fortuna. En su libro intitulado *Góticos* y dedicado á Verdes Montenegro, otro poeta escéptico, pero de muy mal gusto y rimador al estilo de Carulla y Sañudo Autrán, hay algunas bastante bellas, figurando entre las mejores las que el autor denomina becquerianas. Flota en estas breves poesías un dejo melancólico que trae á nuestra me-

moria los versos del poeta sevillano, pero no está tan acentuada la nota triste en aquéllas como en éstos. Esta diferencia depende probablemente de la diversidad de temperamentos de los dos autores. Basta hojear el libro *Góticos* para convencerse de que el Sr. Martínez Medina guarda en el fondo de su corazón algún recuerdo, tal vez la historia de una pasión desgraciada. Pero en vez de sufrir con paciencia, como lo hace Becquer, pulsa la lira de Heine, y aunque á veces sabe arrancar de sus cuerdas lágrimas y suspiros, otras desesperado por el dolor frunce los labios y deja que se dibuje en ellos la mueca horrible de la ironía volteriana, y otras pretende emular el filosofismo zumbón y maleante de Campoamor, que según el sentir de un crítico, que aunque joven, ha dado ya gallardas muestras de su ingenio, no es tal filosofismo, sino un humorismo puro, una filosofía *sui géneris*. Los tres poetas que el autor de *Góticos* toma como modelos, son tres genios, y como para seguir al genio se necesitan grandes vuelos, el Sr. Martínez Medina queda un tanto rezagado; pero tiene alma verdadera de poeta y figura en primera línea entre los imitadores de Becquer.

No puede decirse lo mismo de ese millón y medio de poetastros románticos y detestables que dicen que llevan en su cabeza un mundo de ideas y no se encuentra una para un remedio siquiera; llorones eternos que buscan las sombras y los cementerios; bohemios melenudos de pálida faz y mirada soñolienta que han formado su sentimiento estético leyendo algunas de las destartaladas novelas de nuestro Fernández y González; imaginaciones felices pero extraviadas que sólo abortan delirios y fantasmas; cantores eternos de brumas, celajes, crepúsculos y amores imposibles; bardos que empiezan por escribir una oda al mar y terminan por convertirse en revisteros de un periódico de cuarto ó quinto orden; soñadores impenitentes que corren febriles hacia el templo de la gloria creyendo cosa fácil penetrar en su recinto; almas solitarias que reniegan del prosaismo de la vida real declamando contra las injusticias del mundo y de los hombres, y

jóvenes de veinte años que parecen viejos cuando hablan de sus primeros amores, de la muerte de sus ilusiones, de la falsedad de las mujeres y de otra porción de lindezas de este género que están reclamando un varapalo del inolvidable Fígaro. Muchas de estas cosas las dice Becquer, pero con naturalidad, con espontaneidad, sin esos arrebatos y vuelos falsos de sus émulos, que más bien que vuelos de águila parecen vuelos de gallina; sin ese churriguerismo poético, sin esa carencia absoluta de sindéresis, sin esas declamaciones tan estúpidas como ridículas, sin esa aglomeración de puntos suspensivos que no significan nada en concreto; sin esa falta total de sentido, tanto común como artístico, y sin esa idea falsa de la verdadera estética. Becquer ve claro, muy claro; adora la ilusión, pero no tanto que ésta llegue á oscurecer su vista, y sus imitadores todo lo ven á través del espejismo.

VALERIANO BARRERO AMADOR.

(Continuará.)

EVOLUCIÓN TEATRAL

Son muchos los críticos que repiten con razón evidentísima, que el Teatro español no está ni pobre ni decadente y el ilustrado Sánchez Pérez, no ha mucho, en uno de nuestros más populares periódicos, lo aseguraba así con toda la autoridad de su ilustración y de su talento.

A nosotros nos parece que en el Teatro nacional ocurre lo que en todas las épocas de transición en que la incertidumbre reina y la duda se enseñorea. En época de transición y de transición brusquísima, está nuestro Teatro.

La moderna teoría filosófico-social que si solo en Francia no nace, en Francia reside, y se extiende y populariza, como en nación adelantada, abierta á todas las ideas y á todos los progresos y campeona siempre de todas las innovaciones trascendentales y atrevidas; teoría aquélla que en el *documento humanismo* encarna y que con la extensión y libertad que la novela permite, cultiva la literatura zolesca y con la no más pequeña audacia de frase y de concepto que tolera el espíritu francés, propaga el teatro de los Dumas y de los Sardou; formando así lo principal y la base de escuela y procedimientos que pueden llamarse de información humana en que á los viejos convencionalismos románticos, y á las pasiones falsas y extremas y aparatosas; y al enredo emocional y enmara-

ñado; y al lirismo, hermoso, hueco y efectista; y á los tipos bellísimos, pero ideales, y á las pinturas, aunque inmortales, imaginarias, han sucedido la disección moral, con sus crudezas; la verdad, con sus desnudeces, y la exacta copia de las pasiones con sus amarguras, y el traslado de los vicios con su pesadumbre sobre el espíritu, y el documento humano, en fin, con su pesadumbre sobre el espíritu y la materia.

Cambio tan brusco en el fondo produce el mismo cambio en la forma, y á la variación de procedimiento acompaña la variación de resultado. Ha dado el pensamiento, en esta cuestión, una sacudida que arranca á sus productores de las añejas trabas... Hoy, para producir un drama ó una novela, antes que consultar á los clásicos, se estudia á Lombroso; antes que ir al teatro se va al Hospital, y primero que por la obra de Racine, se interesa el autor en Francia, por la clínica de Chavert.

Al planear un asunto se prescinde de lo que antes se miraba como factores solos y exclusivos de la emoción estética y cuando se pinta una niña de quince años nadie se cura de atribuirle pureza de sentimientos, ni caudal de adolescencia, ni mirada de ángel, ni rostro de diosa, ni cabellos de oro; sino de estudiar la historia fisiológica de sus supuestos ascendientes y la influencia de esa historia sobre su organismo, y la pobreza ó exuberancia de su sangre, y la potencia ó laxitud de sus nervios, y todas las deficiencias de su cuerpo, y todas las singularidades de su temperamento; y no se le atribuye ningún afecto ni ninguna pasión, si disecada fibra por fibra y registrada célula por célula y hasta medida la sangre y hasta pesado el cerebro, la constitución no ha dicho: «esto puedo dar». Así hoy, los tipos que la literatura francesa nos presenta no deben mirarse como creaciones ideales, sino como objetos de enseñanza y de consulta arrancados á la naturaleza; viniendo á ser la producción artística, no capricho del genio, sino reproducción de un estado morboso que si se mira con detenimiento, puede reflejar por el del creado, el del creador.

Merced á este exclusivismo de teoría y de escuela se ha

convertido la literatura francesa en vasta sala de disección, cuando prepara, y en tratado de patología cuando produce.

***

El arte, que siempre ha buscado mucho de su inspiración en la Ciencia, se inspira y guía en la actualidad única y exclusivamente por ella, tal vez obedeciendo á predilecciones propias, tal vez al gusto del público moderno, ansioso de saber del que una parte, la más ilustrada, quiere contemplar la Ciencia en las artes por hallarla en cuanto mire y la otra, menos culta, por aprenderla en forma más fácil y propia para penetrar en inteligencias que no tienen la preparación de serios estudios.

Ya pasaron los tiempos en que se cerraba el libro ó se salía del teatro contento, el espíritu si encontró en él los sabidos *recreo,* y *solaz* y *esparcimiento.* A todo esto, y mejor que á todo esto, se prefiere alguna enseñanza; y si decimos que se exige diremos, por completo, la verdad.

Los problemas jurídicos, los políticos, los filosóficos: todos los sociales llevados á la novela y al teatro, han dado cierta ilustración científica á muchos que no la tenían; han afirmado la noción de muchos derechos y deberes; han fijado muchos conceptos y opiniones y hasta han servido como de aperitivo al entendimiento, ya preocupado, haciéndole buscar en más altas fuentes, más alta ciencia, que aclare los juicios y discernimiento propios, para poder ser jueces de lo que solo fueron espectadores.

Luego, que, el progreso lanzándonos más activamente á la vida ha hecho que queramos conocer los misterios de su dinámica y de su mecánica, hasta grados, por extremos imposibles; nos preocupamos por gran manera, forzosamente de ella; la cuestión social en el tapete, fija la atención de todas las capas sociales; y el que puede llamarse problema humano, y por su tendencia y fundamentos problema diario tam-

bién que tanto es esta gran cuestión que ahora se dilucida con más empuje que nunca, de si el albedrío por completo libre, como donde la divinidad, es lo cierto ó si el determinismo y los efectos antropológicos del temperamento y la organización con los que mandan, teoría anti-deísta; ese gran problema que no es un efecto, como dicen espíritus atrasados, del relajamiento y de la perversidad, sino de afán por saber, de aplicación extrema del *Nosce te ipsvm*, ocupa á nuestra generación, que quiere discutirlo en todas partes; el sabio, en la sabiduría, y el profano en la única y mejor escuela que está al alcance de todos: el teatro y la novela.

Y como la generalidad no es la sabia á ambas manifestaciones del arte, debe nuestro tiempo que todos practiquen y conozcan la Ciencia, los problemas filosóficos principalmente, sin que, no ya su alcance, sino sin que muchos, ni aun definir sepan la palabra filosofía.

Y sin embargo, hasta en manifestaciones muy elevadas está por la vulgarización, guardada y practicándose en la conciencia de todos.

***

Y como ocurre siempre con la sabiduría, áspera al principio, deleitosísima luego, los nuevos géneros, que dosificada, la encierran, se han impuesto con fuerza irresistible y en su especialidad, del estudio psíquico y fisiológico del hombre, y sus pasiones y su temperamento han satisfecho el gusto de las gentes que estudiando ahí su enfermedad ya que no su medicina, llevadas de un afán parecido al del niño que rompe un juguete por registrar el interior, quieren ver roto y escalpelizado su cuerpo y su espíritu por el análisis y la investigación, convirtiéndose á modo de esos enfermos crónicos, que no pudiendo curarse, se complacen en contemplar y en exhibir sus llagas, en incansables exhibiduras y contempladoras de las llagas, y asquerosidades é impurezas de su organización y de su moral.

Y cuando en el teatro, en la frase atrevida y en la novela, en la pintura descarnada y seca ve reflejarse los propios honores, ora triste, ora escéptico, siempre interesado hacia la copia, exclama el hombre:—«¡Es verdad que así somos, es verdad!»

¿Que triunfan así las ideas materialistas? No es discutir eso el objeto de este artículo.

***

Vengamos á nuestro Teatro á buscar las causas de su estado actual, y dejemos desde ahora de ocuparnos de la novela, porque en ella, como ya dijimos, por su más libertad, está casi implantada la nueva manera y practicándose la analítica, psicológica, experimental, todas las variaciones, en fin, de la contemporánea.

Busquemos las causas de por qué nuestro teatro, como nuestra cultura, como nuestra literatura restante, como nuestros usos, como nuestras costumbres, como nuestro espíritu, todos tan fieles seguidores de lo francés, no ha hecho aún la evolución que á aquél nos aproxime y aximile; aproximación y aximilación que de todos modos se impone, se acerca, se ve que en más corto ó lejano plazo obrará al fin, necesaria é imprescindiblemente sobre nuestro teatro, serio, nacional.

Por nuestra parte y en estos momentos, creemos beneficiosa y hasta necesaria la influencia de esa literatura. El pensamiento francés más libre é independiente que el nuestro, se impone por la alteza de su objetivo, y por lo grande de sus conceptos, y por lo hermoso de sus atrevimientos, y por lo épico de sus audacias y por lo grandiosamente reformador y evolvente de su fin. Allí está lo racional, lo lógico, lo grande; allí está, pues, ahora, el ejemplo que seguir, que en estos contrabalanceos y alternativas de la vida y de la historia, así como acaba en un lado la grandeza para entronizarse en otro, así también la Idea, esa crema, muestra sin-

gulares predilecciones por las que cambia de un lado á otro el sitio principal y preferido para su residencia y su corte y dar desde él sus órdenes, siempre acatadas al mundo.

Y en este punto no cabe inmiscuidad de orgullos ni amores propios nacionales—el genio, por tenerlas todas, no tiene patria—que ahoguen confesiones, porque suele mandar esa recua desde donde más y mejor la llaman y si hoy desde allí gobierna, mañana regirá desde otro lado, como rigió desde aquí, cuando, para predominar por ella, tuvimos Cervantes y tuvimos Calderones.

Precisamente en el poderío y en la influencia de este grandioso Calderón y de los tan gloriosos López, y Moretos, y Rojas, y Tirsos, y Alarcones, radica el mayor impedimento para que ya nuestro teatro no haya intentado, en general, la evolución; porque la tradición en arte, como en todo, tiene mucha fuerza y ella nos enseña cómo en la dramática, nuestra grandeza no ha nacido de ninguna otra, sino que por el contrario, maestros fuimos y escuela de los demás. El teatro francés del antiguo clasicismo debe muchísimo, lo debe todo, al nuestro, de donde ha tomado su inspiración y sus modelos; y así se comprende fácilmente que en un país donde como se ha dicho há poco Galdós, el gran Galdós, (no es conocido de Zola), haya muerto un genio de este siglo necesitando los versos inmortales de Calderón de la Barca.

Orgullosísimos y con razón, de esa nuestra historia dramática; resistiéndonos á que en lo que fuimos dominadores seamos dominados, aún estamos quietos, aún nada hacemos... Hemos importado el espíritu del naturalismo francés por todas partes y permanecemos en el teatro inciertos y como en espectativa. Cobardes para el acometimiento de la reforma, apenas hemos visto algún ensayo y eso que la producción francesa invade nuestra escena, y eso que el público aplaudiéndola da incentivo á los autores, siempre naturalmente dispuestos á obedecerle.

Pero como además de esa huella con que fuertemente nos sujeta nuestro grandioso romanticismo clásico, somos por

educación y temperamento dados á lo ideal, y es nuestro teatro antiguo el de los Segismundos, y aun es el moderno, el de los Tenorios, nos seduce la legendaria grandeza y cerramos los ojos y el entendimiento y no la queremos ver ni comprender en tipo, no creado fantásticamente, sino perfil por perfil y línea por línea, copia acabada del natural.

¿Pero qué, acaso entusiasma menos una pintura caprichosa, aunque bella, que otra en que los pinceles, sin otro elemento propio que la suprema pincelada del genio, que á lo más burdo idealiza y engrandece, se hayan por completo puesto al exclusivo servicio de la realidad?

***

Ocurre aquí que si los autores temen, el público va más adelante, y ahora se debe á él la iniciativa, no claramente demostrada, porque ni él se la sabe explicar, ni los autores comprender (1). Parece que huye aquél del teatro serio y lo que anhela es que ese teatro evolucione. Así ha rechazado en estos últimos tiempos muchas obras, que no reflejaban bien su gusto y las modernas ideas, no siempre por su escaso mérito, porque algunas, aunque sin valer excepcional, pueden figurar dignamente por su fondo y por su forma al lado de otras de nuestro teatro antiguo, salvas las diferencias de épocas y de procedimientos. De esta indiferencia general solo se ha librado por su grandeza Echegaray, que es en la dramática, como Zorrilla en la lírica, el último campeón del romanticismo.

***

(1) En esto se ve un clarísimo efecto de la lucha entre nuestro temperamento y tradición dramática, con su fuerza, y las modernas corrientes con su imperio.

Ahora bien; añadiendo á la cuenta el peso de nuestras austeras costumbres religiosas, de nuestro exagerado levitismo, de nuestro atraso relativo—fuerza es decirlo—en las ideas, conservando todo esto, *cuando menos en las formas*, por una gran parte de la sociedad que contrarresta el criterio más libre y más valiente—¡quién sabe si también más sincero!—de la otra; no olvidando que ese levitismo—seguimos llamándole así sin darle apelativo más crudo—impera sobre todo en las altas clases, las conservadoras, las fuertes, las que como en todos lados son los más firmes soportes de las artes aduladoras, por fatalidad necesaria, del dinero, es preciso mucho tino, mucha cautela, en el que acometa la innovación para no herir desde el principio, muy abiertamente, digámoslo de una vez, la hipocresía.

¡La forma! ¡Guárdese la forma! Hay que dar la píldora dorada y así podremos sin miedo rellenarla de acíbar. Por ahora, hasta que le dominemos, al espectador de nuestro teatro, hay que presentarle sus vicios, sus defectos, sus crímenes, sus pasiones, sus pecados, sus caries de lo moral, sus deficiencias de lo físico, velados por delicadezas de la frase y habilidades de la forma y exquisiteces del gusto.

Si les damos unas *Vengadoras* ó unas *Esculturas de carne* procuremos hacerle adivinar, sin presenciarlo, lo más peligroso, y no pongamos todavía ante su vista el lecho adulterino, ni el hombre lascivo, ni la mujer liviana, ni la mano que juntando labio con labio y cabeza con cabeza, los haga chocar en forzada y brutal caricia, mordedura sarcástica impuesta por la indignación de la deshonra. No está preparado todavía para escena tal nuestro público, y él, que adivinará impasible y aun complacido todo aquello, se levantará indignado, si se lo ponen á la vista, para pronunciar el anatema (1).

***

(1) Si no tuviera el Sr. Sellés los méritos de su talento grande y reconocido, á nuestro pobre juicio, bastarían para acreditárselos sus in-

Mas al público, en más ó en menos grado, hay que prestarle servidumbre; pero para intentar con fruto la implantación del naturalismo en nuestro teatro, creemos que se ha de proceder de esa manera. Al adaptar la escuela debe practicarse, aunque en sentido contrario, algo parecido á lo verificado recientemente por dos escritores, en el *Teatro español* al arreglar una obra de Sardou.

Los traductores, conservando la fábula y la forma del original, variaron su fondo, que adulaba al patriotismo francés, por otro que adulaba al patriotismo español. Así pasó un arreglo, tal vez de otra suerte fracasado.

Esto es sólo una comparación: pero con la diferencia de un arreglo á una creación; con la diferencia de seguir un hombre á seguir una tendencia grande, independiente, ampliamente universal y humana, hagamos lo mismo... y lo contrario.

Practiquemos el naturalismo, según el gusto de nuestro público, según nuestra sociedad, según nuestros usos, según nuestras costumbres; tomando la tendencia y abandonando lo demás que no debe confundirse la teoría y la escuela, nazcan donde nazcan, libres y universales, con el servilismo y la copia.

A más de esto, tengamos presente nuestro estado de cultura; penetrémonos bien de la idiosincrasia nacional; burlemos habilidosamente los escarceos de la hipocresía complaciendo al par á los espíritus libres y elevados; de este modo sería pronto un hecho nuestra necesaria evolución teatral que, repitámoslo, exigen de consuno el teatro, el público y los autores.

Empresa es esta para la que se necesita genio y talento, aconsejados por el tino, factor necesario de todas las innovaciones; hace falta también su parte de atrevimiento y auda-

---

tentos fracasados para la implantación en España de la dramática naturalista.

La protesta de los públicos por *tiquis miquis* de forma, habla más contra ellos que contra el autor, y aunque aquellas obras no eran excelentes, tampoco eran malas ni rechazables.

cia. Claro que con ella sólo, nada se conseguiría, pero tengan presente nuestros autores de valer, que el buen éxito no sólo es partidario del talento, sino que se halla también con los audaces.

Y es una lástima la actual inacción, y que con historia como la de nuestra dramática; nombres como los de nuestros autores; aptitudes para la producción escénica como las que demostró siempre el ingenio español; y escritores de valer como digan lo que se diga, hay entre nosotros aquella aludida iniciación no se prosiga y el nuevo empuje se dé, y el triunfo sea y con él definitivo hecho la necesaria evolución teatral.

ERNESTO LÓPEZ.

DATOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA

DE LA ORDEN DE LOS CABALLEROS FRANCMASONES EN ESPAÑA, DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS

(Continuación). [1]

IV

A partir de esta época la Francmasonería española mudó de conducta, organizándose de nuevo, con carácter muy reservado, é imprimiendo una actividad vertiginosa á todos sus trabajos y entregándose de lleno á los fines de la Or.·. En el silencio de los TTem.·. las LLog.·. lograron reunir un numeroso personal inteligente y mejor que el que tuvo anteriormente, por que en la depuración que hizo de sus CCuad.·. eliminó á las hher.·. que no eran convenientes, ni útiles á la Or.·.

Pero la década de 1856 á 1866 fué de trastornos y muy tumultuaria en España, y la vida política repercute forzosamente en la constitución y manera de ser de todos los organismos que constituyen el país.

A los motines de Cataluña y Extremadura, en sentido socialista, precedieron en 1857 las asonadas de Arahal y Utrera; cayó la Unión liberal un año después y el partido republicano presenta el programa con que encabezaban *La Discusión*

(I) Véanse los números 515, 516, 517, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 525, 526, 527, 528, 529, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 539, 540, 541, 545, 549, 551, 552, 553, 554 y 558 de esta REVISTA.

y *El Pueblo*, bajo el cual logró una organización imponente. La guerra de Africa vino por un momento á retener la atención pública pendiente del triunfo de nuestro valiente ejército en Marruecos; pero los partidos carlista, de una parte, y el progresista, de otra, se concitan para algo que resultaba muy grave: el primero para destronar y el segundo para hacer abdicar á Isabel II, contando uno con el apoyo de Inglaterra y otro con el de Italia y Francia.

Los sucesos de San Carlos de la Rápita, el fusilamiento de Ortega y la prisión del conde de Montemolín demostró que los carlistas estaban resueltos á traernos un Príncipe de la rama vencida en Vergara. El folleto del vizconde Mary de Treserve, y el almuerzo en los Campos Elíseos, verificado en 7 de Mayo de 1867, eran indicios del dinastismo del partido progresista, que en un todo con Olózaga, no quería ya á los Borbones.

Isabel II, que comprendió bien pronto la poca vida que le quedaba, como Reina de España, inaugura un período de resistencia, y emprende una formidable campaña contra los liberales y las sociedades secretas, impetrando con insistencia el auxilio de los Soberanos amigos. A excepción de Pío IX, que respondió con una Bula, muy ambigua y de carácter genérico, ningún otro Soberano ayudó á la Reina. Napoleón fué el primero que se negó á prestarle su concurso, en tanto se entendía con Olózaga y el Gobierno de Cavur para ver de favorecer la causa de la revolución.

El Papa, por su parte, publicó el siguiente documento:

Pío IX Papa. *A todos nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos que se hallan en gracia y comunión con la Sede Apostólica.*

«Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica: Todos saben, todos ven, y vosotros como nadie, Venerables hermanos, sabéis y véis con qué solicitud y con qué pastoral vigilancia los Pontífices romanos nuestros predecesores, han

llenado el ministerio y han cumplido con el deber que les fué confiado por el mismo Jesucristo en la persona del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, de apacentar á los corderos y á las ovejas, de tal suerte, que nunca han cesado de alimentar con las palabras de la fe y de la doctrina de salvación á todo el rebaño del Señor, apartándole de los pastos envenenados. . . . . .

»Ya, y como vosotros lo sabéis, Venerables hermanos, tan pronto como por la secreta disposición de la Providencia, y sin mérito alguno por nuestra parte, fuimos elevado á la Cátedra de Pedro, al ver con el corazón desgarrado por el dolor la horrible tempestad levantada por tantas doctrinas perversas, así como los males inmensos y por todo extremo lamentables, atraídos sobre el pueblo católico por tantos errores; ya según el deber de nuestro ministerio apostólico y los ilustres ejemplos de nuestros predecesores, Nos levantamos la voz, y en varias Encíclicas, Alocuciones pronunciadas en Consistorios y otras Letras Apostólicas, Nos hemos condenado los principales errores de nuestra tan triste época. Al mismo tiempo Nos hemos excitado vuestra admirable vigilancia Pastoral, Nos hemos exhortado y advertido á todos los hijos de la Iglesia católica, nuestros hijos bien amados, que abominen y eviten el contagio de esa lepra (1) terrible, y en particular en nuestra primera Encíclica de 9 de Noviembre de 1845 dirigida á vosotros, y en dos Alocuciones, la primera de 9 de Diciembre de 1854, la segunda de 9 de Junio de 1862, pronunciadas en Consistorio, Nos hemos condenado los monstruosos errores que dominan hoy sobre todo, con gran detrimento de las almas y de la misma sociedad civil, y que, fuentes de todos los demás, no sólo son la ruina de la Iglesia católica, de sus saludables doctrinas y de sus derechos sagrados, sino también de la ley natural grabada por Dios mismo en todos los corazones y en la recta razón.

. . . . . .

(1) Así califica á la sociedad masónica.

»Hay otros hombres que, renovando los errores funestos y tantas veces condenados de los innovadores, han tenido la insigne impudencia de decir que la suprema autoridad dada á la Iglesia y á esta Sede Apostólica por nuestro Señor Jesucristo, se halla sometida á la autoridad civil, negando todos los derechos de esa misma Iglesia y de esa misma Sede respecto al orden exterior. En hecho de verdad, no se avergüenzan de afirmar que las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia á menos que no sean promulgadas por la autoridad civil; que los actos y decretos de los Pontífices romanos relativos á la Religión y á la Iglesia necesitan de la sanción y de la aprobación ó por lo menos del asentimiento del poder civil: que las constituciones apostólicas en las que se condenan las sociedades secretas, sea que se exija ó no en ellas el juramento de guardar el secreto, y en las que se anatematiza á los fautores ó adeptos á ellas, no tienen ninguna fuerza en los países en que el gobierno civil tolera esas especies de asociaciones; que la excomunión fulminada por el Concilio de Trento y por los Pontífices Romanos contra los invasores y los usurpadores de los derechos y propiedades de la Iglesia, descansa sobre una confusión del orden espiritual y del orden civil y político, y no tiene más objeto que los intereses mundanos; que la Iglesia no debe decretar nada que pueda ligar la conciencia de los fieles relativamente al uso de los bienes temporales; que la Iglesia no tiene el derecho de reprimir por medio de penas temporales á los que violan sus leyes; que es conforme á los principios de la Iglesia y del derecho público el conferir al gobierno civil y el mantener en el gobierno civil la propiedad de los bienes poseídos por la iglesia, por las congregaciones religiosas y por toda clase de obras pías.

»No se avergüenzan de profesar alta y públicamente los axiomas y los principios de los herejes, fuente de mil errores y de máximas funestas.

. . . . . .

»Así, pues, en medio de esta perversidad de opiniones

depravadas, Nos, penetrados del deber de nuestro ministerio apostólico y llenos de solicitud por nuestra Santa Religión, por la sana doctrina, por la salvación de las almas cuya guarda se Nos ha confiado de lo alto, y por el mismo bien de la sociedad humana, Nos hemos creído deber levantar de nuevo nuestra voz. En consecuencia, todas y cada una de las malas opiniones y doctrinas que van señaladas detalladamente en las presentes Letras, Nos las reprobamos por nuestra autoridad apostólica, las proscribimos, las condenamos, y Nos queremos y ordenamos que todos los hijos de la Iglesia católica las tengan por reprobadas, proscritas y condenadas.

. . . . . .

»Dado en Roma, cerca de San Pedro el 8 de Diciembre del año 1864, décimo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Madre de Dios, y año XIX de nuestro Pontificado.—*Pío IX, Papa*».

Un año más tarde, en 25 de Septiembre de 1865 pronunció Pío IX otra nueva alocución; *Multiplices inter*, la cual, como la anterior, no produjo, en España al menos, el efecto que su autor se propusiera, por más que todos los resortes estaban bien tocados y presentada la cuestión con la maestría que de la *infalible pluma* del Papa era de presumir.

Por otra parte, Prim, Olózaga, Ros de Olano, Montemar, Sagasta, Ruiz Zorrilla, Fernández de los Ríos y los Calatravas comienzan á ganar las LLog.·. como por asalto, para hacerlas nuevamente políticas y como tales anti-dinásticas. Su trabajo fué penoso en un principio, pero de grandes resultados después, porque en 1866 toda la francmasonería española seguía á los progresistas en esta obra eminentemente revolucionaria. De aquí el prestigio y la fuerza que cobró el partido progresista, los motines de los operarios del ferrocarril de Zaragoza y el de los estudiantes en la noche de San Daniel, que dos meses más tarde tiró con el ministerio de Narváez.

O'Donnell inició una política más expansiva, porque ape-

nas forma ministerio, la Reina reconoció el reino de Italia, con lo cual dió un golpe de muerte al clericalismo en España. Pero el partido liberal no desiste por esto y el 2 de Enero de 1866 Prim inicia la sublevación de Aranjuez y Ocaña, corta con sus tropas el puente de Fuentidueña y se retira á Portugal, donde entra sin ser molestado por nadie; levántanse las tropas más tarde en Barcelona, Zaragoza, Ateca y otros puntos; se alborotan nuevamente los estudiantes de Madrid, el 10 de Enero, y parte de la guarnición intenta hacer lo propio, lo que realiza cinco meses más tarde, el 22 de Junio, pronunciándose los artilleros del cuartel de San Gil, donde murieron los coroneles Balanzate y Escario, hubo fusilamientos en masa, cayendo al fin O'Donell y los moderados recobran el poder.

El 15 de Noviembre se descubre una nueva conspiración en la que entraban multitud de generales y de regimientos, reuniéndose más tarde las minorías de las Cámaras que disolvió el 23 de Diciembre el conde de Cheste, desterrando á Serrano, Ríos Rosas y la mayoría de los que acudieron á la reunión.

Los progresistas recrudecen más su oposición y en Agosto logran que el general Pierrad penetre por Aragón, dando el ataque de Limás de Marcuello, donde murió el general Manso de Zúñiga, siguiendo después otro movimiento en Cataluña.

Desde Agosto de 1867, en que tenían lugar estos sucesos, los progresistas se coaligaron con los unionistas para destronar á Isabel II, en cuya coalición entra el duque de Montpensier, quien, no obstante, protesta desde Lisboa, en 3 de Agosto del 68, de tener participación en tal obra. Los progresistas ponen en movimiento la actividad de las LLog.·., logran comprometer á Topete, para contar con la marina, se atraen al duque de la Torre, que aportaba 18 ó 20 regimientos, y con 10.000.000 que anticipó Montpensier, se deciden por la revolución, al grito de: ¡Abajo los Borbones! y ¡Viva la España con honra!, lanzado desde la bahía de Cádiz por la

escuadra mandada por el almirante Topete, que hasta entonces había sido un hombre desconocido en la política española y desde aquel día un verdadero personaje creado por las circunstancias del momento.

Realmente, el grito de los insurrectos fué simpático en todas las provincias y en todas las clases y nadie dudó del éxito de la revolución. Las tropas que la iniciaron, mandadas por el duque de la Torre, acamparon en los campos de Alcolea, hacia donde se dirigía el marqués de Novaliches para batirlas. En el Puente de Alcolea se avistaron ambos ejércitos y entablada la batalla el 28 de Septiembre la suerte fué adversa al ejército de la reina, viniéndose victoriosos los revolucionarios sobre Madrid, donde hicieron su entrada triunfal en medio de las mayores expansiones de alegría, por parte de un pueblo que había sido subyugado largos años por los moderados y neo-católicos.

V

Constituyóse el Gobierno Provisional, que legisló como poder supremo de la nación, decretando, de acuerdo con lo que se había prometido en las LLog.·., las libertades y derechos que eran propios á un país democrático (1). Se reor-

(1) Jamás perdonarán los neo-católicos cuanto hicieron las Juntas Revolucionarias que en todos los pueblos asumieron los poderes de las autoridades depuestas ó huídas á los gritos de la revolución. Recuerdos les quedó de ésta que no olvidarán jamás los vencidos en el Puente de Alcolea. D. Vicente de la Fuente, con esa inquiniosa animadversión que tuvo á la francmasonería, dice lo siguiente en los capítulos CI y CII del tomo II de su obra tantas veces ya citada:

«... El brigadier Escalante, sacado de las prisiones militares de San Francisco por los progresistas y los agentes de la francmasonería ibérica, á la que estaba afiliado, constituía una Junta Revolucionaria en el recién conquistado Ministerio de la Gobernación. Un socio del Casino, muy conocido en Madrid (D. Manuel Alvarez), compró una faja de general y se la ciñó en nombre del pueblo: el Sr. Escalante, agradecido á tanta bondad, le envió á custodiar las Caballerizas Reales, en las que hizo *primores*.

»Formada la Junta Revolucionaria, el *general* Escalante salió á recorrer las calles, dirigiendo sus pasos ante todo á felicitar á la redacción de *La Iberia*. ¿Qué había allí para que el Presidente de la Junta viniera á las tres y media de la tarde á prestar este acto de homenaje?

ganizaron los ministerios y direcciones; se formaron ayuntamientos populares y nuevas diputaciones, y en *La Gaceta* apareció el siguiente *Parte oficial* que vino á tranquilizar, en parte, á los que se mostraban algún tanto disgustados, por la falta de energía en los hombres de la revolución para determinar el carácter de la misma.

»Pero la democracia tampoco se había descuidado y mientras la masonería del partido progresista se apoderaba del Ministerio de la Gobernación y del centro de acción y establecía juntas en el de Fomento y otros edificios, según las designaciones de las Logias, ella se incautaba de la casa de Ayuntamiento y del Municipio, estableciendo allí otra Junta Revolucionaria...

»La unión liberal, entretanto, por boca del Sr. Ros de Olano, maldecía el trono, y arrancaba del uniforme la real corona, ¡la real corona culpable de prodigalidad en darle títulos, condecoraciones, grados y... dinero! A las tres de la tarde los vencedores de Alcolea estaban vencidos en Madrid, perdido el poder y entregados á merced del partido progresista á pesar de su decantada astucia. Era una baraja de *reyes* y *caballos,* pero sin sotas ni cartas. Tenían el ejército, pero éste ya no era más que *tropa* y *tropel.* Entre otros gritos inconexos, sobresalía el de *¡viva Prim!* Era la consigna de las Logias. Por la noche en los balcones del Ministerio de la Gobernación lucían los signos masónicos: el sol, la estrella polar, triángulos, escuadras y compases. Las Logias cantaban victoria.

. . . . . .

»Pero en lo que más se distinguieron casi todas las Juntas Revolucionarias, dando á conocer su carácter masónico, y la premeditación sectaria, impía y uniforme con que procedían, fué en la persecución de los institutos religiosos, demolición vandálica y feroz de iglesias y en la inhumana y tiránica expulsión de monjas.

»El día 30 de Octubre la Junta de Sevilla acordó la demolición de los conventos de las Mínimas, Dueñas, Socorro, Santa Ana, San José, San Leandro, y en seguida procedió á la de varias parroquias, sin respetar el mérito artístico é histórico de varias de ellas, mientras que autorizaba al cónsul de los Estados Unidos para abrir una capilla protestante.

. . . . . .

»Las Juntas de Reus y Béjar, pueblos fabriles, en que la masonería de los fabricantes apenas puede defenderse del carbonarismo de sus operarios, se apresuraron á suprimir los dos conventos que había en cada uno de de dichos pueblos y vender los solares á precios arreglados y en beneficio de la revolución, ó por mejor decir, de los revolucionarios.

»La de Valladolid se incautó al punto del Seminario conciliar, Palacio real y monasterio de las Salesas, y en su furor campanífobo mendizabalesco se apoderó de todas las de la ciudad para fundirlas (*).

»La de Segovia suprimió la colegiata de San Ildefonso, por *innecesaria*, se apoderó también de varias iglesias, arrojó de sus conventos

(*) De una antigua iglesia, transformada en *Templo de la libertad,* salían en Valladolid las procesiones ó manifestaciones cívico-masónicas en los primeros meses de la revolución.

Junta superior revolucionaria.—La Junta superior revolucionaria, fiel á su elevado criterio, hace la siguiente declaración de derechos:

Sufragio universal.

Libertad de cultos.

Libertad de enseñanza.

Libertad de reunión y asociación pacíficas.

Libertad de imprenta sin legislación especial.

Descentralización administrativa que devuelva la autonomía á los Municipios y á las Provincias.

Juicio por Jurados en materia criminal.

Unidad de fuero en todos los ramos de la administración de justicia.

Inamovilidad judicial.

---

algunas comunidades de religiosas y se apropió casi todas las campanas.

»La de Huesca suprimió cuatro conventos de los seis de religiosas y también se apoderó de las campanas, mandando dejar una sola en cada iglesia.

»La de Málaga acordó, en 10 de Octubre. la demolición de los conventos de Santa Clara y San Bernardo. La catedral fué asquerosamente profanada.

»En Valencia se expulsó de sus conventos á las monjas de Santa Tecla y San Cristóbal y se procedió á la demolición de otros varios conventos y parroquias.

»En Badajoz fueron algunas religiosas expulsadas de sus conventos poco menos que á empellones.

»Finalmente, la Junta superior revolucionaria de Madrid, por no ser menos, acordó en 12 de Octubre la supresión de todas las comunidades religiosas, restablecidas de 1835 acá, y dejó el trasiego de monjas y demolición de parroquias de la ex corte á cargo del Gobierno provisional y del Sr. Rivero, alcalde popular (*), que se apresuró á llevarlos á cabo.

»Casi todos los Seminarios conciliares fueron invadidos y cerrados por los mismos que proclamaban la libertad de enseñanza. En el Puerto de Santa María se expulsó á los jesuítas, que tenían allí un gran colegio, y se arrojó inhumanamente á la calle á todos los niños, habiendo tenido una señora piadosa que recoger á más de 30 de ellos, cuyos padres estaban ausentes. Los humanitarios masones que esto hicieron, añadiendo la perfidia á la barbarie, acusaron á los jesuítas de haberles cogido una despensa magníficamente provista para su regalo, ocultando que aquellos padres tenían un colegio concurridísimo y para el cual necesitaban grandes abastos...»

(*) En Madrid fueron demolidas las parroquias de Santa María, Santa Cruz y San Millán. y han sido expulsadas de sus casas las de Maravillas, Santa Teresa, San José, San Fernando, Caballero de Gracia, Santo Domingo el Real y Salesas Reales.

Seguridad individual é inviolabilidad del domicilio y de correspondencia.

Abolición de la pena de muerte.

Madrid, 8 de Octubre de 1868.—Joaquín Aguirre, presidente.—Nicolás María Rivero, vicepresidente.—Fermín Arias.—José Cristóbal Sorní.—Vicente Rodríguez.—Nicolás de Soto.—Francisco de Paula Montemar.—Francisco García López.—José Simón.—Carlos Rubio.—Carlos Masa Sanguineti.—Julián López Andino.—Baltasar Mata.—Juan Antonio González.—Marqués de Perales.—Antonio Buenavida.—Camilo Laorga.—Gregorio de las Pozas.—Juan Sierra.—Pedro Martínez Luna.—Nicolás Salmerón y Alonso.—Ricardo Martín de la Cámara.—Inocente Ortiz y Casado, secretario.—Telesforo Montejo y Robledo, secretario.—Felipe Picatoste, secretario.—Francisco Salmerón y Alonso, secretario.»

Tampoco satisfizo este decreto á todos. Los radicales, que eran republicanos, querían desde luego declaraciones por parte del Gobierno en sentido de que no se reconocería el poder unipersonal. De Barcelona, Sevilla y Zaragoza venían quejas y manifestaciones poco tranquilizadoras para el nuevo orden de cosas creado después de la batalla de Alcolea.

Rivero pudo calmar á los de Sevilla y Barcelona, pero los de Zaragoza no se mostraban propicios á deponer sus pretensiones republicanas. Acordóse que á pretexto de inaugurar la Exposición regional aragonesa fuese á Zaragoza el Gobierno Provisional acompañado de la prensa madrileña, por si podía de este modo calmar los ánimos de los zaragozanos, y en efecto, el 15 de Octubre salieron en tren especial para Zaragoza los hombres más caracterizados de la revolución, y en la *Gaceta* del 17 se publicaban los siguientes partes, que vinieron á tranquilizar no poco al Gobierno:

«*Zaragoza, 16 de Octubre.*—Aragón ha rendido hoy un entusiasta homenaje al Gobierno Provisional. Los pueblos todos en masa, con sus Juntas, músicas y milicias al frente, presentábanse en las estaciones á saludar á los Sres. Duque de la Torre y Topete.

»Zaragoza, apiñada bajo los balcones de la Diputación provincial, ha aplaudido con frenesí las palabras que le han dirigido los señores ministros, el señor gobernador y el señor Martos.

»Se disponen brillantes festejos en honor de los ilustres huéspedes.

»Inmensa concurrencia. Extraordinaria animación. Entusiasmo universal.

»*Idem id.*—Los representantes de la prensa madrileña, fraternizando con los de la aragonesa, saludan á sus compañeros de Madrid y les participan con inmenso júbilo el indescriptible entusiasmo del pueblo de 1808 y del 5 de Marzo para con el vencedor de Alcolea, el bizarro Topete, el tribuno Martos y el digno patricio Gallifa, quien desde el palacio de la Diputación provincial han electrizado con su voz é ideas eminentemente liberales á los guerreros y valientes aragoneses.

»Por *El Eco de Aragón*, J. M. H. Marco, A. Galindo, A. Tapia, y S. Maynar. Por el *Diario de Zarayoza*, J. Clemente Cabero y C. Gil. Por *La Revolución*, M. Isabal y A. García Gil. Por *La Esperanza*, J. M. Fauro y Balaguer. Por *La Iberia*, E. Saco y E. Escalera. Por *La Correspondencia*, L. Pérez Cossío y L. Santana. Por *La Discusión*, R. Chíes. Por *El Pueblo*, M. del Palacio. Por *Los Sucesos*, E. Inza y T. Tárrago. Por *El Cascabel*, C. Frontaura. Por *La Reforma*, A. Sánchez Pérez y López de Tejada. Por *El Eco Nacional*, M. Pina Domínguez. Por *El Diario Español*, G. Cruzada y Villaamil. Por *El Siglo Ilustrado*, J. Alvarez Guerra y M. Zapata. Por *El Universal*, E. Asquerino. Por *La Política*, P. A. de Alarcón. Por *El Imparcial*, M. Araus, N. Díaz y Pérez y A. Ramos Calderón. Por la *Gaceta de Madrid*, J. María Carrascón.

»F. de los Ríos, M. Morayta, F. San Julián, M. Villar y P. Gil, catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras.

»El director de la *Gaceta* B. L. M. al señor ministro de la Gobernación, le saluda afectuosamente en nombre de sus compañeros y en el suyo propio, y le ruega se sirva ordenar la inmediata publicación de este acto de la prensa.»

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid, 30 de Julio de 1892.

Suspensión de las tareas parlamentarias.—Marasmo político.—Estado moral del país.—Motines y algaradas.—Nuestras relaciones comerciales con la república francesa.—Reorganización de los servicios públicos.

Todo tiene fin en este mundo, y no podía dejar de tenerlo aquel obstruccionismo verdaderamente impropio de partidos gubernamentales, en que se empeñaron las minorías del Congreso. Quince días de batallar por si debía ó no debía discutirse el empréstito proyectado con tan patrióticos designios, y la reforma, con tanto afán solicitada, de las tarifas de ferrocarriles, produjeron una tensión tan fuerte en los ánimos que no podía sostenerse en modo alguno. La paciencia de la mayoría se agotaba hora por hora, y la actitud intransigente de las oposiciones crecía momento por momento. El choque era inevitable, y el gobierno procedió con grandísima previsión declinando toda suerte de responsabilidades sobre los que así desprestigiaban el régimen parlamentario, y proponiendo á S. M. la suspensión de las tareas legislativas, que tan estériles iban siendo.

No quiso el Gabinete, sin embargo, é hizo bien, cerrar las Cortes sin que se discutiera su política arancelaria. Y para llegar á esto, presentó el elocuente diputado Sr. Laiglesia un voto de confianza que abrió, naturalmente, amplia discusión

entre todos los grupos de la Cámara. No pudo ser aquélla más solemne. Por nuestra tribuna, tan rica y gloriosa cuando no la deslustran esos charlatanes de oficio que hacen del *Diario de Sesiones* pregón de efímeras vanidades y de innobles populacherías, desfilaron Cánovas, Sagasta, Gamazo, Villaverde, el duque de Tetuán, Martos, León y Castillo y el marqués de Sardoal, oradores todos que á la gallardía de su palabra unen el encanto de su talento. Fué aquel debate acalorado á veces, á trechos profundo y siempre cortés, no una riña á muerte, sino un torneo á la antigua. Brilló el presidente del Gobierno por la sinceridad con que expuso los éxitos que ha alcanzado la situación y los altos propósitos en que inspiraba su conducta. Reveló el Sr. Sagasta, al desplegar halagadoras perspectivas ante su hueste, que conoce bien á su partido y que sólo enseñándole el camino del poder sabe calmar sus ansias de dominar. Se excedieron en el ataque el Sr. León y Castillo y el Sr. Gamazo, los dos atletas del fusionismo. Y demostraron el Sr. Villaverde y el señor duque de Tetuán, al combatir las doctrinas arancelarias y políticas por aquéllos expuestas, que ni el sentido económico del Gabinete exagera los principios de una protección racional, ni en lo tocante á defender la monarquía y las libertades á su sombra conquistadas, ceden un punto los conservadores á los que más blasonan de avanzados dentro del campo de la legalidad. Los Sres. Martos y marqués de Sardoal difuminaron una lejana sombra de conciliación con el Sr. Sagasta; pero la figura resultó tan borrosa, que apenas si fué advertida por el común de las gentes.

En cambio la victoria del Gobierno sí que fué brillante. De los últimos rincones de España y de las playas del Norte y de las *villas* de la frontera vinieron á Madrid más de 50 diputados que, huyendo de las infecundas obstrucciones puestas de moda, habían adelantado las vacaciones. Y era de ver con qué ardor se aprestaban para la lucha y con qué fé dieron su voto al de confianza presentado por el Sr. Laiglesia. La mayoría se portó bizarramente. Por su disciplina, por su

decisión, por su desinterés, por la confianza absoluta que tiene en el Sr. Cánovas, puede servir de modelo á cuantas hubo en nuestras Cortes. Con hombres como los que la componen no hay Ministerio que no pueda vigorizarse, ni reforma que no pueda acometerse, ni problema que no pueda discutirse. Tiene amor á los grandes progresos políticos y siente orgullo por llenar las más altas necesidades públicas. No necesita de ajeno acicate para ocupar su puesto de honor, ni aguarda á que la oposición la agite para patentizar la fuerza de que dispone. De esas mayorías salen los hombres de gobierno y los verdaderos directores de la opinión del país.

***

Cerradas las Cortes se inició un gran desmayo político; y de igual manera que al terminar una batalla los caudillos recorren el campo y cuentan las bajas sufridas y recojen los trofeos que pierde el enemigo y luego se replegan á sus tiendas, así también, concluída la lucha del Parlamento, los jefes de la mayoría y de las oposiciones entregáronse al descanso y empezaron á disponer el viaje de veraneo.

Cuatro días bastaron para que los salones de la alta Cámara y de la popular quedasen desiertos y silenciosos, y para que aquellos pasillos, testigos mudos de tantas cábalas, componendas y combinaciones de todo linaje, sirvieran no más que de centro de reunión á gentes desocupadas. Y esto es tan cierto, que si no fuera por la necesidad que la prensa tiene de dar al público constantes aperitivos para saciar el ansia noticieril que siente por conocer todos los chismes que fragua la pasión y que el espíritu de bandería aumenta, el actual período político sería de calma completa.

Pero el estado moral del país deja mucho que desear. Viejas secreciones de nuestras tempestuosas luchas pasadas; resabios vergonzosos de la mala organización de los partidos; concesiones mal otorgadas y con siniestros propósitos recibi-

das por los que no sienten el freno de la autoridad ni conocen el respeto á las leyes; todo esto, que no es en suma más que una herencia funestísima de las prácticas del fusionismo, ha venido á sombrear con tintas de motines y algaradas la normalidad en que vivíamos.

Las verduleras de Madrid un día, los pescadores de Pontevedra otro, la rebelión contra el impuesto de consumos en varios pueblos, y por fin la catástrofe que unos cuantos paisanos y unos cuantos militares produjeron en Santander, ha dado pábulo á las oposiciones para que truenen contra el Gobierno y hablen del escaso prestigio que, en su sentir, tiene el partido conservador. Y no hay nada más inexacto y más reñido con la realidad de los hechos. Compárense estas ocurrencias, con ser sensibles por las víctimas que han producido, con las que registran los anales de nuestra historia contemporánea, y dígase formalmente cuáles fueron más graves. Compárense estos motines con las revoluciones que sorprendieron á los moderados; con las que Serrano y Prim tuvieron que afrontar en el período de *la Gloriosa;* con las que Sagasta tuvo que combatir en tiempo de Alfonso XII al alzarse las plazas de Badajoz, Cartagena, Seo de Urgel y Santo Domingo de la Calzada, y en tiempos de la regencia al sublevarse en Madrid los regimientos de Garellano y Albuera; compárense estos grandes disturbios públicos y otros de menor trascendencia que fuera prolijo enumerar, con los motincejos de ahora y las ocurrencias á que antes hemos aludido, y dígasenos si no hay una exageración grandísima en las campañas que está haciendo la prensa de oposición.

No quiere esto decir, Dios nos libre hasta de pensarlo, que no consideremos altamente vituperable la facilidad con que las pasiones se exaltan y se preparan las rebeldías contra todo lo que tiene aquí carácter de constituído.

Esa protesta continua de los impuestos que votan los Municipios y de los tributos que votan las Cortes, revela un síntoma fatal digno de profundo estudio. Al paso que vamos, llegará á ser preciso que las Cámaras, las Diputaciones y los

Ayuntamientos mediten bien lo que hacen para no exponerse á los delirios de las turbas. Porque ya se ve que, un día con pretexto de las patentes industriales, otro con el de las economías que se hacen en una Diputación y otra con excusa de la creación de un arbitrio municipal, siempre y á toda hora encuentran los espíritus maleantes motivo para una algarada.

Es preciso resistir con viril energía esas manifestaciones perturbadoras. Es preciso volver al acatamiento de la legalidad y al respeto de todos los poderes y de todas las autoridades; es preciso, en fin, que se cierre el camino de los motines y se abra el de la representación prudente, mediante la cual pueden corregirse errores, enmendarse acuerdos y revocar cuantas resoluciones sean atentatorias á todo principio legal. Lo que no puede tolerarse y lo que no puede permitirse es que, en una nación donde se vive en las prácticas más severas de la libertad y del orden, se viole el derecho común para que triunfen los más osados.

***

A la vez que en el país se desarrollaban esas pequeñas agitaciones que con tanto ahinco explota el vulgo, en Francia, donde nuestro crédito iba decayendo y las relaciones comerciales se iban aflojando, luchaban el Sr. Navarro Reverter y el Sr. Ruiz Gómez con celo inteligente, para demostrar al gobierno de M. Carnot que el cambio de tarifas, mínima por mínima, era favorable al comercio francés y permitía al español desenvolver los veneros de su riqueza, ínterin se establecían condiciones recíprocas más favorables aún.

La personalidad, ya ilustre, del digno subsecretario de Hacienda, ha brillado en esta ocasión más alta que nunca. Espíritu observador y diligente, maestro consumado en las intrincadas materias financieras y económicas, polemista hábil y razonador elocuentísimo, nadie más á propósito que él

para establecer las bases de una negociación que permita pasar del *modus vivendi* actual á un Tratado definitivo. La comparación que hizo de nuestras tarifas con las francesas, y de su Arancel con el nuestro, han encauzado no poco las corrientes ultraradicales que dominaban en Francia, y que tienen por apóstol á M. Meline. No se conoce aún el resultado de estos estudios; no se sabe á punto fijo qué concesiones hará la república á la exportación de nuestros vinos; pero la impresión que dejó el viaje del Sr. Navarro Reverter, es halagüeña, y la prensa la ha revelado de un modo bastante explícito.

Por de pronto la Bolsa no fué indiferente á la esperanza de una inteligencia que por igual favorecía á los dos países: nuestros fondos se mantuvieron dos semanas á la espectativa, y subieron luego; nuestro crédito se consolida en el mercado francés, y ciertas injustificadas antipatías que se dejaban sentir contra nosotros, entre la alta banca, han desaparecido. Al Sr. Navarro Reverter débese en gran parte esta metamorfosis. En el ministerio de Comercio, en la Embajada española, en los pasillos de la Cámara, en los salones de los hombres de negocios, donde quiera que el delegado español encontraba un francés con quien departir sobre los asuntos comerciales de nuestra nación, allí estaba él para enmendar errores y corregir extravíos y revelar el estado verdadero de nuestra Hacienda y dar á conocer nuestra energía productiva, y consolidar, en fin, el crédito de la patria.

Obra tan meritoria y con tanto talento llevada á término feliz, merece las alabanzas que la opinión imparcial ha otorgado al Sr. Navarro Reverter. Pudo en el Congreso conquistar legítimos lauros, defendiendo el presupuesto de ingresos que él había escrito, y que tal vez habría sacado adelante sin las amputaciones que en él se hicieron. Pero quizás su campaña de París reporte á la postre más beneficios á los intereses públicos. Pronto hemos de verlo, porque las negociaciones para el nuevo Tratado, no tardarán en formalizarse.

***

La *Gaceta* ha cerrado el mes, publicando importantes disposiciones con las cuales se reorganizan los servicios de todos los ministerios. Fecundidad más grande y provechosa, no la ofreció ningún partido. El conservador, respetuoso con las Cortes, ha cumplimentado las leyes de Presupuestos de la Península y de Cuba y Puerto Rico, que abarcan una serie infinita de reformas, desde la Presidencia á los departamentos de Guerra, Marina, Gobernación, Hacienda, Gracia y Justicia, Fomento y Estado, pasando por el Tribunal Supremo y los más altos centros consultivos del país. El término medio de las economías alcanzadas pasa del 10 por 100 del presupuesto, y esta empresa difícil se ha realizado, sin perturbar el orden administrativo, sin extremar las cesantías, y sin acudir á medidas que alteren el funcionamiento de los organismos nacionales.

La tarea ha sido empeñada; pero de ella sale el Gobierno victorioso, señalando á los que le sustituyan la única línea de conducta que deben seguir, si aspiran á hacer un presupuesto verdad, una administración económica, y algo permanente que flote por encima de las miserias de los partidos y de los enconos que ellos engendran.

M. Tello Amondareyn.

CRÓNICA EXTERIOR

30 Julio 1892.

El principio de los principios en la constitución inglesa no puede ser más sencillo; se reduce á esta fórmula de lord Russell: «el cuerpo representante debe ser la imagen del representado.» El ilustre profesor de derecho público en la Universidad de Edimburgo, Mr. Lorimer, ha podido, inspirado en esta idea, escribir hace muchos años un libro bajo el título algo teórico para muchos de sus compatriotas; pero de realización posible en vista de las constantes reformas del sistema electoral inglés: *El Constitucionalismo del porvenir ó el Parlamento, espejo de la nación.* Según el insigne publicista deben estar representadas en el sufragio todas las influencias sociales en conformidad con su valor, porque el sistema representativo perfecto sería aquel que fotografiara la sociedad, desempeñando el sufragio la función que en la fotografía llena la cámara.

¿Hasta qué punto falta todavía andar camino al sistema en la actualidad vigente para aproximarse al ideal del mencionado publicista?

Oigamos lo que dice uno de los órganos más populares de la opinión liberal en el Reino Unido.

«Supónese generalmente que Inglaterra, madre de los parlamentos y *pioneer* de la democracia, dispone de un plan infalible, de medios más peculiarmente efectivos que ningún

otro pueblo para lograr hacer de su Cámara de diputados la verdadera representación del país. No puede darse mayor error. La composición de la Cámara de los Comunes, y con ella la suerte de los gobiernos, de los pueblos, de la política, no depende de la extensión que en las elecciones alcanza la voluntad del país, sino de la manera más ó menos desigual, más ó menos arbitraria con que ha sido distribuído el cuerpo electoral en ciertos distritos. Se dice que esta anomalía tiene sus compensaciones, que el sistema posee útiles ventajas no perceptibles con otros métodos. Quizá sea así; no nos proponemos por el presente discutir tales méritos, si existen. Pretendemos únicamente poner en evidencia ciertos inconvenientes del sistema. Las oscilaciones del péndulo, la transferencia de las mayorías de partido, los cambios de gobierno, atribuídos según la opinión general al resultado de las alteraciones del espíritu público, á la llamada opinión pública, son presunciones poco de acuerdo con la realidad. Entra en todo esto por mucho el azar.»

Basta para probarlo echar una rápida ojeada al cuadro completo de las elecciones generales miradas en su conjunto, esto es, miradas como plebiscito. Lo primero que se observa al estudiar los elementos del cuerpo electoral inglés, no bajo el punto de vista del valor moral de los elementos que le forman, sino bajo el del número de electores que en las últimas elecciones han tomado parte, es que la cifra de los conservadores asciende á 1.939.990, y la de sus auxiliares unionistas á 228.800; mientras los gladstonianos han tenido á su favor 2.163.061, cuya cifra, unida á los 171.777 nacionalistas irlandeses, forma un total de 2.334.838 electores, sin contar los votos emitidos en favor de los cuatro diputados obreros y los nueve parnellistas.

Ahora bien; los 268 diputados conservadores resultan individualmente elegidos por término medio á razón de 7.238 votos en números redondos; los 271 liberales, á razón de 7.985, ó lo que es lo mismo, con una diferencia en su favor de 657 votos, diferencia que se hace más visible respecto de los 46

unionistas victoriosos á razón de 4.978 cada uno, cifra más baja todavía cuando repartimos los 171.777 nacionalistas irlandeses entre los 72 diputados de esta última fracción, pues resulta elegido cada candidato por 2.248 votos.

Si cada hombre fuera elector y cada elector representara un voto único, lugar habría para maravillarnos de estas anomalías del sistema inglés; pero no debe olvidarse que á pesar de las últimas reformas electorales no han hecho los ingleses extensivo el voto á toda la población varonil del Reino Unido, y que gran número de propietarios disponen de tantos votos personales como propiedades poseen en los diversos distritos del país. Es más; los españoles menos que nadie debemos sorprendernos de estos resultados cuando aquí se ha dado el caso de no salir triunfante por acumulación un ilustre candidato á falta de corto número de votos para alcanzar la cifra prefijada por la ley en este método de elección, al paso que por la décima parte de sus mismos votos salieron victoriosos de las urnas muchos candidatos ministeriales nombrados por el procedimiento de circunscripción ó de distrito. De lo cual se desprende que no es cosa llana, sino por el contrario muy difícil, casi nos atreveríamos á decir imposible, hacer práctico un sistema electoral donde las apuntadas y otras deficiencias más ó menos graves no aparezcan é impidan aprovechar en beneficio del país el derecho de los electores, convirtiendo el parlamento en su imagen y semejanza, en el fiel espejo donde aquél debe mirarse para encontrarse como Lorimer desea en Inglaterra fielmente reproducido.

Sea lo que quiera de tan extrañas sorpresas, el triunfo de los liberales dada la situación en que hace pocos años se encontraban, puede con justicia calificarse de espléndido. La composición de la futura Cámara será como sigue: 271 diputados gladstonianos, 4 del partido obrero, 72 nacionalistas irlandeses, 9 parnellistas, que formarán una mayoría de 356 miembros: 268 conservadores y 46 unionistas, esto es, una minoría de 314 diputados, sobrado numerosa, como decía con

razón *El Imparcial*, para que no pueda dificultar la aprobación de los proyectos patrocinados por sus adversarios.

Dijimos en nuestra precedente *Crónica* que ninguno de los contendientes había abrumado bajo el número á sus rivales, y así es la verdad. La consecuencia, por el pronto, es que lord Salisbury no presenta la dimisión. Espera con fundamento ó sin él que las fuerzas liberales compuestas de elementos muy heterogéneos han de disgregarse al primer choque de conservadores y unionistas perfectamente unidos. Esta creencia préstale ánimos para afrontar la presencia de la nueva cámara con esperanzas de que el *home rule*, primera en importancia de las cuestiones presentadas en el programa liberal, ha de ser también la primera en orden presentada por su rival al futuro parlamento, y ha de dividir desde luego por la manera vaga en que ha sido expuesta y la sospechosa actitud de algunos diputados liberales los elementos de la mayoría. Imaginamos con todo que el hábil jefe de los conservadores cuenta sin la táctica consumada de Gladstone que antes de arrojarse á lo problemático ha de asegurar la solidez de sus fuerzas en un asunto donde todos sus amigos y auxiliares estarán de acuerdo, por ejemplo en la reforma electoral acariciada sin distinción por todas las fracciones de la mayoría. En este caso el poder vendrá á sus manos, el terreno quedará más despejado á su acción y en vista de más dudosas contiendas podría recurrir nuevamente á la disolución de la cámara para abordar con la nueva, no sólo la reforma electoral, sino también la cuestión irlandesa y hasta los mismos privilegios de los lores donde toda innovación progresiva hallará ahora más que nunca ruda oposición. El constitucionalismo inglés está en crisis y Gladstone, cuya tenacidad es conocida, aprovechará en tal caso la oportunidad de avanzar en sentido democrático aun contra la aristocrática cámara, ciudadela no inexpugnable de sus violentos adversarios.

***

¿Cambiará la política exterior de Inglaterra como su política interior al advenimiento del gobierno liberal? No lo creemos. Los intereses del llamado imperio británico son inalterables, y salvo detalles de poca monta, no pueden tocarse en parte alguna sin peligro del conjunto. Forman un sistema complicado, pero todos se ligan estrechamente con solidaridad tan perfecta que sería caso raro ver desdecir en las relaciones internacionales á un ministerio liberal la obra de un ministerio conservador y viceversa. Las negociaciones de Ewan Smith en Marruecos constituyen un fracaso ruidoso para la política inglesa en el imperio magrebino, más ó mucho nos engañamos, ó Gladstone recogerá este hilo roto por ahora de la diplomacia británica y descubrirá un negociador más hábil y flexible que el impetuoso Ewan Smith para llegar al tratado con el sultán y con el tratado á la protección del decadente imperio. La falta de Salisbury al nombrar persona tan poco idónea como el ya mencionado diplomático, retrasará la acción de sus sucesores sin por eso detenerla. Inglaterra, dueña ya del Mediterráneo, quiere hacer del continente africano un continente verdaderamente inglés. Soberana de Buena Esperanza, cuasi soberana del Egipto, ha demostrado en Uganda que nada ni aun la sangre basta á detenerla en su camino. Falta únicamente á su poder la posesión de Tánger para encerrar toda el Africa dentro de un triángulo de hierro, cuyos eslabones intermedios remacharán sin cesar sus escuadras y sus soldados. Lo demás es cuestión de tiempo.

Comprendamos en vista de esto la actitud recelosa de Francia, que ha contribuído á no dudarlo, al mal éxito de las negociaciones de Ewan Smith y el interés con que solicita el apoyo de España, no menos interesada que dicho país en que los proyectos ingleses no prosperen en Marruecos como han prosperado en Egipto, espejo en que sin cesar deben mirarse el sultán y la política francesa.

De la previsión, sin embargo, hasta el acuerdo más ó menos tácito de España con Francia para impedir las codicias

inglesas, hay distancia enorme y no creemos que á menos de contingencias muy graves deba recorrerla el gobierno español sin evidente necesidad y bastantes garantías para el porvenir en conformidad con los acuerdos de las diversas potencias que intervinieron en las conferencias de Madrid; porque el gobierno español debe tenerlo presente: si poco ó nada podemos hacer aislados al otro lado del Estrecho, poco ó nada pueden hacer tampoco otros países sin contar con nuestra resignación que tiene un límite en la dignidad nacional, ó con nuestra ayuda que tiene un precio; el de la seguridad y extensión natural de nuestras posesiones africanas.

***

El Gobierno italiano se prepara para las próximas elecciones. Con este objeto, ha pronunciado el presidente del Consejo, Giolitti, un discurso-programa en Turín, en que al par que traza bien marcadas divisorias entre su política y la de su antecesor, expone líneas de conducta propias en las cuestiones económicas y sociales. La dolorosa situación de Italia no es exclusiva á las clases obreras, se extiende profundamente á todas las clases sociales. La riqueza pública no está más fraccionada ni más agobiada de tributos en Italia que en otros países, si bien las fuerzas contributivas de la península atraviesan peligrosa crisis, y conviene á toda costa aliviarlas de su peso. El espíritu público lejos de mostrarse desconfiado ni deprimido, siente latir en su seno vigorosas energías, capaces de renovarse si se las presta eficaz ayuda para recobrar el perdido bienestar y hacerse digno el país de sus nuevos destinos. La situación, dijo el honorable Giolitti se halla rodeada de graves dificultades, pero «no faltan al Gobierno buena voluntad ni valor para afrontarlas.» El programa que el Gobierno someterá á la nueva Cámara, contendrá leyes de índole social y medidas económicas y financieras, las cuales han de servir de punto

de partida para mejorar la situación de todas las clases laboriosas que anhelan y suspiran por la reforma.

El jefe del Gabinete ha obrado con cordura al usar este lenguaje antes de las venideras elecciones. La debilidad de la precedente situación en la política interior nació de no haber comprendido que al pretender enjugar el *déficit* con nuevos gravámenes, aumentaba el malestar de gran número de ciudadanos que á la exageración de los impuestos atribuían la causa principal de su ruina. El programa de Giolitti se aparta mucho, como se ve, del de Rudini, y sus primeros actos lo denuncian. La opinión bastante reservada con él al principio, va deponiendo su actitud recelosa y le mira á la sazón con simpatía; reacción nada extraña en Italia y en los países latinos, donde el impresionable espíritu público sufre rápidas evoluciones á medida de los sucesos y en consonancia de la actitud de los hombres que asumen la tremenda responsabilidad del Gobierno. Dado, sin embargo, lo que ciertas pretendidas restauraciones económicas han sido en otros pueblos, menos comprometidos que Italia en los asuntos exteriores, desconfiamos de la hermosa realización de este programa. Tendría para ello necesidad aquella península de renunciar de verdad á los halagos de la triple alianza, renovados en el brindis del emperador Guillermo en Postdam, y mucho tememos que en vez de imitar á la económica hormiga de la fábula, siga Italia el ejemplo de la cigarra, y lo que es peor el de la rana que pretendió igualarse con el buey á fuerza de hinchar su piel. «La blonda Alemania» siente por el momento gran cariño hacia «su graciosa hermana Italia», mas ésta no debe olvidarlo, hay cariños que matan, y su primer deber antes de meterse en aventuras es arreglar sus negocios domésticos.

***

Llegamos al suceso más capital de la presente quincena. La carta de León XIII dirigida al episcopado católico de

España, Italia y ambas Américas, sobre Cristóbal Colón, es un admirable documento, donde como en todos los brotados de la pluma del soberano Pontífice resplandecen su sabiduría y su poderoso genio de escritor. Ocioso sería extendernos en su elogio, y mucho más ocioso en el examen de algunos puntos históricos motivo de animada controversia en la vida y hechos del primer almirante del mar Océano. Objeto de idolatría para algunos, de censura para otros, de admiración para todos, la figura de Cristóbal Colón es al fin y al cabo una de las más colosales, pero también una de las más humanas de la historia. Cierra las puertas de la Edad media y abre con su maravilloso descubrimiento las puertas de la Edad moderna. Es el primero de los grandes descubridores por la fe, la constancia del ánimo, por la especie de iluminismo sobrenatural que le guió en la magna empresa, un genio eminentemente cristiano, un verdadero creyente en los dogmas y en las consoladoras esperanzas de la Iglesia. Todo esto es cierto, y nadie como el venerable jefe del catolicismo ha sabido encarecerlo en el notabilísimo documento á que hacemos referencia. La Iglesia cuenta al ilustre navegante entre sus más preclaros hijos; los fervientes católicos hanle mirado siempre como tal; la misma crítica racionalista poco entusiasta de los hombres animados del espíritu religioso, detiénese con respeto ante Colón, en el cual ve también un hombre animado de los intereses positivos de la vida, un gran servidor de las ideas humanitarias y progresivas. En la balanza de la justicia sus méritos superan á sus defectos, sus aciertos á sus errores, los beneficios que su feliz descubrimiento produjo en el mundo, á los males transitorios que sus pasiones personales pudieron causar á corto número de individuos, males expiados, ya que no con crueldad, al menos con severidad algo excesiva.

León XIII muestra en Cristóbal Colón, todo lo que en dicho personaje debe sernos simpático, respetable, digno de incondicional alabanza, todo lo que como hombres religiosos y como hombres cultos y bien sentidos debemos pensar acer-

ca de él, todos los lazos de gratitud y reconocimiento que con su obra nos unen sin distinción de profesiones, de escuelas, ni de partidos, ya que desgraciadamente no es cosa llana desprendernos de esta clase de influencias para juzgar los hechos y apreciar en su valor los caracteres humanos.

Empero, si creemos la citada carta obra de extraordinaria sinceridad y sabiduría, creémosla igualmente obra de consumada prudencia, y digámoslo sin rebozo, obra de consumada habilidad, no menos por lo que dice que por lo que calla. Los puntos más controvertidos en la vida privada de Colón, su nacimiento, su educación, las vicisitudes ignoradas de su juventud y de su edad viril quedan después como antes de la publicación de esta carta abiertos al estudio de los eruditos. Y otro tanto sucede con los hechos posteriores á su llegada á la península. Sus protectores y adversarios, sus debilidades, su atención á los intereses de su persona y familia, la participación que sus auxiliares tuvieron, tanto en los preparativos como en la ejecución de la empresa, su concepto algo estrecho y poco cristiano acerca de libertad humana en lo tocante á los indios, su escaso sentido de gobernante, la visible divergencia entre sus miras elevadas con su conducta en multitud de circunstancias, ponen con claridad de manifiesto que si el virtuoso Pontífice ve en el descubridor del Nuevo Mundo un personaje extraordinario, un fervoroso católico, un grande hombre, en una palabra, no ha podido ver en él, lo que sin tanta discreción y prudencia han pretendido Rosselly de Lorgues y su escuela, el *revelador del mundo*, el hombre perfecto, el genio impecable en perpetuo combate con la malicia humana, el santo, por decirlo de una vez, digno por sus virtudes privadas y públicas de figurar en los altares consagrados por la Iglesia.

Nada tan lejos de nuestro ánimo como convertir en favor de ciertas tendencias críticas el silencio que León XIII guarda acerca de las mencionadas cuestiones. Mas ¿qué ocasión tan oportuna como la publicación de esta carta para incoar nuevamente el proceso de beatificación de Colón, si para ello

hubiera encontrado el Soberano Pontífice méritos bastantes? La verdad suele ser severa, pero es sin embargo justa; impónese á la conciencia con poder irresistible, y el Papa, que en su doble aspecto de hombre imparcial y de sabio pontífice la cultiva con serenidad inflexible, no ha podido menos de reconocerla en este punto, aun tratándose de un hombre tan grande y meritorio como Colón á los ojos de la iglesia.

Pero ya que no podamos insertar todo el documento, veamos siquiera los últimos y elocuentísimos párrafos con que termina:

«Obligado á abandonar, sin haber logrado nada, á Portugal y á Génova, y habiendo regresado de nuevo á España, maduró al amparo de un Convento su alta empresa, viéndose animado en sus propósitos. Transcurridos siete años y llegado el momento de la partida, procura solícito fortalecer su ánimo con los divinos auxilios; suplica á la Reina del Cielo que proteja su intento y lo conduzca á feliz término; y no se dan sus naves á la vela sin invocar antes el nombre de la Santísima Trinidad. Ya en el alta mar, en medio del embravecimiento de las olas y de las imprecaciones de los marineros, conserva inalterable su serenidad y su firmeza, poniendo en Dios toda su confianza. Revelan sus propósitos los nombres que da á las islas que descubre; y al desembarcar en cada una, después de haber adorado á Dios, toma posesión de ella en nombre de Jesucristo.

»Adonde quiera que aborda, su primer cuidado es clavar la cruz en la orilla: el Sacratísimo nombre del Redentor, tantas veces ensalzado y celebrado al compás del rumor de las olas, suena el primero en su boca en las islas que va descubriendo; y, á la usanza española, el primer edificio que levanta es una iglesia, y el principio de los regocijos populares una función religiosa.

»He aquí, pues, lo que se propuso y llevó á cabo Colón al aventurarse á explorar por mares y tierras remotos esas regiones hasta entonces incultas y desconocidas, y que después en civilización, en influencia y en prosperidad llegaron en

poco tiempo á la altura á que hoy las vemos. La grandeza del hecho y la importancia y diversidad de las beneficiosas consecuencias que produjo, nos imponen el deber de hacer grata memoria de aquel hombre y darle toda muestra de honor; pero lo que ante todo debemos es reconocer y venerar de una manera especial los altos designios de la Providencia Divina, á la que sirvió de instrumento consciente y fiel el insigne descubridor del Nuevo Mundo.

»Por esto, para que las fiestas que en memoria de Colón se hagan sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles debe acompañar la santidad de la Religión. Y así como en otro tiempo, al primer anuncio del descubrimiento del otro mundo se rindieron á Dios, providentísimo é inmortal, públicas acciones de gracias, siendo el primero en dar el ejemplo el Soberano Pontífice, así ahora, al renovarse la memoria de aquel faustísimo suceso, creemos deber hacer lo mismo. Ordenamos, pues, que en el día 12 de Octubre próximo, ó en el domingo siguiente, si así lo dispusiera el Ordinario del lugar respectivo, se cante después del Oficio del día la Misa solemne de la Santísima Trinidad en todas las Iglesias, Catedrales y Colegiatas de España, de Italia y de ambas Américas. Respecto á las demás naciones, confiamos que en todas ellas se hará lo propio por la intervención del Obispo respectivo, pues justo es que, lo que redundó en beneficio de todos, por todos sea piadosa y gratamente celebrado.»

¿Cómo hablar después de esto, del *Modus vivendi*, del cólera en Rusia, y Rumania, del anarquismo en Francia, Bélgica y de la multitud de calamidades que pesan unas y amenazan otras caer sobre Europa?

ANGEL STOR.

BIBLIOGRAFÍA [1]

Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año 1892 de la Real Academia de Medicina, por los Excmos. Sres. D. Matías Nieto Serrano y D. Andrés del Busto, marqués del Busto.—Un folleto.—Madrid, 1892.

Los ilustrados doctores D. Matías Nieto Serrano y D. Andrés del Busto, secretario perpetuo el primero de la Real Academia de Medicina, é individuo el segundo del indicado Centro Científico, han leído, con motivo de la solemnidad que se celebra cada año al inaugurar sus sesiones, dos brillantes discursos de que vamos á ocuparnos separadamente.

En el primero de ellos se limita su autor, el Sr. Nieto y Serrano, á hacer la historia de los trabajos realizados por la Academia durante el año de 1891, intercalando en su relato curiosas y acertadas consideraciones, que revelan sus vastos conocimientos en la difícil ciencia á que está consagrado, dedicando también sentidas y elocuentes frases á los académicos que dejaron de existir en ese período de tiempo, que ponen asimismo de manifiesto sus excelentes condiciones de escritor.

El segundo de los discursos citados, que por su índole especial, merece ciertamente que nos detengamos más en su análisis, versa sobre el tema «Problemas morales, sociales y

(1) De toda obra que se nos remitan dos ejemplares haremos un juicio crítico en esta *Sección* de la REVISTA.

políticos que resuelve el estudio médico de la mujer»; asunto que, como comprenderán perfectamente nuestros lectores, á más de ser interesante y de importancia notoria, ofrece ancho campo á la inteligencia de su autor para hacer espontánea manifestación de sus facultades. Y hay que convenir en que si el señor marqués del Busto ha tenido fortuna para la elección de este tema, no ha sido menos afortunado al desarrollarle, puesto que no se limita á hacer el estudio moral y físico de la mujer, sacando de él las consecuencias más lógicas, en favor de la tesis que sostiene como base principal de su discurso, sino que analiza á la bella mitad del hombre, bajo sus tres aspectos más sublimes; como hija, como esposa, como madre; ofreciendo en el transcurso de su trabajo cuadros bellísimos impregnados de esa poesía, de ese misterioso atractivo, que cerca todo aquello que con la mujer se relaciona, y que revisten su obra de una novedad, de un encanto, de un perfume, digámoslo así, que le hace diferenciarse de cuantos trabajos de esta naturaleza se están publicando todos los días.

Aparte de estos méritos que nos complacemos en reconocer, ha influído seguramente para que la impresión de su lectura nos sea más agradable, la identidad que existe entre las ideas que su autor expresa respecto á la mujer, y á las que nosotros profesamos, así como el concepto altamente favorable que para aquél merece el llamado sexo débil, perfectamente en harmonía con el que nosotros tenemos formado.

Creemos ciertamente que es digno de las mayores consideraciones, el sér que se sacrifica heróicamente por nosotros, desde que despertamos en su seno al calor de la vida, hasta que abandonamos la existencia. Porque la mujer, sea cual fuere su estado, ya esté sólo adornada de las bellas cualidades que son innatas en su sér y propias y exclusivamente de su alma sensible y apasionada, ya aparezca engrandecida por el doble encanto que le presta la maternidad y los sentimientos que en este nuevo estado se desarrollan en su alma, siempre aparece bella, interesante, siempre se presenta su

figura cercada de infinitos encantos, como si brillante aureola de luz la circundara.

Ella, en efecto, cuando nuestros ojos se abren á la luz por vez primera, nos recibe en sus brazos delirante de gozo, en medio de los sufrimientos que la producimos al nacer, y sella nuestra frente con el primer beso. expresión tierna de cariño con la que parece iniciar la serie de goces que nos guarda en su seno, y en la cual reasume al ser madre todo su entusiasmo, toda la abnegación de su alma, deseosa de manifestarse en efusión apasionada de ternura: la mujer, analizándola bajo otro aspecto, es la que poetiza los ensueños de nuestra juventud, la que nos estimula á asegurar el porvenir, por medio del estudio y del trabajo, y la que despierta en nuestra alma las primeras ilusiones que tiñen de rosa los horizontes de nuestra vida, á manera de vaporosos celajes, sobre un cielo radiente y luminoso: ella, más tarde, forma el encantado nido del hogar, mansión dichosa donde nos refugiamos, sedientos de hallar en su seno la ventura ideal que presentimos en nuestros amorosos ensueños, anhelantes por gozar en su apartado recinto esa dicha sin límite que da paz al espíritu, que alegra y purifica el alma, que nos aleja inconscientemente del mundo y sus vanos goces, y que reina por regla general entre los esposos, cuando recíprocamente se respetan, se aman, y sus corazones se mueven á impulsos de un mismo sentimiento.

Por eso al recorrer las páginas del discurso que venimos analizando, hemos sentido despertarse en nuestra alma las dulces memorias del pasado, reproduciéndose en la imaginación aquellas escenas que presenciamos cuando niños en el hogar de nuestros padres; y á la vez que estas ideas, como para contrarrestar la tristeza que naturalmente nos ocasiona pensar que murieron para siempre los encantados goces de aquella edad feliz en que nos hallábamos rodeados de nuestras afecciones más íntimas, se despierta el alma á otra clase de emociones y sentimientos, que nos hacen soñar con una mujer tan tierna, tan amante como la santa madre que per-

dimos, aunque rodeada de juveniles encantos, cuyo amor puro y desinteresado nos ofrece en el porvenir la incomparable y tranquila dicha, que sólo la mujer sabe proporcionar cuando por medio del sagrado vínculo del matrimonio, se eleva á su estado más perfecto; á la categoría de esposa y madre.

El marqués del Busto, conocedor profundo del corazón de la mujer, y defensor entusiasta de ella, señala en su obra los medios de obtener su perfeccionamiento moral y físico, medios que fácilmente pueden ponerse en práctica, y con los cuales se conseguiría, no ya sólo resolver los problemas que indica acertadamente, sino evitar que existan en la regla general desgraciadas excepciones, que son causa de que á veces sea calificada la mujer de una manera que en realidad no merece, pues los defectos que se observan en ella y que en determinadas ocasiones dejan sentir sus resultados en la sociedad y en la familia, dependen en la mayoría de los casos del torcido giro que se dan á sus inclinaciones, y del lamentable abandono en que se tiene su educación.

Y terminamos aquí estas largas consideraciones inspiradas en los recuerdos y en las ideas que la lectura del discurso del marqués del Busto ha despertado en nuestra imaginación, no sin recomendar su adquisición á nuestros lectores, seguro de que les ha de encantar el trabajo del eminente médico, que es una legítima gloria de la ciencia española.

***

Nuevos poemas, doloras y humaradas, por D. Ramón de Campoamor.—Un tomo.—Madrid, 1892.

Campoamor, el autor inimitable de las doloras, el poeta generalmente conocido y admirado, acaba de publicar un libro con el título de *Nuevos poemas*.

Tratándose de un escritor cuyas obras despiertan siempre el mismo entusiasmo, siendo por esta razón objeto de extensa y minuciosa crítica, nada podríamos decir al ocuparnos de

los *Nuevos poemas* con referencia al genio, al estilo y á la especial escuela de su autor, que no hayan repetido ya innumerables veces y en variedad de formas, opiniones mucho más autorizadas y competentes que la nuestra en materias de literatura.

Prescindiendo de estudiar en su valor intrínseco la personalidad literaria de Campoamor, suficientemente juzgada y conocida por las razones que antes exponemos, vamos á circunscribir nuestro trabajo ocupándonos de su última obra en la esfera de acción que nos está permitido, dadas nuestras condiciones y el espacio de que disponemos.

Empezamos por manifestar ingénuamente que somos devotos admiradores de Campoamor, y que rendimos verdadero culto á todo cuanto produce su inteligencia, porque entendemos que el mejor poeta no es solamente aquel que consigue revestir sus ideas de esa forma elocuente y magnífica que nos seduce, y á la vez nos admira, y que habla más á la imaginación que al sentimiento, sino aquél que desviándose de ese patrón general, digámoslo así, á que ajustan su inteligencia todas las medianías, logra conmover más poderosamente nuestra alma con el mágico é irresistible encanto de su poesía; y esto lo consigue Campoamor con la más insignificante de sus doloras, porque nadie como el autor de los *Amoríos de Juana* sabe herir la delicada fibra del sentimiento.

No nos lleva el apasionamiento, sin embargo, al extremo de creer, que sus producciones estén exentas de los defectos que algunos críticos le atribuyen; pero sí entendemos que la luz de su inspiración es tan intensa, tan radiente, y tan llenas de belleza y lozanía las flores del pensamiento, que á su calor nacen y se desarrollan, que la misma claridad de su ingenio y el mérito superior de sus obras, hacen que aquellos defectos pasen desapercibidos, ó por lo menos, que no tengan la consistencia necesaria para sombrear ligeramente la legítima gloria que disfruta.

Contiene el libro de que venimos ocupándonos, varias composiciones de los distintos géneros que con más predilec-

ción ha cultivado Campoamor en su carrera literaria, y que le han valido la reputación de que goza; ó lo que es lo mismo, constituyen su última obra cuatro poemas, dos de ellos escritos en forma de monólogo, que titula *¡Qué bueno es Dios!*, *El poder de la ilusión*, *El amor de las madres* y *El confesor confesado;* cuatro doloras que llevan asimismo epígrafes en relación con el asunto de las mismas y una numerosa colección de esas breves y ligeras composiciones que su autor ha bautizado con el significativo título de *Humoradas.*

Aunque en toda la obra, apreciándola en su conjunto, resplandece la inspiración que produjo tan bellísimos poemas, inspiración que parece adquirir mayor vuelo, en vez de extinguirse en el alma del poeta, con las energías de la juventud, debemos hacer especial mención por ser á nuestro juicio lo más selecto que el libro encierra de las doloras, todas igualmente bellas, de los poemas *El amor de las madres* y *El confesor confesado*, donde hay toques delicadísimos y bellezas de un mérito extraordinario. Asimismo en sus *humoradas*, que todas encierran un pensamiento más ó menos profundo, pero siempre dulce y delicado, hay algunas que sobresalen por su belleza, sin obscurecer el mérito de las demás; á manera que en un ramo de flores escogidas, descuellan algunas por su hermosura y especial perfume.

Para que nuestros lectores estimen en su verdadero valor la justicia de nuestras apreciaciones y puedan juzgar la clase de bellezas que atesora el último libro de D. Ramón de Campoamor, copiamos á continuación algunas de sus felices *humoradas*, persuadidos que de ninguna manera mejor podríamos terminar estas líneas, y seguros á la vez de que la lectura de esas pequeñas y originales poesías, les darán una idea mucho más perfecta del libro que acabamos de juzgar, que cuántos elogios pudiéramos aún dedicarle.

Pasando de la pena á la alegría
nuestra alma es el retrato
de esa móvil campana que en un día

toca á boda, á agonía,
á oración, á bautizo y á arrebato.

Un rizo de tu rubia cabellera
es la gloria mayor de mi destino:
si como hecho es un trapo una bandera,
como idea es un símbolo divino.

Pasando indiferente por mi lado
no le importa á la infiel que no la ame;
aún no ha sentido, como yo, esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

*
* *

Estudios críticos de la Edad media: Historia de San Antonio de Padua y de su tiempo, por D. Adolfo de Sandoval.—Un tomo en 8.°—Madrid, 1892.

Hemos recibido el primer tomo de esta obra que acaba de dar á la estampa D. Adolfo de Sandoval, autor de otros libros del mismo género, y aunque naturalmente nuestro juicio ha de ser, por esta circunstancia, más incompleto que si pudiéramos examinar la obra entera, hemos de consignar, sin embargo, por lo que al contenido de esta primera parte se refiere, que la *Historia de San Antonio de Padua y de su tiempo* promete ser un interesante libro, cuya lectura se hace agradable, no ya sólo por el lenguaje culto y á veces florido que su autor emplea en este primer tomo que analizamos, sino por la doctrina que el mismo encierra, doctrina altamente moral y provechosa, sobre todo en estos tiempos de descreimiento é indiferentismo religioso que atravesamos, y en los cuales pocas obras se consagran como ésta á avivar la fe y á despertar las creencias puras, por desgracia amortiguadas, si no extinguidas, en los hijos de nuestra época, con los recuerdos de otras edades y el ejemplo de sublime virtud que nos ofrecen los santos varones que en las mismas florecieron.

En esta primera parte que el autor llama introducción de

su obra, hace la historia del siglo XIII, y con copioso lujo de citas que ponen de manifiesto el concienzudo estudio que ha hecho de la materia, traza un brillante cuadro de aquella época, ocupándose preferentemente de la influencia salvadora de la Iglesia, del imperio del espiritualismo, á cuyo influjo se despiertan en los hijos de aquel siglo los sentimientos de religiosidad que elevaron á muchos á la santidad; se detiene en la descripción de la portentosa figura de San Francisco de Asís; ocúpase de la orden franciscana, de la devoción ferventísima que inspiraba la Virgen, describe, por último, las excelencias de aquel glorioso siglo, en cuyo promedio aparece el dulce y sublime santo, cuya grandeza y virtud extraordinaria ha de relatar el autor en la continuación de su obra.

En suma, y á juzgar por la muestra que de ella acaba de ofrecernos D. Adolfo Sandoval, aun sin conocerla en su conjunto, podemos formar una opinión ventajosa, pues aparte de los méritos que reune y que ya quedan enunciados, representa un trabajo ímprobo y minucioso por el cual solamente merecería nuestros plácemes su autor.

Recíbalos muy sinceros y síganos dando muestras de sus excelentes conocimientos históricos y de la erudición que posee, adquirida á fuerza de estudios y vigilias.

*
* *

Excursiones escolares por niños de diez á once años, con un prólogo de su profesor D. Angel Bueno, segunda parte.—Un tomo en 8.°—1892.

El procedimiento seguido en la presente obra por D. Angel Bueno, tiene la ventaja de que destruye la enseñanza rutinaria, despertando en los pequeñuelos, al par que su amor propio, aquellas aficiones que sirven cuando menos para reforzar la imaginación y enriquecer la inteligencia con variados conocimientos.

Como libro de lectura en las escuelas debe figurar en primer lugar: la variedad de conocimientos que desarrolla, consigue romper la monotonía y el tedio que tanto empalaga y fatiga; la labor del maestro subordinada á las aspiraciones de los padres de los niños, se propone dirigir el natural bondadoso de éstos por los caminos de la belleza y del bien, y por medio de cariñosas conversaciones entabladas por el profesor en las gratas excursiones, que siempre fueron el encanto de los niños, se ha conseguido desdoblar el fin más práctico de la vida: el verdadero ideal de la humanidad: el *mens sana in corpore sano.*

Este es acaso el mérito principal del librito del Sr. Bueno.

Vean, pues, cuantos se dedican á la enseñanza si un libro así no se recomienda por el fin práctico y por su doctrinas.

***

Estadística de la administración de justicia en lo criminal durante el año 1891 en la Península é islas adyacentes, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia.—Un tomo en 4.º—Madrid, 1892.

No hemos de repetir aquí lo que ya tenemos consignado en esta REVISTA respecto al juicio que nos merece la publicación de estos trabajos estadísticos y de la importancia que envuelven, toda vez que por ellos llegamos á conocer de una manera detallada y minuciosa el mayor ó menor desarrollo que entre nosotros ha tenido la criminalidad demostrada por los números.

Este trabajo, publicado en un volumen, hállase dividido en cuadernos y secciones y empieza ocupándose de las faltas que dieron lugar á procedimiento en el territorio de cada Audiencia; seguidamente trata del movimiento de causas; luego del juicio oral y juicio por Jurados, de los sobreseimientos, rebeldías y suicidios después, y á continuación clasifica los delitos según el Código penal, y la misma clasifica-

ción establece respecto de las condiciones individuales de los procesados y de los reincidentes, ocupándose en último término de los indultos.

Concluye este interesante y curioso trabajo con una minuciosa reseña de la extensión superficial, habitantes, personal, Secciones y Juzgados de instrucción, que comprenden las Salas y Audiencias de lo criminal.

Por la publicación de esta estadística merecen los ilustrados funcionarios del ministerio de Gracia y Justicia que de ella están encargados nuestros aplausos, no sólo por lo completa y acabada que es, sino por la rapidez con que la han confeccionado.

***

Historia de la restauración y estudio crítico de tres cuadros de Ribera (el Españoleto), por D. Sixto Mario y Soto, teniente coronel de ingenieros.—Un folleto.—Vitoria, 1892.

De antemano conocíamos la competencia de este ilustrado oficial de ejército en los asuntos de ingeniería militar y sus buenas dotes de escritor reflexivo y brillante.

Artículos muy notables sobre cosas alavesas han visto la luz pública con su firma en los periódicos de Vitoria, y de ellos los que se refieren á la restauración de algunos cuadros de Ribera, joyas pictóricas que se envanece de poseer aquella Diputación, han sido con buen acuerdo recopilados en un folleto, que demuestra las excelentes dotes de crítico y el buen gusto artístico del Sr. Mario y Soto.

Novelar un cuadro cuando se tiene la intuición artística necesaria, animar después el lienzo con pinceladas de realidad que esparcen la vida y los sentimientos y expresiones por las figuras, armonizar seguidamente el conjunto de modo que cada una y todas llenen su fin, y encerrarlos en la medida de perspectiva que les corresponde, obra es bien difícil, á que sólo llegan los verdaderos artistas, aquéllos que

han dado á la historia de las bellas artes nombres tan venerados como Murillo y Velázquez, como Rivera y Rubens, como Van Dick y el Greco, Fortuny y Goya.

Mas describir de suerte que de la crítica del articulista salgan tan límpidas las figuras como si fuesen retocadas con la miel que sujeta el color y la mantiene fresca en el orden de las concepciones ideales del crítico, labor es también que no siempre tiene ocasión de agradecer el artista, ni la fortuna de desarrollar bien el crítico.

Con la presente, felicitámonos de manifestar que sucede lo contrario. El Sr. Mario y Soto está compenetrado con las notables obras que critica, y escribe casi con los mismos pinceles con que fueron pintados los cuadros.

Muy de veras felicitamos al Sr. Mario por las excelentes condiciones de artista y crítico que demuestra en este folleto, que recomendamos á cuantos sienten amor por el arte de la pintura.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

DIRECTOR:

M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIOS:

Antonio Leiva. Clemente Domingo Mambrilla.

REALISMO Y NATURALISMO EN LA PINTURA

Y SUS DIFERENCIAS É IMPORTANCIA COMPARADAS CON EL IDEALISMO [1]

SEÑORES ACADÉMICOS:

A vuestra benevolencia, más que á méritos propios, debo el alto honor de ocupar este puesto, en el que tantos otros hubieran podido, con mejores títulos, ayudaros en la noble empresa de enaltecer las Artes. Notorio el escaso valer de mi personalidad artística, he merecido, sin embargo, vuestra simpatía. Si á mucho me obliga la gratitud por la distinción con que me habéis honrado, mucho es también el temor que embarga mi ánimo ante los deberes que me impongo y los exiguos medios que en mí reconozco para su cumplimiento.

Aumenta la dificultad de mi posición el recuerdo de aquel que me precediera en este puesto, del notable y fecundo artista D. Francisco Sans, cuyos méritos tantas veces tuvísteis ocasión de apreciar en sus notables obras de arte *Los Náufragos de Trafalgar*, y las importantes pinturas decorativas del teatro de Apolo y palacio de los duques de Santoña, como también en las notabilísimas mejoras que realizó en el Museo del Prado durante el tiempo que fué su Director.

---

(1) Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Sr. D. Alejo Vera, el día 26 de Junio de 1892.

Triste recuerdo es, para cuantos tuvimos la fortuna de conocerle y apreciarle, su prematura muerte; y si las leyes inexorables de la Naturaleza no hicieran imposible su vuelta al seno de sus cariñosos amigos y admiradores, gustoso renunciaría hoy al honor de presentarme á ocupar aquí un puesto que en tanto estimo, con tal de verle de nuevo entre nosotros. Intérprete soy de vuestros sentimientos al rendir al esclarecido artista este débil tributo de justa estimación.

Obligado por el Reglamento de la Academia, me veo en la precisión de haceros escuchar mi desautorizada voz; perdonad si al ocuparme del Arte con la pluma manejo ésta con la inseguridad é impericia propia de los que, habituados á expresar nuestros sentimientos é ideas con los pinceles, no encontramos fácil ni corriente usar las gallardías del buen estilo literario y de la elocuencia. Por tanto, careciendo de formas oratorias, me concretaré á expresar sencillamente mis impresiones artísticas como resultado de la experiencia y de mi propia reflexión.

Inútil empeño hubiera sido el querer encontrar un tema nuevo para este acto, cuando inteligencias muy superiores á la mía trataron ya en este sitio con elevado criterio las cuestiones artísticas. Mas, en la necesidad imprescindible de tratar de un asunto relacionado con el Arte, me decidí á exponer algunas observaciones acerca del *Realismo y Naturalismo en la Pintura, y sus diferencias é importancia comparadas con el Idealismo.*

Desde luego, entrando en las consideraciones á que se ofrece este difícil tema, observo que lo natural y lo real, íntimamente ligados entre sí, bastan á producir la obra de arte inmediatamente después de la idea. Pero observo también que si yo concibo una idea de lo abstracto ó sobrenatural, por ejemplo de Dios, aunque sea valiéndome de lo natural y de lo real, me faltan los medios para expresarla en pintura, donde todo hay que reducirlo á forma ó apariencia verdadera. Del mismo modo que si concibo la idea de Alejandro el Grande por el estudio de la Historia y de las obras de arte,

tampoco podré trazar su retrato con la perfección que lo haría de una persona á la cual hubiese visto y tratado.

Los que somos pintores, aprendemos por práctica las dificultades inmensas de retratar en el lienzo lo que no tenemos delante de los ojos en el momento, ó no recordamos haberlo visto anteriormente; y como la perfección y belleza de la pintura está, á mi ver, en el grado de ilusión que produce de la verdad, se hace necesario tener á la vista y al alcance de la observación todo objeto que se trata de representar copiándolo fielmente, como suele decirse, del natural, lo que no puede menos de producir la obra naturalista y realista; pues, siendo de otro modo, paréceme imposible alcanzar la perfección.

Por esto, es necesario que el artista, al fijarse en una idea, medite si puede expresarla por medio de la forma ó apariencia verdadera; y en caso afirmativo, observe y copie de la Naturaleza todo lo necesario á su desarrollo, pudiendo de este modo obtener la expresión de los sentimientos tanto en sus manifestaciones más vulgares como las más elevadas; pero si queremos representar lo que no tiene forma ó apariencia física, nuestro pincel vagará por el lienzo señalando líneas, tintas, luces y sombras sin otro modelo que nuestra imaginativa, y sin reproducir nada de real ni positivo, ni obtener, por consiguiente, un resultado comprensible á los demás.

De donde se deduce, á mi juicio, que solamente lo que pueda tomar forma ó apariencia física pertenecerá al dominio pictórico y será su perfecto naturalismo y realismo, siempre que el artista lo haya copiado directamente de la Naturaleza.

Sentado este principio, trataré con ejemplos de deslindar bien el campo naturalista y realista, considerando la Pintura, en sus diversos géneros para discernir mejor en la materia.

A fines del siglo pasado, cuando el Arte había llegado á la más deplorable decadencia, las nuevas ideas hicieron re-

nacer el gusto por lo clásico; pero extraviando de nuevo á los artistas que imaginaron como fin casi único, la perfección física de la figura humana y creyendo hallarla en la estatuaria griega; se dieron á imitarla con delirio. Si al menos nos hubieran presentado un fiel retrato del primer hombre antes del pecado original, hubiera podido considerarse como único canon de belleza y perfección. Mas no siendo así, y existiendo en la humanidad razas y tipos tan distintos, ¿quién se atreverá á asegurar cuál sea el mejor y el más perfecto? Admirador y entusiasta de la estatuaria griega, no desconozco su excelencia; pero tampoco admito aquella selección de partes para formar un todo completamente bello, de que tanto han hablado los idealistas, lo que, de ser posible, dejaría, á mi juicio, de ser natural por su perfección misma, apareciendo con la pretensión de corregir la obra de la Naturaleza. Ni entiendo yo que el ideal de los antiguos se concretara al exclusivo culto de la forma; sino á la perfecta expresión de la verdad. Plinio, al tratar de la Pintura, hace varias veces elogios del Naturalismo. Nombrando á Polignoto Tasio, dice que la mejor ó notablemente porque empezó á pintar la boca abierta, á manifestar los dientes y á variar las fisonomías contra el rigorismo en uso hasta entonces; diciendo también de Zeuxis que pintó un niño que llevaba uvas, á las que los pájaros acudían volando, y enojado por esto contra sí propio, dijo: «Si yo hubiera pintado el niño tan perfectamente como las uvas, los pájaros hubieran temido acercarse.»

En cuanto á corregir la Naturaleza, se manifiesta también naturalista por el método, diciendo que Apeles retrató al rey Antígono, que era tuerto, discurriendo primero la manera de ocultar los defectos naturales retratándole de perfil, porque así, lo que faltaba al cuerpo pareciese sólo faltar á la pintura, mostrando únicamente aquella parte del rostro que podía presentarse completa. Y hasta se declara realista en la manifestación de los sentimientos morales, cuando dice, que Echión pintó una desposada admirable por su expresión de rubor.

La belleza del arte griego consistía, á mi juicio, principalmente en la raza y costumbres de aquel pueblo, contribuyendo también su repugnancia á copiar modelos deformes. Y si tan correctos fueron en la forma, debióse, á no dudarlo, á la continua observación del vivo en los gimnasios, en los baños y en los circos.

¿Quién podrá dudar que el arte griego tuvo su razón de ser? Lo extraño es que en épocas posteriores hayan querido reproducir los artistas aquella forma de belleza, que no estudiaban ni podían estudiar en una naturaleza y una civilización que desaparecieron ó cambiaron.

Otros pintores que no se fijaban sólo en la perfección de la forma por la imitación del arte griego, llevaron sus ideales á los temas abstractos, elevándose á las regiones fantásticas y sobrenaturales; pero pronto sus obras manifestaron la impotencia del arte para llegar á tal objeto. Prueba patente son la multitud de alegorías religiosas, históricas y mitológicas pintadas desde principios del siglo actual, especialmente por los artistas alemanes.

Los idealistas y clásicos modernos que aún existen, si bien en forma ecléctica, culpan al Naturalismo y Realismo de trivial y grosero, pero sin justicia, en mi concepto. Que algunos pintores dados al mercantilismo, ó de escasa educación social, se complazcan en la representación de escenas que nada quieren decir, que no elevan el espíritu, sino, al contrario, reflejan casi siempre la vida material, no significa que el Naturalismo tenga de ello la culpa; artistas hay de altas ideas que hallan asuntos dignos de encaminar al hombre al sentimiento de lo bello real por medio de la representación fiel de la Naturaleza y este es á mi juicio el verdadero Naturalismo y Realismo.

Lo que sorprende, lo que cautiva en las obras de arte, se hallará siempre en la Naturaleza. Lo que encanta en la estatuaria griega, es lo que tiene de natural; y si algo en ella empalaga, es la suma corrección cuando raya en nimia. Lo que atrae en las fisonomías y actitudes de las figuras de Fra

Angélico es su dulce expresión religiosa, que retrata la unción de las virtudes cristianas. Lo que admira en Miguel Angel no son las torsiones de sus figuras, sino el fuego de vida que las imprimió. Lo que agrada en Zurbarán es el reflejo fiel de la austeridad monástica. Lo que deleita en Tiziano son las tintas y modelación de las carnes, que ya hicieron decir que pintaba *con carne molida*. Lo que seduce en Velázquez es la sorpresa de ver sus lienzos convertidos en apariciones de seres vivos y como dispuestos á hablaros. Y yo pregunto: ¿No son todas estas cualidades perfectamente naturalistas y realistas?

La belleza en la Pintura consiste, á mi entender, en reproducir sencillamente la Naturaleza como ella se nos presenta, moral y físicamente, armonizando la idea con la forma y el color, y dentro de este sistema cabe la reproducción de obras, al par que bellas, útiles á la religión, á la política y á la moral de los pueblos, sin que los artistas deban convertirse en pedagogos, y sin hacer de ellos teólogos, legistas ó pedantes, como sucedía en otros tiempos.

Fuera del Naturalismo y del Realismo, la Pintura no dará idea exacta de lo que intenta representar, y, por consiguiente, carecerá de su principal mérito: el de obtener hasta donde es posible la ilusión de lo verdadero por medio de su imitación.

Por esto, al examinar la pintura religiosa, no puedo aprobar la representación de algunos misterios, ni ciertas manifestaciones de la Divinidad; pues creo que, al hacerlo sin verdad, se mengua tanto su excelencia que, familiarizándose con ellos el vulgo, los materializa y coloca bajo el nivel humano, produciendo entonces un efecto negativo; pues en vez de elevar al hombre hacia Dios, le reducen á una especie de idolatría pagana.

Las obras de Fra Angélico, que, á mi parecer, pueden considerarse las más sublimes por su pureza de sentimiento y por su gran misticismo, exaltan el espíritu á la contempla-

ción de lo divino por la expresión de sus figuras, en cuanto al hombre le es dado manifestar en el semblante los afectos del alma. Pero si observamos lo que completa sus cuadros, como resplandores, nimbos, ángeles alados y otras alegorías y figuras simbólicas, que la Teología pudo muy sabiamente establecer, pero que la Pintura no puede nunca representar con verdad, la ilusión decaerá y al sentimiento reemplazará la extrañeza de la razón.

Tanto más seria y más sublime será la pintura religiosa y llenará su objeto cuanto más se ofrezca á la vista con caracteres humanos y verdaderos.

María Virgen recibiendo en su seno el cadáver de su adorado Hijo, representación casi imposible sin haber visto la sublime escena, y más aún sin haberla sentido, como no cabe en el hombre, será siempre el grandioso cuadro del amor y el dolor; pero pintad una Santísima Trinidad en su trono eterno, y... ¿qué produciréis, ni qué haréis entender ni sentir?

Fijémonos, si no, en una de las producciones colosales del idealismo: *El Juicio Final* de Miguel Angel. Esta obra poderosa, sobrecoge al mirarla; pero es sólo por la potencia artística de su autor, que reproduce en la energía de sus figuras, en su dibujo vigoroso, en sus vertiginosos grupos, su genio de fuego, su naturaleza indomable; mas como Juicio final ¿qué efecto nos produce? ¿Se aproxima siquiera á lo que nuestra imaginación puede soñar de un acto en que la escena es lo eterno, en que lo invisible nos deslumbra? ¿Cómo pintar la inmensa Majestad Divina en el instante supremo de hacer justicia universal? ¿No se descubre desde luego la impotencia humana?

Pero hay más; ni aun valiéndonos de caracteres humanos en la pintura religiosa, no será fácil ponerla totalmente de acuerdo con el Naturalismo, mientras se trate de representar personajes y hechos de otras edades, y esta dificultad alcanza también á la pintura histórica.

Los mártires cristianos de los primeros siglos en el Anfi-

teatro delante de las fieras, retratados con toda la propiedad y exactitud que les hubiera dado un artista testigo ocular de la escena, serían un cuadro perfectamente realista y naturalista. No se les confundiría jamás con gladiadores mercenarios, que á su vez, pintados en iguales condiciones, formarían otro cuadro natural y real. Pero hoy no creo que sea posible reproducir tan al vivo ni dar á entender con plena verdad aquellas escenas que el pintor y el público sólo conocen por referencias históricas.

Importa mucho en el arte evitar estos inconvenientes, pues no cabe duda alguna, que mucho más estimable y perfecta será una obra pictórica, cuanto mejor pueda ser comprendida al primer golpe de vista, sin títulos, catálogos, ni explicaciones de ningún género.

Fijando mi atención en la pintura histórica de épocas pasadas, la encuentro desde luego apartada del Naturalismo, y por este motivo escasa de interés para la sociedad moderna, por más que ésta, dotada de sentido crítico y de erudición nada común en lo pasado, intente darnos pruebas de conocer la Historia y la Arqueología. No podemos lisonjearnos de lo mismo los pintores; corta nuestra vida, difícil nuestra carrera, no nos da tiempo para estudiar en los libros, no ya en los pueblos, la Historia, y mucho menos para profundizarla. ¿Cómo hemos de creer que la reproducimos con perfecta exactitud? Y, sin embargo, contiene hechos muy dignos del pincel. Mas al trasladarlos al lienzo tropezamos con el espíritu y costumbres de época, con los tipos y con la misma Arqueología, que, no facilitándonos medios suficientes para copiar perfectamente el natural, nos impiden dar á nuestros cuadros el interés que imprime siempre la verdad.

Esta clase de asuntos, desarrollados frecuentemente en grandes lienzos, y calificados ya en este sitio por un amigo y compañero mío de arte, de «ilusión histórica», son muchas veces pintorescas mascaradas, golpes de efecto teatral, y

cuando más propiedad ostentan, recuerdan, no tanto la Naturaleza, como las obras de arte de otros tiempos.

Aun admitiendo en un artista profundidad de conocimientos y profusión de datos para desarrollar un hecho histórico determinado, le será muy difícil reproducirle con entera exactitud; y natural es que así ocurra, porque, al querer resucitar un espíritu de civilización y unas costumbres en que no se ha vivido, transigimos instintivamente con el espíritu y costumbres de nuestro tiempo, de los que no podemos en absoluto desprendernos; y al proceder á nuestro trabajo, en la necesidad imprescindible de tener á la vista modelos naturales, éstos, en vez de ayudarnos, nos apartan generalmente de la idea de nuestro asunto, obligándonos á apelar al recuerdo de las obras de arte. Entonces la naturalidad decae y la originalidad cede poco á poco su puesto á la copia.

Con estos escollos tropezará casi siempre el artista que pretenda pintar lo que no ha visto en la Naturaleza, y sí sólo en las obras de los demás.

Convengamos en que si el pintor, con obras bien sentidas y expresadas, sabe conmover, identificando á los demás con su propio sentimiento, y logra realizar su misión civilizadora inspirando fe religiosa ó amor á las virtudes patrias ó sociales, se le podrán excusar algunas faltas de verdad y naturalidad de que adolecerán sus obras, si no han sido tomadas directamente de la Naturaleza. Pero será forzoso confesar, que más fe religiosa inspirará hoy, un buen cuadro, que represente una Hermana de la Caridad asistiendo á un moribundo en la casa del pobre ó en el campo de batalla, que la *Disputa del Sacramento*, de Rafael, ó la *Comunión de San Jerónimo*, del Domenichino... Y ejemplos citaría de virtudes patrias y sociales si no estuvieran éstas algo entibiadas al presente.

El pintor naturalista puede gustar con entusiasmo lo bueno de toda obra de arte, pero sin dejarse fascinar por esto, sino buscando en la Naturaleza sus ideales, para lo cual es preciso que representa su época.

Un examen ligero de la pintura alegórica. Nada tan contrario como ella al Realismo, ni que menos corresponda al espíritu de la sociedad moderna; á pesar de esto, si bien ha decaído su uso para el cuadro, se haya muy puesta en boga para la decoración.

Tal fiebre de alegoría se desarrolla en el decorado, que parece hallarnos en pleno siglo XVIII. La religión y la política, la agricultura, el vapor y la electricidad, todo se *alegoriza* de la manera más material y vulgar. Causa extrañeza en un siglo como el nuestro, de tendencias tan racionalistas, y se explica tan sólo por el respeto que los profanos conservan á las creaciones del arte, y acaso por su mayor cultura en la comprensión de la Iconografía.

El arte decorativo, inficionado de la alegoría, debe llevarse al Naturalismo y Realismo razonando sus concepciones; pues creyendo espaciar en él mejor la fantasía, los artistas suelen hacer alarde de faltar á la verdad. Figuras humanas cuyos omoplatos se desarrollan en alas de aves, árboles, casas y aun motañas suspendidas en el aire, ó como reposando sobre vapores nebulosos; todo esto viene reconociéndose como bello y artístico; pero ¿no debe parecernos también extravagante?

Un pintor cuyas obras embelesan fué Juan Baustista Tiépolo, que indudablemente usó con el mejor gusto todas estas libertades, que sirvieron después y sirven aún de modelo para decorar bóvedas y paredes, abusando del empleo de la figura humana, en los sitios donde más difícilmente resulta su ilusión de verdad, y con peligro de no obtener el mérito más grande de las obras de Tiépolo, que consiste, á mi juicio, en tal encanto de luz y ligereza que mantiene sus figuras á la altura y condiciones en que las colocaba.

La pintura de retratos no admite discusión sobre si debe ó no estar conforme con el Naturalismo; los preciosos modelos que nos legaron Holbein, Moro, Tiziano, Van Dyck y nuestro gran Velázquez, nos dan de ello la prueba.

Copiar el natural en su expresión y forma, dar en el lienzo la idea justa del carácter del individuo retratado, son las lecciones sólidas de los grandes maestros, y no es posible separarse de ellas si se quiere obtener la perfección.

Tampoco la pintura de paisaje y de marina puede salir del dominio del Naturalismo, y así lo entienden los mejores artistas modernos, elevándola á un grado de perfección y verdad que no alcanzó hasta hoy.

Revisaré, por último, la pintura de costumbres, ó de género, según impropiamente se la llama. No es la predilecta de los idealistas, y cuando la cultivan suelen desarrollarla en sentido alegórico ó en escenas de épocas pasadas.

Entre los que prefieren el realismo, si bien algunos pintan lo pasado, los más son partidarios de lo contemporáneo, aunque á veces no imprimen á sus cuadros los caracteres estéticos de que toda obra de arte debe estar dotada; pues ocupándose en la copia material del vivo y otros accesorios inútiles, descuidan la expresión, si es que de ella no prescinden por completo.

La pintura de género, colocada casi siempre en segunda línea, tiene, á mi parecer, mucha mas importancia. La copia de las costumbres, la expresión de las pasiones, encierran en sí la Religión y la Historia, y, por consiguiente, su fiel representación debiera colocarse al lado de lo que se llama la gran pintura.

Mas para esto es necesario que los artistas no pinten sino aquello que, después de haberlo visto en la Naturaleza, esté en su sentimiento y aficiones, teniendo gran cuidado de que la estética y la plástica se hallen perfectamente equilibradas en sus obras; pues hay pintores que, fijando sus ideales en la actitud ó movimiento de líneas de una figura, en un efecto de luz ó de color, en el desenfado de pincel, en cierta gracia de factura ó en otros secretos de mecanismo, se separan de la realidad, produciendo solamente una moda pasajera más dig-

na de las artes industriales que de artistas de elevadas aspiraciones.

Volviendo á lo que con sólido fundamento puede llamarse en pintura Naturalismo y Realismo, repetiré para concluir, que el artista debe esquivar la representación de ideas que carezcan de forma real y verdadera, y de escenas ó personajes que sólo conozca por la Historia ó los monumentos del arte, escogiendo los asuntos de sus cuadros en la vida contemporánea. Así logrará ensanchar los límites de su fantasía en el vasto campo de la realidad y la Naturaleza, facilitándose al mismo tiempo el desarrollo plástico de sus obras.

Y conseguirá, sobre todo, ser mejor comprendido por la generación en que vive, y dejar á las venideras el retrato fiel de su civilización.

Estas son mis ideas respecto al arte de la Pintura. No sé si acertadas ó fuera de camino. Vuestra elevada ilustración sabrá apreciarlas en lo que puedan valer.

Réstame, por último, pediros indulgencia por la molestia que he debido causaros con la pobre manera de expresarme, debiendo renunciar por lo mismo, á manifestar la complacencia que siento al ocupar un puesto entre las eminencias del Arte, y en cuánto estimo el honor de pertenecer á esta Corporación, que tan solícitamente vela por mantener el buen gusto y la verdad en las artes españolas.—He dicho.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

del Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos

ACADÉMICO DE NÚMERO

Días regocijados y alegres, de sol esplendoroso y fecundo, de celaje transparente y límpido, vienen á ser, señores, para

esta ilustre Corporación, entre otros no libres de inevitables desventuras, aquellos en los cuales, descansando de sus penosas tareas ordinarias, celebra fiestas como la presente: días en que todo parece jubiloso en ella, y en que, cuando la voz de sus elegidos cesa de resonar, aquí, donde inmóviles en sus creaciones maravillosas, hacen semblante de escucharla atentos los grandes maestros, que representan pasados triunfos, pasadas épocas y prestigios inextinguibles á despecho del tiempo,—se respira nuevo ambiente de singular fragancia, saturado de risueñas y halagadoras promesas vitales, y como que nueva savia juvenil, fresca, jugosa, circula por las venas de este insigne Instituto, á quien fió la ley el sagrado inviolable depósito del buen gusto, á quien encomendó la vigilancia sobre la conservación y el progreso de las Bellas Artes, y á quien miró y mira siempre el artista cual corona y término anhelados y gloriosos de sus afanes y de sus aspiraciones.

No sino con sobradísima razón, por tanto, y en presencia del espectáculo grandioso con que convida esta Real Academia, perpetuando por propia virtud y con substancia propia su personalidad y su vida,—en ocasión á la actual semejante decía uno de sus más preclaros individuos, aquel egregio dramaturgo cuyas producciones conservan todavía el privilegiado secreto de excitar en las tablas el aplauso de las conmovidas muchedumbres, y cuyo nombre figura unido á cuanto simboliza y recuerda momento de los más interesantes de nuestra vida contemporánea, D. Antonio Gil de Zárate en fin, que era condición privativa «de esta ilustre Corporación» la de «renovarse en su mayor parte á sí misma», y que «á nadie con más exactitud pudiera aplicarse la conocida fábula del ave misteriosa que renace de sus cenizas; pues no bien la muerte le arrebata alguna de los distinguidos artistas que la componen,—continuaba,—cuando le sucede un discípulo, un hijo suyo, formado en su seno y amaestrado por ella para pertenecerle algún día, así como del fecundo tronco de un árbol frondoso brotan los tiernos retoños que van reemplazando las caídas hojas».

Y con verdad que, según proseguía en su hermosa oración afirmando aquel escritor insigne, mientras «otras Academias buscan los neófitos que las renuevan entre los numerosos cultivadores de la literatura y de las ciencias que ilustran al país, pero que no tienen más relación con tales Cuerpos que el lazo común que une á cuantos emplean su ingenio y sus esfuerzos en aumentar el caudal de los conocimientos humanos, la de San Fernando recurre, además, á sus propias hechuras, reuniendo así dos glorias: la de abrir sus brazos á un hombre esclarecido, y la de haber contribuído á que lo sea.» «De esta suerte,—añadía,—el discípulo viene á sentarse al lado de su maestro, y ambos, en tan afortunado instante, se sienten henchidos de igual satisfacción; éste por ver cuán bien se ha logrado el fruto de su afanosa enseñanza; aquél, porque se ha mostrado digno de ella.» «¡Noble estímulo,—concluía,—para los jóvenes que intentan seguir la honrosa carrera de las Bellas Artes!» (1).

No de otra manera ocurre hoy, señores, por cierto, con relación al laureado artista, cuyas palabras acabáis de escuchar complacidos, disertando valerosamente acerca de uno de los temas que, eternos en las esferas del Arte, más sujetos se hallan, sin embargo, á los vaivenes y oscilaciones de la moda. Discípulo de esta Real Academia, donde comenzó sus estudios, fué aquí donde por vez primera aprendió á manejar el pincel y á sentir el Arte; fué aquí donde con las enseñanzas de nuestro muy amado y respetable director, D. Federico de Madrazo, tuvo su vocación principio, y de donde partió aleccionado para remontar el vuelo á través de las regiones misteriosas é ideales de la pintura religiosa y de la pintura histórica, en las cuales cosechó como en fértil campo merecidos triunfos.

Cual amorosa madre, vióle partir la Academia: sintióse regocijada íntimamente con sus victorias, y hace años, cuando inexorable la muerte cortó el hilo de la existencia del

(1) Discurso de contestación al de D. José Pagniucci y Zumel.

inspirado autor de *Los Náufragos de Trafalgar*, llamóle sin vacilación á su seno, abriéndole cariñosamente los brazos. Satisfecha puede estar de su hijo la Academia, parecía que en él tornaba á vivir aquel sentimiento de singular y mística pureza que inspiró un tiempo las creaciones pictóricas de nuestros grandes maestros en el Arte, y así unos en pos de otros, venían á demostrarlo con avasalladora elocuencia, desde há ya treinta años, sus hermosos cuadros *Entierro de San Lorenzo*, *Un coro de Monjas*, *Santa Cecilia y San Valeriano*, *El tocador pompeyano*, *Numancia*, *Nuestra Señora de las Mercedes*, *El milagro de las rosas* y otros más que son prenda inestimable de su pincel, y que, laureados la mayor parte de ellos, ora figuran en Museos como el del Prado y el de Sevilla, ora en colecciones como la del marqués de Valleumbroso, en el Asilo de la Mercedes, ó en el restaurado y fastuoso templo de San Francisco el Grande de esta corte.

Detalles son éstos harto notorios en la vida del artista, y que no alego aquí, señores, con el intento de daros á conocer la personalidad notable de don Alejo Vera, vuestro elegido, ni de encomiar sus méritos, legítimamente galardonados. Con mayor aplauso vuestro, y con mayor gloria del nuevo compañero; habríanlo hecho aquellos á quienes encargásteis sucesivamente la honrosa misión de dar en nombre de la Academia la bienvenida al Sr. Vera: el eximio D. Manuel Cañete, á quien privó la muerte, por desventuras de todos, de cumplir vuestro mandato, y el elegante polígrafo D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, á quien ocupaciones de otra naturaleza han impedido contra su deseo corresponder con su acostumbrada galantería al de este Cuerpo. Mas recuérdolos en la ocasión presente porque á tales méritos y á tales glorias, que debieran por sí solas constituir el orgullo del artista, reune el nuevo compañero méritos de otro orden y de otra naturaleza, los cuales habréis ido apreciando en su notable discurso, que de pensador le acredita.

Enamorado de la verdad y de la realidad, aunque su pasión le conduce alguna vez á extremar sobre modo las con-

clusiones, no es, sin embargo de todo, y como á primera vista podría juzgarse, de aquellos que, con devoción singularísima, únicamente á la realidad y á la verdad rinden ferviente y exclusivo culto, dislocándolas y sacándolas de su terreno propio. Factores una y otra indispensables en la creación artística, ni aparecen ni pueden aparecer en ella con el carácter absoluto que algunos han pretendido, limitando así el terreno del Arte, según perfectamente siente por su parte el Sr. Vera: nacido el Arte del humano esfuerzo, ha de reflejar siempre y precisamente cuanto en la Naturaleza existe, en la forma y en la manera que le es dado al espíritu humano comprenderlo, supuesta su limitación infranqueable; y en tal sentido, ni la verdad ni la realidad son exigibles, sino en la medida en la cual han sido comprendidas é interpretadas por el espíritu del artista, quien al hacerlas suyas las transforma é involuntariamente las idealiza, sin darse cuenta ni conocimiento de ello.

Pero la verdad y la realidad no son patrimonio exclusivo de la naturaleza física: existen y se manifiestan en la naturaleza moral; y si el Arte hubiere de reducirse á reproducir con la exactitud y el escrúpulo automáticos de la cámara obscura el mundo físico,—á ser hacedero que el artista prescindiese en la reproducción de su propia personalidad,—lícito sería concluir desde luego que el Arte no existía. El Arte, pues, no estriba sola y únicamente, á lo que me es lícito entender, en la reproducción minuciosa de la verdad y de la realidad físicas; no se ha producido para el reposo único tampoco de los sentidos, y tiene fin más levantado y superior, correspondiendo por tal camino á la doble naturaleza humana. Por ley ineluctable de la materia, á la cual se subordina la forma con todos sus accidentes, el Arte se halla precisado á representar objetos sensiblemente materiales; pero por ley también ineluctable del espíritu que preside la creación artística, aspira á que éste sea sensible por su parte, procurando que no carezca de la realidad material externa, por medio de la cual ha de hacerse perceptible á los sentidos;

y he aquí, señores, en términos bien alementales por cierto, el porqué de las clasificaciones hechas en el campo de la Pintura, repartido entre la pintura de paisaje, la religiosa, la simbólica, la histórica y la de género.

La verdad y la realidad en la pintura de paisaje, sometidas aparecen en un todo al espíritu del artista; él es quien escoge el panorama dentro de la Naturaleza, quien busca la luz, quien acomoda en ocasiones á su placer los accidentes combinándolos, quien, en fin, sintiendo la grandeza, la majestad, la poesía del campo, ya en la hora llena de encantos y de misterios, en que al primer beso del alba despierta la Naturaleza dormida, ya en el solemne instante del crepúsculo imponente de la tarde, en que luchan la luz amortiguada y las sombras, ya al mediar del día, en que todo es esplendor y diafanidad exuberante,—sorprende y reproduce, conforme al sentimiento que él propio experimenta, y según el estado de su ánimo y su temperamento, aquella realidad y aquella verdad que le enamoran, y en las cuales huye cuidadoso cuanto pueda perjudicar ó dañar el conjunto, y utiliza cuanto en los detalles le favorece y contribuye al fin generador propuesto, que no es ni puede ser meramente la copia minuciosa y estéril de la Naturaleza, sino el provocar la emoción estética, pura y desinteresada en el espectador, quien debe delante del cuadro, no sólo espirar el ambiente perfumado que exhalan las campestres flores, no sólo oir el rumor del aura entre las ramas de los árboles, y del agua cristalina del arroyo al deslizarse entre los gijos y peñascos de su lecho, sino sentir dentro de sí el pensamiento y el sentimiento del artista, empaparse de él y poseerle por completo, haciéndole suyo por eficacia y virtualidad prodigiosas del Arte.

Engendrada por la fe y para la fe nacida, la pintura religiosa, aquella en la cual parece como que la verdad y la realidad materiales intervienen con mayor dificultad y trabajo, aquella que aspira á dar expresión sensible á sentimientos levantados de orden bien diferente, y muchos de

ellos sobrenaturales,—no por ello gira tan en absoluto en órbitas apartadas de la verdad y de la realidad del mundo físico, como para que merezca el menosprecio de la escuela pictórica realista. Cierto es que ni la sublime escena del Juicio final, ni la de María, la Madre amantísima, al pie de la cruz, de donde se halla pendiente y ensangrentado el cuerpo del Salvador del mundo, ni ninguno de los misterios de nuestra santa religión, ni el martirio de los bienaventurados confesores de Cristo, son escenas que el pintor puede copiar de la Naturaleza; pero si Dios creó en los jardines del Paraíso al hombre á su imagen y semejanza, y si el hombre siempre, en todas las edades y en todas las regiones, no puede, por lo limitado de la condición humana, concebir el ser Supremo sin forma y sin que esta forma sea la del hombre mismo; si no halla en la realidad camino para expresar la grandeza, la majestad y la omnipotencia divinas, sino dentro de lo que son la grandeza, la majestad y la relativa omnipotencia humanas; si no puede prescindir de sí propio, del mundo en que vive y de los lazos que al mismo le unen, ¿por qué tildar sus imágenes de falsas y de contrarias á la verdad y á la realidad materiales? ¿Por qué declarar impotente el Arte para dar forma á lo que concibe dentro de sus finitas condiciones la inteligencia?

Si no hay dolor como el dolor de María; si el pintor no puede sorprender jamás modelo alguno que experimente la amargura de aquella Madre del Verbo Divino, y á nadie en lo humano le es dado concebirle, ¿por qué estimar contraria á la verdad y á la realidad la expresión humana de aquel dolor por nadie sentido, si no hay forma fuera de ella para manifestarlo? Y ¿á qué seguir por este camino en la representación de la verdad y de la realidad religiosas, si tan conforme se halla el género con nuestra condicionalidad y con nuestros sentimientos, y la envoltura material humana se impone como imprescindible para exteriorizar y dar forma á lo que sólo la tiene en el mundo sobrenatural y sobrehumano? Censuremos el convencionalismo exagerado; rene-

guemos en el Arte del amaneramiento singular á que llegó la pintura religiosa en la general decadencia; condenemos los extravíos del simbolismo, contrario á la realidad y á la verdad; pero no declaremos impotente el Arte para hacer externos pensamientos y sentimientos religiosos, prescindiendo de la misión educadora, de la influencia saludable que ha ejercido siempre y ejerce en el espíritu, cuando aspira á remontarse á aquellas puras regiones donde el Hacedor Omnipotente tiene su trono, y donde le rodean sus elegidos. Duélanos la impotencia del artista, duélanos su falta de fe, lo escaso de su imaginación, cuando no acierta; pero no condenemos el género en que descuella nuestro inmortal Murillo.

Temo, señores, fatigar vuestra docta atención si aun de pasada, hubiera de proseguir el examen comenzado, deteniéndome en los demás géneros de la Pintura; y si con relación al abuso inmoderado que se ha hecho del alegórico nadie habrá que deje de reconocer la justicia con que contra él se revuelve airado el nuevo académico,—permitidme antes de concluir que dedique algunas palabras á la pintura histórica, la cual cumple misión altísima, comparable, con ciertas limitaciones, á la religiosa. Viviendo en el ambiente en que la humanidad se agita, nutriéndose de la substancia afanosamente elaborada por ella, el Arte en todas sus manifestaciones reflejo y consecuencia lógica es del estado en que la humanidad se muestra, é intérprete fiel de tal estado en todos los órdenes de su desenvolvimiento; ninguna de las formas que cultiváis vosotros puede aparecer disociada con respecto de aquellas otras que, como la literaria, no son sino manera de expresión del Arte; y á la par que en esta última todo cuanto constituyó el encanto de nuestros padres, arrebatado en el torbellino de la nueva edad ha adquirido carácter arcaico y ha caído en deplorable desuso, así también, por lo que hace á la manifestación pictórica, ha ocurrido con relación al género histórico, el cual parece, en medio de su interés y de su grandeza no dudosas, que palidece ante los mu-

chas veces banales esplendores de la pintura llamada de género, que corresponde, en las esferas de la Pintura, á juicio de algunos, con el género literario de la novela, según le practicaron después de Balzac, Zola, Flaubert, Daudet y otros en Francia, y entre nosotros con Pérez Galdós, con Pereda y con el P. Coloma, diferentes noveladores de la edad contemporánea, cuyos nombres son para vosotros familiares. Como canon fundamental del género, y cual si nadie antes de los modernos hubiese puesto en práctica semejantes medios de conocimiento, proclaman la experimentación y la observación; y siendo en realidad imposible, aun al erudito, experimentar por sí y observar también por sí, sociedades que pasaron,—deducen que la novela histórica, cual la pintura histórica, cómo tan lejanas de nosotros carecen de verdad y de realidad, y son por tanto indignas del Arte.

¡Error, y error crasísimo á lo que entiendo! ¡Contra él, en el sentimiento humano, levántanse dentro del arte de la Pintura las bellas creaciones de quienes buscaron en la Historia inspiración fecunda, y por medio del pincel lograron despertar la emoción estética primero y después identificar nuestro espíritu con las edades pasadas! Allí están con Pradilla, en la *Rendición de Granada* y en *Doña Juana la Loca*, Rosales, Casado, Sans, Checa, Palmaroli, Alvarez Dumont, Luna, y tantos como han conseguido inmortalizar su nombre en el calumniado género, y nuestro nuevo compañero D. Alejo Vera, en el lienzo de *Numancia*. Nadie habrá que no se sienta conmovido ante las escenas interpretadas valerosamente por cada uno de los indicados artistas; que no se sienta dignificado ante las enseñanzas que se desprenden de cada una de sus creaciones históricas; que no experimenten en su espíritu todas y cada una de las impresiones reflejadas en el semblante, en la actitud de los personajes reproducidos, mágico efecto que no habría sido conseguido por manera alguna, sin el auxilio de la verdad y de la realidad dentro de lo humano. Y, sin embargo, nadie podrá exigir á los artistas ni la observación ni la experimentación, fuera de las que proporciona el estudio.

Aquellos héroes, aquellos personajes, llámense Fernando V, Isabel la Católica, Boabdil, Doña Juana la Loca, Ramiro el Monje, ó como se quiera, viven, respiran, sienten, piensan, se conmueven, se agitan y se producen como siempre en casos semejantes, y con los cambios naturales de cultura, ha vivido, ha respirado, ha sentido, ha pensado la humanidad; y en lo humano de la interpretación y del asunto, en lo humano de la figura está el secreto maravilloso de la verdad y la realidad, que en el hombre han de durar tanto como dure el mundo. No es, pues, lícito en modo alguno afirmar que la pintura histórica carece de verdad y de realidad, ni que en ella no intervengan la observación y la experimentación tan ensalzadas. Préstanle su auxilio poderoso para unos y otros fines la Arqueología y la Historia, y la Historia y la Arqueología, cuando son debidamente consultadas, proporcionan materiales sobrados para que en los accesorios indispensables, aquello que debe acompañar á la expresión de afectos y de sentimientos, resplandezcan la verdad y la realidad con intensidad asemejable á la que hace subir de punto en el concepto de algunos la pintura de género.

Ofensa haría á vuestra discreción, señores, si me permitiese extremar aún más los razonamientos; pero creo demostrado suficientemente con lo dicho que la verdad y la realidad, los dos escollos en que se asegura ha naufragado el bajel de la pintura religiosa y de la pintura histórica, factores son, como decía, indispensables, los cuales intervienen eficacísimamente en ambos géneros, los más nobles, los más dignos, los más artísticos, si tal locución es consentida; aquellos que más directamente obran sobre el espíritu, que más hondamente le conmueven, que le educan, que le aleccionan y le magnifican, alejándole de las miserias de la vida actual, que hartas tiene.

Y pues he cumplido la misión que me confiásteis, pues tan conforme en lo substancial se halla mi criterio con el de vuestro laureado elegido,—recordando las elocuentes frases con que en este misma sitio daba mi ilustre predecesor ante vos-

otros, el marqués de Molins, la bienvenida al marqués de Valmar, tratando asunto íntimamente relacionado con el que ha sido objeto de la discreta oración del Sr. Vera,—no llevaréis á mal que, al deplorar lo injusto que con él ha sido la fortuna, termine diciendo: si no supieron apreciar vuestros méritos los contemporáneos; si el favor no fué nunca lisonjero con vos en vuestra carrera, «hoy la Academia os da lo que, en los tiempos que corren, vale y se estima mucho más que bandas y collares: el abrazo fraternal de los grandes artistas y el aplauso desinteresado del público».—He dicho.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

Pocos serán los lectores de esta REVISTA que desconozcan la acreditada firma literaria del escritor cuyo nombre sirve de epígrafe al presente artículo. Pero muchos ignorarán en cambio los títulos que nuestro biografiado tiene á la consideración de su patria y de los amantes de la cultura española. Publicarlos, aprovechando la posición excepcional que para esto nos da la antigua y cariñosa amistad que con él nos une y la circunstancia de haberle acompañado en alguna de las empresas á que ha dedicado las energías de su alma, es el objeto que perseguimos, aun cuando al hacerlo podamos herir su extremada modestia.

Nació Antonio Machado en Santiago (Coruña) el 6 de Abril de 1846, hallándose su padre desempeñando la cátedra de Física en aquella Universidad; mas, como él mismo dice, es un gallego que no ha conocido ni pisado su tierra, porque á los cuarenta días de haber nacido, su madre, que había quedado muy enferma de resultas del alumbramiento, se trasladó con él á Sevilla, donde ha vivido hasta 1883, en que fijó su residencia en Madrid.

Fué la niñez de nuestro biografiado valetudinaria, y mu-

chas veces sus padres temieron por su vida; pero el ioduro de potasio, los baños de mar, y más que todo esto, los constantes cuidados de su buena y cariñosa madre, lograron corregir aquella naturaleza débil, y pusieron al joven Antonio en condiciones de dedicarse á los estudios del bachillerato, cuyo título tomó el 10 de Julio de 1862.

En toda esta primera etapa de su vida ejerció sobre él una positiva y eficaz influencia su madre, señora de espíritu cultivado y de corazón de artista, bajo cuya inmediata dirección cursó los estudios de la segunda enseñanza, de entre los cuales manifestó escasa afición á las matemáticas, pero pasmosa facilidad y extraordinario gusto para los idiomas, la literatura y la historia natural.

Al emprender simultáneamente las dos carreras de filosofía y letras y derecho civil y canónico, fué su catedrático de metafísica, en el año preparatorio de la segunda, el sabio maestro D. Federico de Castro y Fernández, que, si grande influencia ha ejercido durante más de veinte años en la cultura de Sevilla, mayor la ejerció sobre su aventajado discípulo, á quien animó en el estudio de las producciones populares, llamándole la atención sobre la importancia de su valor ideológico.

Su vida toda de estudiante está llena de empresas literarias. En 1866 colaboró en *La Juventud*, periódico fundado y dirigido por su íntimo amigo y compañero, hoy profesor en la Institución Libre de Enseñanza, Sr. Sama. En 1867 se trasladó á Madrid, y con la iniciativa y entusiasmo, que constituyen prendas distintivas de su carácter un tanto desigual, aunque constante en su amor á los grandes ideales, fundó y dirigió *El Obrero de la Civilización*, donde colaboraron hombres tan eminentes como Salmerón, Giner de los Ríos (don Francisco), el malogrado Maranges, Castro (D. Federico) y Machado y Núñez, y jóvenes tan distinguidos como Revilla, Abad, Romero Cabezas y Manuel Paley, su amigo y condiscípulo de toda la carrera.

La casa de éste y la de Machado, que á la sazón vivían en

la calle de Mesonero Romanos (entonces Olivo), núm. 7, pagando un modestísimo pupilaje, llegó á ser el centro de la juventud estudiosa y republicana de aquellos tiempos. A estas reuniones, en que bajo la presidencia de Augusto González de Linares, se leían y comentaban obras tan magistrales como el *Cosmos* de Humboldt, acudieron más de una vez para animar á aquella juventud estudiosa, hombres ya tan distinguidos como Salmerón, Giner y otros importantes en la política, la literatura y las ciencias, siendo asíduos concurrentes entre otros, los aventajados jóvenes Tapia, Mirete, Chamarro, Revilla, Gonzalo Calvo Asensio, Calabia, Chíes, Urquiola, Ferrándiz, y cuantos más ó menos comulgaban en las doctrinas de Krause. Por cierto que la frecuencia con que se celebraban aquellas misteriosas reuniones llegó á suscitar los recelos de la policía, que más de una vez registró de noche, armada hasta los dientes y tomando insólitas precauciones, la habitación en que dormían Machado, Poley y otro compañero, formidables conspiradores, comentaristas de Humboldt y de Krause.

Contrajo por entonces una pulmonía que puso su vida en grave aprieto, siendo la causa de esta enfermedad, que muchas veces le hemos oído recordar, verdaderamente graciosa, pues fué ocasionada por no haber usado en lo más crudo y rigoroso del invierno otra ropa que la de entretiempo, que trajo puesta cuando en el mes de Septiembre vino á Madrid, por hallarse en la equivocada creencia de que no había traído ropa de abrigo, siendo así que uno de los primeros cuidados de su buena madre había sido colocarla en el fondo del baul. Esta distracción—que continúa siendo uno de los rasgos más característicos de su fisonomía moral—estuvo á punto de costarle la vida, y desde luego le obligó, por lo quebrantada que su salud había quedado, á volverse á Sevilla, donde en Noviembre de 1869 tomó el grado de licenciado en derecho.

Por esta misma época, bajo la dirección de su señor padre y de su maestro D. Federico de Castro, fundó en unión de otros compañeros, entre los cuales recordamos á Sánchez

Surga, Belmonte, Vincenti, Blas Enrique Jiménez, García, Azcarza, Martínez Escobar y Poley, la notable *Revista Mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla*, que tuvo de existencia seis años, y que el sabio catedrático de Historia de la Central, D. Fernando de Castro, tenía en especial estima y calificaba de hermana del *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*.

Entonces comenzó á darse á conocer como cultivador de los estudios de literatura popular, escribiendo unos notables artículos sobre canciones y dos cuentos—*El médico bonito* y *El ahorcado á lo divino*—de que luego se hizo edición aparte, con otros del Sr. Castro.

En 29 de Junio de 1871 se licenció en filosofía y letras, mereciendo al año siguiente la honra—que él tiene por una de las mayores de su vida—de que el Sr. Castro le designase como sustituto personal para desempeñar la cátedra de metafísica, la cual tuvo á su cargo durante un largo período en que su maestro ocupó en Madrid un elevado puesto de la política.

Inscribióse en el Colegio de Abogados de Sevilla en Julio de 1871, y abrió su bufete con sus compañeros Surga y Poley; pero habiendo sido nombrado Juez municipal del distrito de San Vicente para el bienio de 1872-74, juzgó, por un exceso de delicadeza, que debía darse de baja en el ejercicio de la abogacía hasta terminar el desempeño de su cargo, en el que demostró notable acierto y espíritu de rectitud y de justicia poco comunes.

Apenas terminado el bienio volvió al ejercicio de la noble carrera, estableciendo entonces nuevo bufete en unión de su maestro Castro, consiguiendo más de un éxito ruidoso y acreditándose también como escritor jurídico en una notable campaña emprendida en la prensa periódica sobre reforma del procedimiento civil en sentido de la simplificación y la oralización.

Dedicado á los trabajos del bufete, á traducciones de obras, á escribir artículos literarios, á negocios de carácter

industrial y á coleccionar abundantísimos materiales de literatura popular, continuó hasta 1879, en que comenzó una hermosísima campaña en *La Enciclopedia*, que muestra una nueva dirección en sus estudios y sentido filosófico, con tendencia evolucionista, predominantemente spenceriana; tendencia que mantuvo en 1880 en el Ateneo Hispalense, frente á su maestro Sr. Castro, sin que por ello haya dejado de profesarle jamás entrañable afecto y verdadera veneración.

Era *La Enciclopedia* una revista decenal científico-literaria que desde 1877 hasta 1882, en que cambió su título por el de *El Tribuno* y se convirtió en diario, que vive todavía, publicábamos en Sevilla, Federico Barbado, Jacobo Laborda, Miguel Corbacho y el autor de estas líneas, para estimularnos en el cultivo de nuestras especiales aficiones y para que sirviese de palenque á quince ó veinte amigos y condiscípulos que desde 1874 sosteníamos una Sociedad titulada «La Genuína» en que, sin pretensiones de ningún género, nos congregábamos todos los sábados para discutir temas propios de nuestras respectivas carreras que ofrecían interés y merecían en nuestro concepto ser sometidos á controversia; Sociedad que en 1879 transformamos en Ateneo Hispalense y ha sido y continúa siendo un centro honroso de cultura para Sevilla.

En *La Enciclopedia*, y bajo la dirección de Machado, comenzó á publicarse en 1879 una sección de literatura popular, de cuyo mérito puedo hablar sin reserva, porque como no era este el asunto de mi predilección, apenas si escribí en ella algunas líneas. Bastará que recuerde que la dió á conocer á Europa entera, con grandísimo entusiasmo, el ilustre profesor de la Universidad de Graz (Austria) Hugo Schechardt, que á poco de haber comenzado á publicarse la sección llegó á Sevilla y buscó con interés á Machado, felicitándole cariñosamente. En breve tiempo, y merced á la galantería del Sr. Schechardt, Machado y los que con él cultivaban los estudios de literatura popular, estaban en relación con el erudito bibliotecario de Weimar Reinhold Köler, con

Pitré, Gastón Paris, Sabatini, Braga, Coello, la señorita Coronedi Berti y con cuantas personalidades eminentes se consagraban en Europa á este género de estudios. *La Enciclopedia* alcanzó entonces una reputación en el extranjero, y frecuentemente era citada con encomio y juzgada con aplauso por el *Polibiblion*, la *Meluzine*, *Der Magazin für die Literatur der, In-und-Auslandes*, la *Rivista de Letteratura Popolare*, publicaciones todas de autoridad y prestigio, cuyos desinteresados elogios servían para estimular más y más á los redactores de la sección.

Tenía ésta un carácter distinto de cuantos estudios sobre esta misma especialidad se habían publicado antes en España. No era, como el *Cancionero* de Fernán Caballero, el producto de una cuidadosa selección literaria; ni como el *Refranero general* de Sbarbi, un estudio erudito y académico; ni como la *Poesía popular* de Mila y Fontanals, un estudio de teorización y de crítica. *La Enciclopedia* sólo se preocupaba de reunir, de acopiar materiales, reproduciéndolos con la mayor fidelidad posible, respondiendo así á las corrientes científicas modernas, según las cuales, primero son los datos, los hechos, los casos, y después las leyes, las generalizaciones y las teorías. En dos años de publicación reuniéronse en la sección de literatura popular de *La Enciclopedia* riquísimos materiales para un estudio serio y detenido sobre cuentos, juegos infantiles, refranes, supersticiones, tradiciones; cantos, usos, ceremoniales, etc.

No necesitamos encarecer cuántos y cuán amplios horizontes abrieron á los ojos de Machado, de Rodríguez Marín, de Torres Salvador, de Romero Espinosa y de algunos otros entusiastas por la literatura popular que con sus trabajos alimentaban aquella sección, las relaciones con los sabios extranjeros, que ellos discretamente cultivaron y aprovecharon. Para todos fué una verdadera revelación la importancia y universalidad con que en Europa se cultivaban estos estudios. Entonces aprendieron que en Inglaterra Pepys y el duque de Roxburghe habían coleccionado las antiguas baladas,

y que Percy había publicado una colección de cantos de juglares; que en Alemania Herder había escrito á principios de este siglo un libro sobre los cantos populares de diversos pueblos, que Musæus, antes que los célebres hermanos Grimm, había recogido de la tradición oral infinidad de cuentos que publicó, si bien desfigurados con un ropaje literario; que en Francia había dado á conocer Artaud las baladas escocesas, Marmier los cantos del Norte y Fauriel los de Grecia; que Max-Buchon había coleccionado los cantos de Noël y las canciones del Franco-Condado, y Bujeaud las de los departamentos del Oeste; que en Portugal, ya en 1839, había publicado el eminente Almeida-Garret una notable colección de romances; que en Italia Tommaseo había publicado cuatro volúmenes de cantos italianos, corsos y griegos, que Marcoaldi había dado á conocer los cantos de diversas comarcas de su país, que Pitré, en Sicilia, había hecho una colección verdaderamente notable de cuentos, tradiciones y proverbios, y que había en Italia una verdadera pléyade de cultivadores de estos estudios, Comparetti, Ancona, Rubieri, Imbriani, Gubernatis, Guastella, Finamore, Avolio, Sabatini, Mattia di Martino, Gianandreo, Tigri y muchos más; que en Servia, Rumanía, Albania, Suecia, Dinamarca, Rusia, Bohemia, que en todas partes, en fin, y desde principios del siglo, había un sorprendente movimiento de literatura popular.

Por entonces también tuvo noticia Machado de la fundación en Londres de la «Folk-Lore Society». Se lo he oído contar mil veces y otras mil hemos comentado juntos la impresión que experimentó. Hojeando en el salón de lectura del Ateneo Hispalense á principios de 1880 el número de la *Revue Celtique* correspondiente al mes de Agosto de 1879, que con extraordinario retraso acababa de recibirse, leyó en él una nota que sobre poco más ó menos decía lo siguiente: «Se ha constituído en Londres una Sociedad que tiene por objeto, recoger todos los cuentos, baladas, etc. Dicha Sociedad es importantísima. ¡Lástima que en Francia no pudiera hacerse una cosa análoga!»

Leer aquella noticia y experimentar simultáneamente los más opuestos sentimientos del ánimo todo fué uno: tributaba un entusiasta aplauso y sentía profunda admiración hacia los ingleses; le indignaba la nota y lamentaba que los franceses que teniendo una tradición tan hermosa en los trabajos de Gaston Paris y del Conde de Puimaigre y una Revista tan importante como la Melusine, verdadero arsenal de materiales folk-lóricos de los mejores de Europa, no se atrevían á fundar el Folk-Lore; y resolvía acometer la empresa, contando con sus buenos amigos de *La Enciclopedia*, de hacer él en España lo que los franceses con toda su cultura no se atrevían á instaurar en su país.

Indagó, escribió á Londres, se dirigió al secretario de la Sociedad Mr. Gomme, y recibió al cabo las publicaciones de la corporación inglesa, comenzando desde el instante con verdadero ardor la obra de propaganda que se había impuesto.

La palabra *Folk-Lore* es sajona, y está compuesta de las voces *Folk*, que significa gente, personas, género humano, pueblo, y *Lore*, que quiere decir lección, doctrina, enseñanza, instrucción, saber. Equivale, por tanto, á lo que en español llamaríamos, el saber de las gentes, el saber popular. El origen histórico de esta palabra se halla tan perfectamente conocido como su valor etimológico, y merced al ilustre secretario de la *Folk-Lore Society* podemos precisarlo. En la acepción en que hoy se emplea en todo el mundo culto, fué usada por primera vez en 1846 por el periódico inglés *The Atheneum* en una carta, en qne Ambrosio Merton, pseudónimo bajo el cual se ocultaba el Sr. William Thoms, excitaba á dicha publicación á recoger y coleccionar aquellos conocimientos y datos que se iban perdiendo, relativos á lo que se designaba con el nombre de antigüedades populares ó de literatura popular, cuyo nombre proponía, fuese sustituído por el de Folk-Lore. Treinta años tardó en germinar aquel pensamiento, constituyéndose en 1878 robusta y potente la primera Sociedad de Folk-Lore, cuyo objeto se halla perfecta-

mente expresado en el artículo primero de sus estatutos y que no es otro que «la conservación y publicación de las tradiciones populares, baladas legendarias, proverbios locales, dichos, supersticiones y antiguas costumbres,» etc.

Pero decidido Machado á ser el instaurador y ferviente propagandista del *Folk-Lore* en España, pensó que esta obra lejos de ser establecida entre nosotros con un carácter unitario, á semejanza de lo que se había hecho en Inglaterra, debía ser organizada por regiones, y, en su consecuencia, se propuso trabajar lo que en su mano estuviese para llegar á formar no una Sociedad centralizadora, sino tantas sociedades como regiones constituyen la nacionalidad española; esto es, el Folk-Lore Castellano, el Gallego, el Aragonés, el Asturiano, el Andaluz, el Extremeño, el Leonés, el Catalán, el Valenciano, el Murciano, el Vasconavarro, el Balear, el Canario, el Cubano, el Portoriqueño y el Filipino; pensamiento trascendental y quizás la obra más seria que se ha pensado en España para promover la autonomía regional y desenvolver el conocimiento de las riquezas y de las tradiciones y dialectos que sólo sobre el terreno pueden recogerse.

Para el Folk-Lore castellano había pensado Machado en el presbítero D. José María Sbarbi, con quien mantenía cordiales relaciones. El mismo Sbarbi lo confiesa en el número de *El Averiguador Universal* correspondiente al 30 de Septiembre de 1881, en un artículo que dedicó á uno de los libros de nuestro biografiado. He aquí sus palabras:

«Trátase de un estudio que hace unos cuantos años está llamando la atención de los hombres curiosos y observadores, consistente en recoger y apreciar los usos y costumbres, ritos, supersticiones, lenguaje, refranes, romances, cantares, juegos, etc.: en una palabra, todo cuanto contribuye á dar á conocer el modo de ser del pueblo, y que, nacido en la culta y escudriñadora Albión, responde al nombre de Folk-Lore; esto es, *ciencia del pueblo*. Pues bien; tal es la afición que se propone desde hace tiempo aclimatar en nuestro suelo D. An-

tonio Machado y Alvarez (alias *Demófilo*), á cuyo efecto intenta se establezca un Folk-Lore en cada uno de los antiguos reinos de nuestra España, compuesto de personas observadoras, laboriosas y dadas á este linaje de estudios, con el fin de que, recogidas las tradiciones populares de cada una de nuestras provincias, tradiciones consideradas bajo los múltiples aspectos susodichos, lleguen á formar en su día un riquísimo cuerpo de doctrina que dé á conocer en toda su extensión cuál ha sido la idiosincracia del pueblo español desde su origen hasta nuestros días; pensamiento digno de toda alabanza, y al cual no puedo menos de asociarme, mayormente habiendo tenido la honra de que el introductor de él en España haya puesto los ojos en mi insignificante persona con el fin de que le represente en Castilla. Trátase, pues, de comenzar una propaganda activa.»

Pero Sbarbi, en este mismo artículo, se oponía, aunque sin extremar la oposición, al título de Folk-Lore, adoptado por nuestro amigo; y utilizando hábilmente las relaciones con los profesores de la Institución libre, que Machado mismo le había proporcionado, tergiversó el pensamiento, constituyendo en 29 de Enero de 1882, bajo el título de «Academia nacional de letras populares (Folk-Lore español)», una sociedad cuyo proyecto de estatutos lleva la fecha de 29 de Octubre de 1881, y de la que fué órgano el propio *Averiguador Universal*, muriendo de inanición á poco de constituída.

Sin embargo, esta decepción que Machado sufriera apenas comenzada su noble campaña, no le desanimó: en 3 de Noviembre de 1881 formulaba las bases del Folk-Lore Español, y veinte días después, en unión con los Sres. Sales y Ferrer y García del Mazo, dejaba constituído el Folk-Lore Andaluz, bajo la presidencia del Sr. Asensio y Toledo. ¡Qué movimiento el que sucedió á estos empeños! En los cuatro años siguientes, y merced á los esfuerzos del ilustre fundador é incansable propagandista del Folk-Lore en España, y como resultado de la activa correspondencia que sostuvo con los hombres más distinguidos de nuestra patria, aparecieron los siguien-

tes, regionales unos y locales otros: el Frexuense (ó de Fregenal de la Sierra, 11 de Junio de 1882), del que dependieron el de Burguillos (8 de Diciembre de 1882), el Rodonalense (1.° de Octubre de 1882), el de Segura de León (28 de Noviembre de 1882), el de Higuera la Real (12 de Diciembre de 1882), el de Fuente de Cantos (9 de Julio de 1882), el de Jerez de los Caballeros, el Beturiense (ó de Zafra, 28 de Octubre de 1882), todos ellos de Extremadura; el Castellano, fundado por el mismo Machado (1883) bajo la presidencia de Núñez de Arce; el Catalán (1883), por iniciativa de Fiter y de Vidal de Valenciano; el Asturiano (ó Sociedad Demológica Asturiana), presidido por Balbin de Unquera; el Gallego (1884), bajo la presidencia de la ilustre escritora doña Emilia Pardo de Bazán; el Gaditano (20 de Mayo de 1885), presidido por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca; el Vasconavarro (fundado por don José Arana), y el Filipino (por D. Isabelo de los Reyes); sin contar los laudables esfuerzos que para secundar esta patriótica obra hicieron en Murcia, Tornel, Martín Baldo y Guirao; en Cuba, García de la Linde y Martínez Escobar; y en Puerto-Rico, Fernández Juncos.

Casi todas estas Sociedades publicaron revistas ó boletines y cuestionarios; y la bibliografía folklórica se enriqueció con la *Biblioteca de las tradiciones populares españolas,* que en 1884 y 1885 vió la luz en Madrid bajo la dirección de Machado, y de la que aparecieron hasta once tomos; con las obras de éste, *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario*, *Colección de cantes flamencos*, *Poesía popular*; con los *Cantes populares españoles* (cinco tomos) de Rodríguez Marín; con la *Poesía popular de Asturias*, de Menéndez Pidal; y con multitud de folletos y monografías, cuya enumeración en este artículo sería prolija.

Y no se redujeron á esto los esfuerzos de nuestro biografiado. En 1885, y por su iniciativa, el Ayuntamiento de Madrid, entonces, como ahora, presidido por el Sr. Bosch, tomó el acuerdo de fundar un Museo folklórico, y hasta designó el local que había de ocupar en el Colegio de San Ildefonso;

pero de aquí no pasaron las iniciativas de la Corporación popular, y cansado de llamar en balde á todas las puertas, tuvo que renunciar Machado á la idea de su formación, no habiendo logrado siquiera que el Municipio le cediera un mal estante de pino, una mesa y un par de sillas.

En 1886, desalentado y triste por el fracaso de su noble empeño, habiendo consumido en aquella hermosa obra el dinero y la salud, y necesitando dedicar su actividad á otra cosa, que aunque no le produjese gloria le rindiese provecho para sostener á su numerosa familia, después de un último esfuerzo de propaganda en *El Progreso,* el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, El Globo, El Día, El Liberal, El Imparcial, La Epoca, La América,* la REVISTA DE ESPAÑA y otros periódicos, cesa en absoluto en sus trabajos folklóricos. Y como si aquel edificio hubiese estado sostenido únicamente por él, van desapareciendo poco á poco todas las Sociedades, hasta el extremo de apenas quedar rastro de aquel fecundo y robustísimo movimiento representado hoy casi exclusivamente como obra evolutiva por la *Biblioteca del Folk-Lore en catalá.*

¡Qué triste, qué desconsolador es esto!

Y en tanto que aquí han quedado paralizados todos los trabajos, la idea ha dado sus frutos en Francia (1883), en Italia (1884), en los Estados Unidos y en otros países; y accediendo á una antigua invitación de Machado se ha celebrado en 1890 el primer Congreso de Folk-Lore en París y está próximo á celebrarse el de Londres...

Los últimos trabajos de Machado han consistido en las traducciones de la *Antropología* de Tylor y *La medicina popular,* de Black, y en la redacción del periódico *La Justicia,* desde su aparición en 1.° de Enero de 1888 hasta el mes de Mayo de 1891 en que tuvo que retirarse por haber caído gravemente enfermo. En *La Justicia* ha sido constantemente redactor jurídico, habiendo realizado muchas celebradas campañas que le han valido el elogio de nuestros primeros jurisconsultos y que han sido reproducidas algunas de ellas por

la prensa profesional. El número de artículos suyos de este género que *La Justicia* ha publicado pasa de 600; siendo dignos de especial mención los dedicados á la defensa del poder judicial frente al administrativo y de los fueros del parlamentario, á la excelente información judicial de «el muerto de la cárcel», que hizo volver la causa con tal motivo formada al estado de sumario, á la defensa del proyecto de ley del Sr. Azcárate sobre los litigantes temerarios, y el análisis del proyecto del Sr. Comas sobre responsabilidad judicial.

Hoy nuestro querido amigo se dispone á abandonar la Península para establecerse en Puerto-Rico, donde numerosos amigos le incitan á abrir nuevamente su bufete. Al despedirnos con profunda pena de nuestro compañero le deseamos no sólo un próspero viaje, sino que encuentre en los ilustrados portoriqueños la benévola y cariñosa acogida á que por sus innegables méritos y excepcionales condiciones es verdaderamente acreedor.

ANTONIO SENDRAS Y BURIN.

RECUERDOS DE UNA CAMPAÑA

EXPLICACIÓN PREVIA AL QUE LEYERE

En la época (1884-86) en que el difunto general Salamanca desempeñó el cargo de director general de Administración militar, se llevaron á cabo en los servicios de este Instituto reformas de excepcional importancia, tanto por su resultado inmediato como por la tendencia que revelaban.

Estas reformas no han sido debidamente apreciadas, antes bien desfiguradas, y por último destruídas; el ejército, en cuyo beneficio se plantearon, y el Cuerpo á cuyo esplendor contribuyeron, las dejaron morir sin protesta, y olvidadas ó acaso no bien comprendidas, surgen hoy en las Cámaras y en la prensa teorías extrañas y anticuadas sobre la manera de administrar los ejércitos, que por el tono doctoral con que se sustentan, los apetitos que con ellas se halagan y los nombres de autoridades que en su favor se esgrimen sorprenden á las gentes sencillas, cautivan á los profanos y tienden á arrastrar la masa de los indiferentes.

No es mi objeto entrar en polémica; pero sí creo oportuna la ocasión para realizar un pensamiento que abrigo desde hace algún tiempo, y no es otro que el de dar á conocer sistemas prácticos de administrar el presupuesto de la Guerra

en armonía con las conveniencias del Tesoro y de la fuerza armada.

Para hacer esta exposición tengo alguna autoridad, no propia, sino dimanada del hecho de haberme hallado asociado íntimamente, desde su principio hasta el fin, en el conjunto y en los detalles, en el fondo y en la forma, á la campaña administrativa que durante veintisiete meses sostuvo el general Salamanca, á cuyo lado permanecí por razón del cargo profesional que me confió; para atreverme á historiarla tengo dos acicates poderosos: el convencimiento íntimo de que propagando ciertas ideas presto un servicio al Estado, al soldado y al oficial (1), y el deber de gratitud que me mueve á honrar la memoria del General que por manera tan extraordinaria me distinguió con su ilimitada confianza.

Acaso se me culpe por haber dejado pasar tanto tiempo sin hacer esta exposición; pero téngase en cuenta que yo no podía hacerla en vida del General, so pena de que alguien considerase mis alabanzas como letras á plazo; y no habiendo yo recibido ni solicitado nunca nada de él, sublevábame la idea de que mis aplausos pudieran parecer mercenarios é interesados. Hoy, que han transcurrido dos años y medio después de su muerte, el recuerdo podrá parecer extemporáneo á los que se dedican al culto de los vivos, pero nunca venal ni lisonjero.

La narración que va á seguir hubiera resultado indudablemente más amena para el lector si en ella hubiese intercalado incidentes de la vida política de Salamanca, que por entonces ocurrieron, y acerca de los cuales podría quizá ofrecer detalles inéditos y muy curiosos. La cuestión de las Carolinas, su candidatura para el ministerio de la Guerra, su

---

(1) Millón y medio de pesetas de economía se obtuvieron en el ejercicio de 1884-85 sólo por razón de subsistencias militares; en un 20 por 100 se abarató la vida de la oficialidad, ó lo que es lo mismo, en una quinta parte se aumentó indirectamente su sueldo; en un 25 por 100 se mejoró la calidad nutritiva de la alimentación del soldado, tanto por la nueva clase de pan como por el desayuno con que se reforzó su rancho diario.

nombramiento de capitán general de Cuba, la renuncia que de él hizo y otras materias que por aquel tiempo sirvieron de motivo á variadísimos y encontrados comentarios, encajarían perfectamente aquí, porque se hallan eslabonadas y enlazadas con otros acontecimientos que han de ser objeto de mi relato.

Pero el respeto á personalidades existentes, la piadosa consideración que debo á la memoria de otras que ya han desaparecido, y ante todo y sobre todo, la circunstancia de no haberme hallado jamás identificado con la personalidad política y privada del general Salamanca, cuyas opiniones sólo compartí en el orden militar, hacen que no considere tan *míos*, valga la frase, hechos ajenos á mis funciones técnicas y deje á otros el cuidado de tratarlos, exponerlos y analizarlos.

Para compensar, en cambio, la irremediable monotonía de un trabajo puramente concreto á un objeto especial y limitado, que sólo puede tener interés para los que le cultivan, procuraré dar un carácter personal á las reformas, porque parece que encarnadas éstas en una figura humana se las ve mejor y se las siente más que por una erudita pero empalagosa enumeración de hechos y consideraciones.

A tal fin juzgo conveniente dar principio á mi relato por una breve exposición de los motivos que indujeron al general Salamanca á aceptar la Dirección general de administración militar y de los procedimientos de información que adoptó para el planteamiento de sus proyectos.

I

Nombramiento del general Salamanca para la Dirección general de Administración y Sanidad militar.

La habilísima conducta del general Salamanca como capitán general de Valencia en los momentos en que estallaba la más formidable conspiración republicana, realizada hasta

entonces bajo la Restauración, impulsó sin duda al Rey Alfonso XII á acercarle á su persona, dándole á elegir entre dos Direcciones: la de Ingenieros y la de Administración, vacantes ó próximas á vacar por combinaciones pendientes á principios de 1884.

El general Salamanca optó por la Dirección de Administración y Sanidad militar por varias razones públicamente manifestadas y que no hay, por tanto, inconveniente en transcribir.

El general Salamanca entendía que el conocimiento de la administración de los ejércitos era materia tan necesaria á un General, y sobre todo á un General de aspiraciones, á un General que quisiera debatir con autoridad en las Cámaras los presupuestos y reformas de Guerra, y adquirir con justicia el título de reformista, que acogió gustoso la ocasión de proporcionarse un estudio amplio del mecanismo administrativo militar y de sus relaciones con la total administración pública, como base para el desarrollo de importantes proyectos que sobre la reorganización general del ejército tenía.

La experiencia le había acreditado que los ministros de la Guerra que con más desembarazo se habían movido en el Parlamento, con más facilidad habían vencido las dificultades económicas de su departamento ministerial ú orillado con más prontitud en campaña los obstáculos á la marcha y el aprovisionamiento de sus tropas habían sido los más versados en asuntos administrativos, los que más de cerca habían tenido ocasión de estudiar los problemas del suministro y asistencia al soldado, y el general Salamanca, que ante todo y sobre todo aspiraba á ser útil á su país, y, sabiendo más que muchos, tenía, sin embargo, la modestia de aparentar que estaba siempre aprendiendo y estudiando, no quiso desdeñar la oportunidad que se le presentaba de poseer al detalle el conocimiento de funciones y actos que impregnan y abarcan, si así puede decirse, los actos todos de la vida militar.

El general Salamanca, á la vez, que, como jefe de Cuerpo,

prestó siempre una especialísima atención y esmeradísimo cuidado á cuanto se refería á la alimentación y alojamiento de la tropa, tenía, por consecuencia, una verdadera pasión por los servicios de subsistencias y utensilios militares, que son los más importantes de la Intendencia, y quiso llevar á ellos el concurso de su poderosa iniciativa, fiel á las aficiones en toda su vida reveladas.

Por último, el candidato á director sentía la necesidad de reformar profundamente los servicios administrativos del ejército, como preparación preliminar para mayor empresa; comprendía que de todos los Institutos militares el más necesitado de transformación era el de Administración y Sanidad; se creía con superiores facilidades, fuerzas, conocimientos y aptitudes para empezar á actuar en éste antes que en ningún otro; se hallaba convencido de que si hay algo sólido en la ciencia de la guerra es su preparación; es decir, la organización y la administración, y el general Salamanca optó decididamente por la Dirección general de Administración y Sanidad militar, para cuyo destino fué nombrado en 17 de Mayo de 1884.

II

Sistemas de información puestos en práctica por el nuevo director.

Exento el general Salamanca de ciertas clases de orgullos y tiesuras en que muchas personas hacen consistir las dotes de mando y los principios fundamentales de disciplina, gustaba siempre de buscar el contacto de los pequeños, hasta tal punto que recuerdo haberle oído algunas veces la siguiente frase:

—Cuando yo era oficial, prefería escuchar á los soldados mejor que á las clases; cuando jefe; escuchaba á los subalternos mejor que á los capitanes; cuando general, escucho á los capitanes mejor que á los jefes.

Cuya línea de conducta la razonaba diciendo:

—Todo funcionario de cualquier jerarquía que sea, se halla siempre obligado á descargar en los inferiores inmediatos el ejercicio de la mayor suma de sus atribuciones, y sin quererlo él mismo, se acostumbra á no ver, ni á oir ni á determinar nada sin la consulta previa ó la indicación anticipada de los que le secundan en el mando; el inferior inmediato va, pues, poco á poco metiéndose en el bolsillo al jefe superior, y si éste no cuída de prevenirse contra los deseos de aquél, con prevenciones, avisos ó advertencias de los que en último término están llamados á sufrir las órdenes de la autoridad, se forma una camarilla que á la sombra del jefe es la que, en rigor, manda y gobierna despóticamente al Cuerpo ó á la colectividad, sin que el mismo superior se dé cuenta de los abusos que patrocina, ni los inferiores vejados tengan medio de dar á conocer sus quejas, acorralado como está aquél por una docena de compadres que impiden toda aproximación ó comunicación entre el que manda y los que obedecen. Quizá pueda objetarse, agregaba el General, que obrando de esta manera pospongo, *en el trato particular*, *y nada más que en el trato particular*, el superior al inferior y doy pábulo á las murmuraciones, no siempre justas, del personal más subalterno; pero la experiencia me ha demostrado que cuando estas murmuraciones existen, casi siempre son fundadas; y que en el personal subalterno, cuanto más joven mejor, hay más riqueza de ideas, más abnegación, más desinterés y más buena fe que en el que, ya aleccionado por los desengaños de la vida ó pervertido por las enseñanzas del mundo, tiende siempre á la propia comodidad, al personal adelanto ó á la satisfacción de pequeños rencores antes que al progreso corporativo ó á la mejor manera de desempeñar el servicio. Si el elemento joven peca de impaciencias ó inexperiencias, aquí estoy yo para enfrenarle; si acusa infundadamente á una personalidad en inmediato contacto conmigo, fácil le es á ésta defenderse, puesto que me ve á todas horas: lo que no tiene remedio es el entregarse á ciegas en brazos de uno ó

unos cuantos jefes, no recibir otras impresiones que las que ellos transmiten y, por respetos á una falsa disciplina, rehuir toda comunicación que no vaya por los trámites oficiales y jerárquicos.

Fiel á esta línea de conducta muy anterior á su nombramiento de Director, una vez revestido con él empezó á tomar informes de cuáles eran los jefes y oficiales más brillantes del Cuerpo, sin distinción de jerarquías, encargó se le reuniesen todos cuantos libros, memorias y folletos se hubiesen publicado por la gente del Instituto; se dedicó con asiduidad á la lectura de unas y otros, y en vista de estos informes y estas lecturas, principió á conferenciar con toda suerte de individuos, á compenetrarse de las ideas generosas de los unos, á apreciar en su justo valor las miras personales de los otros, á recabar nuevas citas ó informes en vista de lo que arrojaba la conversación particular con cada uno, á estudiar individualmente los peones de que iba á servirse, á apreciar, en definitiva, por sí mismo, las condiciones, méritos y defectos del personal que tenía el encargo de dirigir, así como las aspiraciones generales de la colectividad que había de gobernar.

Entendía que al obrar de este modo cumplía un deber de conciencia, porque si bien, por fortuna, en la corporación á cuyo frente le habían puesto las circunstancias, no era de temer la existencia de esos odios de pandilla que con tanta frecuencia se presentan en el seno de los organismos colectivos, nada más facil, sin embargo, que por errónea afirmación de un jefe superior, por personales resentimientos de antigua ó reciente fecha, por apático desconocimiento de los hechos ó por temor á una influencia nueva, se ocultasen al nuevo Director méritos, aptitudes ó deseos de legítima reivindicación que sólo buscándolos por distinto camino era posible que llegasen á su conocimiento.

No tengo yo por qué aplaudir ni censurar este sistema que el general Salamanca ponía en práctica cada vez que le tocaba desempeñar un cargo nuevo; como fiel narrador de los

hechos, sólo me toca exponerlos, sin criticarlos, pero no puedo menos de manifestar que si bien al General le producía resultados magníficos bajo el punto de vista de su curiosidad é ilustración individual era ofensivo para las clases superiores y muy expuesto para los que acudían á sus conferencias y se prestaban á sus deseos de información y de reforma.

Porque, supongamos por un momento que en vez de venir á dirigir una corporación en la que afortunadamente todo es compañerismo y afecto mutuo, en que desde el primero hasta el último de los individuos que la forman sólo aspiran al progreso y adelanto corporativos, realícelo quien lo realice y aconséjelo quien lo aconseje; que no miran nunca si el que propone tiene más ó menos galones, ni si es bochornoso servir de comparsa á un oficial; supongamos que en vez de una corporación tan perfectamente hermanada y tan claramente definida hubiese tropezado con otra en que los egoísmos y apetitos personales estuvieran bregando á toda hora, en que los destinos y los cargos oficiales de importancia estuviesen monopolizados de todo tiempo por un par de docenas de acaparadores habituados á ser los amos y los déspotas de la colectividad; supongamos, en fin, que en vez de un Instituto donde todo es armonía hubiérale tocado gobernar otro donde el espíritu de clase, de procedencia, de promoción ó de cuadrilla se sobrepusiese al general colectivo y dígasenos entonces cuál no hubiera sido el funesto resultado de revolucionar una rutina y unos temperamentos sancionados por el tiempo.

Indudablemente, en tal supuesto, hubiérase creado desde el primer instante una atmósfera embarazosa y perjudicial para el personal llamado á informar y colaborar en la obra de la reforma, porque el ya posesionado de la dirección de los asuntos había de mirarle con precaución y envidia; oponer cuando menos una resistencia pasiva á los proyectos y planes que no partieran de su iniciativa; dejar al descubierto al Director en toda clase de tramitaciones y tranquillas oficinescas en que no era de presumir estuviese muy práctico; envenenar sus relaciones oficiales con el superior jerárqui-

co, hacer resaltar la audacia y la inexperiencia del personal que acudiera al llamamiento; ridiculizar los esfuerzos generosos del mismo, tachándolos de candor, inocencia y tontería, ó suponerlos, por el contrario, hijos de mezquinos móviles ó interesados egoísmos en otros; fomentar la discordia y la desunión entre los recién elegidos valiéndose de los Judas que siempre hay dispuestos para tales casos; rebajar el concepto personal de los más trabajadores y entusiastas pintándolos como correveidiles, seides y familiares de la personalidad que los congregara, acudiendo, en fin, á todos los resortes oficiales, particulares, directos, indirectos, públicos ó íntimos que una camarilla de jefes de sección y negociado, largo tiempo posesionados del poder, tiene constantemente á su alcance por su posición, por su influencia y hasta por la íntima clase de relaciones que ha tenido ocasión de estrechar á causa del servicio ó fuera del servicio con personalidades importantes de la política y de la milicia.

Y como este género de trabajos y asechanzas se facilita por las corporaciones mismas dentro de las cuales se efectúan porque el temor á lo nuevo, á lo desconocido y á lo revolucionario es siempre argumento que explotan los sostenedores del *statu quo* y le explotan con éxito porque por muy odiada que sea la situación imperante, basta verla oscilar para que buscando la compensación al empuje que la derrumba se afane la mayoría por guardar una prudente espectativa, tanto más cómoda cuanto que no compromete á nada, y tanto más hábil cuanto que sin dar fuerza á ninguna de las tendencias que se combaten permita sostenerse en el fiel de la balanza para inclinarse á un lado ú otro en caso de peligro; y como es imposible además que en estas elecciones de personal que se hacen por el nuevo jefe sean llamados todos los que merezcan serlo y dejen de ser elegidas tales ó cuales individualidades no muy acreedoras á la elección, el personal preterido y el escandalizado por ciertos encumbramientos forma desde luego nuevos elementos de ruda oposición que se suman inconscientemente con el que defiende las posicio-

nes de la víspera; y, acumulados así, apetitos malsanos por una parte, apartamientos jerárquicos que se reputaban ofensivos y humillantes por otra, apatías colectivas, indiferencias y comodidades propias, pretericiones injustas y odios á influencias injustificadas, fórmase una nube que, aunque contenida y alejada por el temor á la autoridad imperante cuando está personificada en un sujeto, viene, cuando cambia, á descargar en los elementos que de buena fe se asociaron á la reforma, considerándoles (como hechuras del que se marchó) blanco digno de satisfacer los rencores y odios de todo el mundo.

Estos son los inconvenientes graves que, á mi pobre juicio, tenía el sistema adoptado por el general Salamanca al tomar posesión de cada nuevo cargo oficial: es mucho mejor seguir la pauta jerárquica establecida, dar al jefe lo que sus años de servicios y su experiencia piden, alejar á distancia la turba siempre peligrosa de los que demandan un cambio de postura, indudablemente para colocarse ellos mejor: transigir con las corrientes dominantes, sin ponerse enfrente de ellas y, sobre todo, dejarse de reformas é innovaciones y contentarse con cobrar aquello á que se tenga derecho á fin de mes.

Pero el general Salamanca no era de esta madera, y como, por otra parte, los inconvenientes apuntados no eran para él tales inconvenientes, en primer lugar porque (como ya he dicho y no me cansaré de repetir) en la Dirección que se le encomendaba, dado el excelente espíritu de unión, justicia, de interés y confraternidad que siempre ha reinado no podían presentarse y, en segundo lugar, aunque se presentaran, no podían tales pequeñeces y miserias cortar el vuelo de una personalidad como la suya que miraba más alto y tendía sólo á demostrar que bastaba que una voluntad enérgica lo quisiese, para que las reformas se realizaran; importábasele un ardite que dimitiendo él se viniera todo abajo, pues antes por el contrario, la ruina y el desmoche venían á demostrar que sólo él era capaz de sostener una construcción tan vasta.

Me ha parecido conveniente insistir, aun pecando de pesadez en este ligero examen, del sistema ó procedimiento empleado por el general Salamanca para allegar datos y personal á la obra que inmediatamente emprendió, porque sólo así es posible explicar la actividad y la multiplicidad de tareas que caracterizan la curiosa época de su mando.

Como llamó á tantos, como consultó tantas opiniones y como revolvió tantos cerebros jóvenes, las ideas se le ofrecían á millares. Quizá esta plétora de ideas dañó á la solidez de su obra.

Pero no se crea, por lo dicho, que el general Salamanca se entregó á unos cuantos oficiales y, bajo su inspiración, hizo lo que ejecutó más adelante. El general Salamanca solicitó idénticas informaciones de todo el personal del Cuerpo y muy especialmente de los jefes superiores que se las dieron cumplidísimas en sendas Memorias, que encierran por cierto saludables enseñanzas. Pidió además á los agregados militares de España en el extranjero otras informaciones sobre la organización, legislación, funciones y material de las Administraciones militares de los respectivos países, y con toda esta balumba de datos, juicios, opiniones y noticias, pasados por el tamiz de su clarísimo criterio, agregadas al propio caudal de observaciones y principios y enlazados con el plan general de organización militar que acariciaba sirviéronle de base para su conducta futura.

Que no era el general Salamanca, como por algunos pudiera creerse, dada la llaneza de su trato, la modestia de su conversación y la afabilidad con que solicitaba la cooperación intelectual y material de sus subordinados más jóvenes, hombre que se dejase llevar con un ramal, como quizá hagan otros que afectan superiores conocimientos y mayor entereza de carácter. Tenía opinión propia, casi siempre acertada. en todas y cada una de las cuestiones que le tocaba resolver, y si en alguna se apartaba de la verdad ó de la conveniencia, tenía la franqueza de reconocerlo así, cediendo á razo-

nes y no á influencias personales de ninguna especie. Oía á todos y, despues, resolvía por sí solo.

Este era el hombre.

***

No le bastó al general Salamanca reunir cierta cosecha de ideas; ni limitó á un puro estudio teórico de gabinete el que hizo de los servicios administrativos militares; quiso también ver éstos en la práctica, no sólo en Madrid, sino en toda España, y, á tal fin, emprendió una serie de revistas de inspección que le permitieron completar con el testimonio de los sentidos las impresiones percibidas por los ojos de la inteligencia.

Aparte de las ventajas que estas expediciones y revistas producían á la Corporación permitiendo que su Director formase cabal idea de las necesidades orgánicas y que los inspeccionados se estimularan á presentar mejor en competencia los servicios respectivos, se producían otras incidentalmente no menos beneficiosas para el Instituto.

Así, por ejemplo, solía ocurrir que en casi todos los puntos á donde iba, las autoridades civiles, eclesiásticas y militares y los Cuerpos de la guarnición rivalizaban por obsequiarle y por acudir á verle é invitarle á banquetes, recepciones ó visitas de cuarteles y establecimientos; y como el general Salamanca se hospedaba ordinariamente en la Intendencia, á ella asistían los principales personajes de la población, arzobispos, obispos, generales, gobernadores civiles, magistrados y hombres políticos, los cuales, sin querer ellos mismos, se veían obligados á tomar parte en los proyectos ó empresas administrativas del General, á codearse con el personal del Cuerpo que le rodeaba á todas horas, á estrechar relaciones locales con el mismo y á apreciar trabajos, cargos y servicios por los que veían desvelarse á la persona á quien visitaban. Facilitábanse, pues, para lo suce-

sivo consideraciones y atenciones mutuas de gran interés para el Cuerpo que, sólo por el hecho de tener á su frente un hombre de grandes relaciones y á quien, por entonces, se juzgaba de gran porvenir, salía ganando en respeto y simpatías.

Venían luego las recepciones ó banquetes á que invitábamos ó éramos invitados, y tanto en un caso como en otro, la Administración militar llevaba la mejor parte, porque con motivo de elogiar al General los unos, ó declinar éste los elogios, se pasaba la sesión hablando de lo que era y de lo que debía ser una verdadera Intendencia, de los sacrificios que se imponía para servir al Ejército ó de los medios que debían dársele para completar su acción, circunstancias todas que facilitaban la compenetración de ideas entre el Director y los dirigidos, levantaban el espíritu de éstos y educaban el personal para los fines que se perseguían.

En estos actos se revelaban además las muchas individualidades que tiene la Administración militar oscurecidas y arrinconadas en una capital de provincia, que debieran lucir y desarrollar sus talentos en otros teatros más dignos de ellas; porque aunque la modestia de que hacen gala y el trabajo y la responsabilidad que conllevan en escala algo mayor que el personal de las oficinas centrales, las da superiores méritos, el Cuerpo y sus jefes pierden, por ignorarlas, elementos que serían de utilísimo provecho para empresas de gran interés y fecundísimos resultados.

Muchos ejemplos podía citar de jefes y oficiales, verdaderos talentos en el orden administrativo, ó notables pensadores, escritores, artistas ú hombres de ciencia que obligados por circunstancias particulares ó por falta de influencias, á vegetar en una plaza donde no hallan atmósfera para desarrollar sus aptitudes, las ven malograrse en mezquinos detalles de aplicación ó fútiles juegos de ingenio mientras se nota á personal de menos valía encargado de la dirección de los asuntos, darles doctoralmente lecciones sobre ellos.

Las excursiones del general Salamanca daban medios

para conocer á este personal modesto que se revelaba en un brindis ingenioso, en un discurso de fondo, en el trato de una conversación ó en las impresiones de una visita á una Factoría ó un Parque.

También servían tales revistas para dotar á la Administración militar cuando menos se pensaba y aprovechando una circunstancia fortuita de localidad, que súbitamente surgía, de medios ó elementos cuya adquisición habría sido de otro modo, larga y costosa. Así recuerdo, por ejemplo, que en la visita que hicimos á Granada nos encontramos con que el dueño del edificio arrendado para Factoría de subsistencias, había rescindido el contrato y lanzaba á la Administración á la calle; siendo, por tanto, preciso buscar otro local donde alojarla.

Era entonces Capitán general de aquel distrito el caballeroso general Colomo y, Alcalde de la población, un señor marqués (de cuyo título no tengo memoria) sumamente atento y extraordinariamente deseoso de recabar para la ciudad cuantas ventajas locales fuesen posibles.

Al ver el general Salamanca que no era fácil hallar otro local con que sustituir el desalojado, al observar el interés patriótico del Alcalde y al notar las buenas disposiciones del Capitán general, concibió enseguida un pensamiento que al instante puso por obra; el de construir un edificio de planta y con toda clase de buenas condiciones, no sólo para Factorías de subsistencias, sino para todos los servicios administrativos de la plaza. Recorrió, á tal fin la población, y encontrando en lo mejor de ella para el objeto, en el paseo del Triunfo, un hermoso solar aislado, rodeado de cuatro grandes avenidas y con una extensión superficial de cerca de 3.000 metros cuadrados, pidió al Ayuntamiento su cesión al ramo de Guerra, encareciéndoles el fin que se proponía y las ventajas que Granada reportaría con la construcción, tanto porque aseguraría la capitalidad y el número de fuerzas que la guarnecían, como por el trabajo y utilidades que proporcionaría á los braceros y almacenistas de materiales.

La respuesta del Ayuntamiento fué inmediata y satisfactoria; pero quedaba todavía por arreglar la instalación provisional de la Factoría. A ello contribuyó bondadosamente el general Colomo; hizo que se replegasen al cuartel de la Merced dos compañías del regimiento de las Antillas que estaban en el de Bit-at-aubin y armando en éste un horno de cimbras y habilitando un poco la entrada y cuadras, en breves horas se proporcionó local á la Factoría de subsistencias. Por su parte el comandante general de ingenieros que resultó antiguo condiscípulo del general Salamanca, puso decidido empeño en facilitar los deseos de éste haciendo en el acto las obras que se le pidieron y redactando enseguida los planos y anteproyecto del edificio ideado, cuyo expediente se encargó de aligerar el general Salamanca una vez vuelto á Madrid, proporcionando hasta los fondos primeros para dar comienzo á la edificación.

Así, por una circunstancia puramente casual y aprovechando conversaciones íntimas y detalles imposibles de recojer á distancia, logróse en un momento que la Administración militar contara, como hoy cuenta, con un buen edificio bien instalado en vez de los casucos sueltos y desperdigados que antes se veía obligada á pagar á peso de oro.

Si el Director no se hubiese movido de Madrid y hubiere confiado al trabajoso cambio de comunicaciones la resolución del asunto, difícilmente se hubiera conseguido lo que con una sola visita se consiguió en el acto.

Pero, si se mira bien, todas estas visitas resultan insignificantes y de resultados cortos comparadas con las que el general Salamanca hizo, dando muestras de su extraordinario valor y asombrosa presencia de ánimo, á los puntos más azotados por el cólera durante la epidemia de 1885. Grandes cruces de Beneficencia y dispendiosas dietas se prodigaron por entonces á encumbrados personajes civiles, sólo por visitar uno ó dos de los puntos epidemiados; pero al general Salamanca y á muchas de las personas que le acompañaron en la visita, á todos ellos, ni el Gobierno se acordó de otor-

garles grandes recompensas, ni cuando el general Salamanca solicitó, no para sí, sino para su séquito, alguna manifestación de gratitud, pudo lograr otra cosa que media docena de cruces blancas de esas que se dan por redactar medianamente un oficio ó para premiar los buenos auxilios de un Alcalde. Menos mal que el personal de Sanidad militar pudo convertir las cruces que le tocaron en una gran cruz y un empleo redondo, harto bien ganados y merecidos; pero en cuanto á los demás que habían ido en idénticas circunstancias, inclusos los hijos y sobrino del General, ayudantes suyos, hubieron de contentarse con aquella mezquina muestra de la munificencia oficial y con las diez (!) pesetas de dietas que como para una comisión cualquiera, percibieron por la de ir á arriesgar el pellejo entrando y saliendo constantemente en los focos de infección para llevar ánimos, auxilios y socorros á las víctimas de la peste.

Y ¡cuidado que el espectáculo era agradable y atractivo por extremo! Centenares de individuos revolcándose con las ansias del mal en los improvisados hospitales; carros cargados de cadáveres recorriendo las poblaciones aterrorizadas; la atmósfera caliginosa y pesada de las grandes epidemias, envolviendo en sudario de muerte la respiración y el aliento y preñando de miasmas el aire respirable... Aranjuez, Zaragoza, Alcalá, Granada, sobre todo el último punto, fueron cuadros de horror que nunca podrá olvidar el que los haya presenciado; y se necesitaba toda la abnegación del General para acudir á ser testigo presencial de ellos en los sitios donde había tropas y remediarlos en lo posible, cuando el mismo Ministro de la Guerra no creyó necesario honrarlos espontáneamente con su presencia.

Para todas estas peligrosas expediciones, el General no designaba personal, excepto á sus ayudantes y á su secretario que estábamos incluídos en la Real orden autorizando la revista á todos los puntos epidemiados; pero á cada nueva visita, preguntaba si había alguien que quisiera agregarse; es un deber de justicia consignar los nombres de los volun-

tarios para que, ya que no lograron otro premio, quede al menos el recuerdo de su valor y sirva de ejemplo; en la expedición á Aranjuez concurrieron el subintendente D. Luis Asensi, el comisario D. Enrique Nebot y el oficial D. Antonio del Campo (1); en la de Zaragoza el capitán de artillería D. Luis de Salamanca, hijo del General (además de D. José y D. Francisco Márquez, sus ayudantes), y los médicos primeros D. Justo Martínez y D. Felipe Ovilo; en la de Granada, el ya citado oficial 1.° D. Antonio del Campo, quedándose, con gran sentimiento suyo, el 3.° D. Fernando Pastrana, que ya se aprestaba á ocupar mi puesto en el tren por hallarme yo en aquellos días en cama con unas fuertes calenturas, que fueron causa de que el General no quisiera (aunque en vano) avisarme la fecha de la salida.

Por parte de Sanidad militar acudieron constantemente, llevando sobre sí la responsabilidad de cualquier fracaso, atentos á la parte técnica del servicio y al cuidado de la comitiva, dos personas distinguidísimas por su ciencia y por su abnegación: el subinspector (hoy inspector de 1.ª) el señor D. Gregorio Andrés Espala y el médico 1.° notable por todos conceptos D. Ramón Alabern y Raspallo.

Inútil es pintar lo que levantaría el ánimo de las poblaciones apestadas, de las guarniciones en ellas recogidas y del personal médico y administrativo de los hospitales de coléricos el ver aparecer al general Salamanca quien, desde la estación se dirigía invariablemente al hospital, recorría cama por cama, se enteraba de las necesidades más urgentes, ponía telegramas ó dictaba resoluciones, confortaba y alentaba á todos y, después, se iba á recorrer los cuarteles y á visitar á los enfermos militares que había en casas particulares.

Transcurridos en estas faenas uno ó dos días, salíamos de aquel punto para ir á otro ó para instalar un molino ó esta-

(1) Me complazco tanto más en consignar estos nombres, por cuanto el sujeto que lleva el primero es víctima hoy de una gran desgracia, el segundo está retirado, y el tercero ha fallecido.

blecer una comisión de compras y cayendo de foco en lazareto y de hospital en fumigación, volvíamos á Madrid para despachar los asuntos más urgentes y emprender otra peregrinación por el estilo.

No recuerdo haber absorbido en toda mi vida mayor cantidad de ácido fénico y otros desinfectantes análogos que los que por entonces nos hicieron tomar á la fuerza en cada punto indemne por donde transitábamos: y todavía me parecían preferibles los horrores de los puntos infestados á las molestias continuas que la sanidad civil nos imponía á los viajeros y á los equipajes.

Estación hubo en que nos apeamos para almorzar, y habiendo manifestado deseos de ir á hacerlo al pueblo, algo distante, á que debía su nombre, se nos manifestó que no lo intentáramos siquiera, porque habiéndose acordonado la municipalidad sanitariamente estaban dispuestos á recibirnos á trabucazos.

—Pero si nosotros no venimos ahora de punto epidemiado, hubo de decir alguno de los nuestros.

—Sí; pero, según han dicho los periódicos, traen ustedes el cólera en frascos.

Para que se comprenda el sentido de esta contestación, hay que advertir que deseoso el General de ensayar la vacuna Ferrán, entonces muy defendida como medida profiláctica, había pedido caldos y cultivos que solía llevar él mismo á los focos de infección: también había sometido á las inoculaciones su propia persona, y así es que las gentes que habían leído en los periódicos las noticias de estos hechos, pensaban que llevando el cólera dentro del cuerpo ó metido en botes y vasijas, nada más fácil que se nos escapasen los microbios al menor movimiento que hiciéramos.

***

En tales viajes y en todos los que me cupo el honor de ir en compañía del General, pude apreciar más que en ninguna

otra ocasión la hermosa sencillez de su trato, la gran modestia de su vida y el fondo grande de ilustración y buen sentido que atesoraba.

Solía, para semejantes excursiones, zambullirse en un chaquetón gris que le daba aspecto de ganadero rico, poníase un sombrerillo hongo de color de ala de cuervo y en tal guisa y cubierto de polvo del camino, y de tal cual mancha de grasa de la merienda, presentábase en las principales capitales á los ojos de las comisiones y de la multitud que acudía á recibirle, los cuales quedaban un poco confusos al enterarse de que aquel honrado burgués (así lo parecía) era el General que declaraba la guerra á Alemania y á quienes todos esperaban ver salir del andén, calado el casco, esgrimiendo el sable, montado en un corcel brioso y lleno de bandas, fajas, cruces y calvarios de los pies á la cabeza.

No menos extrañeza causaba la facilidad con que abordaba la conversación con un desconocido: le hablaban, por ejemplo, de que un jefe ú oficial de quien nunca había tenido noticia era muy competente en fabricación de tejidos, verbigracia; enviábale á llamar y cuando al día siguiente presentábasele el sujeto, muy pertrechado de datos y noticias y hasta con un discurso *in pectore* sobre la materia, gracias al aviso confidencial que el introductor le había dado, se encontraba con que tendiéndole cariñosamente la mano el director y hablándole como si le hubiese tratado toda la vida, le decía:

—Vamos á ver, amigo Fulano, necesito que me haga usted un estudio comparativo entre los hospitales civiles y militares y me diga usted las causas por las que, á su parecer, sale tan cara la estancia en estos últimos.

El jefe ú oficial que esperaba ser consultado sobre materia bien distinta, se veía cogido y confuso en el momento crítico en que pensaba lucirse y asombrar al General con sus talentos; salía, pues, por cualquier registro, y si no era tonto, reponíase enseguida y demostraba sus conocimientos generales, ó por lo menos, un criterio formado acerca del conjun-

to de las funciones corporativas; si no sabía más que hacer tela ó moler trigo, confesaba humildemente su ignorancia acerca de las demás cuestiones ó desbarraba lastimosamente sobre ellas. De todas maneras, la vista perspicaz del General le leía por dentro y el hombre quedaba juzgado y clasificado dentro de un determinado orden de utilidades aprovechables.

Si en el examinado había fondo, casi siempre concluía la entrevista por citarle el General á su casa (ordinariamente á media noche, hora en que recibía). Allí más detenidamente volvía á examinarle sorprendiéndole con preguntas inexperadas y dejándole hablar mucho, que es el medio de que los disparates salgan á la superficie, como cociendo mucho la olla, echa la espuma fuera.

Si no bastaba una entrevista le reservaba otra y otras: le convidaba á almorzar ó se le llevaba de viaje; el favorecido echaba y echaba del buche todo cuanto sabía de lo divino y de lo humano: el General le exprimía y le exprimía á su sabor, y cuando ya le había sacado todo el jugo tiraba la cáscara. Por eso, para permanecer constantemente al lado de aquel gran exprimidor, ó era necesario tener mucho zumo ó no dejarse estrujar por completo.

Cuando el sujeto llamado no daba chispas en la primera entrevista, el general le despedía cortesmente y no volvía á acordarse del santo de su nombre.

En ambos casos se salía esta conducta tan fuera de lo corriente que los invitados á conversar con el Director salían desorientados.

Tenía tal golpe de vista para juzgar á los hombres que no era fácil sorprenderle ni aun con materias en que él no estuviese muy fuerte.

Siempre recordaré de un sujeto que, aunque de cultura general poco sólida, de gran audacia y aparatosidad por sus viajes al extranjero y tal cual instrucción práctica adquirida en una fábrica de aserrar maderas que estuvo regentando algunos años, presumía de ser poco menos que un ingeniero y martirizaba á las gentes con unas conversaciones in-

terminables erizadas de cojinetes, válvulas, caballos de vapor, preparaciones y proyecciones: con lo cual y con dos ó tres folletos de 50 páginas, en que las 49 eran clichés, habíase logrado una reputación de sabio que le permitía aproximarse á toda clase de personas. Aprovechaba estas aproximaciones para zaherir á las que suponía bien conceptuadas ó para rebajar cuando menos el mérito de las que realmente le tenían, y gracias á un sistema de zumba grosera, que algunos estimaban muy graciosa, solía lograr su propósito de brillar deprimiendo á los demás ó de hacerse una reputación socavando las ajenas.

A pesar de la fama y del renombre del interesado, y no obstante lo mucho que hizo para deslumbrar al General, éste le juzgó en una sola entrevista y con una sola frase:

—Es—dijo—un sabio de secano con más envidia que conocimientos.

Había otra persona que, sin el mal fondo de la anterior, gastaba la misma audacia y erudición superficial con una elocuencia y facilidad de palabra que asombraba á los que le oían por primera vez; este tal, tampoco hacía otra cosa que hablar, resistiéndose siempre á todo lo que fuera encargarse de un trabajo concreto y de aplicación.

El General le juzgaba diciendo que era la cabeza parlante.

En esta materia de frases y de juicios Salamanca era inagotable.

De un ministro ya fallecido y que hasta para hablar en las Cámaras necesitaba el apuntamiento del subsecretario, decía que parecía un fraile Agustino porque iba á todas partes con Correa (*Correa* era el subsecretario).

A otro ministro muy amomiado y escrupuloso le llamaba Sor Patrocinio y á un General de ilustración escasa á quien le habían encomendado una misión científica, le designaba con el sangriento epíteto de «el pollino ilustrado.»

Frases eran estas que decía en público y á voz en grito por lo que no escrupulizo en transcribirlas, y que pueden retratar, sea cual fuere el concepto que merezcan, la fisono-

mía moral del personaje que me ocupa, el cual podría tener todos los defectos que se quiera, pero no tenía el de tonto y adocenado, como por muchos se ha supuesto.

Esta libertad de juicios y desenfado en el decir hubo de perjudicarle toda su vida, y perjudicóle también—¡cosa extraña!—una virtud muy arraigada en su ánimo, sobre todo con respecto á los inferiores: la bondad y la generosidad.

Todo lo que tenía de fuerte con los poderosos y con los que se jactaban de influencias y relaciones, tenía de blando con los débiles y con los que le suplicaban. No sabía negar un favor á los que acudían á él demandándoselo, y reconocía él mismo de tal manera esta exagerada blandura que decía á menudo:

—Si yo hubiese sido mujer, habría sido de lo más perdido de la clase, porque no hubiese sabido negar nada al que me solicitase en buenas formas.

A conciencia de que muchos inferiores le hacían una oposición sorda y sangrienta, respetóles, sin embargo, en las mismas posiciones que aprovechaban para inutilizarle, y si alguna vez tomó una medida un poco fuerte, bastó que los lastimados vinieran á llorarle para que volviese sobre su acuerdo.

Era tan cándido bajo este punto de vista que se vanagloriaba de *convertir pecadores* mediante su sistema de bondades y creía de buena fe que echando un discursito ó entregándose confiadamente, tocaba el ánimo de sus enemigos y los transformaba en amigos sinceros.

—A más de cuatro soldados malos los he hecho buenos sólo con cambiarles de compañía—decía—y suponía que la mayor parte de las veces con sacar á un inferior mal conceptuado del puesto de ignominia en que le habían colocado sus faltas y con darle una comisión que le proporcionara medios de regenerarse en el concepto general, convertía en buenas las malas índoles y trocaba en entusiastas á los indiferentes.

Este sistema de generosidades, bondades y complacencias, tenía también otro inconveniente y era el de que á sus

amigos de verdad los dejaba siempre, en cierto modo, á merced de un personal sospechoso ú hostil, porque no queriendo en absoluto mortificar ni desposeer al adversario, aprovechábase éste de la influencia que conservaba para dilatar ó impedir en los detalles lo que en conjunto no podía destruir: de ahí una sorda lucha á que el General tampoco podía descender, porque le causaba enojos oir hablar de ella y que le restaba poco á poco voluntades é iniciativas temerosas del choque ó sublevadas, con razón, al verse faltas del apoyo con que contaban.

El General quería, sin duda, de este modo evitar ciertos predominios y serviale la coexistencia de aspiraciones diversas para vigilarlas y contrabalancearlas; pero lo cierto es que el resultado práctico era funesto y dilatorio y, al fin y á la postre, perjudicial para la continuación y permanencia de la obra.

En sus últimos tiempos, llegó hasta aceptar como axiomática una máxima inmoral y absurda, como era la de afirmar que, en ocasiones, sirve mejor para el servicio un hombre pillo que un hombre honrado, porque aquél tiene salidas y recursos que á éste no se le ocurren; pero debo decir en honor de Salamanca que si con los labios pudo manifestar semejante monstruosidad, en vista del fracaso de algunos funcionarios honrados cuanto torpes, no la elevó á línea de conducta, ni era fácil tampoco que la elevara.

***

Me parece haber dejado suficientemente esclarecidos los rasgos principales del sostenedor de la campaña que voy á bosquejar.

No he difuminado sus defectos ni rebajado sus virtudes: los que le trataron de cerca ó sirvieron á sus órdenes podrán juzgar de la imparcialidad con que le he descrito.

NARCISO AMORÓS.

(Continuará.)

CARTA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

A los Arzobispos y Obispos de España, de Italia y de las dos Américas acerca de Cristóbal Colón.

A nuestros venerables hermanos los Arzobispos y Obispos de España, de Italia y de las dos Américas.

LEÓN XIII, PAPA

VENERABLES HERMANOS:

Salud y bendición apostólica. Cuatro siglos han transcurrido desde que un hombre de Liguria abordó el primero, bajo los divinos auspicios, en las desconocidas playas del otro lado del Atlántico, y rivalizan los hombres hoy por conmemorar elegremente la memoria de este acontecimiento, y por glorificar á su autor. Difícil fuera, en verdad, hallar otro motivo más digno de inflamar las almas y conmover los espíritus. Se trata, en efecto, del hecho más grande y más hermoso que han visto los tiempos, y apenas hay figuras en toda la historia de la humanidad comparables con la de aquél que lo llevó á término, por la grandeza de su alma y de su genio. Por él surgió un nuevo continente del inexplorado seno del Oceano; millares de seres humanos que yacían en el olvido y en las tinieblas, entraron á formar parte de la sociedad de las gentes pasando de la barbarie á la dulzura y á la civilización; y, lo que es más todavía, fueron libertados de la muerte para entrar en la vida eterna por la participación de los bienes que Jesucristo concedió al mundo.

Sorprendida desde luego Europa por la novedad y por lo prodigioso de este inexperado acontecimiento, fué dándose

cuenta poco á poco de todo cuanto debía á Cristóbal Colón cuando, después de fundar colonias en América, después de las incesantes comunicaciones de un país con otro, por la reciprocidad de servicios, por el comercio marítimo de importación y exportación, se logró increíble acrecentamiento en los conocimientos de la naturaleza, en la comunidad de recursos y de riquezas, y en el extraordinario aumento de la autoridad del nombre y prestigio de Europa.

No debe la Iglesia guardar silencio en medio de estos múltiples homenajes y de este concierto de congratulaciones; por su carácter y por su institución aprueba con gusto y se esfuerza en animar y fomentar todo cuanto merezca honores y alabanzas. Pero reserva honores más particulares y grandes para las virtudes eminentes en el dominio de la moral, en tanto que están íntimamente ligadas con la salud eterna de las almas.

No desprecia por eso ni estima menos otro género de virtudes; lejos de esto, ha apreciado y ha honrado siempre á cuantos han merecido los aplausos de la sociedad civil y cuyo nombre ha pasado á la posteridad. Dios es admirable en sus Santos sobre todo; pero el sello de su poder divino aparece también en aquellos en quienes brilla una fuerza superior de alma y de inteligencia, porque la luz del genio y la grandeza del alma humana no tienen otra fuente que Dios, padre y creador de la humanidad.

Pero hay otra razón particular que nos obliga á celebrar con reconocimiento el recuerdo de este acontecimiento inmortal. Cristóbal Colón nos pertenece, porque á poco que se investigue cuál fué la razón principal que le resolvió á conquistar los mares tenebrosos y qué idea se propuso realizar con su proyecto, se ve claramente, sin que haya lugar á duda, que la fe católica tuvo la mayor parte en la concepción y ejecución de la empresa; de tal suerte, que, también por esta consideración, debe el género humano gran reconocimiento á la Iglesia.

Hay, indudablemente, gran número de hombres expertos

y valientes, que, tanto antes de Cristóbal Colón, como después de él explotaron con tenacidad tierras desconocidas y lejanos é ignorados mares. La humanidad, al recordar tales servicios, celebra y celebrará siempre su memoria por haber ensanchado los límites de la ciencia y de la civilización y contribuído á aumentar el bienestar general, con grandes molestias y corriendo frecuentemente graves peligros.

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre éstos y el de que hablamos, pues lo que más distingue á Colón es que, al recorrer los inmensos espacios del Océano, le guiaba un fin más grande y más elevado que á los otros.

No es que no tuviese el legítimo deseo de merecer bien de la sociedad humana; no que despreciase la gloria, cuyo aguijón muerde de ordinario más vivamente en las grandes almas, ni que desdeñase enteramente las ventajas personales que le proporcionase; sobre todas estas consideraciones humanas estaba la de la Religión de sus mayores, que le inspiró el pensamiento y la valentía de la ejecución, dándole consuelo y perseverancia en medio de las mayores dificultades, porque la principal idea que dirigió su espíritu fué la de abrir un camino al Evangelio á través de nuevas tierras y de nuevos mares.

Tal vez parezca esto inverosímil á aquellos que encontrando todos sus pensamientos y cuidados en este mundo que perciben nuestros sentidos, no quieren mirar á lo alto. Pero se ha observado, por el contrario, que las inteligencias eminentes prefieren elevarse, porque están mejor dispuestas que nadie para comprender los impulsos y las inpiraciones de la fe divina.

Seguramente, Colón había unido al estudio de la ciencia el de la Religión, y había educado su alma con las enseñanzas procedentes de las fuentes íntimas de la fe católica.

Por esto, desde que comprendió, por las enseñanzas astronómicas y los monumentos de los antiguos, que más allá de los límites del mundo conocido se extendían, en el Occidente, grandes espacios de tierra que ningún hombre había

explorado hasta entonces, se representó una gran multitud rodeada de lamentables tinieblas, ligada á ritos crueles y á supersticiones en honor de falsos dioses. Veía á esa multitud viviendo miserablemente en la barbarie, con costumbres sanguinarias; careciendo, más miserablemente todavía, de la noción de las cosas más grandes, y sumida en la ignorancia del único Dios verdadero. Y haciendo su espíritu esta reflexión, deseó más que nada extender con el nombre cristiano los beneficios de la caridad cristiana en Occidente, como lo prueba hasta la saciedad toda la historia de su empresa.

En efecto, cuando por vez primera rogó á Fernando é Isabel, Reyes de España, que no vacilaran en emprender la obra, expuso el asunto por completo, diciendo que *la gloria de aquéllos crecería hasta la inmortalidad si se decidían á llevar el nombre y las doctrinas de Jesucristo á tan lejanas comarcas.* Y cuando sus votos se vieron bien pronto cumplidos, atestigua *que lo que él pedía á Dios era que, por su divino auxilio y por su gracia, los Reyes de España continuaran queriendo hacer penetrar el Evangelio en nuevas comarcas y nuevas playas.*

El Papa Alejandro VI, á quien no cesaba de pedir misioneros, decía en una carta:

«Confío en que, con la ayuda de Dios, podré algún día llevar todo lo más lejos posible el santo nombre de Jesucristo y el Evangelio.»

Comprendemos que estaría lleno de alegría cuando, reregresando por primera vez de la India á Olisipona, escribía á Rafael Sánchez: «Es necesario dar á Dios eternamente gracias por la bondad con la cual había alcanzado éxito tan favorable; que era preciso que Jesucristo se alegrase y triunfase en la tierra como en el cielo por la próxima salvación de innumerables pueblos sumidos antes en la perdición, y que, si obtuvo de Fernando y de Isabel que sólo permitiesen á los católicos ir al Nuevo Mundo y entablar relaciones comerciales con los indígenas, fué porque en su mediación y sus esfuerzos no buscaba otra cosa que el acrecentamiento y el honor de la Religión católica».

Esto era conocido por la Reina Isabel que, mejor que nadie, había penetrado en el alma de este gran hombre, tanto más cuanto que es bien sabido lo que Colón propuso á esta mujer piadosa, de gran corazón y de espíritu viril. Porque hablando de Colón, ella afirmó que se lanzara con ardor al Océano, «á fin de realizar por la gloria divina algo extraordinariamente notable».

Y escribía á Colón, después de su vuelta, «que los gastos hechos por ella y los que hiciera en adelante para las expediciones á la India, estaban bien hechos, porque se empleaban en la propaganda de la Religión católica».

Prescindiendo de un motivo superior á las consideraciones humanas, ¿dónde hubiera podido encontrar la constancia y la fortaleza de espíritu indispensables para sobrellevar todas las amarguras que sufrió hasta el fin? Contradicción por parte de los sabios, repulsas de los príncipes, tempestades del Océano enfurecido, vigilias laboriosas, que en más de una ocasión le causaron enfermedades en la vista, y además luchas contra los bárbaros, infidelidades de sus amigos y de sus compañeros, conspiraciones deprabadas, perfidias de los envidiosos, calumnias de los detractores y emboscadas contra su inocencia.

Era inevitable que aquel hombre sucumbiese bajo el peso de trabajos tan enormes y de ataques tan sin número, si no le hubiera sostenido el convencimiento de la grandiosa empresa en cuyo triunfo entreveía la glorificación del nombre cristiano y la salvación de infinitas multitudes. Las mismas circunstancias del tiempo en que se realizaba aquella empresa, contribuyeron á realizarle maravillosamente. Colón descubrió en efecto América en la época en que sobre la Iglesia se cernía la tempestad. En lo que está permitido á la humanidad apreciar por el curso de los acontecimientos los caminos de la Divina Providencia, se comprende que, por un designio de Dios, aquel hombre, gloria de Liguria, nació para remediar los desastres que amenazaban en Europa el nombre católico.

Atraer la raza india á la Religión cristiana, era segura-

mente misión y trabajo de la Iglesia. Esta misión, asumida desde el principio por ella, ha continuado realizándose por un perpetuo esfuerzo de caridad, y ha llevado su influencia en estos últimos tiempos hasta los confines de la Patagonia. No obstante, Colón, convencido de que preparaba y afirmaba caminos para el Evangelio, dedicó sus esfuerzos á esta idea, y no emprendió nada sin tener á la Religión por guía y á la piedad por compañera.

Recordamos algunos hechos por todos conocidos, pero que dan á conocer el corazón y el alma de Colón. Cuando los lusitanos y genoveses le obligaron á marcharse sin haber puesto fin á su empresa, y se retiró á España, tras los muros de un convento completó con el auxilio y los consejos de un religioso discípulo de San Francisco de Asís el gran proyecto de conquista que había meditado.

Después, al cabo de siete años, cuando va á volver al Océano, su primer cuidado es el de purificar su alma: rogó á la Reina del Cielo que presidiese su empresa y que fuese la directora de su rumbo, mandando que no se desplegasen las velas antes de haber invocado el poder de la Santísima Trinidad. Después, ya lejos de la tierra, mientras el mar se encrespa y dan voces los marineros, su alma permanece serena, porque ha puesto su alma en Dios. Los nuevos nombres que da á las islas nuevas indican por sí mismos cuál es su proyecto; aborda á una, adora suplicante á Dios Todopoderoso, y no toma posesión de ella sino en el *Nombre de Jesucristo*. Cuando pone el pie en alguna playa, no piensa más que en hincar en la orilla la santa cruz; él es el primero que pronuncia en las islas nuevas el nombre divino del Redentor del mundo, que tantas veces había cantado en alta voz con el acompañamiento del murmullo de las olas; y por eso, al edificar en la Española, empieza por construir una iglesia, haciendo de las ceremonias sagradas el preludio de las fiestas populares.

He aquí el objeto que se propuso y la conducta que observó Cristóbal Colón en aquella vasta extensión de costas y tierras

ignoradas, inaccesibles hasta entonces é incultas, pero cuya civilización, gloria y riquezas han adquirido después rápidamente el considerable grado de incremento en que hoy se encuentran. En todo este acontecimiento, la magnitud de la empresa y la eficacia y diversidad de los beneficios que ha reportado, imponen el deber de glorificar á aquel gran hombre con un recuerdo de gratitud y con todo género de honores y homenajes; pero es preciso, ante todo, acatar y reverenciar muy especialmente la voluntad y los designios de la Providencia, á la que obedecía el descubridor del nuevo continente, y á la cual servía con toda su voluntad.

Para celebrar, por lo tanto, dignamente y con arreglo á la verdad las fiestas de Cristóbal Colón, debe unirse la santidad de la Religión al esplendor de las solemnidades civiles.

Por esto, así como antiguamente al tenerse la primera noticia del acontecimiento se hicieron públicas acciones de gracias, bajo la presidencia del Sumo Pontífice, al Dios inmortar y á la Divina Providencia, así creemos que debe hacerse todavía para conmemorar aquel suceso venturoso.

Por consecuencia, Nos hemos decidido que el 12 de Octubre, ó el primer domingo siguiente, según acuerde el Ordinario respectivo, se celebre una solemne Misa de la *Santísima Trinidad* en todas las Iglesias, Catedrales y Colegiatas de España, de Italia y de las dos Américas. Y Nos esperamos que en las otras naciones, además de las citadas, se haga otro tanto por iniciativa de los Obispos, pues conviene que lo que ha sido útil á todos sea también por todos celebrado con piedad y con agradecimiento.

Entre tanto, como prueba de los divinos favores, y en testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos afectuosamente en el Señor, á vosotros, venerables hermanos, á vuestro Clero y á vuestro pueblo todo, la bendición apostólica.

Dado en Roma el XVI día de Julio del año de MDCCCXCII, décimoquinto de nuestro Pontificado.

LEÓN S. S. XIII

COLÓN

Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Ha hablado la Santidad de León XIII, y después de su maravillosa Encíclica, que íntegra damos antes, nada debemos decir.

Pero como se ha conmemorado en Huelva el memorable acontecimiento que abrió á la civilización un nuevo mundo, nos parece oportuno reproducir algunos fragmentos de obras notables relativas al descubrimiento de América y al inmortal navegante que llevó á aquellas tierras la bandera de los Reyes Católicos.

Privilegios de Colón.

He aquí la Carta de los privilegios concedidos por los Reyes Católicos al insigne genovés.

Esta Carta, que fué la base de su temerario viaje, la tomamos de la historia escrita por D. Fernando Colón, hijo del gran Almirante:

«D. Fernando y Doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Gra-

nada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas de Canaria, Conde y Condesa de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y de Neopatria, Condes de Rosellón y de Cerdania, Marqueses de Orisián y de Gociano, etc.

Por cuanto vos, Cristóbal Colón, fuísteis de orden nuestra á descubrir y conquistar con algunas carabelas nuestras y con nuestra gente algunas islas y tierra firme en el mar Océano, y se espera que con el favor de Dios, y por vuestro medio é industrias se descubrirán y conquistarán algunas de las dichas islas y tierra firme en el dicho mar Océano, y siendo cosa justa y razonable que pues os pusísteis á tanto peligro por nuestro Real servicio, seáis premiado, queriendo honraros y haceros merced por las cosas referidas, es nuestra voluntad que vos, Cristóbal Colón, después que hubiéreis ganado y conquistado las dichas islas y tierra firme que descubriéreis y conquistáreis, que seáis en ellas nuestro Almirante, virrey y gobernador, y que en adelante podáis llamar é intitular *Don Cristóbal Colón*, y vuestros hijos y sucesores en el dicho cargo puedan llamarse é intitularse *Don*, Almirantes y gobernadores de ellas y que podáis usar y ejecutar el dicho cargo de Almirante, con el expresado oficio de virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que descubriéreis vos ó vuestros tenientes, y librar todos los pleitos y causas civiles y criminales pertenecientes á dicho empleo de Almirante, virrey y gobernador, según viéreis que es de justicia y según le usan y ejercen los Almirantes de nuestros reinos, y podáis castigar los delincuentes, y usaréis los dichos oficios de Almirante y virrey gobernador vos y vuestros tenientes en todo lo que á dichos oficios y á cada uno de ellos pertenece, y que gocéis de los derechos y salarios que tocan á dichos oficios y á cada uno de ellos, según los tiene y goza el Almirante mayor de nuestros reinos.

Y por esta nuestra Carta ó su traslado ó signado de escri-

bano público, mandamos al Príncipe D. Juan, nuestro muy caro y muy amado hijo, y á los Infantes, duques, prelados, marqueses, grandes maestres de las Ordenes militares, priores, comendadores y á los de nuestro Consejo y oidores de nuestra Audiencia, jueces y otras justicias, cualesquiera que sean, de nuestra Casa y Corte, Cancillería, y á los comendadores, castellanos de los castillos y casas fuertes, llanas, y á todas las comunidades, asistentes y gobernadores, jueces, capitanes y oficiales de mar, y á los veinticuatro jurados, escuderos y otros oficiales de mar, y hombres-buenos de nuestras tierras, ciudades y lugares de nuestros Reinos y Estados y de aquellos que vos conquistaréis, y ganaréis, y á los capitanes, maestres, contramaestres, oficiales y gente de mar, nuestros súbditos y naturales que ahora son y en adelante fueren, y á cualquiera de ellos, que siendo por vos descubiertas y ganadas las dichas islas y tierra firme en el dicho mar Océano, y hecho por vos ó por la persona que tuviere vuestro poder, el juramento, vos en el tiempo que viviéreis y después vuestro hijo sucesor, y de sucesor en sucesor, por siempre y jamás seas y sean nuestro Almirante del dicho mar Océano, virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que fueren descubiertas y conquistadas por vos, D. Cristóbal Colón, y usen con vos y con los tenientes que pusiéreis en dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador, todo lo que les perteneciere, y os correspondan y hagan corresponder con todos los derechos y las demás cosas anexas y pertenencias á dichos oficios y os guarden y hagan guardar todos los honores, gracias, libertades, preeminencias, prerrogativas, exenciones, inmunidades y todas las demás cosas y cada una pe ellas que por razón de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador debéis tener y se os deben guardar en todo cumplidamente; de manera que no falte cosa alguna y que no os ponga dificultad alguna en todo lo referido ni parte de ello, ni consientan que se ponga: porque vos, por esta nuestra Carta desde ahora para entonces os hacemos gracia de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador perpetua-

mente, para siempre jamás, y os damos la posesión de los referidos oficios y de cada uno de ellos y plena autoridad para usarlos y ejercerlos, llevar los derechos y salarios á ellos y á cada uno de ellos pertenecientes, según queda dicho, sobre todo lo cual, si tuviéreis por necesario y lo pidiéreis, mandamos á nuestro canciller, notarios y á los demás oficiales de nuestros sellos que os den, expidan y sellen nuestra Carta de privilegio, la más firme, valedera y bastante que pidiéreis y hubiéreis menester, y ninguno sea osado contravenir á lo referido, pena de nuestra desgracia, 30 ducados contra cualquiera que contraviniere á ello. Y asimismo mandamos á los que fueren requeridos con esta nuestra Carta, que citen á los que contravinieren que comparezcan en nuestra corte, donde á la sazón estuviéremos, dentro de quince días primeros siguientes al de la citación, bajo la dicha pena, y también debajo de ella mandamos á cualquier notario público que fuere llamado para lo referido, que dé testimonio signado como su signo para que Nos sepamos cómo se cumple nuestro mandato. Dada en nuestra ciudad de Granada á 30 de Abril del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1492.—*Yo el Rey.—Yo la Reina.*—Yo Juan de Coloma, secretario del Rey y de la Reina, Nuestros Señores, la hice escribir por su mandato.—Notada en forma, Rodericus, doctor.—Registrada, Sebastián de Olano, Francisco de Madrid, canciller.»

Quién era Colón.

Uno de los primitivos historiadores de Indias, Francisco López de Gomara, traza la biografía del insigne genovés y el relato de sus trabajos para ir á Occidente en estos términos:

«Era Cristóbal Colón natural de Cugureo (1), ó como al-

(1) La ciudad en que nació Colón no se ha determinado aún con en-

gunos quieren, de Nervi, aldea de Génova, ciudad de Italia muy nombrada. Descendía, á lo que algunos dicen, de los Pelestreles de Plasencia de Lombardía. Comenzó de pequeño á ser marinero, oficio que usan mucho los de la ribera de Génova, y así anduvo muchos años en Suria y en otras partes de Levante. Después fué maestro de hacer cartas de navegar, por do le nasció el bien. Vino á Portugal por tomar razón de la costa meridional de Africa, y de lo más que portugueses navegaban para mejor hacer y vender sus cartas. Casóse en aquel reino, ó como dicen muchos, en la isla de Madera, donde pienso que residía á la sazón que llegó allí la carabela susodicha (1). Hospedó al patrón della en su casa, el cual le dijo el viaje que le había sucedido y las nuevas tierras que había visto, para que se las asentase en una carta de marear que le compraba. Fallesció el piloto en este comedio, y dejóle la relación, traza y altura de las nuevas tierras, y así tuvo Cristóbal Colón noticia de las Indias.

Quieren también otros, porque todo lo digamos, que Cristóbal Colón fuese buen latino y cosmógrafo, y que se movió á buscar la tierra de los antípodas, y la rica Cipango de Marco Polo, por haber leído á Platón en el *Timeo* y en el *Cricias*, donde habla de la gran isla Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia y Africa; y á Aristóteles ó Teofrasto, en el *Libro de maravillas*, que dice cómo ciertos mercaderes cartagineses, navegando del Estrecho de Gibraltar hacia Poniente y Mediodía, hallaron, al cabo de muchos días, una grande isla despoblada, empero proveída y con ríos navegables; y que leyó algunos de los autores atrás por mí acotados. No era docto Cristóbal Colón, mas era bien entendido. E como tuvo noticia de aquellas nuevas tierras por relación del piloto muerto, informóse de hombres leídos sobre lo que

---

tera certeza. Nuestros lectores han podido leer hace pocos días un interesante trabajo de nuestro compañero el Sr. Soriano sobre la materia. Respetamos, sin embargo, el texto de López de Gomara.

(1) Alude á la versión de que una carabela española llegó á América impulsada por una tormenta, antes de que emprendiera Colón su primer viaje.

decían los antiguos acerca de otras tierras y mundos. Con quien más comunicó esto fué con Fray Juan Pérez de Marchena, que moraba en el monasterio de la Rábida; y así creyó por muy cierto lo que dejó dicho y escripto aquel piloto que murió en su casa. Parésceme que si Colón alcanzara por sciencia dónde las Indias estaban, que mucho antes y sin venir á España tratara con genoveses, que corren todo el mundo por ganar algo, de ir á descubrillas. Empero nunca pensó tal cosa hasta que topó con aquel piloto español que, por fortuna de la mar, las halló.

Lo que trabajó Cristóbal Colón para ir á las Indias.

Muertos que fueron el piloto y marineros de la carabela española que descubrió las Indias, propuso Cristóbal Colón de las ir á buscar. Empero cuanto más lo deseaba, tanto menos tenía con qué; porque allende de no tener caudal para bastecer un navío, le faltaba favor del rey para que si hallase la riqueza que imaginaba nadie se la quitase. Y viendo el rey de Portugal, ocupado en la conquista de Africa y navegación de Oriente que urdía entonces, y al de Castilla en la guerra de Granada, envió á su hermano Bartolomé Colón, que también sabía el secreto, á negociar con el rey de Inglaterra Enrique VII, que muy rico y sin guerras estaba, le diese navíos y favor para descubrir las Indias, prometiendo traerle de ellas muy gran tesoro en poco tiempo. E como trajo mal despacho, comenzó á tratar del negocio con el rey de Portugal D. Alonso el Quinto, en quien tampoco halló favor ni dineros para ir por las riquezas que prometía; ca le contradecía el licenciado Calzadilla, obispo que fué de Viceo, y un maestre Rodrigo, hombres de crédito en cosmografía, los cuales porfiaban que ni había ni podía haber oro ni otra riqueza al Occidente como afirmaba Colón, por lo cual se pasó muy triste y pensativo; mas no perdió por eso punto de áni-

mo ni de la esperanza de su buenaventura que después tuvo.

Y así se embarcó en Lisbona y vino á Palos de Moguer, donde habló con Martín Alonso Pinzón, piloto muy diestro y que se le ofreció, y que había oído decir cómo navegando tras el sol por vía templada se hallarían grandes y ricas tierras, y cómo fray Juan Pérez de Marchena, fraile francisco en la Rábida, cosmógrafo y humanista, á quien, en puridad, descubrió su corazón, el cual fraile lo esforzó mucho en su demanda y empresa y le aconsejó que tratase su negocio con el duque de Medinasidonia, D. Enrique de Guzmán, gran señor y rico, é luego con D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, que tenía muy buen aparejo en su puerto de Santa María para darle los navíos y gente necesaria. Y como entrambos duques tuvieron aquel negocio y navegación por sueño y cosa de italiano burlador, que si habian hecho los reyes de Inglaterra y Portugal, animólo á ir á la corte de los Reyes Católicos, que holgaban de semejantes avisos, y escribió con él á Fray Fernando de Talavera, confesor de la Reina doña Isabel.

Entró, pues, Cristóbal Colón en la corte de Castilla el año de 1486. Dió petición de su deseo y negccio á los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, los cuales curaron poco de ella, como tenían los pensamientos en echar los moros del reino de Granada. Habló con los que le decían privar y valer con los Reyes en los negocios; mas como era extranjero y andaba pobremente vestido y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creían ni aun escuchaban; de lo cual sentía él gran tormento en la imaginación. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas, que le era un entretenimiento para no perder la esperanza de negociar bien algún día con los Reyes Católicos. Por medio, pues, de Alonso Quintanilla tuvo Colón entrada y audiencia con el cardenal D. Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, que tenía grandísima cabida y autoridad con la Reina y con el Rey, el cual lo

llevó delante dellos después de haberle muy bien examinado y entendido.

Los Reyes oyeron á Colón por esta vía y leyeron sus memoriales; y aunque al principio tuvieron por vano y falso cuanto prometía, le dieron esperanza de ser bien despachado en acabando la guerra de Granada, que tenían entre manos. Con esta respuesta comenzó Cristóbal Colón á levantar el pensamiento mucho más que hasta entonces, y á ser estimado y graciosamente oído de los cortesanos que hasta allí burlaban dél, y no se descuidaba punto en su negociación cuando hallaba coyuntura. Y así, apretó el negocio tanto en tomándose Granada, que le dieron lo que pedía para ir á las nuevas tierras que decía á traer oro, plata, piedras, especias y otras cosas ricas. Diéronle asimesmo los Reyes la decena parte de las rentas y derechos reales de todas las tierras que descubriese y ganase sin perjuicio del Rey de Portugal, como él certificaba. Los capítulos de este concierto se hicieron en Santa Fe, y el privilegio de la merced en Granada, y en 30 de Abril del año que se ganó aquella ciudad. Y porque los Reyes no tenian dineros para despachar á Colón, les prestó Luis de Sant Angelo, su escribano de ración, seis cuentos de maravedís, que son en cuenta más gruesa diez y seis mil ducados.

Dos cosas notaremos aquí: una, que con tan poco caudal se hayan acrecentado las rentas de la Corona Real de Castilla en tanto como valen las Indias; otra, que, en acabándose la conquista de los moros, que había durado más de ochocientos años, se comenzó la de los indios, para que siempre peleasen los españoles con infieles y enemigos de la santa fe de Jesucristo.

Armó Cristóbal Colón tres carabelas en Palos de Moguer á costa de los Católicos Reyes, por virtud de las provisiones que para ello llevaba. Metió en ellas ciento veinte hombres, entre marineros y soldados. De la una hizo piloto á Martín Alonso Pinzón; de otra á Francisco Martín Pinzón, con su hermano Vicente Yáñez Pinzón, y él fué por capitán y piloto

de la flota en la mayor y mejor, y metió consigo á su hermano Bartolomé Colón, que también era diestro marinero. Partió de allí viernes 3 de Agosto.

Salida de las naves de Palos.

El historiador norte-americano W. Irving la refiere en esta forma:

«Estando la escuadra pronta para darse á la vela, Colón poseído de la solemnidad de su empresa, se confesó con fray Juan Pérez, y recibió la sagrada Comunión.

Sus oficiales y tripulaciones siguieron su ejemplo; entraron en la empresa llenos de santo temor, y con las más devotas é imponentes ceremonias se encomendaron á la guía y especial amparo del cielo. Una profunda tristeza se difundió por Palos á su partida, porque todos tenían algún pariente ó amigo en la flota.

Los ánimos de los marineros, comprimidos ya por la solemnidad del acto, se angustiaron más aún por la aflicción de los que quedaban en las playas y se despedían de ellos con lágrimas y lamentaciones y obscuros presentimientos de que jamás volverían á ver aquellos rostros.

El primer viaje de Colón.

Entre todos los relatos del primer viaje de Colón, ninguno nos parece tan interesante como el que en su *Diario* de navegación hace el descubridor de las Américas.

He aquí un extracto de este *Diario* (tomado de la *Historia Universal* de C. Cantú) hasta el 12 de Octubre, día en que se verificó el hecho eternamente memorable del descubrimiento.

In nomine Domini Nostri Jesu Christe.

Cristianísimos, altísimos, excelentísimos y poderosísimos

Príncipes Rey y Reina de la Españas y de las islas del mar, nuestros soberanos.

En el presente año de 1492, después de haber dado fin á la guerra contra los moros, que dominaban aún la Europa y que tan gloriosamente terminó en la gran ciudad de Granada, donde el 2 de Enero de este mismo año ví las banderas reales de Vuestras Altezas enarboladas en las torres de la Alhambra, y al Rey moro salir y besar las Reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi señor; á consecuencia de las noticias suministradas á Vuestras Altezas sobre las tierras de la India y sobre un Príncipe llamado el Gran Kan, que en nuestra lengua vale tanto como Rey de Reyes, y en atención á que muchas veces él y sus antecesores habían pedido á Roma maestros de nuestra santa fe, que los instruyesen en las verdades del Evangelio, y que el Santo Padre no había provisto á esto, continuando aquellos pueblos sumidós en la idolatría y profesando doctrinas de perdición.

Vuestras Altezas, como Príncipes católicos propagadores de nuestra santa fe y enemigos de la secta de Mahoma, resolvieron enviarme á mí, Cristóbal Colón, á las tierras de la India para ver á los antedichos Príncipes, el país y los habitantes, examinar la naturaleza y el carácter de todos, y hallar medios de convertirlos á nuestra santa religión; ordenándome que no fuese por tierra á Oriente, como se acostumbra, sino por mar, yendo derecho á Poniente, camino que no sabemos haya andado nadie hasta ahora.

Y supuesto que Vuestras Altezas, después de haber expulsado á todos los judíos de sus Reinos y territorios, me han mandado en dicho mes de Enero trasladarme con el conveniente armamento á las mencionadas comarcas de la India, colmándome de grandes favores, ennobleciéndome hasta el punto de que en adelante pueda usar el *Don*, nombrándome grande almirante del Océano, Virrey y gobernador, etc., etcétera; partí de la ciudad de Granada el sábado 12 de Mayo del mismo año para trasladarme á Palos, donde armé tres naves, y el viernes 3 de Agosto, media hora antes de salir el

sol, levé el ancla, llevando á bordo abundantes víveres y buen número de marinos, y me dirigí á las islas de Vuestras Altezas, llamadas las Canarias, para navegar de allí á Poniente, hasta llegar á las Indias y dejar cumplimentada la embajada de Vuestras Altezas.

Al efecto, me propongo escribir exactísimamente, día por día, cuanto hiciere, viere y probare; y además de la relación dirigida á mis Soberanos, escribiré cada noche lo que haya acaecido durante el día y viceversa; me propogo trazar una carta donde anotaré las tierras y las aguas del grande Océano, en sus posiciones exactas y relativas, y añadiré una descripción por escrito, marcando la latitud equinocial y la longitud occidental. Por lo tanto, será preciso que olvide el dormir y atienda á la navegación, para dar cima á lo que exigirá de seguro esfuerzos grandiosos.

3 de Agosto de 1492.—*A las ocho de la mañana salimos del banco de Saltes y doblamos al Sur.*

6 de Agosto.—*El timón de la carabela* Pinta *se rompe, y se teme haya sido roto adrede por Gómez Rascón, á sugestión del dueño de la carabela; antes de zarpar se les vió hablando solos. Los marineros lo miran con mal pronóstico y murmuran.*

9 de Agosto.—Detención en la Gomera para reparar los buques. La llama y el humo del volcán de Tenerife asustan á la tripulación, y Colón les explica el fenómeno. Muchos españoles de la isla de Hierro aseguran que todos los años distinguen una tierra al Oeste; esto anima á los marinos.

6 de Septiembre.—Parten de la Gomera.

9 de Septiembre.—El Almirante se resuelve á decir menos camino andado del verdadero para que su gente no se asuste demasiado pronto.

13 de Septiembre.—Nota, con un vago sentimiento de temor, que la aguja se desvía al Oeste; guarda para sí este terrible secreto y redobla su atención.

16 de Septiembre.—Al ver las algas de que están cubiertas las mares de los trópicos, la tripulación cree estar cerca

de tierra; pero el Almirante calcula por sus matas que la tierra firme se halla más lejos.

17 de Septiembre.—*Hoy hemos bogado sobre un mar cubierto de yerbas; y el agua me pareció tan espesa que temí fuesen á encallar las naves.* Al mismo tiempo los pilotos se pusieron pálidos de espanto viendo la declinación de la aguja, que era de 12° al Occidente. La tripulación cae en gran desaliento, creyendo ver á cada instante realizados los peligros con que se la había amenazado; pero el encuentro de una porción de toninas la reanima.

22 de Septiembre.—Viento de Oeste. *El viento contrario me fué utilísimo, porque mi gente estaba alborotada, murmuraba de lo largo del viaje, creyendo que estos mares no soplaban jamás vientos para volver á España.*

23 de Septiembre.—La tripulación empieza de nuevo á lamentarse, temiendo le falten vientos para la vuelta; pero la mar se pone gruesa y cesan las quejas. *Así, la mar gruesa me fué de gran ayuda, cosa no vista desde los judíos acá.*

25 de Septiembre.—El almirante habla con Pinzón sobre el mapa de Toscanelli, que situaba la tierra, con poca diferencia donde estaba entonces. Pinzón sube á la gavia y grita:

—¡Tierra, tierra!

Se oye un clamor general de alegría; Colón se arrodilla dando gracias á Dios: pero un rayo de sol no tarda en disipar aquella tierra fantástica, dibujada por la nieve en el horizonte.

1.° de Octubre.—El piloto del Almirante aterra á los marineros cuando les dice que se encuentran á 578 leguas de las Canarias. ¡Cuál hubiera sido su desesperación si hubiesen sabido la verdadera distancia, que era de 707 leguas! Habiendo ofrecido la Reina 20.000 maravedís de renta al primero que descubriese la tierra, no necesito decir si se afanarían en ganarlos, y los primeros días los ojos no se apartaban del horizonte, pero inútilmente.

10 de Octubre.—Los marineros, desanimados, se niegan á seguir adelante. El Almirante los alienta como mejor puede,

pintándoles las inmensas riquezas que les esperan. *Por lo demás, vuestros lamentos ni hacen ni deshacen; me he puesto en marcha para ir á la India, y seguiré hasta encontrarla, Dios mediante.*

11 de Octubre.—Todo anuncia la aproximación á tierra: un junco verde, una caña, un palo con cierta labor, una duela. A las diez de la noche, estando Colón á popa, vió una claridad algo más abajo del horizonte; pero la oscuridad de la noche era tal, que no se atrevió á asegurar fuese tierra. Distinguió muchas veces como una luz que subía y bajaba como con las olas. A media noche, cuando los marineros se juntaron para cantar la Salve, el Almirante, persuadido de hallarse cerca de tierra, les recomendó tener fija la vista, prometiendo un jubón de seda al primero que gritase: *Ahí está.* Navegaban á Poniente; la *Pinta* iba delante, según costumbre: á las dos de la madrugada Rodrigo de Triana prorrumpió en el grito convenido, y un cañonazo anunció la fausta nueva á la escuadrilla. Omito decir con qué afán esperarían á que aclarase.

El 12 de Octubre, á los primeros rayos del alba, desenvolviéndose del manto azul bajo el cual dormía, la joven América presentó sus verdes playas á los ojos de los españoles. Colón, de rodillas, y como hundido en éxtasis sublime, saludó con un cántico sagrado al Nuevo Mundo debido á su genio.

Su divina misión estaba cumplida: ¿qué importa al mundo el resto de su existencia? Aunque hubiese muerto en aquel instante, sus compañeros, desandando el camino que él había seguido, habrían anunciado al mundo antiguo la grande obra de su fe. En adelante no es ya más que un hombre como los demás, dotado quizá de todo el vigor que da al alma la escuela de la desventura. La curiosidad histórica puede, en los últimos catorce años de su carrera, hallar lecciones contra los reveses de la vida y la ingratitud de los hombres; pero los destinos de América no le pertenecen ya: él, tan grande, tan generoso, no aparece, en medio de las revoluciones de los si-

glos, á los indígenas del Nuevo Mundo sino como el ingenio tenebroso que abre la escena de su destrucción».

Una carta del Almirante.

Con el título de *Fuentes históricas sobre Colón y América. —Pedro Mártir Angleria.—Libros rarísimos,* ha publicado el doctor Torres Asensio la primera parte de un curioso libro. De él copiamos la «Carta de Cristóbal Colón escrita en el mar cuando regresaba del primer viaje, y enviada desde Lisboa en Marzo de 1493 á Barcelona, donde se encontraban los Reyes Católicos».

«Señor: Porque sé que habréis placer de la gran uictoria que nuestro Señor me ha dado en mi uiaje, uos escribo esta, por la cual sabreis cómo en treinta y tres días pasé á las *Indias* con la armada que los Ilustrisimos Rey y Reina nuestros Señores me dieron; donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesion por Sus Altezas con pregon y bandera real extendida, y no me fue contradicho.

A la primera que yo fallé puse nombre *San Salvador,* á conmemoración de su Alta Magestad, el cual marauillosamente todo esto ha dado: los Indios la llaman Guanayani. A la segunda puse nombre la isla de *Santa María de Concepción*: á la tercera la *Fernandina*: á la cuarta la *Isabela*: á la quinta la isla *Juana* é así á cada una nombre nueuo.

Cuando yo llegué á la *Juana* segui yo la costa della á poniente, y la fallé tan grande que pensé que seria tierra firme, la prouincia de Catayo y como no fallé alli uillas y lugares en la costa de la mar, saluo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales non podia haber fabla, porque luego fuian todos, andaba yo anhelante por el dicho camino, pensando de non errar grandes ciudades ó uillas, y al cabo de muchas leguas, uisto que non habia innouacion, y que la costa me leuaba al setentrion, de donde mi uoluntad era contraria,

porque el inuierno era ya entrado, é yo tenia propósito de facer me al austro, y también el uiento me dió adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y bolui atrás fasta un señalado puerto, de á donde enuié dos hombres por la tierra para saber si habrian rey ó grandes ciudades. Anduuieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, mas no casa de regimiento, por lo cual se boluieron.

Yo entendia harto de otros Indios que ya tenia tomados, cómo continuamente esta tierra era isla, é asi segui la costa della ciento y siete leguas fasta donde facia fin; del cual cabo ui otra isla al oriente, distante desta diez é ocho leguas, á la cual luego puse nombre la *Española* y fui alli; y segui la parte del setentrion, asi como de la *Juana,* al oriente ciento é ochenta y ocho grandes leguas, la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y esta en extremo: en ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y fartos ríos y buenos y grandes que es marauilla: las tierras della son altas y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de *Tenerife,* son todas fertilísimas, de mil fechuras, y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la foja, segun lo que puedo comprender, que los ui tan uerdes y tan fermosos como son por Mayo en *España.* I dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término segun es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras, en el mes de Nouiembre, por alli donde yo andaba. Hay palmas de seis ó de ocho maneras, que es admiración uerlas por la diformidad fermosa dellas, mas asi como los otros árboles y frutos é yerbas: en ella hay pinares á marauilla, é hay campiñas grandisimas, é hay miel, y de muchas maneras de aues y frutas muy diuersas. En las tierras hay muchas minas de metales é hay gente inestimábile número. La *Española* es marauilla: las sierras y las montañas y las uegas y las campiñas y las tierras tan fermosas é gruesas

para plantar é sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de uillas y lugares. Los puertos de la mar, aqui no habria creencia sin uista, é de los rios muchos é grandes é buenas aguas: los mas de los cuales traen oro. En los árboles é frutas é yerbas hay grandes diferencias de la *Juana*: en esta hay muchas especierias, é grandes minas de oro é de otros metales.

La gente desta isla é de todas las otras que he hallado y he hauido ni haya habido noticia, andan todos desnudos, hombres é mugeres, asi como su madre les paren; aunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una sola foja de yerba ó una cosa de algodon que para ello facen. Ellos no tienen fierro, ni acero, ni armas, ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta é de fermosa estatura, saluo que son muy temerosos á marauilla. No tienen otras armas saluo las armas de las cañas cuando estan con la simiente, á la cual ponen al cabo un palillo agudo, é no osan usar de aquellas: que muchas ueces me ha acaescido enuiar á tierra dos ó tres hombres, á alguna uilla para haber fábla, y salir á ellos dellos sin número, é despues que los uian llegar fuian, á no aguardar padre á hijo; é esto no porque á ninguno se haya fecho mal, antes á todo cabo adonde yo haya estado é podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, asi paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son asi temerosos sin remedio. Uerdad es que despues que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerian sino el que lo uiese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes conuidan á la persona con ello y muestran tanto amor que darian los corazones, é quier sea cosa de ualor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé, por ello son contentos.

Yo defendí que non se les desen cosas tan ceuiles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de uidrio roto y cabos de agujetas, aunque cuando ellos esto lleuar les parecia haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marine-

ro por una agujeta de oro de peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas, que muy menos ualían, mucho más. Y por blancas nueuas daban por ellas todo cuanto tenian, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, ó una arroua ó dos de algodon filado.

Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; asi que me pareció mal é yo lo defendi. Y daba yo graciosas mil cosas buenas que yo lleuaba porque tomen amor; y allende desto se fagan cristianos, que se inclinen al amor y seruicio de *Sus Altezas* y de toda la nacion castellana; é procuren de ayuntar é nos dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría saluo que todos creen que las fuerzas é el bien es en el cielo: y creían muy firme que yo con estos nauios y gente uenia del cielo; y en tal catamiento me recibían en todo cabo despues de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, saluo de muy sutil ingenio, y hombres que nauegan todos aquellos mares, que es marauilla la buena cuenta que ellos dan de todo; saluo porque nunca uieron gente uestida, nin semejantes nauios.

Y luego que llegué á las *Indias*, en la primera isla que fallé, tomé por fuerza algunas dellas para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes; é así fué que luego entendieran é nos á ellos, cuando por lengua ó señas; y estos han aprouechado mucho: hoy en día los traigo que siempre estan de propósito que uengo del cielo, por mucha conversacion que haya habido conmigo. Y estos eran los primeros á pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa, y á las villas cercanas con voces altas: «Uenid, uenid á uer la gente del cielo». Así todos, hombres como mujeres, despues de haber el corazón seguro de nos, uenían que no quedaba grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor marauilloso.

Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas, á ma-

nera de fustas de remo: dellas mayores, dellas menores, y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos: no son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no terná con ellas al remo, por que uan que no es cosa de creer y con estas nauegan todas aquellas islas, que son innumerables, y tratan sus mercaderías. Algunas destas canoas he uisto con setenta y ochenta hombres en ella, y cada uno con su remo.

En todas estas islas no uide mucha diuersidad de la fechura de la gente, nin en las costumbres, nin en la lengua, saluo que todos se entienden que es cosa muy singular; para lo que espero qué determinarán *Sus Altezas* para la conuersión dellos á nuestra Santa Fe, á la cual son muy dispuestos.

Ya dixe cómo yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de occidente á oriente por la isla *Juana*, segun el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que *Inglaterra* y *Escocia* juntas: porque allende destas ciento siete leguas, me quedan, de la parte de poniente, dos prouincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman *Anan*, adonde nacen las gentes con cola: las cuales prouincias non pueden tener en longura menos de cincuenta ó sesenta leguas; según puedo entender destos Indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas.

Esta otra *Española* en cerco tiene más que la España toda desde *Cataluñia*, por uista de mar, fasta *Fuente Rabía*, en Vizcaya; pues en una cuadra anduue ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de occidente á oriente. Esta es para desear, é uista es para nunca dejar; en la cual, puesto que de todas tengo tomada posesión por *Sus Altezas* y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de *Sus Altezas*, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los Reinos de *Castilla*. En esta *Española* en lugar más conuenible y mejor comarca y de todo trato así de la tierra firme é acá, como de aquella de allá del *Gran Can* adonde habrá gran trato é gran ganancia he tomado posesion de una uilla grande, á la cual puse

nombre la uilla de *Nauidad*; y en ella he fecho fuerza, fortaleza, que ya á estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que abasta para semejante fecho, con armas é artilleria é uituallas para más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para facer otras, y grande amistad con el rey de aquella tierra, en tanto grado que se preciaba de me llamar y tener por hermano: é aunque le mudase la uoluntad á ofender esta gente, él ni los suyos saben qué sean armas, y andan desnudos como ya he dicho, é son más temerosos que hay en el mundo. Así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una muger, y á su mayoral ó rey dan fasta uiente. Las mugeres me parece que trabajan más que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me parece uer que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas fasta aquí no he hallado hombres monstrudos como muchos pensaban: mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento; ni son negros como en *Guinea*, saluo con sus cabellos corredios, y no se crían adonde hay ímpetu demasiado de los rayos solares; es uerdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto que es distante de la línea equinocial ueinte é seis grados, en estas islas, adonde hay montañas, ahí tenía fuerza el frío este inuierno; mas ellos lo sufren por la costumbre, é con la ayuda de las uiandas que comen con especias muchas y muy calientes en demasía.

Así que monstruos no he hallado, ni noticia saluo de una isla de *caribes*, que es la segunda á la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas *canoas* con las cuales corren todas las islas de Indias y roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más disformes que los otros; saluo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las

mismas armas de cañas; con un palillo al cabo, por defecto de fierro, que no tienen: son feroces entre estos otros pueblos, que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que á los otros. Estos son aquellos que tratan con las mugeres de *Matinino*, que es la primera isla partiendo de *España* para las *Indias* que se falla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellos no usan ejercicio femenil, saluo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de alambre, de que tienen mucho.

Otra isla me seguran mayor que la *Española* en que las personas non tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento, y destas y de las otras traigo conmigo Indios para testimonio.

En conclusión, á fablar desto solamente que se ha fecho este uiage, que fué así de corrida, pueden uer *Sus Altezas* que que yo les daré oro cuanto houieren menester, con muy poquita ayuda que *Sus Altezas* me darán; agora especiería y algodón cuanto *Sus Altezas* mandaren cargar, y almástica cuanto mandaran cargar; é de la cual fasta hoy no se ha fallado, saluo en *Grecia* en la isla de *Xio*, y el señoría la uende como quiere, y lignaloe cuanto mandaran cargar, y esclauos cuantos mandaran cargar, é serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, é otras mil cosas de sustancia fallaré, que habrán fallado la gente que yo allá dejo; porque yo no me he detenido ningún cabo, en cuanto el uiento me haya dado lugar de navegar, solamente en la uilla de Nauidad, en cuanto dejé asegurado é bien asentado. E á la uerdad mucho más ficiera si los nauios me siruieran como razón demandaba.

Esto es harto, y eterno Dios nuestro Señor, el cual da á todos aquellos que andan su camino uictoria de cosas que parecen imposibles: y esta señaladamente fué la una; porque aunque destas tierras hayan fablado ó escrito, todo ua por conjetura sin alegar de uista, saluo comprendiendo á tanto que los oyentes, los más escuchaban é juzgaban más por fabla que por otra cosa dello.

Así que pues nuestro Redentor dió uictoria á Nuestros Ilustrísimos Rey é Reina é á sus Reinos famosos, de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes á la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, entornándose tantos pueblos á nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales; que no solamente la *España*, más todos los cristianos ternán aquí refrigerio y ganancia: esto según el fecho así en breve. Fecha en la carabela, sobre las islas de *Canaria*, quinze de Febrero de 1493.

Para lo que mandareys.

El Almirante.

.S.

.S. .A. .S.

X M Y

Xpo. Ferens.

(Postdata en papel separado).

Después desta escrita, estando en *mar de Castillas*, saltó tanto uiento conmigo, sur y sueste, que me ha fecho descargar los nauios por correr aquí en este puesto de *Lisboa* hoy, que fué la mayor marauilla del mundo; adonde acordé de escribir á *Sus Altezas*. En todas las *Indias* he siempre hallado los tiempos como en Mayo, adonde yo fuí en treinta y tres días, é uoluí en cuarenta y ocho, saluo que estas tormentas me han detenido catorce días corriendo por esta mar.

Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hobo tan mal inuierno, ni tantas pérdidas de naues. Fecha á los IIII dias de Marzo.

T.

LA DEFENSA DEL REDUCTO

Lubrín y yo no pudimos contener una sonrisa, entre de lástima y burlona. ¿Y era aquél el héroe, el que obtuvo sobre el campo de batalla su empleo de teniente, el que mereció la cruz laureada de San Fernando á juicio de todos, no concediéndosele por ciertas triquiñuelas reglamentarias?

Cuando ninguno de nosotros pensaba sino en matar como era posible las horas de aburrimiento que en el cantón aquel pasábamos, sin recordar siquiera que existía el enemigo, como no fuera al referir cada cual algún episodio de la campaña; cuando el tiempo que los actos del servicio nos dejaban libres, solo se nos hacía llevadero en el camaranchón, que con el pomposo nombre de Casino, serviale á Matojas, uno de esos industriales de ocasión que al ejército se pegan, para darnos café de achicorias y licores detestables, amén de la desaplomada mesa de billar, y de la otra más mugrienta, allá en la sala del crimen, donde dejábamos cada mes pagas y pluses y cuanta moneda ó papel del Banco á nuestro poder venía; cuando así, desde Julio á Diciembre, trascurrieran los días para nosotros, sin que apenas algún tiroteo de avanzadas sirviese para advertirnos de que frente á nuestro

reducto de Villapuertas tenían ellos el de los Chopales; cuando casi, casi puede decirse que unos y otros nos conocíamos ya de vista, y aun de nombre, y que á poco de seguir así, concluyéramos por tomar café juntos; solo á él, al valiente, al héroe de Castrovillate, ocurríasele salir con la nota triste, lúgubre, y pensar en la guerra y en el enemigo, y lo que era peor, en la muerte.

Y nadie lo hubiera creído al verlo. Verdad es que tampoco podía ver nadie al héroe en aquel mozuelo casi barbilampiño, linfático, de cabellos lacios y rubios de estopa, ojos azules de apagado mirar, cabeza voluminosa con la frente bombeada, cuerpo anguloso, piernas endebles y algo torcidas, y aspecto entre indiferente y aburrido; todo ello revelador de caquexia infantil mal curada por la pubertad y el aceite de bacalao.

Y era excelente compañero, pero con esa manía, la de preocuparse siempre y á todas horas de la guerra; aunque no en cuanto á sus planes y desarrollo; no; sino de sus accidentes, de sus horrores. Hablando con él, parecíale á uno sentir penetrar el plomo enemigo á través de la carne, y mortales trasudores acometían. Por lo demás, ninguno le aventajaba entre todos sus compañeros en cumplir los deberes militares.

II

¡Gracias á Dios que había terminado aquel servicio auxiliar de la campaña; aquella ocupación del Valle de Brines para impedir á las fuerzas enemigas todo avance por él, y vigilar á la vez el boquete de Cardillero! Emprendíanse ya las operaciones en gran escala; era preciso concluir de una vez, y hacia el flanco inquierdo de las líneas contrarias, se concentraban tropas en número suficiente para acometer la empresa. Mi batallón fué sustituído por otro recién organizado, y pasó á formar parte del segundo Cuerpo de ejército. Llegaba, pues, para nosotros, la guerra de verdad; la que los vetera-

nos no temían y ansiaban los bisoños; yo el primero, que de ella no había visto aún, sino el escaramucear de aquel medio año.

Pocos días después comenzaba el movimiento. Por dónde fuimos nosotros, por dónde marchó tal columna y hubo de flanquear tal división, ó trasponer la cordillera tal brigada, cosa es que no hace al caso ahora. Baste saber que tras de cuarenta y tantas horas de caminar entre bosques y breñales y de subir por donde las cabras suben y de bajar, descolgándose la gente, por donde las águilas se tiran de un vuelo, llegó mi batallón al fondo de un valle, muy pintoresco, pero muy pobre, muy húmedo y muy angosto, y lo que era más terrible, cerrado por formidable línea de atrincheramientos enemigos.

Y por allí había que pasar, aun á riesgo de no conseguirlo ó de volver de cabeza, según le aconteció al general Sánchez Dóriga pocos meses atrás, cuando con doce batallones quiso forzar por aquel punto las líneas contrarias. Y ahora sólo íbamos seis batallones, que los otros dos de la división se quedaron con el general en jefe, en el Valle de Brines. Menos mal que la operación no era aislada, sino parte de un conjunto combinado de ellas, emprendidas á la vez por todas las fuerzas, que á cientos de miles de soldados alcanzaban en cifra, y á las que el enemigo no podría oponer más que relativa resistencia.

No obstante, el paso aquel tenía muy malos recuerdos para nuestra gente, y los que estuvieron en la otra acción, veían difícil por demás la empresa.

Con esto no hay que decir cómo se pondría el bueno de Barizalde, que este era su nombre. Más lúgubre, más solemne, más tétrico que nunca, parecía su rostro estar pidiendo ya la mortaja. Y venga hablar de cuando murió aquél y de cómo hirieron á éste y de dónde fusiló el enemigo á Fulano, y de qué enfermedad Zutano viene padeciendo desde tal acción, y de qué heridas son más peligrosas y cuáles menos, y del alcance y penetración de los proyectiles, y de tegu-

mentos y esquirlas y amputaciones y gangrenas hospitalarias, y de tétanos y agonías, todo en serie interminable y dolorosa que nos producía angustioso malestar y escalofríos.

En fin, he aquí un detalle: la víspera de emprender el ataque á las posiciones enemigas, no encontró un amigo á quien no recomendase que comiera poco antes de entrar en acción, «porque las heridas son menos peligrosas cuando se tiene el estómago vacío». Igual recomendación hizo á los sargentos y demás tropa de su compañía.

Por eso Lubrín y yo, tras de oirle uno de sus azarantes discursos, no pudimos menos de mirarnos y sonreir entre compasiva y burlonamente.

III

No sé si nos vería; sino que deteniéndose unos instantes, en vez de irse volvió á nuestro grupo, reanudando la conversación.

—Pues sí—dijo—no hay nada peor. Creo que si el capitán Rodríguez murió de resultas de su herida, cuando el fuego del 11 de Julio, fué por lo tragón que era. ¿Qué os figuráis que había almorzado aquel día? Siete huevos fritos con jamón, á lonja por huevo. ¡Pobre hombre!

—Pero mira que entrar en acción con el estómago vacío... ¡Valiente ocurrencia! ¿Lo haces tú?...—le replicó uno de nosotros.

—Ya lo habéis visto. No es que me prive de almorzar; cuando no sucede así *á fortiori*, como el día aquel de Villatojos; pero procuro no cargar el estómago, y sobre todo no beber más que un poco de vino. El *quitolis* (1) ni probarlo.

—Sí; ya sabemos que eres Don Precauciones.

---

(1) Aguardiente, ú otro alcohólico en *argot* de campamento y cuartel.

—¡Oye!—le pregunté—¿y cuando aquello, lo de Castrovillate, también estabas en ayunas?

—No; pero por lo mismo... Mi pobre capitán, Llorente y yo habíamos comido mal, bastante mal.

—¡Ya! y por eso no reventaron á tu pobre capitán ni á Llorente le rompieron un brazo.

—No; precisamente por eso. Pero...

Extraña nube de tristeza cubrió el semblante de nuestro amigo al llegar á este punto la conversación; dijérase que le molestaba recordar aquel suceso.

—Pero vamos á ver, pollo—interrumpió el capitán Miranda, con su desenfado habitual—aquí estos señores y yo nos estamos diciendo una cosa. Usted es un excelente oficial; muy buen chico, guapo, elegante... (Esto lo decía con cierto retintín mientras Barizalde lo miraba asombrado por tan estupendos piropos), marcial, y lo que se llama una fiera para... el descanso. Pero, no; no se enfade usted; esto es broma. Quería decir que es usted un agradabilísimo compañero y quizás el que mejor cumple en el batallón, mejorando lo presente, ¿eh? Sobre todo esto, tiene usted poca historia militar, pero buena. Allá en Castrovillate, se portó usted bien, lo que se llama bien. No es porque esté usted delante; me lo contó Ruiz de Prida que se encontraba allí. Además, en la orden general se dijo. Pues bien, apesar de todo esto, no me cabe en la cabeza que sea usted *un héroe*...

—¡Ni á mí tampoco!...—replicó con tanta y tan verdadera ingenuidad el interesado, que todos nos echamos á reir.

—¿Y entonces?... Yo no sé si será porque como anda usted ahora siempre tan concentrado en sí mismo, tan huraño-te... ¡Anímese usted hombre! Ya ve usted, nosotros no hemos hecho en la vida nada de particular; cuando dicen *¡arriba!* arriba subimos, y si tocan á bajar de cabeza, rodamos los primeros. Ni somos héroes ni lo seremos nunca, Dios mediante, y si nos pegan un balazo será porque venga á buscarnos el proyectil. ¿Pero voluntarios? ni para ir á cojer monedas de cinco duros... Y sin embargo, maldito si nos preocupa el

saber si vamos ó no á tener fuego. Al oir los tiros, claro está, se nos seca la boca, y bajamos la testa cuando silban las balas. ¡No que no! Que lo diga Lubrín, que gritaba á la tropa *¡no correr!* y corría él perdiendo las polainas, en la salida del 25.

—¿Si le parece á usted que estaba la cosa para aguantarse allí? Si nos quedamos cinco minutos más nos abrasan. ¡Tres compañías del enemigo contra los cincuenta hombres de mi sección! Y usted bien achantadito se estuvo entre los algarrobos.

—Era para cubrir la retirada y resguardar en tanto á la gente.

—Sí; á la gente... y á su capitán.

—¡Vamos, no sea usted ingratón! ya sabe que en cuanto rompí el fuego, volvió el enemigo los morrales... Si no es por mí!...

—Sí; si no es por usted... y mis piernas!..

—¿Pero qué hablan ustedes ahí?—dijo interviniendo á la sazón el Padre Bayoneta, por otro nombre D. José García, presbítero; nuestro capellán y primer punto filipino, (por lo demás una buena persona).—¿Qué están ustedes desbarrando? ¿No ven que el niño este se ríe por dentro de todos ustedes? ¡Qué batallas tan tremebundas! ¡lo del 11 de julio! ¡la salida del 25! ¡la sorpresa del 18! y la noche aquella, cuando el quinto de la segunda armó el *catapé* gordo con el burro del cantinero, tomándolo por un pelotón enemigo! ¡Qué fazañas! ¡Contar esto delante del alferecillo de Castrovillate!... del que mereció ser abrazado por el general en jefe... ¿Y no se murió usted, joven, no se derritió usted al verse entre aquellos mórbidos y entorchadísimos brazos?... Por esto, esa reserva, todo eso que ustedes le censuran, es orgullo, solo orgullo... ¡Pigmeos, admiradme! nos dice con la mirada. Contémplenlo ustedes, si no...

Y en efecto, el pobrecito Barizalde, confuso, rojo como un pavo al oir la guasa viva del *pater*, miraba al suelo como si le pidiese que se lo tragara de una vez.

—¡Sí; ustedes se burlan!—dijo por fin, casi mal humorado y á punto de llorar—pero yo hubiera querido verlos allí.

—Zi eztoy yo—intervino Pepe Arenas, el andaluz más lioso que existe—, á bofetá limpia no dejo uno en zeiz leguaz á la reonda; zolo al verme los bigotez echan toos á corré.

Y efectivamente, el alférez Arenas era barbilampiño casi; cuatro pelos *por barrios,* como le dijo una buena moza de Santurreal, adornaban su mal encarado rostro.

—Si estás tú—replicóle Barizalde aprovechando la ocasión para desahogar sobre un *colilla* su enojo—si estás tú, te mueres de miedo. ¡Mamarracho!

—¿Qué, tan atroz fué aquello?

—Yo no sé si fué atroz—prosiguió con aire de disgusto—pero sí sé que no quisiera hallarme en otra igual, ni aun sabiendo que me iban á hacer coronel sobre el campo de batalla. ¡Es demasiado! En otros fuegos estuve antes y después, pero lo de siempre, lo natural; más ó menos tiros; diez, veinte, cincuenta bajas; unas veces pegando nosotros de firme; otras tocando á salir por pies; pero sin nada capaz de producir terror... Y aquello, créanme ustedes, lo digo con todo mi corazón; aquello, pienso yo que, por valiente que sea un hombre, por acostumbrado que esté á batirse, no es para resistido dos veces.

IV

—Bueno, bien; pero á todo esto yo no sé aún lo que pasó allí—dijo á la sazón otro capitán, Perelló, que había guardado silencio hasta entonces...

—¿No estuvo usted?

—¿Cómo podía estar? ¿No pasó en Octubre? Me cogió en el viaje. Por los periódicos me enteré... Creo que fué de órdago la cosa.

—Como que á poco más no paramos hasta Madrid.

—Pues sí; precisamente el 3 de Octubre salí yo de Manila, y eso fué el...

—El 12.

—Justo; y el 16 ó 18 me parece que llegamos á Colombo. En Suez el cónsul le trajo al capitán del vapor unos periódicos ingleses en que se decía algo... ¿Y quién tuvo la culpa?

—¡Tantos la tuvieron!...

—Pero usted que estaba allí, Barizalde, ¿cómo sucedió? ¿qué?...

—Yo no sé sino lo que saben todos. No me pude enterar más que de lo que pasó en el reducto, y gracias.

—¿Fué una sorpresa?

—Fué... que yo no sé como no han fusilado ya á Rodríguez Vélez.

—¿A él solo?

—A él y al conde de la Gamoneda. Si en vez de generales hubieran sido dos pobres subalternos, ¿dónde estarían ahora!

—¡Y saldrán bien!

—¡Ya lo creo! En este país...

—¿Usted era ya de Ceriñola?

—No; estaba en cazadores de Treviño; pero me tocó batirme junto con los de Fernando Póo en el reducto de Castrovillate. Allí nos reunimos el 2.° de Fernando Póo, mi compañía, otra de ingenieros y dos piezas de montaña.

—¿Tan grande era el reducto?

—Regular; pero no sobraba gente.

—Y ellos ¿cuántos venían?

—No lo sé; los periódicos dijeron después que llegaron á emplear contra nosotros seis batallones; pero no podíamos allí apreciar sino que eran muchísimos.

—Ustedes habían tomado el fuerte por la mañana, ¿no?

—Tomarlo... sí; es decir, entramos en él sin disparar un tiro. Como ellos se habían retirado sin combatir dejándonos todas sus posiciones, nosotros, que íbamos en guerrilla por el monte, pudimos llegar los primeros al reducto. El capitán, el pobre Martínez Serrano, temió que hubiera gente en él y man-

dó reconocerlo bien antes. No había nadie, así es que entramos sin encontrar otra cosa que muchas cajas de municiones vacías.

—¿Era buena obra?

—Un reducto de campaña sin blindajes, de no mucho perfil, y con emplazamientos para cinco piezas á barbeta; lo mejor que tenía era la posición; dominaba mucho el terreno, pero sobre todo á la parte nuestra, que á la de allá, con el bosque... ¡Ya nos dió que hacer por ese lado!

—¿Y qué pasó?

—Nada; que llegamos allí, y Martínez Serrano, con arreglo á las órdenes que tenía, se detuvo. La gente descansó un poco y nosotros nos entretuvimos en ver desde lo alto del parapeto y con los gemelos de campaña cómo desfilaban los batallones y la artillería por la carretera, mientras que en otros cabezos había también tropas, las cuales no podíamos distinguir si eran enemigas ó de las nuestras.

JUAN DE LAPOULIDE.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid, 15 de Agosto de 1892.

Veraneo político.—Viajes de los Ministros.—Las fiestas del Centenario.—España y Colón.

La suspensión de las tareas parlamentarias trajo, como obligada consecuencia, el desparramamiento de nuestros hombres públicos por todas las regiones del país, pero principalmente las del Norte, Guipúzcoa y Vizcaya, Galicia y Asturias son hoy asilo fresco, cómodo y confortable de los que pasaron los crudos días del invierno y los calurosos de Julio en las Cortes, bajo una atmósfera desigual, no siempre tan saturada de oxígeno como los preceptos higiénicos exigen. Allí, en las *villas* encantadoras de la frontera, en las *quintas* cercanas al mar, ó en los deliciosos pueblos que baña el Cantábrico, hallarán nuestros políticos el reposo que buscan, la tranquilidad que apetecen ó los alientos que necesitan para volver á la lucha en Diciembre próximo. Y allí pensarán, satisfechos los que han cumplido su deber y abrumados por el remordimiento los que olvidaron su misión, que al reanudar las Cámaras sus sesiones, el país pedirá á todos unión para salvar los intereses comprometidos en la guerra de tarifas; patriotismo para resolver los problemas financieros que hayan de discutirse, y sinceridad para no negar al Gobierno los recursos que demande, á fin de que España se coloque al nivel de los pueblos que hallan su prosperidad en el desarrollo fecundo de las fuentes de su riqueza.

La paz que disfrutamos y el orden moral y material en que vivimos, obligan á todos á que esta tregua feliz no se interrumpa y á que la era de reparaciones provechosas iniciada no se malogre. Otras naciones ven alterada su normalidad por violencias y desequilibrios que aquí, por fortuna, no se conocen. Bien será que don tan precioso se conserve, que ello interesa en igual grado á todos los partidos, y con ello se va al mejoramiento de todos los organismos nacionales.

***

Los Ministros de Marina y Fomento están de viaje. Pero no han ido ahora, como fueron algunas veces hombres de su representación en los Consejos de la Corona á perseguir, tras un pretexto, la dulce holganza de un paréntesis que se abre á la labor oficial. No. Uno y otro, inspirados en altísimas ideas, han ido, el Sr. Linares Rivas á inaugurar las obras del Musel, de ese puerto que constituye la aspiración más grande de la región asturiana. Y el Sr. Beránger fué á Huelva á inaugurar las fiestas del Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, y á recibir, en nombre de la Reina y del Gobierno, las calurosas felicitaciones que Europa y América envían á nuestra patria porque tuvo la dicha de poner á disposición del inmortal genovés barcos y hombres con qué realizar el sueño más fecundo que agitó el entendimiento humano.

El señor Ministro de Fomento colocando la primera piedra del puerto de Musel, entre las bendiciones de un pueblo como el de Gijón, que aclamaba delirante á sus Reyes; y el señor Ministro de Marina viendo flotar en Huelva, y luego en Palos, las banderas de casi todas las naciones del viejo y del nuevo Continente, entre los *hurras* de una muchedumbre alborozada que rendía singular prueba de respeto á nuestros Soberanos, uno y otro Ministro merecen las alabanzas que la opinión les prodiga: que cuando en asuntos de tal linaje se emplean los hombres públicos, justo es que se les considere

y no se les confunda con los que disfrazan un acto privado con los oropeles del corte oficial.

***

Las fiestas del trabajo en Gijón, han servido para levantar el espíritu público de una comarca tan digna de la protección de todos los gobiernos; pero las fiestas del Centenario, han tenido una resonancia inmensa en todo el mundo. Millares de extranjeros han visitado á la vieja ciudad que parecía remozarse para recibir dignamente á sus huéspedes. De allí han salido los primeros saludos que España envió, en el día memorable del 3 de Agosto, á todas las naciones de Europa y América que festejan la obra inmortal del insigne navegante; allí se han recibido las primeras manifestaciones de respeto y cariño que todos los pueblos consagraban á la nación española. Los almirantes de Italia y de la República Argentina, han llevado la voz de la gratitud en el hermoso concierto de tantas voluntades unidas por un ideal común. Y el ilustre marino español Sr. Beránger, ha sabido responder con elocuentísimas frases á aquellas demostraciones de ardiente simpatía, que traían al corazón el recuerdo de tantas hazañas, de tantos heroísmos, de tantos días de gloria como supieron escribir nuestros antepasados en los anales de España.

Bizarro anuncio de las fiestas, que el Gobierno, las corporaciones populares, las ciudades en que vivió Colón preparan, fueron sin duda las de Huelva. Su carácter fraternal é histórico de una parte, y su tinte popular de otra, hácennos creer que Madrid, Salamanca, Granada, Barcelona y otras poblaciones que toman una acción activa en el Centenario, honrarán dignamente la memoria del hombre que después de Cristo más beneficios ha dispensado á la humanidad.

***

España y Colón son dos nombres que deben ir perpetuamente unidos á los de la gran reina Isabel la Católica y el noble monarca Fernando V. Terminada la obra de la reconquista, lanzados los árabes de nuestro territorio tras titánicas luchas, enfrenados los díscolos y atentos al clarín guerrero los que habían nacido para combatir por la patria y por la religión, presentóse un hombre obscuro, primero á nuestros magnates, que no le oyeron, después á las comunidades, que ya le escucharon, y por fin á los reyes de Aragón y Castilla, que ya supieron alentarle en su atrevidísima empresa. Aquel hombre era Colón: en su frente reverberaba la luz del genio, y en su corazón se escondía la fe más pura.

No dejó de pasar por el calvario inacabable que tienen que recorrer todos los espíritus superiores. Habló, rogó, lloró, quiso infundir á todos la esperanza que en su seno abrigaba, y unos le despreciaron, y otros le llamaron loco, y otros insultáronle despiadadamente. Su tenacidad era, sin embargo, tan grande como su confianza. La corte dividióse; el rey, poco partidario de las empresas marítimas, apenas se dignaba escucharle; la reina, ganosa de más timbres, y simpática á las más atrevidas aventuras, vendió sus joyas y preparó tres carabelas, que como tributo debido, tenían que armar los marineros de Palos.

Llegó el 3 de Agosto de 1492, y los heróicos Pinzones, dichosamente rehabilitados ya ante la Historia, tomaron con Colón el gobierno de las naos. Momento sublime aquel en que salieron del puerto de Palos, con rumbo á Occidente, dejando á su espalda la costa cubierta de corazones que palpitaban anhelantes y de almas que desfallecían ante el infinito tenebroso que no alcanzaban á ver ojos humanos.

La salida de las tres carabelas, como ha dicho con frase elocuente un articulista de *La Epoca*, cuyo estilo denuncia su nombre, anunciaba el nacimiento de un mundo. La virgen América, pudorosamente oculta allá en las soledades del Océano, iba á ser despojada del velo que la ocultaba á los ojos de Europa. Sin duda que el mar, guardador celoso de

aquella hermosura, se extremeció al sentir sobre sus olas el leve peso de las pobres naves.

«Apuntaba el día 3 de Agosto de 1492. La muchedumbre se agolpa en la arena; oyéronse sollozos y voces de despedida; los ministros de Dios extendían sus brazos bendiciendo á aquel puñado de héroes que quizá dejaba para siempre las dulzuras de la patria, y atrevidas, gallardas, las tres naos españolas alejáronse en pos de lo desconocido. ¿Qué buscaban? Una quimera; tierras que no existían: pero Dios había de premiar la constancia de aquel varón insigne y el valor de sus denodados compañeros, teniendo delante de su ruta todo un Continente desconocido. Sagrado depósito flotaba á merced de las aguas sobre aquellos frágiles maderos. Iban allí las virtudes de nuestra raza, los timbres de nuestra historia, la fe de nuestros mayores, el idioma rico y sonoro de Castilla, las semillas todas de la civilización europea que España había de sembrar en las ignoradas regiones de América. Jamás el genio del hombre alcanzó, ni antes ni después, triunfo mayor sobre los obstáculos con que la naturaleza defiende sus secretos. Tempestades espantosas; corrientes desconocidas que parecían arrastrar fatalmente á abismos tenebrosos las frágiles carabelas; mares sin orillas, ensanchándose sin límites delante de las proas; cansancio, fatiga, desesperación... Cualquiera de estas cosas hubiera puesto espanto y hecho fracasar cien veces la empresa, á ser menos esforzados los tripulantes y menos entero y varonil el corazón de su caudillo...

Pasaban días; disipábanse ó volvían á estallar las tormentas; calmábase ó irritábase la impaciencia de los marinos, y las tres naves seguían siempre con las velas tendidas, caminando impávidas hacia Occidente.

Nada tan conmovedor como la angustia de Colón en los últimos días de la travesía. Llegó un momento en que era imposible seguir: habíase agotado la constancia de los marineros: aquel mar no se acababa nunca; la tierra prometida huía, se ocultaba tras el lejano horizonte. Avanzar era teme-

rario, más que temerario absurdo; y entonces aquel puñado de hombres perdidos en la inmensidad del Océano, pensó sin duda en las dulzuras del hogar, en las costas andaluzas, en todo lo que se encierra en la voz patria, y decidió volver las proas á España, más querida y deseada cuanto más distante.

Iba á flaquear la sublime tenacidad del almirante: había repartido ya entre la tripulación sus galas, sus joyas, sus armas y sus trajes para contentar y entretener á la marinería. Su vista no se apartaba del límite insondable en que la tierra se unía con el mar. El horizonte continuaba mudo.—¡A España, volvamos á España!—gritaban, amenazadores ó suplicantes, los navegantes.—Concededme un día—díjoles Colón; —y si, transcurridas veinticuatro horas, no vemos la tierra deseada, ¡por Dios vivo os juro que abandonaré para siempre el sueño de toda mi vida! No permitió la Providencia que quedasen sin premio tantos sublimes sacrificios. Antes del plazo convenido, la voz de un grumete gritó «¡tierra!», y bien pronto apareció ante los ojos asombrados de los navegantes la isla de Guananuí, á quien bautizaron con el nombre de San Salvador. Vertiéronse entonces lágrimas de entusiasmo, como jamás ojos humanos habían vertido, y de todos los pechos brotó el himno *Te Deum laudamus*, cuyos graves acentos, al llegar á las costas de la isla americana, debieron hacer pensar á sus sencillos habitantes que había terminado para siempre el imperio de sus dioses.

Injusta fué España con el descubridor del Nuevo Mundo. Puso en un platillo sus errores políticos, y no llevó al otro sus grandezas inmortales. Juzgó al hombre, con sus miserias y sus pasiones, y no admiró al genio con sus altísimos pensamientos y sus intuiciones maravillosas. Y es que, como ha dicho Castelar, los espíritus más difíciles de comprender serán siempre los espíritus complejos. Aquéllos, que tocan por un lado á las cumbres de lo ideal y por otro lado á lo más bajo de la realidad resultarán un enigma para la observación histórica y obtendrán los juicios más opuestos por la oposi-

ción misma de sus complexiones dobles y de sus actos contradictorios. Colón, profeta y mercader, vidente y calculador, cruzado y matemático; especie de Isaías en sus adivinaciones y de banquero en sus cálculos; con el pensamiento á un tiempo en la religión y en su negocio; sublime oráculo, de cuyos labios brotan profecías á borbotones y pésimo administrador que arbitra irregulares medidas; proponiendo la reconquista del Santo Sepulcro por un esfuerzo de su voluntad piadosa y el encuentro de las minas de Golconda, por un camino más corto que los usados entonces á la India; siempre suspenso entre las idealidades y las contarriñas; capaz de crear un mundo con la fuerza de su visión intelectual para luego destruirlo con los expedientes de sus imprevisiones y de su desgobierno; con ojos de telescopio que le permiten hasta llegar á lo infinitamente grande y con ojos de microscopio para conocer y analizar lo infinitamente pequeño; matemático y revelador, teólogo y naturalista, místico y astrónomo, se aparece tan múltiple y vario que apenas cabe dentro de nuestras lógicas encadenadas series y en nuestros bien regulados y proporcionadísimos sistemas.

Tenía que deslumbrar, como el propio Castelar dice, al asceta con sus visiones, al creyente con sus profecías, al poderoso con sus conquistas; al muy lastimado por las angustias del mal con la perspectiva de hallar el nuevo Paraíso sin mancha y la vida nueva sin pecado; al entristecido con la caída de Constantinopla con la esperanza de recuperar Jerusalén; al egoísta y epicúreo con sensuales goces nunca sabidos antes; á los interesados, que por doquier abundan, con el oro macizo de la soñada Mongolia y con los rubíes á cahices del Preste Juan de las Indias. Tiene que dilatar los mares; que rehacer la Naturaleza; que completar el planeta; que sembrar de creaciones nuevas el espacio; que traer á la superficie de mares inexplorados numerosas islas y continentes nunca vistos; que aumentar con luminosas constelaciones desconocidas el cielo; que mostrar prácticamente la figura de nuestro globo é impelerlo como un astro más en el éther; que

alterar la propiedad, casi feudal todavía, completamente destruída por el nuevo espíritu de aventura y trabajo; que bautizar innumerables razas; que interrumpir los sacrificios del fetichismo para levantar el Dios Espíritu; que hacer una obra casi litúrgica, una obra semejante á la de Buda, á la Zoroastro y á la de Mahoma; cuando las Cruzadas religiosas se habían convertido en cruzadas mercantiles, cuando la fe tradicional había encontrado á Lutero, cuando la Sede Pontificia se trocaba en reino político embargado con la colocación hasta de sus expósitos, cuando Maquiavelo escribía sus fórmulas infernales, cuando César Borgia invocaba al diablo en sus brillantes combates y lo tenía en su persona tan hermosa como el ángel caído, cuando Fernando V y Luis XI sustituían al ideal católico la imperiosísima razón de Estado, cuando habían ya nacido los que se burlaban de todos los viajes heróicos parangonándolos con los viajes de Astolfo á la Luna, cuando los caballeros con cruz al peto y cimera sobre la frente caían yertos á las carcajadas del escepticismo y al Renacimiento de la Naturaleza y de la Razón».

Ese fué Colón, como Castelar con su espléndida poesía lo pinta. Pero por eso Colón sufrió tanto, porque su compleja naturaleza no fué adivinada ni comprendida. Hoy pagan España y América la deuda que entonces contrajeron. Quien, dueño de un mundo, apenas halló diez palmos de tierra donde dejar en reposo sus huesos, tiene hoy monumentos magníficos. Quien fué vilipendiado y escarnecido, tiene hoy altares en el corazón de todas las razas que pueblan el viejo y el nuevo Continente.

Tardío ha sido el premio, pero al fin digno del glorioso navegante.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

15 Agosto 1892.

El hecho culminante de la pasada quincena en Francia, ha sido la elección general de consejeros de departamento, algo semejantes á nuestros diputados provinciales. El carácter distintivo de estas elecciones respecto de todas las anteriores, lo que las da desusada importancia no sólo política sino histórica, es haber sido exclusivamente republicanas. Por vez primera, en efecto, desde el planteamiento del vigente régimen no se ha empeñado la lucha en el terreno de la forma de Gobierno. En todas las contiendas de este género verificadas en el trascurso de veintidós años, legislativas, departamentales, de distrito y municipales, dividíanse candidatos y electores en dos grandes grupos perfectamente separados, republicanos y monárquicos. Los diversos matices de estos partidos borrábanse en la contienda. Imperialista ó realista todo candidato conservador era siempre adversario de la república.

En 1889 se modificaron algo dichas fórmulas, se hablaba más de revisión constitucional que de concentrar las fuerzas, pero nadie se engañaba acerca del verdadero alcance de estas palabras, todo el mundo sabía los propósitos del sindicato Boulanger. El bonapartismo era un simple auxiliar de los monárquicos contra el gobierno republicano.

No ha sucedido lo mismo en las recientes elecciones de que hablamos. El número de candidatos puesto frente á frente de la república ha sido muy corto. Los electores más que elegir entre programas de partido han tenido casi siempre que elegir entre personas, porque los primeros han sido muy raros. El dualismo *república* ó *monarquía* hasta aquí amenazador, ha desaparecido ostensiblemente al menos. Decimos ostensiblemente, porque ¿quién puede asegurar que las circunstancias no han de resucitarle nuevamente? De todos modos es un buen signo para la tranquilidad interior de Francia, siquiera no de importancia tan capital como algunos republicanos suponen.

Señala por el pronto el término de la oposición anticonstitucional que es siempre un bien para la marcha normal de todo régimen, cierra durante algún tiempo el ciclo de ardientes luchas en que hasta ahora ha consumido tanto tiempo, tantas fuerzas y tantos hombres eminentes la vecina república.

Si la democracia francesa debe regocijarse de este hecho que establece normalidad envidiable, siquiera transitoria en cuanto á los deseos del país, no deben olvidar sus partidarios, sin embargo, que se abre para ellos una era de dificultades de otro género. La cuestión constitucional, viciaba en otro tiempo las consultas electorales y con las consultas electorales, los debates parlamentarios. Francia se preocupaba ante todo de votar en pro ó en contra de la república. Las minorías parlamentarias aceptaban ó rechazaban ciertos proyectos de ley no por considerarlos malos ó buenos, sino por embarazar con obstáculos el camino de sus enemigos.

Despejado el terreno monárquico todo entra ahora, según el optimismo de los republicanos templados en la *verdad parlamentaria*. La opinión de aquí en adelante, se pronunciará entre nuestros vecinos como en Inglaterra y Bélgica, no acerca de las formas de Gobierno, sino acerca de los métodos políticos. Habrá todavía una oposición, puesto que la oposi-

ción es necesaria al juego regular de las instituciones libres, pero oposición leal, no sistemática. Derecha é izquierda más que de desacreditar el régimen establecido, se esforzarán muy al contrario en mejorarle, inteligencia llamada á producir incalculables ventajas á la república, confundiéndose de un modo definitivo y absoluto los partidos en el seno de la patria misma.

Así piensan los amigos del Gobierno, los optimistas, los interesados en el mantenimiento del régimen democrático cuya consolidación desean. Sin duda el triunfo de las ideas republicanas en las elecciones departamentales y de distrito ha sido indudable y se presta á graves consideraciones sobre el porvenir reservado en Francia á la monarquía. Es más; la victoria del momento puede trasformarse en definitiva con algunas condiciones; primera, que las próximas elecciones parlamentarias sean igualmente favorables al gobierno; segunda, que los monárquicos en bien del país defieran á los consejos del Sumo Pontífice, empeñado en la dificilísima tarea de ganar á la Iglesia el espíritu de la democracia francesa, tan opuesta al catolicismo y á la Santa Sede; tercera y última, que la república continúe siendo gubernamental en el interior, para no caer en manos de los radicales, y pacífica en el exterior, para librarse si es vencida en manos de la monarquía, ó si es vencedora en manos de un general victorioso.

Por el presente lo que principalmente preocupa á nuestros vecinos y con nuestros vecinos á nosotros, es la aparición en varios puntos de su territorio del terrible huésped, que tantas víctimas causa en Rusia, el cólera asiático, contra el cual todas las precauciones deben estimarse pocas.

El gobierno francés pretende negar su existencia en algunos departamentos, ya que en París y en sus alrededores sería imposible. Todas las negativas oficiales no pueden, sin embargo, pesar en la opinión pública lo que pesan los hechos, y los hechos por desgracia prueban lo contrario de lo que las autoridades francesas dicen. España no ha permane-

cido indiferente al peligro que corre la salud pública, por cuyo motivo pensó tomar severas medidas sanitarias con los viajeros y las procedencias francesas. ¿Qué razón ha tenido para concretar esas medidas á límites muy discutidos por la prensa española? Se afirma, y desearíamos fuera inexacto, que se ha detenido nuestro gobierno ante la falsa denuncia hecha por el consejo de Sanidad en París de existir el cólera en Valencia, pretexto en que se apoya el Gobierno francés para impedir en su territorio la exportación de frutas y legumbres procedentes de la mencionada región, única que todavía está en condiciones de recabar algunas ventajas de nuestras deplorables relaciones mercantiles con nuestros vecinos que de manera tan insidiosa, poco recomendable por su mala fe, han tratado de oponerse á nuestras medidas sanitarias, poniéndonos en el angustioso dilema de abrir las puertas de España al contagio ó de hacer sufrir á nuestro comercio las consecuencias de una desastrosa paralización mercantil.

***

El nuevo Parlamento británico se ha inaugurado como de costumbre con el mensaje de la Corona. Dicho mensaje se limita á exponer de una manera pálida, sin verdaderas soluciones para los problemas pendientes, el estado actual de los negocios interiores y exteriores del imperio. El vivo interés producido por la lucha electoral en la opinión pública ha cedido naturalmente ante el no menos vivo de los debates parlamentarios. El primer acto de los diputados fué la elección de *Speaker* ó presidente, recaída por unanimidad sobre M. Peel, que ocupa tan alto puesto desde 1884 por honrosas y frecuentes reelecciones debidas á la honorabilidad de su carácter, igualmente apreciado de conservadores y liberales.

El citado documento ha sido objeto de animada discusión entre el Gobierno de una parte y las oposiciones que hoy son

mayoría de otra. Nada tan correcto, tan irreprochable, tan sustancioso como estos debates de las cámaras inglesas. Los gladstonianos han roto el fuego contra el Gabinete, manifestando que el país ha hablado y que los conservadores no cuentan con su confianza, cualidad indispensable de gobierno en el sistema representativo. Los nacionalistas irlandeses están de acuerdo con los liberales en cuanto á las censuras que les merece la conducta de los conservadores en Irlanda y la necesidad de hacer asunto preferente de las tareas parlamentarias las reformas en aquella isla que piden sean completas en lo político y administrativo, si bien en perfecta inteligencia con Gladstone bajo formal promesa de que éste no ha de abandonarlas, aun en el caso de ser rechazadas por los Lores. Los antipanellistas prometen ayudar eficazmente á dicho trabajo, pero exigen para ello que la autonomía de su país sea verdadera autonomía, con cámaras independientes, de suerte que el parlamento de Dublín quede en absoluto independiente del de Londres.

Conservadores elocuentes en la Cámara de los Comunes, el mismo jefe del Gobierno Salisbury en la de los Pares han combatido con mayor habilidad que fortuna los argumentos aducidos contra ellos, tratando de demostrar que la pretendida mayoría de la oposición no resulta mayoría desde el momento en que el Gobierno ha obtenido indisputable victoria sobre todos sus adversarios en Inglaterra y en Escocia y que la superioridad aparente de los últimos ha sido debida de un modo exclusivo á los electores irlandeses, enemigos irreconciliables del Gobierno británico, del cual quieren separarse, razón de gran peso para no considerarse derrotados ante la opinión, ni obligados en consecuencia á aconsejar á la Reina un cambio de ministerio.

Tales fueron los preliminares de la gran batalla en que acaso se libre la suerte de las instituciones representativas en la Gran Bretaña. El combate formal empeñado en toda la línea no ha comenzado en realidad hasta el momento en que el ilustre jefe de la oposición ha terciado en el debate con su

autoridad y su palabra. «Vuestras leyes coercitivas en Irlanda—ha dicho á los unionistas—son no tan sólo por su carácter permanente una violación vergonzosa de los derechos de los irlandeses, sino también una perpetua instigación á violar todas las leyes.» Dirigiéndose después á los nacionalistas les aseguró de la lealtad de sus promesas con estas palabras: «La cuestión irlandesa está en la actualidad para mí por encima de todas las demás cuestiones» y ha agregado estas significativas frases acogidas con grandes aplausos por nacionalistas y gladstonianos: «Seríame imposible en el caso de ser adoptado el *home rule* por esta Cámara y rechazado por la de los Lores, considerar dicha negativa como término obligado al abandono de los deberes del partido liberal.»

Gladstone ha satisfecho de ese modo los deseos de sus amigos de Irlanda, sin lastimar las aspiraciones de sus amigos de la Gran Bretaña, á cuyas justas exigencias queda abierto el camino de todas las reivindicaciones consideradas necesarias para el mejor gobierno de la misma, que una vez aprobadas aquellas reformas podrán discutirse en el venidero año de 1893. Los únicos no satisfechos por las palabras del anciano hombre de Estado han sido los nueve parnellistas que se sientan en la Cámara, según afirma el *Standard*. ¿Qué importancia puede dar, con todo, la opinión á la recelòsa actitud del joven diputado por Waterford, cuando es sabido que la única razón de su existencia parlamentaría consiste en no confundirse con los setenta nacionalistas dirigidos por su rival Justin Mac Carthi, ni menos con los liberales ingleses? Podía temerse que permaneciera neutral en la contienda entre conservadores y gladstonianos y diera fuerza á Salisbury con su silencio; mas el temor ha desaparecido ante la sinceridad con que la fracción parnellista ha votado la enmienda del mensaje contra el gobierno, aun después de asegurar el *leader* liberal que la supremacía de la Gran Bretaña no sufriría quebranto alguno por la autonomía irlandesa.

Las consecuencias no se han hecho esperar. A pesar de la

arrogancia de los unionistas, á pesar del brío, de la elocuencia, de los sofismas con que han defendido la causa del gobierno ante el país, el Parlamento y la Corona, la reina Victoria, á quien la opinión pública no toleraría los gobiernos á plazo fijo, ha admitido la dimisión presentada por el gobierno y nombrado para reemplazarle á Gladstone, que ya habrá jurado á estas horas. Los votos de censura no se prodigan en el Parlamento inglés; pero surten siempre efecto. Las Cámaras quedarán cerradas hasta principios del año entrante, en que se abrirán de nuevo para discutir la indicada reforma.

***

El estado de crisis porque acaba de pasar el gobierno británico explica la actitud, digámoslo así, espectante observada en los asuntos de Marruecos, donde la guerra civil ruje desencadenada después del ruidoso fracaso de Sir Charles Evan Smith. El mencionado diplomático ha defendido su propia causa en las columnas del *Times* sin haber perdido la esperanza de volver otra vez á la corte de Muley Hassen para reanudar las suspendidas negociaciones del tratado, demoradas tan sólo, no abandonadas por el *Foreing Office*, tenaz en sus proyectos siempre que se trata del engrandecimiento político ó mercantil del imperio británico. Persona grata Sir Charles Smith á la reina Victoria por la amenidad de su conversación, que la graciosa soberana ha tenido frecuentes ocasiones de escuchar en Osborne, bien quisto además de conservadores y liberales, no habría motivo de extrañar que á pesar del reciente fracaso sufrido en Fez por el aludido diplomático, volviera otra vez á la corte del Sultán, frente al cual, ha demostrado incorruptibilidad y firmeza poco comunes. Su estrella, si vale la comparación, ha sufrido momentáneo eclipse, pero no se ha extinguido todavía.

La que sí parece nublarse un tanto es la del emperador

de Marruecos, tan afortunado hasta ahora en la represión de las insurrecciones de sus súbditos y en la política de moraterías con que se ha ido defendiendo de las intrusiones de los países europeos. La crisis marroquí se agrava de día en dia. La descomposición del imperio es ya visible á los espíritus más optimistas ó menos perspicaces. No es Marruecos una nación al estilo de las europeas, ni siquiera á la manera de otros pueblos musulmanes como Turquía ó Persia, por ejemplo. Es un abigarrado conjunto de regiones y de tribus sin más lazo de solidaridad que las creencias religiosas, harto débiles entre los mahometanos para contener la indisciplina de los súbditos, opuestos en raza y costumbres, ni otro lazo común bajo el aspecto político que el yugo despótico de un sistema que á todos explota y oprime. El emperador no recuerda á los famosos califas de Córdoba dotados de arte para gobernar durante tres siglos á los musulmanes españoles hasta que los africanos se hicieron omnipotentes ora con los reinos de taifas, ora con revoluciones religiosas surgidas en el vecino continente y siempre precursoras de las políticas en los pueblos mahometanos; recuerda más bien los reyes de la Edad Media, únicamente obedecidos allí donde pagaban con su persona y se imponían por la crueldad y el terror de los castigos.

Sólo puede explicarse de ese modo la duración de la rebeldía de las kábilas avecindadas entre Tánger, Tetuán y Ceuta, mandadas por el belicoso H'man, en su doble cualidad de profeta y de soldado. Dos odios hierven en el alma ardiente de este hombre, el odio á los cristianos, especialmente á España, y el odio al gobierno del Sultán, cuyos efectos ha estado á punto de sentir más de una vez, escapando de ellos por milagro. ¿Qué se propone con su actitud? ¿Defenderse con los suyos de las tropelías de los gobernadores de Tánger, insaciables de codicia y de sangre? ¿Ponerse en condiciones ventajosas de obtener, como ha dicho el ingenioso corresponsal de un periódico de Madrid, el perdón de *sus culpas y pecados?* ¿Declarar la guerra santa á los cristianos,

apoderarse de Tánger y convertir la ciudad *santa* en centro de operaciones, contra el gobierno de una parte, contra los extranjeros de otra? ¿Sublevar el Norte de Marruecos y atacar las plazas españolas allí situadas? ¿Tiene algún plan personal ó es más ó menos consciente instrumento de los proyectos de otros pueblos?

Estas preguntas lógicas y sensatas se hacen las personas que no sin emoción siguen las peripecias de la lucha entre el Sultán y los rebeldes. Hasta ahora la insurrección se halla encerrada en el triángulo formado por Tánger, Tetuán y Ceuta. Una completa victoria de las tropas del Sultán puede detener el movimiento de la insurrección; su derrota sería la señal de graves complicaciones interiores y exteriores. Todo el Norte del imperio, desde Anghera hasta Melilla, se levantaría como un solo hombre contra el tiránico y desprestigiado gobierno del Sultán; Tánger caería, aunque fuera por veinticuatro horas, en manos de los rebeldes, que renovarían á treinta y dos años de distancia los degüellos de los curdos en Damasco, los más recientes de los turcos en Bulgaria, y obligarían á intervenir á las potencias europeas, temerosas de tomar tan peligrosa iniciativa en los asuntos del Mogreb, campo abierto por ahora de las intrigas europeas, convertido á no dudarlo por este hecho en sangriento campo de batalla.

En vano invocaríamos en dicho caso la fe de los tratados, la conveniencia del *statu quo*, la garantía de las doce potencias civilizadas adheridas solemnemente á las célebres conferencias de Madrid de 1881, acuerdo que garantiza al Sultán la indiscutible soberanía del imperio. Los tratados se respetan cuando hay voluntad de respetarlos y fuerza para hacerlos respetar.

El ilustre presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, pensó asegurar entonces la tranquilidad del imperio comprometiendo para mantener su integridad presente y futura el mayor número posible de potencias; pero si reconocemos la buena fe con que procedió al obrar así, no

podemos menos de lamentar tan grave error. Antes de las citadas Conferencias, las naciones interesadas en los asuntos de Marruecos eran las mismas de ahora: Francia, Inglaterra y España. La firma de las restantes signatarias tiene solo un valor moral, ó á lo sumo importancia secundaria. Aspiran á convenios mercantiles, á garantir la seguridad de sus nacionales en el imperio, á la facultad más ó menos lata de adquirir propiedades y establecer industrias en su territorio, provechos asequibles tanto bajo el régimen presente como bajo el protectorado de cualquiera de las grandes potencias que allí pudiera establecerse.

Buena prueba de esta verdad es que Inglaterra no ha vacilado en recabar para sí ventajas superiores á las que disfruta con arreglo á sus pactos particulares con Marruecos y á las otorgadas en las Conferencias de Madrid, bajo el pretexto especioso de que al negociar un nuevo tratado lo hacía con decidido propósito de extender sus beneficios á todas las demás naciones, superchería de que Francia no se ha dejado engañar. Tal es la razón de haber opuesto su influjo á la misión de Evan Smith, mientras cultiva sus excelentes relaciones con el Sherif de Wazán y se dispone á operar en el Figuig con las tropas argelinas, en Tánger, si es preciso, con las escuadras, para evitar cometer segunda vez las faltas de su política en Egipto.

La prensa española ha dado también la voz de alerta al Gobierno. ¿Será su voz, como dice el Evangelio, *voz del que clama en el desierto?* Desde luego es merecedora de aplauso la actividad con que el ministro de la Guerra celosamente secundado por el gobernador militar de Ceuta, apresura la fortificación y defensa de esta plaza. ¿Pero sucede lo mismo en Melilla, Alhucemas, el Peñón y las Chafarinas, blanco constante, en especial la primera, de los atentados de los rifeños? ¿Cuánto tiempo trascurrirá, además, antes de que Ceuta se halle completamente á cubierto de todo ataque exterior, *venga este ataque de donde quiera?* Acaso dos ó tres años, vista la exigüidad de las cantidades consignadas para la defensa,

tiempo más que suficiente, según marchan los sucesos, para que el Imperio se derrumbe, Inglaterra tome posesión de Rabat y Tánger, y Francia avance sus fronteras argelinas al interior de Marruecos bloqueando de esta suerte nuestras plazas fuertes, sin poder aspirar á la necesaria expansión de las mismas, principal objetivo que junto con la trasformación de aquellas posesiones españolas de correccionales y puestos militares en colonias agrícolas, depósitos comerciales y puertos francos deben nuestros gobiernos proponerse. Porque no debemos olvidarlo: respetar nosotros las Conferencias de Madrid, cuando todas las potencias infringen sus acuerdos, ó consienten por egoísmo ó impotencia que Francia é Inglaterra las infrinjan, sería una torpeza indisculpable; pondría muy altas la honradez y probidad de nuestros hombres de Estado, mas con mengua de su perspicacia y de los intereses nacionales, cuya salvaguardia les está fiada. España no puede ser obligada á defender al gobierno marroquí más allá de ciertos límites, no puede ni debe tampoco hacerse cómplice de un régimen contrario á la civilización, á la humanidad y al derecho, un régimen que nos aborrece y desestima, cruel con los suyos, falaz con los europeos, desprovisto de administración, de moralidad, de ejército, en que todo se huella con la violencia y se adquiere con el oro, arrancado á las entrañas de los súbditos por la avidez de gobernantes venales, compradores de sus cargos al Sultán para robar á mansalva y ser luego despojados por su señor sin escrúpulo.

España es un país honrado y no debe ser la primera en tomar iniciativas arriesgadas, que lastimarían su fama de nación hidalga, sin reportarla utilidad ninguna; pero se halla igualmente tan interesada como la que más en el mantenimiento del buen orden en Marruecos, tiene allí seculares intereses, que puede todavía extender con maña; cruzarse de brazos en presencia de los sucesos sería según esto, renegar de su pasado y abdicar en otras manos su porvenir. Acudir á nuevas Conferencias diplomáticas á fin de mantener el ya insostenible *statu quo*, equivaldría á querer subsanar un

error con otro más grave. Ahora bien; creemos demasiado sagaz al Sr. Cánovas del Castillo para incurrir dos veces seguidas en la misma falta.

El hombre enfermo de Occidente, como llama al imperio marroquí una notable revista inglesa, acaba de abrir su triste sucesión de un modo sangriento. Respetemos su agonía, mientras los demás la respeten, seamos leales á los tratados, mientras los demás lo sean, pero no sacrifiquemos á ridículos quijotismos, ó lo que es peor, á una inacción deplorable motivada en nuestra debilidad los intereses nacionales en Africa. Ya que no somos por desdicha los más fuertes, seamos amigos cuando menos de los más fuertes. Vale más algo que nada, y el *algo* de hoy puede convertirse, andando los tiempos, en el *todo* de mañana. Sin fe en el porvenir no es posible á los individuos ni á los pueblos obrar en el presente con firmeza.

***

Otro suceso al principio de alguna importancia, reducido luego á exíguas proporciones, ha sido la visita del emperador Guillermo III á su abuela la reina Victoria. Ha revestido puro carácter de cortesía y no podía ser de otro modo. ¿Cómo discutir asuntos de trascendencia política con un ministerio dimisionario? Está de Dios, sin embargo, que Inglaterra ha de dar de cuando en cuando algún disgusto al emperador de Alemania. Si bien el de este año no afecta á los intereses del imperio, no ha dejado por eso de afectar al Monarca en su amor propio. Sabido es que entre las muchas pretensiones del joven Emperador se cuenta la de creerse buen marino, pretensión que sería disculpable en su hermano el príncipe Enrique. No contento con lucir en una semana todos los uniformes imaginables de los dos países, ha querido, celoso de las condiciones marineras de su *yate,* disputar el primer premio en las regatas oficiales. El éxito no corres-

pondió á tan lisonjeras esperanzas. A pesar de los esfuerzos de su gente, su buque quedó vencido. La decepción motivada en causa tan pequeña ha sido profunda. El almirantazgo le ha concedido, sin embargo, un premio de 50 libras, y el Emperador no ha tenido más remedio que consolarse.

Concluímos esta *Crónica* sin poder hablar de la revolución de Venezuela, de los varios Congresos celebrados en diversas parte de Europa, ni de la elección ya prevista del Dr. Sáenz Peña para la presidencia de la República Argentina. No es fácil siempre, aun en materia de crónicas, cumplir todo lo que se promete.

ANGEL STOR.

BIBLIOGRAFÍA[1]

El concepto del Derecho según los escritores españoles de los siglos XVI *y* XVII, discurso leído en la Universidad Central en la apertura del curso académico de 1891-92 por el doctor D. Salvador Torres Aguilar, catedrático de Derecho Procesal.—Madrid, 1891.—Un folleto.

Los discursos de nuestras Academias y Universidades, redactados casi siempre por sus más ilustrados miembros, tienen un sesgo personal que da realce al estudio de las materias que en ellos se tratan, y son por regla general un archivo de copiosas observaciones, enriquecidos con notas histórico-críticas que aumentan notoriamente su valor y hacen que su lectura tenga poderoso atractivo para los que siguen con interés el movimiento científico de esos grandes centros.

Y si esto decimos en tesis general, porque nuestra experiencia y continuo roce con este género de obras, nos lo viene demostrando, con cuánta más razón podemos repetirlo ahora que tenemos á la vista el discurso leído por el Sr. Torres Aguilar, en la solemnidad académica de la apertura del curso, y que aparte la doctrina que encierra y la forma de su redacción, se halla adornado con copioso lujo de datos históricos que dan la mejor prueba de la erudición de su autor, y constituyen por sí solo el testimonio más elocuente acerca de sus facultades y conocimientos históricos.

Antes de entrar de lleno el Sr. Torres Aguilar en el des-

(1) De toda obra que se nos remitan dos ejemplares haremos un juicio crítico en esta *Sección* de la REVISTA.

arrollo de la materia objeto de su discurso, consagra un recuerdo á la memoria de los profesores fallecidos durante el anterior curso, deteniéndose en la biografía del sabio catedrático D. Vicente de la Fuente, que traza de una manera magistral, ocupándose en primer término de las prendas que le enaltecían como hombre; de sus condiciones como escritor y enumerando, por último, todas las obras que produjo el fecundo ingenio de aquel infatigable y celoso profesor.

Acto continuo trata del concepto del Derecho según los escritores de los siglos XVI y XVII, época que llama el autor, refiriéndose principalmente á su primera parte, siglo de oro de nuestro Derecho, pues en ella prestábanse mutuo auxilio jurisconsultos y teólogos, escribiendo los primeros, notables obras de Derecho positivo y asimilándose á veces las saludables doctrinas sustentadas por los teólogos, y razonando éstos con su fino discernimiento y portentosa erudición acerca de los principios generales del Derecho, con aplicación práctica de sus doctrinas, eliminando siempre todo aquello que consideraban en su elevado criterio, contrario á sus creencias.

No considera á los jurisconsultos de aquel tiempo como escritores de filosofía del Derecho; sus estudios, según nos dice el docto catedrático, se refieren á comentar el Derecho romano, el canónico ó el civil patrio; no obstante esto, hállanse en algunos de sus libros axiomas ó supuestos aplicables á las cuestiones prácticas que resuelven, no siendo difícil tampoco encontrar autores que en sus tratados dedican capítulos enteros á exponer los principios del Derecho, y cita entre otros al ilustre Vázquez Menchaca, que empezó á escribir una obra titulada *De vero jure et naturali*, y al célebre jurisconsulto Cristóbal de Anguiano, que ejerciendo el oficio de alcalde de hijosdalgo de Granada, publicó en 1620 un tratado *De legibus et constitutionibus principium*, única obra de Derecho natural que á juicio del Sr. Torres Aguilar, quien confiesa no haber visto otra, se escribió por los jurisconsultos del período que examina.

Fiel á la norma que se traza el ilustrado Catedrático de la Central en los comienzos de su trabajo, analiza minuciosa y detalladamente las dos tendencias que distinguen los conceptos filosóficos de los jurisconsultos de los siglos XVI y XVII. Unos aceptan, dice, las doctrinas del Derecho romano y de sus comentadores; otros, como Anguiano, se levantan por medio de los estudios teológicos, al conocimiento del Derecho natural en sus eternos principios, sin dejar de seguir más ó menos las doctrinas de los romanistas, en gran manera conformes y en parte contrarias á las razones verdaderas de la justicia y del derecho; y á continuación ocúpase de las ideas expuestas y sostenidas por Vázquez Menchaca, Luis Molina, García de Saavedra, González de Salcedo, Antonio Gómez, Matienzo, Diego Espino de Cáceres, Solm de Paz, Mendoza, Gregorio López y Solís.

Llama la atención el Docto profesor sobre el hecho de que los jurisconsultos aragoneses de aquel período á pesar de su gran autoridad, apenas dan una idea de los principios del Derecho. Como no sucede lo mismo con los valencianos, cítanos el Sr. Torres Aguilar, á Pedro Agustín Morla, quien á los treinta años publicó su *Emporium utriusque juris*, destinado á presentar las cuestiones del Derecho romano, del canónico y del penal, tanto del propio de estas legislaciones, como el vigente á la sazón en Castilla y en Valencia.

De los jurisconsultos catalanes se ocupa entre otros de Jaime Cancer, á quien considera como uno de los mejores ingenios de su época, pero que apenas trató estas cuestiones; de Juan Pedro Fontanella, primer jurisconsulto catalán de entonces, y de Luis Peguera.

Entre los canonistas españoles de los expresados siglos, nos habla en primer término del célebre Arzobispo de Tarragona, D. Antonio Agustín; de Martín de Azpilcueta, Catedrático de Salamanca y Coimbra; de D. Diego Covarruvias, de Leiva y de González Téllez.

De los filósofos españoles que en aquel período de tiempo escribieron algo en orden á la idea del Derecho, hace espe-

cial mención el Sr. Torres, de Juan Luis Vives y de Sebastián Fox Morcillo.

Igual método y procedimiento que el segundo al estudiar los jurisconsultos y canonistas, sigue el distinguido Catedrático de Derecho procesal, al ocuparse y estudiar los que él llama los verdaderos escritores de la Filosofía del Derecho; de los teólogos, y la necesidad de no hacer demasiado extenso este trabajo, nos obliga con gran pesar nuestro, á darlo aquí por terminado, no sin antes decir que los textos presentados por el Sr. Torres Aguilar, nos demuestran claramente el concepto que juristas y teólogos tenían en los siglos XVI y XVII del derecho, cuyo importante tema desenvuelve brillantemente en su discurso que al ser leído por su autor en el solemne acto para que fué escrito mereció, la censura más imparcial y espontánea con los aplausos de un público tan docto como inteligente.

***

Nada nuevo y Drama viejo, por D. Luis de Figuerola y Ferreti, ilustrada por sus hijos: un folleto.—Madrid, 1892.

Siendo y queriendo ser españoles, parece natural estimular y dar la mano á los pocos que sienten aún impulsos de cultivar la literatura en que brillaron y brillan tan grandes maestros.

Lo creemos un deber de patriotismo, sabida la influencia que la literatura ejerce en los hábitos y manera de ser de los pueblos. Y hoy que desde nuestro monarquismo, nuestra aristocracia, nuestro Parlamento, modas, costumbres, hasta los cánticos revoltosos de las masas, se han hecho puras traducciones del francés, reconociéndose como causa eficiente aquella influencia por ese sello casi único que quiere tomar nuestra literatura, sólo atacando la causa, se puede corregir el efecto. Poseemos grandes maestros, es verdad. Pero con sólo egregios caudillos no se llega á empeñar combates, ni se

alcanzan las victorias. Nada hubiera hecho Alemania con su Molke ni en ningún caso otros Capitanes insignes, sin tener en derredor la gradación de jerarquías que formaron las plantillas con que fueron guiadas sus fuerzas hasta coronarse de laureles esos ejércitos belicosos. No bastarán tampoco las eminencias para levantar de este prolongado letargo las aficiones literarias de nuestra patria, y había de requerirse también para esta clase de empresas, iguales alistamientos, y que asimismo sienten plaza en esta clase de ejércitos, los que perciban vocaciones, que serán tanto más verdaderas, cuanto más exentos de presunción no se vean los prosélitos impulsados á dejarse arrastrar por ciegas ambiciones. No será cerrando puertas y relegando á olvidos, menosprecios y desatenciones, la manera como se fomenten las aludidas aficiones que, repetimos, es deber de patriotismo despertar y enardecer.

Así que sin regateos, y movidos de tan saludable impulso, patrocinamos cuanto brota de plumas españolas, queriendo conservar íntegra la nacionalidad, y sea digno de leerse. No cesaremos de excitar igual temperamento con el que nada puede exponerse á cambio de aprestar medios para ganar mucho.

Propende á los indicados fines la última producción de don Luis de Figuerola. «Nada nuevo y Drama viejo» y llenos nosotros de los citados estímulos, creemos de justicia felicitar por ella al autor y á los hijos de éste, sus colaboradores, ilustrando el libro con dibujos muy bien hechos.

En esa obra, que necesita leerse meditándola, porque en sus animados diálogos están sintetizados pensamientos que muchos de ellos exigirían numerosos folios para su explicación ó desarrollo, resalta como principalísimo cuidado, el alentar siempre á lo bueno, así en el orden del amor á la patria como en el que la sociedad merece, el que la familia necesita y los respetos á que está sujeto todo género de afectos. Bastarían estas sanísimas intenciones para merecer la obra elogio y sinceros aplausos que animen al autor para iguales

empresas. Ni aun hablar se necesita de las bellezas contenidas en las 80 páginas de que consta. Las encontramos de primer orden en originalidad, gusto artístico y marcadísimo sabor de cultura. Pero valga lo que valga; tenga mayor ó menor mérito literario; sea más ó menos elevado el pensamiento, que á nuestro juicio no tiene una tilde; de mayor ó menor alcance los ejemplos, y los hay sublimes; más ó menos persuasivos los conceptos, y contra muchos de ellos no cabe réplica; más ó menos hechos los caracteres de los personajes, y en el cuadro los hay como no acertaría á darlos la fotografía; sea más ó menos movida la acción, más ó menos interesante el argumento, más ó menos natural la trama, y confesamos que se va ésta enredando insensiblemente en el desarrollo de la acción dramática como sin sorpresa alguna se llega á un desenlace inesperado en medio de la mayor sencillez y simpática solución, cuyo logro consideraremos siempre de mayores dificultades que con los de índole violenta. Convengamos en una consecuencia que en nuestro país, si se la aquilatase, habría de sobrepujar al aprecio concedido á méritos de otra clase que nos resultan improductivos ó contraproducentes: convengamos en que la obra en cuestión, saturada de los mejores deseos, es un alerta de voz poderosísima por la fe que encierra, y es una llamada á las filas del trabajo y de la hombría de bien; es toque de generala que indica el brazo extendido de un resuelto caudillo dispuesto á toda clase de leales combates, y que, separándose de alineadas huestes ó inconscientes secuaces de ideas determinadamente afrancesadas, sin titubeo ni vacilación alguna, ante los peligros de la vagancia y concupiscencias de toda clase, y disipando desmayos á que pueden llevarnos desengaños de la vida, faltas de virilidad y escépticas excitaciones, no puede menos de impulsar energías y fundir en nutridos batallones la multitud de alientos, la abundancia de aptitudes que esta tierra querida malbarata, dilapida y despilfarra, buscando en los estériles embates de la política los medios de vida que para aliento de la humanidad hace el autor á que nos referimos,

busquen y hallen, llenos de ardimiento y confiada fe, los personajes de su obra atravesando con él por entre ascuas sin quemarse y cerniendo reposado vuelo al batir esas alas con que en marcha segura y serena pasea sus nobilísimas y levantadas ideas.

Véase la moraleja del argumento. La cubierta del libro lo ostenta en aquel bien trazado dibujo: «Un aliento ni un suspiro no prueban siempre el afecto; el sacrificio convence.» ¿Puede darse otra que con lo sabida y añeja necesite de más frecuentes recordatorios? Es en otra redacción y estilo el conocido proverbio, «Obras son amores y no buenas razones.»

Somos de los que creemos que siendo como es imperfecto todo lo que sale de la mano del hombre, debe irse á buscar en sus obras lo que haya de bueno.

Todo cuanto envuelve verdad, sea su porción mayor ó menor, no hay razón ninguna para no estimarlo. La verdad nunca es pequeña, y si fuera dable reducirla al átomo, valdría también un mundo, porque es colosal la verdad por raquítica que parezca. De aquí, que persiguiendo ese culto á la verdad y ese deseo de hallar en cada cosa lo que de bueno tenga é impulsados por amor á nuestra patria, amenos la crítica modesta, amplia, vivificadora que se preocupa menos de descubrir defectos, que de multiplicar con las bellezas los placeres de la inteligencia, y seamos entusiastas de esa crítica que con criterio seguro y recta conciencia, no sólo no castiga al autor, sino que admite á participar del aplauso público á todo el que ha merecido bien de la verdad.

Si como no puede menos de ser, por salir de la mano del hombre, hallásemos defectos en la obra que nos ocupa, nos los haría olvidar, perdonándolos la buena intención que resplandece, la fe que respira, la confortación que produce, el aliento que comunica y la confiada esperanza en el bien obrar á que abre paso el conjunto y los detalles del pensamiento, que, desde luego y aparte de la leal afirmación del autor, se ve ha querido presentarse en la forma dramática, no nueva

en los anales literarios, con mira á dar mayor propagación de las verdades que valerosamente defiende.

***

Estudios sobre el Código Civil, por D. Jesús Firmat y Cabrero. —Un tomo.—Zamora, 1892.

El libro que con este título acaba de publicar el Sr. Firmat, Abogado y Notario por oposición, de Zamora, constituye una buena obra jurídica que por su índole especial y la utilidad que reporta á cuantos se consagran al estudio del Derecho civil, merece que fijemos en ella con preferencia nuestra atención y que hagamos su examen, aunque breve y ligero de su contexto para que los que se dedican á esta clase de estudios, y por razón de su carrera tienen necesidad de consultar constantemente nuestro Código Civil, puedan apreciar debidamente su utilidad é importancia.

No se limita su autor, como modestamente nos dice en el prólogo de su obra, á tratar en ella algunas de las muchas cuestiones prácticas que encierra el nuevo Código Civil, de un interés y trascendencia que no pueda ser de nadie desconocido, sino que formula una razonada y reflexiva crítica del indicado Código; de él un minucioso y meditado estudio, presentando de la manera más evidente las deficiencias y obscuridades de gran parte de sus artículos, insertando al mismo tiempo textos legales de los Códigos italiano, portugués y francés que sirvieron de fuente en opinión del señor Firmat á nuestros legisladores para formular el Código, y cuya aparición era esperada con verdadero afán por creerse que su planteamiento, dada la competencia de las personas que intervinieron en su discusión, reportaría todos los beneficios esperados y que desgraciadamente, como demuestra en sus estudios el Sr. Firmat, no ha logrado obtenerse en absoluto con su publicación.

Además del análisis que el Sr. Firmat hace de nuestro

Código Civil y aparte las curiosas observaciones y elevados juicios que emite en su crítica y que reflejan su buen criterio y extensos conocimientos jurídicos, con el auxilio de esta obra, llamada á ocupar lugar preferente en la biblioteca de todo letrado, se facilita la inteligencia de aquellos artículos del Código, que por los términos en que se hallan redactados se prestan á varias interpretaciones y pueden ocasionar por esta causa los litigios y contiendas jurídicas que fundamentalmente creíamos desaparecerían al publicarse el Código Civil.

Hecha esta pequeña reseña, suficiente para que nuestros lectores puedan deducir el mérito é interés de la obra del señor Firmat, excusamos hacer elogios de ella, máxime cuando de antemano mereció ya la sanción pública, y fué objeto de juicios favorables, que estimularon á su autor á coleccionar esos estudios ya publicados en la reforma legislativa de 1890 al 91, con el título de *Antinomias y obscuridades del Código Civil.*

***

Código Civil Español, comentado y concordado con el derecho foral vigente en Cataluña, Aragón, Navarra y demás territorios aforados, por D. León Bonel y Sánchez, Magistrado de la Audiencia territorial de Barcelona.—Cuatro tomos.—Barcelona, 1891.

Si merece plácemes todo el que llevado de noble estímulo consagra sus facultades á escribir para el público, sea cual fuere la índole de sus obras y el mérito que alcancen, pues cualquiera producción por insignificante que parezca, representa un trabajo intelectual que nunca obtiene la recompensa debida, es indudable que se hace acreedor á mayores aplausos y más justos encomios, quien tiene la fortuna de escribir una obra como la del Sr. Bonel y Sánchez sobre el Código Civil Español, que á más de ser producto del estudio y del tra-

bajo y demostrarse en ella brillantemente los méritos de su autor, reune especiales condiciones, tanto en la forma como en el fondo, que le hacen figurar á la cabeza de cuantas obras de este género han visto la luz pública, desde que está vigente nuestro Código Civil.

No hemos pues, de insistir en nuestros elogios, que creemos desprovistos de toda pasión, é inspirados sólo por la más estricta justicia, respecto á la obra del Sr. Bonel y Sánchez; obra que él llama modestísimo trabajo, y que nosotros conceptuamos de gran valor y mérito, y de no menos utilidad.

El plan que sigue el Sr. Bonel y Sánchez, justifica nuestros aplausos; divide su obra en cuatro tomos, y cada uno de ellos comprende respectivamente un libro de los cuatro en que el Código Civil se encuentra también dividido.

Con gran atención se ocupa del libro primero, ó sea del *tratado de personas*, pues á continuación de cada uno de los artículos del Código inserta su correspondiente comentario, en el que el Sr. Bonel patentiza el dominio que tiene en la materia que es objeto de su publicación, y aclara con sus atinadas observaciones las sombras que, ya por su redacción ó expresión confusa, obscurecen el verdadero concepto del artículo comentado, y acto seguido, para ilustrar más el contenido del artículo que concluye de examinar, publica los concordantes correspondientes, no ya sólo con el Derecho foral vigente en Cataluña, Aragón y Navarra, sino también con la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia y con los Códigos civiles de la mayor parte de los países de Europa y América, procedimiento éste que hace consideremos la obra del Sr. Bonel de una gran utilidad y de beneficiosos resultados, no ya para el estudiante de Derecho, sino para los que vienen dedicados al ejercicio de la profesión y necesitan siempre obras de consulta que les facilite el conocimiento, ó mejor dicho les desvanezca las dudas que haya podido sugerirles, cualquiera de las disposiciones de nuestro Código.

El segundo tomo está dedicado al estudio de los *bienes de la propiedad* y de sus modificaciones y en su desenvolvi-

miento sigue igual plan y método que el indicado, al ocuparnos del *tratado de personas;* y lo mismo podemos decir de los libros segundo y tercero ó sea de los *diferentes modos de adquirir la propiedad* y de las *obligaciones y contratos.*

El Sr. Bonel que no considera terminado su trabajo con la publicación de su obra, en la forma que expresado queda, está publicando también lo que él llama apéndices al Código Civil, divididos en cuatro secciones doctrinal, legal, de jurisprudencia, cuestionarios y fueros, cuya importancia no hemos de encarecer, pues fácilmente la comprenderán nuestros lectores, toda vez que esos apéndices tratan todas las materias á que hayan podido dar lugar las dudas suscitadas sobre la aplicación de las disposiciones del Código y que han tenido ya su natural resolución.

Obras como las del Sr. Bonel para ser analizadas se necesita dedicar largas horas de estudio, y como la índole de estos trabajos nos impide hacer un examen detenido, de aquí que nos hayamos limitado á un ligero bosquejo, no ya sólo para dar una idea somera de tan importante obra, sino también para enviar al Sr. Bonel desde las páginas de esta REVISTA nuestra felicitación, por la publicación de su libro y del éxito alcanzado, que no dudamos ha de ser grande por la importancia práctica que reviste para nuestros juristas y abogados.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

14 Agosto 1892.

DIRECTOR:

M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIOS:

Antonio Leiva. Clemente Domingo Mambrilla.

ALFONSO XII Y SU REINADO

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

Manuel Tello Amondareyn y Matias García Rey.

Administración: Soldado, 3, principal.

La obra que ofrecemos al público constituirá, á la vez que un estudio, reflejo fiel de los movimientos de la opinión, de la lucha de los partidos, de las grandes conquistas alcanzadas por la sociedad española durante el último reinado, una crónica minuciosa de todos y cada uno de los hechos en que intervino el Monarca que ganó en los campos de batalla el glorioso nombre de *Pacificador*, y en la gobernación del Estado el de *Recto*, *Justo* y *Prudente*.

Sin prejuicios que determinen el criterio del historiador y del cronista, con el respeto que merecen las personas y más aún cuando viven y tienen lugar modesto ó preeminente en nuestros partidos, esta obra se distinguirá por la imparcialidad absoluta con que hemos de examinar los acontecimientos y por la exquisita atención que hemos de prestar hasta á los actos más insignificantes de la vida del joven Rey. De unos y otros deducirá la historia la hermosa enseñanza que ofrecen la más grande y pacífica de las restauraciones y el más noble y generoso de los pueblos.

CONDICIONES MATERIALES

Esta obra se repartirá por cuadernos de 32 páginas cada uno. Con cada uno de ellos recibirá el suscriptor un magnífico retrato de SS. MM. el Rey D. Alfonso XII y D. Alfonso XIII; de las Reinas Doña María de las Mercedes de Orleans y Doña María Cristina Reniero; de S. A. R. la Princesa de Astúrias Doña María de las Mercedes y SS. AA. RR. las Infantas Doña María Teresa, Doña Isabel, Doña Pilar, Doña Paz y Doña Eulalia; de los Sres. Albareda (D. José Luis), Alcañices (Marqués de), Alonso Martínez (D. Manuel), Azcárraga (D. Manuel de), Benomar (Conde de), Beránger (D. José María), Canalejas (D. José), Cánovas del Castillo (D. Antonio), Casa-la-iglesia (Marqués de), Casa Moré (Conde de), Cassola (Teniente general D. Manuel), Castelar (D. Emilio), Estella (Marqués de), Fernández Villaverde (D. Raimundo), Gálvez (D. José María), Gamazo (D. Germán), González Llorente (D. Pedro), Habana (Marqués de la), Herrera y Gutiérrez (D. Ramón), Jovellar (Capitán general D. Joaquín), Labra (D. Rafael María de), León y Castillo (D. Fernando), Linares Rivas (D. Aureliano), López de Ayala (D. Adelardo), López Domínguez (Teniente general D. José), Martínez de Campos (Capitán general D. Arsenio), Martos (D. Cristino), Moret (D. Segismundo), Pavía y Alburquerque (Teniente general D. Manuel), Pí y Margall (D. Francisco), Pidal (D. Alejandro), Posada Herrera (D. José), Rascón (Conde de), Romera (Conde de la), Romero y Robledo (D. Francisco), Sagasta (D. Práxedes Mateo), Salmerón (D. Nicolás), Silvela (D. Francisco), Silvela (D. Manuel), Tetuán (Duque de), Toreno (Conde de), Uribarri (D. Pablo), Valdeiglesias (Marqués de), Vega de Armijo (Marqués de la) y otros ilustres políticos. Además la obra llevará en el texto numerosas ilustraciones, representando los hechos más culminantes del reinado, desde que siendo D. Alfonso Príncipe de Astúrias, recibió en París la noticia de su proclamación en los campos de Sagunto, hasta que fué enterrado en el monasterio del Escorial.

La obra constará de dos tomos de unas 600 páginas cada uno, y un tercero, en el que se contendrá, entre los apéndices, documentos de importancia suma y hasta hoy completamente desconocidos.

PRECIO DE CADA CUADERNO, **2 pesetas.**

GUSTAVO A. BECQUER [1]

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO

(CONTINUACIÓN)

Todas sus poesías brotan del corazón sin esfuerzo ni violencia, como brotan las lágrimas de los ojos cuando tenemos deseos de llorar. Basta hojear ligeramente sus *Rimas* para convencerse de esto. Como todas sus composiciones son subjetivas, en cualquiera de ellas hay algo de la personalidad del vate, algo de su espíritu, algo de su alma: un alma eternamente enamorada, un alma llena de ternura y de delicadeza, un alma verdadera de mujer; un poema de amor condensado en dos palabras; una mezcla extraña de idilio y elegía; una amalgama de arrullos y suspiros, de flores y de lágrimas.

Cualquiera de sus composiciones deja en nosotros algo que no acertamos á explicarnos; una emoción indefinible; alegre unas veces como la aparición de la alborada en uno de esos hermosos días de primavera, cuando la naturaleza toda vistiendo sus mejores galas parece que convida á amar, á vivir y á soñar; triste y fatídica otras, como la que experimentamos al imprimir el beso de despedida en la frente pálida y arrugada de nuestra madre moribunda; y melancólica

(1) Véanse los núms. 549, 554 y 560 de esta REVISTA.

casi siempre como la que sentimos cuando llena la mente de recuerdos paseamos solitarios en una de esas noches de otoño tan plácidas como poéticas, cuando al gemir el viento que arrastra las hojas secas de las árboles finge vagas melodías y dulcísimos rumores. Quien tenga el gusto de leer con alguna detención sus *Rimas*, encontrará marcada diferencia entre las que escribió primeramente y las que escribió después. Las primeras parecen un idilio y las segundas una elegía: el idilio de sus castas y bellísimas ilusiones y la elegía de sus amores desgraciados. El idilio es dulce como los gorjeos del ruiseñor y la elegía triste como los gemidos del cisne. En el idilio hay efluvios de ternura y de pureza y en la elegía suspiros de dolor mudo y solitario. En el idilio hay algo de la dulzura del *Génesis* y en la elegía algo de la tristeza del *Apocalipsis*. El primero es alegre como el amanecer de un día de primavera y la segunda es triste como la caída de una tarde de otoño. En el primero hay rumor de besos y cantos de querubes, y en la segunda rumor de hojas secas y gotear de lágrimas. En el primero Becquer ve las cosas bajo el prisma de la ilusión y en la segunda contempla la triste y desconsoladora realidad. En los versos que escribió primeramente late una ternura y una placidez infinitas, y en los que escribió después un dolor hondo, una poesía tristísima y una desesperación indefinible. Los primeros están llenos de arrullos delicados, de dulcísimas armonías y de celestes suspiros, y los que escribió después traen á nuestra mente el recuerdo de fatídicas profecías y terribles lamentaciones. Los primeros están cargados de perfumados aromas y llenos de besos, y los que escribió después nos recuerdan los terribles y pavorosos acentos de la Sibila. En los primeros la imaginación del vate mariposea en torno de las flores, saturada de ilusión, y en los que escribió después canta la nostalgia de los recuerdos, el silencio de las tumbas, la poesía de las ruinas, la melancolía del crepúsculo de la tarde, las sombras y penumbras de su espíritu soñador y las luchas gigantes de su alma. Los primeros son el reflejo del espíritu de un poeta

apasionado que cree y tiene esperanza, y los segundos respiran un desaliento profundo y nos hacen motejarle á veces de escéptico y descreído. Paréceme más grande el poeta en los segundos que en los primeros, y me hace sentir más, mucho más cuando llora al ver que el pájaro azul de la ilusión se aleja de su mente, que cuando canta, lleno de esperanzas y de amor. Por eso siempre que leo los versos que el vate escribió sobre la tumba de sus sueños, siento en mi espíritu una impresión dolorosísima, semejante á la que se apodera de nosotros, cuando sorprendidos por horrísona tempestad en medio de la noche en un páramo desierto, oímos á lo lejos los desgarradores lamentos de un niño abandonado, que lleno de miedo y frío reclama ayuda y socorro.

***

No hay en las *Rimas* profusión de adornos ni exuberancia de lujosas galas, vano artificio que entusiasma y arrebata á la multitud inconsciente, amiga de colorines, la cual toma muchas veces como oro legítimo el vano y simple oropel. Estas poesías tan cargadas de relumbrón tienen aún muchos partidarios hasta entre personas instruídas; pero esto sucede porque han estragado el paladar, porque tienen un gusto pésimo, engendrado con la lectura de novelas detestables, que con la armonía y dulzura del lenguaje y con la abundancia de imágenes plásticas y gallardas infiltran en el ánimo una belleza falsa que produce efectos muy funestos en las imaginaciones exaltadas y en los corazones ardientes. De aquí nacen indudablemente los desengaños prematuros de muchos jóvenes; de aquí nace ese malestar general que nos hace odiar la vida; de aquí nace la mayoría de esos suicidios que á diario nos anuncia la prensa; de aquí nace el desaliento que se apodera de nosotros, cuando al buscar en el mundo de la realidad esas criaturas bellísimas que nos pintan las novelas, sólo encontramos séres de corazón pequeño, mujeres

frías y egoístas que forman extraño y singular contraste con esas otras, tan abnegadas y magnánimas, tan espirituales y soñadoras y tan idealistas y vaporosas.

A estos versos, llenos de hojarasca, les sucede lo que á las flores: viven sólo un día; son brillantes mariposillas que giran y revolotean en torno de un foco de luz artificial hasta que caen con las alas abrasadas. De tales poesías no queda vestigio alguno que recuerde su existencia; entusiasman un momento por su fluidez y melodía, pero se olvidan pronto, lo cual nunca ocurre con las *Rimas*, que después de leídas permanecen en el alma como permanece la primera sonrisa de la mujer querida, el primer beso de amor ó la primera lágrima de felicidad.

Pocas veces se deja Becquer en sus composiciones arrastrar por el entusiasmo; mira la felicidad desde lejos; siente deseos de alcanzarla; quiere anegar su alma en aquel océano de placeres; quiere espaciarse por aquellos hermosos mundos de color de rosa que soñara su fantasía de poeta; pero desconfía de poderlo conseguir. Por eso, aunque cante el amor y sus inefables goces y sus placeres dulcísimos, no vibra en las cuerdas de su arpa el fuego producido por una de esas pasiones que trastornan el cerebro, ofuscan la inteligencia y nos hacen tomar como reales cosas verdaderamente utópicas. Tiene cierto presentimiento fatídico que reprime los vuelos de su fantasía; cierta desconfianza que le llena de tristeza; algo que mata las ilusiones del artista, sembrándolo todo de sombras; algo muy parecido al desencanto. Mira la dicha flotando inquieta alrededor de su espíritu ávido de goces; sueña con ella como sueñan los poetas con la gloria; como sueñan los adolescentes con sus amores purísimos; como sueñan las niñas con las flores y los niños con los pájaros; pero lleva dentro de su alma una pena que no puede desechar; un dolor secreto que le está martirizando interiormente; una nubecilla que oscurece y enturbia el azul cielo de sus doradas ilusiones. Por eso son tan tristes y melancólicas sus *Rimas*, y por eso nos hacen sentir tanto y tan hondo. De esta

desconfianza que tenía Becquer de alcanzar la felicidad nacen sus quejas y suspiros. Para mí, esta es la razón formal de las sentidas notas que arranca de su arpa; y con ella, me explico perfectamente la poética tristeza de sus versos, su dulce y suavísima languidez, el amargo dejo de profunda amargura que en ellos palpita, la tiernísima poesía que los informa y la vaguedad que respiran.

Como el pájaro que al salir debajo de las sombrías bóvedas de un templo tiembla de placer al sentir sus alas llenas de luz, Becquer también tiembla de placer en presencia del amor; pero esto dura muy poco; es una impresión fugaz, una emoción momentánea, una sensación divina que pasa con la rapidez de un meteoro para dejar lugar al desengaño, ese eterno envenenador de la dicha que al rasgar con mano cruel y despiadada las gasas brillantes de la ilusión todo lo despoetiza y todo lo afea.

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Qué endecasílabos tan robustos y sonoros! ¡Qué imagen tan brillante y tan grandiosa! ¡Qué propiedad en el adjetivo que sirve de epíteto! En esta composición no hay esa vaguedad que es la nota característica de la mayor parte de las composiciones del vate sevillano. El poeta se olvida un momento del estado de su espíritu; depone el tono sentimental y elegíaco de sus cantos; oculta las penas en el fondo de su pecho y alza la voz con más pujanza y brío que en los versos anteriores; pero muy pronto este torrente de entusiasmo se convierte en rumorosa cascada de suspiros, y preso el poeta de una especie de vértigo divino, cierra los ojos al sentirse deslumbrado por los brillantes reflejos del ángel del amor que

pasa entre oleadas de armonía batiendo alegre las alas y haciéndole escuchar el rumor dulce de sus besos y caricias.

Oigo flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas;
Mis párpados se cierran; ¿qué sucede?
Es el amor que pasa.

¡Qué dulces y armoniosos son los versos que acabo de copiar! ¡Qué delicadeza tan suave respiran! ¡Qué sentimentalismo tan tierno y embriagador! ¡Qué lirismo tan bello y tan sentido! ¡Qué desmayos tan impregnados de ilusión y de pureza! ¡Qué música tan llena de arrullos y celestes melodías! ¡Qué impresión tan grata dejan en el fondo de un alma enamorada de la belleza ideal! Es casi imposible decir esto mismo con tanto sentimiento, con tanta ternura y delicadeza y con una poesía tan honda y melancólica! Estos versos llegan á nuestro oído como los dulcísimos gorjeos del cisne de Pésaro; como esas barcarolas que cantan las vírgenes á la luz de la luna; como las armonías que arranca al estradivarius el alma de Sarasate; como una cascada de sueños y de besos; como los tiernos acentos de dulcísima sirena ó como una lluvia de perlas cayendo sobre láminas de mármol. La imagen del *amor que pasa* es un fantasma divino que seduce, fascina y enloquece; un fantasma impalpable y vaporoso vestido de arrebol y circundado de luces y de auroras; un fantasma bellísimo que oscurece y ofusca nuestra vista con los vivos destellos de su lumbre. Tiene la espléndida hermosura de la alborada, los vivísimos reflejos del íris y las poéticas tintas del crepúsculo de la tarde. El poeta no le describe, limitándose á decirnos simplemente:

Es el amor que pasa;

pero como en la línea anterior acaba de decirnos

Mis párpados se cierran; ¿qué sucede?

no es necesario ser muy lince ni torturar la inteligencia con elucubraciones científicas ni penetrar en las intrincadas y laberínticas regiones de la incomprensible metafísica para conocer que el poeta cerró los ojos por no poder resistir los vivísimos destellos que derramaba el ángel del amor al pasar aleteando en torno de su frente abrasada y soñadora. Esta es mi pobre opinión; pero como no pretendo erigirme en intérprete del poeta sevillano, ni soy aficionado tampoco á investigar y descubrir sentidos ocultos, el lector puede juzgar acerca de este punto como mejor le cuadre, pues á mí me tendrá siempre sin cuidado que haya heterogeneidad en los pareceres, porque estas discrepancias y divergencias en los asuntos de crítica están á la orden del día.

IX

No hace mucho que, leyendo en la Biblioteca Nacional un tomo de *La Ilustración Católica*, publicado hace ya ocho ó diez años, experimenté honda pena y profundo dolor al encontrar en él un fragmento de la poesía más hermosa de Becquer, y debajo unas observaciones brevísimas, con las cuales un criticastro que debe tener mucha analogía con el célebre Pendancio, de Moratín, pretendía probar que Gustavo era un poeta frío, cuya cualidad aseguraba que podía demostrarse examinando atentamente la mayoría de los versos que escribió. Yo, que he leído muchas veces todo lo que escribió el poeta hispalense, no puedo menos de levantar mi voz para protestar contra una afirmación tan gratuita, afirmación informada acaso por el misticismo de su autor, que temblaría como la hoja en el árbol al leer algunos versos como éstos, que muchos estiman saturados de escepticismo:

¿Vuelve el cuerpo al polvo?
¿Vuelve el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
Podredumbre y cieno?

No sé; pero hay algo
Que explicar no puedo,
Que al par nos infunde
Repugnancia y duelo,
Al dejar tan tristes,
Tan solos los muertos.

¿En qué funda el colaborador de *La Ilustración Católica* el calificativo de frío que se permite dar á un poeta de alma tan impresionable y ardorosa? En nada; probablemente en nada: en una manera de juzgar pura y exclusivamente suya; en la exagerada susceptibilidad de una conciencia escrupulosa acometida por el vértigo de un miedo horrible. Hay efectivamente frío en esta composición tan llena de amargura y sentimiento; frío que llega al alma; frío que hace que se crispen nuestros cabellos; pero no podría suceder de otra manera tratándose de un asunto tan lúgubre como lo es el asunto de que se ocupa el poeta. Este frío es el verdadero calor de la inspiración y del entusiasmo, y nos demuestra que Becquer es un gran artista que sabe pintar las situaciones de una manera admirable. No emplea este tono tan lleno de languidez y de desmayo, donde palpita el hálito santo de la ilusión del poeta, como en la mayoría de las composiciones que figuran al principio de sus *Rimas*. En éstas el alma de Gustavo, llena de dulces emociones y de sueños azules, se desborda en cascadas de idílica ternura; cascadas que llegan á nuestro oído cautivándole con sus suaves armonías; liras de cristal que nos llenan de embeleso con sus divinos acordes, semejantes á una tempestad de flores y de besos, á un diluvio de arrullos y gorjeos y á un concierto de alondras y querubes.

Su fantasía vaga unas veces en torno de las flores, inquieta, alegre, juguetona, soñadora, como colegiala aturdida, ávida de impresiones, sedienta de placeres y ansiosa de goces; otras, abate su vuelo y se sienta á descansar cabe las gigantes arcadas de los antiguos templos, en donde admira las maravillas del arte; y otras, en fin, hondamente apesa-

dumbrada, como ave funeraria aletea en torno de los cementerios, lanzando terribles y fatídicos quejidos que erizan nuestros cabellos, llenándonos de miedo, y arrancan de nuestra alma lo único que nos hace amar la vida: la esperanza, esa purísima flor de aroma delicado que todo lo poetiza y lo hermosea. Así es que al pasar de unas composiciones á otras, nos sucede lo mismo que si pasáramos de las idílicas ternuras del *Cantar de los cantares* á las terribles visiones del *Apocalipsis;* lo mismo que si pasáramos de las espléndidas alboradas del Oriente á los brumosos crepúsculos del Norte; lo mismo que si pasáramos de los brillantes alcázares del mundo de los sueños al mundo prosáico y mezquino de la realidad.

De sus luchas, de sus padecimientos y sus infortunios que tan profunda impresión dejaron en aquel alma de pasionaria son buena prueba muchos de sus versos, donde ha quedado fotografiado el estado de su espíritu soñador é impresionable. Decepciones, recuerdos de ilusiones que se desvanecieron en un momento, miserias del alma, lobregueces del corazón y amores que no fueron comprendidos nunca por la compañera de su vida, por la encargada de poetizar su existencia, arrancan del arpa de Becquer notas tristísimas, cantos saturados de una melancolía infinita. Oidle:

Me ha herido recatándose en las sombras
Sellando con un beso su traición;
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme á sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino.
Feliz, risueña, impávida... y ¿por qué?
Porque no brota sangre de la herida,
Porque el muerto está en pie.

Estos versos son una queja amarga que brota del corazón del poeta al ver pisoteadas sus afecciones queridas; un grito de inmenso dolor que no pudiendo permanecer oculto en el fondo del alma sale á la superficie; una congoja tiernísima en

la que flota un sentimentalismo parecido al de una balada germánica: es la acusación terrible del esposo amante á la mujer que ante el altar le jurara amor eterno.

¡Qué corazón tan grande el de Becquer! Otro en su lugar se hubiera desatado en improperios y apóstrofes contra la que motivaba sus dolores; pero él, aunque al apurar la copa del desengaño, llora porque tiene destrozada el alma, no execra ni maldice jamás á la mujer que á sus ansias amorosas sólo responde con desdenes y desprecios. ¡Qué mundo de ideas tan lúgubres sentiría bullir en los rincones de su cerebro cuando al ver á sus hijos que libres de preocupaciones y sobresaltos se entregaban á sus ruidosas é inocentes expansiones infantiles, pensase en la madre de aquellos ángeles, en aquella hermosa mujer que él había divinizado adornándola con las perfecciones del querube y entregándola su corazón todo entero, un corazón formado para el amor y el sacrificio!

Casóse el 61, y poco tiempo después le vemos separado de su esposa. ¿Quién motivó esta ruptura? ¿Fué Becquer culpable? No, no; pero corramos un velo sobre pasado tan luctuoso, porque ambos se han presentado ya ante el tribunal de Dios, y Éste, que es la justicia suprema, habrá pedido cuenta estrecha de sus actos al verdadero culpable.

***

El poeta sevillano ha formado su alma con la lectura de los grandes vates; y ha estudiado más aún á los alemanes que á los españoles. ¿Por qué esta preferencia del autor de *Rimas* por la literatura germánica? ¿De qué depende? Depende del temperamento de Gustavo, naturalmente melancólico; de su manera especial de ver y sentir las cosas, que tiene mucha analogía y muchos puntos de contacto con la manera de ver y sentir de los poetas germanos. Alemania no tiene un cielo tan azul y tan puro como el de Italia ó como el

de nuestra hermosa Andalucía; pero tiene bellísimos lagos á cuyas orillas han ido á cantar todos los bardos germanos; es un país lleno de grandiosas ruinas de antiguos castillos feudales; es una nación llena de tradiciones y recuerdos; es el país de las baladas, esas breves y melancólicas composiciones donde palpita un mundo de sentimiento; el país de los trovadores y los guerreros; el país de los castillos góticos. Adora más el vate hispalense las brumas y penumbras del Norte que los torrentes de luz del Mediodía; goza más su alma ante el lago Lemán que ante las cataratas del Niágara; siéntese más feliz contemplando el cielo de Alemania que contemplando las espléndidas y brillantes alboradas del Oriente; ama más á esas vírgenes del Norte pálidas y rubias que á las beldades del Mediodía de ojos negros como la noche y de cabellera de ébano; experimenta más placer paseando á orillas del Rhin y del Danubio que paseando á orillas del Eufrates y el Tigris, y disfruta más, mucho más su alma de poeta, vagando solitaria por los bosques germanos que recorriendo los bosques seculares del Oriente.

Ama mucho la luz, pero es una luz especial; una luz triste como su alma; una de esas luces indecisas y moribundas que todo lo llenan de melancolía; como el fulgor de la lámpara del santuario que presta tintes fatídicos á todos cuantos objetos la rodean; como el último beso del crepúsculo vespertino; como los últimos destellos de los cirios que iluminan el rostro pálido y desencajado de los muertos; como el último adiós de una tarde de otoño y como la última congoja del cisne, que al morir embalsama el ambiente con el tiernísimo acento de sus lastimeras quejas.

Becquer tenía un alma en extremo melancólica, y por eso sus *Rimas* se parecen mucho á los versos de algunos vates alemanes, versos que están saturados de tristeza. Debemos, sin embargo, advertir que esta tristeza no se refleja en todos los escritos de Becquer, pues hay algunos en los cuales no se muestra tan amante de lo lúgubre y de lo sombrío. Tiene leyendas hermosísimas donde hay descripciones de bello colo-

rido, paisajes llenos de luz, cuadros genuinamente andaluces; aunque también en éstas palpita la nota melancólica que caracteriza la mayoría de sus *Rimas*, si bien menos acentuada que en las *Rimas*, en atención á que las leyendas no son tan subjetivas y personales como aquéllas. Algunas de éstas tienen períodos tan llenos de brillantez que parecen una infinidad de miriadas de insectos luminosos palpitando en un rayo de sol. Hojée el lector las intituladas *Un beso*, *Los ojos verdes*, *Tres fechas*, *El rayo de luna*, *La venta de los gatos* y algunas más, y se convencerá de mi aserto. Pase la vista por su precioso artículo *Las hojas secas* ó por el hermoso prólogo que encabeza el libro de cantares de Augusto Ferrán y quedará sin ningún género de duda.

***

Como consume al avaro la fiebre de las riquezas, así consumió al alma de Becquer la fiebre de la gloria y el deseo. Espíritu soñador, alma delicadísima, poeta lleno de ternura, pasó la vida en lucha constante persiguiendo una quimera y legó á la posteridad la herencia de sus lágrimas haciendo de testamento de sus sueños. Leyendo sus versos, leemos la historia del poeta, que es una historia muy triste; la historia de un corazón desgarrado por el infortunio; la historia de un genio perseguido por la envidia de sus contemporáneos; la historia de un mártir. En esas composiciones tan cortas ha exhalado todas las quejas de su alma apasionada. Amar la dicha, correr tras ella con fiebre y encontrar un espantoso vacío, he aquí la misión que Gustavo trajo al mundo. En sus poesías hay algo del suplicio de Tántalo; algo de la lucha eterna con el imposible. Parece que al escribirlas ha querido decir al mundo: «Ahí tienes los pedazos de un corazón que tú has desgarrado con tu fría y cruel indiferencia.»

Hizo una verdadera revolución en nuestra métrica rompiendo los estrechos moldes en que ésta se encerraba y em-

pleando una versificación que después han empleado muchos pero con mala fortuna. Esta versificación expresa admirablemente el estado del poeta, sus luchas, sus ansias, sus sueños, el vago idealismo de su espíritu y sus mudas y solitarias tristezas. En ella ha dejado Becquer el abundante caudal de su melancolía, y por eso, aunque está llena de sobriedad y sencillez resulta hermosa. Sus imitadores nada han dejado, y al leer las composiciones de éstos, sentimos aburrimiento, cansancio, tedio y monotonía. Esta métrica expone las cosas desnudas y sin afeites de ningún género, y para emplearla con éxito es indispensable tener el talento del autor de *Rimas*.

Esta sencillez de los versos del poeta hispalense es lo que ha engañado á sus émulos, pues atendiendo á ella es como han creído cosa fácil imitarle; y por desgracia han sido muchos los que han abundado en esta opinión. Yo creo mucho más fácil imitar á Zorrilla, á Campoamor, á Reina ó á otro poeta cualquiera que á Becquer. Y conste que no digo esto con el propósito de que el Sr. Ansorena crea como artículo de fe ciertas cosas que no há mucho le dijera el autor de las *Doloras*. De esto no debe hacer caso, porque es humorismo, puro humorismo de Campoamor. Y esto mismo pueden tomar como suyo algunos que pretenden emular las glorias del autor de *Gritos del combate*. Si llevan en su cabeza algo grande; si se sienten con fuerzas y con brío, no imiten á nadie; permanezcan independientes, remóntense á las alturas como el águila; pero si les es forzoso imitar, tomen como modelos á doña Julia Codorniú, á doña Patrocinio de Biedma ó á cualquiera otra literata cursi (señoras y señoritas cuyos pies beso, porque la verdad no está reñida con la galantería) que, en mi concepto ganarían más sentándose al pie del fogón ó haciendo calceta, que paseándose por la república de las letras ó acudiendo al estadio de la prensa, donde después de escribir novelas anodinas y poesías de agua de chirle, y después de disparatar de lo lindo, vienen á salir poco más ó menos que el gallo de Morón, cacareando y sin plumas. Si los

émulos de Núñez de Arce siguen mi consejo, que acaso muchos juzguen un tanto *pretencioso* (perdóneme la Academia el galicismo) no necesitan devanarse los sesos en estudiar la gramática, pues doña Julia y doña Patrocinio sólo la conocen por el forro.

***

Becquer se fué al otro mundo sin haber gozado siquiera un momento de felicidad y de placer. En vez de la corona de laurel que merecía tuvo una corona de espinas. Al bajar al sepulcro creyó que con él morían también sus escritos; pero engañaron al vate sus tristes y fatídicos presentimientos. Amigos suyos, como Rodríguez Correa, Augusto Ferrán y Narciso Campillo los coleccionaron y los dieron á luz. Desde entonces el nombre del autor de *Rimas* vuela de polo á polo y la trompeta de la fama le repite por el mundo.

Fué un amigo entusiasta del arte, si el arte consiste, según afirmara el general Ros de Olano, en sentir hondo, pensar alto y hablar claro. Ha penetrado ya en el templo de la inmortalidad, y sus poesías vivirán mientras existan en el mundo amores desgraciados, mientras existan almas enamoradas de un imposible y mientras haya corazones que sepan amar, sentir y soñar. Escribió y pensó como Antonio de Trueba, como Alfonso Lamartine, como todos los que sienten idolatría por el idealismo; como todos lo que se pasan la vida soñando con lo imposible.

No es irónico como Heine y nuestro malogrado Bartrina, ni escéptico como Leopardi, ni pulcro y atildado como Musset, *la señorita de Byron*, como le denominan muchos; pero de la misma manera que éstos es un gran poeta y un gran artista.

Sus *Rimas* son la fotografía del poeta, y cada una de ellas es una gota de sangre que brota de un corazón herido de muerte; un gemido doloroso, un suspiro melancólico, un ¡ay!

desgarrador que resuena en el fondo de nuestra alma llenándola de pena y desconsuelo.

Sin tener una forma tan primorosa como Espronceda ó como Núñez de Arce, sin la armonía y fluidez de Zorrilla y sin la brillantez y colorido de otros, es, sin embargo, el poeta hispalense considerado como uno de nuestros primeros líricos, pues si la forma deja algo que desear, el fondo en cambio satisface plenamente las exigencias de los más descontentadizos.

Es el poeta del amor contrariado, el poeta de los sentimientos tristes; el que sabe cantar como ninguno la nostalgia que nos produce la muerte de las ilusiones. Después de leer sus versos sentimos placer y dolor y nos invade el vértigo de la melancolía. Para los que vivimos enamorados del ideal; para los que no queremos mancharnos con la inmundicia y la pornografía de López Bago, autor de asquerosas novelucchas médico-sociales, como *La buscona*, *La pálida*, *La prostituta*, *El ama del cura* y otros *ejusdem géneris* que huelen á hospital unas veces, á presidio otras y á lupanar casi siempre; literatura de allende el Pirineo, que pretenden implantar en nuestra patria medianías como Zahonero y el autor de que estoy haciendo mérito; para los que no queremos mancharnos con el naturalismo de Zola; para los que creemos sinceramente que un rayo del íris vale más que todos los tesoros de Rostchild, Becquer será siempre un gran poeta; y sus escritos nos servirán de calmante y lenitivo en nuestras aflicciones y en nuestras solitarias tristezas.

***

Nació cuando la literatura buscaba nuevos horizontes y perseguía nuevos ideales; siguió á su época, y por tanto de sus poesías no podemos decir que son la poesía del pasado, sino más bien la poesía del porvenir. No es esa poesía efímera y destinada á morir muy pronto, de que nos habla Pastor

Díaz en el prólogo de uno de sus libros; no es esa poesía quejumbrosa y llena de extravagancias, de falsos arrebatos, de incoherencias, de aberraciones monstruosas y de insensatos delirios; no es esa poesía hueca, efectista, emocional, especie de fiebre lírico-epiléptica y un tanto trasnochada ya; no es esa poesía pesimista, alocada, artificial y llena de desvaríos tan bellos como imposibles, que marca y señala la agonía del romanticismo; es otra clase de poesía destinada á vivir más tiempo; otra clase de poesía más real, más sólida y más verdadera; otra clase de poesía más honda; una poesía muy parecida á *la razón cantada* de que nos habla Lamartine.

***

Gustavo, el vate de los grandes dolores, el vate de las grandes melancolías y de las grandes tristezas, es un pensador profundo, un poeta filósofo. Sondea las interioridades de la conciencia; penetra con su mirada en el fondo del corazón, y al verle cubierto con la lava de pasiones tan mezquinas, brutales y rastreras, lanza un gemido desgarrador, un suspiro doloroso, un ¡ay! gemebundo que nos llena de conmiseración y de tristeza.

No brotan de su arpa esos acentos llenos de imponente majestad y de severa grandeza con los cuales Quintana, el gran Quintana, el poeta de los gigantescos arranques, el más grandilocuente de los épicos españoles, supo reanimar y enardecer el abatido espíritu del León ibero, preso de la innoble perfidia y la infame alevosía de las traidoras águilas de Jena; no brotan esos impetuosos y sublimes arrebatos de lirismo que hay en los primeros cantos de *El diablo mundo* de Espronceda y en las vigorosas poesías de Tassara; no siente con la intensidad que sentía Heredia ante las cataratas del Niágara; no tiene la robusta y briosa entonación que Núñez de Arce emplea en su magnífico y grandioso *Miserere;* no se inspira, como Tirteo, en el santo amor de la patria; pero no

por esto es menos poeta. Bebe la copa de la inspiración en las luchas gigantes de su mente, en las horribles tormentas de su corazón, en las infinitas tristezas de su espíritu y en las ansias de su alma. De aquí nace la subjetividad de sus versos; de aquí nace la tristeza que respiran, la ternura y la delicadeza que atesoran y la impresión que siempre nos produce su lectura.

No ha escrito ninguna oda porque sus facultades poéticas no están en armonía con este género de composiciones, que reclaman mayor elevación y más grandiosos vuelos; pero tiene, en cambio, gran aptitud para la elegía, pues pequeñas elegías parecen la mayor parte de las composiciones que nos ha legado. Pequeñas elegías llenas de languideces y de sueños, de pesares y desmayos; pequeñas elegías saturadas de una melancolía indefinible; dolorosísimos lamentos que hieren todas las fibras del alma; ayes y suspiros que brotan de un corazón ardiente y apasionado; gemidos de un dolor que enternece; de un dolor que nos hace sufrir torturas infinitas, de un dolor que martiriza y asesina.

***

¿Cómo, mientras vivió el poeta sevillano, pasó por el mundo sin ser apenas conocido, y hoy, que ya no existe, tanto se le encomia y se le encumbra, pagando así justo tributo á su talento? ¿Cómo ha logrado ocupar uno de los primeros puestos en nuestro moderno Parnaso, habiendo muerto joven todavía y habiendo escrito tan poco? Preguntas son éstas á las cuales yo no necesito contestar. La envidia, esa pasión bastarda que corroe tantos corazones; esa pasión, hija de Satanás, que tanto atormenta al alma, parece que tiene particular empeño en perseguir siempre al genio. Ella ha pretendido en todas las ocasiones oscurecer el mérito de los grandes hombres; ella reputó á Colón por loco, y ella ha clavado siempre sus acerados y ponzoñosos dardos en personajes ilus-

tres, tramando á veces contra ellos la conjuración del silencio, permaneciendo muda ante sus méritos para que éstos pasen desapercibidos; acogiendo con marcada indiferencia sus escritos, y empleando otras veces una crítica mordaz y apasionada, llena de desplantes, bufonadas y groserías, ó poniéndolos en ridículo como hizo con D. Juan Ruiz de Alarcón, notable poeta de nuestro siglo de oro, tan deforme de cuerpo como bello de alma, acerca del cual he leído infinidad de epigramas, tan cáusticos algunos como el siguiente:

Tanto de corcova atrás,
Y adelante Alarcón tienes
Que el saber es por demás,
A donde te corco vas,
De donde te corco vienes.

Pero una vez que la pálida guadaña (que según Horacio lo mismo destroza los murados alcázares donde vive el potentado que la humilde choza donde mora el pobre) una vez que la pálida guadaña siega la cabeza de algún hombre ilustre, entonces enmudece la envidia, porque ante el hondo silencio de las tumbas aquiétanse el odio y los rencores, callan todas las malas pasiones y se abre paso la verdad. Por eso, hoy que Becquer ya no existe, su nombre es pronunciado con orgullo y con respeto.

Es cierto que el vate hispalense escribió poco; mas ¿qué importa esto, si lo poco que escribió es admirablemente hermoso? Ninguno acaso ha escrito menos que el presbítero zamorano D. Juan Nicasio Gallego, y sin embargo está reputado por uno de los mejores líricos españoles; y con muchísima razón, porque en sus odas late el corazón de un gran poeta; el corazón de un poeta de altísimos vuelos; el alma de un águila que se remonta al empíreo.

Yo me he asomado á las profundas simas
De la tierra y el cielo.
Y las he visto el fin, ó con los ojos
O con el pensamiento.

Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
Y me incliné por verlo,
Y mi mente y mis ojos se turbaron
¡Tan hondo era y tan negro!

En esta composición ha compendiado Becquer algo de su historia: la historia de un pobre joven víctima del desamor y el infortunio. ¡Cándido como un niño, ciego como enamorado y soñador como poeta, cifró en el amor su ventura; idealizó á la mujer dotándola de las perfecciones del querube; hizo brillar en su frente de azucena la inmaculada aureola de la pureza, y creó un sér tan bello como imposible; pero al querer encarnar su sueño en este mundo positivista y grosero, lleno de egolatría y egoísmo, tuvo que libar la copa del amargo desengaño, y en el fondo de aquel corazón que imaginara tan bello, encontró infinidad de negruras y miserias.

Indiferente y desdeñoso, como pasa la gran señora al lado de la sencilla aldeana, así pasó el mundo al lado de Becquer; sin preocuparse de los dolores de éste, sin hacer caso de sus cantos, sin parar mientes en su miseria, y arrastrado por el raudo torbellino de sus orgiásticas alegrías y sus ruidosos placeres. Que un poeta sufre, que un poeta se muere de hambre, ¡bah! ¿qué le importa al mundo, si éste entre tanto goza, se divierte y ríe?

¡Manes augustos de Becquer, dormid y no despertéis jamás! Ahí en el silencio de la tumba estáis mejor, mucho mejor que en este mundo miserable, lleno de injusticias y de infamias, donde se erigen altares al dolo, la doblez y la mentira; donde vemos frecuentemente abatida la virtud y entronizado el vicio; donde oímos á cada paso predicar amor y caridad á seres sin corazón y sin entrañas; y donde, merced á las venalidades de la crítica, sientan muchas veces plaza de escritores eminentes hombres que no son ni medianías siquiera; buhoneros literarios que miran con olímpico desdén á otros que, á pesar de valer mucho más que ellos, tienen que hacer vida de bohemios, atendiendo á la conservación de su individualidad.

¡Pobre Gustavo! Él que tanto amaba la gloria y tanto soñó con ella; él, en cuya frente puso Dios algo divino; él, que era todo corazón y todo alma ¡qué amarguras tan hondas sentiría, allá en las horas postreras de su vida, pensando en la ingratitud de los hombres! ¡Cuántas veces cruzaría por su imaginación en sus horas de sufrimientos é insomnios la pálida y melancólica figura de Andrés Chenier moribundo! ¡Cuántas veces, acaso parodiándole en su agonía, tocaría su ardorosa frente exclamando: *Aquí había algo!* ¡Cuántas veces pensaría que sus hijos, aquellos pedazos de su corazón á quienes tanto amaba, á la muerte de él quedarían en medio de la miseria más espantosa, sufriendo hambre y sed, sin hogar y sin el puro y santo cariño de las madres! ¡Cuántas veces creería que su patria se olvidaría de él, mientras que levantaba estatuas y erigía soberbios mausoleos á políticos intrigantes vampiros de la nación, á banqueros de corazón empedernido, á tahures y agiotistas, y á hombres sin fe y sin conciencia!

¡Extraño contraste! El poeta de los grandes dolores, el vate de las melancolías infinitas nació en el país de las grandes alegrías. Sevilla, la graciosa andaluza *que se lava con azahar*, según expresión del P. Coloma; Sevilla, la tierra de las espléndidas alboradas, la sultana cuyo sueño arrulla el Guadalquivir; Sevilla, el país del amor y de las flores inspiró al autor de *Rimas* cánticos empapados de tristeza; trovas llenas de una amargura infinita y acentos de vaga y melancólica poesía. Porque en estas tiernísimas composiciones hay una cosa indefinible que seduce; una cosa etérea impalpable y vaporosa que unas veces finge besos y otras remeda suspiros; que sonríe con risa triste y que llora llanto dulce; que unas veces imita gratísimos rumores y otras terribles lamentos. Cada verso es un latido de amor; cada línea un sentimiento; y cada estrofa un poema que encierra un mundo de recuerdos y esperanzas, de ansiedades y de sueños y de ilusión y desengaños.

***

Como queda flotando en las cuerdas del arpa el rumor de la última nota, así después de leer los versos de Becquer, sentimos flotar dentro del alma el dulcísimo rumor de sus estrofas; rumor que llena el espíritu de emoción indefinible, vaga, suave y misteriosa; rumor que puebla el cerebro de visiones fantásticas y hermosas; rumor que no entiende la materia, pero que nos eleva y nos levanta á regiones más puras y serenas; al mundo imaginario de los sueños, donde la fantasía tiene un trono cuajado de diamantes y pedrería y circundado de luces y arreboles.

Yo hubiera deseado conocer á Becquer; hablarle, escucharle, postrarme un momento á sus pies, ofrecerle el holocausto sincero de mi admiración y de mi entusiasmo. Yo creo que hubiera sabido leer algo grande en la frente de aquel hombre que pasó por este mundo viviendo á expensas de su trabajo; soñando y escribiendo sus hermosos sueños; y que tuvo la desgracia de morir pobre, oscurecido, sin un nombre ilustre, viendo eclipsado el resplandor de su talento por las tormentosas nubes de la envidia. ¡Triste destino el del genio!

VALERIANO BARRERO AMADOR.

(Continuará.)

LA DEFENSA DEL REDUCTO

(Continuación.) [1]

—¿Y el resto de su batallón de usted?

—Se quedó en el pueblo; allí me reuní á él al día siguiente. Serían las once de la mañana cuando nos instalamos en el reducto; al cabo de una hora ó cosa así llegó nuestro teniente coronel con un ayudante del general y le dijo á Serrano que permaneciésemos allí hasta que vinieran á relevarnos, y que después nos incorporásemos al batallón en el pueblo. Mandó además que la tropa se quitara los morrales y que almorzara. Eso hicimos también nosotros: almorzar. Por cierto que peor que los soldados. Estos llevaban siquiera dos chorizos por plaza, que les dieron la tarde antes, y dos raciones de pan. Nosotros pudimos reunir entre los tres, el capitán, Llorente y yo, una lata de sardinas, otra de pimientos, medio chorizo, un poco de gallina que sobró de la cena y ni un pedazo de pan... á no ser el de los asistentes. Y como Martínez no quiso aceptarlo, fué preciso contentarnos con dos galletas... Verdad es que entre Llorente y él dieron fin de las latas, y lo dieran de un pavo si nos lo hubieran traído.

(1) Véase el número 561 de esta REVISTA.

A eso de las dos de la tarde vino el general Santiponce con un coronel de ingenieros y su estado mayor y escolta; detuviéronse un rato reconociendo el reducto y observando el terreno, y después marcharon á vanguardia al galope todos, menos un ayudante que se dirigió hacia el pueblo, de donde regresó al cabo de hora y media con una compañía de zapadores. Venían con orden de modificar el perfil de la obra convirtiéndolo en ofensivo para el enemigo, y pusiéronse en el acto á trabajar. Nuestra gente los ayudaba, aunque no tenía herramientas, y nosotros, con los oficiales de ingenieros, charlábamos sin dejar de atender á la faena comenzada. No se oía un tiro; por la carretera, que cruza el monte faldeándolo, vimos pasar mucha tropa, y en las alturas inmediatas distinguíamos los batallones que vivaqueaban allí. Al frente, y gracias á unos gemelos magníficos del capitán de zapadores, pudimos ver sobre las lomas y cabezos de las estribaciones de Sierra Mayor algunas trincheras y en su redor multitud de puntitos negros; eran *ellos;* el enemigo que se había retirado á su segunda línea de posiciones.

Aquella inmovilidad nos extrañaba y sorprendía. Sin duda los movimientos combinados de las otras fuerzas habían servido para darnos la victoria sin hacer un disparo. ¡Más valía así! Y si con esto terminaba la guerra, mejor que mejor. Nos sucedía lo que ahora, que estamos ansiosos de que esto acabe, pues cuanto pueda uno recibir no compensa tantos peligros y fatigas. ¿No es verdad?

En los ojos de los oyentes pudo leerse el asentimiento general á este sincero juicio.

V

—Pero á las cuatro ó cosa así oímos de pronto que hacia la derecha, en lo hondo del valle, comenzaba de súbito un fuego de fusilería atroz, y poco después algunos cañonazos. ¿Qué pasaba allí? Sentí extraño presentimiento. ¡Era aquello tan inesperado!

Acudimos en seguida al parapeto, y como desde él no se abarcaba mucho terreno, fuimos dos oficiales, uno de ingenieros y yo, con algunos hombres á situarnos sobre un saliente del cerro desde el cual se divisaría de seguro mejor toda la hondonada. Sí, se veía más campo, incluso dos ó tres pueblecillos, pero imposible era distinguir lo que sucedía en aquella parte. Sólo detrás de una colina cubierta de bosque vimos surgir nubes de humo blanco; allí sin duda se batían. A los veinte minutos el fuego, que había aumentado muchísimo, fué corriéndose por toda la línea, penetrando más, por decirlo así, hacia nosotros. Cualquiera hubiera creído que nos envolvían por la derecha.

Oíamos las descargas de nuestra infantería; no sé por qué, pero me pareció que tenían un timbre especial más seco que las del enemigo. Los cañonazos también eran frecuentes. Había algo de desesperado en aquel fragor. También se estaban batiendo en dos pueblecillos de aquéllos, pues de entre sus casas salía el humo y rumor de tiroteo vivísimo. Esto nos hizo creer que nuestra vanguardia habría atacado á aquellos lugares... Solo que algunos momentos después vimos venir por un trozo de carretera, y en nuestra dirección, una masa de puntos negros. Era allá abajo, pero no cabía duda; aquello debía de ser gente nuestra en retirada. Y casi al mismo tiempo por las alturas, entre las cuales cruzaba aquel camino, aparecieron, no batallones formados ni guerrillas, sino un guerrillón, una nube de hombres que corrían sin hacer fuego. No se retiraban: ¡huían! Tan grave era esto que fuí á dar cuenta á los dos capitanes; al de mi compañía y al de ingenieros. No me querían creer. ¡Imposible! ¡Qué habían de venir los nuestros en dispersión! Sería algún movimiento de la línea de combate. Y disponíanse ya para ir conmigo al punto de observación, cuando más á la derecha, casi á retaguardia y bastante cerca de nosotros, retumbó un cañonazo, y otro y otro y, muchos más, y después violentas descargas de fusilería que en breve se convirtieron en fuego graneado muy intenso. Estaba visto ya; nuestra segunda línea rechazaba al

enemigo. ¿Y si no lo conseguía? ¿Qué íbamos á hacer nosotros allí aislados? ¿Nos retiraríamos? ¡Imposible, no teniendo órdenes! Ansiosos y casi sin ver nada más que las nubecillas de humo y oyendo el fuego de cañón y fusil, cada vez más nutrido, la gente en el parapeto y sobre éste nosotros, los oficiales, hubiéramos querido demoler con la vista aquella arista ó cosa que nos ocultaba al frente y por los flancos el teatro del combate.

Por fin, media hora después, por la senda que conduce al fuerte, vimos venir tropa, jefes á caballo é infantería, y... acémilas, ¿con municiones? Sí, pero otras, y otras... ¿Artillería de montaña? Creímos que sería ó nuestro relevo ó las restantes compañías de mi batallón. Eran el 2.° de Fernando Póo y dos piezas. Venían fatigadísimos y no nos supieron casi dar razón de lo que pasaba. Desde Solancillo, donde se habían acantonado, pudieron oir el fuego de la derecha. Pusiéronse sobre las armas, y poco después el general de su división (2.ª del tercer cuerpo), al recibir el parte que á revienta caballos le trajera un oficial, disponía que rapidísimamente aquel batallón y aquellas piezas, aprovechando un camino de cabras que sube á Castrovillate, viniesen á ocupar el reducto, poniéndolo en estado de defensa y resistiéndose en él hasta nueva orden.

Me enteré luego; fué una inspiración aislada de aquel general, Albiñano. Supo que el primer cuerpo, sorprendido en sus cantones, se retiraba casi deshecho, vió en el reducto de Castrovillate una posición que contendría el fracaso, y sin órdenes de nadie, ni estar aquél en el terreno que ocupaba su división, mandó fuerzas de las suyas á instalarse allí sin saber siquiera si los que subimos á él lo habíamos abandonado.

VI

Pocos minutos más tarde, y reconocidas antes por las avanzadas, penetraron aquellas fuerzas en el reducto. Mi

capitán dudó entre retirarse para reunirse al batallón, según las indicaciones que antes le hiciera el teniente coronel, ó permanecer en el reducto. ¿Si hubiera tenido la seguridad de que las demás compañías estaban aún en el pueblo... Pero ¿y si habían salido de él para tomar parte en la acción? ¿Dónde encontrarlas? De estas dudas le sacó el vivísimo fuego que se rompió en aquel instante, casi al pie del cerro; allí se batía el cobre también; era evidente; los nuestros se retiraban y el enemigo se les venía encima; por las lomas que asomaban más cerca de nosotros apareció espesa nube de guerrillas contrarias, y detrás manchones oscuros que debían de ser sus reservas; no veíamos á los nuestros, ocultos por el relieve del terreno y la fragosidad del bosque, pero sí al enemigo. El teniente coronel de Fernando Póo, á quien ya conocen ustedes, San Martín, habíase hecho cargo rápidamente de la situación; mandó poner las dos piezas de montaña en batería; pero construídas las barbetas para otra clase de cañones, fué preciso que los ingenieros, rápidamente, las modificasen. Al cuarto de hora estaban emplazadas, sin que en ese intervalo hubiésemos cesado de oir el fuego cada vez más nutrido al pie y á los flancos de la montaña, y cerca y lejos y por todas partes, comprendiendo todos que la situación era gravísima, aunque sin saber de cierto lo que pasaba. Solos, abandonados allí á nuestras propias iniciativas, sentíamos extraña ansiedad y sobre todo deseos de conocer si era aquello una victoria ó un desastre. Oficiales y soldados subidos sobre la banqueta y aun algunos de pie encima del parapeto, examinábamos el campo de batalla, de aquella batalla cuyo desarrollo no conocíamos; masas de humo que surgían de las hondonadas y entre la arboleda; algunos fogonazos que nos indicaban la situación de los cañones enemigos; un fragor continuo, incesante, al que el oído se acostumbró muy pronto, y á veces, sobre los claros del terreno, muchos puntos negros que corrían velozmente.

Emplazadas las piezas de montaña hiciéronse con ellas cinco ó seis disparos. ¿Contra quién? Contra unas masas os-

curas que se movían á tres kilómetros sobre el fondo parduzco de las tierras de labor, junto á dos caserías próximas á uno de los pueblecillos inmediatos.

No puedo explicar lo que yo sentía y lo que sentíamos de seguro todos. No hablábamos apenas; sólo una que otra palabra cruzábase á media voz entre nosotros. Algún soldado de vez en cuando soltaba un chiste mofándose del enemigo, pero más bien nos causaba malestar que risa. Teníamos la boca seca y pegada la lengua al paladar; no miedo, precisamente miedo no, sino esa ansiedad nerviosa que acomete en todas las situaciones violentas cuando si algo deseamos es que llegue lo que se espera, por temeroso que fuere, para salir pronto del trance. El teniente coronel, de pie sobre la banqueta en uno de los ángulos de la obra; serio, pálido, no apartaba los gemelos de la dirección en que se esperaba al enemigo; de vez en cuando se volvía para dar á los otros jefes, á los ayudantes ó á los oficiales más próximos alguna orden modificando la colocación de la gente ó relativa al consumo de municiones.—«Soriano, dígale usted al capitán de la segunda que se corra más á la derecha; están muy apretados ahí.—Gutiérrez, no olvide usted lo que he dicho; que apunten al tirar; que no se aturullen.—Abanderado, distribuya usted dos paquetes más por plaza.—¿Y el doctor?—A ver, Mazarredo, ¿dónde estará usted mejor? ¿Detrás de aquel través? Según y conforme. Bueno, póngase usted allí, pero no me quite usted gente. Los cuatro practicantes le bastan á usted, ¡es verdad! la tercera no tiene. Bueno, vea usted si hay en ella algún cabo ó soldado que le sirva.—Abanderado; López, cuidado con las acémilas; á ver dónde están más á cubierto. ¡Ah! la banda;—maestro, que rompan filas y á sus compañías todos; están mejor allí.—Pero ¿y ese cabo acemilero? ¿Dónde va usted? ¿No le han dicho?...—Los dos paquetes esos que los deshagan y los tengan á mano... sobre el parapeto... ¡Pérez! usted, capitán; haga el favor de decirle á Pérez que resguarde también los caballos.—Tú, Machín (á su asistente), aquí, á mi lado.

Y al decir esto, dando un suspiro que no se podía saber si era de satisfacción ó de angustia, descendió del parapeto haciéndonos una señal con el bastón á todos para que bajásemos también. Se conocía que estaban cerca las fuerzas destinadas á atacarnos. No se crea que había cesado el fuego; pero era más débil á la izquierda y el de la derecha parecía más lejano. ¿Nos habrían dejado solos en aquel cerro, al retirarse nuestra división? No lo sabíamos. Ignorábamos lo que ocurría en torno nuestro; comenzaba á declinar la tarde, y aunque nos herían los rayos del sol poniente, éstos no llegaban al fondo de los valles y barrancos; las arboledas iban envolviéndose entre nubes de neblina y no distinguíamos bien los detalles del terreno sino en las lomas y picachos que se destacaban sobre el horizonte.

No sé si he dicho que frente á nosotros estaban los montes cubiertos de carrascal; de pronto, hacia la linde de éste y sobre una masa oscura brilló un fogonazo; poco después oímos una detonación, y luego otra y después otras más muy seguidas. Era una batería emplazada allí para batirnos. De los cinco primeros cañonazos sólo llegó á nuestra vista el fulgor y el estampido; de los que siguieron sentimos silbar sobre nuestras cabezas los proyectiles. Yo, os soy franco, no sé lo que experimenté; sólo puedo compararlo á un escalofrío; bajé la cabeza como la bajaron todos. El teniente coronel dijo algo á uno de los oficiales que tenía junto á sí, y por las filas corrió esta voz: «¡Sentarse! ¡Sentarse!» lo que obedecieron todos, agachándose y tendiéndose sobre la banqueta, con la espalda adosada al talud interior del parapeto, que estaba revestido á trozos con céspedes y en lo demás con unos zarzos bastante deshechos ya, eso donde no se sostenía la tierra mejor ó peor sin revestimiento alguno. Sólo sobre las barbetas construídas para las piezas habían levantado nuestros ingenieros unos espaldones que abrigaban algo á los sirvientes.

En esto dos compañías de Fernando Póo, comenzaron á desfilar saliendo del fuerte. ¿A donde iban? A ocupar las

trincheras sueltas construídas en los dos flancos. Marcharon en silencio, contemplándolas con envidia los que quedábamos allí.

Sin duda no quiso el teniente coronel que nos creyeran muertos ó dormidos y mandó que contestasen al fuego nuestros cañones de montaña. Ví movimiento en la batería y oí la voz de—¡primera pieza! ¡fuego!... y retemblar el aire con la detonación; todos nos incorporamos como si hubiésemos querido ver el efecto del disparo, pero en aquel momento otra granada enemiga silbó muy próxima sobre nosotros y no nos habíamos cubierto del todo otra vez cuando allá, en la izquierda del reducto ví saltar por los aires una masa de tierra y que hacia allí corrían el ayudante y algunos soldados. Sin duda cayó, enterrándose en el parapeto, un proyectil. La cosa iba, pues, de veras. ¡Y tan de veras! A los pocos minutos estaba yo medio distraído (aunque sin perder el miedo ó lo que fuese), cuando me sacó de mi abstracción un estampido en el centro del reducto; había estallado una granada, y entonces sí que verdaderamente me aterroricé, como creo que se aterrorizaron los demás; hubiera querido poder escapar de allí corriendo. Por un impulso instintivo nos dirigimos todos á aquel lugar, donde disipado el humo, aparecían dos ó tres hombres por el suelo.—¡Quieto todo el mundo!—dijo el teniente coronel con voz no muy fuerte pero enérgica, y eso nos sujetó contra el parapeto. Desde mi sitio ví que el médico y varios soldados levantaban á dos de los que yacían por tierra, un cabo y un corneta, no sé si muertos ó heridos; el tercero, sujetándose un brazo, se incorporó á duras penas y fué con ellos á curarse tras el espaldón.

Pero apenas me había dado cuenta de esto, cuando muy cerca de donde yo estaba oí la segunda detonación; otra granada había reventado, pero fuera, sobre el parapeto; una lluvia de tierra cayó sobre nosotros... Yo creo que temblaba; hubiera preferido verme en el campo, á pecho descubierto tomando trincheras una tras de otra. Y pienso que á todos nos ocurría lo propio, incluso al teniente coronel de Fernando

Póo, que lívido como un muerto, con el bastón de mando cogido por el puño con la mano derecha y junto á la contera con la izquierda, lo apretaba sobre sus muslos nerviosamente, mordiéndose los labios.

Nuestros cañones contestaban, pero no nos cuidábamos ya de ver á dónde iban á parar sus proyectiles.

Comenzaba á oscurecer, cada vez sentíamos más cerca el silbido de las granadas sobre nuestras cabezas; á lo lejos los cañonazos de las baterías contrarias (eran ya dos; una que nos batía de flanco), el reventar de los proyectiles huecos, y los disparos de nuestras piezas de montaña.

Pero lo más horroroso fué cuando en lo alto, encima de todos nosotros sentimos un violentísimo estampido y enseguida, como si cayera enorme granizada en el reducto. Tiraban con *shrnapells* (1), con espoleta de tiempos y habían tenido la buena puntería de hacer estallar uno de esos proyectiles sobre el fuerte.

Yo no sé lo que ocurrió entonces; ví movimiento en todos los lados de la obra, oí gritos desgarradores, y miré como rodaban unos cuantos hombres por el suelo, heridos ó aterrorizados. Mi capitán, el pobre Martínez Serrano echó un taco redondo y se puso de pie.

—¡Esto ya no se puede aguantar!—dijo.—¿Qué hace ese pedazo de bruto que no nos echa fuera? Nos van á abrasar aquí. ¡Alférez, vea usted si hay alguna baja en la compañía!

Inclinado, cubriéndome con el parapeto, seguí á lo largo del sector que la compañía ocupaba, casi pisando las alpargatas de los hombres, que sentados en tierra, inmóviles, con extraña expresión de espanto los unos, de indiferencia otros, de aturdimiento los más y aun en algunos de fingido valor, permanecían. Ni uno solo había sido tocado, por fortuna; pero en aquel instante junto á mí, sostenido por dos compañeros suyos, pasaba un oficial de Fernando Póo.—«¡Ay madre! ¡Ay madre!»—iba exclamando, y solo pude oir que uno de

(1) Granada metralla.

ellos le decía:—«¡No es nada, Rafael; esto no es nada!...»—porque en aquel momento estalló otra granada dentro del recinto y luego otra y ya dejé de comprender lo que sucedía en torno mío. Durante más de cinco minutos permanecí pegado de espaldas al parapeto, con los ojos cerrados, oyendo á mi alrededor gritos, lamentos, interjecciones, disparos de cañón y las detonaciones de las granadas al reventar. Nunca he sentido terror semejante. Me parecía que no íbamos á quedar uno con vida y perdí la noción del tiempo y de cuanto me rodeaba. En esto, sentí caer sobre mí una masa golpeándome con fuerza en el pecho y los muslos. Era un soldado de los que junto á mí estaban sentados en la banqueta. Al sentirse herido se había incorporado automáticamente viniendo á desplomarse después sin dar un grito.

Abrí los ojos y lo ví que, resbalando de mis rodillas, rodaba por el talud de la banqueta; mientras que su fusil, despedido con fuerza, iba á caer á gran distancia sobre otro soldado muerto. No se me olvidará nunca este cuadro; ni que en el mismo instante llegó á mis oídos el rumor de fusilería no muy lejano hacia los flancos y el frente. Comprendí en seguida, pues en tales ocasiones se avivan mucho los sentidos, cómo la gente que mandó el teniente coronel á ocupar las trincheras se estaba batiendo; es decir, que el enemigo venía ya sobre nosotros. ¿Pueden ustedes creer que me alegré? Así saldríamos de una vez de aquella situación horrible.

—¡Arriba todo el mundo; carguen y oído á mi voz!, dijo, no sé desde dónde, porque no pude verlo, el teniente coronel San Martín; y cual movidos por un resorte nos incorporamos todos; oí el ruido metálico de los obturadores al ser abiertos para dar entrada á los cartuchos en la recámara; y ví que los hombres ya de pie, pero con el cuerpo doblado para ocultar la cabeza, cargaban apresuradamente; escuchábase cada vez más vivo el tiroteo á la parte de afuera, y los disparos de nuestra batería, pero me pareció que no caían ya granadas en el reducto á pesar de que aún zumbaba á lo lejos el cañón enemigo. Sin duda no tiraban al fuerte por estar los suyos

cerca de él. Era ya casi de noche; me había asomado al parapeto y apartaba la vista del interior de la obra y el pensamiento de cuanto allí dentro pasaba, para fijarlo todo en lo que viniera del frente; sentía aún ganas de correr, pero casi más bien hacia adelante, á encontrar á aquellos pillos, que no huyendo. Y á todo esto me había olvidado ya de mis compañeros y de la tropa y del mundo entero. Sólo durante unos segundos me pareció ver á mi familia, estar entre ella, allá en mi casa, junto á mi madre; y luego me ví en la Academia, en clase; pero todo así, muy confuso, sin que nada se me grabase en la imaginación. Recuerdo, sí, que me dió coraje la cara tonta de miedo que tenía un cabo; no me acuerdo como se llamaba; lo ví al lado mío, con los ojos muy abiertos, mirando al campo y temblándole las manos sobre el fusil. Me acometieron ganas de pegarle.

VII

—Pero no tuve tiempo.—¡Que no se dispare un fusil hasta la voz de fuego!—¡No tirar!—¡Que no tiren!—eran los gritos que corrían de un punto á otro de la obra.—Ví que algunos compañeros habían desenvainado los sables, y yo saqué el mio sin dejar, me acuerdo muy bien, la *cachaba* que me servía entonces para trepar vericuetos. Al frente se veía una línea de fuego; allí, muy cerca; debía de ser el de nuestras compañías; pues más lejos, al pie del monte, disparaba con mucho más vigor el enemigo. Poco á poco, ese fuego fué corriéndose hacia los flancos; unos bultos cruzaron ante nosotros, y oimos voces que nos gritaban:—¡Ahí vienen! ¡ahí están!—eran algunos de los nuestros que se recogían al reducto, trepando á él por los taludes, mientras los demás lo rebasaban por donde podían. Algún tiro que otro se oía sólo hacia esta parte; mas fuego, según he dicho, por derecha é izquierda.

En este momento ví crecerse la figura del teniente coronel San Martín, quien subido sobre un montículo de tierra

casi en el centro del reducto, hizo que el cornetín de órdenes lanzara á los aires el prolongado toque de «silencio». Todos volvimos hacia aquel jefe nuestros ojos, por instintivo movimiento, sin abandonar nuestra situación; había desenvainado también la espada y hecho que el abanderado desenfundase la bandera y la trajese allí, junto á él. Olvidándonos por un instante del peligro y de cuanto ocurría á nuestro frente, pusimos atención á sus palabras:—Soldados:—le oimos decir—segundo de Fernando Póo; cazadores de Treviño; artilleros: ¿Véis esta bandera? es la de la Patria... es la que habéis jurado defender hasta morir. ¿La abandonaremos ahora? No, nunca; estoy seguro. El enemigo viene al asalto. He prometido en nombre de todos al General en jefe que no pisará el reducto. Muchachos... hijos míos... hay que cumplir esta palabra; hay que dejar como siempre el nombre de vuestros regimientos. Ánimo, pues; apuntar bien y bajo cuando lleguen esos malditos... y... ¡Viva España!

Sólo al viva contestamos todos; yo, soy franco, con los ojos llenos de lágrimas y sintiéndome estremecer de entusiasmo. Parecían transfigurados todos los semblantes por aquella arenga, cortada, incorrecta, sin ilación, pero en la que sentimos palpitar la terrible elocuencia de las batallas. —Señores oficiales—añadió después en otro tono de voz:—espero que todos ustedes cumplirán con su deber. Y que dejen en el sitio al que ceda ó se esconda, si hay alguno.

Al volver la mirada al campo vimos que frente á nosotros, á cosa de trescientos metros y ya entre la obscuridad de la noche que cerraba, adquiría movimiento la superficie del terreno: sí; allí había algo; y antes de que nos diéramos cuenta de ello, encendióse toda aquella línea; una descarga horrible rompió nuestros oídos, y en el acto, sin que pudiésemos sentir silbar las balas enemigas ni ver quienes de nosotros caían, nuestros hombres, á la voz de «¡Fuego!», dada y repetida por otras voces y aun por las cornetas, comenzaron á tirar apresuradamente. El cabo tonto se echó el fusil á la cara, alzándose sobre el parapeto y tiró, agachándose después para

cargar, y así una vez y otra y otra; y todos cuantos estaban á mi alrededor, y yo lo mismo, que sin darme casi razón de lo que hacía, cogí un fusil que ví en el suelo, le pedí un paquete al corneta que estaba á mi lado y cargué, doblándome al hacerlo, para esconder la cabeza y tirando rápidamente, sin apuntar, desde la cresta de la obra. Esto me cambió: tenía verdadera rabia; hubiera querido de cada tiro matar un contrario; yo no sé si lo que sentía era valor, creo que no, sino miedo, afán de guardar mi piel, destruyendo á los que la amenazaban.

Aquello era el infierno; nadie se daba razón de nada; ni de quién moría, ni de lo que pasaba al frente: tirábamos nosotros sin cesar, pegados todos al parapeto, Jefes, Oficiales y tropa; el que caía, caía sin que ninguno se cuidara de él; un grito, un cachapazo, apenas perceptible todo entre el fragor de la fusilería nuestra y de la contraria, pues también tiraban ellos, después que como un alud habían venido sobre nosotros, medio ocultos entre las sombras.

Pero habían caído muchos sin duda y no pasaban adelante; echados en tierra nos abrasaban con su fuego. Hombre hubo que al levantar un palmo la cabeza sobre la cresta del parapeto para tirar, cayó redondo. El silbido de los proyectiles era horroroso, pero casi no lo atendíamos. Poco á poco fueron cesando de tirar ellos, y después sonó el toque de «alto el fuego» en el reducto.

Entonces respiré. Por un impulso maquinal comenzó la tropa á abandonar su puesto para ver lo que había sucedido; pero el Teniente Coronel se echó encima, y á voces y aun sablazos de plano la obligó á volver á su lugar.—¡Quieto todo el mundo!—gritaba.—¡A sus puestos! Señores Oficiales, ustedes me responden de que no se mueva nadie. ¡A ver! abanderado, todos los cajones de cartuchos que queden, al parapeto; repartirlos; que los deshagan.

—Señores Oficiales—añadió después más quedo,—hagan ustedes el favor...—Y obedeciéndole nos llegamos todos á donde él estaba, en uno de los ángulos; yo, al pasar, pisé una

masa blanducha; era un muerto; y oí quejarse á varios heridos; otros no se quejaban, procurando curarse por sí mismos, ó unos á otros.

—Oigan ustedes: esta retirada del enemigo es para volver á atacarnos. No podemos ni debemos salir de aquí. Resistiremos hasta que no nos quede un cartucho; después, á la bayoneta, á abrirnos paso. No necesito decirles á ustedes más. La gente que economice las municiones; recoger los cartuchos de los muertos y de los heridos. Vean ustedes si pueden enterarse de cuántos hay. Y de Oficiales ¿quienes faltan?

¡A ver! ¿Primera?...

—No hay novedad—contestó su capitán.

—¿Segunda?

—Falta el capitán. No sé si habrá muerto—dijo un teniente.

—¿Tercera?

—Muerto el teniente Sánchez; herido Sepúlveda; de los demás no sé, pues sólo hemos podido entrar unos pocos soldados y yo en el reducto—contestó otro capitán.

—¿Y la cuarta?

—No hay nadie de la cuarta. No sé si habrá entrado algún individuo; Oficiales ninguno—dijo el Ayudante.

La tercera y cuarta eran las que salieron al frente.

El Teniente Coronel San Martín, que es, ya lo conocéis, joven, bajito, nervioso y delgado, parecía entristecido y sumamente preocupado. Alzó la cabeza después para decir:—¡Ah! ¿y la compañía de cazadores? ¿Qué oficiales tiene?—Miré en derredor mío y ví solo á Llorente.

—¿Y el capitán de ustedes?

—No sé—respondí fija con ansiedad la vista en mi compañero.—Este dió una voz preguntando:—Sargento López, ¿y el capitán?

—¡Muerto!—replicó secamente el sargento.

Y no se habló más.

VIII

Ni hubiéramos podido hablar, porque se notó entonces otra vez agitación en el parapeto; volvía, á no dudar, el enemigo. Todos acudimos á nuestros puestos. La gente estaba mejor preparada que antes; el relativo triunfo la había reaccionado; se sentía segura allí, sobre todo desde que cesó la artillería enemiga en sus disparos. La obscuridad de la noche hacía imposible que siguieran éstos.

Yo me figuré que no nos atacarían hasta la madrugada, á no ser que, más avanzada la noche y cuando nos creyeran fatigados, tratasen de sorprendernos, pero no fué así. Sin duda les urgía posesionarse de aquella posición ó confiaban demasiado en su fuerza, porque nos atacaron otra vez. No repetiré lo que sucedió; fué lo mismo que antes, sólo que eran ellos más, muchos más, y algunos llegaron al glasis y desde él, tendidos en tierra nos hacían fuego. Los veíamos sólo al resplandor de los fogonazos; y luego bajar al foso; y de improviso sentí gritar á los nuestros y los ví agolparse hacia la extrema izquierda del frente que yo ocupaba. Corrí á aquel lado, mientras hacía lo propio el Teniente Coronel, desde su puesto.

Sí, asaltaban; querían entrar por allí, y á la vez por otro ángulo, más á retaguardia. Ocultas en la sombra y mientras los de los frentes nos entretenían tiroteándose con nosotros, dos columnas se habían ido acercando hasta lanzarse al foso las cabezas de ellas é intentar el asalto. Nuestro fuego no los detenía; yo, al llegar ví sombras que trataban de ponerse en pie sobre el plano de fuegos, algunas caían hacia atrás; nuestros soldados parecían apelotonarse aturdidos; yo también sentía paralizarse la sangre en mis venas; no obstante, como llevaba el fusil cargado, disparé, no sé contra quién y esto me alentó. Sentí caer junto á mí un soldado muerto, y de pronto ví que el cabo aquel de la cara atontada se subía al parape-

to y tiraba hacia el foso; sin saber por qué, hice lo mismo, subir al parapeto y así otros de mis cazadores. Dos ó tres cayeron, pues los enemigos contestaban; pero nosotros disparábamos al fondo del foso. De improviso, más á la derecha, ví un bulto que escalaba y venía á alzarse á pocos pasos de mí. Debía de ser uno de ellos; sí, y otro tras él. No puedo daros cuenta, ni pude dármela entonces de lo que pasó allí. Sólo sé que me sentí cogido por unas manos forzudas, que dí un golpe no sé contra qué ni contra quién con el fusil; que estuve forcejeando con un hombre, y que de súbito lo sentí desprenderse de mis brazos y desplomarse en el vacío, mientras caía yo también hacia atrás con un dolor muy vivo en el codo derecho. Así rodé al interior del fuerte, cayendo sobre la tierra blanda y sobre cuerpos humanos. Me levanté enseguida, y sin ros ni espada, acudí al montón de hombres que defendía aquel punto; no podía pasar entre ellos, pero pasé por fin; recuerdo que llevaba el revólver en la mano, sin acordarme de cuándo ni cómo lo saqué, y que disparé los seis tiros maquinalmente. Pero ya el enemigo se debía dar por rechazado, pues tiraba de más lejos, y el Teniente Coronel mandó bajar la gente que se había subido al parapeto. La noche era obscurísima. Los nuestros seguían disparando con más lentitud, mientras á la derecha, hacia el fondo del valle, tronaba un fuego vivísimo.—¿Qué? ¿Qué sería? ¡Ah! sí, —nos dijimos todos;—los nuestros que atacan por allí al enemigo; el desquite de la jornada de la tarde.»

JUAN DE LAPOULIDE.

(Continuará).

LA VERDAD SOBRE LA CUESTIÓN DE LOS VINOS

Es opinión corriente en nuestro país y afirmación generalmente sostenida, la de que la viticultura es la principal y casi única riqueza de España.

Una masa importante de la opinión, alentada por la mayoría de la prensa, lo proclama así, y hasta en las altas esferas del Gobierno dominan estas corrientes, pasando como artículo de fe, tal afirmación.

Temeraria ha de parecer á muchos la pretensión de combatir una tendencia tan arraigada y extendida; pero como la verdad no deja de serlo por el mayor ó menor número de los que la posean, y como la lógica de los números es incontestable, pretendemos, en este modesto trabajo, demostrar, sin galas de ingenio, pero con razonamientos hijos de larga experiencia, que la viticultura, lejos de ser, como se pretende, la principal y única riqueza española, será, con el tiempo, causa de pobreza y ruina para la agricultura del país.

He aquí nuestro razonamiento:

En primer lugar, y como punto de partida, hemos de dejar bien sentado un hecho de todos conocido, cual es el de que, á partir del año 1879 hasta el pasado de 1891, la viticultura ha atravesado un período de prosperidad y riqueza tales, que si cabe imaginar, con optimismos tal vez exagerados,

bienestar parecido para lo futuro, no cabe sin embargo, esperar circunstancias más favorables de las ya alcanzadas. Tenemos, pues, un período de trece años, propicio en grado sumo para el desarrollo de la producción que nos ocupa, por las facilidades que para la exportación existían y por el elevado precio que los caldos habían obtenido. Un período tal, que difícilmente podrá llegarse en el porvenir á otro análogo.

Veamos ahora los resultados; analicemos lo que en este tiempo hicieron los viticultores; qué progresos alcanzaron; qué ventajas, en suma, obtuvieron de momentos tan favorables. Desgraciadamente el éxito industrial, valga la palabra, no correspondió, ni con mucho, al medio en que la producción se desenvolvía; medio que como queda dicho, no podía ser más propicio para un considerable y rápido crecimiento. Si en 1879 exportábamos mostos mal elaborados, con mezcla de alcohol que disimulaba sus pésimas condiciones, mostos exportamos hoy, mostos hemos exportado durante los trece años transcurridos y, lo que es más doloroso todavía, mostos seguiremos exportando el día en que el comercio exterior de vinos sea posible y remunerador.

¿Qué han hecho en tanto los viticultores? Cerrar los ojos á la luz de la verdad, insistir en primitivos errores, plantar y plantar vides para producir mucho mosto, exportarlo en el año, obteniendo con ello un buen beneficio para colono, agricultor y propietario. Pero ¿qué mejoras han introducido en la fabricación? ¿Por qué en lugar de exportar una primera materia transformable con gran beneficio no se han cuidado de elaborar el producto concluído? ¿Por qué en vez de ensanchar como lo han hecho hasta un límite absurdo sus plantaciones, no han empleado su capital y su inteligencia en la obtención de verdaderos vinos para el consumo, que pudieran venderse á buenos precios? ¿Por qué han llegado al estado actual de incertidumbre y angustia, sujetos á las inseguridades de una negociación diplomática y atenidos á la venta de una materia prima que no saben ni pueden elaborar? La codicia imprevisora ha sido el principal factor de la situación presente.

Se ha vivido al día; nadie ha pensado en el porvenir ante el deslumbramiento producido por un presente halagador y risueño, y al cesar éste, como no podía menos de ocurrir, las lamentaciones han ensordecido los aires; se han circulado mil y mil disparatadas panaceas para salvar á la viticultura amenazada y todo sacrificio resulta pequeño para lograr este objeto, pareciendo ahora que en España no hay otra cosa que viñedos, que sólo el vino es de producción nacional y que, comparados con él todos los demás productos de nuestra agricultura y de nuestra industria, sólo deben servir para ser sacrificados á las exigencias extranjeras en futuros Tratados de Comercio, con tal de obtener alguna ventaja, por pequeña que ésta sea, á favor de nuestros vinos.

Pero claro es que si de manera natural y en épocas favorables para el desarrollo de la vinificación no han querido, ó no han podido, los viticultores colocarse á la altura que las circunstancias favorables permitían y hacían esperar, menos han de lograrlo ahora artificialmente, en momentos adversos, por más tentativas que se hagan y á pesar de cuantos sacrificios estériles y dolorosos se impongan. Porque, y esto es de evidencia, para el desarrollo de la vinificación, el primero y más importante factor es el capital; capital que si no se destinó á este objeto en épocas de prosperidad, abundancia y buenos beneficios, menos ha de emplearse, seguramente no se empleará, en momentos difíciles y poco bonancibles, como son los presentes.

¿Qué era, pues, lo que á nuestro juicio debería haber hecho el viticultor? Entendemos que en lugar de exportar 9 millones de hectolitros de mostos, mal vendidos á razón de 15 á 16 pesetas cada uno, precio que ha obtenido el viticultor en este año; en vez de cuidarse sólo del aumento de las plantaciones, ensanchando siempre la producción, debería haberse preocupado antes que de producir mucho mosto, de producir, aunque en menos cantidad, vino en condiciones aceptables de elaboración; y aunque sólo hubiese obtenido 2 millones de hectolitros de buen vino, los hubiera podido vender á razón

de 80 y 100 pesetas, y hoy no se vería amenazado por la ruptura de un Tratado de Comercio, puesto que los vinos á estos precios, y en estas condiciones, dada la demanda que de ellos hay con y sin derechos arancelarios, con y sin facilidades para la exportación, hubieran podido venderse ventajosamente en los mercados extranjeros. Y si hubiera ido conservando, durante los últimos años parte de sus cosechas destinándolas á la elaboración, podría hoy acudir á los mercados europeos que consumen vinos y no mostos, y la situación presente no le causaría preocupación alguna, pues tendría ya asegurada la salida de su producto, acreditado con previsión y constancia. Es de tener muy en cuenta también que el conflicto actual pudiera haberse presentado por motivos diferentes de los que hoy le ocasionan.

Limitados, como estamos, á la exportación de mostos verdadera materia prima para la confección de vinos, mostos que, en su mayor parte, por no decir en su totalidad, hemos enviado á Francia, al cerrársenos este mercado hoy, por la ruptura del Tratado, la situación se ha hecho difícil y grave; pero, y esto es lo que ahora nos proponemos hacer constar, el mercado francés puede cerrársenos además por otra causa; por la curación de la filoxera que padecen sus viñedos, por ejemplo, pues, aumentada en tal caso la producción vitícola francesa, claro es que deberían necesitar menos mostos de España, y he aquí, por tanto, una nueva manera, posible y tal vez no lejana, de reproducirse el conflicto actual, aunque se logre la celebración de Tratados. Y si la filoxera no desaparece del viñedo francés, se extenderá por el nuestro, ya invadido hoy, y claro es que en este caso el conflicto sería de peores consecuencias por ser más irremediable.

Digno es también de tenerse en cuenta, que cada día es mayor el crecimiento y desarrollo que va adquiriendo en Argelia y Túnez la producción vitícola, producción, que, dadas las circunstancias presentes y la mayor tolerancia admitida para el encabezamiento de los vinos en la vecina Francia, puede ser y será á buen seguro, una rival temible de la nuestra.

¿Cuál es el resultado de todas estas consideraciones que dejamos apuntadas, si no el de que, aún lograda la reanudación del Tratado, no llegaremos jamás á alcanzar la cifra antes obtenida de 8 á 9 millones de hectolitros de exportación á Francia? Y como al propio tiempo nuestra producción vitícola ha ido creciendo de día en día, resulta como consecuencia necesaria de todo lo dicho, que el sobrante de ella que no pueda consumirse en el país, ni exportarse á Francia, gravará constantemente el mercado, produciendo este aumento de oferta, frente á una demanda mucho menor, un baja grande en el valor de los caldos y un precio, por lo tanto, para el propietario de las viñas, poco remunerador.

En confirmación de todo cuanto llevamos dicho, conviene recordar lo ocurrido en España desde los años 1868 á 1878. Entonces sólo Cataluña producía vinos para la exportación, pues las demás provincias productoras se limitaban á subvenir sus propias necesidades, llegándose, en los años de gran abundancia, á *tirar* el vino materialmente. Se fabricaba además todo el alcohol vínico necesario para el país, y nuestras exportaciones á América eran poco más ó menos iguales á las de hoy. Sin embargo de esto, el precio mayor alcanzado por los vinos, fué de 4 á 18 pesetas el hectolitro, habiendo llegado á venderse á 1,25 peseta, según sus clases y aplicación. Imagínese, pues, cuál va á ser el porvenir que á nuestra viticultura espera, sin el mercado francés, con el encarecimiento sufrido en la mano de obra desde 1868 á hoy, con una producción muchísimo mayor á la que entonces se alcanzaba, y con un consumo no aumentado en proporción á este desarrollo.

***

Veamos ahora cuál es hoy la verdadera producción de vino en España. Para lograrlo, analicemos la cantidad que se consume en el país, y una vez logrado esto y sumada la can-

tidad que resulte con la exportada según los datos oficiales, obtendremos la cifra exacta de producción, toda vez que en España no se conserva el vino en las bodegas de unas cosechas para otras.

Tomando por base de nuestro cálculo el consumo de Barcelona y Madrid, base exagerada en contra de la demostración que intentamos, pues claro es que el consumo por habitante ha de ser mucho mayor en las dos capitales citadas que en el resto de España, resulta lo siguiente.

Barcelona introdujo por los fielatos, según datos oficiales, 180.000 hectolitros de vino común y generoso en el año económico de 1890-91. Añadiendo á esta cifra 50.000 hectolitros por el vino introducido fraudulentamente y por el fabricado con agua y alcohol, tendremos para Barcelona un consumo de 230.000 hectolitros de vino. Siendo la población de esta ciudad de 320.000 almas, resulta un consumo por habitante de 72 litros de vino. Ahora bien; si 320.000 habitantes consumen 230.000 hectolitros, ó sea 72 litros cada uno, suponiendo, y repetimos que el cálculo es muy exagerado, que el resto de España consuma en igual proporción, obtendremos para 17 millones de españoles un consumo de 12.240.000 hectolitros de vino.

Madrid, según datos también oficiales, consumió en el año 1890 á 1891, unos 270.000 hectolitros de vino común y generoso. Añadiendo, como el cálculo anterior, los vinos que hayan podido producirse artificialmente y los que no hayan pagado derechos de consumos, que fueron seguramente en cantidad mayor que los introducidos en Barcelona, si bien la de vinos fabricados artificialmente debió ser mayor en Madrid que en dicho punto, resulta que debemos añadir á la cifra indicada 75.000 hectolitros; lo que nos da un total de 345.000 hectolitros que, entre 500.000 habitantes, ofrecen un consumo de 69 litros por habitante, ó sea para toda España 11.730.000 hectolitros. Podemos, pues, tomar la cifra de 12 millones de hectolitros como consumo exagerado, repetimos, de vino natural en el país.

Añadiendo á esta cifra el promedio de la exportación en los últimos años, ó sea 9 millones, obtendremos una producción total de vino común en España de 21 millones de hectolitros. Es de hacer notar que el año 1890 á 91 es el de mayor introducción de vino en Barcelona; y en Madrid resulta dicho año como un promedio de los tres anteriores de 1888 á 91.

Para desvanecer cualquiera duda respecto del cálculo que llevamos hecho, y toda vez que de los dos elementos que han entrado á formarle, el uno ó sea la cantidad de vino que se exportó por estar tomado de la «Estadística de comercio de España», no se presta á discusiones, vamos á robustecer el segundo, ó sea el de la cantidad de vino que en nuestra patria se consume, y pretendemos lograrlo comparando la cifra de 82 millones de hectolitros de vino, que hemos supuesto consumidos en España, con la de 45 á 50 millones de hectolitros consumidos en Francia.

España cuenta con 17 millones de habitantes, y la República vecina con 36 millones; pero Francia, por la mayor riqueza general del país, por consumirse allí los vinos de menos graduación, lo cual duplica el consumo, por el desarrollo de su industria, que satisface buenos y seguros jornales á los obreros, que beben vino en su casi totalidad, tiene, naturalmente una cifra de consumo anual por habitante mucho mayor que la de España. Pues bien; si los franceses consumen anualmente 45 á 50 millones de hectolitros, no puede tacharse de corto sino antes bien, de muy exagerado el cálculo anterior de un consumo de 12 millones de hectolitros de vino para 17 millones de españoles; 12 millones que, sumados á los 9 millones que se han exportado, según datos oficiales, nos dan un total de 21 millones de hectolitros de vino como producción anual en España.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el verdadero precio de esta producción? ¿Qué resultado ha ofrecido? Fácil es saberlo. Habiéndose producido 21 millones de hectolitros de vino y habiendo sido su precio medio, en el último año, de 15 pesetas, entre el destinado á la exportación, consumo interior y des-

tilerías de vino, el producto total de todo el obtenido en el país, alcanza la cifra de 315 millones de pesetas.

Tenemos, por tanto, una producción anual de vino común en España de 21 millones de hectolitros que, en venta, dan un total, según los precios corrientes, de 315 millones de pesetas.

No es difícil comprender que este minucioso examen que de la riqueza vitícola de España estamos haciendo, va encaminado á compararla con otras producciones nacionales, y en vista del resultado que la comparación arroje, llegar á la conclusión de si el vino es, como se pretende generalmente y se sostiene por la mayoría de nuestros hombres de gobierno, la principal y única riqueza de España, por cuya salvación deben intentarse todos los remedios, hasta los más dolorosos y absurdos. Nosotros entendemos que no es así; nosotros entendemos que no sólo hay en España producciones de tanta ó mayor importancia que la vitícola, sino que, de la situación actual de ésta, ella misma es la única y sola responsable.

Conviene, antes de seguir más adelante, dejar consignado que, al hablar de vinos, nos referimos á los comunes, á los mostos que se destinan á la exportación y á los consumidos en el país; pero no á los vinos añejos de Jerez, Málaga, etcétera, etc., que constituyen una fuerte y poderosa industria, cuya situación presente no es precaria ni mucho menos, como no lo sería la del resto de los viticultores si en lugar de haberse pasado los años prósperos cantando, como la cigarra de la fábula, hubiesen prevenido con asiduidad é inteligencia las malas circunstancias que hoy lamentan, para cuyo remedio piden el sacrificio de media España.

Decíamos antes que no es, á nuestro juicio, la viticultura la principal riqueza del país. Vamos, en demostración de lo dicho, á exponer en muy pocas líneas lo que supone y representa, para nuestra patria, la producción de trigos (prescindiendo de los demás cereales), y se verá cómo en España hay algo más que vino, y ¿por qué no decirlo? algo que vale muchísimo más también.

Adoptando el mismo sistema que hemos empleado para conocer el consumo y producción de vino en España, vemos que, durante el año económico de 90 á 91, se han introducido por los fielatos de Barcelona, según datos oficiales, 31.433.574 kilogramos de harina.

Suponiendo que se hayan introducido burlando el derecho de consumos 1.566.426 kg., ó sea un 5 por 100 aproximadamente, resultaría que Barcelona ha consumido en un año 33 millones de kg. de harina.

Para producir 100 kg. de harina panificable se necesitan unos 145 kg. de trigo, dado que cada 100 kg. de este cereal produzcan unos 69 kg. de harina. El rendimiento en una fábrica bien montada llega hasta 74 por ciento de harina panificable; pero como la mayoría de las fábricas y molinos que hoy existen en España dejan mucho que desear en cuanto á su perfección, logrando sólo rendimientos de 62 á 70 por 100, tomaremos como término medio el 69 por 100.

Tendremos pues, que si 69 kg. de harina suponen 100 kg. de trigo, 33 millones de harina supondrán 47.826.231 kg. de trigo, que divididos entre 320.000 habitantes que Barcelona tiene, corresponderán aproximadamente 150 kg. por habitante ó sean uno y medio quintales métricos. Tomando ahora como base el que todos los españoles consuman igual cantidad, resulta que 17 millones de habitantes á 1 1[2 quintales métritos producen un consumo total de 25.500.000 quintales métricos de trigo.

Hay que advertir que seguramente, el obrero catalán consume menor cantidad de pan, debido á que la alimentación es muy variada en Barcelona; que allí se consume carne, pescados, patatas, arroz, habichuelas, garbanzos y toda clase de hortalizas y legumbres, y esto reduce mucho el consumo del pan; en tanto que en el resto de España el principal alimento del obrero es el pan, por lo que se debe suponer que el consumo es mucho mayor de 25.500.000 quintales métricos.

Se han introducido por los fielatos de Madrid, durante los

dos años económicos de 1889 á 90 y 1890 á 91, 583.114 quintales métricos de trigo y 386.558 quintales métricos de harina, los que representan en conjunto, tomando por base los mismos cálculos adoptados anteriormente, 1.173.342 quintales métricos de trigo en dos años ó sea 571.672 en un año. Añadiendo un 25 por 100 por introducción fraudulenta, tendremos que Madrid ha consumido en un año 714.590 quintales métricos de trigo ó sea, por habitante, unos 143 kg. Conviene hacer notar que en Madrid es mucho mayor que en Barcelona el fraude que se comete al introducir el trigo y la harina. Pues bien: á razón de 143 kg. de trigo por habitante que se consume en Madrid, y suponiendo que todo el resto de España consuma igual cantidad, nos encontramos con que 17 millones de habitantes consumirán 24.310.000 quintales métricos de trigo. Es de suponer por los mismos motivos, respecto de Barcelona apuntados, que el resto de España consuma mucho más pan que los habitantes de Madrid, y por lo tanto podemos considerar como bajo el consumo total de España al fijarlo en 25 millones de quintales métricos.

Durante los últimos cinco años, hemos importado del extranjero un promedio anual de unos 2 millones y medio de quintales métricos de trigo, incluso la harina transformada en dicho grano, cantidad que, deducida de los 25 millones dichos, nos dará un resultado de 22.500.000 quintales métricos de trigo, que es lo que se produce en España. Añadiendo á esta cantidad unos 3 millones y medio de quintales métricos empleados en la sementera, y la exportada que es, según datos oficiales, 400.000 quintales métricos, resulta un total de quintales métricos 25.900.000, que á 25 pesetas, precio medio que ha tenido el quintal métrico este año, dan un valor en venta á este artículo de 647.500.000 pesetas.

Poseemos, por tanto, en España, una producción de vino de 21 millones de hectolitros, cuyo importe es de 315 millones de pesetas, frente á 25.900.000 quintales métricos de trigo cuyo importe es de 647.500.000 pesetas; lo cual da una diferencia á favor del trigo de 322.500.000 pesetas. Esto sin contar

los demás cereales y legumbres, aceites, etc., que valen tanto ó más que la decantada producción vitícola.

Es muy sensible, que durante estos últimos años, hayamos tenido que importar fuertes cantidades de trigo: todo ello se debe á que los agricultores, alucinados por el gran beneficio que se obtenía de las viñas, abandonaron el cultivo del trigo, que es, sin embargo, y bajo todos conceptos, más lucrativo que el de la vid, máxime si el producto de ésta se destina á la caldera. Ahora que existen en España derechos elevados sobre el trigo, y visto el desastre de las viñas, es de esperar que aumentará considerablemente el cultivo de aquel cereal, y no tendremos que ser tributarios del extranjero, y hasta podremos aspirar á ser exportadores.

¿Qué ventajas obtendremos de poseer mucho vino y á bajo precio, si nos falta el pan que habremos de pagar á precios muy elevados? Lo primero que debe buscar una nación, y en particular la nuestra, es producir todo el trigo necesario para su consumo, procurando obtenerlo con la mayor economía posible, sin acudir para sus necesidades al extranjero, y logrando que las clases obreras consuman mucho pan, que es la base de su alimentación. En años de gran cosecha en el país, no hay duda que se consume mucho más pan, porque el trigo está al alcance de todos, y muchas gentes no tienen necesidad de comprarlo, porque lo cosechan ellas mismas.

Se ha notado que en los años de abundancia, aunque los precios hayan sido poco remuneradores, como sucedió en 1872 y 1873, las industrias de Cataluña trabajaron más que nunca y se desarrollaron en gran escala, á pesar de la guerra civil que nos destrozaba. En cambio, en 1885-86-87 y 88 la industria catalana atravesó un período de dura crisis, no obstante alcanzar entonces el vino precios fabulosos; y todo ello por haberse obtenido muy malas cosechas de cereales, que son, sin disputa, las que dan la riqueza al país, y no la del vino, como equivocadamente se cree.

*
* *

Veamos ahora cómo entendemos que debería favorecerse la viticultura.

Puede asegurarse que en España, y salvo contadas excepciones, la principal causa de la ruina de este ramo de la riqueza nacional, estriba en no haberse establecido la vinicultura; y decimos, que salvo contadas excepciones, porque existe ya algún que otro vinicultor que dedica sus esfuerzos á tal propósito.

Es sabido por todo hombre de negocios, que los productos agrícolas no tienen valor, si en el mismo punto donde se recolectan no hay una industria que los transforme. Prácticamente sabemos que allí donde existen fábricas de harinas, los trigos tienen relativamente mayor precio. También lo alcanzan aceptable las aceitunas, donde se han establecido molinos de aceite.

Colócanse con ventaja los cereales de pienso en las comarcas donde abunda el ganado, y por análoga razón los mostos, en algunos pueblos de Valencia, Cataluña, Alicante y Rioja, merced á los acaparadores ó exportadores en aquellos puntos establecidos, para arreglar ó mezclarlos en forma tal, que les permite satisfacer un precio mayor que en otras comarcas en que aún no se nota una corriente común.

¿Qué es, pues, lo que más interesa al viticultor? Que vengan á establecerse en su comarca los industriales llamados vinicultores. No hay duda, y esto lo dejamos demostrado ya, que durante estos últimos años el viticultor no ha sido vinicultor, y es poco probable que lo sea en adelante, pues sabido es que la mayoría de ellos no pueden colocar su cosecha, y forzosamente malbaratan sus uvas vendiéndolas á compradores dedicados á la exportación inmediata de los mostos.

Lo conveniente sería que en todas las comarcas más importantes, y si posible fuera en cada pueblo, hubiese varios vinicultores que en la recolección se disputaran la compra de las uvas, con lo cual, estimularían á los viticultores para la elección de las clases de cepas más convenientes á la elaboración de buenos vinos.

Además, los vinicultores sabrían quiénes cultivaban mejor las viñas, y pagarían mejor los productos, creando así un estímulo necesario é importante.

La industria vinícola, que en España está en la infancia, es la que ha de constituir la salvación de nuestra viticultura.

Este negocio, tan transcendental como lucrativo, necesita para su desenvolvimiento dinero, inteligencia y constancia. Dinero, porque sin él ninguna empresa puede llevarse á cabo, ni iniciarse siquiera. Inteligencia, y más de lo que muchos se imaginan, para montar una bodega, hacer fermentaciones, trasiegos y demás trabajos de la vinificación. Constancia, porque sin ella no es posible estudiar con detenimiento todas las fases de la vinificación durante los primeros dos ó tres años que, por lo menos, se necesitan para presentar al consumo un vino de regulares condiciones.

Pero como desgraciadamente es achaque nacional el de vivir al día sin pensar en el mañana, nuestros viticultores despreciaron los buenos tiempos buscando ocasiones más oportunas, y hoy tocan las tristes consecuencias de su imprevisión. El gobierno debería fomentar en nuestro país esa industria, para asegurar el porvenir de nuestra riqueza vitícola, en vez de entretener á aquéllos con promesas y soluciones que á nada práctico conducen.

Los remedios que podrían aplicarse para el desarrollo de la viticultura, son muy sencillos. En lugar de sacrificar otros elementos de riqueza que consideramos tan dignos de respeto y protección como los demás y cuya ruina redundará en perjuicio de la riqueza general, representando además una falta de ingresos en las arcas del Tesoro, debería favorecerse la vinicultura, destinando todos los años, á contar desde 1894 ó 95, una fuerte suma, por ejemplo dos ó tres millones de pesetas, al establecimiento de industrias vinícolas, ofreciendo premios á todos aquellos vinicultores que, dentro de cierto plazo, v. gr. tres años, hubiesen establecido bodegas donde se vieran cantidades de mostos en elaboración, y á la vez

presentasen productos bien confeccionados. A este fin podría organizarse anualmente, desde 1894 ó 95, una exposición ó concurso al que acudirían todos los vinicultores que optasen al premio ó premios en metálico que el gobierno concediese.

Los otros remedios podrían consistir en el establecimiento de granjas-modelos para aprender los mejores sistemas de cultivo, confección esmerada, salubridad del producto, etcétera, etc. Algo parecido á lo que existe en Vitoria y á lo que se ofreció crear en diversos puntos de Castilla, la Rioja y Andalucía.

Debería, por último, el Gobierno tener en todas las provincias una escuela práctica de vinificación, á fin de ilustrar á los viticultores que deseasen aprender.

Seguro es que no faltarían capitales que se dedicasen á este negocio, que es indudablemente uno de los más lucratitivos que en España pueden intentarse, en lugar de consagrarlos á operaciones bursátiles, con las que ningún beneficio recibe la nación y ninguna riqueza pública se desarrolla.

Los afanes del vinicultor quedarían además ampliamente recompensados por el premio obtenido en metálico y por el galardón del crédito alcanzado para su producto ante los países extranjeros. Pero debemos advertir que á estos concursos sólo tendrían opción los vinicultores de una importancia relativa, que podría fijar el Gobierno, pues no sería práctico que concurriesen á tales certámenes vinicultores que no guardasen existencias dignas de consideración. Otra advertencia se nos ocurre, y es que debiera otorgarse premio especial á los que, por su inteligencia y esmero, hubiesen confeccionado vinos más similares á los franceses, que son los de mayor consumo en Europa, así como también á los que obtuviesen vinos de menos grados alcohólicos, sin que les faltasen el correspondiente *bouquet* y la vinosidad. En una palabra, el Gobierno debería conceder la mayor suma de premios, á fin de lograr en pocos años que la industria de la vinificación echa-

se hondas raíces en España, para salvar á la viticultura de la ruina que la amenaza. Así procedió Napoleón I, en Francia, respecto de la fabricación del azúcar de remolacha, cuyos grandiosos resultados todos contemplamos hoy.

Otro ramo de risueño porvenir que la uva nos ofrece, es la fabricación de los aguardientes llamados *cognacs*, cuyo fomento debiera el Gobierno estimular con fuertes premios en metálico, por exigir esta explotación mucho tiempo, antes de poder obtener un producto aceptable en los mercados de Europa y América. Con ello alcanzarían las uvas blancas de la Mancha y Huelva y las de otras regiones, precios muy superiores á los que pudieran prometerse de su transformación en alcohol; dado que, este recurso, resultará siempre ruinoso para el viticultor, pese á los que lo contrario opinan. Varias eminencias científicas, entre ellas Dubrunfaut, dicen que el vino debe servir para beber y no para quemar, y que el agricultor puede obtener de una hectárea de tierra, cultivando en ella cereales, tubérculos ó raíces, mucha mayor cantidad de alcohol, que no destinándola al cultivo de la vid. Esto es lo lógico; de este modo se debe razonar, y no como lo hacen algunos empíricos, á cuyo frente figuran los Sres. Bayo, Marqués de Cusano y otros. El tiempo dará la razón al que la tenga. Nuestra opinión consignada queda, y no dudamos que los hechos vendrán á confirmarla.

Estas son nuestras ideas, hijas de largos años de práctica, ideas que no hemos vacilado un momento en exponer, siquiera vayan contra la extraviada corriente de opinión que la ignorancia del asunto y las exageradas halaracas de los viticultores ha formado.

En suma: todas cuantas medidas está tomando hoy el Gobierno, las consideramos altamente perjudiciales para el país, y tenemos la seguridad de que, después de herir de muerte á muchas industrias, ningún beneficio dejarán á la viticultura, que, como ya hemos demostrado, no es, ni con mucho, la primera ni la segunda fuente de la riqueza española.

Hoy por hoy, lo que hace el Gobierno con el viticultor, es

lo mismo que suelen practicar algunos padres complacientes con sus hijos cuando, llorones y revoltosos, no les dejan en paz. Darles un caramelo para que callen, pero el caramelo se disuelve en la boca, el lloro se repite y el remedio no resulta eficaz: lo práctico es educar bien el niño, que es precisamente lo que debe hacerse en España con la viticultura.

UN AGRICULTOR.

EL CALVARIO DE COLÓN

A principios del año 1471, un hombre, acompañado de un niño, llamaba á las puertas de un convento. Los viajeros eran de extrañas tierras; el convento se enclavaba en suelo español. Los primeros eran pobres; en el segundo había riquezas de piedad y de fe.

¿Qué pedían los caminantes? Una limosna.

¿Qué encontraron en el convento? Un mundo.

Fraile.—Tu noble continente, tu elevado lenguaje, la luz que relampaguea en tus ojos, como indicio de una tempestad de pensamientos, no delatan al mendigo vulgar. Tú eres más que eso.

Viajero.—No soy más por ahora. Mañana quizás sea mucho.

Fraile.—Creo ya haberte conocido. Te llamas Genio.

Viajero.—Puede. Mas si el Genio se uniera á la Religión, que en vos, padre, se personifica, ¿qué no harían juntos?

Fraile.—Harían maravillas.

Viajero.—Pues bien; yo soy el mar.

Fraile.—Y yo soy el cielo.

Viajero.—¡El cielo y el mar! De aquí no puede salir sino una obra inmensa. ¡Un mundo nuevo!

—

A Fernando de Talavera, confesor de Isabel y Fernando, reyes de España:

El hombre que le entregará esta carta es un hombre casi divino. Es un hombre que, bajo los harapos del pordiosero, se presentó á mí, hablándome de cosas que sólo por revelación celestial pueden saberse. Dice que presume dónde se hallan los tesoros de que se sirvió Salomón. Dice que más allá de los mares descubiertos extiéndese una región afortunada donde corren ríos de oro, donde cantan pájaros de plumaje de coral y de esmeralda, donde los guijarros son perlas. Dice, en fin, que existen en esos países ignorados numerosas razas de hombres cuyas almas no son cristianas.

Él es genovés. Se ha criado entre las olas. La navegación no tiene para él secretos. Anda recorriendo las cortes reales ofreciendo á los soberanos los tesoros de riquezas y de almas encerrados en las entrañas del Océano.

Es un peregrino que paga la hospitalidad en esa moneda. No trae más que palabras; pero estas palabras parecen las de un Creador. Su *Fiat* puede hacer que nazcan mundos.

Tan sublime es su idea que casi no se comprende. Si no fuera un genio sería un loco. Pero no es demencia. Lo quimérico es lo absurdo. Y en sus sueños, en sus planes, en sus teorías, en sus adivinaciones hay mucho de inspiración, pero hay también mucho de cálculo.

Es un sabio. Es una inteligencia, una voluntad y un corazón superiores á todos los de este siglo. Y es además un mártir. ¿Qué martirio mayor que el suyo? Su mente está embarazada de un mundo y no puede darlo á luz. Para que se crea en su empresa es necesario que su empresa se realice. Mas las ideas no se convierten en hechos sin ayuda de la impura materia. No se cruza el espacio sin alas. No se descubren islas y continentes sin barcos.

Este hombre, á cambio de unos leños flotantes, dará la

mitad de la tierra que aún falta para redondear nuestro globo. ¡Qué gloria para nuestros Católicos Reyes si protejen á este maravilloso navegante!

Sed vos, Fernando de Talavera, la llave, así como yo soy la mano, que guíe y abra nuestra patria á esta inesperada é incomparable grandeza que á las puertas llamando y suplicando viene.

Así sea.—*Fray Pérez de Marchena.*

—

¿Qué es una carta? Un papel que se adora ó que se quema. Un beso ó una pavesa. Puede á veces ser un escrito que no se lee; un ruego que se echa en el cesto del olvido.

—

Cristóbal.—¿Quién no ve, viendo mis amarguras, que la humanidad es ciega? Sólo tiene ojos para lo vulgar, para lo aparente, para lo que se entra por la vista. No ve lo invisible. Todas las personas á quienes me he llegado aquí me han vuelto la espalda.

Doña Beatriz.—¿Todas?

Cristóbal.—Es cierto. Una dama me ha abierto los brazos.

Doña Beatriz.—¿Los brazos nada más?

Cristóbal.—Y su corazón y su casa. Gracias á ella, á ese ángel, á vos, en fin, señora, puedo ir alimentando mis esperanzas y mi vida. Gracias á ella puedo ir soportando esta larga antesala de años que la indiferencia me hace guardar ante el trono de los Reyes. ¡Qué muralla tan odiosa la de los cortesanos!

Doña Beatriz.—Al fin se romperá esa muralla.

Cristóbal.—Dios os escuche, señora. Sin el auxilio divino mi obra será un sueño.

Doña Beatriz.—Digo que se salvarán todos los obstáculos.

Cristóbal.—¿La envidia, el odio, la calumnia, la ignorancia, la ingratitud, la traición, la rebeldía, la miseria?

Doña Beatriz.—Todo, todo, todo.

Cristóbal.—¡Con qué serpientes infernales tengo que luchar!

Doña Beatriz.—A todas aplastará la cabeza el pie de una mujer.

—

He oído á ese enviado de Dios y he creído en sus palabras. Yo me asocio á su empresa. Si en las arcas de mi reino no hay recursos, véndanse, empéñense mis joyas. No tendrá mi garganta collares de perlas. España tendrá en cambio collares de islas.—*Yo, la Reina.*

—

Los sabios—Este aventurero sabe más que nosotros. Su ciencia, á lo menos, es una ciencia nueva. Hay que combatirle, destruirle, reducirle á polvo. ¿Cómo? Acúsesele de impío. La impiedad es una voz que resuena mucho en un pueblo lleno de iglesias. Si este sér extraordinario realiza sus propósitos, si triunfa, ¿á dónde irá nuestro saber? Se reirán de nosotros. Pues bien; seamos nosotros quienes nos burlemos de él. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡La tierra redonda como una naranja! ¿Háse visto mayor disparate? Sólo cabe en la cabeza de un loco. Pero no digamos esto muy alto. Ese loco tiene por protectora una Reina. No nos malquistemos el favor real. ¡Expedientes y más expedientes! ¡Dilaciones y ambigüedades! Aburramos al genio. Consumamos á fuego lento, inquisitorial, su paciencia.

—

¿Puede haber bajo el hábito de un monje un gigante? Sí. y este atleta de la revelación divina y de la ciencia humana, dejando su celda conventual, se convirtió, en la cámara regia de Isabel, en atleta de la palabra, de la elocuencia, del entusiasmo.

Su voz fué rayo que deshace nubes.

Sus manos, habituadas á bendecir frentes de pecadores, arrancaron el permiso para que Colón descubriera á América.

—

Tres fragatas, no; tres vapores, tampoco; tres carabelas, esto es, tres cascarones de nuez, provistos de incómodos remos y pesadísimas velas, en un puertecillo, al alborear el

día 3 de Agosto de 1492, se balancean en medio de un mar tranquilo y una dulce brisa.

Hay en la playa suspiros y lágrimas; en los barcos esperanzas y temores. Arriba, Dios; abajo, la muerte; delante, lo infinito.

Todo tiembla: el aire, el sol, las ondas, los pañuelos que dan la despedida, las lonas de los buques que se inflan de viento. Es que se camina hacia lo desconocido. Es que se trata de descifrar un misterio de la Creación.

Tiembla todo.

¡Hasta el iniciador de aquella gran empresa!

Pero, en el nombre de Dios, emprenden la marcha, y Dios, esta vez, fué el guía de los pasos del hombre.

—

No, todavía no. No se halla á millares de leguas un mundo hermosísimo con el mismo trabajo con que en un jardín se encuentra una flor. La obra humana es un calvario. Es forzoso subirlo. Es forzoso clavarse espinas. Es forzoso beber hiel. Es forzoso tener por perspectiva la muerte. Es forzoso, aún más forzoso, sufrir el ludibrio de los sayones.

No hay gloria sin sombras, como no hay sol sin manchas.

Colón, en su hazaña gigantesca, tenía que defenderse de dos abismos: el corazón humano y los misterios de la Naturaleza.

¡Con qué facilidad se hubiera descubierto ahora América!

Mónstruos navales que doman la fiera del Océano. Tropas aguerridas y disciplinadas que tienen por bandera el heroísmo. El espíritu del hombre deseclipsado de vanos terrores ante la luz de la ciencia.

Allí no había nada de esto.

Un volcán es tenido por espada flamígera de ángel terrible. La brújula, en cierta latitud, oscila, sin norte, sin causa conocida. El viento próspero desmaya de pronto, se muere por espacio de largos días, faltando á las velas respiración y á los pechos esperanza.

¿A dónde ir? ¿Cómo volver?

Colón es de bronce; pero sus marinos son de carne.

Y la carne flaquea, se asusta, se irrita, se torna de sumisa en rebelde y acusa al genio de arrastrarla hacia un precipicio.

El gran hombre, la frente de elevados pensamientos, tiene entonces que pedir astucias á la experiencia de la vida. Tiene que ser águila y raposa.

Pero el miedo carece de piedad. Necesita una víctima. ¿Cuál mejor que el valor? Y Colón es condenado á morir si no pone de pronto bajo los pies del vulgo que le acompaña, del que es prisionero ahora en vez de jefe, una de las floridas playas del paraíso prometido.

En holocausto Colón ofrece su cabeza.

—¡Dadme tres días! ¡Tres días sólo! ¡Mi cabeza por tres días!

—

Horrible, angustioso, infernal plazo.

¡Qué maldición! ¡Tocar la realidad con la mano, y verla, antes de cogerla, desvanecerse en humo!

El ojo que ha visto un mundo, al través del espacio, no duerme.

—¿Qué es aquello?

—Una nube.

—¡Adelante!

Y las proas de las carabelas, de aquellos viejos armatostes, no hechos á cruzar mares tan dilatados, cortan el insondable elemento como encantadas. Devoran olas y olas con afán insaciable. Solo ellas y Colón saben lo que han corrido. ¡Un cielo de agua! Pero van contentas. Van dando besos á derecha é izquierda. Sienten con fruición en sus pechos las caricias de nuevos peces, de nuevas plantas, de nuevas corrientes. Están agradecidas al señor que las monta; que las ha paseado por aquellas *líquidas praderas,* antes de que se pudran sus roídos huesos. Están agradecidas al hombre que las inmortalizará de seguro.

No le dejarán morir. Irán de prisa, muy de prisa.

Como corceles que aligeran el paso, al sentir cerca la cuadra, ellas huelen ya las próximas bahías. También ellas tienen gana del triunfo y del descanso.

—¿Qué es aquello?

—Un pájaro desconocido.

—¿Y esto?

—Un palo labrado.

—¿Y eso?

—Una rama con un nido.

—Ya llegamos á tierra.

—Ya.

—¡Ya!

—¡¡Ya!!

—¡¡¡Ya!!!

—¡Tierra! ¡¡Tierra!! ¡¡¡Tierra!!!

Y la bombarda española anunció á los astros que Colón acababa de descubrir á América.

Era la madrugada del 12 de Octubre de 1492.

JOSÉ DE SILES.

(Concluirá).

RECUERDOS DE UNA CAMPAÑA

(Continuación). [1]

III

Programa de reformas.

Cuando el general Salamanca se creyó suficientemente informado y le tomó el pulso á la corporación del modo que dejamos dicho, explanó con rudeza militar su programa de reformas en las siguientes palabras:

—Si la Administración militar no ha de tener otros cometidos que los que ahora tiene; si ha de limitarse á llevar la cuenta á las tropas y á contratar el suministro de media docena de artículos, es una Administración muy cara para el Estado, que podría salir del paso con unos cuantos escribientes más en el Ministerio de Hacienda. Si la Administración militar ha de ser tal Administración y merecer el calificativo bélico con que se la distingue, ha de trabajar militarmente y, por encima de los formalismos de contabilidad y burocracia, atender principalmente al suministro y asistencia de las tropas, dándoles todo cuanto necesiten y fabricando por su cuenta desde el cañón que guarnece una batería hasta el saco que encierra una fanega de cebada. Así podrá hallar

(1) Véase el núm. 561 de esta REVISTA.

compensación el Tesoro (por el menor costo á que adquiera los artículos y efectos que necesite) á la millonada que supone en presupuestos el actual personal administrativo: y, de no ser así, vale más suprimir de una plumada tanta jerarquía y rueda inútil, dejando á los regimientos y establecimientos militares que contraten por su cuenta aquello que necesiten.

Como se ve, ó el general Salamanca no quería decir nada con estas palabras ó sus conceptos equivalían á tanto como decir:

—Es verdad que la actual Administración militar nació como una derivada de la función general hacendística, interventora y fiscal de la Administración pública, hasta el punto de denominarse sus funcionarios, Ministros de la Real Hacienda adjuntos á las tropas; pero no es menos cierto que de las entrañas mismas del Ejército brotó á la par otra función que (si encomendada á los mismos empleados porque siendo ellos los suministradores del dinero pareció que debían serlo igualmente de las especies y asistencias que en vez de metálico empezaron á proporcionarse al soldado) era radicalmente opuesta, antitética y de finalidad harto distinta que la que les trajo á las filas; función esta última que era la verdaderamente histórica de nuestras instituciones militares nacionales; función esencialmente militar y activa por cuanto que sin ella queda manco el organismo militar armado y función que en vez de atender principalmente á ajustarle las cuentas al Ejército en los dos sentidos técnico y vulgar que tiene la frase, tiende, por el contrario, á reclamar del Estado en nombre del Ejército, los recursos necesarios para el amplio desarrollo de éste y á procurarle con ellos mediante disciplinado y científico orden de prolijas operaciones, todo cuanto el militar de filas puede necesitar y no le es fácil adquirir, en buenas condiciones, por razón de sus otros cometidos, especialmente en campaña.

Dada, pues, esta duplicidad de funciones, el general Salamanca, *como buen militar*, veía con dolor que dentro de la

sociedad armada, el organismo llamado á proveerla y asistirla, cuidaba menos de esto que de personificar la acción contable y fiscal; y sin dejar de reconocer, *como ciudadano y como contribuyente* la utilidad de tal acción para los intereses del Erario, creía que podía lograrse por Instituciones delegadas de las Cámaras, del Tribunal de Cuentas, de la Intervención general del Estado y de otros centros civiles, externos al organismo armado; pero no por un cuerpo que blasonando de militar, llevando el uniforme del Ejército, educándose en las Academias de guerra y debiendo compenetrarse de las necesidades de las tropas para satisfacerlas ampliamente, tenía un objetivo completamente distinto de aquel á que consagraba toda su atención.

En una palabra: el general Salamanca consideraba el cometido de la Intendencia proveedora como una función esencialmente militar y que caía completamente de lleno dentro del dominio del arte de la guerra: mientras que el cometido de la Intervención fiscal y contable lo tenía como función allegadiza, pegadiza y ajena al organismo de la milicia.

Que esto es lo exacto en la opinión general lo prueba el que la Intervención civil va, cada día más, recabando para sí esos cometidos mal encomendados hoy á corporaciones que dependen de Guerra y Marina y que los hacendistas todos sin excepción y los hombres doctos en materia administrativa truenen contra el cantonalismo económico de estos dos Ministerios que han hecho de su administración departamental un pequeño Estado que los sustrae á la ley general de todos los otros.

Pero el general Salamanca no llevaba sus proyectos tan lejos: bastábale con que *dentro del Ejército*, se diera la preferencia á lo que era de interés vital para el mismo y que en vez de tener abandonado al esfuerzo aislado de los militares de filas ó al desacreditado sistema de alguna que otra contrata el suministro y asistencia de las tropas, se organizara, *con preferencia á todo* este importante servicio.

Como General, tenía además el deber de quererlo así porque llegado el caso de una guerra, es de suponer que la nación lo que le exigiría es que moviera sus tropas y ganara batallas, cosas ambas para las que se necesita un Ejército bien asistido, provisto y bastimentado y no es de creer que la nación se diera por satisfecha si llegado el trance supremo, el general Salamanca le dijera:

—No he podido mover un solo hombre porque faltan raciones para que coma en el camino y no tengo vestuario en los almacenes y carezco de medios de transporte para conducir la impedimenta: esta inacción ha sido causa de que el Ejército enemigo se nos meta en el corazón del país; pero, en cambio, tengo la satisfacción de anunciar que la Intendencia general del Ejército ha terminado completamente el ajuste del ejercicio próximo pasado y economizado al Tesoro tres pesetas 25 céntimos que indebidamente cobró un capitán de cazadores por una comisión del servicio y á cuyo capitán se le ha exigido ya el debido reintegro.

El general Salamanca quería llevar, pues, á la Administración militar ó mejor dicho, á la Intendencia, por el derrotero de su significación gestora y para conseguir esto quería que la Intendencia operase por sí misma, no dejando á la eventualidad de una contrata la satisfacción de las necesidades militares, ni descuidando el estudio de los acopios y de los medios operatorios (fiada en que siempre habría un empresario que la sacase de apuros), sino empapándose de su cometido gestor por la directa y continua práctica del mismo extendida cada vez á mayor número de artículos y servicios y desarrollada en forma tal que el Estado militar tuviese la *seguridad* de hallarse suministrado y atendido en todo tiempo, el convencimiento de que se le daba lo mejor en calidad suministrable y la evidencia de que estos actos de la gestión se ajustaban al carácter preciso, disciplinario y combatiente que exigía la vida militar.

Quizá pudiera croerse que fantaseo al transcribir estos pensamientos del General y que pretendo arrimar el ascua á

la sardina de un determinado ideal deteniéndome en la interpretación que hago de su criterio; nada, sin embargo, más inexacto: las ideas del general Salamanca eran tan propias que inspiraron todos los actos del período de su mando, demostrándose por éstos lo posesionado que estaba de aquéllas; pero por si semejante demostración no fuera bastante, dejó estampado su pensamiento en una Memoria autógrafa que entregó á su sucesor y de la que más adelante habré de ocuparme, porque estoy autorizado para ello, y le dejó hasta impreso en una carta que con motivo de la dedicatoria que se hizo de cierto libro (á que también habré luego de referirme) apareció al frente del mismo, en cuya carta se afirmaba terminantemente que «la corporación administrativa militar debía tener un carácter técnico y gestor; que no era cierto que fuera imposible hacer entrar al Instituto por esta nueva vía á causa de falta de preparación en los individuos, y que antes al contrario, habiendo abundancia de primera materia para constituir verdadera administración gestora, lo que había ocurrido hasta entonces es que se había querido, en perjuicio del Ejército, distraer estas facultades, actividades y especialidades técnicas en el sentido de formar un Cuerpo pasivo, interventor, fiscal y burocrático.»

Todavía decía más el General, porque agregaba á continuación: «Ya sabía yo que esta era la verdad de las cosas y por eso no dudé en acometer la reorganización de los servicios administrativos al encargarme de esta Dirección general, FUNDAMENTÁNDOLOS EN UNA BASE DE GESTIÓN DIRECTA, y cúmpleme declarar que para todos los casos en que he sustituído el antiguo por el nuevo régimen nunca me han faltado, por parte de los Oficiales de Administración militar, los conocimientos y la inteligencia necesarios», etc.

¿Quién pudo imbuir al general Salamanca estas ideas que tanto se apartaban de la doctrina corriente? Indudablemente sus propios estudios y observaciones recogidos en la forma ya dicha, su elevada inteligencia y clarísimo golpe de vista para todas las cuestiones: su dominio de los servicios todos

del Ejército que abarcaba en una síntesis superior y armónica: no era hombre para subordinar sus ideales á otras consideraciones que las referidas y mucho menos á las del trato de una media docena de individualidades: pero si acaso pudo influir en su ánimo alguna de ellas, no lo fué indudablemente ninguna de las que hasta entonces habían venido dirigiendo el criterio corporativo porque, dicho se está, que si alguien hubiera alentado semejantes propósitos, éstos habrían sido ya defendidos y quizá planteados mucho antes de que el General viniese á la Dirección.

La gloria y la responsabilidad de las reformas vendrían, pues, á caer de lleno, en este caso, en el personal nuevo que la aconsejara y la acometiera, nunca en el que habiéndola imposibilitado hasta entonces, aceptádola luego á regañadientes y destruídola acaso después, pudiera tener sin embargo, la pretensión y la frescura de presentarse á los ojos de los poco enterados, como padre de un sistema que no concibió ó que si lo concibió, no tuvo fuerza ni energía para imponerlo anteriormente.

La guerra que el general Salamanca predicó ó hizo contra el sistema de contratas se fundaba en argumentos sólidos é irrebatibles en la práctica.

Puede en la esfera teórica de la ciencia económico-política defenderse que el Estado no sea industrial, ni comerciante, ni fabricante; pero aparte de que dentro de la misma esfera, escuelas harto más modernas que el individualismo clásico sostienen que no sólo cabe, sino que es muy conveniente que el Estado ejercite y aun absorba el ejercicio de esas profesiones, es lo cierto que en el terreno de los hechos todas las naciones sostienen por administración directa fábricas, industrias y relaciones mercantiles para atender al cumplimiento de ciertas de sus necesidades.

Este hecho histórico y práctico demuestra, cuando menos, que no hemos llegado á un estado social que permita el planteamiento de ese individualismo absoluto y que por muy mal industrial y fabricante que el Estado sea, todavía le

tiene peor cuenta dejar al concurso de la libre iniciativa individual el desempeño de ciertos servicios públicos.

Tal razón es ya un motivo suficiente para no dejarse arrastrar por concepciones teóricas y presumir que el sistema de contratas tendrá algunos inconvenientes cuando no se pueda aplicar en absoluto.

Pero si de estas consideraciones generales pasamos á las que se prestan los servicios especiales de guerra, notaremos que en ellas tiene menos razón de ser que en el resto de la Administración pública el sistema de fiar á la espontánea concurrencia de los particulares la gestión de multitud de cometidos en que ha de estribar la suerte de las armas en caso de guerra y por consecuencia el honor y la independencia de la patria.

A buen seguro que á nadie se le ocurrirá que al constituirse la flota naval de un país se prescinda de organizar conjuntamente con ella los elementos de reparación, entretenimiento y armado del material, creyendo que basta que se adquieran unos cuantos buques por el Estado para que surjan inmediatamente de la iniciativa particular astilleros, arsenales, diques y establecimientos acomodados á las exigencias de los barcos de guerra y suficientes á suplir en todo tiempo la iniciativa oficial, á prestarse á los estudios y ensayos que el servicio exija, á guardar la reserva que algunos demandan y á garantir su estabilidad y permanencia en términos tales que la nación no pueda temer quizá en los momentos más críticos el cierre absoluto ó temporal de semejantes importantísimos centros.

Tampoco es de presumir, sobre todo en España, que conjuntamente con la aparición de su artillería la industria privada se apresurase á establecer fundiciones y pirotecnias, sólo para que el Estado dejase de molestarse en establecerlas.

La fortificación misma, aunque enlazada como lo está indudablemente con la arquitectura civil, no puede tampoco fiar á la iniciativa de ésta el estudio, progreso y ejecución

del arte, temiendo, con motivo, que atenciones de un orden más práctico y diario lleven preferentemente la actividad de las industrias privadas á otro género de estudios y construcciones.

De ahí la necesidad, en todos los ejércitos sentida, de que con ellos nazcan ciertas industrias militares de que nadie tiene interés ni capacidad para encargarse de ellas por el pronto, y que forzosamente toma el Estado á su cargo, so pena de imposibilitar el desarrollo orgánico de la Institución que pretende establecer.

No quiere decir esto que si pasado el tiempo la industria particular se halla en condiciones (casi siempre á merced de otra clase de móviles) de ofrecer á sus gobiernos respectivos fábricas como las de Krupp y Amstrong y astilleros como los de Crampé y Compagnie des Forges, no haga bien el Estado en aprovechar estos ofrecimientos y auxiliar los intereses particulares y fomentar la riqueza general del país por medio de combinaciones ingeniosas que aminoren el campo de la fabricación oficial y directa y faciliten el desarrollo de la industria nacional y privada.

Pero hasta en este último extremo, siempre será cauto guardar en reserva elementos fabriles y acopios de alguna importancia para subvenir á las quiebras y accidentes de la industria particular, sobre todo en caso de guerra, y para educar y formar un personal pericial que dirija, inspeccione y examine con conocimiento de causa los procedimientos técnicos y los materiales empleados por el contratista.

Por esta sola razón la industria oficial militar quedaría justificada, pues siendo tan caro y complicado el material de guerra no es suficiente garantia para su admisión la inspección ocular ó el ensayo efectuado por un personal puramente teórico que de muy buena fe, pero con grave perjuicio para el Tesoro y riesgo de sus compañeros de armas, puede dar por bueno lo que no lo es, á causa de su falta de dominio en los secretos de la fabricación, de su impericia práctica.

El desconocimiento de este valor que indudablemente tie-

ne la práctica, dentro siempre de una nutrida teoría, hace que existan naciones en las que se compran barcos que al poco tiempo resultan inservibles, ó cañones que á los pocos disparos revientan, ó fusiles y cápsulas que hay que vender en breve plazo como de desecho; accidentes todos, en la mayor parte de los casos, hijos, no de torcidos móviles, sino de falta de esa educación de taller que en beneficio del Estado conviene que tengan los funcionarios receptores de los artículos adquiridos.

Y dígase si en tal supuesto no le sale más caro y perjudicial al país tirar á la calle el dineral que representa un ingenio de guerra que mantener, aunque con resultados económicos cortos, una industria oficial bien entendida.

A esto se debe que, especialmente el ramo de guerra, sostenga en todos los países por gestión propia muchos de sus más importantes servicios, y en esto se fundaba el general Salamanca para no aceptar en absoluto, como moneda corriente, la teoría de que el Estado no fuese constructor ni comerciante.

Pero por lo que á los servicios administrativos se refiere, todavía encontraba otras razones prácticas que le aconsejasen mirar con prevención el sistema de contratas.

Sabido es que no obstante los rápidos progresos de la química y la física analítica, los productos alimenticios y materias primeras de ciertas industrias son cada vez más adulterados y falsificados, gracias á los mismos adelantos científicos que ponen al nivel de los especuladores de mala fe datos, procedimientos y productos que les permiten sofisticar, con garantía de éxito, las materias que manejan.

La concurrencia comercial explota tales reprobados medios para producir una rebaja de precios que incline el mercado en favor de este ó el otro vendedor; y es curioso notar esta lucha de la ciencia consigo misma, dando por un lado armas al fraudificador para la comisión de su delito, y buscando por otro en el reactivo y el microscopio la demostración y la presencia de él.

Justo es reconocer, sin embargo, que á la mayor parte de estos fraudes es ajeno el primer productor del artículo; por regla general la adulteración y falsificación comienzan en el acaparador, para seguir en el transformador, el expendedor y el contratista.

El honrado labrador y el inteligente ganadero dan sus cereales, sus caldos y sus productos textiles tales como los recojen, y no les es posible con facilidad, dada la naturaleza de lo que venden, trastrocar especies por especies, ni adobarlas con aspectos que no sean los propios.

Pero el trigo va al molino, el vino á la bodega, la lana al almacén, y ya en estos sitios sucede casi siempre que instalan sus laboratorios los químicos y mecánicos de la superchería, y los productos primeros salen transformados en mezclas más ó menos artificiosas, seleccionados y esquilmados en perjuicio del consumidor, diluída su riqueza intrínseca en la inercia ó el tósigo de mil nocivos componentes.

Cójelos luego el almacenista al por mayor, que suele ponerlos también como nuevos; acaban de corromperlos los sucesivos fabricantes y manipuladores al detalle, y si por casualidad tienen cabida en una contrata de manga ancha pierden el resto de valor que les queda.

Contra una fraudificación tan continuada y diversa el análisis físico y mecánico tiene que luchar después con mediano éxito. De ordinario se acepta lo que se entrega si el aspecto exterior no da que sospechar, y sólo á reclamación de parte ó cuando algún aficionado quiere echárselas de inteligente funciona el microscopio, el dinamómetro ú otro cualquier chirimbolo.

Suelen entonces ocurrir cosas muy graciosas. Se encuentran pelos de camello en las mantas de lana, que es lo mismo, en España, que falsificar con plata las monedas de cobre; otras veces ocurre que una harina de inferior calidad eleva más la varilla del aleurómetro que la de una marca bien acreditada; tómase en ocasiones la tensión de una tela como indicio infalible de su mejor calidad y se nota con asombro

que resiste más una borra de trapo que un tejido de lana sajona. Ante semejantes contrasentidos ó vaguedades que la pura experimentación de gabinete suele dar, el contratista se frota las manos de gusto y el género averiado ó adulterado pasa por las aduanas del reconocimiento.

La manera de obviar, en parte, esta imperfección del procedimiento de examen es, ya lo hemos dicho, dotar al personal encargado de los servicios administrativos de unos conocimientos de fabricación y taller que sólo puede adquirir operando por sí mismo en establecimientos propios y adecuados al objeto: pero hay todavía otro procedimiento más sencillo y casi de necesidad tratándose de artículos y efectos que tan directamente influyen en la salud é higiene de las tropas, es á saber: SUPRIMIR TODOS ESOS AGENTES Y MANIPULACIONES INTERMEDIARIAS QUE SON LOS QUE ALTERAN Y FRAUDIFICAN LA ESPECIE BASE, Y TOMAR DE PRIMERA MANO LA MATERIA Á TRANSFORMAR ELABORÁNDOLA Y CONVIRTIÉNDOLA, POR GESTIÓN DIRECTA, EN ESPECIE SUMINISTRABLE Á LAS TROPAS.

En otros términos más claros: para hacer galleta, no comprar harina, sino trigo, y molturarlo: para hacer vestuario ó ropas, no comprar paño ó lienzo, sino lana ó algodón, hilarlos y tejerlos; *et sic de eceteris*.

Esto tiene su natural limitación tratándose de materias elaboradas, cuya adulteración no es fácil, cuyo reconocimiento es sencillo ó cuya sofisticación no puede afectar tan hondamente á la higiene del soldado como la de los artículos de inmediato consumo.

Todavía, empero, existía otra razón para decidir al general Salamanca á favor de la gestión directa y en contra de las contratas: tal era (óiganlo los economistas) la mayor economía que, con la primera, resultaba á favor del Tesoro.

También para demostrar esto hay que descender un poco de la esfera abstracta de la ciencia al mundo impuro de la realidad.

Si para presentarse á la licitación pública de un suminis-

tro del Estado no hubiera necesidad de moverse de su casa y bastara que el licitador enseñara al agente oficial lo que tenía de existencias y el precio á que las daba, indudablemente sería tal la concurrencia á estos actos de subasta que el Estado podría siempre escoger lo mejor y más barato: pero como no puede suceder así, porque ni el Estado tendría dinero suficiente para pagar á tanto comisionado, ni las existencias cortas de una localidad alejada compensarían por su baratura los gastos de su remoción, envases y transporte, hay que recurrir á un procedimiento más restringido y rodeado de formalismos y trámites que bastan por sí solos á alejar á la inmensa mayoría de los productores y fabricantes de buena fe.

La solicitud ajustada al pliego de condiciones, el depósito, la cédula, el recibo de la contribución, la entrega de todos estos documentos en un lugar determinado que casi nunca es el de la residencia del productor, la fabricación ó elaboración con arreglo á exigencias que casi siempre difieren, por su objeto especial, de las del tráfago ordinario, los desembolsos anticipados que tal fabricación origina, la premura de los plazos, el riesgo de perder, por falta de un pequeño detalle la suma que representar puede en algunos casos, toda la fortuna del empresario, las molestias del empaque, el transporte y la entrega, las dificultades y trámites para los cobros, la falta de personal y locales para el desempeño de tantas prolijas operaciones; todo esto amén de otras pequeñas incomodidades, envidias y miserias, son motivos suficientes para que el pequeño productor, en absoluto, y las nueve décimas partes de los que lo son en mayor escala renuncien á tomar parte en semejantes subastas.

Hay más aún: fabricantes y productores que no quieren ofrecer sus artículos al Estado á un precio como 5, suelen ofrecérselos después al contratista que se queda con la subasta á un precio como 3; y no es porque no comprendan que si acudieran directamente se ganarían los 2 de diferencia, sino porque prefieren ganar menos á trueque de moles-

tarse y de arriesgar menos: prefieren cobrar menos y á toca teja que cobrar más y á la larga tras de mucho molestar amigos y aguantar impertinencias.

El resultado es que á las subastas concurre sólo un cortísimo número de personalidades avezadas al sorteo de la ley, prácticas en las sutilezas de esta clase de negocios, con dinero abundante para cuantas contingencias puedan presentarse y que nada suelen tener de verdaderos fabricantes ó productores, sino de simples acaparadores de artículos ó primistas de baja estofa.

Con tales licitadores, el Estado sale siempre perdiendo: suele, por regla general, quedar desierta la primera subasta, á fin de que en segunda ó tercera se suba el precio, si éste no es del gusto de los contratistas: pónense luego éstos de acuerdo entre sí para presentar, á ser posible, una sola proposición sin rebaja ó con rebaja insignificante, hacen luego la verdadera subasta en el café ó en casa de uno de ellos, y el que se queda con el negocio, después de pagar á sus competidores las primas correspondientes, se prepara á sacar todo el partido posible, acudiendo á cien mil resortes para que el Estado quede lo peor servido posible dentro del precio estipulado.

No hay contratista que no se haga rico: lo cual prueba que el Estado paga siempre con exceso el artículo ó el servicio que contrata; pero por si pudiera quedar alguna duda respecto á la exactitud de esta afirmación, veamos los medios que el contratista tiene á su disposicion para defender sus utilidades.

En primer lugar, ningún contratista acepta precio inferior al promedio anual del mercado, en lo cual hace divinamente, porque si no labraría su ruína inmediata; pero luego este precio tiene que sobrecargarle dentro de las más estrictas leyes mercantiles de legítima ganancia, con el importe de los transportes, según la tarifa general de las compañías, con el de la contribución que satisface, con el de los sueldos del personal que emplea, con el de los alquileres de los locales que utiliza, con el de los gastos de giro y corresponden-

cia que mantiene, con el de las mermas y averías que experimenta, con el del material auxiliar que precisa, con el del interés (supongámosle bien módico) que invierte en el negocio, y con el de otra infinidad de gabelas y gastos que su oficio le impone, siendo consecuencia natural de todo que el contratista de mejor buena fe y de abnegación más patriótica no pueda ofrecer al Estado con menos de un 20 por 100 de aumento, lo que directamente pudiera adquirir éste en el sitio donde aquél lo compró. Y no se diga que por gestión directa tendría la Administración militar que hacer iguales desembolsos, porque fuera de que ella no necesita sacar ganancia al capital ni mantener un servicio de corresponsales y giros ya establecido para las demás necesidades de su gestión, tiene, en cambio, los transportes á mitad de precio por tarifa convenida, los sueldos de sus empleados militares con un 50 ó 75 por 100 de rebaja (como soldados que son) con relación á los jornales civiles, los gastos de alquileres nulos porque aprovecha los edificios del Estado, creados para otros fines, la ilustración del personal director á mayor altura y la exactitud y puntualidad de la disciplina militar en abono de la simplificación y facilidad extraordinaria del servicio.

El contratista empieza, pues, por exigir siempre del Tesoro un precio superior al valor del artículo; y todavía pasaríamos por ello si al menos de este modo quedara garantido *en todo tiempo* el suministro; pero generalmente el contratista sólo lo sostiene mientras le saca grandes beneficios. Llega un alza inesperada en los mercados; se presenta un caso de guerra; se altera el orden público y entonces que es cuando la Administración agobiada por las circunstancias vería compensar el sobreprecio de los tiempos normales con la garantía de tener asegurada su gestión, ocurre que el contratista, atento á su negocio, suspende el suministro prefiriendo vender en la plaza pública al nuevo, exhorbitante precio del mercado las existencias acaparadas, antes que al ya exíguo que el Estado le da por ellas.

Pero ¿y la fianza que para casos tales se exige al contratista? Preguntará quizá algún lector de buena fe.

¡Valiente garantía es la de la fianza!

En primer lugar, consígnala el concurrente á la subasta, en papel del Estado, lo que ya reduce su valor metálico á dos terceras partes de la suma exigida (dado el precio de Bolsa y el importe de los cupones que trimestralmente va cobrando): en segundo lugar, que bastan uno ó dos meses de utilidades para compensar la pérdida de la garantía: en tercero, que, caso de subida extraordinaria de precios, esta compensación viene por sí misma; y en cuarto y último que el contratista puede retirar de una manera muy fácil el importe de su fianza. Bástale para ello concurrir por medio de un testaferro al nuevo concurso de proposiciones que se abre con cargo á la misma, quedarse nuevamente con el suministro á precio más alto y, como ahora ya no se le exige fianza, mantener el servicio con superiores utilidades hasta que retira el último céntimo del depósito: entonces es cuando ya, deja nuevamente comprometida á la Administración, que no tiene otro recurso que convocar nueva subasta á los precios exagerados del momento.

El sistema de contratas existe, por tanto, en la práctica para beneficio exclusivo del contratista: no favorece en la mayor parte de los casos al Estado, y especialmente dentro del ramo de Guerra y más especialmente dentro de algunos servicios administro-militares puede originar más serios perjuicios.

¿Se quiere saber cuáles son estos?

Pues la misma Memoria del general Salamanca lo dirá en los siguientes párrafos:

«Nada más injusto que atribuir al personal del Cuerpo administrativo los vicios y deficiencias de sus servicios en los que no tiene más responsabilidad que la de no haber trabajado incesantemente con verdadero espíritu corporativo y patrio en las reformas de sus reglamentos, conformándose con una vida de menor trabajo y responsabilidad sí, pero que

es la muerte de su crédito, la neutralización de su iniciativa, la imposibilidad de la gestión y en último caso hasta la demostración de inutilidad del Cuerpo que le llevaría á la disolución y á la creación de los primitivos factores temporales y temporeros, en cada localidad.

»La gestión á cargo de la Administración militar varía en los ejércitos según sus prácticas reglamentarias alcanzando en la generalidad al suministro de pan, víveres para los ranchos, artículos de alimentación para el ganado, ídem de alumbrado y calefacción, utensilio, vestuario, equipo y fornitura de todos los Cuerpos, material de campaña, servicio de trenes, de equipajes y transportes.

»En España y en tiempo de paz se halla reducido al suministro de pan, pienso, utensilio y material de campamento aumentándose en tiempo de guerra el suministro de raciones de etapa cuando así se previene y para los ejércitos ó fuerzas que lo necesitan, de modo que la gestión administrativa es aquí donde se halla más restringida y limitada.

»Es general en todos los ejércitos que esta gestión en tiempo de paz, se verifique por asentistas ó contratistas limitándose la Administración al reconocimiento y recibo de los objetos contratados y su distribución á las fuerzas, y este sistema, repito generalmente adoptado, es la causa del descrédito en todas las naciones, de lo costoso de los suministros y de las dificultades con que la Administración tropieza en caso de guerra.

»La razón es obvia y natural consecuencia del procedimiento. Los jefes y oficiales de Administración militar desconocen los mercados, no tienen práctica ni conocimiento de las tarifas de transportes, consumos y otros detalles, ignoran las condiciones de producción, calidad de los trigos, cebadas y demás semillas de cada localidad, que sólo da la práctica constante y funda la elección de mercado, carecen de organización y elementos para pasar rápidamente del sistema de contrata á la gestión directa y como todas las contratas cesan en tiempo de guerra y además se dificultan los

mercados, los transportes y todos los detalles y se aumentan las necesidades generalmente en puntos en que no existe base administrativa y la cuantía, importancia y necesidad de rapidez de los aprovisionamientos y suministros, resulta que ante tan cuantiosas dificultades, tan crecientes necesidades y tal desarrollo administrativo, aparece deficiente el personal, malo y caro el servicio, desacreditándose el Cuerpo y siendo sólo una rémora para las operaciones y para el General en Jefe que no puede desarrollar un plan conveniente ni con la oportunidad que requieren los movimientos en la guerra.

»Llegado el momento, no se halla otro medio de saldar estas dificultades que pasar por todo, adquiriendo los suministros en el punto en que se encuentran al precio á que obligan las alzas del mercado y la dificultad de pago en el momento, sin conocimiento práctico y sin preparación alguna, resultando á precios exhorbitantes y en calidades inferiores, que hacen se maldiga por los perceptores á la Administración, y que sobre prestarse el procedimiento á algunos fraudes, caiga hecho pedazos el crédito de los que tienen la desgracia de prestar honrados servicios en tan malas condiciones y con la presión de los jefes militares á quienes no interesa más en aquellos momentos que la ejecución de las operaciones de guerra, y que no pueden ni deben detenerlas ni un minuto por las necesidades administrativas que afecten más ó menos directamente al crédito personal de los encargados de su gestión.

»La misión de la Administración militar, en paz como en guerra, es estar siempre dispuesta para toda eventualidad, no ser nunca rémora á las operaciones, subvenir á todas las necesidades del Ejército en cuantos casos ocurran y ejecutar todo esto con la mayor economía y exactitud en la contabilidad.

»En ningún ejército ha cumplido hasta ahora satisfactoriamente este cometido la Administración militar: en la paz, su gestión es demasiado cara porque no administra, sino sim-

plemente interviene de un modo incompleto, y en la guerra, por consecuencia, aparece más visible su ineficacia, que empieza á demostrarse en el tránsito de uno á otro sistema, para lo que no está preparada ni puede prepararse en la corta duración que alcanzan las guerras modernas, y si el triunfo con su gloria y satisfacción, ó la derrota que aflije y apena los ánimos, no encubriera en parte los malos resultados de la gestión administrativa, el descrédito sería tal que se pensaría en la supresión de un Instituto que no ha logrado hacerse simpático por sus resultados ni demostrar su conveniencia.

»Sin embargo, nada en mi concepto más fácil que evitar esto, siguiendo en Administración el principio ó axioma que existe desde que hay ejércitos y en práctica en todas las armas é institutos, excepto en éste, que es el que más lo necesita y el que puede ejecutarlo sin dificultad alguna y con grandísimas ventajas para el Tesoro. Este principio es: «*Si vis pacem para bellum.*»

»Se practica, repito, en todas las armas é institutos, excepto en Administración militar. La Infantería tiene sus continuos ejercicios doctrinales, paseos militares, marchas, campamentos, cuadros completos, dos reservas, material y equipo adecuado más para la guerra que para la paz. La Artillería, Ingenieros, Estado Mayor y Sanidad practican igualmente, y su organismo de la paz es la base del armado ó de guerra, que sin alteración alguna de sus funciones y sólo con el aumento de ganado y hombres, que existen en sus reservas instruídos, pasan del estado de paz al de guerra en el acto y sin dificultades.

»En la Administración no sucede así; su personal en la paz está dedicado á las oficinas; nada practica más que la elaboración del pan en algunas plazas y la distribución de lo que recibe de los contratistas. Hasta para esto está defectuosamente organizada, y se quiere, sin embargo, que de este sistema tan cómodo y pasivo pase al estado de guerra en momento dado, sin base ni de personal, ni siquiera de aprovisionamientos, lo cual es casi materialmente imposible,

como fácil sería que respondiera como todos los cuerpos en la guerra si se preparase en la paz teniendo, como tiene, y demostraré, base más sólida para ello, mayor facilidad de ejecución.

»A esto sólo tiende el sistema que he procurado implantar sin recursos de ninguna especie y con oposiciones de los gobiernos y que por eso no es sistema completo aún, pero que lo habría sido en este año, á no estar hace más de dos meses á resolución del Consejo de Ministros el expediente por mí promovido para la autorización de compra directa.

»Con ello el Cuerpo administrativo del ejército español habría llegado á ser el primero de los ejércitos europeos y el único que en la guerra habría respondido al objeto orgánico.

. . . . . .

»Porque la Administración directa debe ser el bello ideal del Cuerpo como la mejor demostración de su honradez, pericia y utilidad; escuela y elemento en la paz para poder en la guerra ó alteraciones del orden público, subvenir sin dificultades á las necesidades del ejército y base por último de elevación de su crédito y preponderancia como del aprecio y distinción de sus compañeros de armas, aspiraciones que deben ser constantes para los que, animados de espíritu militar y corporativo, posean además el noble estímulo y emulación necesarios para posponer á la comodidad y conveniencia personales el interés y concepto del instituto á que pertenecen.

»La contratación y el sistema mixto son la mayor acusación que dirigirse puede al Cuerpo administrativo del ejército, que si se conformase con uno ú otro sistema en puntos de elevado suministro demostraría su ineficacia, escaso espíritu y absoluta carencia de condiciones para el objeto de su creación.

. . . . . .

»La Administración directa, la fabricación y los transportes, son á la Administración militar lo que los ejercicios, paseos militares, tiro al blanco y campamentos á las demás

tropas, es decir, la preparación en la paz para estar dispuestos á la guerra, y además, una escuela, una enseñanza útil para el soldado que favorece á la fabricación civil y da medios de subsistencia al cumplido. Con este sistema, la Administración crea molineros, panaderos, carpinteros, tejedores, sastres, zapateros, guarnicioneros, herreros y personal instruído de toda clase de oficios sin perjuicio para las fábricas y comercio civil, toda vez que á las primeras las representa muy poca pérdida repartida entre todas, la del mercado de unos cuantos miles de hombres, y en cuanto al segundo, sigue proporcionando las primeras materias que la Administración militar necesite, no habiendo, pues, en realidad verdadero perjuicio más que para los contratistas ó revendedores que son los que con la gestión directa verán disminuir sus exigencias y utilidades; clase poco apreciable seguramente por ser la ocasional de la carestía de la vida en todas las poblaciones.»

Siendo esta la realidad de las cosas, ¿cómo se explica, sin embargo, que el sistema por contratas siga sosteniéndose año tras año?

El general Salamanca trató también de dar una explicación de esto en algunos párrafos de su Memoria, pero como la materia es muy resbaladiza, los juicios estampados acerca de ella, un poco aventurados, y como, por otra parte, lo que principalmente interesa y guía á mi pluma es el deseo de defender doctrinas prescindiendo de inculpaciones personales, me parece que puedo omitir esta explicación de la permanencia de un sistema funesto á los intereses del Estado, del Ejército y de la misma Administración militar haciendo sólo votos porque ésta sacuda la funesta apatía y pueril temor con que rehuye siempre la reforma de sus servicios, fundándose en que no está autorizada para hacerlo por sí sola y en que otros reglamentos ó disposiciones de carácter general (como aquí el de contratación) le vedan entrar por el buen camino; sin parar mientes en que si no se atreve á pedir la reforma de esas disposiciones de carácter general, es muy difícil que

las autoridades de que dimanan adivinen sus justificados deseos, ni mucho menos la den medios para realizarlos, cuando sistemáticamente pugna por esconderlos dentro de la concha de su pesimista impotencia y rehuye toda ocasión de hacerlos públicos.

El general Salamanca era de la opinión completamente contraria: creía que se debía pedir todo lo que se entendiese conveniente, porque si lo concedían habíase logrado en absoluto el objeto de la petición: si sólo lo concedían á medias, algo por lo menos se iba ganando, y si lo negaban, quedaba al menos el consuelo de que no había sido por falta de pedirlo.

Únicamente de esta manera pudo conseguir lo que consiguió, y á buen seguro que si el general Salamanca se hubiese limitado á lamentar en secreto los defectos orgánicos, como hacen muchos sin atreverse á intentar siquiera una reforma de los mismos, ni hubiese quedado el recuerdo de su nombre ni la época de su mando se hubiese distinguido por ningún rasgo esencial y característico.

Quiso ampliar la esfera de suministros de la Administración militar y como quiso lo pudo, porque querer es poder la mayor parte de las veces en estas cuestiones orgánicas.

Quiso transformar en gestión directa el servicio de contratas y lo consiguió, en la forma que entonces era dable.

Quiso robustecer las funciones gestoras del Cuerpo á expensas de las burocráticas y fiscales y también lo logró, sólo con quererlo.

Quiso dar á la gestión un carácter técnico ó industrial que la dignificase y enalteciese, y bastó que lo quisiera para que la cosa se realizara.

No sostendré yo que en todas las cuestiones de organización se deba marchar á la carrera con atropellamientos é imprevisiones que no sientan bien con la mesura y la prudencia tan recomendables en tal género de trabajos; pero de ahí al quietismo estéril, al pesimismo á toda hora, al temor y á la suspicacia continuadas, hay tanta diferencia como del es-

tado febril de un enfermo, presa del delirio, á la inmovilidad y rigidez de un cadáver.

Ni el exceso patológico de vitalidad ni la calma de la muerte; lo recomendable es el juego activo de los organismos, sin perder de vista que hay en ellos momentos en que de pecar por algo debe ser por juego de actividad, de fibra y de músculo, pudiendo decirse de la Administración militar en concreto que en el período de transición porque hoy atraviesa, quizá le fuera preferible tomar por divisa, mejor que el *está escrito* del fatalismo musulmán, aquella frase de *audacia, audacia y siempre audacia* del tribuno francés.

NARCISO AMORÓS.

PARVULUS

I

Junto á un lago, y entre un pueblo
que le sigue con afán,
derrama Jesús el bálsamo
de doctrina celestial.
Su voz dulce, su voz pura,
doma y calma, por igual,
las tempestades del alma
y las borrascas del mar.

—

A aquel pueblo Dios decía:
—*Quien me ame de verdad*
en la Gloria de mi Padre
á su lado me verá.
Y la multitud humilde,
de esperanza y de piedad
se sentía llena, oyendo
aquel acento de paz.

II

Perdida en la última fila
se ve triste una mujer;
de la mano lleva un niño
que un ángel pudiera ser.

Allí detuvieron ambos
su marcha larga y cruel
para escuchar la palabra
de do mana el sumo bien.

—

Ella es vieja, y está endeble,
no puede tenerse en pie.
El niño es pequeño; en tierra
nada oye y nada ve.
Mas, su miseria olvidando,
presiente ignoto placer,
y sonríe, y es su boca
sonriéndose un clavel.

III

Dijo el niño:—Ese que habla,
madre, ¿quién es?—Hijo, es Dios.
—Álzame sobre tus brazos,
porque quiero verlo yo...
A cumplir probó la madre
del hijo la petición,
mas en vano.—¿Ves? No puedo—
respondióle con dolor.

—

El cielo azul de los ojos
del niño, turbio se vió;
ya asomaba á sus pestañas
llanto amargo de aflicción,
cuando, en medio de la gente,
paso abriéndose veloz,
en busca Jesús del niño
llegó y díjole:—*¡Aquí estoy!*

CATULO MENDES.

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

(Continuación.) [1]

XII

Llegaron los duques á Alcalá el 29 de Septiembre á las cinco de la mañana, y de allí despacharon un correo al conde de Fuentes anunciándole su llegada para aquella misma tarde: prestaba la zozobra alientos á los viajeros, y sin detenerse más tiempo que el preciso para mudar tiros y descansar cuatro horas, tornaron á emprender su camino á las nueve de la mañana, llegando á Madrid á las tres de la tarde. Esperábales en la Puerta de Alcalá D. Juan Pignatelli, hermano de la duquesa, que contaba á la sazón dieciséis años, y él informó á los viajeros del estado de la enferma.

Había ésta, á petición suya, recibido todos los Sacramentos con gran fervor y entereza; mas los vómitos de sangre habían cesado por fortuna, y todo indicaba en el curso de la enfermedad una de esas largas y engañosas treguas que tan falsas esperanzas suelen infundir á los tísicos, y en las que, por un fenómeno singular y constante, acostumbran siempre aquéllos á tirar grandes planes é imaginar largos viajes.

La premura del suyo impidió á los duques mandar preparar su casa, situada entonces en la calle de las Rejas, y ce-

(1) Véanse los números 549, 550, 551, 554, 555. 557 y 558 de esta REVISTA.

rrada durante la larga ausencia del duque; apeáronse, por lo tanto, en la de Fuentes, á donde habían llegado ya el marqués de Mora, que convalecía á la sazón en Valencia, y don Carlitos Pignatelli, el menor de los hermanos, que contaba entonces siete años.

Faltaban, pues, tan sólo al lado de la condesa su hijo segundo D. Luis, á quien, por estar viajando en Italia, no pudo enviarse oportuno aviso de la enfermedad de su madre, y faltaba también la hija mayor, sor María Luisa, que desde su convento de las Salesas Reales ayudaba á su madre con sus oraciones en aquella larga y penosa agonía. Duró ésta aún por espacio de un año entero, con tales alternativas de bienestar y de sosiego, que hacían renacer las esperanzas en todos los ánimos, menos en el de la misma condesa.

Sentía ésta, por raro caso entre los enfermos de su especie, la proximidad de la muerte, y sin forjarse vanas ilusiones pensaba tan sólo en disponerse para comparecer ante el Tribunal Divino y en dejar á sus hijos ejemplos de piedad y desengaño que neutralizasen en ellos los que antes hubieran podido darles sus antiguas aficiones mundanas. Porque á la hora de la muerte trueca siempre el hombre ciertos puntos de vista, y este fenómeno de la conciencia inspiró á San Ignacio aquella su sabia máxima: «Escoge en la vida lo que hubieras deseado escoger en la hora de la muerte.»

A veces, cuando encontraba en sí la condesa mayores alientos, hacíase conducir en silla de manos al convento de las Salesas Reales, donde permanecía horas enteras al lado de su hija sor María Luisa, como si quisiera hacerla olvidar con aquellas últimas pruebas de ternura los disgustos y contrariedades que en otros tiempos le había proporcionado ella misma. Porque los condes de Fuentes habíanse opuesto con todas sus fuerzas á la vocación religiosa de su hija, alegando esos especiosos motivos de prudencia y discreción que no suele tener en cuenta la mayoría de los padres cuando, con algunas ventajas mundanas, eligen sus hijos otro estado que no sea el religioso. La firmeza de sor María Luisa venció,

sin embargo, la oposición de sus padres, y el tiempo vino á probar á éstos cuán torcidamente obraron al no proporcionar desde luego á su hija el logro de sus deseos.

Acompañaba siempre la duquesa de Villahermosa á su madre en estas visitas, y desahogábase en ellas la condesa con ambas hermanas, exponiéndolas la única zozobra que amargaba su corazón, haciéndola temer el último trance. Veía á su hijo primogénito y más querido, el marqués de Mora, herido de muerte por la misma enfermedad que á ella la mataba, y veíale también firme siempre en sus perversas ideas, y preso además en las redes de una mala mujer, mademoiselle de Lespinasse, liviana y artificiosa, que, valiéndose de su complaciente amigo d'Alembert, urdía á la sazón repugnantes intrigas para atraer á París al marqués de Mora, arrancándole del lado de sus padres. La enfermedad de la condesa y las precauciones que ella misma tomaba habían hasta entonces parado el golpe; mas harto comprendía la pobre madre que, no bien cerrase ella los ojos, no tardarían sus temores en realizarse.

Conocíalo asimismo la duquesa, y apenábase hondamente, por ser muy grande el amor que á su hermano profesaba. No quiso, por lo mismo, separarse en aquellos momentos de éste y de su madre; y aunque, pasados algunos días, se trasladó el duque á su casa de la calle de las Rejas, permaneció ella en la de sus padres, dedicada por completo al cuidado y consuelo de ambos enfermos. Consolábala á ella misma en estas angustias su íntima amiga la duquesa de Béjar, doña Escolástica Gutiérrez de los Ríos, hermana del conde de Fernán-Núñez, que diariamente venía desde su casa de la calle de Alcalá, esquina del Prado, y la acompañaba largas horas, ayudándola con solicitud fraternal en sus tareas de enfermera. Tenía á la sazón doña Escolástica veinticinco años y hallábase casada con D. Joaquín Diego López de Zúñiga y Guzmán, XIII duque de Béjar, que contaba ya más de cincuenta y ocho. Esta gran diferencia de edad entre ambos esposos hacía á la discreta doña Escolástica extremar las me-

didas de su prudencia, no separándose jamás de su esposo. Ocupaba éste en la corte el alto puesto de ayo de los Infantes hijos de Carlos III, y érale forzoso acompañar á éstos en las jornadas periódicas que hacía la Corte á los diversos Sitios Reales, y á ellos le seguía también doña Escolástica, sin que la vida íntima de Corte, allí indispensable, alterase para nada las devotas costumbres que, burlándose de todo respeto humano, observó toda su vida.

«Diré á la de Béjar lo que me encargas—escribe desde Aranjuez á Villahermosa el duque de Losada—y sé que está buena, porque ayer y hoy he estado diferentes veces á buscarla por la mañana y no estaba en su cuarto, pues las más de las mañanas creo que las pasa en devociones de iglesia, sin que pueda verla nadie.» En otra carta, escrita desde el Escorial á Villahermosa por uno de sus amigos anónimos, le dicen: (1) «Anoche estuvo cuatro horas de reloj Mad. de Béjar en el cuarto de Grimaldi, separada de la turba, y hablando siempre con la marquesita de Palacios, sin escupir y sin toser. Yo creo que fué arbitrio espiritual para libertarse de comunicar con los profanos que allí estábamos.»

Sucedió, pues, que debiendo marchar la Corte á la jornada del Escorial, dispuso también su viaje la duquesa de Béjar, según su costumbre; mas fué tanta la pena de la Villahermosa, y tales instancias hizo á su amiga para que no la abandonase en aquellos momentos, que cedió al fin doña Escolástica y permaneció en Madrid, dejando por primera vez marchar solo á su marido. La discreción de la de Béjar y el conocimiento que tenía de las intriguillas y enredos de la Corte hicieron entonces á la duquesa descifrar un enigma.

Frecuentaba mucho por aquellos días la casa de Fuentes una gran señora, muy famosa en aquella época, que inspiró desde luego aversión instintiva á nuestra duquesa, á pesar

---

(1) En la correspondencia privada de aquella época era costumbre muy común no firmar las cartas, ó hacerlo tan sólo con el nombre de pila, de donde resultan grandes dificultades para identificar las personas de los autores de estas cartas.

de que siempre la recibía su madre con particulares agasajos. Era esta señora la duquesa viuda de Huéscar, doña Mariana de Silva, de quien dice un contemporáneo: «Nació en la parroquia de San Sebastián, de Madrid, en 14 de Octubre de 1740, y fué hija de los Sres. D. Pedro de Silva, marqués de Santa Cruz, y doña María Cayetana Sarmiento y Sotomayor, marquesa de Arcicollar y condesa de Pie de Concha. Fué sumamente inclinada á todo género de estudio y literatura; escribía perfectamente con ambas manos; componía versos excelentes, é hizo varias traducciones de tragedias y otras obras del francés; pero en lo que llegó á tener más que un mediano conocimiento fué en el dibujo y pintura, con el que trabajó algunas pinturas muy buenas.

Habiendo presentado una de ellas á la Real Academia de San Fernando de esta corte, la nombró su académica honoraria en 20 de Julio de 1766, y después directora, también honoraria, con voz y voto, asiento y lugar preeminente. El año de 1770 envió la Academia Imperial de las Artes de San Petersburgo á la de San Fernando, en prueba de su amistad, un diploma en blanco de asociado libre honorario para el individuo que eligiese, y la Academia luego llenó el hueco con el nombre de ésta su ilustre académica. A estas prendas adquiridas, juntaba las naturales de hermosura, agrado y dulce conversación.»

Acompañaba siempre á la de Huéscar su hija única, niña entonces de once años, pero muy desarrollada, morena, con magníficos ojos y cabellos negros, que prometía ser una preciosidad, y fué en efecto la célebre doña María Teresa Cayetana de Silva Alvarez de Toledo, duquesa de Alba, que tanto ruido hizo en la corte de Carlos IV, y cuya fama ha llegado á nosotros deslustrada por las mil calumnias y extravagancias que la murmuración y la envidia unen siempre á la popularidad cuando hincan el diente en cualquiera mujer que sobresale por su fausto, su belleza ó su elegancia; porque es un fenómeno constante, que debiera abrir los ojos á las damas vanidosas que cifran todo su anhelo en crearse un vano

renombre, que siempre castiga la maledicencia su necedad, transformando en faltas sus ligerezas, en culpas sus errores, y haciendo á veces á los ojos del vulgo, y aun á los de la historia misma, de una mujer tan sólo frívola ó imprudente, una Mesalina ó una Cleopatra.

No se avenía bien el natural sencillo de la Villahermosa con la pomposa solemnidad de la académica, y extrañábase aquélla de que su madre recibiese siempre con tantos agasajos á la de Huéscar, con quien nunca le había conocido amistad íntima, siendo así que postrada é indiferente á todo, como acontece á los moribundos, tan sólo veía con gusto, fuera de sus hijos, al guardián de San Francisco, Fray Luis de Buitrago, su confesor, á la duquesa de Béjar, que miraba como hermana de su hija, y á la condesa de Aranda, su antigua amiga y consuegra. Bien pronto pudo convencerse de que ni las visitas de la académica entraban en el molde de aquella obra de misericordia, visitar á los enfermos, ni los agasajos de la de Fuentes encajaban en el de sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

Era la duquesa, desde tiempos atrás, una de las enamoradas del marqués de Mora, y había despreciado por él varios pretendientes y *sigisbeos*, como entonces se decía. El abate Casalbón, parásito de las casas de Villahermosa y Medinasidonia, escribe al duque D. Juan Pablo, lamentándose de los desprecios que recibía, á causa de una riña que con el marqués de Mora tuvo: «Todo se vuelve contra mí: Navarro (1) há siete días que vino á Madrid con la duquesa de Medinasidonia, y constándole bien la ansia con que yo lo esperaba, y habiéndosela dado á entender con dos recados míos, no ha puesto los pies, sin duda mandado. La misma duquesa de Medinasidonia (2), que en los dos meses que ha estado en el Sitio, enviaba todos los días indefectiblemente á saber de mi salud, no ha enviado desde que está aquí ninguno, debién-

(1) Médico de la duquesa de Medinasidonia.
(2) Doña Mariana de Silva Alvarez de Toledo, hija del duque de Alba.

dose, al parecer, estos dos fenómenos á la primera conversación con la duquesa de Huéscar. Mi sentimiento no es que estas señoras ni cuantas hay en el mundo quieran ó no tratarme, sino qué han podido decir de mí que á esto las mueva. El haber reñido con el marqués de Mora pudiera ser bastante para la de Huéscar, aunque es bien admirable después de tan estrecha amistad conmigo; pero, para la de Medinasidonia, ciertamente no había bastado, pues ella supo desde luego la riña, y continuó del mismo modo en mi trato, sin darse por entendida. Es preciso, pues, que la de Huéscar, asegurada de su *oráculo*, haya dicho que yo soy un malvado.»

Pronto, sin embargo, el oráculo Mora contestó tan sólo á su ilustre Pitonisa, con la inconstancia propia de su carácter. Marchóse á París, donde le aguardaba Mlle. de Lespinasse, y al lado de la literata francesa olvidóse por completo de la literata española, que exhaló entonces sus quejas en armoniosas seguidillas y cultas metáforas. Así lo testifica cierto Juan Crisóstomo, harto burlón y malicioso, que escribe á Villahermosa á París, desde Aranjuez, y debía ser sin duda alguno de los grandes que seguían á la Corte:

«Respondo á Vm. diciendo que Arcos le da memorias, y repite gracias por los encajes; dió la orden (como al recibo de ésta verá Vm.) para que Llovera pagase su importe, y por lo que mira á los cinco pares de vuelos que faltan, los mandará Vm. de Argentan, que son propios de invierno. También la tía y la sobrina dan á Vm. recados, y la primera está en la cama con unos bultos cerca de un pecho, que la hacen padecer mucho. Perchett y Virgili la han visto; pero sigue la cura Navarro, computando podrá durar seis meses: no diga Vm. nada á su hermana. A la otra la han sangrado dos veces; pero ese helado de Mora ha impreso en ella tales ideas, que nada la divierte; sólo hace seguidillas á la ausencia y constancia, diciendo no supo Diocleciano lo que era este tormento, que no hubiera inventado los demás...»

«Llegó Mirabel: ha escupido en Francia y trae bucles gordos, y Agustín ha vuelto de Valencia más calvo que se fué; juega

á la pelota con el príncipe; de modo que ni de él, ni de Carlos el enfermo, ni de Friesendorf tiene que temer D. Pepe. Dele Vm. esas seguidillas que hizo Medinasidonia á su sobrino después de haber oído las que ella improvisaba envueltas en sollozos y suspiros».

Mas el ingrato D. Pepe tenía el corazón á prueba de suspiros y seguidillas, y jamás quiso aprovecharse de la preferencia que la culta viudita daba á sus gracias sobre los bucles gordos de Mirabel, la calva de Agustín, los alifafes de Carlos y los ojos grises del barón de Friesendorf, plenipotenciario de Suecia. No era, por otra parte, la de Huéscar boda muy ventajosa para el marqués de Mora. Contaba ya la académica treinta y dos años, Mora sólo veintiocho, y no poesía aquélla otras rentas que las de su hermosura y sus talentos, pues las pingües de que disfrutaba pertenecían por completo á su hija.

Era, sim embargo, tan vehemente el deseo de la condesa de Fuentes de retener á su hijo en Madrid y arrancarle por medio de una boda de las garras de Mlle. de Lespinasse, que fomentó cuanto pudo las ternezas de la viuda, y con súplicas y reflexiones procuró decidir á su hijo á casarse con ella. Mora tenía, sin embargo, trazado su plan, y no lograron apartarle de él ni las seducciones de la duquesa ni los consejos y ruegos de su madre, que jamás pudo prever el desenlace cómico-dramático que había de tener su proyecto; porque, á falta del hijo, contentóse la académica con el padre, y trece meses después de muerta la condesa sustituyó la de Huéscar á la que tanto empeño tuvo en ser su suegra, casándose con el viudo conde de Fuentes en 15 de Enero de 1775. ¡Qué desengaños se ahorran los muertos!

Mientras tanto el duque, sin dejar de visitar un solo día á su suegra, á quien demostró siempre grande estima y respeto, reanudaba en Madrid su vida cortesana de otros tiempos, caminando á cada paso de sorpresa en sorpresa. Madrid estaba desconocido, y entre las rancias ideas y las antiguas costumbres, arraigadas todavía hondamente en la clase media y en el pueblo, sentíase ya brotar la impiedad en la aristo-

cracia, como brota la hierba entre las piedras de un muro, que desune y derrumba. Por ella habían comenzado los propagandistas volterianos su obra de destrucción; mas no clara y desembozadamente, como se había hecho ya en Francia, donde la perversión del sentido moral y la profunda corrupción de costumbres tenía ya preparado de antiguo el fangoso terreno en que la semilla de la impiedad arraiga fácilmente. En España, por el contrario, procedíase poco á poco, lentamente con mil precauciones que burlasen la vigilancia de enemigo tan poderoso como la Inquisición, temible aún, aunque ya tan debilitado, y obstáculo tan grande como la severidad de costumbres de Carlos III, cuya pureza de vida reconocen unánimes amigos y enemigos. Por eso, después de la expulsión de los jesuítas, que fué el primero y más atrevido de sus golpes, la propaganda impía y revolucionaria de Aranda, Roda, Campomanes y Moñino hacíase tan sólo hábilmente disimulada en hechos, al parecer, insignificantes, y en innovaciones cuya intención y funesta trascendencia denunciaban tan sólo los entusiastas aplausos de los paniaguados y el clamor incesante de los contrarios.

Las fiestas y regocijos fueron uno de estos medios indirectos, y tan sin tregua menudearon desde que Aranda ocupó la presidencia, que con razón pudo escribir á Villahermosa su amigo D. Pedro Salcedo: «Aseguro á Vm. que en ninguna parte de Europa habrá corte donde se hallen tantas y tan varias diversiones, pues falta tiempo para disfrutarlas». Estas diversiones, que tuvieron grande influencia en su época y muy graves consecuencias después, juzgábanse entonces con muy diverso criterio. Los que, como Mirabel, habían *escupido en Francia* y traído de allá bucles gordos, mirábanlas desdeñosamente y reíanse del entusiasmo que excitaban en los pobres infelices que no habían traspasado los Pirineos y las proclamaban cándidamente superiores á cuanto pudiera verse en Europa. «En el Retiro—escribe un Grande que había escupido dos meses en París y era amigo íntimo de cierta ninfa de Lavapiés que llamaban la *Pichona*—se han estable-

cido tres cafés en tiendas de campaña, el uno junto á la leonera y el otro á la entrada del mallo, y el tercero en medio de los dos, y dos mil y doscientas sillas para que todos se sienten mediante cuatro cuartos; pero como la nación no conoce estas comodidades, sienten el gasto y prefieren el suelo, que no cuesta dinero, ó los bancos, que les sucede lo mismo. En uno de éstos ví, el día de San Isidro, sentada á la Princesa Pío. Las bebidas que sirven son buenas y baratas; pero creo que los botilleros sigan la mesma suerte que las sillas. Por lo dicho podrá Vm. comprender qué lejos estamos y estaremos de parecernos á las demás naciones civilizadas. Estas y otras reflexiones me han hecho retirarme á mi casa de campo, á cuidar de los árboles frutales, pensando en volver á ese país, que es donde se puede vivir, y el haber escrito á Vm. que sería esto en breve no tiene otro principio que el de haberse visto mi pleito con el Rey, de las tercias de Valencia, y como es regular que no tarde en votarse, después quedó desocupado, sin pensar, si lo gano, más que en divertirme, y si lo pierdo, en imponer mi dinero en Francia, lo que no sea de mayorazgo; éste es mi plan, en el que trabajo para que se logre lo que pienso».

En cambio, el duque de Medinasidonia, D. Pedro Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, caballerizo mayor del Rey, fervoroso enciclopedista, que nunca logró pasar la frontera por impedírselo sus altos cargos palaciegos, escribe sobre el mismo asunto: «El paseo del Retiro está muy gracioso. Hay una tienda puesta junto á la leonera, con tres géneros de bebidas, dulces y chocolates, etc., y sillas de paja en las casas inmediatas. Otra á la esquina de los estanques, yendo á ellos en derechura desde la Casa de fieras, con las mismas prevenciones que la primera, y sillas de paja enfrente del estanque. La tercera tienda, provista de los mismos géneros, está situada á principio del mallo, y hay también mesas para jugar ó beber...» «Te aseguro que no creí ver á mi país como lo voy viendo. Nuestro Aranda merece nuestros aplausos justamente, y hace honor á nuestra clase».

Y el abate Casalbón, clérigo volteriano y escandaloso, añade, dejando sospechar algo de las tendencias y resultados de aquellas innovaciones: «Todo el mundo va al Retiro; hay ya puestas tiendas de campaña, y ayer ví entrar muchas sillas; parece que ya nada falta para que empiecen luego á servir café y bebidas, y haya un aliciente más. Muchas mujeres, con las mantillas echadas por los hombros, van dando ejemplo á las demás, y ayer ví cuatro cómicas, que acaso será la primera vez que han entrado en los jardines. Se trata mucho de empezar la educación por las mujeres. Olavide pone excepción á las monjas, y quisiera ver el Colegio Imperial lleno de muchachas criadas é instruídas por francesas; yo no lo concibo con más medios que los de mover á Campomanes, en que no creo que se descuidará».

Mas ni los jardines del Retiro, donde se pretendía parodiar los famosos conciertos de Renelagh y Vaux Hall, ni las cantatrices, comediantas y bailarinas, italianas, francesas y españolas, que de todas partes fueron llamadas, alcanzaron el éxito de los bailes de máscaras, que, á imitación de los de la Opera de París, introdujo el conde de Aranda, con muy hondos designios, en el teatro de los Caños del Peral, y también en el del Príncipe. Levantaron contra ellos grande clamoreo los que cazaban largo, y el arzobispo de Toledo en persona pidió al Rey su prohibición. Mas despreció Carlos III estos clamores, y los bailes fueron tan en aumento, que comenzaban ya el día después de Navidad, y prolongábanse hasta la Cuaresma.

«Como si no existiera el Tribunal del Santo Oficio—dice Ferrer del Río,—se dieron muy lucidos bailes en los teatros del Príncipe y de los Caños del Peral, por Carnestolendas; y tan á deseo cogieron la diversas clases este amenísimo desahogo, que se hizo popular una seguidilla inventada para expresar que á los bailes de máscaras iban todos menos los hipócritas, los celosos y los tacaños:

Tres géneros de gente
No van al baile:

Hipócritas, celosos
Y miserables».

Olvidóse, sin embargo, el panegirista de Carlos III, al establecer las excepciones, que jamás permitió el Rey á su familia asistir á estos bailes, á pesar de haberlo solicitado muy vivamente su nuera María Luisa, entonces Princesa de Asturias, cuyo carácter desenvuelto y bullanguero tascaba con dificultad el freno de las severidades de su suegro. En las diversas cartas de la época que tenemos á la vista encuêntrase perfectamente marcado el espíritu, no ya mundano, sino impío, que inspiraba estas fiestas.

«La asistencia continua al cuarto de Losada, á causa de su indisposición—escribe D. Pedro Salcedo,—me acarreó un destemple de cabeza que aún me dura, aunque muy corregido, y éste ha sido el motivo de no haber escrito á Vm. y no haberle dado cuenta muy por menor, como me propuse, de cuanto ha acaecido en los bailes. Como creo que siempre llegará á tiempo, porque no hará ninguno un detalle tan circunstanciado, allá va, sentando por principio que en Europa, no se da un espectáculo tan magnífico. Haré la descripción del teatro: éste está muy lindo, porque el foro se ha unido con tres órdenes de aposentos á lo demás del coliseo, tan uniformes en todo, que parecen los mismos. Los cubillos se han corrido haciendo medio punto, y sacándolos alrededor del marco, que divide el foro del coliseo; en éstos hay dos orquestas numerosas, que alternan á tocar minuetes y contradanzas; en el fondo del foro hay una escalera que á la mitad se divide en dos ramos, que llegan hasta el primer suelo. A los dos lados del pie de esta escalera estan los retretes».

Aquí entra Salcedo en pormenores harto nimios é importunos, que, en gracia al lector, omitimos, haciendo notar tan sólo, como prueba de la decantada decencia y magnificencia de estas fiestas, que los lugares á que alude Salcedo eran veinticuatro, divididos entre sí sólo por cortinas, sin separación de hombres ni mujeres, y cayendo todos ellos dentro del salón mismo.

«En el coliseo—prosigue la carta—hay veintidós arañas de ocho mecheros entre palco y palco; al nivel de la barandilla del balcón una cornucopía con dos luces, y en cada balcón dos cornucopias de dos mecheros, una enfrente de otra; en los corredores hay faroles de trecho en trecho, de cristal, con su vela de cera. En los cuartos de los cobradores y contaduría está puesta la repostería, donde se sirve todo lo más exquisito que el deseo puede apetecer de bebidas, helados, dulces, bizcochos, vinos y licores, café y chocolate, todo con la mayor limpieza y magnificencia. Detrás de la tertulia están las cocinas, y en cada palco de los terceros hay una mesa pequeña donde pueden comer cuatro; sirven sopa, asado, algunos fiambres, todo género de masas y algunos *ragouts;* la estrechez del terreno y la naturaleza de que se componen los géneros no permiten que luzca ni sea tan bien servido como la repostería; pero bastantemente bien está para tener que abastecer á cerca de dos mil personas que están cenando alternativamente desde las once de la noche hasta cerca de las cuatro de la mañana. Poniendo la instrucción tal limitación para los trajes, que parece no puede lograr extensión la idea, es increible la variedad que hay de ellos, los magníficos en cuanto permite la rigurosa pragmática y lo de buen gusto; las mujeres, con particularidad, llevan las cabezas pulidísimamente puestas; los dominós y batas que tuvieron su mérito en el primer baile se ven ya desterrados, y sólo han hallado asilo entre la gente machucha, que va meramente á divertirse con la vista. En el primer baile sólo hubo cerca de seiscientas personas, porque toda la gente *bigote* no se atrevió á ir, y muchos no se lo permitieron á sus mujeres, aun de aquellos mismos que las dejan ir á bailar á casa de las que han sido sus criadas, y que se diferencian muy poco de un verdadero burdel; pero viendo lo bien que salió la prueba, el buen orden que allí reina y el gran modo con que todo el mundo está, aun aquellos que no tienen obligación de tener crianza, se ha dado licencia amplia á todo el mundo, de suerte que en el último baile hubo ya mil ochocientas personas.

El Rey está loco de contento, no sabe hablar de otra cosa y quiere que todos los de la corte vengan. La Princesa tiene fuertes deseos de venir; esperaba lograrlo por medio de Aranda; éste y otros creo han echado algunas indirectas; pero han dado en duro, porque lo precioso de la salud de S. A., y el temor de una sofocación, no habiendo tenido las viruelas, son obstáculos que nadie se atreve á superar á cara descubierta. Por lo demás, no podia haber el menor reparo, pues aseguro á vuestra merced que en el mundo no se puede dar una función tan numerosa con tal orden. Yo he asistido á todos, y en cada uno he tenido muchos ratos de observación con espíritu filosófico, y lejos de ver la menor acción descompuesta, ni oir la menor palabra disonante, observé tal compostura, que creo que las Capuchinas podrían asistir sin ofenderse su recato. Baste, para complemento de la pintura, que Massones, que no halla nada bueno de lo que él no hace, se ve obligado, *malgré* su genio Zoilo, á alabarlo. El Rey, que está noticioso de todos estos ápices, se burla de los frailes y de todos los que se oponían á este género de diversiones, inclusive el cardenal arzobispo. Considere vuestra merced cuál será la satisfacción de nuestro presidente, que ha conseguido dar un testimonio bien auténtico á todo el mundo de que esta nación, tenida injustamente por bárbara, es susceptible de crianza y civilización cuando la razón, y no la tiranía, la gobierna; y esta prueba, á que nadie se puede negar causará en el espíritu del Rey, para lo sucesivo, los buenos efectos que todos nos debemos prometer y vuestra merced puede imaginar».

PADRE LUIS COLOMA, S. J.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid, 30 de Agosto de 1892.

El viaje del Sr. Sagasta.—El programa fusionista.—Los apóstoles republicanos.—La campaña sanitaria.—Las fiestas del Centenario del descubrimiento de América.

Desde hace quince días el Sr. Sagasta va, al decir de sus cronistas, de triunfo en triunfo por los pueblos asturianos. En aquella región que inmortalizó Pelayo con su jura; que han ennoblecido con sus hazañas sus valientes hijos y que han hecho memorable la pléyade de ilustres repúblicos que allí nacieron, está recogiendo ahora el jefe del partido liberal las ovaciones que más pueden halagar á un hombre de sus condiciones personales. Pero el Sr. Sagasta tiene demasiado talento para dejarse engañar á sí propio. Los fuegos artificiales, las músicas sonoras, los gritos de entusiasmo con que le han recibido son humo, aire y ecos que se pierden en el vacío.

Nosotros celebramos estas muestras de cultura que da á un político respetable un pueblo digno de su grandeza, y no queremos ver en tales demostraciones ni artificios de los que buscan por tal medio lugar vecino al jefe de la agrupación liberal, ni artimañas de más baja estofa, que serían indignas de las distinguidas personas que comparten esos inesperados éxitos.

Mas atentos á la realidad de las cosas, nosotros no hemos visto en esa epopeya sagastina más que una manifestación profundamente monárquica, en la cual se han confundido por honor los conservadores, que son allí los más fuertes y numerosos, adoptando una actitud silenciosa, pero llena de respetos; y los liberales haciendo alardes, no siempre reflexivos ni apropiados á las circunstancias. Los mismos republicanos, que cuando han podido no han dejado de lanzar sus vivas correspondientes y poco legales, no han querido pasar por mal educados y nada han hecho que pudiera servirles de reproche.

Debe, pues, el Sr. Sagasta entrar á cuentas consigo mismo y desdeñando percalinas, ramajes, serenatas, faroles y banquetes, pensar seriamente que en él ha festejado el pueblo de Asturias, siempre hospitalario y generoso, al hombre ilustre que le honra con su visita y al jefe de un partido monárquico que turna en los Consejos de la Corona.

***

Por cierto que no todo han de ser glorias para el Sr. Sagasta. Ese viaje tan celebrado por sus aduladores, le proporciona muchos disgustos y ha de producirle algunos más. La prensa ha discutido estos días á propósito de un brindis que pronunció en Borines el Sr. Sagasta, si tenía ó no programa su partido, y todos han estado conformes en que el tal programa no parece por parte alguna. Cerrado el ciclo de las reformas políticas, el Sr. Sagasta pudo y debió recoger la bandera económica, bien para tremolarla en sentido proteccionista, bien en sentido libre-cambista. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Y no lo hizo, porque destrozada su hueste, gracias á la discordia que en ella introdujeron con su espíritu gubernamental los señores Gamazo y Maura, y con su estrechez de miras, los señores Moret y Puigcerver, el Sr. Sagasta no puede declararse definidor de ninguna de aquellas escuelas y me-

nos sostenedor de sus principios. Aparte de que en esa lucha airada no le faltan ni el Sr. Canalejas, ni el Sr. Montero Ríos, ni el Sr. González, ni el Sr. López Domínguez, cada uno de los cuales ayudan y protejen las aspiraciones que son más de su gusto, ya proclamando un oportunismo que no puede existir en estos momentos, ya mostrando inclinaciones que sólo sirven para perturbar la marcha de su partido.

Dadas estas dificultades ¿qué programa podía trazar el Sr. Sagasta frente al del partido conservador? Este mantiene incólume el que, siendo oposición, formuló el Sr. Cánovas del Castillo hace cuatro años en un *meeting* famoso de Barcelona; el mismo que llevó á las Cortes para discutirlo con el Sr. Gamazo y el Sr. Sagasta, y el propio que trazó después á la faz del Parlamento cuando S. M. se dignó encargarle de la formación de Gabinete.

Ese programa, proteccionista sin exageraciones, es el que necesitan nuestra abatida agricultura, nuestro comercio decadente, nuestras industrias poco prósperas; el que piden los labradores de Aragón y Castilla; los fabricantes de Cataluña, Béjar, Alcoy y Valencia; los mineros de Bilbao, de Asturias y Andalucía, el que reclaman, en fin, todas las fuerzas productoras de la nación.

No quedará, pues, del viaje del Sr. Sagasta más que una cosa muy triste para él: la de declararse impotente y vencido cuando se le recuerden las promesas que ha hecho y que no ha de poder cumplir en el Gobierno. Porque es bueno hacer constar, que el jefe de los liberales ha ofrecido construir puertos, canalizar ríos, abrir nuevas líneas férreas, estrechar los mares, ensachar las costas, y no sabemos si por colmo, que llueva á tiempo, que no haga calor á deshora y que vengan dobles y copiosas cosechas. El Sr. Sagasta tiene una gran debilidad que no se compadece bien con sus experiencias de hombre de Gobierno. A nada dice que no, y más si la demanda surge de la explosión popular. Pero, el ex presidente del Consejo tocará de cerca las impurezas del poder, contrastará y alambicará y pesara lo que puede conceder, y entonces...

¡ah! entonces el Sr. Sagasta se reirá de sí propio, inventará el expediente de aplazamiento, y poco se le importará de lo que puedan decir de lo que deje de hacer.

Ya verán los confiados hijos de Asturias cómo no exageramos la afirmación que exponemos.

***

También los republicanos han querido evangelizar á sus huestes en esta quincena. El Sr. Pí desde el delicioso y pintoresco Monasterio de Piedra; el Sr. Carvajal desde las frescas playas del Cantábrico, el Sr. Muro desde las márgenes del Llobregat, y el Sr. Pedregal desde sus reales de Oviedo, todos han pretendido unir los grupos en que se dividen y presentar esa fuerza como efectiva ante la opinión del país. Desgraciadamente para ellos, fuera de unos cuantos ilusos ó iluminados, nadie cree posible la instauración de la República en España. Los frutos amargos de 1873, las locuras del cantón cartagenero, los delirios de la gente malagueña, las proezas de aquella soldadesca desarrapada que rompió la disciplina del ejército, las bárbaras hecatombes de Alcoy y Montilla, los sacrílegos atentados de Barcelona, la impía obsesión que se apoderó del populacho, todo ese cúmulo de enormidades que hicieron de la patria una mueca horrible, del orden una vergüenza, del crédito una deshonra nacional, no puede olvidarlas nunca nuestro país.

Los republicanos actuales, ya lo sabemos, son más cultos, tienen más experiencia, y viven en un medio más propicio para la propaganda de sus ideales. Pero aun así y todo, aun moviéndose dentro de la amplia legalidad que disfrutan, aun acomodándose á una regla de conducta más precisa, y aprovechando los enconos y las pasiones de los potentísimos elementos de la monarquía, pueden aspirar á nada práctico. Ellos saben bien, que cada país nace y se constituye para buscar en la ecuación de la forma de gobierno la fórmula de

sus futuras prosperidades. América tenía que ser republicana, y lo es. Europa, salvo una pequeña excepción, debía ser monárquica y lo será. España, especialmente, que sostuvo durante tantos siglos el principio de las gloriosas instituciones á que debe su engrandecimiento y su ventura, no puede ser republicana. Lo exigen la constitución de sus costas y fronteras, las tradiciones de su historia, su modo de ser, todo lo que respira el ambiente creado por la realeza y la nacionalidad establecida por el esfuerzo de sus hijos.

Un país que de ese modo existe, no puede ir más que en un momento de locura de la monarquía á la república. Pasado el vértigo, la razón se abre camino, y la forma de gobierno natural y propia, se impone por su misma virtualidad.

***

A la vez que en estos ensueños irrealizables agotaban su fecunda oratoria los apóstoles republicanos, el gobierno preocupábase hondamente con la aparición del cólera en Rusia, su difusión en Francia y su presencia en Bélgica. Fortuna ha sido y grande, que al frente del ministerio de la Gobernación se hallara un hombre de las singulares aptitudes, de las raras energías y de la actividad no imitada aún por otro, que resplandecen en el Sr. Marqués de Pozo Rubio. La prensa toda, con unanimidad pocas veces vista, ha declarado que él es la mejor garantía que la salud pública puede tener en estos momentos de inquietud y de zozobra. Y lo declara la prensa recordando las campañas del Sr. Villaverde en 1885, cuando Madrid tenía varios focos de infección epidémica, que él iba á destruir; cuando en Aranjuez caían á cientos los coléricos que habrían visto al más generoso de nuestros reyes y luego recibían la visita del más solícito de los gobernantes; cuando Granada gemía bajo el látigo de un terremoto reciente y de una invasión devastadora, y pedía con

gritos de angustia al Sr. Villaverde, que fué allí á levantar el espíritu público, auxilios para vencer al enemigo, alientos para luchar contra aquella horrible coflagración de la naturaleza y del suelo.

Un ministro que tan ejemplar historia presenta á su patria, tiene derecho á ser respetado. Sus iniciativas, sus previsiones, sus medios de acción, salvaron entonces al país de una ruina segura. Hoy, que por fortuna, puede contener al temible enemigo del Ganjes antes de que haga su aparición por mar ó por tierra, es seguro que el Sr. Villaverde se inspirará en altísimo juicio, y lo combatirá á cara descubierta.

Las órdenes mandando desinfectar los géneros contumaces, creando inspecciones sanitarias para los viajeros, preparando los hospitales y disponiendo todo un sistema sanitario, por si es preciso someterse á él, le acreditan de hombre previsor en alto grado. Irún, Port-Bou, Danichironea, los puertos todos y los sitios de comunicación terrestre, están dotados de las máquinas de desinfección necesarias y del servicio facultativo más diligente. Es de esperar que la Providencia nos salve; pero si otra vez quiere poner á prueba nuestros sufrimientos, no será cogiendo desprevenidos á los Poderes públicos. El ministro de la Gobernación y sus delegados, están despiertos.

***

Las fiestas del centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, prepáranse con bastante celeridad en todas las poblaciones del reino. De Barcelona, de Huelva, de Cádiz, de Sevilla, de Salamanca, de todas partes llegan noticias halagadoras. El sentimiento nacional resucita potente y vigoroso para dar á Europa y América testimonios vivos de su admiración hacia el inmortal genovés. En Madrid, donde el despilfarro y la ignorancia de sus ediles, parecían hacer fracasar los proyectos de fiestas, ha logrado la opinión encauzar

las corrientes y gracias al Alcalde Sr. Bosch, ni se intentarán cosas absurdas ni se derrocharán los fondos del Común. Habrá una cabalgata espléndida, diana magnífica, retreta militar soberbia, recreos populares, funciones en los teatros y en el circo taurino, limosnas no escasas y algo más que perpetúe en los establecimientos benéficos la fecha del cuarto Centenario.

Lo que con ello ganarían el comercio y la industria de Madrid, no hay que decirlo, todos lo saben. Por eso, y separándonos de esos *dómines* y *criticastus* que con nada se sacian, creemos que dentro de los recursos votados ya, debe el Alcalde asumir una especie de dictadura y determinar los festejos, asociando á su empresa todos aquellos que la iniciativa privada proponga. De este modo la suma de elementos que se aporte resultará más útil y beneficiosa y servirá para dar más esplendor á las fiestas.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

30 Agosto 1892.

Dos terribles personajes han llenado con su nombre la presente quincena, uno de carne y hueso, Stambouloff, presidente del gobierno de Bulgaria, otro abstracto, desprovisto de sangre y nervios; pero dotado sin embargo de cierto don de ubicuidad y encargado de diluir en los aires, en las aguas, en los elementos, en los vestidos el sutil veneno de la muerte, después de espantosa enfermedad rápida y destructora como el rayo: el cólera morbo.

La Bulgaria es un país poco conocido entre nosotros á pesar de ser ya viejo. Sus habitantes proceden del mismo origen que los turcos, si bien su establecimiento en Europa desde los primeros siglos de la Edad Media, su conversión al cristianismo ortodoxo y sus luchas seculares con los otomanos, bajo el yugo de los cuales han vivido hasta los tratados de Berlín, los diferencian mucho de éstos. Gozan hoy de autonomía en el gobierno interior, aunque no de independencia nacional por cuanto según los aludidos tratados reconocen por soberano al sultán de Constantinopla, sin anuencia del cual no puede el gobierno búlgaro nombrar ni quitar príncipes. La influencia de Rusia omnipotente durante algunos años ha sufrido rudo golpe por dos hechos aislados en apariencia y solidarios en realidad; la proclamación del príncipe Fernando, nada grato al Czar, y la creación de la

Iglesia búlgara emancipada por completo de la griega y ortodoxa.

El adversario más implacable de los rusos en Bulgaria, es sin embargo, el primer ministro Stambouloff, hombre de una pieza, dotado de férreo carácter, incapaz de retroceder ante nada y ante nadie. La severidad con que ha castigado en diversas ocasiones las conjuras del partido ruso, la crueldad manifestada contra todo el que atenta á su autoridad y su persona hánle hecho blanco de odiosidades sin cuento por parte de rusos y de franceses coaligados hoy contra su mantenimiento en el poder, dentro y fuera de Bulgaria. Colocado en situación tan tirante, víctima de atentados más ó menos encubiertos, ha buscado natural aliado en el tradicional enemigo de Rusia, Inglaterra, y fuerte con su apoyo ha acudido á Constantinopla para recabar del sultán el explícito reconocimiento de la soberanía del príncipe Fernando, á cambio sin duda de futuro auxilio contra los rusos, auxilio nada despreciable si recordamos el valor del ejército búlgaro contra Servia en 1885, que hizo pactar á este país condiciones de paz humillantes para su orgullo.

Los aplausos con que Stambouloff ha sido recibido en Sofía al volver de Constantinopla, prueban que su política es más popular de lo que se dice. La exposición actual de Filopópolis, debida á su iniciativa, pone igualmente de manifiesto que la Bulgaria hace esfuerzos plausibles para entrar bajo su gobierno en las costumbres y las ideas de los pueblos civilizados.

***

El 22 de Agosto se verificó en Berna la inauguración del cuarto Congreso de la Paz, bajo la presidencia del Consejero federal Ruchonet, con asistencia de unos doscientos miembros de la Liga y otros tantos espectadores, reunidos en la gran sala del Consejo. El discurso del ilustre publicista fué

notabilísimo por la elevación de las ideas que expuso con mucho calor y elocuencia, frecuentemente acogidas con nutridos aplausos por su escogido auditorio. Después de recordar los precedentes Congresos de Londres en 1889, de París en 1890, de Roma en 1891 y de dar la bienvenida á los asistentes en nombre del Comité de organización y de la Confederación helvética, dió principio á su discurso en los siguientes términos:

«Señoras y señores: no hallaréis en este sitio el esplendor ni la pompa de las recepciones prodigadas en otras partes. Nuestro pueblo modesto y sencillo puede sólo ofreceros sincera cordialidad, pero os recibe con todo el corazón propio de un país nacido y crecido en la libertad, capaz por lo mismo de apreciar vuestros esfuerzos y vuestras aspiraciones generosas.

»Los miembros de este Congreso harán sin duda con nosotros observaciones interesantes que aquí surgen por sí mismas. Tenemos en Suiza lenguas, razas y religiones diferentes; más aún, nuestras costumbres no son idénticas, ni tampoco son las vuestras. Esto, no obstante, formamos los suizos una nación y no lo ignora ningún ciudadano; nación fundada sobre la libre voluntad del pueblo, sobre el derecho y sobre la libertad. Suiza debe su existencia á un acto de consumada política de un estado de rudos agricultores. Gracias á la confianza que á los otros Estados inspira, ha sido llamada á trabajar con ellos por medio de los diversos oficios internacionales en la gran obra de la civilización.

»Nosotros, miembros de este cuarto Congreso, deseamos que la justicia reguladora del derecho de los individuos, igualmente domine entre los pueblos; el arbitraje pondrá fin á las querellas internacionales. La *Liga de la Paz* ha formulado muchas y graves acusaciones contra la guerra, y si en todos los países que nos rodean en la vieja Europa, parecen provocar los armamentos una decisión no menos violenta que terrible, debemos en vista de espectáculo tan triste, hacer oir muy alta la voz de la razón á fin de que sea oida.

»Contamos para ello con el favor de la mayoría; contamos con los siervos de la gleba que no quieren ver la guerra destruir sus campos; contamos con los obreros de todos los oficios que no quieren abandonar sus hijos á la miseria para correr á las armas; contamos con los jurisconsultos, encarnizados enemigos de la violencia; contamos con el bello sexo, que ama la paz y solo apetece la paz. ¿No creéis, pues, que cuando se haga sentir el clamor de todos ellos desde la tribuna y el hogar doméstico, no creéis, repito, que su voz será escuchada?

»Fundemos sociedades de la paz, agrupémonos en una organización universal y entonces tendremos de nuestra parte la opinión pública. Los gobiernos llamaríanse felices más pronto de lo que se piensa, si pudieran oir esta voz universal. Vendrá el día en que un tribunal permanente decidirá las contiendas de los pueblos. Trabajemos, entre tanto, por el arbitraje á pesar de que nos falten sus organismos legales.

»El tratado de Washington de 1890, por el cual diez Estados americanos se obligaron á dirimir sus diferencias, mediante tribunales de árbitros, encontrará tarde ó temprano imitadores. Nuestra tarea es muy ardua, pero nos bastará para realizarlo que todos cumplamos con nuestro deber.»

Representantes de las diversas naciones europeas y americanas, sabios algunos de ellos encanecidos en el estudio de las ciencias sociales y políticas; oradores que descansan de las tareas parlamentarias sin poder renunciar al placer de pronunciar discursos; candidatos á la presidencia de algunas repúblicas, deseosos de no ser olvidados por la prensa; señoras entusiastas de la emancipación de su sexo; pastores protestantes, todos por su turno han hecho uso de la palabra en el citado Congreso, en que ha dominado á semejanza de los anteriores la nota optimista. Hasta un pintor inglés, célebre por cierto, Félix Moschels, dijo humorísticamente: «Desde que iba á la escuela he oido decir que Suiza era una nacionalidad compuesta de tres naciones en que no he encontrado la cuarta, es decir, la inglesa. Deseo además—aña-

dió—que la *calle de los Cañones* (Kanonenweg) existente en Berlín y donde se halla el edificio de la *Liga de la Paz*, se transforme en la de *¡Fuera cañones!»* jugando con el vocablo *vía*, que en italiano tiene ambos sentidos. La baronesa de Suttner, austriaca, proclamó en un francés purísimo *¡guerra á la guerra!* grito acogido por los congresistas con delirantes aplausos.

Los deseos de la Liga de la Paz, como los del Congreso interparlamentario, no pueden ser más generosos; pero, ¿es de realización posible no sólo en vista de la situación actual de Europa, sino en vista de la condición humana? La utopia de hoy, se dice con frecuencia, es la verdad de mañana. Nada más cierto en muchos casos. Hay ideas que á fuerza de repetirlas se cambian en lugares comunes y del lugar común á los hechos consumados media casi siempre corta distancia. La guerra, según José de Maistre tiene, no obstante, la misteriosa inflexibilidad de una ley divina; según los darwinistas es ley también en la naturaleza necesaria; para místicos y evolucionistas la lucha del hombre con el hombre, de las especies más diversas entre sí mismas, descansa en la raíz íntima de todos los seres, es condición fatal de su existencia nacida con el mundo y como el mundo en opinión de los últimos, destinada á ser eterna. Prudhon, con su acerada lógica templada en la dialéctica hegeliana, ha sostenido la imposibilidad de concluir con la guerra mientras los pueblos no formen una federación universal, idea que igualmente se vislumbra en algunos notables trabajos de nuestro ilustre Pí y Margall. Moltke, el genio militar más grande de nuestro siglo después de Napoleón, ha ido más adelante; ha dicho que la guerra es una de las causas vivas y permanentes de la civilización, la cual sin ella se corrompería trayendo como irremediable consecuencia la degradación de la humanidad que mantiene con la lucha el vigor de sus fuerzas materiales y morales. Poco amigos de extremos otros publicistas, el conde Vogüé, entre ellos, han escrito libros estimables para combatir el candoroso optimismo de los cre-

yentes en la posibilidad de la paz perpetua, y el pesimismo sombrío de los que consideran la guerra mal tan incurable como la enfermedad y la muerte.

Por divina que sea en opinión de los místicos, por fatal que la consideren ciertas escuelas científicas, deben buscarse, sin embargo, medios de evitarla y extinguirla. También son *divinos* el dolor, la miseria, la muerte mas con todo tratamos de combatirlos y logra la ciencia triunfar muchas veces de ellos.

Los poetas humanitarios, los filósofos adoradores de la ideología, los apóstoles del optimismo, las gentes sensibles, protestan contra la guerra, formulan en su buen deseo candorosas panaceas para de un golpe extirparla de sobre la haz del planeta, confundiendo en su exaltación nobilísima la posibilidad de evitar una ó varias guerras no *necesarias*, con la fatalidad del hecho de la guerra en el movimiento de las humanas sociedades y en el inestable equilibrio en que han vivido hasta ahora y continuarán viviendo siempre, mientras las pasiones y los intereses sean los estímulos por excelencia de la acción humana.

***

Mientras los Congresos de Berna buscan el medio de restaurar el siglo de oro de la paz, los gobiernos de Europa tratan de hacer inexpugnables sus sistemas de defensa. Rusia avanza como la marea hacia el Afghanistan y este país pide el auxilio de Inglaterra, única fuerza capaz de contrarrestar durante algún tiempo la expansión siempre creciente del imperio ruso en Asia. La misma China puede verse comprometida en esta guerra y acaso obligada por los sucesos no hemos de tardar en verla aliada con ingleses y afghanos contra los rusos que de dos lados la amenazan, por el Pamir al Occidente y por la Península de Kanschaca situada á no muchas jornadas de Pekín por el Oriente.

Sería, aunque doloroso, curiosísimo espectáculo presenciar un confiicto general asiático, en que intervendrían todas las razas de aquel continente, puestas respectivamente á las órdenes de los dos pueblos más poderosos del mundo: el despótico imperio ruso y el libre imperio británico. Inglaterra tiene ahora en sus manos la paz ó la guerra. Si elige la primera, el Afghanistan caerá en poder de Rusia, que acortará la distancia entre sus fronteras y la India. Si opta por la segunda, ¿quién sería capaz de calcular las consecuencias? La lucha pudiera extenderse á Europa y ser la señal de una conflagración gigantesca.

***

El sangriento pleito de Marruecos entre el Sultán y sus súbditos se ha embrollado durante los días últimos, al extremo de temerse se encienda de nuevo la guerra civil más encarnizada que antes. El temor de nuevos combates cedió un poco ante los consejos de prudencia del Xerif de Wazan, que ha logrado separar las poderosas kábilas de Wad-Ras y Beni-Hassan de la causa de los rebeldes angherinos, núcleo imponente de la insurrección. Ha sido verdadera suerte para el Imperio, porque la torpeza del Sultán en no querer aceptar temperamentos conciliadores, dispuesto á restablecer su despreciada autoridad á sangre y fuego, hizo temer por un momento la prolongación indefinida de la lucha con todos los horrores que suelen acompañarla.

El H'mam ha quedado aislado ó poco menos. Sólo los bravos montañeses de Anghera permanecen fieles á su causa, dispuestos á derramar en su obsequio la última gota de sangre y quemar en su defensa el último cartucho, emboscados entre las angosturas de sus montañas, supremo refugio de desesperados. No es hombre, sin embargo, que se ahoga en poca agua. Según una versión, en lugar de continuar la lucha en tan desiguales condiciones, ha jugado el todo por el

todo con un rasgo de habilidad y de audacia muy propio de su carácter. Acompañado de treinta de los suyos, y no sabemos si muy seguro del éxito, ha emprendido el camino de Fez para tratar con el Emperador en persona de la sumisión de los suyos, poniéndose de esta suerte en manos de Muley Hassan, de las cuales rara vez escapan los jefes rebeldes con la cabeza sobre los hombros, ó por lo menos sin purgar el delito de rebeldía en largo y duro cautiverio. Según otra versión más probable, el H'mam ha desaparecido y se halla en las cercanías del campo de Ceuta.

Vencido el caudillo revolucionario, todo el mundo le acusa de revoltoso, de hombre ligero desprovisto de talento y de prestigio para ponerse al frente de un movimiento de importancia contra el gobierno del Sultán. La insurrección de que ha sido el alma ha quedado reducida á una de tantas insurrecciones locales sin alcance, ordinarias en Marruecos. Unicamente los alarmistas, los que desconocen la naturaleza de aquel país, han podido fantasear sobre los proyectos del vulgar agitador, que en realidad no tenía ninguno y ha aprovechado la primera ocasión para ir á prosternar la frente ante el poderoso representante del profeta, que antes de gobernar un imperio que agoniza dirije al contrario un imperio cada vez más vigoroso, destinado á renacer bajo su paternal política.

Tal es el lenguaje de cierta parte de la prensa tangerina y española. No puede negarse que los hechos parecen dar por el pronto razón á los que así piensan. Pero ¿se llamaría sano á un individuo sujeto á crónica dolencia, por el sólo hecho de verse libre de sus ataques algunos días? ¿Puede considerarse bueno un régimen político, viable un organismo social donde la insurrección es endémica, donde la arbitrariedad del poder reina despóticamente sin otro freno que la protesta armada de los súbditos?

Si el cacareado *statu quo* implica el reconocimiento de situación semejante, ¿cómo extrañarse de que bajo este ó aquel pretexto traten de intervenir las potencias europeas á fin de

modificarla en su provecho y en el de la civilización? Se explican de este modo, aunque no se justifiquen en términos de derecho estricto, los trabajos de Inglaterra para recabar á la sombra de un convenio comercial el protectorado político de Marruecos por medio de un tratado secreto de que se habló hace poco tiempo con motivo del fracaso de la misión Evan Smith.

Por cierto que acostumbrado el Sultán, según se refiere, á oir de labios de todos los embajadores británicos repetidas alusiones al poder naval de su país, y maravillado de que Evan Smith faltara á la consigna de rúbrica sin mencionar las consabidas flotas, hubo de preguntar á un individuo de la comisión francesa la razón de este silencio en tan altivo diplomático.

—Es muy sencillo, señor—le respondió el oficial francés—Inglaterra no hace alardes como otras veces de su gran poder naval, porque todas sus escuadras están prisioneras de Francia en el puerto de Brest, al que han sido conducidas.

Si la anécdota es auténtica, ¿puede aducirse nada más terrible contra la ignorancia de un gobierno capaz de admitir como verosímiles explicaciones tan absurdas?

Sea lo que quiera, Inglaterra trata de justificar su actitud en Fez con la publicación del último *Libro Azul*, en que para nada se menciona el famoso tratado secreto. Los amigos de la política inglesa tratan de defenderla asegurando la imposibilidad de que se haya gestionado tratado ninguno de dicho clase, puesto que el citado libro contiene únicamente la correspondencia mediada entre el Foreing Office y el representante británico acerca del convenio mercantil, cuyas bases y articulado en proyecto aparecen en aquél. La defensa podrá ser hábil, pero no nos convence. Quien calla no dice nada, y cuando la diplomacia calla es sospechoso su silencio. Si Salisbury no ha dicho una sola palabra acerca de negociaciones de carácter forzosamente reservado, lo mismo puede probar en buena lógica que no las ha entablado, como que le conviene pasarlas por alto, visto su mal éxito á fin de

no suscitar recelos en los demás países con ella comprometidos á mantener el *statu quo*, ratificado en las Conferencias de Madrid, tanto más cuanto al gestionar el convenio mercantil, simple pretexto del secreto, contaba con la anuencia de España, Francia y otros países para hacerlo con mayor autoridad y descanso. ¿Quién puede además llamar secreto un tratado que antes de aplicarse *se publica?* ¿Qué conducta seguirá Lord Roseberry, nuevo ministro del Foreing Office? ¿La imperial de Beaconfield, ó la tradicional y á veces débil de Gladstone? Nadie lo sabe; por lo menos hasta el año que viene nadie lo sabrá tampoco, pues los problemas interiores han de absorber por mucho tiempo la atención del Gabinete británico antes de que pueda extenderla fuera de las dos islas *hermanas*.

***

El nombramiento de ministros no es nunca tarea fácil en Inglaterra ni en parte alguna. Dígalo la reciente polémica entablada en la prensa de Londres con motivo del veto más ó menos directo puesto por la reina Victoria al director del periódico radical *The Thruth (La Verdad)*, diputado por Northantong Mr. Labouchere. La pretendida ingerencia de la Corona en la elección de consejeros responsables prueba una cosa de ser cierta, á saber: que sobre las ficciones constitucionales, sobre la pretendida inacción de las llamadas *instituciones imponentes*, está la viva realidad de las cosas, y que sin llegar á la manifestación formal del *veto*, cosa desde hace mucho tiempo en Inglaterra desusada, basta todavía á la Corona exponer ciertos escrúpulos en lo relativo á las personas para evitar al soberano el disgusto de otorgarlas su confianza y despachar con las mismas los asuntos de gobierno.

Se habla con este motivo de la celebración de un *meeting* mónstruo para protestar de semejante exclusión, contraria á las prácticas establecidas y opuesta al carácter de los go-

biernos parlamentarios que buscan entre las eminencias de las Cámaras los miembros de los Gabinetes encargados de representarlas ante la Corona como órganos genuinos del país. La repugnancia de la reina Victoria y en general de la corte se explica respecto á Labouchere tanto por la persistencia de este último en atacar las asignaciones de la Casa real, que considera excesivas, como por la predilección con que suele tratar en su periódico los asuntos relacionados con la realeza, satirizando con frecuencia, aunque sin rayar en la difamación, los hechos y dichos de los personajes que la forman, sin perdonar á los más altos.

Labouchere, más que un periodista á la inglesa, grave, serio, reposado y circunspecto, es un periodista al estilo francés, ligero, cáustico, intencionado, lleno de mordacidad y de ingenio. Pasa en los salones por hombre galante y ameno conversador; se ha creado en la prensa reputación envidiable por la veracidad de sus informes, atribuídos generalmente á damas bien relacionadas con la corte y con la política; se ha conquistado, por último, extraordinaria reputación en los debates parlamentarios á causa del radicalismo de sus ideas, defendidas con no menos habilidad que talento.

Todo esto contribuye á envenenar la controversia suscitada entre los adversarios y los amigos del célebre periodista, cuyas singularidades de carácter, índole descontentadiza y revoltosa, ha tenido quizá en cuenta el ilustre jefe del Gobierno para no insistir con la Reina acerca de su nombramiento.

***

La crisis alemana, complicada con los estragos que en el imperio produce actualmente el cólera, ha venido á aumentar las dificultades del Gobierno. El canciller Caprivi y algún otro ministro han presentado la dimisión de sus cargos, abrumados por el disgusto de la opinión pública con mo-

tivo del proyecto de Exposición universal para el año 1900 y por las iniciativas personales del emperador en la elevación de los impuestos y en la reducción á dos años del servicio militar, medida esta última con que pretende dulcificar en lo posible el sabor amargo de la primera.

La separación del canciller Caprivi prueba que Guillermo II se inclina de nuevo á las ideas autoritarias y conservadoras, acaso arrepentido del socialismo gubernamental de que era antes convencido apóstol, y que en vez de quebrantar los radicalismos del partido obrero, los ha exacerbado al contrario. El contraste entre su política de ayer con la de mañana, sólo es comparable con el contraste del Bismarck enemigo implacable de los Parlamentos con el Bismarck que proclama ahora la necesidad de acudir á los Parlamentos para gobernar constitucionalmente Prusia.

El tiempo y la pasión son dos grandes disolventes aplicados á la política.

ANGEL STOR.

BIBLIOGRAFÍA [1]

Estudio crítico de las diversas especies de censos en la Historia, en la Legislación y en las Costumbres, por D. Ramón Sánchez de Ocaña, abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Secretario de la Comisión de Codificación.—Madrid, 1892. Un tomo.

Conocíamos al Sr. Sánchez de Ocaña por sus obras anteriores como escritor concienzudo y erudito investigador de nuestras instituciones jurídicas, y desde hoy hemos de considerarle como uno de nuestros jurisconsultos que con sus trabajos viene á ilustrar la historia de nuestra legislación.

Con motivo del concurso abierto por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema «Historia jurídica de las diferentes especies de censos, justificación del enfitéutico en sus orígenes y en la actualidad, contra los que lo impugnaron y excluyeron de algunos Códigos modernos como institución feudal; introducción y vicisitudes del censo consignativo en sus relaciones con las leyes canónicas y civiles que prohibían y condenaban el préstamo á interés», ha escrito el Sr. Sánchez de Ocaña una monografía completa sobre

(1) De toda obra que se nos remitan dos ejemplares, haremos un juicio crítico en esta *Sección* de la REVISTA.

esta antigua institución jurídica que tanto valor histórico ha tenido y tiene en nuestra patria.

El Censo, que es una institución que está tan íntimamente enlazada con el derecho de propiedad, ha sido estudiado por el Sr. Sánchez de Ocaña bajo todos sus aspectos, presentándonos un trabajo completo que merece un análisis detenido y concienzudo.

Divide su obra el Sr. Sánchez de Ocaña en tres partes: en la primera traza la historia jurídica de las diferentes especies de censos; la segunda está dedicada á la justificación del enfitéutico en sus orígenes y en la actualidad, y en la tercera estudia la introducción y vicisitudes del censo consignativo en sus relaciones con las leyes canónicas y civiles.

Un conocimiento exacto del origen, proceso y estado actual de las diversas clases de censos, estudiándolos bajo todos sus variados aspectos y sus diversas consecuencias en el derecho, en la economía y en la organización social y política de las naciones, y singularmente en cuanto dice relación á nuestra patria, es lo que demuestra tener el distinguido escritor, que es autor de esta Memoria laureada por la Real Academia de Ciencias Humanas y Políticas. Las indicaciones históricas que hace sobre los censos enfitéuticos de Cataluña y Aragón, sobre los foros y los juros, y con respecto á los censos alodiales de Baleares, demuestran que el Sr. Sánchez de Ocaña ha estudiado concienzudamente estas instituciones jurídicas, sobre las que tan poco se ha escrito en nuestra patria. Contiene la obra que estamos examinando multitud de datos curiosísimos para los que el autor ha tenido que registrar nuestros archivos y consultar los Códigos nacionales y extranjeros.

El Sr. Sánchez de Ocaña se manifiesta erudito investigador de las instituciones censales y no olvida ninguna por poco importante é insignificante que sea; así sobre el llamado «derecho de vivir, labrar y poseer» frecuente en la Coruña, Corcubión y otros pueblos de la región gallega. Se expresa con gran erudición diciendo lo siguiente: «Tiene su origen ese derecho en una costumbre del país consistente en que

los padres suelen trasmitir á sus hijos un cuerpo de bienes por acto *inter vivos ó mortis causa*, imponiéndoles la obligación de satisfacer á sus hermanos ó á otros coherederos en frutos ó granos, la parte equivalente á lo que por legítima les hubiera correspondido sobre aquellos bienes.» Nos tendríamos que extender mucho si siguiéramos al Sr. Sánchez de Ocaña en sus eruditas investigaciones sobre las instituciones censales, y únicamente debemos manifestar que su obra es la más completa que se ha escrito sobre esta materia.

En la segunda parte, dedicada á la justificación del censo enfitéutico, presenta un cuadro completo de los orígenes del mismo, de su desarrollo y de lo que es en la actualidad, exponiendo las razones que dan los que le impugnan y excluyen de algunos Códigos modernos. Es un resumen muy bien hecho de cuanto se ha expuesto en pro y en contra de esa institución.

Por último, se ocupa el Sr. Sánchez de Ocaña en su obra, del censo consignativo, y hace un estudio acabado del origen y vicisitudes del mismo, trazando con este motivo un bosquejo de las disposiciones canónicas acerca de la usura, que es interesante en extremo. Consulta el Sr. Sánchez de Ocaña en esta tercera parte de su trabajo las disposiciones de los libros sagrados, las de los diversos códigos patrios, y termina con un examen muy bien trazado de los censos en el estado actual de la legislación y de las costumbres. A este propósito dice: «Los censos hoy existentes son, ó continuación de los antiguos, ó transformación, ya de las varias formas antes conocidas, ya del derecho más ó menos precario que los cultivadores de la tierra tenían en ésta, y por virtud de la cual el dominio útil, ó el mero derecho real, han sido sustituídos por la propiedad y el dominio, sin otra limitación que el pago del canon al antiguo dueño; y que por tal circunstancia los tratadistas modernos incluyen bajo la denominación de censos todas aquellas instituciones, conocidas con distintos nombres, según los países, que atribuyen á una persona un derecho real sobre un inmueble, cuyo dominio pertenece á otro

que lo posee, y que consiste tan sólo en la percepción de una renta ó canon en numerario ó en especie, siendo, por tanto, una limitación del derecho de goce ó disfrute que radica en el propietario; sin que admitan, por tanto, en aquella categoría, ni aquellas que suponiendo la división del dominio en directa y útil, son formas de la propiedad dividida y no de la limitada, como ocurre en algunos pueblos con la enfiteusis, ni tampoco el arrendamiento, aun cuando revista el carácter de derecho real, porque en este caso es el poseedor quien lo tiene en cosa ajena, al contrario de lo que ocurre en los censos.»

Felicitamos sinceramente al distinguido autor de esta Memoria porque ha enriquecido la literatura jurídica de nuestra patria con una Monografía que calificamos de notable y que acredita los conocimientos que posee sobre una institución que tan poco estudiada ha sido en nuestro país.

***

Italia en el siglo XV, por el Sr. Orti y Brull.—Un tomo. Madrid, 1892.

Esa centuria tan fecunda en incidentes y sucesos trascendentales ha sido narrada con galana pluma por el docto escritor Sr. Orti, quien no sólo historía los hechos culminantes de esa hermosa región, sino que á su vez presenta de una manera sintética todo lo que se refiere á la Italia del Renacimiento, sus costumbres, su política y su arte.

Hay en ella capítulos interesantes como aquel dedicado á narrar la última etapa del imperio de Oriente, en que el autor se muestra severo en el estilo y descubriendo dotes de historiador que le colocan en lugar muy preeminente entre la pléyade de nuestros escritores.

Decía muy acertadamente el ilustrado crítico Sr. Villegas, hace poco tiempo, de este libro:

«La obra del Sr. Orti y Brull honra á la literatura española contemporánea, tanto por la riqueza de datos que contiene, como por la severa é imparcial crítica con que están juzgados los hechos, como finalmente por los encantos de la narración siempre animada y llena de interés.»

Obras como la que acaba de publicar el Sr. Orti, honran la literatura patria y merecen ocupar un lugar en la biblioteca de toda persona amante de los estudios históricos.

***

Diálogos de la conquista del reino de Dios, compuestos por Fr. Juan de los Angeles, con prólogo del P. Miguel Mir.—Madrid, 1892. Un tomo.

Es una joya de nuestra literatura. De ella ha dicho el señor Menéndez Pelayo que la garantiza el nombre de su ilustre cuanto piadoso autor, que es de los más suaves y regalados prosistas castellanos, cuya oración es río de leche y miel.

«Confieso, añade, que es uno de mis autores predilectos; no es posible leerle sin amarle por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre.»

Los *Diálogos de la conquista del reino de Dios* son una verdadera escala mística por donde el alma va ascendiendo progresivamente hasta penetrar en aquella última estancia que la insigne escritora de Avila llamaría la más interior de sus moradas, centro del alma unida místicamente por amor con su Dios, que la ha elegido por trono de sus dulzuras.

El libro está dialogado, y esta misma forma contribuye á poner de manifiesto los obstáculos con que las almas suelen encontrarse en las vías del espíritu. Libros como éste merecen la reproducción de que ha sido objeto, y muy acertadamente dice el P. Mir en el prólogo que es obra de gran mérito, habiendo sido la delicia y alimento espiritual de nuestros

mayores y que ha salido nuevamente al público adornada con todos los primores del arte.

***

Ensayo de táctica para el soldado de infantería, por D. José Clapés y Juan, primer teniente del Arma.—Un folleto. Mahón, 1892.

El folleto que bajo el modesto título de *Ensayo* ha publicado el Sr. Clapés y Juan, es de suma utilidad é importancia, muy especialmente para aquellos que pertenecen al Arma de Infantería.

Del ligero estudio que de él hemos hecho, venimos á deducir que su autor llena de la manera más cumplida el fin que se ha propuesto, al escribir un libro de las condiciones de su *Ensayo de táctica*, puesto que no sólo trata de las materias que constituyen su obra, de un modo que demuestra el conocimiento exacto que de las mismas tiene, sino que á la vez saca de ellas todo el provechoso partido que en trabajos de tal naturaleza puede sacarse en favor de la clase del Ejército, á quien dedica el Sr. Clapés su obra.

Como testimonio de cuanto decimos pasamos á reseñar los distintos puntos que trata en su folleto el Sr. Clapés y Juan, empezando por el Prólogo que su autor llama sencillamente Advertencia y Dedicatoria, y en el cual explica los motivos que le han impulsado á la publicación de un *Ensayo de táctica.*

Ante todo da su autor las definiciones preliminares necesarias, ó lo que es lo mismo, explica lo que es táctica militar, lo que significa para el soldado la palabra filas, hilera, guía, columna, etc., etc., y siguiendo el orden oportuno ocúpase luego de la instrucción del soldado y da las bases á que ésta debe sujetarse. Completan la obra dos secciones que comprenden el «Orden cerrado» y el «Orden abierto» en las cuales por medio de capítulos y artículos dicta las disposi-

ciones de la táctica militar en cada uno de los órdenes en ambas secciones indicados.

Después de este brevísimo resumen que ofrecemos á nuestros lectores del libro que juzgamos, nada podríamos añadir que demostrara más elocuentemente su utilidad para el soldado del Arma de Infantería.

***

Contratos administrativo-militares, por D. Eusebio Pascual y Bauzá, oficial 2.° del Cuerpo administrativo del ejército.—Palma, 1892. Un tomo.

Hace pocos años era materia intrincada y laboriosa la de conocer las disposiciones que regían en nuestros servicios administrativos, porque era tal el número de las que estaban diseminadas en nuestras colecciones, que no era posible saber cuáles eran las vigentes y que estaban en vigor y cuáles derogadas; pero desde que en 1881 se dictó por el ramo de Guerra el Reglamento de contratación de todos los servicios correspondientes al mismo, la tarea se ha simplificado mucho, y merced á él tenemos un cuerpo de doctrina que permite conocer las disposiciones vigentes en este importante ramo de la Administración pública.

Es cierto que con el Reglamento mencionado se consiguió tener una compilación metódica y ordenada de las disposiciones que regulan la contratación de los servicios correspondientes al ramo de Guerra; pero no es menos cierto que han sido numerosas las que han salido con posterioridad, que hoy día era empresa difícil conocer qué artículos del Reglamento estaban vigentes y cuáles derogados; pues es tal el prurito que hay en nuestro país á reformar y modificar nuestras leyes y disposiciones administrativas, que se hace imposible saber cuáles son las vigentes y hasta qué punto disposiciones secundarias alteran y varían otras de carácter general.

A esta necesidad sentida ha respondido la publicación por el Sr. Pascual y Bauzá de la obra que estamos criticando, que es un comentario al articulado de ese Reglamento, conteniendo recopiladas las disposiciones todas que han salido á luz desde 1881.

Es una obra muy útil para todos los funcionarios públicos que tienen que intervenir en los servicios del ramo de Guerra, y con aplauso les recomendamos su adquisición, felicitando sinceramente al Sr. Pascual y Bauzá.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

29 Agosto 1892.

DIRECTOR:

M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIOS:

Antonio Leiva. Clemente Domingo Mambrilla.

ALFONSO XII Y SU REINADO

ESTUDIO HISTÓRICO

POR

Manuel Tello Amondareyn y Matías García Rey.

Administración: Soldado, 3, principal.

La obra que ofrecemos al público constituirá, á la vez que un estudio, reflejo fiel de los movimientos de la opinión, de la lucha de los partidos, de las grandes conquistas alcanzadas por la sociedad española durante el último reinado, una crónica minuciosa de todos y cada uno de los hechos en que intervino el Monarca que ganó en los campos de batalla el glorioso nombre de *Pacificador*, y en la gobernación del Estado el de *Recto*, *Justo* y *Prudente*.

Sin prejuicios que determinen el criterio del historiador y del cronista, con el respeto que merecen las personas y más aún cuando viven y tienen lugar modesto ó preeminente en nuestros partidos, esta obra se distinguirá por la imparcialidad absoluta con que hemos de examinar los acontecimientos y por la exquisita atención que hemos de prestar hasta á los actos más insignificantes de la vida del joven Rey. De unos y otros deducirá la historia la hermosa enseñanza que ofrecen la más grande y pacífica de las restauraciones y el más noble y generoso de los pueblos.

CONDICIONES MATERIALES

Esta obra se repartirá por cuadernos de 32 páginas cada uno. Con cada uno de ellos recibirá el suscriptor un magnífico retrato de SS. MM. el Rey D. Alfonso XII y D. Alfonso XIII; de las Reinas Doña María de las Mercedes de Orleans y Doña María Cristina Reniero; de S. A. R. la Princesa de Astúrias Doña María de las Mercedes y SS. AA. RR. las Infantas Doña María Teresa, Doña Isabel, Doña Pilar, Doña Paz y Doña Eulalia; de los Sres. Albareda (D. José Luis), Alcañices (Marqués de), Alonso Martínez (D. Manuel), Azcárraga (D. Manuel de), Benomar (Conde de), Beránger (D. José María), Canalejas (D. José), Cánovas del Castillo (D. Antonio), Casa-la-iglesia (Marqués de), Casa Moré (Conde de), Cassola (Teniente general D. Manuel), Castelar (D. Emilio), Estella (Marqués de), Fernández Villaverde (D. Raimundo), Gálvez (D. José María), Gamazo (D. Germán), González Llorente (D. Pedro), Habana (Marqués de la), Herrera y Gutiérrez (D. Ramón), Jovellar (Capitán general D. Joaquín), Labra (D. Rafael María de), León y Castillo (D. Fernando), Linares Rivas (D. Aureliano), López de Ayala (D. Adelardo), López Domínguez (Teniente general D. José), Martínez de Campos (Capitán general D. Arsenio), Martos (D. Cristino), Moret (D. Segismundo), Pavía y Alburquerque (Teniente general D. Manuel), Pí y Margall (D. Francisco), Pidal (D. Alejandro), Posada Herrera (D. José), Rascón (Conde de), Romera (Conde de la), Romero y Robledo (D. Francisco), Sagasta (D. Práxedes Mateo), Salmerón (D. Nicolás), Silvela (D. Francisco), Silvela (D. Manuel), Tetuán (Duque de), Toreno (Conde de), Uribarri (D. Pablo), Valdeiglesias (Marqués de), Vega de Armijo (Marqués de la) y otros ilustres políticos. Además la obra llevará en el texto numerosas ilustraciones, representando los hechos más culminantes del reinado, desde que siendo D. Alfonso Príncipe de Astúrias, recibió en París la noticia de su proclamación en los campos de Sagunto, hasta que fué enterrado en el monasterio del Escorial.

La obra constará de dos tomos de unas 600 páginas cada uno, y un tercero, en el que se contendrá, entre los apéndices, documentos de importancia suma y hasta hoy completamente desconocidos.

PRECIO DE CADA CUADERNO, **2 pesetas.**

ÍNDICE DEL TOMO CXLI

CUADERNO PRIMERO

Páginas.

ANTEPORTADA. 1
PORTADA. 3
Nicolás Copérnico y los Astrónomos españoles, por D. Rafael Delorme Salto. 5
D. Manuel José Quintana como historiador, por D. Antonio Sánchez Moguel. 21
Historia de la prensa en Granada, por D. Miguel Garrido Atienza. 33
Don Manuel Reina y Montilla, por D. Antonio Aguilar y Cano. 55
Hechos médicos relacionados con el descubrimiento de América, por el Dr. Calatraveño. 69
Estado de la música en Filipinas, por D. M. Walls y Merino. 87
Crónica política interior, por D. M. Tello Amondareyn. 91
Crónica exterior, por D. Angel Stor. 100
Triquitraques, por D. Julio Puyol. 113
Biliografía, por D. Clemente Domingo Mambrilla. . . 118

CUADERNO SEGUNDO

Historia de las ideas estéticas en España, por D. Alfonso Ortiz de la Torre. 129
Estado de la música en Filipinas, por D. M. Walls y Merino. 153
Historia de la prensa en Granada, por D. Miguel Garrido Atienza. 162

Páginas.

Estudios precolumbinos, por Radesal. 175
Gustavo A. Becquer, por D. Valeriano Barrero Amador 187
Evolución teatral, por D. Ernesto López. 207
Historia de la Francmasonería, por D. Nicolás Díaz y Pérez. 217
Crónica política interior, por D. M. Tello Amondareyn. 228
Crónica exterior, por D. Angel Stor. 235
Bibliografía, por D. Clemente Domingo Mambrilla. . 246

CUADERNO TERCERO

Realismo y naturalismo en la pintura, por D. Alejo Vera 257
Antonio Machado y Alvarez, por D. Antonio Sendras Burin. 279
Recuerdos de una campaña, por D. Narciso Amorós. . 293
Carta de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII. 315
Colón y el descubrimiento de América, por T. 322
La defensa del reducto, por D. Juan de Lapoulide. . . 343
Crónica política interior, por D. M. Tello Amondareyn. 352
Crónica exterior, por D. Angel Stor. 360
Bibliografía, por D. Clemente Domingo Mambrilla. . 373

CUADERNO CUARTO

Gustavo A. Becquer, por D. Valeriano Barrero Amador 385
La defensa del reducto, por D. Juan de Lapoulide. . . 406
La verdad sobre la cuestión de los vinos, por un Agricultor.. 422
El calvario de Colón, por D. José de Siles. 438
Recuerdos de una campaña, por D. Narciso Amorós. . 445
Parvulus, por Catulo Mendes.. 467
La duquesa de Villahermosa, por el padre Luis Coloma, S. J. 469
Crónica política interior, por D. M. Tello Amondareyn. 483
Crónica exterior, por D. Angel Stor.. 490
Bibliografía, por D. Clemente Domingo Mambrilla. . 502

AP
60
R4
t.141

Revista de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY